

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

Departamento de Sociología I



**TRAYECTORIAS SOCIALES DEL PARO DE
LARGA DURACIÓN**

**MEMORIA PRESENTADA PARA OPTAR AL GRADO DE
DOCTOR POR**

Antonio Santos Ortega

Bajo la dirección del Doctor:

Carlos Prieto Rodríguez

Madrid, 2004

ISBN: 84-669-2649-6

Departamento de Sociología I (Cambio Social)
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
Universidad Complutense de Madrid

Tesis Doctoral

**TRAYECTORIAS SOCIALES DEL PARO DE
LARGA DURACIÓN**

Antonio Santos Ortega

Director:

Carlos Prieto Rodríguez

Dpto. Sociología I

Fac. CCPP y Sociología

Univ. Complutense - Madrid

Madrid 2004

ÍNDICE

Introducción: la invisibilidad social del paro	1
I.- Las transformaciones recientes en el mercado de trabajo: un marco para la interpretación del paro actual	17
I.1.-1945-1973: la expansión del modelo socio-productivo fordista	18
I.2.-1973-2000: de la crisis del fordismo al nuevo modelo de acumulación del capitalismo global	26
I.2.1.-Revitalización del poder económico: cambios en las prácticas e ideologías económicas en el despegue del neoliberalismo de los 80'	39
I.2.2.-Procesos y estrategias concretos en el ámbito de la organización de la producción y el trabajo	54
I.3.-Tendencias recientes en el mercado de trabajo: perfiles actuales del empleo	81
I.3.1.-Los cambios en los sectores de actividad económica y la actual importancia del sector terciario y su incidencia en el empleo	83
I.3.2.-Modificaciones en la estructura y en la composición de la población activa	90
I.3.3.-Las segmentaciones del mercado: proliferación de la temporalidad en el empleo	94
I.3.4.-La nueva cuestión social: desempleo y crisis de la sociedad salarial	99
II.- Paro y trabajo en la sociedad contemporánea. El debate sobre el fin del trabajo y la crisis del empleo	111
II.1.- El debate sobre el "fin del trabajo" en la Sociología del trabajo	115
II.1.1.- El declive del mundo industrial: cambios laborales y productivos	118
II.1.2.-El fin de la centralidad del valor trabajo: cambios culturales	120
II.1.3.-La devaluación del trabajo como medio de producción de valor: transformaciones económicas y financieras más recientes	124
II.1.4.-El desmoronamiento político de los intereses	

obreros: aspectos políticos de la crisis del trabajo	129
II.2.- Visiones de autor en el debate sobre el “fin del trabajo”	134
II.2.1.- Jeremy Rifkin: los temores del “fin del trabajo” al primer plano de la discusión internacional	135
II.2.2.- Dominique Méda: ¿la desaparición del trabajo como valor?	143
II.2.3.- Hacia un mundo sin desempleo: las visiones emancipadoras de André Gorz	145
II.2.4.- Del “fin del trabajo” al “fin del paro”: las propuestas de Guy Aznar	148
II.2.5.- Ulrich Beck: el trabajo de interés cívico	151
II.2.6.- Robert Castel: crisis y metamorfosis de la sociedad salarial	156
II.2.7.- La centralidad del trabajo en las visiones marxistas recientes	162
II.2.8.- Del “rechazo del trabajo” al <i>General Intellect</i> : las nuevas concepciones del marxismo italiano	168
III.- El paro como objeto de estudio: una aproximación a las teorías e investigaciones sobre el paro de larga duración	175
III.1.- El paro y las razones económicas: un breve recorrido por las principales teorías	181
III.1.1.- El paro y las razones tecnológicas	186
III.1.2.- El paro y las razones sociológicas	193
III.2.- El paro en el contexto de la crisis del empleo: conceptos e investigaciones colindantes a la cuestión del desempleo	201
III.2.1.- Las investigaciones sobre precariedad laboral y desempleo	202
III.2.2.- Las investigaciones sobre exclusión social y desempleo	210
III.2.3.- Las investigaciones sobre la cuestión urbana y el desempleo	216
III.2.4.- Las investigaciones sobre la cuestión juvenil y el desempleo	221
III.3.- Vivencias e identidad y prácticas sociales de los parados de larga duración: investigaciones de predominio cualitativo	230

III.3.1.- La adversidad del paro: el estudio precursor de Dominique Schnapper	231
III.3.2.- El paro juvenil: signo de un cambio de modelo laboral. Las investigaciones de Gabrielle Balazs	237
III.3.3.- La expansión de los estudios sobre los parados de larga duración: las investigaciones sobre vivencias y condiciones de vida en el paro	239
III.3.4.- Prácticas sociales de los parados en la era de la precariedad: los trabajos de Paul Grell y Anne Wery	244
III.3.5.- Hacia una tipología de las identidades de los parados de larga duración: Las investigaciones de Didier Demazière	253
III.3.6.- Identidad colectiva y acción social de los parados: los estudios de Yves Clot y Jean-René Pendaries	260
III.3.7.- Sébastien Schehr: deshacer la imagen del paro juvenil “ideológicamente correcto”	275
III.3.8.- La investigación sobre el paro de larga duración en Italia	279
III.3.9.- La investigación sobre el paro en España	285
III.3.10.- investigaciones monográficas sobre el paro de larga duración en España	296
III.4.- Socio-demografía del paro de larga duración: investigaciones cuantitativas sobre la composición del colectivo y la incidencia de las variables socioeconómicas	303
IV.- La construcción sociohistórica de la categoría de desempleo	317
IV.1.-Periodo anterior a 1789: La obligación al trabajo	321
IV.2.- 1789-1871: La corrección por el trabajo	326
IV.3.- 1871-1914: la asistencia al trabajo	335
IV.3.1.- la presencia inquietante de los <i>sans travail</i>	335
IV.3.2.-El surgimiento de la categoría de paro	337
IV.3.3.- Hacia un modelo de empleo estable: cambios industriales a principios del siglo XX	347
IV.4.- 1914-1980: La readaptación por el trabajo	350
IV.4.1.- La crisis del 29 y la psicologización del desempleo	352
IV.4.2.- El sistema fordista: un modelo de empleo estable y paro de “baja intensidad”	356

IV.5.- 1980-2000: La inserción por el trabajo	361
IV.5.1.-Crisis económica y redefinición del desempleo	362
IV.5.2.- Los damnificados del paro de larga duración	364
IV.5.3.- Las transformaciones de los sistemas de protección social	367
IV.5.4.- El surgimiento de la idea de inserción: un concepto impreciso en el seno de las políticas de empleo	372
IV.5.5.- <i>Workfare</i> a la europea: Inserción, Empleabilidad y nuevas pautas de tratamiento del paro	382
IV.5.6.-La evolución de las políticas de empleo: la invención de la empleabilidad y el papel del Estado	386
IV.5.7.-El buen parado: la figura legítima de la empleabilidad	393
IV.5.8.- Las conexiones de la inserción y la flexibilidad laboral: activar a los parados	399
V.- Perfiles sociodemográficos del paro de larga duración en España: análisis estadístico de las nuevas dinámicas y colectivos en el desempleo	411
V.1.-Las fases del paro y del paro de larga duración en España	414
V.2.- El "paro flexible": tendencias recientes del desempleo	420
V.3.- La composición género-edad del paro de larga duración: los colectivos afectados	426
V.3.1.- Jóvenes y paro de larga duración: la inserción obstruida	434
V.3.2.- Las desempleadas de edades intermedias 30-45 años: un paro de segregación	438
V.3.3.- Parados mayores de 45 años: paro de exclusión	445
V.3.4.- Aspectos complementarios del paro de larga duración (I): buscadores de primer empleo	448
V.3.5.- Aspectos complementarios del paro de larga duración (II): niveles de estudios	450
VI.- Vivencias en el paro prolongado: análisis de los relatos y las prácticas de los parados de larga duración	457
VI.1.-En proceso de inserción: parados jóvenes en busca del primer empleo	459
VI.1.1.- La salida del mundo estudiantil: un paro de	

transición	460
VI.1.2.- Las oportunidades y los riesgos de la formación	454
VI.1.3.- Factores de dificultad en la inserción laboral de los jóvenes parados	471
VI.1.4.- Pretensiones de un buen empleo: el ascenso de las expectativas profesionales en los jóvenes	474
VI.1.5.- El fin del trabajo típico: vivencias laborales de los jóvenes	477
VI.1.6.- La amenaza del futuro: silenciar los problemas	481
VI.1.7.- El pensamiento único en la esfera del paro: la penetración de las fórmulas neoliberales entre los jóvenes parados	487
VI.1.8.- La larga espera del empleo: reconstrucción de una trayectoria de paro en jóvenes que buscan su primer trabajo	495
VI.2.- Los jóvenes parados con experiencia laboral: parados flexibles	499
VI.2.1.- Cursos vitales quebrados: los rigores del paro	500
VI.2.2.- La percepción de la flexibilidad del nuevo modelo de empleo desde la posición de parado	504
VI.2.3.- Los temores a la proletarización: un mercado de trabajo dual y selectivo	512
VI.2.4.- Las nuevas representaciones del paro entre los parados con experiencia labora	515
VI.2.5.- De profesión parado: visiones de los parados sobre el papel de los servicios de empleo	518
VI.2.6.- La flexibilidad precaria: reconstrucción de una trayectoria de paro de una joven con experiencia laboral	524
VI.3.- Mujeres paradas en edades intermedias 30-40 años: vivencias de cambio en un entorno de empleo flexible	527
VI.3.1.- ¿Cambios en los modelos de género?	527
VI.3.2.- Dimensiones de la persistencia de discriminaciones en la división sexual del trabajo	529
VI.3.3. Paro y reparto del trabajo doméstico: desequilibrio de género	531
VI.3.4.- Las contradicciones entre el trabajo mercantil y las responsabilidades familiares	532
VI.3.5.- Las resistencias actuales de las mujeres hacia	

los roles femeninos tradicionales	538
VI.3.6.-Concepciones del trabajo de las mujeres paradas	540
VI.3.7.- Vivencias creativas del paro	544
VI.4.- Cierres de empresa, despidos y crisis laboral: los riesgos de exclusión laboral de los parados varones mayores de 45 años	547
VI.4.1.- El abandono sindical	553
VI.4.2.- Parados mayores de 45 años: dificultades económicas	555
VI.4.3.- La amenaza de la desmoralización	558
VI.4.4.- La preocupación por la edad en las mujeres mayores de 40 años	561
VI.4.5.- Trayectorias femeninas: ritmos entrecortados entre el empleo y el paro	563
VI.4.6.- El cursillo: las oportunidades de la formación	565
VI.4.7.- Expectativas de los desempleados mayores de 45 años: el nuevo mercado de trabajo entre la inestabilidad y el timo laboral	570
VI.4.8.- En el límite de la exclusión: reconstrucción de una trayectoria extrema de paro en los mayores de 45 años	573
CONCLUSIONES	579
Anexo I. Procedimientos metodológicos: la entrevista abierta en la investigación social	599
1.-Las funciones de la entrevista como práctica conversacional semiabierta: indagar sobre el “mundo de relaciones” del entrevistado	601
2.- Recuerdos y recelos: las entrevistas abiertas en la investigación social	605
3.- Las dificultades de la entrevista: la intromisión	606
4.- Descubrir los estereotipos en la entrevista abierta	612
5.- El efecto interrogatorio: una dificultad difícilmente subsanable	616
6.- Una entrevista <i>vernacular</i> : contra una Sociología de mercado	621

7.- Breves observaciones sobre el análisis de las entrevistas	628
8.- El objeto de investigación: las entrevistas a parados de larga duración	632
9.- La construcción estadística del concepto de paro de larga duración: aspectos técnicos de la recogida de información cuantitativa a través de la Encuesta de Población Activa	639
10.-Guía de entrevista	645
Anexo II.- Pobreza y paro en España: algunos rasgos históricos del caso español	651
Referencias bibliográficas	669

Agradecimientos

En recuerdo a Andrés Bilbao

Las nuevas formas de regulación de las relaciones contractuales han abierto, sobre todo para los sectores de más reciente incorporación al mercado de trabajo, situaciones en las que la ocupación no implica estabilidad, sino precariedad. Estas nuevas formas de contratación laboral permiten una mayor rotación en un mismo puesto de trabajo. Esto tiene como efecto el que la línea entre la condición de desempleado y de ocupado sea más difusa y pueda ser atravesada en un sentido o en otro por un mismo individuo en un corto periodo de tiempo.

Andrés Bilbao, El empleo precario, (1999)

En una de sus últimas publicaciones, Andrés Bilbao escribió un párrafo que sintetizaba a la perfección la situación de las franjas más débiles del mercado de trabajo. Dicho párrafo, que en esta página se refleja en forma de cita, contenía algunas ideas que han sido la base de buena parte de la presente tesis.

Andrés Bilbao fue inicialmente y hasta su temprana muerte su director y estas palabras de agradecimiento son para dedicar un recuerdo a su memoria y un reconocimiento a sus trabajos, a los que tanto debe esta tesis. Para todos aquellos que tuvimos la suerte de poder conocer de cerca sus investigaciones, es ineludible el agradecimiento hacia una obra tan brillante como la suya, que ha sido una verdadera fuente de inspiración.

La "larga duración" de esta tesis hizo que tras la muerte de Andrés Bilbao, Carlos Prieto, su amigo y compañero de Departamento, se ocupase de la dirección. A él hay que ampliar el agradecimiento por la continuidad y la mejora que ha aportado a las siguientes páginas.

Introducción: la invisibilidad social del paro

"Si el INEM te quema, quema el INEM"
(Leído en las paredes de un barrio popular)

La situación de desempleo genera sufrimiento y malestar para la mayoría de los que la soportan. Todo el mundo conoce la incertidumbre, las dificultades materiales y la posición marginal que produce respecto a la norma laboral de la ocupación. Es fácil incluso que se haya sufrido en propia carne o lo haya hecho alguien cercano. Sin embargo, no es ni mucho menos mayoritario entre la gente el sentimiento de que este sufrimiento que el paro provoca debería llevar aparejada una respuesta terminante dirigida a hacerlo desaparecer. La mayor parte de las personas disocia el sentimiento de sufrimiento de los parados del reconocimiento hacia estos de ser víctimas de una injusticia social: los parados están mal, pero nada se puede hacer, como no sea compadecerse, consolarles o manifestar en la encuestas que es un problema importante. Esto ocurre en un país con tasas de paro que han llegado a alcanzar el 25% de la población activa, sin que en ningún momento en estos últimos veinte años se haya acumulado la indignación suficiente que hubiera podido forzar una respuesta política real a la cuestión. Al parecer, este hecho solo se llevaría a cabo cuando hubiese un nexo entre el malestar de los parados y la certeza de que esta situación se corresponde con una situación de injusticia social que despierta indignación. Algo que no parece haber ocurrido en estos últimos años.

Como Cristophe Dejours ha señalado, esta percepción escindida del sufrimiento de los otros, del sentimiento de indignación, lleva a tomar una actitud de resignación. "Resignación de cara a un 'fenómeno': la crisis del empleo, considerada como una fatalidad, comparable a una epidemia, a la peste, al cólera o incluso al SIDA. Según esta concepción no existiría la injusticia, sino solo un fenómeno sistémico, económico, sobre el cual no hay posibilidad de actuar" (Dejours, 1998: 18). En esta postura de la resignación,

la responsabilidad individual y la exigencia de responsabilidad colectiva están ausentes, aunque pueden percibirse los sentimientos de malestar del otro.

La expansión de la irresponsabilidad generalizada se consigue gracias al afianzamiento de la idea de que un determinado problema se produce por causas que van más allá de las posibilidades propias de actuar o por causas ajenas a los intereses de uno: los parados sufren, pero, o bien es imposible hacer nada contra el paro, o bien es que realmente no hacen lo suficiente para salir de esa condición indeseable. Todos estos argumentos no provienen de los razonamientos de los ciudadanos, sino de la articulación de un discurso, que se impone desde el exterior, que pretende dar una explicación al problema y que, machaconamente, reproducen los medios de comunicación. Por una parte, esta explicación, reforzada por argumentos pretendidamente científicos, atribuye las razones del fenómeno a causas todopoderosas, que paralizan cualquier acción a escala humana. Por otro lado, desplaza la responsabilidad social al plano de la responsabilidad individual del parado, de esta manera: no hay por qué interpretar el paro como un problema social, puesto que la responsabilidad radica, en último término, en el propio parado y en su capacidad para superar su problema. Zygmunt Bauman (1999) ha hablado a este respecto de un proceso de supresión de los contenidos éticos de un problema. En este caso, la individualización del paro impide que se segreguen cuestiones éticas y esto descarga y disculpa a la sociedad de hacerse cargo del hecho del paro.

Este tipo de razonamiento no es exclusivo de nuestro momento actual, pero en estos últimos años se ha propagado con mucha fuerza y está consiguiendo convertir en mayoritaria la actitud de resignación, de percepción del problema del paro como un asunto personal y así se extiende una actitud de irresponsabilidad social. Los indicadores de esta falta de indignación de los ciudadanos son numerosos y sus manifestaciones más evidentes son la percepción aceleradamente individualizada del paro, la creciente aprobación de medidas e ideologías represivas contra los parados, el fortalecimiento y la condescendencia con programas de política de empleo -cosméticos e

ineficaces-, por no hablar de la evidente falta de fuerza de un movimiento social que impulse una visión alternativa y proponga políticas reales.

El consentimiento de la ciudadanía hacia esta resignación programada es cada vez más notorio. En términos psicodinámicos, Dejours achaca dicho consentimiento, y la consiguiente disociación entre sufrimiento del parado e injusticia social, a un proceso de 'banalización del mal'¹, mediante el cual esta disociación y los consiguientes comportamientos y acciones de los no excluidos empeoran la situación de los excluidos, en este caso de los parados. La resignación o la impotencia de la gente no son únicamente un producto del discurso hegemónico del liberalismo respecto al paro, sino que -como señala Dejours- esta resignación "funciona también como un mecanismo de defensa contra la conciencia dolorosa de su propia complicidad, de su propia colaboración y de su propia responsabilidad en el desarrollo del sufrimiento social" (ibid. p. 20). Hacer pasar por sufrimiento abstracto lo que no es sino producto de un mal concreto cometido por unos contra otros. Este es el mecanismo de defensa que sustenta la 'banalización del mal'.

Estas ideas desde el terreno psicológico tienen un gran interés para el análisis sociológico, que no debe dejar de comprender, previamente, el proceso de cómo ha llegado a producirse y a reproducirse el discurso sobre el paro y las prácticas concretas sobre/contra los parados. Para ello es ineludible investigar acerca de la influencia actual del discurso economicista del neoliberalismo en la cuestión del desempleo; sobre la formación de los estereotipos y las representaciones sobre el paro, que vienen gestándose en un largo proceso histórico; sobre el peso de los medios de comunicación, que divulgan los mencionados estereotipos o acerca de los dispositivos de políticas de empleo, que moldean, controlan y apaciguan a los parados. Después de esto, y confiando en el efecto transformador de la comprensión y la explicación, corresponderá captar el papel de los mecanismos de 'banalización del mal' -que han convertido a la gente en irresponsable e ignorante- y encontrar la vía para invertir este proceso, de manera que la

¹ Esta expresión, aclara Dejours, es utilizada por Hannah Arendt para describir el sospechoso desconocimiento de la población alemana de los crímenes que llevó a cabo el régimen nazi.

responsabilidad y la implicación personal impidan la situación actual, en la que la mayoría de la gente vive como compatible el conocimiento de los efectos del paro con una irresponsabilidad hacia su existencia y solución.

El reflejo en las encuestas de la preocupación pública sobre el paro es un indicador de que éste provoca fuertes temores entre la gente. El desempleo es un buen ejemplo de un "hecho social total" a la manera en que Marcel Mauss interpretaba esta capacidad de un fenómeno para expresar sintéticamente el estado de una sociedad en sus diferentes niveles y donde la interrelación de lo objetivo institucional, como totalidad estructurada, se terea con la dimensión personal de problema, vivido desde la subjetividad individual o microsocia. Estas intersecciones entre lo colectivo y lo individual han dado lugar en el campo de estudio científico del paro a numerosas visiones y teorías que las ciencias sociales han producido a lo largo de la industrialización y desde el nacimiento del paro como objeto de preocupación, de atención y de control social.

Hoy en día su estudio es difícil de abarcar². La literatura al respecto, ya sea desde la Economía, la Psicología o la Sociología, ha alcanzado un volumen casi

² Felix Tezanos incluía en una de sus últimas publicaciones una lista de las principales causas de los procesos de paro en los inicios del XXI. La longitud de la cita aconseja desplazarla al espacio de esta nota, pero se transcribe completa porque da idea de la cantidad de dimensiones que están contenidas en el campo del desempleo. Las causas que Tezanos recoge son:

- Carencia de suficiente impulso de crecimiento económico sostenido (crisis y desaceleración del desarrollo).
- Introducción de robots, sistemas automáticos y otros cambios técnicos orientados a ahorrar mano de obra.
- Evolución de la oferta de empleo (incorporación masiva de las mujeres al mercado de trabajo, prolongación de la edad media de vida, aumento del nivel educativo, presiones migratorias, etc.).
- Competencia de los productos manufacturados elaborados en países con bajos salarios, en un contexto de progresiva mundialización de la economía.
- Desarrollo de nuevos enfoques organizacionales en la actividad económica, que buscan la máxima flexibilidad y la más alta eficiencia.
- Tendencias desreguladoras en el trabajo (facilidades para el desempleo) influidas por la creciente competitividad económica internacional (mundialización).
- Distorsiones en los costes y sobrecargas sociales causadas por externalizaciones de costes en la economía (medioambientales y de otro tipo) que dificultan otros objetivos de políticas públicas.
- Tendencias al abandono por las empresas multinacionales de los países con niveles salariales más altos, mayores costes fiscales y normativas sociales más exigentes (deslocalización).
- Envejecimiento de los aparatos productivos que hicieron posible el intenso ritmo de crecimiento conocido hasta mediados de la década de los años 70 (periodo 1950-1973).

ilimitado. A ello contribuye el lugar prioritario que el paro ha ocupado como objeto de estudio en las líneas de investigación científica o la inacabable literatura gris, producto de informes, evaluaciones y dictámenes que tantas instituciones han elaborado. La producción de todo este conocimiento es muy variada en cuanto a su temática, que intenta cubrir todas las dimensiones que rodean el paro -variables sociodemográficas y grupos afectados; variables institucionales, políticas de empleo, protección social, etc.- y muy diversa en cuanto a sus perspectivas y enfoques teóricos. Toda esta abundancia va acompañada además por una complejidad creciente de las causas que originan el paro y de los efectos que provoca.

El objeto de esta tesis se centra en uno de los aspectos que más preocupación ha generado entre los responsables de la gestión del desempleo y, por supuesto, entre los propios afectados por el problema. Se trata concretamente del paro de larga duración, que consiste en una prolongación del periodo de desempleo más allá de un año. Esta cantidad de tiempo es una convención estadística, que se basa en la idea de que la persistencia del paro acarrea un empeoramiento en las condiciones de vida y en las posibilidades de acceso o retorno al empleo por parte de quien lo sufre. El paro de larga duración no es solo un problema laboral concreto que se agota en el terreno de las coyunturas del mercado de trabajo o en las soluciones prácticas aportadas por las políticas de empleo. Más allá de esto, es un analizador crucial de las dinámicas de desigualdad que tienen lugar en las sociedades industriales. Es desde este punto de vista como se va a afrontar su estudio en

-Ausencia de políticas públicas estimuladoras del empleo (abandono de los enfoques keynesianos).

-Crisis de rentabilidad del capital, que tiende a desplazar las inversiones desde las actividades productivas directas a la especulación bursátil, con efecto de "burbuja" financiera (capitalismo de "casino").

-Dificultades de los Estados para mantener y aumentar los empleos en el sector público, a causa de la crisis fiscal del Estado y de las políticas de recortes del gasto público.

-Inestabilidad y poca capacidad de empleo de la llamada "nueva economía".

Si se lee con atención, prácticamente todas las causas señaladas se centran en la demanda y tienen una fuerte carga económica. Si se añadiesen otras argumentaciones, más desde la oferta, como son la escasa formación, la presunta desincentivación que provocan los subsidios, la falta de búsqueda de empleo, etc, la lista se prolongaría generando un abultado, complejo e interrelacionado elenco de explicaciones del paro que se han vertido en la literatura técnica en estas dos últimas décadas y que incrementan la fuerza de esta idea del paro como fenómeno complejo y difícil de abarcar." (Tezanos, 2001: 54)

esta tesis. Aunque sus principales manifestaciones parecen expresarse en el mercado de trabajo -en sus márgenes-; en las desigualdades laborales y en la exclusión profesional; el paro de larga duración se origina en el centro del sistema sociolaboral, en el núcleo de funcionamiento de la economía y la sociedad. Es allí donde se genera -por profundas dinámicas que aquí trataremos-, y donde se reproduce y cambia.

En este sentido, el capítulo I de esta tesis abordará un análisis panorámico del mercado de trabajo en el que se sintetizan las principales tendencias que han ido moldeando nuestro objeto de estudio. Esta visión panorámica del mercado de trabajo y de sus cambios recientes puede ayudar a conocer las dimensiones más relevantes del problema del paro: su posible evolución, sus nexos con otras grandes magnitudes y procesos económicos y laborales. Este apartado tiene una finalidad predominantemente instrumental dirigida a ayudar a encuadrar nuestro objeto de investigación.

Hoy en día asistimos a un periodo de particular dinamismo en los contornos del desempleo. El último cuarto del siglo XX ha alterado el modelo de empleo estable y de desempleo reducido que se venía consolidando en las décadas anteriores y ha desestabilizado el mercado de trabajo. En este tiempo, las cuestiones laborales han destacado en los debates sociológicos y la discusión sobre el futuro del trabajo ha ocupado a los principales sociólogos contemporáneos. “Fin del trabajo”, “crisis del empleo”, “metamorfosis del trabajo”, “sociedad del post-trabajo” han sido algunos de los eslóganes más escuchados para describir los avatares del trabajo en la era de la flexibilidad. Esta temática se desencadenó a raíz del crecimiento irrefrenable del paro y es, por ello, de tratamiento obligado en la presente investigación. El capítulo II estará, así, dedicado a realizar un recorrido por las bases teóricas de estos debates sobre la presunta crisis de la centralidad del trabajo.

Además de estas aproximaciones teóricas de carácter macroscópico, la investigación más apegada al terreno ha sido también abundante. Sea a través de investigaciones monográficas sobre el desempleo, o de análisis de sus efectos en otros importantes ámbitos como son la precariedad laboral, la

exclusión o la cuestión urbana, los estudios realizados en los últimos veinte años han generado una prolífica literatura sociológica. El capítulo III tiene como finalidad ofrecer un balance sobre estos estudios y estructurar las diferentes perspectivas y posiciones teóricas en torno al desempleo.

El paro está instalado estructuralmente en el núcleo de una economía capitalista, pero no de forma estática, sino con redefiniciones permanentes que varían su configuración. A lo largo de la historia de la industrialización, los perfiles del paro ofrecen algunas imágenes constantes y clásicas, que siempre lleva consigo la penuria de empleo, junto a semblantes cambiantes e incesantemente actualizados. La construcción sociohistórica del paro es una fuente imprescindible para captar los cambios en las representaciones económicas y sociales sobre el paro y, por tanto, un objetivo fundamental de esta tesis. El capítulo IV dará cuenta de estos cambios hasta llegar a nuestros días, donde en torno al paro de larga duración existen unas representaciones sociales, unas líneas de tratamiento político y unas conceptualizaciones que se analizarán en este capítulo para poder conocer cómo el paro actual ha llegado a convertirse en un problema social y cuáles pueden ser las evoluciones futuras.

La organización de estos cuatro primeros capítulos permite cubrir los objetivos de la primera parte de carácter teórico de la tesis: analizar la actual construcción social del desempleo de larga duración a través de un recorrido histórico por el paro como problema social; recoger las discusiones teóricas en torno al paro y recopilar las investigaciones monográficas sobre la cuestión, de cara -todo ello- a crear un marco teórico que nos sirva para afrontar un análisis de la situación concreta de los parados en España.

Además de las anteriores aspiraciones de índole más teórica, esta tesis persigue, también, describir y analizar la situación concreta de los parados de larga duración en nuestro país para confirmar y precisar cómo algunos de los procesos y tendencias definidas en los apartados anteriores cobran forma en el campo del paro en España. Este objetivo exige adentrarnos en las prácticas cotidianas de los parados y en sus opiniones y actitudes sobre el desempleo.

Recoger sus relatos a través de entrevistas en profundidad ha sido el procedimiento metodológico elegido para obtener una información esencial y cubrir con suficientes garantías tres de los objetivos principales de esta segunda parte de la investigación, de carácter más empírico:

- Explorar las prácticas concretas y las vivencias de los parados: abarcando desde la dimensión más cotidiana de organización vital personal hasta las vivencias más relacionales con los campos institucionales que configuran sus relaciones sociales. La articulación de la situación personal de éstos con la dimensión colectiva es un bucle interactivo que se produce en la realidad y del cual se parte en esta investigación.
- Desmenuzar los muy estereotipados y racionalizados discursos sobre el paro y analizar sus significados. Integrar la prácticas de los parados en su universo social de referencia exige recoger el sentido de las representaciones “oficiales” de la realidad que pueden funcionar como precondiciones para sus prácticas. En este sentido, las entrevistas pueden captar, de boca de los parados, estas redes de significación y las representaciones y discursos sociales sobre su situación.
- Finalmente, se ha pretendido incorporar una dimensión retrospectiva que permitiese una aproximación a los recorridos educativos y laborales de los parados y a cómo ellos los interpretan en relación con su desempleo. Aunque la información recogida en las entrevistas no está dirigida a realizar un estudio biográfico exhaustivo de sus trayectorias, en esta tesis se considera fundamental esta visión retrospectiva para diferenciar la variada gama de situaciones sociodemográficas que el paro de larga duración recoge. Las entrevistas tienen pues un tono biográfico focalizado, dirigido a captar los rasgos principales de la trayectoria educativa y laboral.

En conjunto, esta investigación busca indagar sobre un sistema de prácticas que implica preguntarse cómo se ligan las experiencias personales con las elaboraciones ideológicas y simbólicas colectivas acerca del paro de larga

duración. Para ello las entrevistas perseguían producir discursos modales y referenciales, centrados en las concepciones de los entrevistados y, por otra parte, en la descripción de sus prácticas.

La entrevista abierta es un procedimiento de gran utilidad para captar información de carácter pragmático sobre cómo los sujetos "actúan y reconstruyen el sistema de representaciones sociales en sus prácticas individuales" (Alonso, 1994). Alfonso Ortí (1989) considera que la función más destacada de la entrevista abierta es reproducir las "coordinadas motivacionales de un sujeto típico de la clase de referencia". Utilizando esta técnica es posible organizar conversacionalmente la información sobre las vivencias y las prácticas de sujetos concretos de un grupo determinado, que comunican subjetivamente apreciaciones sobre su situación actual y futura y su trayectoria vital. Las representaciones de un determinado proceso social - en nuestro caso el paro- son reconstruidas por los entrevistados y la entrevista puede recoger sus comportamientos. Ángel de Lucas (1996) señala cómo esta técnica se halla en un terreno intermedio entre el campo puro de la conducta (el hacer) y el ámbito de la lingüística (el decir): la entrevista permite profundizar en el "decir del hacer".

Además, en la entrevista quedan también registradas las representaciones estereotipadas de una determinada realidad social. Las racionalizaciones de los entrevistados acerca del tema de investigación dejan ver cómo sus prácticas están contaminadas por estos estereotipos, que pueden reflejarse en la entrevista y valorar posteriormente su significado. En nuestro caso, los discursos estereotipados sobre el paro tienen una fuerte influencia sobre los parados. Tanto las instituciones que gestionan y controlan su situación de desempleo, como los propios medios de comunicación, moldean su decir y su hacer. Si bien los grupos de discusión abordarían con mucha eficacia esta tarea, las entrevistas pueden servir para cubrir una aproximación estratégica y exploratoria de los significados de estos discursos más cristalizados y, a la vez, registrar las innumerables prácticas y vivencias concretas que jalonan la situación de los parados. De igual manera, aunque las historias de vida

permiten ahondar más en las biografías y en la trayectoria vital de los sujetos, la entrevista abierta con intenciones retrospectivas consigue perfilar esta dimensión de itinerario que también nos interesaba abordar.

La entrevista produce una “palabra social”, que va más allá de la mera descripción y reproducción de la realidad. Al entrevistar a una persona, se despliega lo que Stéphane Beaud (1998) ha llamado el “individuo etnográfico”, donde éste se convierte en una totalidad producto de los procesos sociohistóricos que lo conforman. Un buen ejemplo de este individuo sería el personaje de Menocchio, que Carlo Ginzburg (1981) refleja en su obra *El queso y los gusanos*, donde, a través del personaje de este molinero que relata su vida a un tribunal de la Inquisición, se descifra el periodo en el que vive. Las ideas, sentimientos, fantasmas y aspiraciones del personaje Menocchio contienen toda una época. Cuando Franco Ferraroti especifica el potencial del enfoque biográfico para la Sociología, señala la necesidad de concebir la biografía como biografía contextualizada, a varios niveles: tanto si se trata de la narración de la vida de una persona anónima, como si se trata de un gran personaje, de forma que la biografía aparezca como el índice de identificación de todo un ambiente, una estructura social y una cultura, como conjunto coherente de normas y experiencias (Ferraroti, 1993).

La realización de las entrevistas y la selección de los entrevistados ha venido precedida de un análisis de datos estadísticos, que nos ha facilitado el ajustar una muestra de entrevistados de cara a conseguir un corpus representativo de discursos sociales acerca del paro de larga duración. La fuente que se ha utilizado es la Encuesta de Población Activa (EPA). Su gran variedad de variables sociodemográficas básicas permite conseguir con garantías una muestra estructural que cubra los segmentos del universo poblacional de los parados de larga duración.

La EPA confirma la existencia de cuatro grandes grupos dentro del paro de larga duración: el primero sería el de los parados jóvenes que buscan su primer empleo; el segundo se compondría, igualmente, por parados jóvenes, pero que cuentan ya con alguna experiencia laboral; el tercer grupo

corresponde a mujeres entre 30-40 años; finalmente, el cuarto recoge a los parados varones mayores de 45 años. Los parámetros marcados por las grandes variables sociodemográficas -edad, sexo, nivel educativo y experiencia laboral- han servido para establecer las cuotas de entrevistas en cada uno de los cuatro grupos. En el apéndice metodológico se detalla todo el diseño y el plan de trabajo.

El uso de los datos estadísticos no ha servido solo para mejorar la precisión de la muestra de entrevistados, también se ha utilizado para realizar un pequeño análisis que permitiese captar las dimensiones sociodemográficas de los colectivos estudiados. El uso que en esta tesis se hace de los datos de la EPA es puramente instrumental e ilustrativo. No se trata de realizar un análisis profundo o de elaborar datos para tratamientos más complejos, sino de utilizar los datos publicados por el INE para ofrecer una panorámica general del problema del paro de larga duración: los colectivos más afectados, las variables más determinantes, los periodos cronológicos más relevantes en su evolución. Nuestra aspiración es que este acercamiento permita trabajar una serie larga que se detenga en torno al año 2001 y que sirva para establecer las fases y la evolución del paro de larga duración en los últimos veinte años.

La utilización de la EPA nos da la posibilidad de componer un capítulo (V) en el cual se aborda un análisis sociodemográfico que utiliza las variables y los datos publicados por el INE, cuya elaboración sencilla a través de una hoja de cálculo produzca una presentación gráfica que pueda ilustrar la evolución del paro de larga duración en nuestro país. Los datos han sido recogidos en la página web del INE y en los volúmenes trimestrales en soporte papel. Desde 1997, el INE ofrece la posibilidad de utilizar la base de datos TEMPUS, radicada en su portal, que permite una consulta de series temporales largas y de cruces entre las variables básicas de nuestro interés -tiempo de búsqueda de empleo, edad, sexo, nivel de estudios-. Más recientemente, el INE ha mejorado el acceso a través de un nuevo banco de datos -INEBASE-, que, sin embargo, aporta pocas novedades en la cantidad de información presentada.

Estas especificaciones pueden ser suficientes para exponer nuestra intención principal a la hora de utilizar los datos de esta encuesta, una intención, como ya hemos anticipado, básicamente ilustrativa. Para mayor precisión sobre las características técnicas de la EPA remitimos a la página web del INE (<http://www.ine.es>), donde pueden consultarse diversas notas metodológicas sobre la encuesta o bien a los apartados técnicos correspondientes que se encuentran en los volúmenes en papel de la EPA.

Finalmente, el capítulo VI se dedica al análisis de las entrevistas en profundidad realizadas a los parados de larga duración y conforma un bloque de cuatro subepígrafes que se corresponden con los cuatro grandes colectivos que componen el paro de larga duración y que la EPA capta. El primero, los jóvenes demandantes de primer empleo serán tratados en el capítulo VI.1. El segundo, los jóvenes con experiencia laboral ocuparán el capítulo VI.2. Al tercer grupo -las mujeres entre 30-40 años- se dedicará el apartado VI.3 y el cuarto grupo -los varones mayores de 45 años se tratará en el capítulo VI.4. Además de lo ya adelantado en páginas precedentes, en el apéndice metodológico, que se incluye en los anexos, se ofrece una extensa información concreta de todos los procedimientos de recogida y análisis de estos datos cualitativos que han servido para aproximarnos a las prácticas de los parados de larga duración.

Un apartado final de conclusiones expone las principales aportaciones de esta tesis y apunta las tendencias en marcha que definirán el futuro modelo de paro.

I. Transformaciones recientes en el mercado de trabajo: un marco para la interpretación del paro actual

I.- Las transformaciones recientes en el mercado de trabajo: un marco para la interpretación del paro actual

“Librarse del trabajo es tan difícil como librarse del paro. El ocioso es el enemigo público número uno. Se ata a las personas con el dinero: sacrifican su libertad para pagar sus impuestos. No hay que andarse con rodeos: el reto del próximo siglo consistirá en suprimir la dictadura de la empresa.”

Frédéric Beigbeder (2003)

No es posible comprender hoy la situación del paro si no se conocen los antecedentes inmediatos que han contribuido a dar forma al actual marco laboral y a generar el mercado de trabajo que conocemos y vivimos en la actualidad. Interpretar mejor los cambios en la actividad económica, en la estructura profesional, en los tipos de contrato, en la exclusión profesional o en las relaciones laborales, requiere contar con una aproximación retrospectiva que permita contextualizar las transformaciones más recientes en este terreno. Este primer capítulo presenta un conjunto de cuestiones relacionadas con las transformaciones actuales del trabajo y del empleo. Intentaremos aquí seguir su evolución en la segunda mitad del siglo XX para poder analizar las tendencias más recientes del mercado de trabajo que se proyectan hacia el siglo XXI y que sirven de contexto y de marco de explicación al surgimiento del desempleo contemporáneo.

Para ello, nos detendremos en el periodo histórico comprendido en la segunda mitad de siglo XX, pues consideramos que en allí se encuentran las claves para interpretar las dinámicas laborales actuales. El final de la IIª Guerra Mundial en 1945 y la inmediata posguerra abren paso a un modelo de empleo que va a caracterizar a las sociedades industriales avanzadas durante casi tres décadas. Este prolongado periodo, que muchos coinciden en llamar fordista, se interrumpe en 1973, cuando la grave crisis del petróleo produce importantes alteraciones en las prácticas empresariales, que tienen una incidencia decisiva en la configuración del empleo y el desempleo en nuestros

días. Un breve repaso a la historia más próxima del empleo y del trabajo en el ámbito occidental puede facilitarnos la comprensión de los cambios actuales.

Para realizar este imprescindible recorrido histórico, y con la finalidad de favorecer un análisis más detallado, dividiremos esta segunda mitad de siglo en dos periodos: 1945-1973 y 1973-2000. En cada uno de ellos describiremos los aspectos más relevantes en tres grandes esferas de lo social: la esfera de las transformaciones sociopolíticas, la esfera de las transformaciones socioeconómicas y, por último, la esfera de las transformaciones ideológicas y socioculturales. Hay que señalar que los dos periodos y las tres esferas que consideramos forman un *continuum* histórico que hay que interpretar de forma compacta e interrelacionada. Su partición responde básicamente al mencionado criterio analítico que permita encontrar los diferentes procesos que inciden sobre el desempleo y conforman su imagen actual.

1.1.-1945-1973: la expansión del modelo socio-productivo fordista

Los casi treinta años comprendidos en el primer periodo están marcados por la extensión del modelo de desarrollo fordista, que se caracteriza por un papel muy activo del Estado en la regulación de la vida socioeconómica; por un crecimiento económico sostenido, basado en la producción y el consumo de masas y, en tercer lugar, por una mejora en el nivel de vida de amplias franjas de la población. Desarrollamos a continuación los rasgos claves de este periodo.

Las transformaciones sociopolíticas

Tras el final de la IIª Guerra Mundial, la estructura de las instituciones políticas europeas se hallaba seriamente dañada por los efectos de las convulsiones bélicas. La intervención del Estado en esta Europa devastada se convertirá en uno de los pilares para la reconstrucción de un área geopolítica trascendental para la evolución del capitalismo. Se ha argumentado que este reforzado papel del Estado traía aparejado un estilo desmercantilizador (Esping-Andersen, 1993) en el que lo público emergía con fuerza y cobraba una dimensión primordial en la política de la posguerra. El tipo y el grado de

intervención del Estado es una variable crucial en una economía de mercado en la que prima la iniciativa privada y la empresa. En la regulación fordista, la implicación estatal es muy intensa y el Estado se sitúa como garante del interés general contra los excesos del mercado y de los intereses individuales o empresariales. Guiado por la búsqueda de rentabilidad y por la racionalidad económica, el mercado no cubre perfectamente las necesidades sociales y desatiende a amplios colectivos de los cuales no puede extraer beneficios. Muy resumidamente, podemos decir que las instituciones estatales, a través de esta provisión de bienes y servicios públicos, promueven salarios indirectos que complementan los ingresos salariales directos obtenidos por los trabajadores en sus puestos de trabajo. El consumo colectivo de los bienes ofrecidos por el Estado mejora la situación de amplios colectivos de la población, reduce los «fallos del mercado» e ilustra perfectamente la importancia de las conexiones entre la regulación política y la económica en el capitalismo. Como veremos más adelante, las alteraciones en el equilibrio de fuerzas entre el mercado y el Estado son determinantes para interpretar los cambios en el desarrollo del capitalismo.

Los dos procesos más representativos de esta dinámica desmercantilizadora que inciden en el ámbito del trabajo son: 1/ el desarrollo de sistemas de bienestar y de política social, que se han popularizado con el nombre de Estado del bienestar y 2/ la construcción de un sistema corporatista de mediación y regulación de los intereses de los dos grandes actores sociales: capital/trabajo.

Respecto al primer punto, cabría, brevemente, señalar que a partir de 1945 crece el gasto público dirigido a poner en marcha los sistemas de salud, de educación o de protección social. Muchos de ellos tenían, evidentemente, precedentes a lo largo de todo el siglo XX, pero es en el periodo posterior a la IIª Guerra Mundial cuando cobran una dimensión importante. El Estado del bienestar tiene una significación emblemática para la expansión de la idea de ciudadanía social, pues implica que la protección social y la mejora de las condiciones de vida están amparadas por las instituciones estatales incluso en

términos de derechos sociales –derecho a la educación, al trabajo, a la vivienda—. La extensión de esta noción de ciudadanía y derechos sociales se coloca en contraposición a la de individualidad y contractualismo de mercado propias del liberalismo más ortodoxo. Los sistemas fiscales del Estado se refuerzan para satisfacer este nuevo marco de bienestar y operan una redistribución de la riqueza que mejora su reparto entre las clases sociales.

Respecto al segundo proceso, puede decirse que el sistema corporatista se desarrolla en el marco de un Estado que busca mediar en el conflicto capital/trabajo. Las pugnas irreconciliables y el antagonismo de estos dos actores han marcado dos largos siglos de industrialización. En el periodo de la posguerra, y con la fuerte influencia de las ideas keynesianas, el Estado pone en marcha procedimientos de mediación en el conflicto socio-laboral de manera que la producción de paz social y de consenso se sitúan en primer orden entre sus preocupaciones. El grado de integración social y de crecimiento económico están, en la visión keynesiana, en función del aumento del empleo y del crecimiento de las rentas salariales. Cuidar estas esferas es, por tanto, trascendental para el buen funcionamiento económico y social: si el mercado no cumple bien con este cuidado, otras agencias han de poner en marcha los sistemas de pactos que regulen «pacíficamente» las relaciones empresarios-trabajadores.

Las políticas salariales y la negociación colectiva, las normativas sobre despido, jornada laboral, condiciones de trabajo, etc. son algunos de los productos concretos creados para armonizar los intereses de los capitalistas y los trabajadores y lograr un compromiso negociado entre las demandas de ambos. Los resultados quedan bien sintetizados en el siguiente texto: «el pacto keynesiano funcionó así suministrando fluidez y estabilidad hacia el mercado, generando la posibilidad de un aumento moderado y controlado de los salarios por debajo de la productividad marginal del trabajo, hecho que garantizaba la posibilidad de consumo obrero, pero sin entrar éste en el margen de utilidades empresariales, mientras a cambio se renegociaban los efectos externos de ese mercado a partir de la implementación de salarios

indirectos o de ciudadanía» (Alonso, 1994: 35). El equilibrio beneficia a todas las partes: los empresarios gozan de paz social y de rentabilidad y los sindicatos son reconocidos como actores representativos de los trabajadores y acumulan fuerza institucional. El sistema de relaciones laborales se estructura en torno a esta triangulación del conflicto que crea las bases del crecimiento económico: mientras que en las fábricas se producían mercancías, en las mesas de negociación se producía una mercancía intangible, como es la paz social, que, aunque no acaba con el conflicto estructural de las sociedades industriales, si aminora sus efectos.

A grandes rasgos, España se ajusta a las dinámicas que se acaban de describir, aunque el desarrollo del Estado de bienestar en nuestro país es políticamente tardío a causa de la dictadura franquista y económicamente menos fuerte que en los países donde el modelo fordista alcanza una configuración más típica. Asimismo, el Estado del bienestar en nuestro país condensa en pocos años las evoluciones más prolongadas en el tiempo en otros países europeos. Además de la debilidad mencionada, las mayores dificultades para conseguir consensos sociales, la fuerte tensión financiera, el peso de la familia como mecanismo de protección social y las carencias a la hora de conseguir una buena distribución de la riqueza y reducir la desigualdad social son algunas de las características del Estado de bienestar español. Un análisis más profundo, así como una periodización pormenorizada de este pueden encontrarse en Rodríguez Cabrero (1997) y en Navarro (2000).

Las transformaciones socioeconómicas

Si la estructura política estaba afectada por los estragos en las instituciones fruto de la guerra, la estructura económica no lo estaba menos. La escasez de bienes de todo tipo, y fundamentalmente de primera necesidad en una Europa arrasada, impulsó la hegemonía del sistema productivo que ha sido denominado taylorista-fordista y que garantizaba, por su elevada eficacia productiva, una rápida reconstrucción económica. Sus características fundamentales para la organización del trabajo consisten en la profundización y desarrollo del principio mecánico aplicado a los procesos de trabajo y en la

estructuración de un modo de consumo típicamente capitalista basado en el consumo de masas de mercancías estandarizadas. Producción en serie y consumo de masas son, pues, las dos bases sobre las que se apoya la expansión económica que se produce en Occidente en el periodo que transcurre entre los años 50 y hasta principios de los 70. El triunfo del fordismo supone también la supremacía del modelo de industrialización de la gran fábrica en la que se hace un uso muy descualificado de la mano de obra.

Este es uno de los aspectos del fordismo que más atención ha generado: el perfil típico de trabajador fordista y el uso de la mano de obra realizado por este sistema productivo. Las técnicas de organización del trabajo tayloristas y fordistas descomponen el trabajo en tareas muy especializadas, la eficacia productiva se consigue así a costa de transferir el control del proceso de trabajo del obrero al *management* y de provocar, según numerosos expertos, una intensa degradación del trabajo (Braverman, 1978; Coriat, 1982).

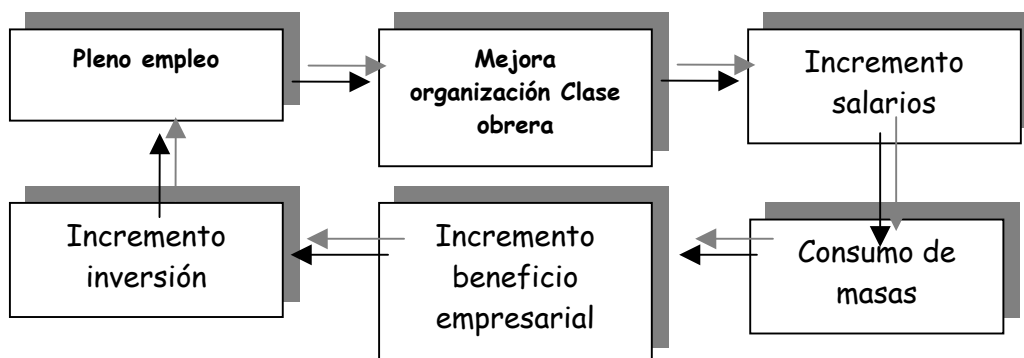
En las tres décadas que estamos considerando, el fordismo impulsó un modelo económico que guió el crecimiento de las economías occidentales y que ha sido llamado el «círculo virtuoso del fordismo». Su funcionamiento se basaba en aprovechar la alta productividad del sistema y la elevada necesidad de mano de obra, lo cual condujo al pleno empleo estable y a la existencia de un reducido paro friccional, «de baja intensidad». En este contexto, los sindicatos organizaron eficazmente las reivindicaciones de los trabajadores consiguiendo alzas salariales considerables. Todo ello garantizaba que amplias franjas de la clase obrera entrasen en el proceso de salarización y dispusieran de la posibilidad de consumir los productos que paulatinamente llegaban al mercado. Así, los beneficios empresariales se acrecentaron y con ello la inversión. Esta permitía crear nuevos puestos de trabajo y así reproducir el ciclo de nuevo, reforzándose todos los eslabones de este esquema económico.

El pleno empleo estable, el consumo de masas, la alta productividad y los beneficios empresariales reinvertidos conformaron una espiral de expansión

económica que se reflejó en la evolución de la mayor parte de los grandes indicadores económicos.

El periodo se caracteriza por un intenso aumento del PIB, que entre 1950-1970 alcanzó una tasa media anual de crecimiento del 4,9% (Vindt, 1998: 94). Se trata de un crecimiento inusitado, en ningún otro momento de la historia del capitalismo se había vivido un ascenso tan alto y sostenido. La mejora de la productividad de todos los factores, lograda gracias a la madurez y aprovechamiento de las tecnologías predominantes, impulsó el crecimiento, redujo los precios de los bienes industriales y expandió rápidamente el consumo de masas en Europa. Las mejoras económicas estaban ante todo propiciadas por el crecimiento de la producción en la industria, aunque el sector servicios se vio muy beneficiado por el abaratamiento de los precios de las manufacturas industriales y con la transferencia de parte del presupuesto de las familias hacia el consumo de servicios. La población activa ocupada en

Fig.1 - El círculo virtuoso del modelo económico del fordismo



ambos sectores aumentó y el peso hasta entonces abrumador del mundo agrícola declinó.

Este «círculo virtuoso», cuyo esquema básico vemos en la figura 1, funcionaba como un bucle que, retroalimentándose, afianzó el modo de regulación fordista. Esta secuencia, aparentemente sin fisuras entra en crisis poco después de comenzar la década de los setenta. Antes de analizar las diferentes interpretaciones que la explican, nos referiremos a los rasgos ideológicos y a la cultura social que se asienta en el periodo fordista.

Las transformaciones ideológicas

El crecimiento económico que acabamos de relatar no vino solo. La fuerte integración entre lo económico y lo social se convirtió en el factor fundamental que garantizó no solo una mejora del nivel de vida y confort entre los trabajadores, también las condiciones de vida social mostraron signos de una mejoría respecto a momentos anteriores. En sus inicios, el periodo está marcado en las ideologías económicas por la influencia keynesiana, que preconizaba la mencionada integración de la racionalidad económica con la social como salvaguarda de una mejora del sistema.

No cabe duda de que la llamada «convención keynesiana de pleno empleo», (Salais, 1994) ha constituido el tipo ideal de esta fase de desarrollo del capitalismo, que se distingue por una serie de complejas relaciones entre el circuito producción-reproducción y los regímenes institucionales que regulaban las variables socioeconómicas del sistema. Con la propagación de la noción de 'sociedad salarial' —caracterizada por un progresiva salarización de la población activa y por el peso del salario en las estrategias económicas de las personas—, se alcanza la asimilación e integración del trabajo asalariado en el modelo de acumulación capitalista (Castel, 1997). De esta manera, el trabajo asalariado es utilizado como fuerza que promueve el avance del sistema. En el esquema anterior, puede observarse cómo la implicación de los trabajadores en el modelo es evidente y se concreta en la "inversión" de sus salarios en el circuito del consumo.

A lo largo de las tres décadas fordistas, la integración económica de los trabajadores se acompañó también de una integración social. El peso de la iniciativa pública, la universalización de las prestaciones sociales, el recorte de las desigualdades, fruto de una mejora en la distribución de la riqueza, potenciaron una serie de tendencias que condujeron a las sociedades occidentales a un periodo de prosperidad social sobre el que la mayor parte de especialistas coinciden. Estas tendencias igualitarias se concretaron en dinámicas sociales de gran calado como son la reducción de la polarización social y la consiguiente reducción de la distancia entre el vértice y la base de

la estructura social; el incremento de la movilidad social y de los mecanismos de promoción personal y ascenso social; la extensión de una clase media amplia que fue perfilando una sociedad homogénea en la que la presencia de los estratos intermedios se hace mayoritaria.

Los resultados de estas evoluciones: sociedades integradas, basadas en el pleno empleo, en la institucionalización de los conflictos y con una redistribución de la riqueza satisfactoria para la mayoría. La sociedad abierta, de clases medias, el aburguesamiento de la clase obrera, la sociedad del bienestar, de la seguridad, de las expectativas crecientes, han sido algunas de las imágenes con que las ciencias sociales han identificado a las sociedades occidentales en este periodo.

Cabría discutir mucho, y de manera crítica, acerca del tipo de desarrollo social que se lleva adelante en este periodo. La cohesión social crece, pero con ella lo hace también la uniformización cultural, el consumismo descontrolado y el conformismo generalizado. Sin negar las ventajas sociales de la época en lo que respecta a la mejora del nivel de vida, es necesario considerar críticamente los «beneficios» sociales del proceso de modernización fordista e inscribirlo en la historia, como antecedente y momento germinal, para comprender evoluciones posteriores ligadas a la extensión del individualismo y del promocionismo social actual.

Alain Lipietz resume certera y críticamente las bases del «compromiso fordiano», el cual presenta «un concepto de progreso que se apoya en tres patas: progreso técnico (concebido como progreso tecnológico incondicionalmente impulsado por los «trabajadores intelectuales»), progreso social (concebido como progreso del poder adquisitivo, extensión del reino de la mercancía) y progreso del Estado (concebido como garante del interés general contra las «intrusiones» de los intereses individuales). [...] En cambio excluye sistemáticamente a los productores poco cualificados del control de sus actividades, a los ciudadanos de la decisión sobre lo que hay que aceptar como progreso (en lo tocante a consumo, servicios públicos, urbanismo y, más en general, en lo relativo a las consecuencias ecológicas del «progreso», etc.

La propia solidaridad, organizada por el Estado de bienestar, cobra por eso mismo una forma estrictamente administrativa.” (Lipietz, 1997: 30). Asimismo, la base del energéticamente despilfarrador modelo fordista proviene de las materias primas y los recursos de zonas del planeta que han permanecido al margen del desarrollo económico occidental (García, 1995; Lerma, 1996). Finalmente, entre estos aspectos críticos hay que señalar cómo el modelo de trabajador del fordismo está marcado por un fuerte sesgo masculino, afianzando una división sexual del trabajo segregadora.

1.2.-1973-2000: de la crisis del fordismo al nuevo modelo de acumulación del capitalismo global

Esta segunda fase se inicia y está marcada por la crisis que en 1973 altera el sistema de equilibrios que había caracterizado al fordismo. En este apartado, analizaremos las causas de la crisis y sus repercusiones en los ámbitos político, económico e ideológico. El intervalo de años que consideramos – 1973-2000– se cierra con la fecha simbólica del año 2000, pero bien podría haber quedado abierto, pues las principales evoluciones que lo caracterizan están actualmente en marcha. Es este un periodo históricamente convulso y económicamente inestable, marcado por la crisis, el desempleo y el aumento de las desigualdades sociales. Por el contrario, el último lustro ha abierto un ciclo de crecimiento que algunos califican ya de «nueva economía» y que parece traer consigo una gran prosperidad, que hasta ahora se concreta sólo en los estratos más favorecidos de la población de los países occidentales. Es pronto aún para analizar en profundidad esta fase postfordista y más cuando las transformaciones se suceden con rapidez y las variables del mercado de trabajo fluctúan un tanto vertiginosamente³. Contando con las cautelas que impone esta situación, nos adentramos en los principales rasgos que dan forma a este periodo y en las tendencias que influirán en los escenarios políticos, económicos e ideológicos y en la configuración del mercado de trabajo y del desempleo del inicio siglo XXI. Como en el apartado anterior, se

³ La crisis financiera del 2001, el hundimiento de las *puntocom* en el Nasdaq y el atentado de las Torres Gemelas ha llevado a los especialistas a vaticinar un nuevo periodo de crisis de salida incierta.

tratarán primero las transformaciones sociopolíticas y, posteriormente, se abordarán las económicas e ideológicas.

Las transformaciones sociopolíticas

La espiral ascendente del Estado de bienestar en Europa se ralentiza, paraliza y cambia de estilo en la década de los ochenta. Con diferentes ritmos, y dependiendo de la fuerza de la tradición socialdemócrata en cada país, el impulso del Estado pierde fuerza. La crisis fiscal (O'Connors, 1981), la crisis de legitimidad (Habermas, 1979), la crisis de gobernabilidad en la visión liberal-conservadora se convierten en argumentos reiterativos: una especie de estribillo en el que la idea de crisis y la de Estado de bienestar aparecen sistemáticamente asociados. Si la desmercantilización había sido el estilo predominante de intervención estatal en la primera fase que hemos analizado, en esta segunda, podemos decir que se invierten las tornas y que asistimos a nuevos usos remercantilizadores. El énfasis en la eficacia de lo privado y el ataque a la idea de lo público -supuestamente generador de rigidez burocrática y de costosas ineficacias-, impulsan un movimiento privatizador que, encabezado por la ofensiva liberal-conservadora, imputa al Estado buena parte de la responsabilidad en la crisis.

Los creadores de este diagnóstico neoliberal decretan un programa de recorte de funciones del Estado como remedio principal para reducir los rigores de la crisis. El mercado y la iniciativa privada deben volver a tomar las riendas de la sociedad, pues son los expertos en generar riqueza. El Estado debe interferir lo mínimo en la regulación de la economía. Esta idea de «Estado mínimo», plegado a los intereses empresariales y cubriendo sólo las funciones primordiales en el terreno militar y en el orden público, se proyecta como horizonte futuro ideal de los planteamientos más ultraliberales. Se ha señalado a menudo cómo la naturaleza política de la crisis pesa más que las causas económicas a la hora de explicar el cambio remercantizador de la actuación estatal: el Estado estaba promoviendo demasiados progresos en el igualitarismo social y esto generó una reacción en las elites económicas con objeto de detener este avance.

André Gorz ha puesto de manifiesto el papel instrumental y auxiliar que el Estado, y en concreto el Estado de bienestar, pasará a jugar tras la crisis de 1973 en sintonía con los deseos de las esferas más poderosas del capitalismo. «Amenazado por la socialización o la estatización, el capital tenía el máximo interés en poner fin a su simbiosis con un Estado que se había vuelto incapaz de asegurar la expansión del mercado interno. La planificación o «concertación» económica no había sido útil más que durante el periodo de «crecimiento extensivo». [...] Era preciso que el capital se desembarazara de su dependencia del Estado y se liberara de las restricciones sociales; era preciso que el Estado se pusiera al servicio de la «competitividad» de las empresas, aceptando las «leyes del mercado» (Gorz, 1998: 22).

La crisis se manifiesta en los dos frentes que se habían desarrollado en la fase anterior: 1) ralentización del gasto público y parálisis del modelo universalizador de Estado del bienestar; 2) crisis del papel de mediador-regulador en las relaciones capital-trabajo.

En el primer caso, en la mayoría de países occidentales se observa una interrupción del avance de los gastos sociales y de los programas públicos de alcance más universalizador —como la sanidad o la educación—, que habían producido mayores grados de igualdad social hasta entonces. Esta parálisis del gasto lleva ritmos diferentes en cada país, que dependen del grado de desarrollo alcanzado por sus sistemas de bienestar y de las coaliciones políticas progresistas que, coyunturalmente, pueden frenar el empuje de la corriente privatizadora dominante. En contraste con el espíritu universalizador del periodo anterior, los programas sociales más recientes adquieren un marcado carácter asistencial, dirigidos a colectivos específicos más desfavorecidos, programas en los que priman rasgos paliativos. Este tipo de intervenciones no remedian las desigualdades sociales estructurales del capitalismo, sino que las perpetúan y las afianzan al mantener a las poblaciones atendidas bajo control, en guetos asistenciales y sin posibilidad de mejoras reales en su posición social.

Los programas sanitarios y educativos más destacados, afianzados en el periodo anterior, mantienen una consideración positiva por parte de la opinión pública y son por ello mantenidos. Los posibles costes electorales alejan a los gobiernos de decisiones tajantes en estas áreas. Sin embargo, incluso en estos terrenos, la ofensiva neoliberal y privatizadora se hace notar en aquellos países donde ésta se ha concretado en triunfos electorales de partidos liberal-conservadores, más afines a la privatización. La intromisión de la lógica privada en la sanidad o el progreso de las concepciones que intentan introducir la racionalidad económica y mercantil en la educación han avanzado en términos generales.

Por otra parte, la función redistribuidora y de reducción de las desigualdades que el Estado había promovido queda debilitada al producirse una pérdida de progresividad fiscal, que favorece a las rentas procedentes de beneficios y plusvalías frente a las rentas salariales. Por añadidura, la ola privatizadora se materializa en una canalización del gasto público hacia el saneamiento del tejido empresarial, con el consiguiente descuido de la iniciativa pública y de las necesidades colectivas. En este sentido, un abundante caudal de fondos públicos se dirige a apoyar financieramente la reconversión industrial, los expedientes de crisis y regulación de empleo de las empresas o a subvencionar contratos de fomento de empleo que, nuevamente, van a parar a manos de empresas privadas. Por no hablar de las privatizaciones de empresas públicas rentables, que descapitalizan el 'bien común' (Petrella, 1997) y que, aunque resuelven coyunturalmente el déficit, hipotecan el futuro del funcionamiento financiero del Estado.

Se ha señalado que lo que realmente se produce en esos años postcrisis de la década de los ochenta es una socialización del mal funcionamiento de la empresa privada, en muchos casos obsoleta y mal gestionada. El poder económico preconiza, por un lado, la retirada del Estado de la vida económica y, por el otro, se aprovecha de su fuerza para reconducir a su favor parte del presupuesto estatal. Esta doble moral es una actitud constante entre los más firmes partidarios del mercado y lo privado: cuando

las expectativas de crecimiento son buenas, el mercado es siempre el artífice de ello; en cambio, cuando llega la crisis, se atribuye siempre la responsabilidad a la ineficacia del Estado.

El segundo frente en el cual se verifica el cambio de orientación y la pérdida de funciones del Estado es en la crisis de su papel mediador en el marco de las relaciones capital/trabajo. La creación de consenso entre estos dos actores y la oportuna mediación estatal para regular sus intereses es sustituida por una progresiva subordinación al poder económico. La función «auxiliar» que ha sido atribuida al Estado por los *lobbies* empresariales, las grandes compañías y los ideólogos neoliberales elimina la figura de un árbitro que medie en los conflictos: el mercado no necesita regulaciones estatales perturbadoras del equilibrio. De esta manera, todo el mecanismo corporativo montado en las décadas anteriores es cuestionado y, en ocasiones, invalidado por las organizaciones patronales, que se desentienden, en mayor o menor grado, de su funcionamiento, aprovechándolo cuando conviene y dando un plante cuando no. Las negociaciones tripartitas –Estado, sindicatos y patronal– entran en crisis; la individualización de las relaciones laborales se extiende y la negociación colectiva ve cómo se paraliza su cobertura en el número de trabajadores acogidos y reducida así su fuerza como paraguas protector; el derecho de huelga y otras acciones colectivas quedan deslegitimadas y una auténtica oleada de desregulación y liberalización caracteriza la acción del Estado en el ámbito laboral a partir de los ochenta.

Las transformaciones socioeconómicas

A raíz de la crisis de 1973, la esfera económica presenta profundas mutaciones. A pesar del tiempo transcurrido, aún no existe un consenso acerca de las causas de la crisis y son numerosas las explicaciones y las versiones que se han propuesto. Los actores implicados –empresarios, trabajadores y sus organizaciones respectivas– y su mayor o menor responsabilidad en la crisis, así como la de otros factores –como las implicaciones del Estado o de variables como el cambio social, cultural, político–, se barajan en las variadas descripciones de la crisis. El crecimiento

del desempleo es una de las tendencias que resultan de la crisis, abordamos a continuación un repaso por las diferentes explicaciones de manera que podamos aproximarnos a la naturaleza del problema en el contexto de las recesiones de los setenta.

El detonante de dicha crisis fue el alza de los precios del petróleo establecida por los países exportadores. En los momentos iniciales, los economistas convencionales enfatizaron el aspecto coyuntural de la recesión, prediciendo una pronta recuperación conforme los precios retornasen a los momentos previos a la crisis. Para estos mismos economistas, las reducciones salariales y de la inflación colaborarían al retorno de la estabilidad económica. Estas explicaciones coyunturales pronto se vieron desmentidas por los hechos: en 1979, los precios volvieron a aumentar, consolidando la crisis estructural que conocemos y obligando a los especialistas a un análisis más profundo. Su resolución no vendría por ajustes provisionales, sino por transformaciones fundamentales en el sistema capitalista.

Hoy, a más un cuarto de siglo del momento inicial de la crisis, puede asegurarse que la envergadura de los problemas que estaban tras ella eran de suma gravedad y afectaban de lleno al funcionamiento del sistema de acumulación capitalista y al modelo de producción. Robert Boyer (1994) ha analizado a fondo y clasificado las causas de la crisis distinguiendo tres grandes cuestiones:

- 1.- El agotamiento del sistema técnico
- 2.- El aumento de las contradicciones sociales
- 3.- La inadecuación progresiva de la producción en masa a los cambios de la demanda

La primera idea resalta cómo la fuerte productividad alcanzada por el sistema fordista en los primeros años fue decreciendo conforme éste se establecía y se agotaba la acumulación intensiva, basada en grandes fábricas y grandes series de mercancías con mano de obra abundante. Además, la fuerte demanda inicial, sustentada en el consumo de los productos centrales

del desarrollo fordista —automóviles, vivienda, electrodomésticos—, alcanzó un punto de saturación. Estas dinámicas sumieron, desde principios de los setenta, a las economías occidentales en un periodo de crecimiento lento y de paro. Esta idea da mucha importancia a los aspectos socioeconómicos y a la descripción ligada a los ciclos largos de expansión y crisis del capitalismo.

La segunda cuestión podría considerarse una extensión de la precedente, tal vez insistiendo más en los límites sociales del fordismo. Encabezada por los economistas radicales americanos, esta versión centra su enfoque en el espacio interno de la fábrica fordista y en el uso muy descualificado que allí se hace de la mano de obra. La gran fábrica provoca un intenso descontento obrero hacia una organización del trabajo basada en una lógica de fragmentación de las tareas y de hiperespecialización de la división del trabajo. Las resistencias de los trabajadores en forma de absentismo, huelgas, sabotajes y desmotivación es un argumento frecuente para intentar explicar la pérdida progresiva de eficacia del modelo fordista. El protagonismo alcanzado por las organizaciones sindicales en esas décadas consigue mejoras en las demandas salariales, de jornada y de condiciones de trabajo, de promoción y de seguridad en los contratos. Este auge ha sido interpretado como un freno a los beneficios empresariales y como límite a su desarrollo futuro por un exceso potencial de conflictividad laboral.

La tercera explicación hace hincapié en los problemas de flexibilidad que presentaba el fordismo. Sobre todo los autores de la teoría de la especialización flexible (Piore y Sabel, 1990) han puesto de manifiesto las rigideces técnico-organizativas del fordismo. La tecnología usada y la organización del trabajo mediante la cadena de montaje son idóneas para mercados amplios y estables, como los de la inmediata posguerra, pero no se ajustan bien a contextos de contracción de mercados y de fluctuaciones de la demanda. Las turbulencias de ésta evidencian los problemas de un sistema basado en grandes inversiones en maquinaria que no responde a las nuevas necesidades de consumo. Por decirlo con palabras más sencillas, la demanda de productos estandarizados deja paso a otra más diversificada y casi

personalizada; del consumo de automóviles o electrodomésticos iguales para todos se pasa a un deseo de nuevos modelos adecuados a «nichos muy específicos de demanda personalizada» (Alonso, 1992). El modelo fordista y el declinar del potencial productivo de la cadena de montaje no pueden hacer frente a estos nuevos requerimientos que exigen diversificación de los productos, adaptabilidad en la cantidad producida y, en conjunto, versatilidad de la producción. La crisis estaba, así, servida.

Como vemos, las explicaciones acerca de ésta son variadas y atribuyen responsabilidades diferentes a los actores sociales implicados. No son contradictorias entre sí, en ocasiones son complementarias. Al centrarse básicamente en la crisis del fordismo como modelo productivo, Robert Boyer no detalla en los párrafos anteriores otras explicaciones de índole económica más general dadas a la crisis más allá del terreno de lo productivo. A la hora de abordar el colapso económico del 1973, nos interesa destacar dos interpretaciones económicas ineludibles e imprescindibles para comprender la situación inmediatamente posterior, en la que se han puesto en marcha un conjunto de transformaciones que caracterizan el marco actual del trabajo y el empleo. Como se podrá observar, estas dos grandes explicaciones analizan el paro de manera muy diferente.

La primera interpretación es la manejada por los economistas neoliberales. Para ellos el alza inesperada de los precios del petróleo desencadenó una subida de los costes de producción que puso en peligro la continuidad de las empresas y redujo los niveles de rentabilidad: en 1973, se asistía a un *shock* de la oferta que exigía una reestructuración del aparato productivo para adecuarse a la nueva situación de cambio de precios y demanda. La interpretación liberal mantiene que el mercado es el instrumento adecuado para resolver la crisis si nada interfiere en su funcionamiento y no se impide que, por sí solo, ajuste la nueva situación de precios. Sin embargo, en 1973, la intervención de los Estados –que no permitió que las subidas de costes repercutiesen directamente sobre el mercado–, y los altos salarios –inflexibles a la baja que la crisis exigía– acrecentaron y prolongaron los

efectos de la depresión económica. La solución neoliberal reclamaba una reducción salarial, que restableciese el equilibrio entre salarios y productividad marginal, como condición para permitir la creación de empleo. Sus recetas fundamentales consistían en devolver al mercado el protagonismo a la hora de regular la economía y en reducir el papel del Estado. Más mercado e iniciativa privada y menos crecimiento salarial y sindical: estas fueron las consignas neoliberales, que, como hoy sabemos, cobraron una enorme fuerza en el armazón ideológico que se levantó tras la crisis. Sus defensores y partidarios —el poder empresarial, las fuerzas políticas conservadoras y sus ideólogos— consiguieron imponer y divulgar exitosamente su visión, convirtiéndola en la explicación científica oficial, cuando en realidad sólo era la que se ajustaba mejor a sus propios intereses. Este diagnóstico justificó y legitimó todas las medidas de ajuste económico que se produjeron tras la crisis y que se dirigieron a recuperar los beneficios del capital, recayendo la mayor parte de los costes sobre el factor trabajo.

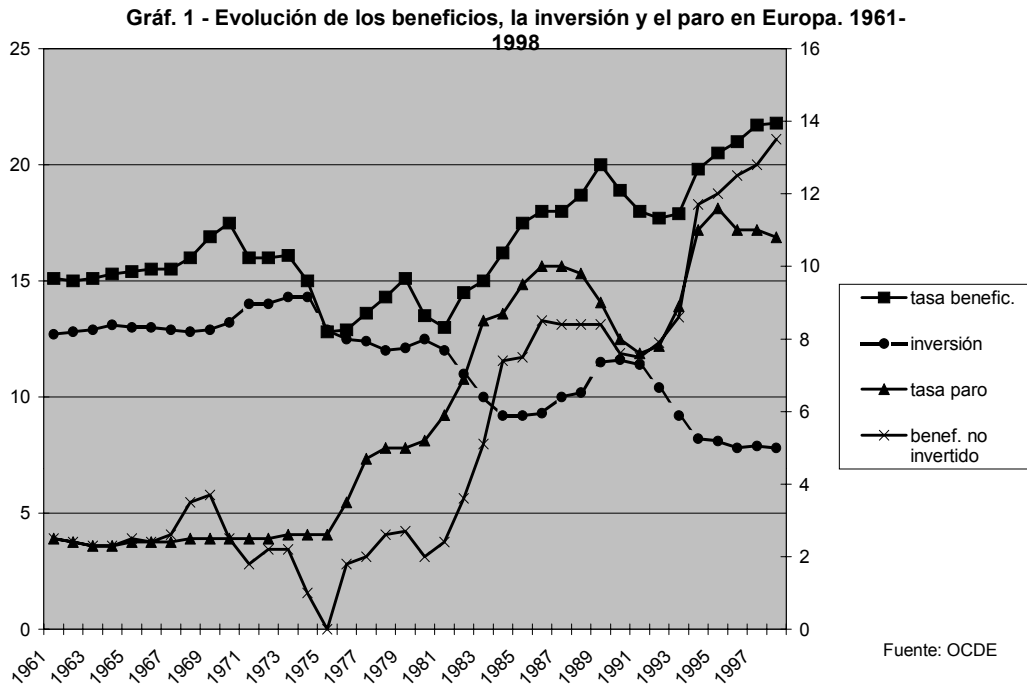
La segunda explicación es de inspiración marxista y vincula la crisis a la evolución de los ciclos del sistema capitalista. Para las corrientes⁴ que se identifican con esta línea de interpretación, la crisis del petróleo es de importancia secundaria, pues el origen de la crisis se halla en la entrada en un ciclo depresivo, a finales de los años sesenta, que frena al expansión que el sistema capitalista mostraba desde el final de la IIª Guerra Mundial. Las causas fundamentales son la sobreproducción —un exceso de capacidad productiva respecto a la demanda efectiva— y la caída progresiva de los beneficios empresariales. Esta interpretación mantiene una fuerte actitud crítica hacia los enfoques liberales anteriores, a los que acusa de falta de rigor, pues el paso del tiempo no ha confirmado sus argumentos, y de servir de coartada científica para la ideología neoliberal.

⁴ Tanto los economistas radicales americanos, con su concepto de "estructura social de acumulación" (Gordon, Edwards y Reich, 1986), como los autores regulacionistas, a través de su análisis del "régimen de acumulación" (Aglietta, 1979), han elaborado explicaciones estructurales en las cuales se analizan las condiciones generales que guían la dinámica del sistema y la acumulación de capital como fuerza motriz básica de las sociedades capitalistas. El corpus teórico de ambas corrientes refleja las influencias del marxismo.

Entre todas las variables que manejan los enfoques de tinte marxista, hay una que destaca y a la cual se concede una fuerte capacidad explicativa: se trata de la tasa de rentabilidad del capital. Este indicador mide los beneficios empresariales y es una variable clave para el funcionamiento del sistema. La inversión de capitales guarda una relación directa con la expectativa que los empresarios tienen de rentabilizar dicha inversión. Si la expectativa es baja, el modelo de acumulación se paraliza y es entonces cuando los gobiernos y las empresas reaccionan poniendo en marcha nuevas políticas y estrategias para revitalizar los beneficios y para reconfigurar un modelo económico y productivo que promueva una tasa de rentabilidad creciente. A lo largo de la industrialización, y de forma cíclica, los beneficios empresariales han sufrido estas fluctuaciones, que han venido siempre acompañadas por importantes transformaciones en el funcionamiento de la economía y de la política dirigidas a reactivar la tasa de beneficio.

En 1973, se generaliza una de estas crisis de rentabilidad que pone en cuestión el modelo de acumulación del capital que el fordismo había levantado. Este modelo había garantizado altos beneficios, pero a principios de los setenta, comienzan a declinar por la combinación del conjunto de causas que hemos señalado más arriba y que conducen a un agotamiento del modelo económico-productivo. A partir de la constatación de la crisis, se pone en marcha una dinámica de recomposición del proceso de acumulación del capital, que se concreta en una serie de estrategias que conducen a un cambio profundo en la estructura del capitalismo. La búsqueda de una mejor forma de hacer beneficios y de recuperar el poder económico es el objetivo de dichas estrategias, que se despliegan desde finales de los setenta y que serán tan determinantes para la evolución del mercado de trabajo en las dos décadas posteriores.

El gráfico 1 permite verificar algunas de las observaciones que validan la hipótesis de la caída de la tasa de rentabilidad. Como se puede observar en el gráfico, a grandes rasgos, la década de los setenta se caracteriza en Europa por una tendencia a la baja de los beneficios empresariales que se detiene en 1981.



En ese momento, las estrategias de ajuste económico invierten la tendencia a la caída de los beneficios, que experimentan un crecimiento notable a partir de ese año: un nuevo modelo de acumulación del capital comienza a cobrar forma a partir de la primera mitad de los ochenta. En cuanto a la inversión, el gráfico muestra como tras la crisis sufrió una reducción que se cronificó y que no ha vuelto a recuperar los niveles que alcanzó antes de los setenta. A partir de 1981, los beneficios crecieron, pero su destino preferente no era la reinversión productiva, sino que se dedicaban a otro tipo de inversiones más rentables como las financieras o las inmobiliarias, que garantizaban rendimientos más consistentes y evitaban el riesgo de inmovilizar capitales en inversiones industriales. En paralelo y como consecuencia de estos procesos, el paro creció con fuerza y, tomando los inequívocos datos del conjunto de

países de la OCDE que refleja el gráfico, no se han vuelto a recuperar la situación de pleno empleo de principios de los setenta.

A continuación, nos centraremos en concretar las estrategias que han permitido recomponer el proceso de acumulación capitalista y en analizar cuáles son los rasgos del nuevo modelo que ha facilitado la recuperación del beneficio, y que ha traído consigo nuevas dinámicas, cambios globales de la economía, nuevos equilibrios de fuerzas y transformaciones a gran escala que configuran el actual marco de la economía mundial y de los mercados de trabajo e inciden directamente en el perfil del desempleo actual.

Las reacciones por parte de las direcciones de las empresas para compensar y resolver la bajada de sus beneficios no se hicieron esperar y se sucedieron con rapidez desde finales de los años setenta. Desde la política económica de los gobiernos, se implantaron planes de ajuste económico que incluían recortes salariales, reducción de prestaciones sociales, medidas fiscales y desregulación en el mercado de trabajo. Entre los empresarios, la idea clave que ha guiado sus nuevas estrategias se ha convertido ya en un tópico presente en sus discursos desde entonces: se trata del concepto de flexibilidad. Su aplicación se ha impuesto en todos los campos —desde la organización de la producción a la aplicación de las tecnologías o a la gestión de la fuerza de trabajo— y se ha propagado entre políticos y otros expertos como solución a las supuestas rigideces anteriores. La vaguedad y la ambigüedad de este concepto de flexibilidad es la causa de que haya provocado tantas adhesiones e incluso fascinación, y de que, en ocasiones, esté sirviendo de parapeto ideológico para imponer todo tipo de reformas en las empresas. Se ha ofrecido como panacea contra los males de la rigidez fordista y, a la vez, como vía predilecta para erigir un nuevo orden industrial mediante el uso flexible de todos los recursos con vistas a una mejora de la eficacia de empresa. Junto a la idea de flexibilidad se han divulgado también las ideas de competitividad, de excelencia empresarial y, más recientemente, la de globalización.

Incesantemente en boca del poder económico y de sus representantes, todas estas ideas se han divulgado en el último cuarto de siglo en los medios de comunicación, mostrándose como la única realidad posible para la mejora de la economía —una especie de pensamiento único con una solución única cuyo secreto estaba en manos de los empresarios—. En el mismo mensaje, se presentaba a éstos como los protagonistas para llevar adelante este nuevo marco de flexibilidad y para conducir a nuestras sociedades de nuevo a la prosperidad. La indiscutida buena reputación social de que gozan hoy los empresarios está relacionada con esta dinámica de reajuste que les ha otorgado las riendas del funcionamiento social, cuando en realidad no representan los intereses de toda la sociedad, sino básicamente los suyos propios o, en todo caso, los de los capitales invertidos que han de maximizar.

Desde entonces, una elite del poder económico, financiero, productivo y comercial a escala global —compuesta por los más poderosos empresarios, sus ideólogos y políticos afines y los principales medios de comunicación, que instrumentalmente usan para la divulgación de sus directrices— influye poderosamente y marca el ritmo de la dinámica social: la racionalidad económica, la lógica mercantil y los moldes de la cultura empresarial impregnan la vida social. Cualquier finalidad guiada por rentabilidades sociales ha de pasar casi siempre por el tamiz de la rentabilidad y de la viabilidad económica y presupuestaria. La empresa, el dinero y el mercado se apropian del funcionamiento social: mandan los mercados.

Nos centraremos a continuación en describir cuáles han sido las dimensiones y las estrategias concretas en las que se ha expresado este ascenso de la nueva economía flexible, competitiva y global que se ha extendido en estas dos últimas décadas. Utilizaremos para ello un esquema que desglosa en dos grandes grupos las maniobras emprendidas. El primero está referido a transformaciones amplias en el marco general de la economía y el segundo a cambios más encuadrados en el ámbito productivo y laboral:

1. Revitalización del poder económico: cambios en las prácticas e ideologías económicas en el despegue del neoliberalismo de los 80’;

2. Procesos y estrategias concretos en el ámbito de la organización de la producción y el trabajo.

Respecto al primero, cabe destacar cómo a partir de la década de los ochenta, la hegemonía de la explicación neoliberal relanza la ya comentada irrupción de la supremacía de lo económico y afianza una profunda oleada de liberalización y desregulación que amplifica y deja el terreno libre para la expansión económica global. La globalización es, sin duda, el corolario de todos estos procesos y el tópico de moda que da nombre a una nueva forma de gestión del sistema capitalista. Para entender este primer gran grupo de estrategias es preciso describir y analizar el escenario de la actual globalización, sus principales dimensiones y sus implicaciones para el mercado de trabajo y, en concreto para el desempleo.

Respecto al segundo gran grupo de transformaciones, más encuadradas en el marco de la organización de la producción y del trabajo, destacaremos cuatro estrategias generales que han guiado la nueva lógica de desempleo y de flexibilidad productiva y laboral en los últimos 25 años:

A- Innovación tecnológica y organizativa

B- Descentralización productiva y cambios en la división del trabajo entre empresas.

C- Desregulación y flexibilidad en el uso de la mano de obra.

D- Nuevas prácticas discursivas empresariales y desestructuración de la acción sindical.

Desarrollaremos estas cuatro últimas estrategias en el apartado (I.3)

I.2.1.-Revitalización del poder económico: cambios en las prácticas e ideologías económicas en el despegue del neoliberalismo de los 80'

Uno de los indicadores más evidentes del reforzamiento del poder de la economía es el actual despliegue de los omnipresentes procesos de globalización. Para muchos autores acotar estos procesos únicamente a su dimensión económica constituiría un reduccionismo. Sin embargo, la

continuidad de los argumentos que se vienen desarrollando en los apartados anteriores nos obligan a centrarnos más en este ámbito de lo económico. En cualquier caso, no puede decirse que ésta parcela haya influido poco, al contrario: los procesos económicos son la punta de lanza de las dinámicas globales hasta el punto de que cada vez más resulta ser una redundancia el hablar de 'globalización económica'. Siguiendo el hilo de los argumentos que se acaban de exponer, la globalización es la principal manifestación del proceso de reestructuración capitalista que se ha conformado en los veinte últimos años y que actualmente alcanza una madurez que permite comenzar a hacer un análisis aproximado de su significado y de sus repercusiones sobre el mercado de trabajo. Hoy en día, la globalización es el nuevo metabolismo de la acumulación capitalista. El nuevo 'régimen de acumulación' que actualmente cobra forma no puede desprenderse de este machaconamente repetido calificativo de global.

El alcance de la globalización la ha convertido en tema de interés de los más conocidos autores en sociología. Beck (1998), Bourdieu (1999b), Castells (1997), Giddens (1999), Touraine (1999) han dedicado sus trabajos más recientes a analizar dicho fenómeno y a identificar las grandes dinámicas que lo componen. El último de los autores mencionados expresa muchos recelos a la hora de considerar la globalización como un todo coherente, pero señala cinco importantes procesos que están alterando el marco del Estado-nación. Se trata de la sociedad de la información, el incremento de la mundialización de los intercambios económicos, las redes financieras mundiales, la aparición de nuevos países emergentes y la hegemonía mundial de Estados Unidos. La coincidencia entre los especialistas a la hora de establecer la centralidad de estas transformaciones en el nuevo orden económico mundial es notable; por ello en este capítulo trataremos de aportar información sobre todas ellas, de manera que podamos contar con una visión panorámica que permita captar las múltiples dimensiones de la globalización y su impacto sobre el mercado de trabajo y sobre el desempleo. Hay que adelantar que no es sencillo sintetizar los resultados de este debate hoy abierto. Las posturas son muy diversas, polémicas y con numerosos matices acerca de cuál puede ser el

sentido, cuáles los grandes cambios que caracterizarían a este fenómeno, qué países o actores sociales se benefician más, etc.

Las visiones que provienen de los sectores más convencionales de la economía y de las instituciones financieras internacionales o de los políticos más conservadores, que se nutren de las doctrinas en boga profusamente divulgadas por los llamados *think tanks* –institutos de investigación creadores de opinión muy vinculados ideológicamente al hoy hegemónico pensamiento neoliberal–, estas visiones han divulgado un panorama de la globalización que se podría resumir en los siguientes puntos: nos hallamos frente a un proceso imparable y beneficioso de interdependencia entre países y zonas geográficas que solo puede traer mejoras para todos. Esta interdependencia se compone de una serie de principios económicos y sociales que encumbran una economía y una sociedad de mercado que, en una sociedad abierta (Soros, 1999), persigue un nuevo marco de valores globales.

Desde una posición crítica a esta visión de la globalización, Ignacio Ramonet (1995) ha analizado las bases económico-políticas de este proceso, que se apoyan en la ya célebre denominación de «pensamiento único». Esta ideología de la globalización encumbra el dominio de lo económico y del mercado sobre lo político y se concreta en el siguiente decálogo: 1/ “el mercado, cuya mano invisible corrige las asperezas y disfunciones del capitalismo”; 2/ “los mercados financieros, cuyos signos orientan y determinan el movimiento general de la economía”; 3/ “la competencia y la competitividad que estimulan y dinamizan a las empresas llevándolas a una permanente y benéfica modernización”; 4/ “el libre intercambio sin límites, factor de desarrollo ininterrumpido del comercio, y por consiguiente, de la sociedad”; 5/ “la mundialización, tanto de la producción manufacturera como de los flujos financieros”; 6/ “la división internacional del trabajo que modera las reivindicaciones sindicales y abarata los costes salariales”; 7/ “la moneda fuerte, factor de estabilización”; 8/ la desreglamentación de la economía; 9/ las privatizaciones de empresas; 10/ la liberalización económica y la reducción del peso de lo público y del Estado”.

Esta doctrina ha sido vulgarizada y traducida por los medios de comunicación como la nueva fórmula económica que traería una renovada prosperidad ante la que cualquier oposición es inútil e injustificada. A su vez los grandes creadores de ideas y los líderes de opinión han difundido la buena nueva de la globalización en «formato científico», y en papel satinado, garantizando que, además de la promesa de un crecimiento económico, el nuevo orden global traería consigo un renacimiento de los derechos humanos y de los valores democráticos tantas veces cercenados por el autoritarismo y la corrupción.

Propagandísticamente, este discurso se ha impuesto en los últimos años con una fuerza desmedida, pero son muchos los que hoy comienzan a analizar con detalle las promesas incumplidas y los enormes costes económicos, sociales y ambientales que la globalización ha traído consigo. Los críticos de la globalización, expresada en los términos que se recogen en las recetas del «pensamiento único», han señalado las profundas desigualdades que están propiciándose por la extensión de planes de ajuste económico; las arbitrariedades que campean en diferentes ámbitos —en esta tesis habría que destacar los problemas ligados a la esfera del trabajo, con el crecimiento de la inestabilidad laboral y del desempleo— y, además, la falta de transparencia en el funcionamiento de las instituciones financieras internacionales y de determinados ámbitos políticos.

Algunos autores han contribuido a desvelar la artificiosidad de la ideología de la globalización. Armand Mattelart (1996) aporta un punto de vista muy lúcido sobre la noción y considera que la globalización es fundamentalmente un modelo de gestión de la empresa, de hecho sabemos que el término procede, precisamente, de los expertos americanos en marketing. Alain Touraine (2001) habla de este «capitalismo extremo que ha sido rebautizado con el nombre de globalización». Noam Chomsky (2000) se ha centrado en sus efectos políticos y ha descrito el llamado «consenso de Washington», una réplica del «pensamiento único», que supone el «gobierno mundial de facto» y una «nueva era imperial» capitaneada por Estados Unidos. Pierre Bourdieu (2000) ha dedicado interesantes argumentos a la globalización ideológica y

cultural y ha hablado de cómo un nuevo lenguaje planetario está provocando una «colonización mental» y un «imperialismo simbólico y cultural» para implantar el código de la globalización. Samir Amin (1998) ha enfocado su crítica desde la perspectiva de los países del sur, insistiendo en la necesidad de otra globalización que sirva para «reforzar el poder de negociación colectiva y de consolidación de las regiones del Tercer Mundo» y dé respuestas alternativas a la actual globalización neoimperialista. En sintonía con esta línea y con el sentido del humor como arma, Eduardo Galeano ha criticado lo políticamente correcto de la globalización, desvelando lo que se oculta tras las bellas ideas globalizadoras: «En la época victoriana, no se podían mencionar los pantalones en presencia de una señorita: Hoy por hoy, no queda bien decir ciertas cosas en presencia de la opinión pública:

- el capitalismo luce el nombre artístico de *economía de mercado*;
- el imperialismo se llama *globalización*;
- las víctimas del imperialismo se llaman *países en vías de desarrollo*, que es como llamar niños a los enanos;
- el oportunismo se llama *pragmatismo*; [...]
- los pobres se llaman *carentes, o carenciados, o personas de escasos recursos*;
- el derecho del patrón a despedir al obrero sin indemnización ni explicación se llama *flexibilización del mercado laboral*.» (Galeano, 1998: 41).

Abordar con seriedad la cuestión de la globalización requiere romper con algunos tópicos que se están extendiendo e imponiendo y que la onda expansiva de unos medios de comunicación plegados al pensamiento único global permite difundir hasta el último rincón del planeta. Sólo entonces podremos analizar los procesos socioeconómicos a los que asistimos y valorar en su justo término la llamada globalización. Estos tópicos están a la orden del día y se plantean como verdades indiscutibles, cuando en realidad muchas de ellas no tienen una base muy sólida, son más bien medias verdades, cuando no falsedades evidentes bien disfrazadas. Todas estas trivializaciones

de la globalización están expandiendo el colonialismo cultural que Bourdieu denuncia y su proliferación está operando como una cortina de humo que impide a la ciudadanía apreciar que dicha globalización es la nueva ideología del pensamiento liberal-conservador y que no trae sólo beneficios sino graves consecuencias.

Una vez adelantadas las cautelas que hay que tener en cuenta a la hora de aproximarse a este tema, a nuestro juicio, la cuestión de la globalización ha de interpretarse en el marco de los procesos de reestructuración económica que se producen en este último tercio de siglo con la finalidad de reformar el capitalismo. Reformas que han consistido en crear un nuevo modelo de acumulación capitalista que permita obtener tasas de beneficios cuantiosas. La elite del poder económico –financiero, productivo y comercial– es la máxima beneficiaria de este proceso que ha sido bautizado con el nombre de globalización y que ha traído consigo una reestructuración no solo en el ámbito de la economía, sino también de la sociedad, con la llegada de nuevas desigualdades, de cambios en los equilibrios de fuerzas entre las clases y los actores sociales y de colectivos que soportan el coste de la globalización. Conocidas estas premisas, nos centraremos en describir alguna de las grandes tendencias en las que se expresa la globalización y que repercute sobre aspectos concretos del mercado de trabajo. En primer lugar, se tratará el auge de la transnacionalización productiva y las tendencias recientes en la división internacional del trabajo y, en segundo lugar, la progresiva concentración y jerarquización del poder económico y político.

Auge de la transnacionalización productiva

Los cambios en la forma de organizar la producción en estos últimos veinte años son otro de los aspectos que se relacionan con los procesos de globalización y que inciden sobre la evolución del desempleo. Estos cambios se orientan a utilizar el espacio internacional como escenario para diseñar el proceso de producción y a extender la globalización productiva, que para algunos está produciendo una nueva división internacional del trabajo donde las dinámicas nacionales cederán cada vez más terreno a las internacionales.

Los enfoques más fascinados con este tipo de procesos –que provienen generalmente de los expertos en *management* y de la divulgación económica más superficial– nos presentan ya hoy una realidad que muestra cómo en las redes mundiales se produce un proceso de «ensamblaje» global. Además de los propios componentes y materiales, las compañías se intercambian servicios de resolución de problemas (I+D, fabricación), de identificación de estrategias (marketing, publicidad, estudios de mercado), de consultoría (financiación, contratos). Cada vez resulta más difícil identificar un producto con un país y asistimos a un aumento del grado de descentralización de la producción. Las firmas multinacionales se muestran a sí mismas como la avanzadilla de un nuevo mundo del progreso productivo orientado a servir mejor a los consumidores del mundo entero en un movimiento natural e inexorable de expansión del capitalismo. La fábrica arquetípica, que unía «bajo un mismo techo» a cuadros técnicos y obreros para producir íntegramente un bien, va perdiendo posiciones y es prácticamente imposible retornar a este modelo de organización de la producción, que está siendo sustituido por una empresa sin fronteras –la *Global Firm* o la *World Company*, paradigmas de la globalización empresarial–.

Sin embargo, esta exagerada propaganda de la *World Company* es hoy un tanto desorbitada respecto a la realidad. Las transnacionales siguen organizando la producción a escala regional o nacional, aunque algunas de las realidades descritas anteriormente comienzan a cobrar forma y ciertas empresas se han colocado en la avanzadilla de la globalización productiva. Adelantaremos primeramente algunos datos recientes sobre la fuerza de las empresas transnacionales y describiremos posteriormente las tendencias en curso en cuanto a la organización de la producción.

Sea cual sea el grado de desarrollo de la lógica de las firmas globales, no cabe duda de que el poder de las transnacionales es hoy descomunal: de las 100 mayores unidades económicas a escala mundial, 47 son firmas transnacionales. Recientemente, los servicios informativos nos sorprendían equiparando el valor de la capitalización en bolsa de Microsoft con el PIB de

Holanda, un país particularmente bien situado en la economía mundial. Aunque estas empresas solo utilizan un 3% de la mano de obra total, controlan un 30% del PIB mundial. Esto da una idea de su poderío, que además se concentra inquietantemente: de las 37.000 empresas que operan a escala internacional, solo 100 de ellas concentran un 70% de la inversión directa en el extranjero. Las primeras 50 pertenecen, fundamentalmente, a 8 países —Estados Unidos, Japón, Reino Unido, Alemania, Francia, Corea del sur, Suiza e Italia—. El 95% del total pertenecen a países de la OCDE. Parece indudable la fuerza y los intereses que se pueden desplegar en las operaciones de estos actores sociales.

Brunet y Belzunegui han señalado cómo a partir de la «invención» del término multinacional en 1960, sus prácticas comienzan a pasar a primer plano, pero su cenit se alcanza, sobre todo, a partir de la segunda mitad de los años ochenta y durante la década de los noventa, con «el aumento de adquisiciones, fusiones y alianzas estratégicas, impulsadas por el rápido crecimiento económico y un clima económico internacional que ha ido asegurando los intereses de las grandes corporaciones: privatizaciones, regionalización de los mercados, énfasis en las fuerzas de mercado, liberalización, desregulación de los mercados laborales, competencia e innovación tecnológica.» (Brunet y Belzunegui, 1999: 82).

Este marco ha propiciado el reforzamiento de los tradicionales criterios estratégicos de localización de estas empresas: la búsqueda de nuevos mercados y el ahorro de costes de transportes; combatir el proteccionismo y los aranceles a través de la instalación *in situ*; costes de mano de obra y recursos más ventajosos; y otras ganancias en los costes fiscales, de infraestructura, de logística, de normativas o de incentivos por parte del país receptor.

Si bien este tipo de criterios estratégicos de localización siguen teniendo vigencia hoy, las estructuras de las firmas transnacionales se encuentran en un proceso de cambio. Del llamado modelo de organización multidoméstico, que caracterizaba a las multinacionales de los años sesenta, y que

básicamente consistía en transplantar filiales a otros países reproduciendo el modelo de la empresa madre, se ha pasado a modelos en los cuales el criterio clave de organización gira en torno al concepto de red⁵. Mediante ésta, se interconectan unidades económicas con diferentes funciones, tamaño, localización, etc. y surgen nuevas organizaciones basadas en esta geometría reticular. Para muchos especialistas, las transnacionales, por su carácter de vanguardia global del capitalismo, se ajustan a esta lógica de redes y en los noventa, su estrategia global ha ido en la dirección de:

- Configurar un formato de filiales especializadas y descentralizadas que persiguen un mayor control y coordinación del proceso de producción y ponen en crisis los modelos de centralización burocrática.
- Potenciando las redes de empresas basadas en la subcontratación. En su extremo, las grandes firmas abandonan la actividad productiva directa en manos de empresas subcontratadas y se dedican exclusivamente a diseñar nuevos productos y a explotar la marca. El llamado «modelo Nike» es la máxima expresión de estas estrategias de «externalización» (Klein, 2001).
- Promoviendo las economías de escala y la integración horizontal, creando conglomerados de empresas que cubren diferentes sectores productivos, diferentes fases del producto o diferentes ámbitos geográficos para elevar la rentabilidad, potenciar un producto o expandirse por nuevos mercados.

La oleada de fusiones y alianzas estratégicas que se han producido durante la última década ejemplifican bien las tendencias apenas mencionadas. La red y

⁵ Este concepto ha tenido un éxito notable en los noventa y una enorme divulgación de la mano, sobre todo, de Manuel Castells y su "sociedad red". Las redes, escribe Castells "son los instrumentos apropiados para una economía capitalista basada en la innovación, la globalización y la concentración descentralizada; para el trabajo, los trabajadores y las empresas que se basan en la flexibilidad y la adaptabilidad; [...] la nueva economía se organiza en torno a las redes globales de capital, gestión e información, cuyo acceso al conocimiento tecnológico constituye la base de la productividad y competencia" (Castells, 1997: 507). El concepto ha despertado un interés inusitado en numerosos especialistas en su dimensión más teórica, sin embargo, a la hora de concretarse en la práctica, parece que la ambigüedad y la falta de concreción se apoderan del concepto red: aunque es una tendencia de moda en las empresas de nuestra 'sociedad de la información', no se encuentra tan abundantemente la estructura de red, los ejemplos no son muy numerosos. Las estructuras jerárquicas y centralizadas siguen teniendo un peso predominante y más pareciese éste de red un concepto guiado por la intuición o por el deseo de divulgar una realidad en ciernes.

la globalización se han convertido en la nueva doctrina que guía la gestión de la producción. Asimismo, la inversión directa en el extranjero es otro indicador de la transnacionalización. Su crecimiento en los últimos años, en paralelo a las dinámicas de liberalización de los flujos de capital, ha sido considerable, aunque hay que señalar que se ha concentrado en áreas geográficas muy determinadas —sudeste asiático y zonas de América Latina— y en manos de muy pocos países —la tríada USA-Unión Europea-Japón—, todo lo cual ha de despertar nuestras cautelas a la hora de aceptar sin condiciones realidades como esta de la globalización en la que no todos los países participan por igual. En el caso de las empresas transnacionales, podemos añadir que aunque la lógica de red multinacional pueda estar en progresión, hoy es aún minoritaria. Muchas fases de la producción, como la coordinación o la investigación (I+D) siguen teniendo una dimensión nacional, y así ocurre también con el nombramiento de los directivos o con las relaciones laborales, que apenas se han mundializado al encontrar las empresas la ventaja comparativa de los bajos costes del trabajo en zonas de bajos salarios.

Además de estas dudas razonables acerca de su carácter global, las transnacionales provocan una serie de efectos negativos para la esfera laboral, entre los cuales hay que destacar:

- Su contribución a las dinámicas de desindustrialización de los países occidentales. Los procesos de deslocalización productiva, guiados por la búsqueda de las ventajas salariales antes comentadas, han producido una reconversión industrial en los países industrializados, que ha incidido en el empeoramiento de la situación laboral de colectivos de trabajadores vinculados a las ramas de actividad afectadas. Los obreros europeos de la industria perciben desde hace quince años cómo su actividad ha sido transplantada a otros países del sur, porque allí lo hacen más deprisa y más barato. Este velado chantaje, que implica ver cómo tu puesto de trabajo se esfuma a un país remoto, condiciona las reivindicaciones y las acciones colectivas de los trabajadores pierden fuerza.

- Intensificación de la actividad de las pequeñas empresas subcontratadas. Ya hemos visto cómo las transnacionales se apoyan en un conjunto de empresas proveedoras locales o subcontratadas a las cuales se presiona para conseguir una mayor competitividad. La urgencia, el apremio de los plazos de entrega y las exigencias de calidad incrementan la presión sobre estas pequeñas empresas, que ven cómo crece el poder de las transnacionales a la hora de fijar las condiciones de los pedidos y cómo aumenta su dependencia.
- Abusos sociales, fiscales y medioambientales. Son conocidas y relativamente divulgadas las prácticas laborales de estas empresas que rayan la ilegalidad: explotación infantil, condiciones laborales penosas, salarios de miseria, cierres arbitrarios, obstaculización de la acción sindical, apoyo a regímenes dictatoriales. Asimismo, se ha señalado que determinadas ventajas que encuentran las transnacionales –eliminación de impuestos, subvenciones, aprovechamiento de infraestructuras y cesiones gratuitas de terrenos por parte de los gobiernos– las sitúa en unas condiciones de ventaja que dañan el juego de la libre competencia entre empresas.
- Pérdida de autonomía de los Estados. El peso económico de las grandes empresas se transfiere cada vez más al ámbito político. Las presiones a los Estados para conseguir condiciones de rentabilidad óptimas no son una novedad. El expolio sistemático de los países pobres durante toda la industrialización se ha conseguido con la connivencia o con las presiones sobre los Estados. Estas prácticas se acentúan hoy debido al poder que están acumulando las empresas. El PIB de países como Dinamarca o Noruega está por debajo del volumen de ventas de General Motors o Ford.

Concentración y jerarquización del poder económico y político

La idea de que la globalización genera interdependencia entre todos los países del planeta es una de las concepciones más divulgadas por los defensores de la globalización. Los medios de comunicación y los expertos más convencidos repiten que todos los países están integrados en una economía abierta y global de la que es imposible aislarse sin soportar costes enormes y quedar apartados de la corriente de desarrollo y prosperidad que

trae consigo. Estas nociones están teniendo un gran éxito en el mercado de las ideas contemporáneas, el discurso sobre lo global en los términos mencionados circula con gran fluidez. Ignorar o estar en contra del 'evangelio' global significa que eres un inculto o un intolerante pasado de moda, que estás en contra de todas las maravillas que trae la nueva economía global: Internet, los móviles, el crecimiento económico, el dinero, el consumo, el ocio y el espectáculo. Sin embargo, son muchos los aspectos que hay que puntualizar respecto a esta visión de la globalización cargada de propaganda.

Armand Mattelart, uno de los mayores expertos en cuestiones referidas a la mundialización, ha señalado en una reciente entrevista que «la mundialización no significa que haya unos valores universales —esto es totalmente falso—, sino la difusión de modelos de vida atrapada en un circuito comercial. Por eso se habla de *democratic global market-place*.» (Aguirre, 2000). El nuevo imperialismo, disfrazado de globalización se impone en forma de una democracia global de mercado capitaneada por los Estados Unidos y secundada —con todos los matices que se desee— por la elite del capitalismo financiero, industrial y comercial allá donde éste su ubique.

La globalización no nos encamina hacia la igualdad mundial, sino que, como ha puesto de manifiesto Peter Gowan, es una nueva acumulación de poder y control impuesta por Estados Unidos desde los años setenta mediante el «Régimen Dólar-Wall Street». «Este país obtiene enormes ventajas por ser el Estado político-militar dominante y porque se halla en condiciones de dominar los mecanismos de gestión económica internacional. [...] Para los líderes estadounidenses un mapa capitalista del mundo presenta un aspecto muy distinto a un mapa geográfico natural. Las extensiones de territorios como tales tienen poca significación salvo en términos de geoestrategia y las consiguientes exigencias militares y logísticas. Lo que cuenta en primer lugar son las áreas dotadas con materias primas económicamente estratégicas (petróleo, etc.). Estas deben quedar firmemente bajo control si es posible: ello constituye una condición sine qua non para mantener la dominación»

(Gowan, 2000: 94) Este autor continúa enumerando rasgos del dominio americano y de su ámbito de influencia, como son el control de las reservas de fuerza de trabajo y de los mercados exteriores y de los sectores decisivos de la mano de obra cualificada y de la tecnología, indispensables para el capital americano.

Parece que estamos lejos de vivir en un mundo global, económicamente igualitario y políticamente democrático, donde todos los países persiguen intereses comunes. Pocos datos pueden confirmar que avanzamos hacia una interdependencia o convergencia o igualdad global, sino más bien hacia una concentración inédita del poder económico y político y a un avance en la jerarquización del poder en la que casi todo el sur desaparece⁶.

En el contexto de esta progresiva concentración de la riqueza mundial, no puede dejar de señalarse el papel de la inmigración en el terreno de la economía y el trabajo. Saskia Sassen (1993) ha investigado los vínculos recientes entre los procesos migratorios, las dinámicas espaciales y las funciones económico-laborales de los inmigrantes. Para ella, algunos centros urbanos como Nueva York, Londres o Tokio -las llamadas «ciudades globales»- han pasado a desempeñar un papel destacado en el proceso de transformación económica mundial. El desarrollo de actividades ligadas a los servicios

⁶ La hiperexplotación global del trabajo muestra cada vez más claramente las interrelaciones entre el espacio del centro y la periferia. Los datos de Naciones Unidas señalan cómo las diferencias norte-sur se acentúan en paralelo a la globalización. En 1960, el 20% de la población mundial residente en los países ricos tenía una renta 30 veces superior al 20% de la población de los países más pobres. En 1995, esta relación era 82 veces mayor. El mismo 20% rico acumulaba el 87% de los vehículos frente a un 1% del 20% más pobre; o el 84% del papel utilizado, frente a un 1%; o el 58% de la energía mundial frente al 4% (Vidal, 1998). Mientras, en Occidente, se hace negocio hasta de las catástrofes humanas que suceden en lejanas latitudes depauperadas y ni siquiera algunas ONG pueden sustraerse a la lógica global del espíritu de empresa.

El peso de la tríada –USA, UE y Japón– es indicativo de los desequilibrios globales asentados en las finanzas y de los que resultan beneficiados los ciudadanos más ricos de los países ricos. En 1970, los países del Tercer Mundo acumulaban el 40% del comercio internacional. En 1990, esta cifra ha caído hasta el 25% y las distancias se ensanchan progresivamente. Las economías de los pobres están amenazadas y buena prueba de ello son las crisis periódicas que hunden las monedas de los países del sur. Un sólo especulador puede tambalear una determinada divisa e influir sobre la ya precaria situación económica de millones de personas: George Soros acumuló en un sólo día 5.000 millones de francos (125 billones de pesetas, 25 billones más que el PIB español en 2001) para atacar la moneda francesa contra el Banco de Francia y el Bundesbank, ¡qué podría hacer con cualquier otra divisa de un pequeño país!

avanzados y su situación estratégica en el contexto financiero y administrativo convierten a estas «ciudades globales» en zonas de inmigración provenientes de la «Megaciudad» del sur (Fernández Durán, 1993). Esta cumple tres ventajosas funciones que permiten mantenerse a las ciudades globales en primer plano en el marco internacional. La primera es abastecer de mano de obra no cualificada dedicada a cubrir las necesidades del sector servicios de los países y las empresas de los países ricos. Un «proletariado» de los servicios, proveniente además de otros países, mantiene las necesidades de servicios personales, hostelería, limpieza, etc. que el nivel y el modo de vida de los países industrializados impone. En segundo lugar, aportan una mano de obra barata para dar continuidad al sector industrial y otras ramas en declive de estas ciudades globales. Trabajos industriales sin porvenir, en industrias viejas y degradadas, son llevados a cabo por inmigrantes que se conforman con poder subsistir en los márgenes de la metrópoli. Por último, sostienen la economía sumergida ligada a sectores en alza en estas ciudades. De esta manera, la inmigración contemporánea a las “ciudades-nudo” tiene una estrecha relación con las transformaciones productivas que hemos ido detallando anteriormente. El coste de estas dinámicas urbanas es la acentuación de la polarización y la desigualdad social, la segregación socioeconómica de la mayor parte de la mano de obra procedente de la inmigración, la proliferación de movimientos inmobiliarios especulativos y la propensión a dar respuestas represivas a las dinámicas de inseguridad que se dan en estas ciudades.

Cada vez más, la presencia de masas de desplazados por las modificaciones del sistema mundial ocupa un espacio de mayor importancia en las agendas de los gobiernos de los países ricos. Las sucesivas crisis económicas han hecho que se endurezcan las condiciones de entrada de inmigrantes y los intereses de la población de los países de destino parecen colisionar con la presencia de estos. La opinión pública lo refleja con abundantes y extremas manifestaciones. La cuestión laboral y el temor a que los extranjeros resten puestos de trabajo es la motivación que más frecuentemente se emplea para obstaculizar y frenar la llegada de nuevos inmigrantes.

Las situaciones son muy diversas, pero, por lo general, existe en los países de destino una serie de actitudes ambiguas por parte de los empresarios y los Estados que pueden crear una situación explosiva. Los gobiernos dan informaciones contradictorias que truncan la posibilidad de una política migratoria más coherente. Los empresarios se aprovechan de la dureza de las políticas con tono represivo, pues propician una mano de obra dócil que acepta bajos salarios, trabajos penosos e irregulares. Por otra parte, en ciertas coyunturas, requiere también una apertura de las fronteras para cubrir su necesidad de mano de obra. Todas estas contradicciones están propiciando, por un lado, una gran severidad de la leyes, pero, por otro, se pregonan las bondades de la tolerancia con la realidad migratoria.

Este bloque de contradicciones genera algunos efectos que ya hoy podemos especificar: primero, lo que algunos llaman «la producción de la clandestinidad» (Reeve, 1998), segundo, la multiplicación de situaciones de indefinición social –refugiados, estancias humanitarias, estatutos intermedios precarios, que no se pueden regularizar ni perseguir– y tercero, la proliferación de prácticas ilegales provocadas por la prohibición o por el vacío legal –mafias de la droga, del transporte de inmigrantes, de la prostitución, contrabando, etc.–, lo que se ha llamado «la industria de la migración» (Stalker, 2000).

En la llamada «producción de la clandestinidad», Charles Reeve (1998) ha analizado la situación americana llegando a relacionar el endurecimiento de la legislación sobre migraciones con la explotación en el mercado de trabajo. El complejo represivo Estado-empresa consigue mano de obra clandestina que trabaja «por nada». Reeve ha acumulado observaciones que prueban la complicidad más o menos fuerte de los servicios de inmigración, que «libran» a los empresarios del pago de los salarios persiguiendo o expulsando a los inmigrantes latinos. En numerosos casos, los empresarios se encargan de pasar ellos mismos, ilegalmente, a los inmigrantes y, posteriormente, les denuncian a las autoridades para que sean expulsados y poder así ahorrarse los salarios. Reeve ha llamado a este original procedimiento «el circuito

cerrado de la explotación». En otras ocasiones, los empresarios no adoptan estas posturas tan extremas y se limitan solo a pagar salarios bajos y mantener condiciones de trabajo penosas. Estas intensas formas de explotación no dan estabilidad a los trabajadores, lo cual pone en marcha otro proceso que concluye con la emergencia del próspero sector de economía de la droga, atendido por las franjas más jóvenes y marginales de la población, que no llegan a ocupar los empleos «normales» descualificados y se convierten en profesionales de la entrega de droga. surgen nuevas profesiones como los *runners*, jóvenes que entregan la droga en los barrios ricos, un oficio, sin embargo, con 'tasas de accidentalidad' elevadas por la competencia entre bandas.

En USA, el 80% de los inmigrantes latinos son «campesinos»: la nueva economía informacional necesita esta mano de obra. Reeve bromea comentando que el «milagro americano» es más bien saber cómo sobreviven los inmigrantes a la inmigración. Las observaciones anteriores no son precisamente marginales o propias de Estados Unidos. Los bajos salarios y la penalidad laboral y vital es global, al igual que es global la situación de desigualdad que provoca la inmigración. «En un mundo de ganadores y perdedores, comenta Peter Stalker (2000), los perdedores no desaparecen; simplemente buscan dónde ir».

1.2.2.-Procesos y estrategias concretos en el ámbito de la organización de la producción y el trabajo.

A las mutaciones generales en estos últimos veinte años en la esfera de la economía y que hemos aglutinado bajo la temática de la globalización, hay que añadir un segundo gran grupo de transformaciones encuadradas más concretamente en el marco de la organización de la producción y del trabajo. Unas y otras configuran el marco de interpretación para comprender y descifrar las principales tendencias actuales del mercado de trabajo.

Destacaremos cuatro estrategias generales que han guiado la nueva lógica de flexibilidad productiva y laboral en las dos últimas décadas: la primera es la innovación tecnológica y organizativa. La segunda es la descentralización

productiva y los cambios en la división del trabajo entre empresas. La tercera es la desregulación y la flexibilidad en el uso de la mano de obra. Finalmente, la cuarta incluye las nuevas prácticas discursivas empresariales y la desestructuración de la acción sindical.

A.-Innovación tecnológica y organizativa

La tecnología ha jugado un papel esencial en la salida de la crisis económica global que se produce a mediados de los setenta. En concreto, las tecnologías de la información y la comunicación han ocupado un lugar central en la recuperación de una de las variables claves en la lógica del capitalismo: la tasa de rentabilidad del capital. Así, han contribuido a hacer un uso más rentable de la mano de obra y a una mayor diversificación económica y productiva, innovando en productos, procesos y nuevos modos de circulación del capital. La activación de un «potentísimo vector tecnológico asentado en la producción, tratamiento, circulación y procesamiento de la información» (Alonso, 1992) es, seguramente uno de los elementos fundamentales en la trama posfordista. El uso de nuevas tecnologías es un medio empleado para paliar los defectos anteriormente comentados de la producción en serie y conseguir una tecnología flexible para satisfacer los deseados incrementos de productividad y las demandas de mercados cada vez más dinámicos.

Las innovadoras tecnologías de la información y la comunicación (TIC) y su fusión reciente en la telemática; las nuevas formas que conllevan de organización de la producción y de las empresas; y las transformaciones que causan en el trabajo y en el empleo han conducido a un buen número de expertos a hablar de una naciente "IIIª Revolución Industrial" que abre un nuevo paradigma tecno-económico. Una nueva "riqueza de las naciones" comienza a desplegarse ante nosotros. Sus contornos están definidos por las redes electrónicas, que impulsan un mundo en el cual se requieren nuevas formas de expresión del trabajo, de la producción y del comercio más eficaces y más globales. En estas dos últimas décadas, muchos han intentado bautizar a este flamante paradigma sociotécnico, buscando una forma de nombrar la nueva sociedad que hoy emerge ante nuestros ojos. El apelativo

que se ha acabado imponiendo es el de "Sociedad de la Información"⁷, que parece recoger bien la esencia del cambio actual. Este término funciona, en parte, por contraposición al de "Sociedad Industrial". Si, en ésta, el rasgo central que estructuraba la organización material de la sociedad era la industria y la producción de mercancías; en el caso de la "Sociedad de la Información", parece ser el predominio de la información y del conocimiento lo que regula la vida material en nuestras sociedades actuales.

El término ha tenido mucho éxito y se ha creado en torno a él una gran expectativa. Sus divulgadores son los propios Estados y los intelectuales más integrados, que han identificado esta sociedad informacional con el crecimiento económico y el progreso social. Detrás de ella se halla una permanente operación de marketing social, asentada en la idea de que la anterior sociedad industrial se ha acabado y que la naciente sociedad de la información sólo nos traerá beneficios. Como imagen, hay que reconocer que vende bien, apoyada sobre el imperativo actual de la economía competitiva y sobre la capacidad de asombro que produce en los humanos la tecnología, esta sociedad de la información encuentra pocas resistencias a su avance. La escasa crítica existente acerca de las caras oscuras de la sociedad de la información, exige plantear, junto a las ventajas y las oportunidades, también sus inconvenientes y los procesos de desigualdad que trae consigo.

Primeramente enclavaremos cronológicamente las tecnologías de la información y de la comunicación (TIC) y resumiremos qué procedimientos técnicos se están imponiendo y cuáles son sus potenciales impactos sociolaborales. Posteriormente, abordaremos los aspectos críticos de la Sociedad de la Información más relacionados con el mundo del trabajo y el empleo.

⁷ La alta rentabilidad mediática de los actuales cambios tecnoeconómicos ha hecho proliferar las denominaciones para nombrarlos. Una irrefrenable inflación de rótulos ha surgido en estos últimos años. La literatura managerial de aeropuerto, las ferias de tendencias económicas y la inspiración de los gurús de los negocios han bautizado y rebautizado las tendencias recientes con una variedad de etiquetas más o menos exitosas: net-economía, nueva economía, economía informacional, capitalismo cognitivo, *global business*. Algunas de estas denominaciones están destinadas a ser muy perecederas, otras, en cambio, se supone que perdurarán, tal vez sea este el caso de "sociedad de la información".

Bases técnicas de la "IIIª Revolución Industrial"

El escaso tiempo transcurrido desde que se comienzan a encadenar las bases tecnológicas de este periodo no impide que una amplia lista de los más importantes expertos, procedentes de todas las áreas de conocimiento, se hayan dedicado ya a reflexionar sobre el papel actual de la tecnología, perfilando los elementos característicos de la "revolución" que hoy vivimos. Los códigos y los signos se convierten en un elemento central en la relación del hombre con la materia en esta "civilización digital" (De Rosnay, 1996). Jeremy Rifkin caracteriza la tercera revolución industrial como un momento en el cual "los robots controlados numéricamente y los ordenadores y sus avanzados software están invadiendo las últimas esferas humanas disponibles: el reino de la mente. Adecuadamente programadas, estas nuevas "máquinas pensantes son capaces de realizar funciones conceptuales, de gestión y administrativas y de coordinar el flujo de producción, desde la propia extracción de materias primas hasta el marketing de servicios y productos acabados (Rifkin, 1996: 86).

Por continuar con alguno de los autores más influyentes en la Sociología actual, Manuel Castells (1997) ha articulado su análisis de la nueva y compleja sociedad informacional en torno a la tecnología de la información. Para él estamos presenciando un nuevo sistema tecnoeconómico que podría denominarse "capitalismo informacional", que está sirviendo para rejuvenecer el capitalismo tras la crisis de principios de los setenta, de la misma forma que el "capitalismo industrial" sirvió para constituir el capitalismo como modo de producción.

La década de los setenta abre un periodo de innovaciones tecnológicas de gran relieve. El microprocesador (el celebre circuito integrado, "chip"), los nuevos materiales semiconductores y el desarrollo de las tecnologías de comunicación incrementan enormemente la capacidad de procesar y transmitir información. Para algunos nos encontramos frente a un nuevo paradigma tecnológico que consiste en "un conjunto de innovaciones interrelacionadas en las telecomunicaciones y en los sistemas informáticos

que permiten una drástica reducción de los costes de almacenaje, tratamiento y transmisión de la información aplicados a la producción de bienes y servicios". (Freeman-Soete, 1994: 47).

La informática ha elevado el ordenador a producto clave de la IIIª Revolución Industrial. Moldea la vida cotidiana de los habitantes de países industrializados y se infiltra a pasos agigantados en el mundo del trabajo. Todos los sectores industriales y los servicios se ven influidos por los cambios que provoca: máquinas de control numérico, concepción y diseño, tamaño de las series, etc. La robótica industrial sustituye crecientemente tareas humanas y se beneficia del aumento exponencial de la capacidad de cálculo de los procesadores. Su extensión a otras áreas diferentes a la industrial es ya una realidad, pero ha sido en la producción material de bienes donde sus desarrollos han sido más llamativos. Las mejoras en la productividad, sus capacidades para generar flexibilidad en la producción y su fiabilidad y precisión han alterado la organización del proceso de trabajo y están provocando procesos de reconversión de la mano de obra y cambios en el contenido del empleo. Las nuevas sociedades tecnológicas avanzadas tienen como rasgo fundamental la tendencia a alcanzar el máximo nivel de automatización posible. La robótica es una de sus manifestaciones más claras: aún cuando el empleo industrial disminuyó entre 1991-1993, "la tasa de crecimiento del *stock* de robots en este periodo de recesión no baja en Europa occidental y en Estados Unidos del 20% de media. [...] En España, el número de robots incorporados a la industria en 1996, un total de 1.133 unidades supone un incremento del 21.1% frente al 18,4% de 1995, y constituye un récord que ha roto todas las previsiones iniciales. La Federación Internacional de Robots ha decidido incluir a España en el grupo de los *major countries*, por contar con más de 4.000 robots en funcionamiento: el parque de robots en España alcanzó en 1996 un total de 6.479 unidades." (López, 1998: 703).

Todas estas transformaciones están renovando los conflictos en el mundo laboral, la aplicación de nuevas estructuras informáticas supera

frecuentemente la velocidad de respuesta de las normativas laborales. Buena prueba de ello son algunas cuestiones que recientemente han forzado a los tribunales a adoptar decisiones polémicas en torno a al uso de los recursos informáticos, propiedad de la empresa, por parte de los trabajadores para usos personales; o en la obstaculización empresarial a las actividades sindicales a través de la red de comunicaciones de las empresas; o en las actividades de las nuevas empresas que operan a través de Internet, para las que la legalidad vigente se queda pequeña y se crean conflictos en la propiedad intelectual o en otros campos. Algunos autores han señalado el incremento de la capacidad de control y de televigilancia sobre los trabajadores que las redes y las nuevas tecnologías permiten: Paul Virilio (1996) ha advertido cómo con estos sistemas nos acercamos al “reino de la delación óptica”.

Asimismo, las nuevas tecnologías están propiciando una fortísima intensificación del trabajo que anuncia la aparición de nuevos tipos de agresiones a la salud de los trabajadores. Serge Volkoff ha analizado a fondo las repercusiones de esta densificación del trabajo: “Se ha traducido por un crecimiento, que afecta a casi todas las categorías profesionales, de la presión temporal en el trabajo. Es decir, de trabajar con urgencia; perdiendo capacidad de organizar el propio ritmo de trabajo; y con la obligación de responder a imperativos diversos y a plazos de entrega a veces incompatibles con la exigencia de acelerar precipitadamente el trabajo sin la posibilidad de planificar correctamente el buen cumplimiento de las tareas. Esta presión temporal, con sus variadas manifestaciones -incluidos los nuevos horarios y turnos- produce una ampliación de la penalidad en el trabajo. La salud no se reduce a la no-enfermedad. El miedo, la incomodidad, las molestias y las múltiples formas de fatiga que el trabajo puede provocar o reforzar deben considerarse también como perjuicios a la salud.” (Volkoff, 1997).

Los especialistas ponen de manifiesto cómo los nuevos planteamientos tecnológicos suponen incertidumbre y varios futuros posibles, que van desde un endurecimiento del control sobre los trabajadores a la apertura de nuevas

vías de complejidad y de mejora de las cualificaciones en el trabajo industrial, de las cuáles aún no se han valorado determinadamente sus beneficios sobre los trabajadores. Frente a los halagos lanzados por los propagandistas de las tecnologías, encontramos muchas voces que avisan sobre la emergencia de un nuevo régimen productivo que busca economizar fuerza de trabajo comprimiendo las tareas al máximo sobre el mismo trabajador. Daniel Cohen ha llegado a hablar de la «empresa tóxica», pues para él la intensificación del trabajo en la empresa actual hace que el *stress* se sitúe en el centro de la regulación productiva postfordista: «Las prácticas de gestión de calidad (círculos de calidad, grupos de expresión) presentan a la empresa como un lugar de expansión personal para el trabajador. Las formas de polivalencia, que valorizan la excelencia y la eficacia individual y multiplican la rotación en los puestos más exigentes, tienen efectos devastadores. La frustración, el aislamiento y la competitividad predominan.» (Cohen, 2000).

El siguiente apartado servirá para exponer algunas de las modificaciones "reales", que ya estamos viviendo y sobre las cuales se tienen evidencias concretas, en el ámbito del trabajo, el empleo y la producción y deslindarlas de aquellas "virtuales", que sólo están en los discursos empresariales y en las ideologías filotecnológicas.

Implicaciones directas de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) en el trabajo y la producción

En estas dos últimas décadas, periodo en el que se despliegan las TIC, su utilización en el área de la producción ha dado lugar a efectos socioeconómicos de gran relieve. Se ha hablado de la imposibilidad de separar la definición de las nuevas tecnologías de los usos económicos y laborales que de ellas se hacen. Tecnología y capital, ciencia y economía son pares indisolubles. Esto hace necesario contextualizar las innovaciones técnicas en el marco del capitalismo actual. Es cada vez más evidente que las TIC han sido potenciadas por las empresas y los Estados como medio privilegiado para afrontar la crisis económica global que se produce a

mediados de los setenta. Han ocupado un lugar central en la recuperación de una de las variables claves en la lógica del capitalismo: la tasa de rentabilidad del capital. Así, han contribuido a hacer un uso más rentable de la mano de obra y a una mayor diversificación económica y productiva, innovando en productos, procesos y nuevos modos de circulación del capital. Pero, ¿cuáles han sido algunos de los efectos y a quién han perjudicado más?

Un primer efecto que puede reseñarse es el impacto que las "revoluciones tecnológicas" causan en los sectores de actividad y en el volumen y la estructura del empleo. El trasvase de población agraria a la industria en el proceso de industrialización es ya un clásico. En la actualidad, encontramos numerosos ejemplos donde las máquinas reducen la necesidad de mano de obra para la producción y se verifica un excedente de trabajadores ligado directamente a los procesos de reestructuración tecnológica. El desempleo resultante de éstos plantea el debate acerca de la destrucción de empleo y de su posible evolución futura. Por ahora, no hay resultados concluyentes y sí un enorme contraste entre las previsiones optimistas y las pesimistas. Hasta el momento, el saldo no es muy favorable. La implantación de tecnologías nuevas y las reconversiones que han llevado aparejadas han destruido una enorme cantidad de empleos industriales estables, en el periodo de 1980-85 se perdieron un millón de puestos de trabajo en España y se alcanzan tasas de paro jamás conocidas. La tecnología no es la única causante de este desempleo, es cierto, pero ignorar sus efectos es una irresponsabilidad que ha predominado en exceso.

Una segunda gama de efectos se refiere a la capacidad de las TIC de automatizar y mejorar la organización de la producción; de eliminar las tareas y puestos de trabajo más descualificados y de promover un trabajo más participativo y enriquecedor. Para muchos, estos efectos tan benéficos han de ser matizados. Se ha señalado cómo la automatización no se ha producido por igual en todos los sectores y procesos, sino que se ha intensificado en aquellos más problemáticos para los empresarios debido a sus costes, su particular conflictividad o su grado de absentismo. Siempre

podrá plantearse el interrogante de por qué algunos oficios de la rama de artes gráficas que mostraban una alta capacidad reivindicativa han desaparecido por completo arrollados por las nuevas técnicas de impresión y edición.

Por lo demás, la persistencia de tareas descualificadas es un hecho. Los resultados que ofrece la Encuesta de Población Activa son inequívocos: el número de trabajadores con ocupaciones descualificadas ha aumentado en estos últimos quince años. Personal de limpieza, cajeras, telefonistas, camareros y ocupaciones, no muy "avanzadas", de los servicios han crecido abundantemente y las TIC no han contribuido mucho a mejorar sus condiciones de trabajo.

Un tercer y último bloque de efectos de las TIC radica en las posibilidades técnicas que ofrecen para el desarrollo de las finanzas, ya que a través de las telecomunicaciones pueden interconectarse las bolsas de todo el planeta y multiplicarse el número de operaciones. Un espacio-mundo sin fronteras, transparente y permeable y con unos trabajadores más dependientes de sus diseños. La tecnología informática y las nuevas comunicaciones son el sistema nervioso del mundo financiero y permiten los cientos de miles de órdenes de compra y venta que hacen que funcionen los mercados de capital, "que intercambian de forma instantánea, veinticuatro horas sobre veinticuatro, datos que circulan de un lado a otro del planeta. Las principales bolsas están ligadas entre sí y funcionan "en bucle". *Non stop*. Mientras que, a través del mundo, ante sus pantallas electrónicas, millares de jóvenes ejecutivos, superdiplomados, superdotados, pasan sus jornadas colgados del teléfono. Son los nuevos sabios del mercado." (Ramonet, 1997: 93).

Las finanzas son hoy la nueva industria del capitalismo informacional (Chesnais, 1994: 210). Las discusiones recientes sobre las nuevas empresas tecnológicas -las "punto com" o "*start up*" de la "nueva economía", con su célebre mercado bursátil de valores tecnológicos *Nasdaq*- y los enormes beneficios y desequilibrios que generan o las polémicas sobre los sistemas financieros de fidelización a los directivos y su enriquecimiento instantáneo -

las conocidas *stock-options*-, dejan cada vez más a la luz los desequilibrios económicos y sociales que aquejan a esta flamante y desigualitaria sociedad informacional. Esta sociedad de los «sin», que se concreta hoy en los sin techo, sin papeles, sin empleo, sin formación, se proyecta, sin duda, en el futuro informacional con nuevos grupos «sin», sobre los cuales se levantará la sociedad de la información y que no conviene ignorar si queremos realmente mejorar la vida social.

Las cuestiones polémicas que se plantean al pensar sobre las TIC se agolpan. Las relaciones entre temas de alto impacto social son innumerables. Es probable que continúe faltando una reflexión de fondo sobre los vínculos entre sociedad y tecnología. Esto se hace más llamativo hoy, cuando asistimos a una evidente emergencia de desigualdades vinculadas a esta última. Sabemos que los cambios tecnológicos traen consigo varios futuros posibles, contienen oportunidades y riesgos, luces y sombras. Pero cuesta trabajo ser optimista cuando comprobamos cuáles son las fuerzas que hoy están detrás del desarrollo de las TIC: las autopistas de la información sólo serán apoyadas si satisfacen las expectativas de beneficio de las grandes empresas y con el criterio de la competitividad por delante, que en estas dos últimas décadas, y en su versión más exacerbada, ha generado más problemas de los que ha resuelto.

B.-Descentralización productiva y cambios en la organización del trabajo

Esta segunda estrategia supone básicamente una reorganización del espacio industrial con vistas a conseguir una racionalización de la producción. Tal y como ha sido caracterizada desde finales de los setenta en el debate dedicado a su estudio, consiste, en términos generales, en operaciones destinadas a reestructurar la gran fábrica fordista, con objeto de conseguir una serie de ventajas, recuperar la eficacia productiva y mejorar el uso de los recursos. Las formas concretas de llevarla a cabo son muy variadas, pero consisten en desconcentrar las instalaciones en unidades más pequeñas, externalizar partes del proceso de producción –incluso aprovechando el circuito internacional de trabajo– o subcontratar actividades con empresas

del tejido productivo cercano. También se ha señalado cómo la descentralización productiva ha servido a la gran empresa para desprenderse de las secciones menos rentables y contratarlas con pequeñas empresas subsidiarias a menor coste, lo cual ha provocado una precarización de las condiciones de estas últimas. Asimismo, algunos autores han resaltado cómo con estas prácticas de descentralización se conseguía rebajar la capacidad de acción de los trabajadores y de sus organizaciones al reducir el tamaño de las plantas y el número de obreros en un mismo taller (Recio, 1988).

Otros autores han resaltado más los efectos de estas prácticas sobre la organización industrial y la división del trabajo entre empresas. Así, los enfoques de la especialización flexible han destacado cómo el nuevo panorama industrial postfordista privilegia los contactos entre empresas de manera que, a través de estas conexiones, se consiga una manera más adecuada de producir. Las «redes de empresas», que ya hemos tratado anteriormente, serían una de las imágenes recientes que estas nuevas tramas empresariales adoptan. Una empresa mayor establece una red de contactos con empresas menores, con entidad jurídica independiente, especializadas en una parte del ciclo de producción, con modos de trabajo flexible y plazos de entrega ajustados con la empresa «madre». De esta forma, la eficacia productiva queda asegurada.

Una de las dimensiones de la descentralización que más relevancia alcanza en la actualidad son los procesos de deslocalización y reorganización de la producción a escala internacional. Los partidarios de la globalización los alaban sin condiciones pues gracias a la deslocalización se incrementa la competitividad y se abaratan los productos que compran los consumidores occidentales. Sin embargo, es conveniente tomar ciertas precauciones a la hora de hablar de los beneficios de estos procesos, demasiado recientes como para aceptarlos sin ninguna crítica.

Algunos especialistas han evidenciado un cambio de orientación en la organización del trabajo y las empresas que se concreta en lo que Thomas Coutrot (1999) ha denominado «empresa neoliberal», cuyo objetivo es

desembarazarse de cualquier obstáculo que pueda perjudicar la rentabilidad, para ello la estructura empresarial desplaza la incertidumbre organizacional y del mercado a otros ámbitos –los trabajadores, las pequeñas empresas, el Estado–, y lleva al extremo un problema de la organización capitalista del trabajo: la tendencia a disociar eficacia económica y justicia social. Este modelo de empresa «neoliberal», «patrimonial», «flexible» o «financiarizada» comienza a divulgarse desde los años ochenta y tiene como base de funcionamiento una nueva división del trabajo en las empresas, que se concreta en incrementar la flexibilidad técnico-productiva a través de procedimientos y estrategias de producción como son el *just-in time*, las redes de empresas, la desconcentración productiva, la polivalencia. Para crecer y ganar en competitividad, las empresas se fusionan, buscan alianzas y se financiarizan, llevando así la mundialización financiera al corazón de las firmas. La lógica del beneficio especulativo impone alcanzar una determinada cuota de rentabilidad como condición para seguir atrayendo capital a la empresa. Las auditorías financieras y las credenciales de rentabilidad imponen una auténtica dictadura del beneficio a las empresas; la eficacia para conseguir beneficios es la continua amenaza para las direcciones de las empresas...si no se alcanzan, la reestructuración está servida. «Los mercados financieros ofrecen a todos los actores –accionistas, directivos y también trabajadores– una medida inmediatamente accesible de la norma de eficacia económica. Hace falta permanentemente «estar en la carrera» o resignarse a desaparecer. Es el mercado financiero, mediante el conducto de las direcciones financieras de los grupos, quien fija la norma de los objetivos que hay que conseguir a cualquier precio» (Coutrot, 1999: 48).

En este contexto, los trabajadores sufren un alto grado de incertidumbre en la empresa y viven la dinámica de reestructuraciones, cambios laborales, intensificación de su trabajo, como una desgracia que se les impone desde fuera y cuyas causas desconocen. Esto les fuerza a mantener una cooperación forzada con la empresa, que viene dictada por los mercados y la precariedad, pues, de no conseguir un alto rendimiento, los capitalistas pueden encontrar más fácilmente un nuevo destino para sus inversiones que ellos un nuevo

empleo. La gestión de los recursos humanos en la empresa está guiada por la flexibilidad y la fluidez, de manera análoga a como fluyen el dinero y el capital: sin trabas y con pocas reglas. La flexibilidad interna —basada en la cooperación, la polivalencia, la formación y los grupos de trabajo— va de la mano y se aplica simultáneamente a una flexibilidad externa —centrada en los despidos—, la reconversión, el ajuste de las plantillas y toda la variada gama de temporalidad en el empleo. Según Coutrot, el gran hallazgo de la organización productiva «neoliberal» es haber introducido la flexibilidad del trabajo, profundizando el dominio y el control sobre los trabajadores sin llamar la atención, incluso sin que los trabajadores caigan en la cuenta de que están más controlados. El control desde la flexibilidad se ha conseguido mediante el florecimiento de la organización «centrífuga», que se ha planteado la pregunta de cómo delegar el poder sin perder el control.

Esta pregunta del nuevo *management* ha tenido respuesta en los círculos de calidad, los grupos autónomos, los grupos de proyecto o el *empowerment*. Todas estas estructuras organizativas sumadas a la estandarización de los procedimientos de trabajo y de los resultados, a las normas de calidad o a la producción por objetivos han implantado en los centros de trabajo la ilusión de que los trabajadores cuentan y disponen de autonomía y libertad de organización. Sin embargo, como ha demostrado Richard Sennett (2000) en unas brillantes páginas, no ha desaparecido el poder sino sólo la autoridad visible. La no autoridad es la nueva trampa de los poderosos. Si se divulga la opinión de que no hay autoridad, nadie la atacará y así el poder queda reforzado.

La única dominación es ahora la del mercado y la del cliente y los obreros ya no son obreros sino colaboradores que cooperan en alcanzar los objetivos de la empresa. Esta nueva ética de la participación en el trabajo, regida por la «regulación autónoma», descentralizada e individual —y no por la «regulación control», centralizada jerárquicamente— está en el centro de la discusión y, actualmente, no sabemos si se ha conseguido por parte de la empresa

neoliberal una forma estable de cooperación de los trabajadores, o bien si sus debilidades y su despotismo oculto desequilibrará la organización productiva.

Sería laborioso y extenso detallar todas las dinámicas que se incluyen en este renovado modo de organización del trabajo. En resumen, la globalización tecnológica va desvelando actores sociales que se benefician y actores que soportan los costes de estos procesos. El más relevante es el colectivo de trabajadores, que se ven más perjudicados conforme se sitúan en la zona baja de la escala de salarial y ocupacional. En la economía global, la flexibilidad es el principio rector en la gestión de la fuerza de trabajo. Esto significa que sólo se contratará a aquellos trabajadores que la producción requiera. Este imperativo de la flexibilidad ha provocado un cataclismo en los usos anteriores de la mano de obra y ha hecho proliferar una enorme cantidad de formas de trabajo atípico. Contratos temporales, a tiempo parcial, Empresas de Trabajo Temporal (ETT) son los canales por los que el nuevo organismo empresarial obtiene los nutrientes en forma de fuerza de trabajo, los asimila y posteriormente desecha los sobrantes de este proceso. Estas recientes dinámicas refuerzan y elevan la mercantilización de la fuerza de trabajo hasta niveles insospechados y suponen un enorme retroceso para los segmentos más desfavorecidos del mercado de trabajo, sobre los que recae la creciente incertidumbre del funcionamiento económico y la precariedad informacional. La flexibilidad en la organización de la producción va aparejada con la flexibilidad laboral.

Por último, habría que señalar, siquiera brevemente, cómo algunos autores han remarcado el interés de vincular las dinámicas de descentralización con las manifestaciones de «trabajo negro» en el contexto de un incremento de la informalización económica. El análisis de la «economía sumergida» ha servido para identificar el recurso de las empresas grandes a formas de trabajo a domicilio (Sanchis, 1984) o a pequeñas empresas, con mayor o menor grado de inmersión económica, que dependen de una gran empresa (Castillo, 1989). Datos de la Comisión Europea, confirman que en España la riqueza generada por el trabajo negro representó en 2000 cerca del 23% del PIB.

C.-Desregulación y flexibilidad en el uso de la mano de obra

Esta tercera es una de las estrategias más utilizada hoy por las empresas para conseguir las finalidades reducir costes y ajustar la mano de obra a los requerimientos de la producción y la demanda: una de las estrategias centrales de la reestructuración del capitalismo fin de siglo. Los medios de comunicación han reflejado las batallas que a este respecto han librado los representantes de la patronal, del gobierno y de los sindicatos. ¿Cómo ajustar la plantilla a los requerimientos de producción y a las nuevas incorporaciones de tecnología que ahorran puestos de trabajo? ¿cómo redefinir las funciones laborales de los trabajadores en este nuevo contexto? ¿cómo reorganizar los turnos y la jornada de trabajo o reubicar a los obreros en las plantas con que la empresa cuenta en diferentes lugares? ¿cómo amoldar la estructura salarial a las nuevas condiciones de redefinición de perfiles y rendimientos? Estos interrogantes han sido la base para el planteamiento de las estrategias de flexibilidad numérica, funcional, espacial o salarial que se han proyectado en las sucesivas reformas del mercado de trabajo desde el decenio de los 80.

La flexibilidad, tal y como se ha planteado en el debate por parte de los empresarios, es la posibilidad de éstos de ajustar la fuerza de trabajo a las fluctuaciones de los mercados cuando decrece la cifra de negocios o cambia la demanda de productos. Para ellos, la flexibilidad es, fundamentalmente, flexibilidad externa, esto es, facilidad para contratar y despedir. Sin embargo, para muchos expertos, sólo a través de una dedicación y cuidado de la flexibilidad interna –basada en modernización de la empresa y en la reorganización del trabajo– se podrá hacer frente a los nuevos imperativos del mercado y la competitividad. El despido fácil no resuelve los requerimientos de innovación y formación que demanda la nueva producción de calidad. (Brunhes, 1994: 3).

En este sentido, entre los temas más estudiados por sociólogos y economistas a la hora de analizar las dinámicas de flexibilidad y sus efectos sobre el empleo sobresalen dos: el primero se refiere a los procesos de segmentación del mercado de trabajo y el segundo recoge los cambios sufridos en el modelo

de empleo que se estableció en el fordismo. Las conexiones cada vez más estrechas entre nuestro objeto de estudio -el paro- y la flexibilidad laboral hacen aconsejable detenerse en algunos de los enfoques teóricos que se han producido en estos años en torno a la cuestión del empleo flexible.

Por lo que respecta a la primera cuestión ha de señalarse que las teorías de la segmentación del mercado de trabajo han analizado las situaciones de desigualdad que se producen como consecuencia de diferenciaciones y rupturas del mercado de trabajo. En síntesis, la segmentación del mercado de trabajo ha sido contemplada como uno de los procesos centrales que facilitan la comprensión de las disparidades entre diferentes colectivos de trabajadores de acuerdo con su edad, sexo o etnia. A pesar de las diferentes versiones dentro del enfoque de la segmentación, hay coincidencia en afirmar que la segmentación supone una estructura del mercado de trabajo dividida en dos bloques, uno central y otro periférico, o primario y secundario, o interno y externo, dependiendo de la terminología empleada. Esta división da lugar a desigualdades: los trabajadores del sector central cuentan con mejores salarios, contratos estables, más posibilidades de promoción, de cualificación; mientras que los trabajadores del segmento periférico se hallan en la situación inversa. Esta sería, en síntesis, la hipótesis dualista, que se encuentra en las primeras formulaciones y que concibe una segmentación bipartita del mercado. (Berger y Piore, 1980).

Otra interesante aportación dentro de esta corriente es la de los radicales americanos. Su análisis pretende superar cierto descriptivismo de las posturas anteriores y adopta una perspectiva más crítica. Para los autores más conocidos de esta escuela (Gordon, Edwards y Reich, 1986), las empresas son los agentes que «estabilizan» la mano de obra que emplean y exportan «inestabilidad» a la periferia industrial. De esta manera, las empresas aprovechan y producen divisiones en el seno de la clase obrera con el fin de debilitar la organización de los trabajadores. «*Trabajadores segmentados, trabajadores divididos*» es el título de su libro y, a la vez, la expresión del

lema que guía el proceso de segmentación operado por los empresarios: «divide y vencerás».

El interés fundamental de las diferentes versiones de la segmentación es que señalan procesos de desigualdad en el mercado de trabajo con la definición de segmentos y relaciones de dependencia y categorización entre éstos. Su interés para la Sociología del trabajo radica, además, en que consideran la «producción como un proceso social en la que los individuos cooperan según pautas institucionales que determinan su posición en el mundo laboral y sus derechos a la obtención de una parte del producto. El trabajo y el empleo se despliegan en un campo de fuerzas regido por el conflicto.

El segundo tema que nos interesa tratar es el de los cambios sufridos en el modelo de empleo que se deriva del fordismo. De un modelo de empleo estable —cuyos rasgos distintivos son: modalidades de contrato fijo, «para toda la vida», con sistemas de promoción, protección sindical, condiciones y jornada de trabajo previsibles y regularizadas para la mayor parte de los trabajadores—, se ha pasado a un modelo de empleo en el que conviven situaciones diferenciadas. Junto a los empleos estables, han comenzado a «normalizarse» empleos inestables, atípicos, precarios: contratos temporales, a tiempo parcial, en prácticas, de aprendizaje —los célebres «contratos basura», como han sido bautizados por los sindicatos—. Todas estas nuevas formas de contratación han sido adoptadas para garantizar la adaptación de la empresa a un sistema económico altamente competitivo. Sus costes, sin embargo, han supuesto un incremento de la incertidumbre y de la inseguridad respecto al futuro de buena parte de los trabajadores —sobre todo jóvenes y mujeres, los más afectados por este tipo de contratos—. En nuestro país, su progresión en el porcentaje de la población activa es escalofriante: las cifras de la EPA indicaban, en el segundo trimestre de 1987, un porcentaje de trabajadores con contratos temporales en torno al 16%, en el año 2001 esta cifra parece haberse estabilizado en torno a un 33% de la población activa. En un capítulo posterior, aportaremos datos más detallados sobre la dimensión cuantitativa de la temporalidad.

Para la empresa, el flujo ideal en la gestión de la fuerza de trabajo es aquel en el que la sucesión de periodos de empleo se ajusta a los requerimientos de la producción y no, desde luego, a las necesidades del empleado. En este contexto, el trabajo se está convirtiendo en una variable de ajuste para las empresas y los procesos de flexibilidad laboral en la base de la actual dinámica de modernización. La flexibilidad se propaga como estrategia de selección de personal y se extiende preferentemente por los sectores más desprotegidos de la mano de obra, donde la falta de cualificación, la débil autonomía y los bajos salarios se mantienen gracias al dominio amenazante de la flexibilidad y del despido. Más mercantilizada que nunca, la fuerza de trabajo es usada con niveles de arbitrariedad que se pensaban superados. En esta lógica del trabajo entendido como coste variable, los empresarios se desentienden como nunca del destino social de sus empleados, muchos quedan atrapados en una gestión de su trabajo en la que predomina la precariedad, el abuso, cuando no la ilegalidad. Las relaciones de explotación y de jerarquía quedan enmascaradas por esta dinámica proveedor-cliente que caracteriza a las sociedades hipercompetitivas. Aceleradamente, el «empleo aparece en la dimensión de microservicio contractualizable de manera radicalmente individual.» (Alonso, 2000). El giro en el modelo conduce a recorridos laborales cada vez más inestables y fragmentados.

La crisis de calidad de empleo (Míguez, 2002) que sufrimos no es meramente debida a una dificultad provisional de creación de puestos de trabajo, sino a modificaciones en la organización del sistema salarial, de la forma mercantil con que se ha modelado el empleo en el modo de producción capitalista y que se caracteriza hoy por la inseguridad generalizada del empleo y la devaluación del factor trabajo. El rasgo clave del modelo socioproductivo que se está imponiendo consiste en la formación de una vasta área de vulnerabilidad económica y social, vinculada a la quiebra de la «convención keynesiana de pleno empleo» y a las operaciones de regulación del régimen salarial dirigidas a incrementar la rentabilidad del capital.

La actividad laboral, vinculada antes de los años ochenta a la idea de estabilidad, ha perdido hoy vigencia y las «nuevas formas de regulación de las relaciones contractuales han abierto, sobre todo para los sectores de más reciente incorporación al mercado de trabajo, situaciones en la que la ocupación no implica estabilidad sino precariedad.» (Bilbao, 1998). De esta manera, determinados colectivos, entre los que destacan los jóvenes, están viviendo en primera persona el declive de la norma de empleo estable y de las biografías de continuidad y estabilidad laboral que tenían la mayoría de los trabajadores sujetos a ella, ya que la gestión de la fuerza de trabajo no se escindía tan radicalmente de la trayectoria vital y profesional del empleado. En la actualidad, el agotamiento de este modelo estable está relacionado con los nuevos usos de la fuerza de trabajo, entendida únicamente como un recurso dirigido a producir valor y cada vez más desligada del itinerario vital de quien la presta.

Probablemente, uno de los rasgos que expresa con mayor claridad la extensión de la flexibilidad y de los flujos entre empleo y paro es la cantidad creciente de asalariados con contratos de muy breve duración. En 1998, la abundancia de contratos de menor duración es abrumadora. El 60% de los contratos temporales realizados está por debajo de los seis meses. Este dato es muy indicativo de cómo la conversión de contratos temporales en indefinidos no es la tendencia dominante. El hecho de que el contrato indefinido se haya convertido hoy día en una casualidad laboral —representa sólo el 5-10% de los contratos registrados en el INEM en esta última década— está haciendo crecer este núcleo de vulnerabilidad y acelerando los procesos de rotación de la mano de obra.

Ligado a lo anterior, la rotación laboral es otro de los fenómenos destacables del mercado de trabajo más reciente. Los breves contratos provocan movimientos entre empleos cada vez más frecuentes que acrecientan la percepción de inestabilidad. Los colectivos de jóvenes, las mujeres, los grupos profesionales más descualificados y con niveles educativos bajos cargan con el peso de esta mayor inestabilidad. Luis Toharia (1998) ha

elaborado un indicador agregado de movilidad en el que se verifica cómo este índice se ha duplicado en los últimos diez años y presenta actualmente en España los valores más elevados de la Unión Europea.

Las empresas de trabajo temporal se han convertido en las gestoras de una fuerza de trabajo hiperflexible que demandan los empresarios. El hecho de que esta labor de intermediación se institucionalice indica hasta qué grado la inestabilidad laboral está arraigada en el sistema. Eufemismo de precariedad laboral, las empresas de trabajo temporal se han multiplicado en estos últimos cuatro años. En 1994, existían 86, mientras que eran 428 las que funcionaban a principios de 1998. Los 361.816 trabajadores cedidos por estas empresas en 1995, pasaron a ser 1.062.098 en 1997. Junto a esta elevación de las cesiones hay que añadir su muy escasa duración, la mitad de ellas son por menos de un mes. Sólo un simbólico 2% supera los 6 meses.

Esta extensión de la precariedad se expresa también por vínculos cada vez más estrechos entre las condiciones de empleo y desempleo de los sectores más débiles del mercado de trabajo. Se consolida apresuradamente el imperio del subempleo, de los contratos temporales y los trabajos a tiempo parcial no deseado, de los oficios penosos y la irregularidad laboral creciente, del paro recurrente, de los cuasiempleos, que están conformando un segundo mercado de trabajo de alta provisionalidad, gobernado por los contratos basura y con fecha de caducidad. El destino laboral de la fracción más desprotegida de la clase obrera no se acopla bien a las categorías tradicionales de población empleada, parada o inactiva que estructuraron el periodo de hegemonía de pleno empleo. El desarrollo de las llamadas situaciones intermedias en relación al mercado de trabajo es una de las tendencias que más influencia tendrá sobre la estructura social en un futuro próximo. Hoy ya presenciamos cómo un número creciente de personas fluctúa entre el paro, la ocupación y la inactividad intentando ajustarse a los requerimientos de flexibilidad y adaptabilidad marcados por los nuevos preceptos de la gestión de los «recursos humanos».

Algunos autores han puesto también de manifiesto cómo estas transformaciones en el modelo de empleo se han acompañado de cambios en la regulación de la normativa laboral, una norma de empleo flexibilizada (Prieto, 2002) en la que la desregulación se ha empleado estratégicamente para disminuir los niveles de protección que las organizaciones de la clase obrera habían conseguido en el periodo precedente. Desde la sociología, lo más importante es que las evoluciones comentadas tal vez puedan mejorar los resultados económicos de las empresas, pero también contribuyen a diseñar situaciones desiguales de empleo que inciden sobre la estructura social a través del mercado de trabajo.

D.-Nuevas prácticas discursivas empresariales y desestructuración de la acción sindical

Junto a todas las estrategias anteriores y en el terreno menos tangible de los discursos que justifican y legitiman las prácticas empresariales que estamos describiendo, encontramos algunos cambios destacables en las actitudes y relaciones entre los obreros y los empresarios. Por decirlo de manera rápida: los empresarios no reestructuran sólo sus empresas —mediante cambios técnicos y organizativos como hemos visto—, sino también su propia imagen a través de una revalorización programada de la figura del empresario en la sociedad. Si durante las décadas de los 50 y los 60 los «héroes del trabajo» procedían de la clase trabajadora, autora de la reconstrucción europea; desde finales de los años 70, y sobre todo en la década de 1980, son los empresarios, directivos y ejecutivos de toda índole los que se proponen como artífices del crecimiento y la creación de riqueza. Los *yuppies*, portadores de los conocimientos técnicos socialmente más apreciados y de los valores triunfantes del individualismo y la competitividad, se convierten en expertos timoneles de la economía y en arquetipo para la imitación.

La interiorización de la ideología empresarial del individuo racional, que actúa persiguiendo sus intereses particulares, se plantea como único comportamiento posible en una sociedad gobernada por el mercado y las reglas económicas. Los códigos y el lenguaje mercantil impregnan la esfera

pública y se mimetizan en ella: «ReVolution», «Libertad, igualdad, rentabilidad», lemas que transmite la publicidad sustituyendo y apropiándose de las célebres consignas de la revolución francesa. Las películas y las teleseries reproducen en sus personajes las trayectorias en las que el éxito personal está ligado a comportamientos típicos de un gestor de fondos de inversión. La televisión difunde repetidamente la visión de que no hay salidas colectivas, sino sólo individuales.

Distanciándose de la imagen tradicional de austeros empresarios, muchos “líderes de empresa” desembarcan en los medios de comunicación y se apropian de los lugares de poder e influencia de la sociedad de la información: el dinero y las finanzas, los medios de comunicación y el conocimiento científico. A pesar de algunos deslices y “apropiaciones” que van más allá de lo simbólico, hoy los empresarios tienen una imagen inmejorable e incuestionable y han conseguido que su principal objetivo: obtener beneficios y enriquecerse, sea compartido, alabado e imitado por casi toda la ciudadanía. Una épica empresarial rodea la figura del emprendedor exitoso que, contra viento y marea, impuestos y trabas sindicales, impone su excelencia y triunfa. Demasiada épica social para adornar y disfrazar esa peculiar función social que cumplen: crear una riqueza privada —que como vemos no es una función social, sino más bien un logro individual—. Su implicación con la sociedad es tan evanescente que, si no hay beneficios, no participan.

Este movimiento de reafirmación de la ideología empresarial coincide con otro de desestructuración de las ideologías obreras y sindicales (Bilbao, 1993). Durante todo el periodo de duración de la crisis, y también en la actualidad, el trabajo y los trabajadores parecen haberse convertido en un estorbo para el crecimiento económico. La utopía empresarial de la «fábrica total», sin obreros, gobernada únicamente por máquinas, se ofrece como antítesis de la reiterada reivindicación sindical de creación de empleos. Los empresarios han tenido el control de las ideas durante todo el fin de siglo y la culpabilización que han dirigido a los sindicatos como causantes de la crisis

parece haber tenido éxito. La afiliación ha descendido y lo que es más importante, la desmovilización de la clase obrera y las dificultades para la renovación de las de las propuestas sindicales hace crecer la sensación de ir a contracorriente. El trabajo duro, las ideas de solidaridad y cooperación defendidas por los sindicatos han pasado a ser valores caducos y obsoletos en el mundo vertiginoso de la tecnología, los conocimientos y la información, cuyas claves las posee la 'modernidad gerencial' y no la 'burocracia sindical'.

En una minuciosa investigación, Jacqueline Palmade y Réjean Dorval (2000) han analizado la evolución de las actitudes y vivencias de los trabajadores franceses durante las dos últimas décadas. Una de las conclusiones que sale más fortalecida de su estudio es la fragmentación de las identidades laborales en este fin de siglo, que crea una ruptura histórica con la homogeneidad que dichas identidades habían conocido entre las décadas de los 50-70. La actual disgregación de los trabajadores por ingresos, categorías y cualificaciones ha debilitado la noción más integradora de oficio —cada vez menos se escucha el término obrero, ahora se usa la palabra «colaborador»—. Los resultados de la investigación destacan la percepción que los trabajadores tienen del nuevo orden laboral, que perciben como: individualizante, con alta dependencia de la autoridad, competitivo, de alta intensificación e implicación y cargado de incertidumbre y «riesgo».

Michael Burawoy (1989) ha hablado de «despotismo hegemónico» para describir esta nueva etapa de vulnerabilidad colectiva de los trabajadores frente a los cálculos de viabilidad de las empresas regidos cada vez más por la volatilidad del capital y sus beneficios. Esta dependencia de los cálculos económicos, sobre los que los trabajadores no pueden intervenir, instala el miedo y los comportamientos defensivos entre ellos, implanta el despido como amenaza colectiva que desactiva el conflicto y disgrega las identidades de clase.

Esta idea de vulnerabilidad sistémica está presente también en los escritos más recientes de Pierre Bourdieu, para él se ha consolidado una auténtica «vulgata planetaria» que divulga la reducción del Estado, la desregulación de

las finanzas, la flexibilización del mercado de trabajo. La extensión de esta doctrina a todas las esferas de la vida está provocando una «colonización mental» que se propaga y contagia aceleradamente (Bourdieu y Wacquant, 2000). Colonización mental con los aires, por supuesto, de la figura del *manager*.

El mundo del trabajo y la empresa constituyen un escenario privilegiado en el que se representa este «drama» de la desintegración de las identidades de clase. Claus Offe (1999) ha hablado de un «frente popular» del capital y de los empresarios que ponen sus condiciones para la creación de empleo: recortes salariales, altas cualificaciones y capacidades profesionales y máxima disponibilidad y flexibilidad. Sólo cumpliendo las exigencias de este pensamiento único del empleo pueden crearse nuevos puestos de trabajo y, con todo, ni siquiera hay sólidas garantías de ello. Cabe además preguntarse qué tipo de empleo es el que se está creando. André Gorz (1998) habla a este respecto del «postsalariado»; el rostro post de la sociedad salarial en el cual comienzan a proliferar y normalizarse dos figuras: el *jobber*, trabajador ocasional a destajo, para quien la precariedad se convierte en modo de vida y el *self employed*, trabajador autoempleado, que representa bien el «retorno de lo personal», de la lógica de servicio a la relación de trabajo. En ambos casos, se produce para Gorz una «volatilización» del trabajo, que es usada por el mencionado «frente popular del capital» como arma para desestructurar a la clase obrera.

Otros autores han subrayado «las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo», y su metáfora «corrosión del carácter» (Sennett, 2000), en la que este autor describe los impactos sobre las identidades individuales y colectivas que traen las nuevas representaciones laborales, y su relación con la crisis de la ética del trabajo y la crisis del valor de la experiencia, que complica las relaciones generacionales y la transmisión de la memoria laboral de padres a hijos. El fin de las largas carreras obreras pierde sentido en la nueva configuración empresarial: «se vuelve absurdo trabajar largo y duro

para un empleador que sólo piensa en liquidar el negocio y mudarse.» (Sennett, 2000: 104).

Precisamente, los problemas generacionales en relación con la ruptura de las identidades obreras centran la atención de Stéphane Beaud y Michel Pialoux (1999). En su análisis conjunto del sistema educativo y laboral evidencian cómo los hijos de los trabajadores industriales no siguen hoy las trayectorias de sus padres. La dureza del trabajo en la fábrica, la ausencia de perspectivas de futuro profesional en la industria, la reducción numérica y el paro y, por fin, la permanencia de los hijos en el sistema escolar han supuesto el bloqueo de la movilidad obrera en la fábrica y lo que los autores llaman la «deconstrucción del grupo obrero», que implica el debilitamiento estructural de su base material, de su capacidad de resistencia, de la fragilidad de su sistema de valores y de sus creencias políticas. Lo paradójico de la situación actual, como señalan los autores, es que justo cuando las condiciones de vida de los trabajadores industriales han mejorado y han conseguido un patrimonio familiar que ha servido a los hijos para mejorar a través de la promoción educativa, entonces se produce este bloqueo de la herencia obrera que ya no les sirve a los hijos para nada, no prosigue la transmisión padre-hijos. Por otra parte, los jóvenes de procedencia obrera comienzan a descubrir que su larga estancia en la escuela no tiene rentabilidad en sus recorridos profesionales. Para muchos, esta huida del pasado de sus padres, y de una fábrica sin futuro por la vía del sistema educativo, sólo se concreta en paro, especializaciones con poco futuro, malas salidas profesionales y falta de integración y de competencia respecto a los hijos de clases medias y más acomodadas. Desarraigados, se percatan de que la escuela, la tradición obrera, los sindicatos y la política no les sirven para nada y su respuesta es, en unos casos, la violencia y en otros, la interiorización de valores individualistas, antisolidarios y de sumisión a la autoridad: lo que hay que hacer para mejorar en un mundo laboral inhóspito es currar, obedecer y hacerse valer ante el jefe.

Esta pérdida del sentido de la solidaridad y las nuevas formas de legitimar la dominación que acabamos de reflejar perfilan un panorama sombrío para las identidades obreras que hace sólo veinte años estaban en ascenso. Los procesos de desestructuración de la clase obrera no son una casualidad que tenga que ver, únicamente, con la modernización, la mejora material y el cambio en nuestras sociedades, sino que se enmarcan en el proceso de reestructuración del sistema capitalista, mediante el cual la ideología empresarial se impone sobre la ideología obrera, que había acumulado fuerza en décadas anteriores, y acrecienta así su poder sobre ella. Las empresas rejuvenecen sus plantillas —hoy más pequeñas— y aprovechan esta nueva configuración ideológica desintegrada de los hijos de la clase obrera.

Las transformaciones ideológicas

Muy en relación con lo apenas expuesto, la hegemonía del neoliberalismo triunfante en estas dos últimas décadas ha divulgado las bases de su matriz ideológica, que reconoceremos en seguida por su pujante vigencia actual:

- el individualismo y la primacía de lo individual frente a lo colectivo;
- la importancia de la economía, el mercado y la iniciativa privada;
- la imagen de una sociedad entendida como mera agregación de individuos, con intereses personales, regidos por la competitividad y la eficacia a la hora de conseguir sus objetivos y donde la posición social depende del grado de eficacia alcanzado;
- la naturalización de las desigualdades y la autculpabilización: si no consigues una posición social exitosa es que tus esfuerzos no son suficientes o que no vales.

Los efectos sociales de estas pautas ideológicas se han hecho notar sobre la estructura social: la fragmentación social y el crecimiento de las desigualdades. Las sociedades postfordistas han sido adjetivadas como sociedades duales, polarizadas, del riesgo, de la aleatoriedad, de los 2/3, indicando cómo franjas enteras y considerables de los estratos más desfavorecidos de la población quedan a expensas de la vulnerabilidad que

produce un modelo económico que no propicia la integración social. Los análisis de Robert Castel o de Pierre Bourdieu han insistido sobre la extensión de las dinámicas de «desafiliación» o desintegración social (Castel, 1997). Por su parte, Pierre Bourdieu ha encontrado palabras para calificar uno de los rasgos distintivos de las sociedades occidentales en estos años de final de siglo: «un desarrollo sin precedente de todas las formas de la pequeña miseria» (Bourdieu, 1999a).

En menos de veinte años, el paisaje social ha cambiado radicalmente, el proceso de reorganización del capitalismo contemporáneo ha erosionado progresivamente los contextos socio-organizativos de la industrialización, dando paso a las actuales sociedades fragmentadas (Ortí, 1992). En este marco, las recientes situaciones de exclusión, ligadas a la aparición de un paro masivo y prolongado y a los nuevos usos de la fuerza de trabajo, son el resultado de la formación de una vasta área de vulnerabilidad económica y social, vinculada a la quiebra de la «convención keynesiana de pleno empleo» y a las operaciones de regulación del régimen salarial dirigidas a incrementar la rentabilidad del capital. Uno de los rasgos más evidentes de esta inseguridad de masa es la proliferación de las franjas de población debilitadas por las transformaciones anteriores, zonas intermedias compuestas por quienes más dificultades tienen para seguir el ritmo social de estos tiempos. Se ha discutido mucho recientemente sobre el agravamiento de los problemas de los estratos marginales en las zonas urbanas más duramente golpeadas por la crisis y la consiguiente aparición de una *underclass*, compuesta por un subproletariado que cada vez cuenta menos en el paisaje del capitalismo informacional (Wacquant, 1992).

La erosión de la clase obrera y de la cultura popular, la fragmentación de las categorías profesionales, la supremacía de lo salarial y lo monetario, del consumo y la cultura de masas, de las salidas individuales sobre las colectivas, del «pequeño racismo» hacia los chivos expiatorios —cuando el enemigo real se ha invisibilizado con los flujos financieros y blindado tras el discurso de la inevitabilidad de lo económico—, son la pauta común en las

«clases medias empobrecidas», que comparten culturalmente las bases de las clases medias mejor instaladas, pero que financieramente no pueden acceder a sus niveles de consumo. En la actualidad, los peligros del barrio, la desconfianza y la inseguridad, el bloqueo del paro y la precariedad, contrastan con las aspiraciones de abundancia que estos grupos intermedios habían acumulado en las décadas anteriores a la crisis de los setenta. Hoy este deseo, que sigue siendo espoleado por la publicidad y el consumo, choca con un modelo económico que lo hace cada vez más inaccesible y que está favoreciendo una jerarquización progresiva de los niveles de vida y una amplia desigualdad en los ingresos y en el consumo. La frustración de las categorías medias empobrecidas no concluye en un sentimiento de injusticia que les lleve a protagonizar una contestación colectiva, sino que potencia el fatalismo y el repliegue en la vida privada.

Integrados culturalmente, dominados socialmente y explotados económicamente, los grupos obreros del nuevo modelo de estratificación que estamos presenciando sufren un retroceso en la movilidad social y comienzan a cobrar fuerza las hipótesis que indican un futuro de trayectorias descendentes en los hijos de los estratos sociales más castigados en el periodo 1973-1990. El «repunte de los mecanismos de cierre social» se verifica también en el caso español. Algunos especialistas en el análisis de la movilidad social han señalado cómo en ese tiempo y fundamentalmente «para la clase de los trabajadores, la movilidad ascendente es bastante menos posible que en el periodo anterior» (Echeverría, 1998). El autoreclutamiento es cada vez más fuerte para las categorías socioprofesionales situadas en la base de la estructura social, con lo cual la transmisión intergeneracional de los riesgos de empobrecimiento es un hecho seguro: los hijos de los obreros heredarán toda la miseria que se ha acumulado en estos últimos veinte años de reestructuración capitalista y de precariedad laboral y este será un proceso capital en la dinámica de las clases sociales de los próximos años.

I.3.-Tendencias recientes en el mercado de trabajo: perfiles actuales del empleo

El periodo que acabamos de describir ayuda a comprender e interpretar las principales tendencias que destacan en el mercado de trabajo y que ilustran la complejidad de las causas del paro actual. La influencia de los recientes procesos como son la mundialización, la expansión de las tecnologías de la información y la comunicación o la nueva fisonomía de las empresas transnacionales y su acción económica, obligan a revisar el lugar del trabajo en todas estas discusiones. Es innegable que los efectos combinados de una economía especulativa; del auge de las inversiones extranjeras directas; de una producción cada vez más deslocalizada; de transformaciones profundas de los sectores de actividad o de la aplicación sistemática de nuevos estilos tecnológicos en la organización de las empresas están influyendo, determinadamente, en la configuración de nuevas formas de organización del trabajo, de la producción y de las condiciones en que se regula el empleo. Semejantes cambios han impulsado a algunos especialistas a hablar de la aparición de un naciente paradigma que trae consigo la superación de las formas tradicionales de división técnica y social del trabajo: el flamante paradigma informacional que, basado en el aprovechamiento de las tecnologías de la información y en la nueva organización reticular de las empresas a escala mundial, deja, aparentemente, obsoletos otros debates hasta ahora vigentes.

Sin negar estas nuevas realidades, otros analistas menos influidos por las modas del momento han hecho hincapié en la persistencia de viejas desigualdades y problemas en este nuevo capitalismo informacional. Las virtudes con que éste se autopregona no son tales y, en todo caso, van acompañadas por dinámicas no tan meritorias: la sistemática explotación de una mano de obra barata; el endurecimiento de las condiciones de trabajo; la descualificación de segmentos importantes de trabajadores; el crecimiento de los accidentes de trabajo y, cómo no, el desarrollo de un paro masivo y el cuestionamiento del empleo estable. Intentaremos, en este apartado dar cuenta de todas ellas y aportar información sobre los principales debates abiertos en torno al mercado de trabajo. Si tuviéramos que referirnos a los

rasgos principales que distinguen el actual mercado de trabajo de nuestro país habría que señalar cuatro grandes tendencias:

1. Los cambios en los sectores de actividad económica y la actual importancia del sector terciario y su incidencia en el empleo.
2. Las modificaciones en la estructura y en la composición de la población activa.
3. Las segmentaciones actuales del mercado: la proliferación de los empleos temporales.
4. La crisis de la sociedad de pleno empleo y la aparición de variadas formas de paro, abundante y persistente.

En los capítulos anteriores, ya hemos comentado alguna de estas tendencias. Aquí recogeremos las informaciones más relevantes para dar cuenta de los aspectos concretos relacionados con el empleo y, preferentemente, sobre el caso español. Aportaremos datos actualizados para componer un panorama que ayude a explicar las interrelaciones de todas las cuestiones tratadas con el desempleo.

1.3.1.-Los cambios en los sectores de actividad económica y la actual importancia del sector terciario y su incidencia en el empleo

Sin entrar a fondo en los cambios de la actividad económica en el agitado último tercio del siglo XX, sí podríamos distinguir tres grandes tendencias que inciden notablemente en la configuración del mercado de trabajo actual: la primera es el imparable crecimiento del sector servicios y la consiguiente terciarización de las nuestras sociedades; la segunda es la reducción de ocupados en el sector industrial y lo que algunos han llamado desindustrialización de los países occidentales; la tercera es el cambio de la estructura ocupacional y el desarrollo de nuevas profesiones. Todas ellas contribuyen a crear nuevos contornos en la fisonomía del paro.

Crecimiento del sector servicios y terciarización

La configuración y la dinámica de los sectores de actividad económica han conducido al sector servicios a convertirse en un terreno en el cual se producen importantes innovaciones en torno al empleo. Para muchos no es exagerado hablar de una sociedad terciarizada, «la economía española es ya prácticamente una economía de servicios, puesto que éstos representan el 60% del empleo total, tendencia que se ha acentuado desde 1985» (Toharia, 1994). A finales del año 2000, la población ocupada en los servicios ha crecido aún más y ya alcanza el 62% del empleo total.

Algunos autores (Bell, 1973) piensan que la expansión de los servicios ha provocado una mutación cualitativa del trabajo que invita al optimismo en cuanto a la evolución del empleo en la sociedad del conocimiento. Según este enfoque postindustrialista, la sociedad de la información continuará reduciendo las ocupaciones repetitivas y los trabajos de las personas tenderán a concentrarse progresivamente en tareas relacionales, en la innovación y la gestión de procesos, en los servicios a las personas y en los procesos productivos automatizados —supervisión, mantenimiento, reparación—. Hay que adelantar que este panorama positivo, trazado por los autores más optimistas del postindustrialismo, se ha concretado sólo en parte, ya que si bien los trabajos cualificados de los servicios han crecido, también lo han hecho las ocupaciones más descualificadas. Ambas realidades componen el escenario de la estructura profesional postindustrial.

Por otra parte, es importante señalar que la terciarización supone, sobre todo, un cambio sociocultural respecto a la configuración de la división del trabajo y a las identidades colectivas formadas a lo largo del proceso de industrialización. «La división de las tareas comienza a tomar la forma de una especialización de funciones en el seno de una organización productiva altamente diferenciada, desde los *managers* hasta los «técnicos de superficie» pasando por los controladores de robots y las secretarías. Cada una de estas funciones comporta su propia lógica de compromiso personal, de relación con la jerarquía y de identificación con los objetivos de la empresa.

Esta atomización de los universos profesionales tiene como consecuencia el favorecer la disolución de las solidaridades colectivas ligadas al trabajo.» (Perret, 1994: 64).

Las tendencias a largo plazo parecen confirmar el auge del terciario, pero no todas las visiones coinciden en valorar tan positivamente su crecimiento. Algunos mantienen que durante las dos últimas décadas estamos asistiendo al surgimiento de un «proletariado de los servicios», que aglutina un buen número de profesiones descualificadas en este sector. El terciario no se compondría sólo de profesiones de elevada información, conocimientos y cualificación, sino que también abundarían ocupaciones que, bajo el mismo rótulo «servicios», ocultan «un nuevo y amplio proletariado, formado por trabajadores precarios, mal pagados y marginados, en parte ocupados como fuerza de trabajo flexible en la periferia de las nuevas empresas industriales y en parte confinados en los trabajos no cualificados (*junk-jobs*) de los servicios.» (Esping-Andersen, 1993b: 59).

La existencia de estos grupos no aconseja, por tanto, crearse una visión homogénea del sector terciario, sino más bien una visión polarizada en su estructura profesional. Para Esping-Andersen no conviene, sin embargo, precipitarse en afirmaciones tajantes sobre el terciario proletarizado; las carreras laborales de estos trabajadores, las entradas y salidas del sector y la visión a largo plazo ha de ser un elemento básico de juicio para llegar a confirmar la tendencia, y, si bien es pronto para llegar a conclusiones, parece que la alta movilidad de los ocupados y la escasa permanencia de éstos en este tipo de trabajo no invitan a mantener la tesis de un «proletariado de los servicios» como realidad permanente. Hoy por hoy, sin embargo, no deja de ser preocupante que las franjas más desfavorecidas de la escala social se identifiquen, precisamente, con este terciario pobre del cual hemos venido hablando y que recoge las ocupaciones más degradadas de los servicios — limpieza, servicios personales, peonajes—. Parece indiscutible que el crecimiento de éstas es hoy una realidad. En sus trabajos más recientes, Esping-Andersen (2000) lo confirma, añadiendo la preocupación de que la

polarización social y la exclusión de aquellos que las desempeñan será un hecho si no alcanzamos formas más justas de reparto de las ocupaciones descualificadas y no reducimos el periodo de tiempo que las personas pueden pasar ocupando estos oficios. En cualquier caso, sí parece probado que el auge de los empleos de los servicios vinculados al conocimiento han venido acompañados también de un ascenso de las ocupaciones descualificadas.

Esta es una de las tendencias más discutidas y controvertidas entre los especialistas en clases sociales y estratificación. El planteamiento es el siguiente: ¿Cómo en las sociedades del conocimiento y la información pueden crecer tan abundantemente las ocupaciones de baja cualificación en los servicios, los llamados *Macjobs*? Esta discusión, que hemos adelantado anteriormente, enfrenta a los más optimistas, que piensan que estas ocupaciones tienen un techo de crecimiento y que son de una alta rotación, no afectando, por ello, a un contingente fijo del mercado de trabajo y no causando problemas de marginación profesional; frente a los más pesimistas, que han correlacionado este tipo de ocupaciones con la extensión de áreas de precariedad en las que el empeoramiento de las condiciones de trabajo, de los salarios y de las relaciones laborales nos acerca a una estructura ocupacional que se distingue por la polarización sociolaboral, producida por el avance paralelo de los estratos técnicos de la elite profesional y de los malos empleos del terciario descualificado.

Cajeros, telefonistas, recepcionistas, trabajadores de servicios de restauración, personales, protección, dependientes de comercio, limpiadores, vigilantes, repartidores, mensajeros, empleados en restaurantes de comida rápida, etc. Todas estas ocupaciones han experimentado un auge extraordinario en estos últimos diez años y tienen algunos puntos en común: tasas de temporalidad y de rotación muy elevadas, bajos salarios, malas condiciones de trabajo y un colectivo de empleados bastante homogéneo, que coincide con los más débiles del mercado de trabajo. Puede que no lleguen a formar un proletariado compacto, pero lo que es cierto es que comparten las pésimas condiciones de trabajo que este terciario

proletarizado genera. A la luz de los datos del Censo, la hipótesis de la polarización ocupacional cobra cada vez más fuerza. En general, sea cual sea la fuente estadística consultada, el ascenso de los servicios semi y no cualificados es una tendencia incontestable en nuestras sociedades. En el mejor de los casos ocupa, al menos, a un tercio de la mano de obra. La abundancia de jóvenes y mujeres en estos grupos ocupacionales nos habla del alto precio que han de pagar en términos de inserción ocupacional precaria.

Un fenómeno reciente de importancia creciente y muy ligado a lo anterior es el incremento de los trabajadores pobres. La desregulación y segmentación del mercado de trabajo, junto a la proliferación de los empleos precarios y descualificados ha provocado un aumento de la dispersión salarial y el consiguiente incremento de la desigualdad. Los *working poor*, nombre que reciben los trabajadores pobres en el ámbito norteamericano, han empezado a representar una cuota importante de la pobreza. Los datos del Panel de Hogares de 1995 indican que, del total de hogares cuyo sustentador principal está ocupado, un 15% se encuentra bajo la línea de pobreza. Por muy contradictoria que pueda resultar, la condición simultánea de pobre y asalariado se está convirtiendo en una tendencia fuerte en las ricas sociedades occidentales, que está siendo alimentada por las dificultades salariales crecientes. Asimismo, el porcentaje de trabajadores con bajos salarios⁸, por debajo del salario mínimo anual, está creciendo durante la década de los noventa. El Instituto de Estudios Fiscales considera que rondaba un tercio de los ocupados en 1995. La vulnerabilidad a que conducen estos niveles de ingresos es elevada. El mayor riesgo de pauperización recae sobre las ocupaciones que aglutinan a los trabajadores agrícolas y a los de servicios con bajos niveles de cualificación.

⁸ Conviene distinguir a los trabajadores pobres —que se hallan por debajo del umbral de pobreza— de los trabajadores con «bajos salarios», que la OCDE define como aquellos cuyos salarios no alcanzan el 65% del salario mediano. Estos han aumentado en España en los últimos diez años y, siguiendo los criterios de la OCDE, alcanzan un 29,3% de los asalariados. Los problemas de integración social de los *working poor* y de los «bajos salarios» se perfilan como un rasgo estructural de las sociedades de capitalismo informacional. Más datos en López (1999).

Respecto a las posibilidades de creación de empleos en este sector servicios, algunos autores (Gallino, 2000) han señalado cómo las perspectivas de los servicios pueden encontrar un techo debido a que las deslocalizaciones pueden incorporar cada vez más a trabajadores de otras zonas geográficas. Esto puede restar posibilidades a los trabajadores de los países occidentales, que hasta ahora eran los únicos beneficiarios de estos empleos de la sociedad de la información. Además, los servicios son, potencialmente, susceptibles de entrar en un nuevo despliegue de las tecnologías, lo que podría reducir la necesidad de mano de obra. Los aumentos de productividad alcanzados por los trabajadores del terciario pueden ser otro argumento que limite la creación de empleos.

Reducción de ocupados en el sector industrial y desindustrialización de los países occidentales

Junto a la terciarización que acabamos de detallar, se ha producido una segunda dinámica en los sectores de actividad económica que consiste en la reducción de la población ocupada en el sector secundario o industrial. Durante los últimos veinte años y de forma estructural en casi todos los países de la OCDE, los trabajadores industriales han disminuido entre 5-10 puntos porcentuales. El descenso de la incidencia de la ocupación industrial sobre el conjunto de los ocupados es constante en toda Europa; «la ruptura brutal de la curva de empleo manufacturero se produce en 1975. Se perdieron 1.400.000 empleos entre 1974 y 1988, situándose los efectivos de la industria al nivel de principios de los años cincuenta. [...] En veinte años, la industria francesa suprimió el 30% de sus efectivos» (Veltz, 1999: 35). En España, la ocupación industrial ha seguido el mismo recorrido; en 1981, alcanzaba el 26,8% del total de ocupados, mientras que hoy ronda el 20%. Este descenso del sector industrial ha ido acompasado con los procesos de reconversión y de ajuste de las empresas siderúrgicas y de los astilleros, así como del cierre de numerosas empresas del textil y otras ramas industriales —los procesos de reconversión industrial supusieron en nuestro país la pérdida de un millón de trabajadores industriales estables entre 1980 y 1985—. La consecuencia de

este proceso que mayor preocupación provoca es la aparición de colectivos afectados profesional y socialmente por estos acontecimientos y el consiguiente empeoramiento de sus condiciones de vida y de sus identidades laborales. La recolocación de los excedentes de mano de obra de los sectores reconvertidos es difícil debido a su edad y a su cualificación —ligada ésta a tareas muy específicas realizadas durante años en sus ocupaciones industriales—.

Para algunos especialistas, la disminución de la población activa que trabaja en la industria está relacionada con los procesos de globalización productiva. Las empresas transnacionales sanean su situación provocando una nueva división internacional del trabajo, mediante la cual se aprovechan de la mano de obra barata de los países no desarrollados. Este proceso de deslocalización se afianza gracias a las posibilidades de coordinación que ofrecen las telecomunicaciones; a los bajos requerimientos de cualificación de la mano de obra, pues se trata de fases del proceso de producción poco complejas, y a los beneficios añadidos que conlleva la apertura de nuevos mercados allí donde se instalan los nuevos centros de producción. En los países occidentales, se mantienen las actividades más cualificadas, menos duras y los trabajos de concepción y planificación. De esta manera, si quisiéramos recomponer el *puzzle* productivo internacional de un determinado producto podríamos observar cómo el diseño de cierto componente puede haber sido realizado, por ejemplo, en Alemania; su fabricación en España y su montaje en Indonesia. El resultado de todo ello ha sido un significativo proceso de desindustrialización de Occidente, que además se complica si tenemos en cuenta cómo algunos países no desarrollados, donde primeramente se habían implantado las multinacionales, han pasado a crear su propio sistema industrial.

Nuevamente, es preciso distinguir y matizar los puntos de vista del párrafo anterior. Sin dejar de reconocer la importancia de los procesos señalados, conviene precisar que los flujos de inversión que ha traído la globalización se han producido, en su mayor parte, entre las economías desarrolladas, por lo

tanto hablar de desindustrialización de Occidente sin tener en cuenta este detalle puede conducir a interpretaciones exageradas. Algunos autores consideran excesivo culpar a las deslocalizaciones y al comercio internacional del paro que sufre Europa, ya que los flujos de inversión directa hacia los ya llamados «países de bajos salarios» son modestos —en 1992, representaban menos del 3% de la inversión productiva de los países industrializados— (Davanne, 1994). Parece que el «efecto Tercer Mundo» no es tan fuerte como al inicio se vaticinaba. El desempleo de los trabajadores menos cualificados parece depender más del cambio tecnológico estructural que vivimos que de la entrada en escena de los trabajadores de los países pobres.

Por otra parte, la globalización no sólo impone cambios en el sector industrial, sino que ya se observan también procesos incipientes de deslocalización de actividades del terciario hacia países en desarrollo. No se trata sólo de las actividades industriales y de la mano de obra descualificada, sino que también comienzan a aprovecharse las ventajas de los técnicos altamente cualificados de países no occidentales sujetos a menos constricciones que los del ámbito occidental. «Una de las primeras empresas que ha dado este paso ha sido Swissair, que ha transferido sus servicios informáticos y su contabilidad a la India. En Francia, la filial francesa de Arthur Andersen, Pact Group, dispone de un polo de desarrollo en Manila. Bull instala una conexión vía satélite con Bangalore, en India. Mientras, en Bélgica, el grupo siderúrgico Sidmar recurre a ingenieros filipinos. Cuando se conoce que un analista de sistemas de este país es pagado cinco veces por debajo que su equivalente francés o belga y que las cargas sociales en Manila son del 10% de los salarios, los empresarios hacen cálculos y deciden en esa dirección.» (Lauré, 1993: 11). La resolución de todas estas mutaciones en curso es hoy un importante interrogante planteado a los expertos.

1.3.2.-Modificaciones en la estructura y en la composición de la población activa

Respecto a estas modificaciones, destacaremos brevemente algunas tendencias importantes de la población activa. Abordaremos las evoluciones

más recientes en cuanto a su distribución por edades y su composición por sexo.

cambios recientes en la composición de la población activa por edad

El rasgo más relevante en cuanto a la variable edad es la dificultad de los más jóvenes de acceder al mercado de trabajo a partir de los años ochenta⁹. Los problemas de inserción de los jóvenes en el mercado de trabajo comenzaron a agudizarse en la primera mitad de esa década y se convirtieron pronto en un problema de fuerte impacto social y económico: el paro juvenil. Este cambio de condiciones en el acceso al empleo ha provocado que la entrada de los jóvenes en la vida adulta encuentre obstáculos, reduciéndose sus posibilidades de creación de un hogar propio y alargándose el periodo de su vida que transcurre en el domicilio paterno. La inserción laboral de los jóvenes actuales se ha retrasado entre 6-7 años. La penuria generalizada de empleo forzó inicialmente redefiniciones generacionales acerca de la cuestión de quién tenía prioridad para acceder al mercado de trabajo, creando una bolsa de paro juvenil de magnitudes antes desconocidas y reorientando a los jóvenes hacia el sistema educativo y descargando en la familia los principales costes de estas dinámicas laborales. Los grupos de edad joven fueron objeto, a través de las políticas de prolongación del ciclo escolar, de una demora en su incorporación a la población activa.

Con los efectos disciplinantes del paro ya operativos durante la década de los ochenta, los años noventa han visto cómo el modelo de flexibilidad laboral se extendía predominantemente entre las edades jóvenes. El paro abundante no desaparece, aunque la proliferación de contratos temporales hace crecer la ocupación juvenil. En este sentido, amplios sectores de la juventud han sido el banco de pruebas de las estrategias de flexibilidad mencionadas, «la juventud desempeña un papel estelar. [...] El paro juvenil se convierte en la gran coartada del Estado para acabar con las rigideces del mercado de trabajo: las medidas provisionales destinadas a facilitar la inserción de los

⁹ Para una mayor profundización en los datos que se expondrán a continuación puede consultarse (Cachón, 1999 y 2000).

jóvenes terminan extendiéndose a toda la contratación laboral» (Martín Criado, 1998). Esta inestabilidad laboral programada cimienta todas las operaciones de flexibilidad requeridas por el proceso de ajuste de los años ochenta y hace recaer sobre los grupos jóvenes los efectos más contundentes de la crisis.

El periodo de inserción está caracterizado por la incertidumbre, la proliferación de experiencias laborales, la 'flexiprecariedad', la arbitrariedad salarial y los bandazos del empleo al paro. Las situaciones son muy variadas: desde la espera de los jóvenes mejor situados socialmente en el mercado de titulaciones hasta la perpetuación en el subempleo de los jóvenes de clases populares con menores niveles educativos. Para ellos, la flexibilidad en el empleo es hoy ya el modelo de socialización profesional; la multiplicación de experiencias de trabajo entre los jóvenes está demostrando que sus empleos temporales no les sirven para estabilizar su situación en el mercado de trabajo. Los «trabajillos», inestables, sin contenidos de cualificación y sin posibilidades de promoción no proporcionan realmente la experiencia con la que los jóvenes sueñan para acceder a un buen trabajo. La flexibilidad es una necesidad estructural del sistema y se cobra un precio muy alto entre los jóvenes. Hoy, ya normalizada, despliega sus efectos disciplinarios y de control sobre la mano de obra. En España, se han conseguido los niveles de flexibilidad más altos de toda la Unión Europea y cada vez más personas aceptarían cualquier empleo, aunque las condiciones de éste no respondan a sus aspiraciones. Los niveles de explotación y de irregularidad laboral se desorbitan gracias a esta paradójica situación de «interinidad permanente», donde la única promesa es otro trabajillo.

Por ello, cada vez más, el perfil ideal al que tendrían que ajustarse las trayectorias laborales juveniles sería aquel en el cual se suceden momentos de empleo seguidos por otros de paro más o menos duradero. Para las empresas es tan importante poder hacer un uso flexible del empleo como contar con un número importante de parados dispuestos a trabajar de este modo, con independencia de las discontinuidades que puedan originarse en el

curso vital de los empleados. Los jóvenes, socializados profesionalmente en la crisis, parecen más acostumbrados a la situación de provisionalidad que se ha apoderado del mercado de trabajo: un 60% de los jóvenes entre 16-29 años trabajan con contratos temporales en 2002. El modelo de empleo estable, y todas las consecuencias que entrañaba para las trayectorias vitales, se ha diluido para la mayor parte de los «hijos de la desregulación» (Conde, 1999).

cambios recientes en la composición de la población activa por sexo

En segundo lugar, la incorporación de las mujeres a la actividad¹⁰ se ha convertido en este último tercio de siglo en una de las tendencias más sobresalientes en nuestro país. Las tasas de actividad femenina se han elevado considerablemente (27,1% en 1980; 39,7% en 2000) y la mayor participación de las mujeres en el empleo parece un hecho incuestionable. Sin embargo, la cuestión fundamental que conviene dilucidar es qué tipo de incorporación es el que se ha dado y si se han verificado movimientos de segregación y exclusión. A este respecto, es amplio el repertorio de problemas y desigualdades con que las mujeres se enfrentan hoy a la hora de intentar encontrar un empleo (las tasas de paro expresan bien estos problemas: en 1980 la tasa de paro femenino era del 12,1% y tras dos décadas de ascensos, se sitúa en el 20,3% en 2000, habiendo alcanzado picos del 30% a mediados de los noventa).

Mencionaremos algunos de estos problemas: el primero es la «doble presencia» en el trabajo doméstico y en el trabajo asalariado, los estudios sobre el reparto de tareas en el hogar demuestran que la incorporación de la mujer al mercado de trabajo no ha ido, apenas, acompañada por compromisos de los varones en las tareas domésticas. Otro problema estaría relacionado con la segregación vertical y horizontal derivada de su lugar en la estructura ocupacional. Tres observaciones se desprenden aquí con mayor contundencia: la primera es la escasa presencia femenina en las elites directivas, fundamentalmente en la empresa privada donde 87 de cada 100

¹⁰ No se desarrollará la cuestión exhaustivamente en este lugar. Sin embargo, puede obtenerse información actualizada, detallada y complementaria en (Maruani, Rogerat y Torns, 2000)

directivos y gerentes de empresas son varones. A pesar de los aumentos en estos últimos diez años, el peso de las mujeres es bajo y la progresión no parece alcanzar un ritmo muy alto sobre todo en la empresa privada. En el caso de los altos puestos del poder ejecutivo y legislativo de la Administración pública, el número de mujeres se incrementa a mayor ritmo; los programas de igualdad parecen haber calado más en el ámbito público que en la empresa privada.

La segunda es que las mujeres con ocupaciones técnicas se emplean mayoritariamente en las profesiones asociadas a las titulaciones de primer ciclo universitario y en menor grado las correspondientes a titulaciones de segundo y tercer ciclo. Esta acumulación en grados universitarios menores se acompaña por una acumulación en sectores profesionales acotados: la enseñanza y la sanidad. En 1998, de las 696.400 mujeres empleadas en profesiones técnicas y científicas, 536.800 lo hacen en las áreas mencionadas. Es decir, del total de mujeres técnicas y profesionales, cerca de un 80% está constituido por un pequeño grupo de ocupaciones que recoge, en primer lugar, a las profesoras de los distintos niveles educativos, sobre todo de enseñanza básica y, en segundo lugar, a las profesiones vinculadas a la sanidad, con preponderancia de las ATS.

Por último, hay que señalar el caso de las ocupaciones más descualificadas de los servicios, donde la presencia de las mujeres alcanza enormes proporciones y nos revela que es otro de los colectivos que está sufriendo situaciones difíciles en sus condiciones de vida y trabajo. Limpiadoras, servicio doméstico, pinches de cocina y cajeras son, entre otras, las actividades que las mujeres de edades intermedias, en su mayoría casadas y con bajos niveles de estudios han pasado a ocupar en su precaria incorporación a la actividad. Estas profesiones son el prototipo de la precariedad y del abuso salarial.

1.3.3.-Las segmentaciones del mercado: proliferación de la temporalidad en el empleo

Por lo que se refiere a la proliferación de los contratos temporales y para completar las indicaciones ya expuestas anteriormente, en las que

analizábamos la progresiva implantación de un modelo de empleo caracterizado por la inestabilidad y la flexibilidad laboral, nos centraremos ahora en algunos aspectos más concretos de su aplicación en nuestro país y en su incidencia por edades y sexo.

A partir de 1985, comienza a crecer el número de contratos temporales tras su resolutiva reforma y regulación en el Estatuto de los Trabajadores en 1984. La reforma se utilizó como instrumento para facilitar la flexibilidad de la mano de obra y, a la vez, fue presentada como medida de fomento del empleo y se concretó en una enorme diversificación de las formas de contratación cuya característica es la limitación temporal del periodo de empleo: contratos temporales de formación, de prácticas, de relevo, a tiempo parcial, y más recientemente, de aprendizaje integran una amplia gama de situaciones contractuales que modifica fundamentalmente las relaciones laborales en nuestro país (Poveda y Santos, 1998). La evolución ha sido muy rápida. En 1987, el 15,6% de los trabajadores lo hacían con contratos temporales; en 1992, este porcentaje se elevaba al 33,5%. Hoy, a quince años de la primera reforma en 1984, la cantidad de trabajadores temporales se ha estabilizado en torno al 32%. Sucesivas reformas del mercado de trabajo —en 1993 y 1997— han conseguido pocos resultados en su propósito de reducir la inestabilidad laboral. Al contrario, han extendido nuevas formas de contratación —el trabajo a tiempo parcial y las empresas de trabajo temporal—, abaratando el coste del despido y haciendo poco por conseguir la estabilidad de los trabajadores. «Ahora la flexibilización se traduce, como señala Andrés Bilbao, en inseguridad para el trabajador. Este ya no tiene control sobre su puesto de trabajo y las expectativas futuras se le presentan inciertas. Paralelamente, para la gerencia, esto permite una mayor seguridad y certeza en el cálculo de los costes frente a las fluctuaciones del mercado» (Bilbao, 1999:311).

La estrategia empresarial flexibilizadora ha ido acompañada de una ideología que presenta como necesidad técnica de flexibilidad lo que no es sino opción política —conflicto de intereses entre trabajo y capital—, acompañada por un

incondicional apoyo administrativo. La legitimación ideológica entre los propios afectados se ha conseguido introduciendo una nueva mentalidad meritocrática, «empresarialista», disciplinada por el miedo y la inseguridad.

En cuanto a la situación de los jóvenes -los más afectados por la temporalidad-, el Informe de Juventud (1996) contabiliza un 41% de los jóvenes ocupados entre 25-29 años que han tenido, al menos, tres empleos diferentes. Estas jóvenes biografías, plagadas de breves experiencias laborales, contrastan, contundentemente, con las carreras profesionales menos dispersas de la generación anterior y confirman las evoluciones que adelantamos en los párrafos anteriores: apenas iniciada su biografía laboral, esta se asemeja más a un listado de actividades discontinuas y erráticas que a un currículum continuo y coherente. La misma fuente revela que sólo uno de cada cuatro jóvenes trabaja de forma indefinida.

La cuestión es más preocupante aún si tenemos en cuenta que la duración de estos contratos temporales es cada vez más corta. En 1993, el 53% de los contratos temporales no superaba los seis meses de duración, esta cifra se elevaba al 66% en 1998. El ejemplo de los contratos de aprendizaje y de prácticas es revelador de esta circunstancia. Estas efímeras fórmulas contractuales, reservadas a los jóvenes, baten el récord de brevedad. El 88% de los 184.577 contratos de aprendizaje firmados en 1996 no superaron los seis meses. Si tenemos en cuenta que la duración legal de estos contratos no puede ser menor de seis meses, no hay que discurrir mucho sobre el uso que se está haciendo de ellos: mano de obra barata y flexible. No es extraño que, a este ritmo, el número de experiencias laborales por parte de los jóvenes se multiplique, lo que es más cuestionable es si son realmente útiles para ellos.

El tipo de argumentos que se utilizan en la descripción de la situación de los jóvenes puede aplicarse también a las mujeres. En 2000, contaban con un 35% de empleos temporales, mientras que los varones alcanzaban un 30%. Las situaciones diferenciales y de desigualdad en el empleo son, en estos casos, evidentes. Los contratos a tiempo parcial, cuyo desarrollo ha sido en la segunda mitad de los noventa uno de los pilares de la estrategia

flexibilizadora, afectan mayoritariamente a las mujeres y han sido presentados por la administración como la plataforma que permitiría el acceso de éstas al mercado de trabajo. El modelo de trabajo a tiempo parcial en España no responde, como parece ser la tendencia en otros países, a un deseo voluntario de trabajar menos horas. Nos encontramos frente a un modelo de trabajo parcial «forzado»: destinado a jóvenes y mujeres «cónyuges» que no encuentran otro tipo de ocupación. Para una minoría puede suponer una forma de compatibilizar trabajo y familia, pero para la mayoría de las mujeres es una forma más de flexibilización, muy ligada a la situación de elevado desempleo, que obliga a aceptar cualquier trabajo, y a encajar la enésima práctica flexibilizadora proveniente de los empresarios.

Los datos de que disponemos permiten poner en tela de juicio muchas de las afirmaciones a favor de este tipo de contratos. Por ejemplo, en contra de lo que se ha pretendido «vender» aparentemente por parte de los artífices de los contratos a tiempo parcial, los datos no demuestran esa pregonada compatibilización entre el trabajo y la vida familiar-maternidad. El perfil de la trabajadora a tiempo parcial es el de una mujer, mayor de 30 años, casada, con hijos mayores de 6 años, bajo nivel de estudios y que trabaja en servicio doméstico, comercio y hostelería. Sectores que por sus horarios, precisamente, permiten poca compatibilidad con las tareas reproductivas familiares. En España, más que una alternativa a la organización de las biografías laborales femeninas, el trabajo a tiempo parcial es una forma de reincorporación flexible al empleo de mujeres con niveles de estudio bajos que está ampliando las diferencias salariales y agudizando la discriminación sexual.

Los efectos de todas estas modalidades contractuales temporales no son neutros. Algunos analizan su relación con el descenso de los contratos indefinidos (Fernández, Garrido y Toharia, 1991; Toharia, 1998) y con sus efectos de sustitución de empleo fijo. Este tipo de ocupación estable ha descendido en los últimos años de la década pasada y los nuevos puestos de trabajo tienen, mayoritariamente, la forma de la temporalidad. En la

actualidad, y en concreto en algunas zonas y sectores, el porcentaje de trabajadores temporales sobre el total es tan elevado que las llamadas formas atípicas de contratación son realmente hegemónicas. Los trabajadores 'fijos' se reducen tendencialmente.

En un reciente estudio elaborado para la OCDE, institución para la que la flexibilidad es la meta de cualquier mercado de trabajo, C. Claire (1999) señala cómo España se ha convertido en el país con un porcentaje mayor de ocupados cuya antigüedad en el empleo es inferior a 12 meses —un 35% de los asalariados—. Paralelamente, el estudio señala cómo los trabajadores españoles son los que tienen una más alta percepción de inseguridad laboral: un elevadísimo 80% expresa dudas sobre la posibilidades de conservar su empleo. Además de la inseguridad, el uso habitual de contratos laborales precarios sitúa a los empleados en una posición particularmente desaventajada en lo que concierne al acceso a la información, esepreciado bien. La inserción en las redes humanas y en los circuitos de información de la empresa se torna problemática y este tipo de empleo flexible se revela poco susceptible de facilitar a los trabajadores la acumulación de experiencia y de saberes.

Uno de los argumentos más reiterados para plantear la discusión sobre la precariedad ha sido la de verificar el grado en que los contratos temporales se convierten en fijos. En este sentido, Algunas comparaciones internacionales coinciden en afirmar que la transición de empleos temporales a permanentes se dificulta en periodos de paro elevado (Infor MISEP, 1994). En España, esta idea se verifica con nitidez: «La situación de los trabajadores que tenían un contrato temporal en el IVº trimestre de 1988 era la siguiente un año después: el 57,4% seguían teniendo el mismo tipo de contrato, el 17,8% lo tenían indefinido, el 15,2% se hallaban en situación de paro y el 9,8% restante se hallaban inactivos, haciendo el servicio militar o eran inclasificables. Lo cual quiere decir que mayoritariamente la situación de precariedad ligada a los contratos temporales tiende a reproducirse (un año después casi tres cuartas partes —exactamente el 72,6%— de los temporales

siguen siendo temporales o están en paro y no es aventurado sostener que para un porcentaje de asalariados, que no conocemos con exactitud, la situación de precariedad termina por convertirse en una condición social.» (Prieto, 1994: 74-75).

La socialización profesional de los jóvenes avanza hacia un modelo de gran flexibilidad en el empleo, con la ampliación de la incertidumbre que esto supone: «El incremento de la flexibilidad en el empleo no es meramente una modalidad técnica de éste, sino que tiende a manifestarse como inseguridad en el empleo. Mucha gente ya sólo consigue un empleo precario, al menos durante mucho tiempo –si son jóvenes, durante bastantes años al inicio de su inserción laboral–, lo cual tiene efectos determinantes sobre su formación y su carrera profesional así como sobre su concepción del trabajo y sobre el significado del mismo en su futuro» (Miguélez, 1995: 78).

Los nuevos escenarios de nuestras sociedades fragmentadas, segregadas, informacionales están poniendo de relieve auténticas rupturas entre las clases sociales cuyas consecuencias –individualismo, parálisis social, populismo, racismo social y económico, entre otras– son de gran trascendencia y cada vez más relacionadas con la crónica laboral de la precariedad informacional: las ETT como mercaderes de trabajo, la altísima rotación en los empleos, el trabajo a tiempo parcial no deseado, la disponibilidad exclusiva, los turnos invivibles, el despotismo y autoritarismo creciente de los superiores jerárquicos, la extensión del número de trabajadores de «bajos salarios», el subempleo, la proliferación de situaciones de inserción inestables como las prácticas laborales no pagadas, meritorios, pasantías, contratos de formación, pequeñas becas o subvenciones, «callejones sin salida» de lo laboral. Todo ello amenaza a un número cada vez mayor de trabajadores. Una pauta de inestabilidad laboral se asienta apoyada en la febril creación de empleo precario.

I.3.4.-La nueva cuestión social: desempleo y crisis de la sociedad salarial

El desempleo contemporáneo se ha convertido en una de las consecuencias más preocupantes de la transformación que han sufrido los mecanismos de

funcionamiento del mercado de trabajo que estamos analizando. La fuerte selectividad de éste y la penuria de empleos provocada por la menor demanda de mano de obra en el aparato productivo han originado el colapso de la idea de pleno empleo que se había desplegado durante el periodo anterior a la crisis. El desempleo actual es estructural y muy abundante, afecta a cuotas importantes de la población activa y aunque puede afectar a cualquiera, golpea, sobre todo, a los jóvenes, a las mujeres, a los mayores de 45 años y a quienes cuentan con niveles educativos más bajos.

A continuación, con el propósito de enmarcar el paro en el análisis contextual del mercado de trabajo describiremos algunos aspectos relacionados con su perfil sociodemográfico y, posteriormente, trataremos el tipo de problemas sociales que genera y los grandes debates que ha despertado. En este apartado, abordaremos estas cuestiones con brevedad pues serán objeto de tratamiento más detallado en diferentes capítulos de esta tesis.

Rasgos sociodemográficos del desempleo actual

Una nueva economía del tiempo de trabajo aparece tras la quiebra del modelo productivo fordista y uno de sus rasgos más notorios es la presencia perenne y selectiva del paro en estos últimos treinta años. La «Sociedad del Trabajo» se está viendo asediada por lo que ya algunos llaman la «sociedad de pleno desempleo» y el perfil de parado que correspondió a la última fase de la primera no se corresponde con las nuevas imágenes del paro que la segunda nos está mostrando.

Las categorías han variado en estos últimos años, definiéndose nuevos colectivos como los mayores de 45 años y la vulnerabilidad de cara al paro ha crecido en ciertos estratos de la población activa –sobre todo entre los niveles de estudio bajos y en algunos grupos de mujeres y en los jóvenes—. Como podemos ver, la identidad de los parados ha variado: del paro unidimensional de los obreros del fordismo se ha pasado a la multidimensionalidad de nuestros días. El desempleo actual es abundante, desigual y segregador, no afecta a todos por igual y se pueden identificar situaciones de mayor gravedad e incidencia. Los datos estadísticos sobre el

número de desempleados son muy perecederos y fluctuantes. En las dos últimas décadas han tenido una marcada tendencia ascendente, con un momento de descenso entre 1986 y 1991. A partir de ese momento, se reemprende el aumento y se alcanzan en 1994 los niveles más elevados. Desde 1998 se ha comenzado a producir un importante descenso relacionado con el periodo de crecimiento económico que viven en la actualidad las economías occidentales. La reducción del número total de parados ha beneficiado a todos los grupos de edad y el bienio 1999-2000 ha visto descensos inéditos en las dos décadas anteriores, rebajándose la tasa de paro hasta el 14%. Este hecho ha favorecido sobre todo a los jóvenes y, en concreto, a los jóvenes varones, estos han visto cómo su participación en la composición del paro descendía más que en ningún otro colectivo. Pese a todo, los jóvenes entre 16-29 años continúan manteniendo tasas de paro elevadas que rondan el 30% y todavía un 40% del total de parados jóvenes lo son de larga duración. Además, contrariando la difundida igualdad entre los sexos, las distancias entre los y las jóvenes siguen manteniéndose fuertes: las mujeres, con una tasa del 20% ven cómo su situación no mejora tanto como en el caso de los varones y las diferencias entre las tasas de paro de ambos está por encima de los 10 puntos porcentuales.

Además de las desigualdades expuestas, el desempleo contemporáneo se caracteriza por su duración y por su recurrencia. El paro de larga duración – más de doce meses– y el paro recurrente –secuencias de paro-empleo provocadas por la expansión de los contratos temporales– afectan a un mayor número de personas y ratifican el carácter estructural y persistente del paro en las sociedades occidentales. La duración media del desempleo no ha dejado de aumentar en todos los países del ámbito occidental desde el comienzo de los años setenta. Sus aumentos han seguido el ciclo económico, pero el paro de larga duración reacciona con lentitud y, al crearse colas de parados difíciles de absorber por el sistema productivo, está alcanzando cierta autonomía respecto al ciclo económico y consolidándose como un problema con características propias. En España, la proporción de parados de larga duración es elevada, prácticamente un 40% de los parados se hallan en

esta situación y los colectivos más afectados coinciden con los mencionados anteriormente. Además de los jóvenes, los parados mayores de 45 años y las mujeres de edades intermedias son quienes más afectados se ven por este tipo de desempleo prolongado. Cada uno de estos grupos tiene una gama de problemas diferente: los jóvenes presentan un paro de inserción – dificultades en ingreso en el empleo–; los mayores de 45 años un paro de exclusión –dificultades de retorno al empleo– y, finalmente, las mujeres un paro de segregación –su situación familiar las hace «menos empleables»–. En 1999-2000, se ha reducido mucho el número de parados jóvenes, con esta mejoría, los grupos más desfavorecidos en el reparto del nuevo paro son los parados mayores y las mujeres de edades intermedias. En el camino hacia una sociedad informacional, se consolida un colectivo excedentario constituido por los mayores de 45 años que ronda el 10% del total del paro. Los problemas de formación y de adaptabilidad a la nueva economía convierten a este grupo en uno de los candidatos a engrosar el paro de exclusión de la nueva sociedad informacional. La preferencia por los jóvenes, más flexibles, se hace notar en el afianzamiento de este paro «maduro».

Por otra parte, las mujeres de edades intermedias representan el lado más sombrío de la evolución del desempleo de larga duración. Su evolución ascendente ha ido restando protagonismo a los jóvenes y su presencia se ha multiplicado por cuatro desde 1987. La gravedad del problema se incrementa si consideramos la variable nivel de estudios, pues las mujeres de estas edades sin estudios o con estudios primarios alcanzan tasas que rondan el 45%, duplicando a los varones.

Dos últimas observaciones permiten cerrar este breve recorrido por las áreas más desfavorecidas del desempleo. En primer lugar, parece consolidarse la tendencia ya mencionada a un desempleo compuesto por personas provenientes de las ocupaciones más descualificadas: más de la mitad de los parados proceden de las ocupaciones menos cualificadas de los servicios y de diversos tipos de peonaje. En segundo lugar, la mayor duración en la búsqueda de empleo dificulta cada vez más el retorno al empleo. Los parados

de larga duración tienen cuatro veces menos probabilidades de acceder a la ocupación que los parados más recientes. No hay duda de que el desempleo prolongado se encuentra en un lugar destacado en el desguce de la exclusión profesional.

En cuanto a la otra importante característica del desempleo: la recurrencia en el paro, cabe decir que la actual dinámica de proliferación de contratos temporales cada vez de menor duración produce más problemas de los que arregla. El de mayor alcance es la aparición del paro recurrente, que somete a la persona afectada a una sucesión de secuencias de empleo-desempleo, con el inconveniente de que no es menospreciable la posibilidad de que dicha secuencia se interrumpa en el momento de paro. Algunas investigaciones han puesto ya de manifiesto esta circunstancia: las posibilidades de ingresar en el paro de larga duración aumentan cuando aumenta el grado de inestabilidad de los contratos precedentes. Asimismo, cuanto mayor ha sido la precariedad del primer empleo más grande es la probabilidad de sufrir un periodo de desempleo prolongado en periodos de crisis (Pottier, Vinay, 1992). En España, el número de parados de larga duración que provienen de un empleo temporal ha crecido de forma vertiginosa. Con el actual periodo de crecimiento económico, las formas de ingreso en el paro han variado radicalmente en el curso de los últimos diez años; hoy más del 50% del conjunto de los parados ha tenido anteriormente una experiencia de trabajo temporal. Este porcentaje era sólo del 16% en 1987. El crecimiento de la rotación y la proliferación de los «pequeños contratos» vinculan cada vez más el paro a las dinámicas del empleo. Las secuencias de empleo-paro características del desempleo recurrente se perfilan con intensidad en el mercado de trabajo.

En este sentido, la concepción del desempleo estructural que ha hegemonizado las interpretaciones de este problema en los últimos veinte años está, en parte, cambiando. La evolución actual haría pensar que transitamos hacia un modelo de paro en el que se combinará, por una parte, un componente friccional, que afectará a un número elevado de personas

trabadas en la dinámica de la recurrencia paro-empleo. Por otra parte, persistirá un núcleo duro del paro compuesto por los damnificados de la nueva economía: parados en las franjas de edad avanzada, grupos de mujeres de mediana edad excedentes de los servicios y colectivos descualificados y excluidos tecnológicos y de otro tipo. Las tendencias están en marcha y aún puede ser precipitado asegurar que el modelo de desempleo ha abandonado parte de su carácter masivo y estructural, pero algunos síntomas confirman el avance de este modelo de «paro sostenible» -en disminución y restringido a colectivos específicos.

Los grandes debates en torno al paro y la crisis de la sociedad salarial

La Sociología ha visto reforzada su presencia en el estudio del desempleo debido a las conexiones que durante los ochenta se han establecido entre éste y la pobreza. En estos años, más que nunca, la conjunción de la exclusión profesional —el paro— y la exclusión social —la pobreza— ha encontrado estrechas vinculaciones. Este tipo de desempleo de 'exclusión' agrupa a los colectivos que acumulan mayores dificultades: edades avanzadas, menor grado de cualificación, prolongación del periodo de paro, fin de los subsidios. La probabilidad de inserción de estos grupos es mínima en un mercado de trabajo contraído y selectivo. Si la segmentación era un rasgo clave para comprender el funcionamiento del empleo tras la crisis de los setenta, también podría hablarse de segmentación en el seno del paro, un paro de «dos velocidades» en el cual una parte de sus componentes -el núcleo duro del paro- queda en la cuneta de la exclusión.

Las conexiones entre el paro y la pobreza se comprenden bien analizando cuáles son y de dónde provienen los ingresos de los parados. Mientras que la distribución de los ocupados se aproxima a una curva normal, en el caso de los parados y los inactivos muestra una gran asimetría en la que predominan los bajos ingresos. El Panel de Hogares de 1995 indica que más de un 60% de los hogares de desempleados se acumulan en los dos primeros tramos de ingresos, que son los que nutren las situaciones de pobreza. La misma fuente puntualiza que el 45% de los hogares que tienen como persona de referencia

un parado, se hallan por debajo de la línea de pobreza. La severidad de la pobreza se corresponde con la actual severidad del paro y con la predominancia del desempleo de larga duración.

Esta circunstancia hace que los subsidios se agoten y empeoren progresivamente las condiciones de vida, abriéndose una espiral de progresiva asistencialización que la siguiente cita relata perfectamente: «Se consolida, por tanto, un círculo vicioso que iniciándose en las mismas entrañas del sistema productivo o, más concretamente, en su incapacidad para generar empleo suficiente, termina desembocando en la reproducción ampliada de procesos de empobrecimiento. Hasta el punto de poder hablar de la emergencia de un efecto-tobogán de claro riesgo social, que propicia el paso sucesivo desde situaciones de inestabilidad en el empleo al paro de larga duración, para ceder paso a la pérdida de protección contributiva y el posterior agotamiento del subsidio asistencial, quedando únicamente el recurso a programas asistenciales muy limitados y con un claro carácter estigmatizador, como son los programas regionales de rentas mínimas» (EDIS, 1998: 533).

Como esta cita deja ver, la mayor parte de mecanismos de acción social dedicados al tratamiento de la exclusión no han abordado con profundidad la gravedad del problema, sino que lo han arrinconado y convertido en una mera cuestión técnica. En ausencia de un planteamiento político acerca del paro y la exclusión, han primado las medidas de «entretenimiento» de los parados, basadas en gastar poco dinero, en mantener el máximo de paz social, en asistencializar a estos colectivos y en diseñar medidas específicas para su manejo y control.

Las manifestaciones de la exclusión, que hoy se perciben en los barrios de la periferia o en los centros urbanos degradados, no son más que el primer síntoma de un extenso espacio de vulnerabilidad económica creado por los nuevos procesos de modernización en curso. A pesar de la evidencia de la exclusión, un análisis más penetrante nos conduce a pensar en la dificultad de «trazar una frontera clara entre «integrados» y «excluidos», debido a que

los procesos de marginación se alimentan permanentemente por la difusión de una vasta zona diferenciada y graduada de precariedad económica, que se extiende desde el asalariado estable a los puntos más extremos de la precariedad. [...] El paro no es otra cosa que el signo más visible de la desestructuración del mercado de trabajo: alrededor y en articulación estrecha con el paro se ha desarrollado una vasta zona de precariedad y vulnerabilidad con más de 4 millones de empleos —o de cursillistas— de status precario y/o a tiempo parcial. Estos status juegan un papel más importante en términos de flujos que en términos de stocks, se han convertido en la nueva norma de contratación y alimentan la precariedad y el paro recurrente.» (Bouffartigue, 1993: 119-120).

La aparición de estas nuevas franjas de vulnerabilidad es uno de los temas de mayor interés entre los sociólogos que analizan los actuales cambios laborales. La consolidación de estos problemas ha abierto un debate en torno a la crisis del trabajo como mecanismo de integración social (Alonso, 1999). Los interrogantes pueden ser planteados de la siguiente forma: ¿se hallan en crisis el trabajo y la lógica salarial a la hora de garantizar la inserción social? ¿estamos entrando en una «sociedad postsalarial», en la cual el trabajo está dejando de ocupar un lugar central en el imaginario colectivo (Perret, 1994)? Los datos sobre el paro, la exclusión profesional, las identidades precarias o la nueva pobreza ponen en cuestión el mecanismo del empleo como estructurador de la sociedad. Si el acceso a la economía y al sistema de relaciones sociales está mediatizado por el trabajo asalariado: ¿qué ocurre cuando su falta afecta cada vez a un mayor número de personas?

Las respuestas a estos interrogantes enfatizan los intensos cambios sociales que será preciso afrontar para resolver esta crisis de ajuste entre la esfera económica y la social. La economía anuncia, a través del paro, la precariedad y la exclusión, que ya no puede funcionar con las normas que habían caracterizado a la «Sociedad del Trabajo» en los decenios posteriores a la IIª Guerra Mundial. El pleno empleo, pilar básico del modelo, ha afianzado la idea de que sólo a través del empleo asalariado uno puede afirmar su posición

y su participación social. Claus Offe refrenda así estas opiniones: «el paro no es un «problema» sino una situación con visos de fatalidad. El paro no es un problema porque el pleno empleo no es una solución realista y, por tanto, algo que pueda responsablemente fijarse como objetivo. De nada sirve cubrir esta situación dolorosa y fuera de control con capas de pomada todo lo gruesas que se quiera de la retórica socialdemócrata sobre el pleno empleo. Tendremos que hacernos cargo a largo plazo de una situación en la que una gran parte de los ciudadanos adultos de ambos sexos no va a encontrar acomodo y fuentes de ingreso en relaciones laborales «normales».» (Offe, 1994: 69).

Las voces más autorizadas han comenzado a reflexionar sobre las repercusiones de las transformaciones descritas y se han propuesto medidas orientadas a combatir esta moderna «cuestión social» en que se ha convertido el paro. Entre las políticas de empleo que han tenido una gran presencia estos últimos veinte años, las más tradicionales tienen que ver con potenciar la formación profesional y las subvenciones a las nuevas contrataciones, pero las propuestas más innovadoras consideran necesario añadir a las anteriores intervenciones otras más decididas, como podrían ser: la reducción de la jornada y el reparto del tiempo de trabajo; las diversas versiones de salario social—el salario, así no estaría ligado a un empleo sino a la condición de ciudadanía—; por último, otras propuestas más prospectivas indican las posibilidades de ampliar la esfera del trabajo más allá del empleo asalariado y crear espacios desmercantilizados y no lucrativos de trabajo, que cubran necesidades sociales no del todo atendidas por el mercado, y con retribuciones mixtas entre el Estado y el mercado, algunos hablan de la «revolución del nuevo terciario» como yacimiento de nuevas formas de empleo y trabajo. En otros capítulos de esta tesis dedicaremos breves apartados al papel de las políticas de empleo en la actual gestión del paro.

III. Paro y trabajo en la sociedad contemporánea. Debates sobre el fin del trabajo

II.- Paro y trabajo en la sociedad contemporánea. El debate sobre el fin del trabajo y la crisis del empleo

Si el tiempo parece aniquilarse, es porque el trabajo es el soporte, si no el principio de la mayoría de los intereses, las expectativas, exigencias, esperanzas e inversiones en el presente (y en el futuro o el pasado que este implica), en suma uno de los fundamentos mayores de la illusio como compromiso en el juego de la vida.

Pierre Bourdieu, prefacio a *Los parados de Marienthal* (1981)

Hemos visto que la década de los ochenta y el ascenso tendencial de las tasas de paro desde entonces han abierto en el ámbito de las ciencias sociales una discusión muy frecuentada por los principales autores de este campo: se trata del debate sobre el “fin del trabajo”, o como mínimo, la “crisis del trabajo”. En estos últimos años, cualquier especialista en el mundo laboral que se preciase se ha visto obligado a dar su veredicto sobre esta crisis; a vaticinar, a pronosticar o, al menos, a opinar sobre la cuestión. Programas televisivos, artículos periodísticos, números monográficos de revistas más o menos especializadas, jornadas, seminarios, coloquios, temarios de universidad, congresos... todos estos foros han acabado construyendo un fenómeno de una magnitud importante. El “fin del trabajo” se ha convertido en un evento de alto impacto en los medios de comunicación: implica a casi todas las audiencias; se consume fácilmente en cualquiera de sus versiones, de las más alarmistas a las más razonables; obtiene un eco que amplifica y perenniza la discusión; aporta conclusiones ambivalentes, que pueden ser utilizadas, potencialmente, por cualquier tendencia; y satisface a todo el mundo: desde el esforzado trabajador, que confía en que el “fin del trabajo” le libere de la condena cotidiana de las ocho horas, hasta el parado desesperado, que ve como llega el fin de su búsqueda; pasando por los jóvenes, que acceden al empleo y encuentran, de repente, esta “innovadora” situación del trabajo que cambia. Tal vez los menos entusiastas puedan ser los que están a punto de jubilarse, para ellos la crisis ha llegado tal vez un poco

tarde vista su ardua biografía laboral y, también, para las mujeres, para quienes la crisis llega justo cuando comenzaban a incorporarse al mercado de trabajo.

Además, el “fin del trabajo” es, inicialmente, una idea seductora para casi todas las opciones políticas, que ajustan el tema a la horma de sus propuestas: entre otros propósitos, el “fin del trabajo” se ha usado para meter miedo; para promover un modelo de trabajador en estado de alerta sobre su cualificación y su preparación idónea para el trabajo cambiante; para despertar conductas innovadoras en una sociedad del post-trabajo; para disculpar el cierre de empresas; para quitar peso y justificar el desempleo; para ensalzar e iluminar otras grandes esferas de la realidad social -ocio, consumo, etc.-, que vienen a sustituir al envejecido trabajo; pero, sobre todo, se ha usado como cortina de humo para alejar la atención de los cambios reales que se están dando en la cuestión laboral y que son los que deberían discutirse.

Por otra parte, la palabra crisis es, en ciencias sociales, un recurso muy socorrido: da lustre a un argumento y autoridad a quien lo expone. Si repasásemos la literatura encontraríamos crisis en todas las áreas de conocimiento de las ciencias sociales y también en las subáreas: crisis en la educación, en la familia, en la política, etc. Por ello, si no aclaramos, mínimamente, de qué crisis se trata, la fuerza de esta palabra se desvirtúa por su uso abusivo y alarmista. ¿Qué significa la crisis del trabajo de la que estamos hablando? ¿qué relaciones e implicaciones tiene respecto a nuestro objeto de investigación: el paro? A lo largo de este capítulo, podremos perfilar mejor sus contornos, en estas líneas introductorias cabe sólo resaltar las muchas cautelas, matices y dimensiones con los que hay que contar para no caer en exageraciones o distorsiones. Entre las cautelas, conviene mencionar que la dinámica histórica desaconseja hacer un uso demasiado absoluto de la palabra crisis, como si tras ese momento ya no fuera a ocurrir nada más. Al contrario, generalmente los bloqueos que la crisis trae consigo perfeccionan a la larga el sistema, pues, debido a ella, “la energía bloqueada

es motor de su reforma” (Ibáñez, 1979). En este sentido, concretando en la dinámica histórica del capitalismo, las sucesivas revoluciones industriales -y sus correspondientes crisis- han supuesto siempre momentos de aceleración en los cambios a los que está sujeta una relación social como es el trabajo. Los avances en el proceso de salarización; la progresión de la estabilidad laboral, los cambios tecnológicos, entre otros, han abierto, a lo largo de la industrialización, sucesivas “crisis del trabajo” que, evidentemente, no han acabado con él, sino más bien han reforzado su lugar en la sociedad. Hoy nos hallamos en uno de estos momentos de agudización de cambios.

Son muchos los argumentos que desautorizarían a los partidarios más fanáticos de la crisis del trabajo, entre otros, el oportunismo. De la crisis del trabajo se ha comenzado a hablar solo a raíz de la crisis del paro. Así, paradójicamente, la importancia del trabajo y el empleo se ve bien cuando faltan. Quienes no tienen empleo conocen bien la importancia de no poder participar en este poderoso proceso social central que es el trabajo. Por mucho ocio que se venda, el trabajo continúa siendo esencial en la identidad de la gente y en la organización de la sociedad. El volumen de personas que han de preocuparse de las actividades de producción sigue siendo esencial para el funcionamiento social. Aunque los cambios técnicos y organizativos puedan modificar el volumen de trabajo, nunca podrán procurar el sustento de una comunidad sin la presencia principal del trabajo humano.

La supuesta crisis del trabajo es, probablemente, una crisis del conjunto de dimensiones -técnicas, organizativas, sociales y culturales- que articulaban un periodo de estabilidad como ha sido el del modelo fordista, por otra parte, incompleto y no tan prolongadamente glorioso e incuestionado incluso en su fase de expansión. Paul Bouffartigue se ha inclinado por definir la situación laboral actual como una “crisis multiforme del régimen salarial”, de forma que, debido a las transformaciones en curso, “esta categoría ha agotado sus capacidades de delimitar, definir, representar y enmarcar las realidades contemporáneas de la producción y la reproducción, incluso ha agotado sus capacidades de integración social” (Bouffartigue, 1997: 22). En esta crisis,

Bouffartigue identifica seis dimensiones que guiarían un análisis a fondo del trabajo en crisis: el desempleo, la precariedad, la persistencia de malas condiciones de trabajo, la crisis de su sentido, los aprietos del movimiento obrero y las necesidades de renovación en el conocimiento teórico sobre el trabajo y su definición científica. Todas estas dimensiones componen un buen programa de investigación sobre la actual realidad laboral, que intentaremos desarrollar en este apartado y que ya se han esbozado en el capítulo anterior.

Christophe Dejours (1998) insiste en la importancia actual del trabajo. La crisis consiste fundamentalmente en restar visibilidad al trabajo, pero el papel de regulador social de éste no queda menguado de fuerzas sino que cambia e incluso se fortalece. Dejours resta validez a los argumentos sobre el fin del trabajo, argumentando que el trabajo está siendo sometido a un proceso de ocultación: la deslocalización productiva, la internacionalización, la subcontratación y el trabajo negro resultan ser algunos de los mecanismos por los que el trabajo sale de la escena visible para ocultarse a los prismas convencionales de análisis y catalogación. Son precisos nuevos instrumentos de análisis que hagan emerger al trabajo de esta especie de latencia oculta que está sustrayendo e impidiendo su estudio. De hecho, su reaparición como proceso central tiene hoy claros síntomas que comienzan a percibirse en toda su extensión. Éstos se expresan tanto en lo que se refiere a la ejecución directa del trabajo mercantil -al que acecha una amplia y progresiva intensificación-, como en el desplazamiento de tareas y esfuerzos a esferas anexas al trabajo, como son la formación, la actualización de cualificaciones, el aprendizaje de las nuevas herramientas de trabajo y conocimiento, la realización de gestiones, etc. Esta segunda gama de actividades es cada vez más ineludible y exigida para la realización del trabajo asalariado.

La discusión que estamos presenciando sobre el fin del trabajo es fruto de una insuficiencia conceptual y lo más positivo de ella es que nos permitirá discutir acerca de la definición de trabajo para así poder analizar mejor sus nuevos perfiles y las implicaciones que traen consigo sus cambios.

II.1.- El debate sobre el “fin del trabajo” en la Sociología del trabajo

En la discusión sobre el “fin del trabajo” han participado un buen número de destacados sociólogos interesados por desentrañar los actuales cambios en mundo laboral. Este apartado recogerá las visiones de estos autores con el propósito de avanzar en el objetivo de estos capítulos iniciales, dedicados a la conceptualización y a la revisión de las bases teóricas sobre el paro.

El hecho de que uno de los *leitmotiv* de esta polémica sobre el “fin del trabajo” sea el paro y su crecimiento en los dos últimos decenios, resulta ser una invitación para tratar detenidamente el contenido y las líneas que animan este debate. Hay que adelantar que, si bien es rico en aportaciones e ilustraciones desde diferentes perspectivas, este debate concreto no ha contribuido mucho a un avance sistemático de las explicaciones de las grandes dinámicas sociohistóricas que explicarían la emergencia del desempleo y más concretamente el de larga duración. Esta discusión ha involucrado a filósofos, historiadores y sociólogos enmarañados en sus respectivas definiciones e interpretaciones sobre qué es trabajo; hasta qué punto está en crisis; cuál es el trabajo que ha desaparecido y qué implicaciones sociales tienen estas tendencias.

Además de por el paro, el debate ha sido avivado por todas las grandes transformaciones laborales a partir de los ochenta. La extensión del neoliberalismo en el contexto de una sociedad postkeynesiana, donde las relaciones laborales se desestabilizan; la reestructuración productiva y de los mercados de trabajo, con el consiguiente replanteamiento del valor del trabajo y la decadencia de las identidades obreras, han cambiado el escenario de las relaciones capital-trabajo y han contribuido a abrir y mantener el debate.

En 1984, Claus Offe publicó un artículo que se convertiría en un referente central a la hora de analizar en caliente los cambios que el trabajo como valor estaba sufriendo en los procesos de reestructuración iniciados a finales de los setenta. En el artículo *¿Es el trabajo una categoría sociológica clave?* Offe recorría el lugar que el trabajo había ocupado en las grandes teorías

sociológicas del XIX. En él se ve cómo Marx, Weber, Durkheim recurren al trabajo como principio vertebrador de la estabilidad del orden social ya que permite entrar en una relación de intercambio con la naturaleza que genera la supervivencia de los miembros del grupo. “La Sociedad del Trabajo”, que emerge de la modernidad industrial, aúna los diferentes enfoques de los tres autores clásicos citados. En esta sociedad, se verifican tres tendencias que conformarán la naciente sociedad industrial:

- El trabajo y su personificación en el tipo social obrero -el trabajador libre- se convierte en un agente estructurador de primer orden en la vida social: separación de esferas doméstica/productiva; apertura de relaciones (conflictivas) entre propiedad/trabajo, etc.
- La organización y la división del trabajo, las relaciones salariales-mercantiles y las jerarquías ocupacionales se convierten en criterios de ordenación de la sociedad industrial.
- La racionalidad técnica y la racionalidad económica pasan a regir el proceso de trabajo y el proceso de valorización del capital y a determinar los comportamientos de los diferentes actores.

Offe considera que el hecho social del trabajo asalariado pasó a tener en el XIX una enorme “capacidad global de determinación macrosociológica” y es esta capacidad la que, según él, se ha tornado cuestionable en la actualidad. Los elementos anteriores -las relaciones de trabajo, la organización de la producción, la relación salarial- están perdiendo fuerza a la hora de influir sobre la estructura de las sociedades actuales. Para probar esta afirmación, Offe ofrece algunas evidencias recogidas de la observación de las más recientes realidades laborales. En primer lugar, el hecho de trabajar define cada vez peor las identidades de los individuos, es cada vez menos “informativo de la definición personal”. La diferenciación de las retribuciones salariales erosiona la identidad homogénea de trabajador y resta propiedades unificadoras al trabajo. Algunos recientes procesos ahondan la crisis del trabajo como medio de agregación social y de clase: la segmentación del mercado de trabajo; el fortalecimiento de zonas laborales que escapan de la esfera del trabajo

asalariado clásico -el trabajo negro, a domicilio, ilegal-; la extensión de categorías intermedias en la organización jerárquica del trabajo y de grupos intermedios de autoridad en la empresa y, finalmente, el crecimiento de la “sociedad postindustrial de servicios” traen consigo una importante fisura respecto a la prestación laboral en la producción y en los servicios.

La crítica del concepto de trabajo alcanza tonos más sociológicos en Offe cuando aborda el lugar del trabajo en la identidad biográfica de los trabajadores: “el intento de construir globalmente el contexto de vida a partir de la esfera del trabajo como una unidad subjetiva dotada plenamente de sentido resultaría cada vez más vano a causa también de la estructura temporal del trabajo y de la biografía laboral”: el oficio pierde anclaje con la extensión de la formación, el trabajo ocupa progresivamente menor tiempo en la vida de la gente y el tiempo libre se ensancha. Todos estos nuevos elementos deberían, según Offe, “hacer del trabajo un problema “junto a otros” y relativizar su función de punto de orientación para la constitución de identidades personales y sociales” (Offe, 1992: 39). Como vemos, Offe plantea un auténtico programa de investigación que tendrá continuidad en una copiosa oleada de publicaciones sobre las diferentes dimensiones abiertas en su artículo precursor. Ralph Dahrendorf, Alain Touraine, André Gorz y otros importantes sociólogos especialistas en la cuestión laboral expusieron en esos primeros años ochenta sus posturas en torno al debate inicial sobre la crisis del trabajo, consolidando una discusión que aún hoy no se ha cerrado.

En un reciente artículo, Enrique de la Garza (2000) ha revisado y sistematizado las grandes áreas que ha ido recogiendo e incorporando este debate sobre el “fin del trabajo”. De la Garza especifica cuatro grandes argumentos contruidos a lo largo de estos últimos quince años por diferentes líneas de investigación en Sociología del trabajo. Estas cuatro tesis trazarían un mapa de las explicaciones acerca de la discutida tesis del trabajo que hipoteca su futuro y dibuja un panorama incierto. En cada una de ellas existen posturas extremas, que se toman al pie de la letra el lema “el fin del trabajo” y otras posturas más matizadas, que señalan fisuras en la estructura

del trabajo en este fin de siglo. Dado que la mayor parte de autores relevantes han participado de una u otra forma en la discusión sobre el fin del trabajo y que el tema resulta ineludible sea cual sea la procedencia teórica de los implicados en el debate, utilizaremos esta clasificación de De la Garza para repasar las principales aportaciones en el campo de la teoría social sobre el trabajo y el paro. La discusión está estrechamente relacionada con el tema objeto de nuestra investigación -el desempleo-, esto justifica, aún más, el detenerse en las contribuciones teóricas de los autores que a continuación trataremos.

De la Garza resume los argumentos sobre el fin del trabajo en cuatro tesis. La primera podríamos resumirla como la del declive del mundo industrial y recoge toda la serie de cambios laborales y productivos acaecidos en estos últimos veinte años. La segunda es la tesis del fin de la centralidad del trabajo y de las identidades culturales obreras y aglutina toda la gama de aspectos culturales y de cambios en la esfera de los valores. La tercera tesis es la devaluación del trabajo como medio de producción de valor y recoge los argumentos más ceñidos a las transformaciones económicas y financieras más recientes. Por último, la cuarta tesis es la del desmoronamiento político de los actores representantes de los intereses obreros, en ella se desarrollan los aspectos más puramente políticos de la crisis del trabajo.

Estas tesis cartografían bien el campo de la discusión actual en torno al trabajo y al paro. En cada una de ellas, existen posturas contrapuestas. Podríamos encontrar, incluso, posiciones que negarían el enunciado de alguna de las tesis de partida, pero, en general, pueden servir, como ya hemos adelantado, para ordenar las aportaciones más relevantes en el terreno de la Sociología del trabajo. Si desarrollamos cada una de ellas podemos encuadrar mejor dichas aportaciones y a sus autores y rastrear las grandes cuestiones actuales en torno al trabajo y al paro.

II.1.1.- El declive del mundo industrial: cambios laborales y productivos

En uno de sus polos más extremos, los defensores acérrimos de la tesis del final de la era industrial delinearían un panorama de cambios tan profundos

que resultaría difícil reconocer el viejo orden industrial al que estamos acostumbrados. Los cambios se producen en el terreno de la actividad económica, con un desplazamiento acelerado de la población ocupada de los sectores primario y secundario al terciario. El ascenso de este último sector traería consigo mutaciones a gran escala en las sociedades avanzadas, que se traducirían en una nueva estructura ocupacional, dominada por los técnicos y los profesionales altamente cualificados y con nuevas identidades y estilos de vida. Las alteraciones en la estructura profesional en el sector servicios, han llevado a algunos autores a hablar de "hiperterciarización": "La estructura del empleo en los servicios es diferente y mucho más heterogénea que en el ámbito fabril. No sólo incluye un amplio grupo de trabajadores de despachos y servicios, una porción cada vez más amplia de trabajadores por cuenta propia e independientes en pequeña escala (algunos de ellos profesionales o empresarios de rentas elevadas; otros con ingresos relativamente bajos, como los tenderos y los vendedores callejeros, los taxistas independientes y los dedicados a tareas de reparación), sino también un número creciente de trabajadores no calificados con rentas muy bajas y falta de estabilidad o seguridad en el empleo." (Mingione, 1993: 119). Las transformaciones referidas en la industria y los servicios obligan a revisar las bases actuales de la definición de trabajo asalariado.

Estos cambios en la actividad económica incidirían en el mercado de trabajo con la aparición de los empleos flexibles muy cotizados en el sector terciario y con el deterioro de la estabilidad de la fuerza de trabajo, propia del antiguo régimen industrial fordista. Un contingente importante de la población, sesgado además por edad, sexo y procedencia étnica, encuentra empleo en un mercado de trabajo periférico y esto hace crecer la heterogeneidad del conjunto de la población ocupada. Salarios, condiciones de trabajo, posibilidades de promoción desagregan al segmentado colectivo de los trabajadores y repercuten en la configuración de diferentes valores, actitudes y representaciones hacia un trabajo con nuevas pautas de temporalidad.

La precarización del trabajo y las dinámicas centrífugas de la descentralización industrial lindan con otra tendencia que también contribuye a disgregar los cimientos del trabajo formal: el trabajo sumergido y la informalización económica succionan de la superficie partes de los procesos de trabajo que antes se realizaban en contextos formales. Los falsos autónomos o la creciente irregularidad laboral minan el modelo de normalidad laboral predominante hasta la década de los setenta. Finalmente, el paro - que se eleva tendencialmente durante los últimos treinta años-, avanza en paralelo a los anteriores procesos y acaba por crear una nueva fragmentación en la población activa y una atmósfera de crisis e incapacidad del trabajo como institución fundamental de integración social.

No cabe duda de que los cambios que hemos señalado impactan en la estructura laboral, fluidifican el trabajo y provocan exclusión profesional. En resumen, no dejan las cosas igual. No obstante, hay que ser muy cauteloso a la hora de anunciar el fin del trabajo, pues, cuando analizamos datos concretos, numerosos indicadores contrarían cualquier obituario apresurado del mundo laboral: crece la población asalariada; crece el trabajo de las mujeres -para ellas el fin del trabajo es una afirmación con poco sentido-; crece la población asalariada en los países no occidentales; los departamentos de recursos humanos redescubren el insustituible papel del trabajador. La crisis del modelo de producción fordista y del modelo de empleo estable en que se apoyó no tiene necesariamente por qué significar el fin del trabajo. Todos estos procesos expresan una dinámica que lleva implícito el cambio y la crisis en el empleo, pero es más que discutible que supongan el fin del trabajo. Continuaremos profundizando en páginas sucesivas sobre las encrucijadas de la crisis del trabajo.

II.1.2.-El fin de la centralidad del valor trabajo: cambios culturales

Esta segunda tesis resalta los cambios socioculturales sufridos en el trabajo. La centralidad de éste como valor en sí mismo tiene un arraigo fundamental en la ética del trabajo que se desarrolla desde los orígenes de la industrialización. Este *ethos* burgués vincula el trabajo con el deber moral,

que asienta la libertad y la responsabilidad individual y permite encontrar un lugar en la escala social. La cultura burguesa penetra fuertemente en la estructura cultural de la clase obrera. A los valores del trabajo bien hecho y de la ritualización cotidiana del mundo -la celebración de la armonía hombre/naturaleza/divinidad, que regulan y limitan las necesidades vitales- se le une la ética burguesa del trabajo, dando lugar a una moral que eleva al "hombre trabajador" -productivo- al máximo grado de bondad social. La ética del trabajo constituye una de las elaboraciones principales creadas por la burguesía para imponer su proyecto económico-laboral. En la batalla por imponer el control y la disciplina industrial, la ética del trabajo se convierte en el arma secreta de la emergente burguesía industrial para conseguir la sujeción y dominación de los trabajadores. Desde entonces, el esfuerzo como valor en sí mismo, la interiorización de mejorar la posición social o el dinero como criterio de medida, todos ellos rasgos típicos de la ética burguesa del trabajo, se afianzan en los grupos obreros a lo largo del despliegue de la "sociedad del trabajo".

La permanencia de esta imagen parece cuestionarse desde la década de los setenta. La posmodernidad y los valores postmaterialistas (Inglehart, 1991) extienden también su influencia en el terreno de la moral y de las identidades culturales. En el contexto de cambios y de crisis laboral de los setenta, el trabajo como valor no pierde completamente su significación, pero entra en un proceso de reinterpretación que trae consigo nuevas concepciones culturales. Si la ética del trabajo corresponde a la sociedad industrial: ¿qué tipo de identidades culturales se están produciendo en este tránsito hacia la sociedad postindustrial? Siguiendo a los partidarios del postindustrialismo la respuesta sería: la expansión y la expresión personal, la valoración instrumental del trabajo, la valoración del tiempo libre y de otras esferas de la vida, estos serían algunos de los rasgos de la nueva configuración cultural postmaterialista.

Los teóricos de la posmodernidad cultural y de la postmodernidad industrial usaron muchos de los argumentos anteriores para señalar el declive de las

identidades laborales industriales, sustituidas por una nueva clase de técnicos, donde el conflicto laboral mostraba otras tonalidades diferentes al conflicto clásico capital/trabajo. Asimismo, la diversificación de la estructura ocupacional introducía estratos ocupacionales intermedios que apaciguaban el conflicto social al promover la promoción social y dilatar las rígidas fronteras ocupacionales del industrialismo clásico. Independientemente de su tradición teórica -desde el neomarxismo a la nueva derecha-, diversos autores transmiten el advenimiento de una nueva época en la que los cambios predominarían sobre la tradición: “así Amitai Etzioni habla de “era postmoderna”, George Lichtheim de la “sociedad postburguesa”, Herman Khan de la “sociedad posteconómica”, Murray Bookchin de la “sociedad de la postescasez”, Keneth Boulding de la “sociedad postcivilizada” y Daniel Bell simplemente de la “sociedad postindustrial”. Otros, colocando el acento de una forma más precisa, han hablado de la “sociedad del conocimiento” (Peter Drucker), de la sociedad de los servicios personales (Paul Halmos), de la “sociedad clasista de servicios” (Ralph Dahrendorf) o de la era tecnocrática (Zbigniew Brzezinski). En conjunto, estas etiquetas nos indican aspectos del pasado que han desaparecido o están desapareciendo” (Frankel, 1989: 11). Esta cita ilustra bien el uso y el abuso del convincente y persuasivo prefijo post, usado a menudo para intentar demostrar a toda costa la existencia de un nuevo periodo que conlleva una ruptura, por lo general drástica, con el pasado. Casi todas ellas datan curiosamente de los sesenta y, desde la prognosis social, parecen ofrecer como algo indiscutible un cambio de era en lo social (y particularmente en lo laboral). “La nueva clase obrera” de Serge Mallet, o la sociedad postindustrial de Alain Touraine serían las versiones más estrictamente laborales.

En tono crítico hacia los discursos postmodernos, Luis Enrique Alonso ha precisado cómo la posmodernidad “tiene una especial incidencia en el debilitamiento del lugar social del trabajo como un espacio regulado por garantías y derechos universalistas contruidos fuera del relativismo moral y del azar existencial de los intercambios mercantiles. En este proceso estamos

conociendo la destrucción de los conceptos contextuales que creaban la misma idea de trabajo en la modernidad madura.” (Alonso, 2000: 193).

También desde una perspectiva crítica, Zygmunt Bauman (1999) ha estudiado el contraste de valores entre la modernidad y los nuevos aires posmodernos. La dimensión distintiva que él subraya es la del consumo. De una “sociedad de productores”, estamos transitando a una “sociedad de consumidores”. A la ética del trabajo de la modernidad, le sucede, como nuevo mecanismo de control añadido, el consumo. El paraíso de las mercancías esperando en las estanterías. La presunta libertad de consumir se torna con facilidad en tiranía del consumidor, -el consumo se convierte en una dulce obligación- “esa obligación internalizada, esa imposibilidad de vivir la propia vida de cualquier otra forma posible, se presenta como un libre ejercicio de voluntad” (ibid, 47). Además, el aquí y ahora del consumo choca con la ética duradera del trabajo. El trabajo bien hecho a lo largo de la carrera, la lenta acumulación del ahorro se interpretan como una pérdida de oportunidades en la nueva ética del disfrute. Desde esta perspectiva, los cambios en las identidades laborales son intensos y la idea de carrera laboral sufre alteraciones muy relevantes en el tránsito del XX al XXI.

Un buen ejemplo de análisis de estos cambios se encuentra en el atractivo ensayo de Richard Sennett (2000) sobre las repercusiones en el trabajo del nuevo capitalismo flexible. *La corrosión del carácter* está plagado de referencias a las trayectorias laborales, a las relaciones generacionales, al papel de los jóvenes en el mundo laboral y a sus cambios en las representaciones del trabajo. La tesis central es que la nueva economía y la ideología de la flexibilidad están disolviendo el concepto de “carrera lineal”, típico de la vieja economía, e imponiendo un mundo laboral y social regido por la incertidumbre en el trabajo. Las relaciones entre generaciones están marcadas por la “crisis del valor de la experiencia”: las trayectorias de los padres están dejando de ser una guía para el presente laboral de los hijos. Sennett hace un diagnóstico en el cual la ética del trabajo está sufriendo las

sacudidas de un modelo económico donde “es absurdo trabajar largo y duro para un empresario que sólo piensa en liquidar el negocio y mudarse”.

No puede negarse que la tendencia a la reducción del tiempo de trabajo, el aumento del tiempo libre, del consumo, el “aburguesamiento” de la clase obrera y las metas de realización personal, dentro o fuera del trabajo han alterado las constantes culturales de la industrialización. Sin embargo, son muchos los que se preguntan hasta dónde penetra dicha transformación. Las hipótesis del postmaterialismo contienen grandes ambigüedades y no son un buen instrumento de medida para analizar los cambios actuales. Junto a los nuevos valores posmodernos de la flexibilidad y la autonomía, aparecen con fuerza los viejos valores de la seguridad y del salario. Incluso para los jóvenes, a quienes se considera protagonistas de la revolución en curso de los valores, el trabajo continúa teniendo una importancia trascendental en la mayor parte de los sondeos: se sitúa por debajo de la familia, pero por encima del amor o la sexualidad y otros valores hedonistas. El paro sigue suponiendo una preocupación central para los jóvenes y, desde luego, para la mayoría de ellos la seguridad en el trabajo está por encima de la realización personal. Estas observaciones no invitan a pensar en una desaparición del valor trabajo como lugar central. Sin embargo, y aunque lo anterior parece fuera de dudas, sobre todo en el caso de los jóvenes se observa a la vez un crecimiento paulatino del trabajo como fuente de realización personal y como ámbito de importancia compartido con otras esferas de la vida. ¿Cabría hablar de un paso del trabajo como valor central a un trabajo policentrado o descentrado?

II.1.3.-La devaluación del trabajo como medio de producción de valor: transformaciones económicas y financieras más recientes

La idea central de esta dimensión es que el capital financiero triunfa porque es indisociable de un proceso acelerado de mercantilización de las relaciones sociales y económicas. El mercado impone la racionalidad económica como única ley y su extensión alcanza cada vez más esferas de la realidad social. La idea de que esta racionalidad es el mecanismo privilegiado para generar eficacia y para crear valor monetario impera hoy en la economía y se expande

a todos los campos, incluido el mundo productivo. Los mercados financieros capitanean actualmente esta ofensiva general de mercantilización de la vida, representan la cara más explícita de la valorización monetaria, puro instrumento de creación de beneficios a través de la circulación inmaterial de flujos de capital. Esta lógica de funcionamiento se ha cargado hoy de legitimidad y es refrendada y fortalecida por numerosas prácticas sociales donde cada vez más se expresa la racionalidad económica: la importancia del dinero, los ingresos, el consumo mercantil. El mercado y los flujos de dinero, se identifican en nuestras sociedades informacionales con la libertad y la autonomía personal.

En esta vorágine especulativa y financiera, el mundo socioproductivo está perdiendo espacio. La racionalidad social —pensar el sentido de nuestros actos en términos de «rentabilidad» social y no en términos de rentabilidad económica o monetaria— está siendo invadida a pasos agigantados por la ya mencionada racionalidad económica. El mundo socioproductivo pierde autonomía en todos aquellos aspectos que se rigen por lógicas no gobernadas por el mercado: el derecho del trabajo, la negociación colectiva, los sistemas de cualificación, la carrera laboral, las condiciones de trabajo, todas ellas son afectadas por nuevas reglas de la rentabilidad, donde las expectativas de beneficios son el criterio central y los consejos de administración de las empresas toman decisiones guiados únicamente por las expectativas de los inversores. Algunos autores (Mongin, 2000) indican que estamos transitando de un capitalismo de empresa a un capitalismo de las finanzas. El primero basado en la inmovilización de un capital físico que no se revaloriza a corto plazo y el segundo fundado sobre la liquidez y la flexibilidad en la creación de plusvalías en el más corto plazo, es decir en la rentabilidad financiera y en la creación de valor mediante el juego de la especulación en los mercados de valores. El criterio de atenuar los riesgos no inmovilizando capitales se está imponiendo pues genera mayor rentabilidad y certidumbre de beneficios que la lógica de un capital inmovilizado en una empresa. La efervescencia de los mercados financieros es la prueba y esto trastoca los fundamentos de las

economías industrializadas y de la racionalidad de la empresa industrial tal y como se habían conformado en el fordismo.

Hay que tener en cuenta que, en gran medida, los movimientos de capitales son especulativos –se calcula que un 90% de las transacciones son operaciones especulativas con poca relación con la economía productiva– y esto está provocando una escisión muy acusada entre la lógica financiera y la economía «real», productiva: «el mundo de la liquidez, comenta André Orlean, es un mundo artificial, regulado por las convenciones. La liquidez instituye una temporalidad y formas de evaluación que rompen con el tiempo productivo y con las normas de la gestión de las empresas.» (Orlean, 1999). El peligro de las crisis financieras se acrecienta y con ello los riesgos de crisis económicas profundas, pues son cada vez menos las empresas productivas las que dirigen el funcionamiento de la economía y cada vez más son las agencias de información financiera las que dictaminan dónde hay que invertir y los grandes bancos centrales los que manejan los precios de las divisas y dirigen las decisiones del inversor.

El volumen de las transacciones realizadas es enorme. Manuel Castells ha calculado el valor de mercado de las operaciones realizadas en los mercados financieros mundiales, a los que él denomina 'el Autómata'. En 1997, los valores intercambiados alcanzaban la suma de 360 billones de dólares (casi 70.000 billones de pesetas, lo que equivale a 700 veces el PIB español). Como comenta Castells (2001) tal vez este cálculo no sea especialmente útil, «pero sí ofrece una imagen llena de fuerza». Sin duda lo es: saber que los intercambios financieros equivalen a doce veces el Producto Interior Bruto mundial, es decir doce veces la magnitud utilizada para medir la riqueza producida en el globo, es indicativo del lugar ocupado hoy por las finanzas en la economía.

Además hay que tener en cuenta que estas transacciones están acumuladas en pocas manos y los beneficios generados por la dinámica financiera se concentran extraordinariamente. Vicenç Navarro (2000) aporta cifras relativas a Estados Unidos. El 1,6% de las familias más ricas acumula el 48,1%

de todas las acciones que cotizan en Bolsa. Este dato nos alerta sobre la enorme concentración de la riqueza y nos hace tomar cautelas respecto a la creencia de que lo que se viene llamando «capitalismo popular», un término que sugiere una amplia participación de los ciudadanos en las operaciones financieras. Según Navarro, esta creencia es «profundamente errónea», pues aunque no son pocos los que «juegan» en las bolsas de valores —un 48% de las familias—, lo hacen en cantidades tan reducidas que sería exagerado utilizar el adjetivo «popular» para describir tal capitalismo financiero.

Con objeto de integrar las dinámicas que estamos analizando en el marco sociohistórico, conviene señalar que la actual espiral financiera especulativa coincide con los cambios en las regulaciones financieras que se producen a principios de los años setenta. Estos cambios aparecen a raíz de la liquidación del sistema financiero de Bretton Woods (1944), que había organizado el marco financiero y monetario durante todo el periodo fordista. Su desmantelamiento en los inicios de la década de los setenta elimina la mayor parte de las regulaciones sobre los mercados de capital y provoca una enorme liberalización de las transacciones financieras, que conducen, directamente, a la actual hegemonía de las finanzas en la economía mundial.

Las reglas que se fijaron en Bretton Woods pretendían favorecer el desarrollo económico y reducir los excesos financieros frecuentes en el periodo de entreguerras. El marco de regulación de los capitales que allí se estableció implicaba un peso muy importante de lo político en el control de las finanzas y un marco de instituciones internacionales -como son el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial-, que reglamentan los movimientos de capital. La regulación de éstos posibilitaba a los gobiernos la planificación de políticas monetarias y fiscales, mantener el pleno empleo y desarrollar programas sociales sin temor a la fuga de capitales. Los especialistas coinciden en afirmar que en Bretton Woods el compromiso de las potencias aliadas sienta las bases para un periodo de estabilidad monetaria que se prolongará hasta 1971, momento en el cual comienzan a quebrarse las bases del sistema monetario mundial.

La ruptura, en esas fechas, con los principios de Bretton Woods por parte de Estados Unidos, secundado después por las principales potencias, genera un aumento de las tasas de interés como resultado de los cambios en su política monetaria. Los altos intereses elevan las expectativas de beneficios de las transacciones y operaciones financieras. La desregulación y liberalización financiera, que acompañan a las dinámicas anteriores, abren paso a un incremento del peso de lo financiero en la economía y a la entrada de los fondos privados en busca de una alta rentabilidad. Los mercados de capital comienzan a mandar y la regulación pública decae netamente.

El auge de las finanzas, de la compra de divisas, acciones, obligaciones, bonos se convierte en una de las formas más rápidas de hacer beneficios a partir de la década de los ochenta. Algunos han hablado de un *Big Bang* de los mercados financieros para referirse a la auténtica revolución que viven las finanzas a partir de esas fechas (Godechot, Hassoun y Muniesa, 2000; Castells, 2001). En ese momento, la confluencia de los mencionados procesos de desregulación y liberalización, junto con la introducción de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación y con los avances de la matemática financiera han impulsado la cotización electrónica continua, la ampliación de los horarios de operaciones, la recomposición profesional de los agentes de bolsa y la emergencia de lo que Godechot, Hassoun y Muniesa han llamado la «Bolsa Casino».

Los nuevos productos financieros que se desarrollan desde ese momento atraen la atención de los capitales ante el enorme potencial de beneficios que las nuevas finanzas prometen. La economía se escora hacia lo financiero y en las bolsas mundiales los movimientos especulativos se imponen sobre las inversiones reales, que hasta ese momento habían prevalecido. La búsqueda de plusvalías más elevadas genera una enorme volatilidad e inestabilidad económica que afecta a los más débiles y favorece fundamentalmente a los grandes inversores. La deuda externa de los países pobres y el colapso monetario que produce es una de las manifestaciones más brutales de las dinámicas financieras globales a partir de los ochenta. Pero no es la única, la

elite del poder financiero ha acumulado en estos últimos años un poder inmenso que le sirve para ejercer sus efectos disciplinarios sobre cualquier intervención que pueda ir en contra de sus intereses: entorpece las iniciativas y los programas sociales con el pretexto de que los gastos sociales son un lastre para la rentabilidad y la competitividad; impone su dominio en el campo de los derechos laborales, frenando cualquier mejora salarial o de las condiciones de trabajo que puedan resultar un coste; convierte en actores secundarios a las empresas productivas y a los trabajadores. La dictadura de los mercados financieros impone y extiende su lógica en todas las esferas de la economía y la sociedad y, por supuesto, en el trabajo y el empleo.

II.1.4.-El desmoronamiento político de los intereses obreros: aspectos políticos de la crisis del trabajo

En torno a los años setenta, se vive el momento culminante de la 'sociedad salarial'. La mayor parte de los segmentos que componían las clases trabajadoras mejoran en sus situaciones vitales y de trabajo hasta alcanzar niveles inéditos en la historia de la industrialización. La familia obrera se asienta en una estabilidad creciente. A partir de ese momento, una serie de dinámicas de crisis, con intensos matices paradójicos, han puesto en cuestión la "herencia obrera". Nunca antes se había contado con unas condiciones de vida tan positivas, conseguidas por el esfuerzo colectivo de organización de un grupo social que había alcanzado una identidad y homogeneidad claramente reconocibles. La clase obrera como sujeto histórico había conseguido materializarse como sujeto social y asentar una posición de mejora de las condiciones de vida. Esta trayectoria se detiene desde finales de los setenta, y un movimiento de desestructuración económica, política y simbólica afecta su reproducción como clase y se cierne sobre el movimiento obrero organizado.

Los síntomas en que se concreta esta dinámica son numerosos: el paro masivo y estructural, que sobreviene en los setenta y que, en su primera etapa, tiene visos de catástrofe social; la reestructuración productiva y la desaparición o disminución de ramas emblemáticas de la identidad obrera (minería,

siderometalurgia, astilleros); las transformaciones del trabajo obrero provocadas por las nuevas tecnologías y por las nuevas formas de organización del trabajo. Todas ellas han provocado una crisis en los oficios obreros tradicionales, una pérdida de valor de sus conocimientos y saberes y un agudo empeoramiento socioeconómico en algunas de las franjas más representativas del colectivo obrero, que etiquetadas como de baja cualificación se debaten entre el paro, los malos trabajos o la dependencia de los subsidios estatales. En la misma línea, quiebran sus valores y sus construcciones culturales.

La tradición obrera en crisis ha sido analizada a fondo mediante los análisis de sobre el *habitus* (Bourdieu 1988, 1993); sobre las dinámicas entre los procesos de dominación y la construcción de la clase obrera como agente (Grignon y Passeron, 1992); sobre la cultura obrera (Verret, 1996) o sobre la "invisibilidad del grupo obrero" (Beaud y Pialoux, 1999). La fuerza de trabajo como esfuerzo físico, los valores de virilidad, que eran centrales en la cultura del taller y de forma más general en la definición de la identidad masculina tradicional en los barrios populares, se devalúan con el discurso sobre las tecnologías y el supuesto fin del trabajo manual.

A la vez que las estadísticas de empleo evidenciaban cómo la población ocupada en la industria descendía tendencialmente a partir de los ochenta en casi todos los países industrializados, la crisis de los sindicatos confirmaba el descrédito sociopolítico de los lemas obreros: explotación, lucha de clases, clase obrera (Boltanski y Chiapello, 2002). Las formas de oposición y de hacer política obrera no cambian únicamente de imagen. En ocasiones, los propios partidos socialistas de origen obrero se encargan de gestionar la reestructuración industrial que expulsa del mundo del trabajo a un número elevado de trabajadores. Las ideas de cooperación, ayuda mutua o solidaridad se enmohecen o desaparecen barridas por el individualismo posesivo, por la seducción consumista de la mercancía y por un mercado de trabajo segmentado y 'dividido' (Gordon, Edwards y Reich, 1986). No solo el campo político muestra signos de crisis, los medios de comunicación idean un nuevo *look* para los obreros, que ahora de peones pasan a llamarse operadores,

monitores o especialistas de mantenimiento. Los despidos son maquillados por el eufemismo de un lenguaje políticamente correcto: planes de ajuste, recortes de personal, recolocaciones, la fábrica ya no es fábrica, es “empresa”; los patronos son “emprendedores” y la huelga es, como mucho, un conflicto colectivo. Los bancos son “entidades financieras y el capitalismo, como apostilla Eduardo Galeano (1998), “luce el nombre artístico de economía de mercado”.

El espíritu de adaptación, la iniciativa, la responsabilidad, la participación son los nuevos rasgos de la cualificación y las competencias en el trabajo. El esfuerzo se mide no por la fuerza y el rendimiento, sino por la dedicación y la disponibilidad de los recursos humanos. La autoridad de los jefes parece haber sido sustituida por la ley de la oferta y la demanda, el mercado y los clientes. Lejos queda el obrerismo de finales de los sesenta y el “rechazo al trabajo”. La cultura de empresa se impone al ritmo del éxito del empresario y es frecuentemente interiorizada por los trabajadores, hasta el punto de que se extiende la idea entre los obreros de ser empresa, de compartir y perseguir los mismos objetivos que la organización. El acento se pone sobre la comunidad de intereses entre asalariados, dirigentes y accionistas y sobre la comunidad de valores compartidos -responsabilidad, eficacia, mejora continua, actitud positiva ante el trabajo y calidad-. La empresa ha de ser competitiva y los trabajadores han de ser ricos en capital humano e igualmente competitivos. También entre ellos han de jugar estas relaciones de competitividad. Jean Pierre Le Goff (1999) ha llamado a estas nuevas formas de dirección y organización de empresas el “*management* paradójico”: la dirección otorga autonomía y cada asalariado está situado frente a una situación contradictoria, se le dice que es autónomo, pero al mismo tiempo debe cumplir con los objetivos de producción; es libre de decidir, pero al mismo tiempo sabe que no puede decidir otra cosa que cumplir con dichos objetivos: no tiene elección. Se le dice que se autoevalúe, pero para ello se le aplican procedimientos y herramientas sofisticadas, ideadas por los especialistas de la empresa. La noción misma de “contrato por objetivos” parece dejar al trabajador un margen de libertad que en realidad solo se

queda en el nombre. La utopía de esta nueva filosofía de la organización “debe permitir a los empleados pensar y obrar como si fueran empresarios autónomos. Asalariados, “autónomos” de cualquier referencia y de cualquier protección del derecho de trabajo, que se identifican con la dirección y deciden, ellos mismos y con toda “transparencia”, su propio despido: ¿no es esta la imagen perfecta de la autoservidumbre?”. (Le Goff, 1999: 21).

Esta devaluación política, económica y laboral amenaza la continuidad del grupo obrero. Los hijos de los trabajadores han accedido en buen número a recorridos educativos largos, que han provocado una ruptura con su filiación de clase y un rechazo masivo de la fábrica y del trabajo manual. La condición de ser obrero industrial -vivienda hasta hace poco como sinónimo de prosperidad-, es hoy vivienda como un fracaso. Sin embargo, a pesar de la prolongación de los estudios, el camino no es fácil para los jóvenes de origen obrero: la inflación de los títulos, la elección de especialidades menos acreditadas desestructura también, a través del paro y la precariedad, a la juventud de origen obrero, que muchas veces debe retornar, aceptar y perpetuarse en los malos empleos de los que habían pensado desprenderse para siempre. La inflexión biográfica no ha sido para muchos jóvenes más que una promesa frustrada.

El destino de la clase obrera no parece presagiar grandes gestas, la mayoría de los autores coinciden en los cambios que se acaban de exponer. Si en el diagnóstico hay acuerdo, en el pronóstico y tratamiento se observan posturas diferentes, que responden al grado de optimismo que se deposite sobre las organizaciones sindicales o en otros movimientos ciudadanos y a la confianza en remedios para los colectivos más afectados por las dinámicas de crisis - como puede ser la formación, la recualificación u otras políticas sociales-.

No falta incluso quien se felicita, en mayor o menor grado, por haberse alcanzado esta especie de extinción de la sufrida condición obrera y por entrar en un mundo de clases medias y de necesidades satisfechas. William Bridges (1995), consultor de empresa en Estados Unidos, representaría bien, en el campo del trabajo, las posturas más condescendientes con el nuevo

capitalismo, la nueva economía, el individualismo liberal y el fin del trabajo asalariado. Bridges prefigura un mundo, ya en marcha, en el que cada uno tomará las riendas de su propia carrera individual y negociará en los mejores términos su capacidad de trabajo con las empresas, sin someterse a ellas. Para él, la era de la empresa "postsalarial" está llegando y, junto a ella, la del nuevo trabajador independiente. El régimen salarial es un artificio histórico que ha dejado de ser útil. La pregunta que cabe hacerse es cómo beneficiará a la hasta hoy asalariada clase trabajadora esta mágica "desalarización" que Bridges preconiza.

Otros especialistas ofrecen una visión más matizada partiendo de que el nuevo modelo de trabajo flexible impulsado por los cambios tecnológicos puede restablecer y generar relaciones positivas entre el trabajo y la sociedad en el siglo que comienza. En concreto, el análisis de Martin Carnoy y Manuel Castells (1996) esboza un programa de reconstrucción de lo colectivo en la sociedad de la información, en la que el trabajo ha perdido un espacio que ha de ser completado por otras esferas. En esta sociedad de la "flexibilidad sostenible" que vislumbran Carnoy y Castells, la naturaleza del trabajo ha evolucionado y no es el empleo estable sino el flexible el que constituirá la base de nuestras sociedades. Las estrategias políticas deberían ir encaminadas a incrementar el potencial de empleabilidad de los trabajadores y no la estabilidad laboral. La perspectiva de la nueva sociedad informacional delineada por estos autores señala como prioridad el aprendizaje aplicado al desarrollo de la autonomía, la flexibilidad y la movilidad requerida por el trabajo actual; coloca la escuela en el centro de la reorganización de la vida social, creando redes intergeneracionales; replantea la ciudad, cuidando la sociabilidad en los barrios; preconiza la necesidad de incrementar los gastos estatales para potenciar el aprendizaje y las instituciones responsables: la familia y la escuela; sugiere la creación y potenciación de comunidades virtuales. En cuanto a los sindicatos, tendrán futuro si representan a todos y se muestran más positivos y receptivos hacia los efectos positivos de la aplicación de las nuevas tecnologías.

Desde posturas menos condescendientes con el nuevo capitalismo informacional, progresistas o de inspiración marxista, se aboga por una política que recupere la ciudadanía perdida en el proceso de tránsito hacia un mercado de trabajo fragmentado y excluyente, que ha ido acompañado de un proceso de desmovilización social y de "consolidación de un espacio ampliado de actitudes y conductas que tienden a la negación de las virtudes cívicas, cooperativas y públicas" (Alonso, 2000: 225). La crisis de las reivindicaciones obreras tradicionales y los efectos de la desregulación en la estructura social han hecho que la expresión del conflicto social se desarticule en pequeños movimientos corporativos, antimovimientos sociales, dinámicas populistas y defensivas. El camino para recuperar la ciudadanía pasa, siguiendo a estos enfoques, por un proyecto complejo basado en "reconstruir y regenerar los derechos sociales del trabajo [...] restaurar la solidaridad y la seguridad pública en el ámbito de las políticas democráticas [...] pensar la alteridad negada [...] insistir en la importancia y en la necesidad del reconocimiento del trabajo en la formación de identidades y en la adquisición de titularidades." (Alonso, 2000: 227-231).

II.2.- Visiones de autor en el debate sobre el "fin del trabajo"

¿Cómo han sido analizados todos estos procesos por la Sociología del trabajo?
¿Existe una visión uniforme acerca de ellos entre los diferentes autores?
¿Cuáles son los contrapuntos y los enfoques críticos o alternativos? ¿Es posible reconocer los cambios laborales que se han mencionado sin que ello lleve a decretar el fin del trabajo? Responder a estos interrogantes requeriría un documentado repaso a los principales autores y escuelas que han analizado las evoluciones referidas¹¹. Esta es una tarea que excede el propósito de esta

¹¹ Desde su aproximación filosófica a los temas de trabajo y empleo, Jacques Bidet y Jacques Texier (1995) han realizado una exploración de las posiciones teóricas, escuelas y perspectivas de autor que acompañan la discusión del fin del trabajo. Su rastreo por las ideas que estructuran la discusión sobre la crisis del trabajo expresa bien cómo hay una preocupación en el área de la Sociología y de la Economía del trabajo que promete resultados fructíferos: "Todas las grandes corrientes de pensamiento progresista están hoy día implicadas a diferente escala en la investigación sobre estos temas (sobre la crisis del trabajo): la nueva "teoría de la regulación", el nuevo keynesianismo, el Nuevo Welfare, los "nuevos modelos de socialismo" anglosajones, el "mundo de vida" (en nombre de las perspectivas etnometodológicas y fenomenológicas que analizan las interacciones entre diferentes actores de las relaciones de trabajo –trabajadores sociales, parados, grupos

tesis, que tendría interés no en ofrecer un panorama de las posiciones teóricas sobre los cambios en el trabajo, sino en desentrañar el lugar que ocupa el paro en las aportaciones de diferentes especialistas de la Sociología del trabajo. Por este motivo, seleccionaremos a continuación los autores y las escuelas que más se han distinguido en el análisis de los cambios laborales y productivos vinculados al desempleo y sus consecuencias.

Es difícil discriminar en los diferentes autores el peso concedido a cada una de las tesis y dimensiones que hemos destacado en el apartado anterior: productiva-laboral, cultural, económica, sociopolítica. En muchos de ellos, el alcance y la profundidad de sus análisis les lleva a una mixtura de todas estas esferas en la que se muestra la complejidad y la interconexión que se produce en la realidad. Cabría hacer una clasificación de los autores que aquí se van a tratar por el predominio de una u otra esfera. Algunos priman más un registro económico -analizando los aspectos relacionados con el empleo y el mercado de trabajo-; otros dedican su atención al registro simbólico -la identidad individual y colectiva y, finalmente, otros se detienen en los determinantes del trabajo en la estructura social. Estos registros y sus combinaciones son una de las complicaciones a la hora de exponer las contribuciones de diferentes autores. La falta de precisión terminológica, unida a las dificultades conceptuales sobre la definición de trabajo, empleo, puesto de trabajo, etc. nos invita a utilizar como único criterio -en todo caso, poco indicativo- de ordenación de los siguientes autores el grado de acercamiento de cada uno de ellos a los polos extremos que contiene la discusión sobre el "fin del trabajo": aquellos, diríamos, más apocalípticos, que abogan con más fuerza por cambios 'irreversibles', que desembocarían en el fin de trabajo y aquellos otros, más moderados, que matizan con mayor o menor fuerza el valor de los enfoques anteriores. Recorreremos este espectro comenzando por los autores con un tono más 'milenario'.

II.2.1.- Jeremy Rifkin: los temores del "fin del trabajo" al primer plano de la discusión internacional

profesionales, etc. y las representaciones a que estas dan lugar-), la ecología política, el *general intellect*... (texto entre paréntesis nuestro).

En 1994, Jeremy Rifkin publica en Estados Unidos *The end of work. The decline of the global labor force and the dawn of the post-market era*. En ese momento, Rifkin venía "avalado" por ser el consejero del presidente Clinton y por la publicación anterior de algunas obras que se convirtieron en best-seller del ensayo. La publicación en España en 1996 de *El fin del trabajo* coincide con una gira europea del autor en la cual se reúne con especialistas en la materia y políticos que acuden a compartir las ideas innovadoras de Rifkin. El libro dio en la diana de una Europa afectada fuertemente por el paro y el cambio técnico y se convirtió en un éxito de ventas. El argumento central que se mantiene en el libro es que nos hallamos frente al fin del trabajo debido a los efectos de un cambio tecnológico que devora empleos. Rifkin aporta una avalancha de datos muy heterogéneos, expuestos de forma persuasiva y seguidos por algunas propuestas de solución que consisten en fórmulas de reparto del trabajo y potenciación de la economía social. Este tipo de propuestas se discutían en ese momento en toda Europa, donde existía ya un debate abierto sobre la crisis del trabajo y una abundante y rica literatura. De esta manera, la obra de Rifkin se convierte en un referente privilegiado de la temática.

Inicialmente, el texto capta la atención de los autores europeos dedicados al tema de la crisis del trabajo, aporta una perspectiva alejada de las posturas más convencionales en el análisis económico-laboral, no muy frecuentemente difundida desde los Estados Unidos, y divulga una serie de procesos y terminología propia de ese país. Rifkin entronca con la preocupación generalizada acerca del paro y con los temores sobre una tecnología que despierta fuertes recelos entre la población y también, en parte, entre los expertos por la escasa profundidad de los debates que se han abierto sobre sus efectos. Los apoyos recogidos inicialmente entre autores situados en posiciones de izquierda se van reduciendo conforme se impone una mayor reflexión sobre el libro. El torbellino de ideas de tono apocalíptico se va asentando y el "susto laboral" milenarista se desvanece con el aumento del empleo que trae un nuevo ciclo de crecimiento económico de finales de los noventa y que contrasta con el pesimismo reflejado en su libro. Entonces, una

serie de críticas más reposadas desvelan las debilidades del texto de Rifkin y se interrogan sobre el propósito y el porqué de su éxito “fulminante”. Adelantamos a continuación el contenido de las propuestas de *El fin del trabajo* y exponemos posteriormente las críticas a la obra.

Como ya hemos comentado, Rifkin parte de la idea de que nos encontramos frente a un periodo crítico para el trabajo, en el cual los peligros de su desaparición acechan en forma de nuevas tecnologías que eliminan empleos a una velocidad imparable. Rifkin habla de “sustitución de las mentes” y argumenta cómo en sistemas productivos donde el 75% de los ocupados desarrollan tareas repetitivas, su sustitución por mecanismos automáticos está servida. El trabajo juega un papel subalterno en la era de la “reingeniería” de los procesos productivos. Rifkin dibuja el paisaje de ruina laboral de fin de siglo, donde una creciente productividad y una elevada implantación tecnológica no han ido acompañadas por mejoras a escala global en el trabajo, sino que han provocado descensos salariales, paro y reducción de la fuerza de los sindicatos.

Rifkin realiza un repaso, un tanto superficial y deslavazado, por las diferentes causas que han provocado la crisis que está en el origen del fin del trabajo. La saturación del consumo, la competencia de los países extranjeros, las alzas salariales y el descenso de los beneficios, la gestión empresarial pasada de moda... Todas estas dinámicas fuerzan un replanteamiento de las empresas que pasa, en los países industrializados, por la búsqueda del incremento de la productividad mediante la aplicación de tecnologías de la información y la comunicación. El postfordismo, la “ingeniería simultánea” y el *Just in Time* son ilustrados a través de ejemplos concretos que muestran cómo se invierte el orden industrial y llegamos a un nuevo modelo hipertecnológico, donde los servicios avanzados representan el advenimiento de cambios que inducen al autor a pensar en la desaparición del trabajo. Rifkin presenta, con una mezcla de alarmismo y fascinación, el escenario de la sociedad del fin del trabajo y de la sustitución del trabajo humano por las máquinas: las tecnologías de reconocimiento de voz que permitirán prescindir de las operadoras

telefónicas; la automatización de las llamadas y los cajeros automáticos que afectarán a los trabajadores de los servicios bancarios; los sistemas de reconocimiento de imagen que sustituirán a los clasificadores postales; la "oficina electrónica" que, con el paso del papel al *bit*, perjudicará a recepcionistas y empleados administrativos. Las posibilidades abiertas por el teletrabajo revertirán en ganancias para las empresas comerciales mayoristas, al favorecer una mejor organización de la información, y también para el comercio minorista, al divulgarse el código de barras, los pedidos electrónicos, los sistemas de encargo por pantalla en los restaurantes de comida rápida o la venta a distancia y el envío electrónico. Todo ello reducirá los costes de almacenaje, de transporte, pero qué sucederá, se pregunta Rifkin, con los noventa millones de personas que trabajan en la distribución al por menor en Estados Unidos.

Todas estas tendencias tecnológicas muestran una gran verosimilitud, algunas de ellas son incluso una realidad extendida en el momento que Rifkin las describe. La mayor parte de los datos empleados por él proceden de fuentes documentales muy diversas. Aparentemente resultan convincentes, pero se hace muy poco uso de información que permita, a través de series temporales largas, obtener una continuidad que ratifique sus análisis. Atendiendo a datos posteriores podría, incluso, decirse que el carácter amenazante de algunos de sus pronósticos no se ha concretado en la medida que el autor parecía vaticinar, o al menos no hasta ahora.

Si respecto a su análisis sobre el desempleo tecnológico sus apreciaciones son muy discutibles, sus análisis sobre el mercado de trabajo revelan un repertorio de problemas muy ajustado a las tendencias de la época. Rifkin describe el sombrío destino de los perdedores de la nueva era del post-mercado frente al éxito de algunos grupos minoritarios. Además de los datos sobre desempleo, sondea los referidos a salarios y su tendencia a la reducción durante los años ochenta; baraja también los indicadores sobre la extensión de la flexibilidad a través del crecimiento del trabajo a tiempo parcial y de las empresas de trabajo temporal; e igualmente analiza la precarización de

las condiciones de empleo y de vida de los trabajadores. En este terreno, Rifkin resalta las cada vez mayores constricciones a la hora de aceptar un empleo, las nuevas manifestaciones de los accidentes laborales, las nuevas patologías de stress profesional y las nuevas amenazas de control sobre el trabajo por parte de las tecnologías informáticas. Traspasando las fronteras estrictas del mercado de trabajo, Rifkin establece las relaciones de las tendencias mencionadas sobre la estructura social. Las desigualdades salariales, las remuneraciones exorbitantes de los altos directivos y el declive de la clase media están provocando una ampliación de la polarización social, viviéndose en los segmentos más desfavorecidos una situación de pobreza que parecía ya superada. Los contrastes sociales están, asimismo, llamados a acentuarse debido al crecimiento del trabajo eventual mal pagado.

La obra realiza un recorrido histórico por el trabajo en la América de la cultura de la eficiencia y se interna en otros interesantes debates: los sectores de elite de los trabajadores del conocimiento; la imposibilidad del sueño tecnológico de crear empleo a la medida de las necesidades; el declive del sindicato; la subclase como metáfora de una realidad social común y cada vez más extendida; la exclusión global, propiciada por una tecnología que permite prescindir del trabajador descualificado afroamericano. Las conexiones de la exclusión profesional con el crimen parecen ser también una de las preocupaciones muy ceñidas a la realidad sociolaboral de los Estados Unidos. Sin embargo, no se limita a la situación americana y establece una comparación con las tendencias laborales europeas como puente para abordar la parte más propositiva de su libro. Su muy somero repaso por las circunstancias europeas le sirven para perfilar algunas diferencias con la situación de los Estados Unidos -por ejemplo, la existencia de un paro de larga duración muy numeroso en Europa que contrasta con el escaso nivel americano- pero, en general, concluye que su análisis se confirma en el ámbito europeo. Por lo tanto, las propuestas que aporta para afrontar los problemas ligados al fin del trabajo son traducibles a todo el ámbito de los países occidentales.

Básicamente, Rifkin propone dos vías para reducir los impactos negativos de la tecnología y el desempleo. La primera es la “reingeniería de la semana laboral”, que se concreta en la necesidad de recortar el tiempo de trabajo, cosa que no está sucediendo en la realidad americana, entregada al sobretrabajo y la hiperproductividad. Rifkin presenta un ramillete de opiniones cualificadas - la de la especialista Juliet Schor, la de diversos sindicalistas americanos y las de un elenco de posiciones europeas (predominantemente francesas) realmente no muy representativo, y con anecdóticos errores reiterados, al menos en la edición española, en la transcripción del nombre de alguno de los representantes franceses seleccionados para ilustrar las bondades de la propuesta de la semana laboral de cuatro días ideada por Pierre Larroutourou (Larrouturan, según error de Rifkin p. 264-5). Tal vez este gazapo, junto al parco número de páginas que dedica a la cuestión de la reducción del tiempo de trabajo -15 en total- permita hacerse una idea de que, a pesar del entusiasmo que muestra Rifkin, lo que se supone es una de las soluciones centrales para combatir el desempleo tecnológico no tiene un tratamiento muy sólido en su libro.

La segunda propuesta es potenciar el tercer sector y caminar hacia un nuevo contrato social. Además de los problemas de empleo, la economía de mercado salvaje está creando graves fracturas sociales. Rifkin preconiza una “tercera fuerza”, que surge de la crisis de los modelos del capitalismo de la abundancia y que ha de permitir incorporar las finalidades sociales de la comunidad a la lógica contractual del mercado. También esboza algunas propuestas concretas sobre salarios sociales, destinados a parados y personas con dificultades de rentas, a cambio de su participación en el tercer sector y el trabajo voluntario. Sobre la espinosa cuestión de la financiación de este tipo de medidas, Rifkin despliega una amplia gama de posibilidades que por lo general solo quedan mencionadas, a pesar del interés que en algunos casos podría haber supuesto su desarrollo y discusión: reducción de gastos públicos en burocracias inservibles, limitación y recorte de las subvenciones a empresas por parte del Estado, canalización del IVA al fomento del tercer sector, reducción de gastos de defensa, aplicación de un IVA tecnológico,

igualmente un IVA sobre empresas de ocio y entretenimiento o sobre la publicidad. Estas fuentes de financiación podrían “garantizar un reparto justo y equitativo de las ganancias en productividad derivadas de la tercera revolución industrial.” (Rifkin, 1996: 315).

La obra de Rifkin ha sufrido críticas severas tanto por la forma como por el fondo de sus argumentos. Por abreviar, pueden resumirse en tres tipos. La primera y quizá la más importante, está relacionada con ciertas carencias teóricas y conceptuales que hacen moverse a Rifkin en la ambigüedad y a veces en el equívoco: Rifkin tiende a pasar por alto la distinción entre trabajo y empleo, una distinción que implica una discusión filosófica y sociológica a la que él no parece otorgar mucha importancia y que le lleva al error o a la exageración sobre el fin del trabajo. La definición de trabajo como esfuerzo realizado por la especie humana para cubrir las necesidades -compartida, con matices, por filósofos, historiadores y científicos sociales- se confunde con la de trabajo asalariado. Esto otorga un tono de superficialidad que resta credibilidad al conjunto de la obra. Es difícil argumentar que el trabajo, en el sentido que hemos indicado, se acabará. El trabajo no es un bien escaso, puede repartirse entre todos los miembros de un grupo de múltiples maneras. El cuidado de las relaciones grupales garantiza que siempre hay un sinfín de actividades que realizar, incluso muchas se pueden organizar y planificar en el tiempo de forma casi inagotable.

La segunda está relacionada con la utilización ideológica que se ha hecho de esta discusión sobre el “fin del trabajo” de la que Rifkin se ha hecho portavoz. La inclinación extremadamente fatalista de su diagnóstico transforma en tendencia irreversible e ineluctable lo que puede no ser más que un periodo de crisis o cambio en el empleo. Afirmaciones muy rotundas sobre la cuestión laboral, basadas en el corto plazo, no dan buenos resultados de cara a un análisis prospectivo riguroso. Este tipo de argumentación incurre fácilmente en profecías autocumplidoras que, a costa de repetir que el trabajo está llegando a su fin, acaban por favorecer las visiones ideológicas más interesadas en que el trabajo como relación social, eje del conflicto,

efectivamente, se desvanezca. Una vez desaparecido, ya no hace falta estudiarlo, ni analizarlo. El posmodernismo más plano y aconflitivo sale, voluntaria o involuntariamente, reforzado por estas visiones fatalistas del “fin del trabajo” que cobran cuerpo en las elaboraciones de Rifkin.

La tercera de las críticas, tal vez la más repetida y la más evidente, es la escasa confirmación que está teniendo, en la realidad, la tesis central del efecto destructivo de las nuevas tecnologías sobre el trabajo. Las estadísticas de empleo y las tendencias de externalización de actividades industriales no dan la razón a Rifkin. La creación de empleo se verifica en la mayor parte de países de la OCDE y se mantiene sostenido en este periodo de la llamada “nueva economía”. El trasvase de empleo a otras áreas geográficas es una tendencia en alza, las maquiladoras y todo el conjunto de ZPE (zonas de procesamiento de exportación) son buena prueba de ello, cientos de miles de puestos de trabajo descalificado se han creado en torno a estas zonas francas de producción de artículos que se consumen después en los países ricos. La discusión no sería tanto sobre el fin del trabajo, sino sobre el tipo de empleo que se crea, sobre su provisionalidad, sobre el tipo de profesiones que crecen o disminuyen e incluso desaparecen. De todo ello, sin embargo, no se deriva que el trabajo vaya a extinguirse, sino que nos hallamos frente a un cambio que es necesario pensar y analizar.

Para concluir, es preciso añadir que la figura de Jeremy Rifkin ha sido muy criticada por algunos autores más asentados en el *establishment* académico sociológico. Manuel Castells ha incluido a Rifkin en la denigrante lista negra de *gurús* vendedores de best-sellers sin ningún rigor científico. Sin embargo, no hay que descartar que esta inmisericorde crítica pudiera deberse, tal vez, más a pugnas por el protagonismo en la venta de ‘exclusivas’ sociológicas que por los propios merecimientos negativos de Rifkin. En definitiva, la obra de éste puede contener importantes limitaciones, pero no puede negarse que ha contribuido a poner oportunamente en la palestra y a divulgar con cierta seriedad una preocupación que el triunfalismo de la sociedad de la información silencia a menudo.

II.2.2.- Dominique Méda: ¿la desaparición del trabajo como valor?

Una de las referencias más repetidas en el debate sobre el fin del trabajo es la de la autora francesa Dominique Méda y su obra *El trabajo, un valor en vía de desaparición* (1998). Publicada originalmente en francés en 1995, la obra aporta una visión de la crisis del trabajo desde la filosofía y desde la búsqueda de los orígenes de la actual concepción central del trabajo y de los significados que a éste se le otorgan. El interrogante que Méda se plantea es de tinte filosófico: ¿cuáles son las condiciones que una sociedad debe reunir para inscribirse en el tiempo, perdurar, crear para los individuos un punto de referencia seguro, ser capaz de resistir a las tensiones internas -xenofobia, violencia, desigualdad, individualismo- y externas? Para ella, el trabajo ha sido, la respuesta más frecuente que ha recibido en los dos últimos siglos esta pregunta. En la actualidad, sin embargo, la crisis del trabajo permite replantear el interrogante y dedicar un esfuerzo intelectual a valorar los efectos de esta centralidad del trabajo. No es, por tanto, sobre los argumentos de tipo cuantitativo, más manejados por los sociólogos, sobre los que Méda se apoya, sino sobre el trabajo como valor sociocultural.

A su juicio, el trabajo ha adquirido en nuestra sociedad una importancia desmedida, que ahoga otras esferas y unidimensionaliza la vida de las personas y la empobrece, en todos los sentidos, cuando falta el trabajo. El trabajo está cargado de esencias glorificadoras y épicas -domesticar el mundo, conseguir una sociedad igualitaria- en palabras de Méda está "encantado". Su libro pretende ser una crítica de esta idea. Para ello parte de un análisis histórico demostrando que el trabajo no es algo intrínseco al ser humano, sino que es un producto de la historia reciente; no se halla en otras sociedades y no tiene obligatoriamente por qué ser la base de la organización social en el futuro. Méda aborda una crítica de la economía, en concreto de la capitalista y de ese mecanismo reduccionista que convierte el trabajo en una ley natural y considera como secundarias otras actividades no productivas. En el XVIII, se inventa el Trabajo, con mayúsculas, y en los dos siglos siguientes se va cargando de significados, desde su función como factor de producción

creador de riquezas, hasta el trabajo del final del XIX como fuente de derechos e identidad social, pasando por las versiones ideológicas del trabajo que lo invisten de la capacidad de realización, transformación del mundo y liberación humana. Méda repasa los vínculos de la izquierda con el trabajo y la fijación de energías utópicas en la esfera igualitarista del trabajo.

En definitiva, los interrogantes a los que Méda trata de responder se refieren a si el trabajo es una esencia que ha perdurado a lo largo de los siglos o si su trascendencia proviene de las transformaciones que en el XVIII derivaron hacia la forma de trabajo asalariado y, finalmente, si va a continuar evolucionando hacia otras formas conservando su primacía social. Sobre esto último ella expresa dudas. La obra de Méda ha desatado una discusión algo desordenada debido a ciertos equívocos provocados por los diferentes enfoques y las disciplinas diversas que han participado en el debate. Méda considera que nadie niega que el trabajo pueda desaparecer, pero lo que sí cabe criticar es la exagerada importancia que hoy tiene y que obliga a repensar su lugar aprovechando la crisis de empleo como revelador, y llevar adelante, mediante la crítica un reequilibrado y redefinición de sus funciones.

Esto supone concebir un nuevo modelo de sociedad donde el trabajo comparta protagonismo con otras actividades y deje de ser el único criterio que promueva la integración social y la realización personal. Méda identifica cuatro esferas que podrían sustituir la hegemonía de lo laboral: actividades culturales y de formación personal; actividades de relaciones personales - amistosas familiares y sentimentales-; actividades de participación en la vida política y de compromiso colectivo y, por fin, las actividades productivas. Esta redistribución de la energía social en diferentes esferas haría desaparecer de nuestras sociedades esa dualización creciente que opone a quienes se ocupan de actividades productivas y a los que no; a quienes participan en la política y en la cultura y a los que no. En trabajos posteriores, Méda ha criticado las posiciones de aquellos que se empeñan en defender el trabajo asalariado (a la Rifkin) a toda costa e idean formas de todo tipo para evitar su declive, estas posturas están cautivas de la ideología del trabajo como valor central, pues le

conceden fuerza en vez de restársela, como sería lo ideal. No hay que temer la pérdida de importancia del trabajo, hay que provocarla.

Méda hace hincapié en que la crisis que vivimos no es sólo una crisis en el trabajo, sino que es también una crisis política. Ausencia de debates, de intercambio de ideas políticas. El destino de una sociedad no es sólo producir bienes y servicios, sino crear un tejido social rico. Para ello se atreve a proponer medidas que se encaminen a ese modelo social: redistribuir el trabajo y redistribuir las actividades de ciudadanía como forma de llegar a esa sociedad mixta. Las coincidencias con las posturas de la “liberación del tiempo de trabajo” se hacen evidentes en los capítulos finales de su libro, en los que el tiempo se convierte en el valor central: “Sin duda es una nueva relación con el tiempo, principal valor colectivo e individual, la que debería permitir para el conjunto de individuos el debilitamiento de la obligación del trabajo, un tiempo cuya organización, después de varios siglos eclipsada, se convertiría en un arte esencial.” (Méda, 1995: 310).

II.2.3.- Hacia un mundo sin desempleo: las visiones emancipadoras de André Gorz

En su extenso recorrido sobre la cuestión del trabajo, Gorz revela la presencia de crisis en diferentes aspectos de lo laboral. Si bien para él el trabajo, como forma de cubrir las necesidades, no entra en crisis, en cambio, el trabajo en su forma empleo -es decir como tarea social y predefinido jurídicamente, con una organización heterodeterminada y realizado a cambio de una contraprestación salarial- tiende a reducirse y desaparecer. Gorz piensa que el reconocimiento de que el trabajo asalariado deja de estar en el centro de la vida de las personas y deja de ser el fundamento de nuestras sociedades puede conducir a una liberación del trabajo. El fundamento de la sociedad sería la consecución de la libre expresión y realización de cada ciudadano y no el servicio de estos a la sociedad o al poder del capital y la empresa. Obstinarse en defender el trabajo-empleo y reforzar su centralidad en la vida de las personas supone reconocer que no puede haber una sociedad más allá de la sociedad salarial y reforzar con ello el poder de dominación de los

empresarios, que se basa en la lucha de todos contra todos a la búsqueda de un empleo cada vez en peores condiciones y más difícil de encontrar.

“Todos precarios”, el análisis de Gorz (1998) de la situación actual del empleo da cuenta de las transformaciones que el mercado de trabajo ha sufrido durante estos últimos veinte años y de las tendencias estructurales hacia la extensión de la precariedad. Su propuesta tiene tintes de una revolución cultural: en lugar de sufrir la precariedad, Gorz propone asumirla, hacer de ella un modo de vida elegido, deseable, valorizado y controlado socialmente: para ello, el trabajo ha de perder su centralidad en la conciencia y en la imaginación de todos, la organización social debe velar porque las discontinuidades del trabajo no supongan discontinuidades en la renta: salir de la sociedad salarial supone para Gorz trabajar de forma intermitente y llevar una vida con “pluriactividad” en la cual se entretajan el trabajo profesional y otras actividades no remuneradas.

Uno de los pilares principales en esta “emancipación” del trabajo es la garantía incondicional de una renta básica suficiente, que posibilite transformar la actual flexibilidad precarizadora, promovida por el capital, en una forma jurídica y económica de negociar, colectiva e individualmente, las formas de trabajo discontinuo y permita convertir en un derecho la “multiactividad” y el “tiempo elegido y liberado del trabajo”. El debate sobre cómo implantar esta renta ha cubierto un espacio destacado en la discusión reciente sobre políticas sociales y laborales para los desempleados. El dilema se plantea en torno a si la renta garantizada ha de ser incondicional o si debe tener algún tipo de contraprestación laboral o de participación en tareas de utilidad social por parte de los beneficiarios. Finalmente, Gorz se decide por la lógica de la incondicionalidad. Solo de esta forma, sin constricciones, pueden desarrollarse la infinidad de actividades liberadas, creadoras de sentido personal y de vida social que pueden realizar las personas. La subsistencia no debe ir ligada a la obligación de realizar ningún tipo de tarea determinada extrínsecamente. En *Misérias del presente, riqueza de lo posible* (1998), Gorz hace una crítica de las propuestas que intercambian una renta

por trabajo: la obligación al trabajo que radica en las diferentes formas de *workfare* estigmatizan a los parados con tareas humillantes e impiden la libre autogestión de su tiempo.

Gorz ha recibido críticas acerca del individualismo implícito en sus más recientes trabajos y de su posible cercanía a los presupuestos liberales al ceder un amplio espacio al individuo para que se responsabilice de sí mismo. Esta lectura liberal de su obra es respondida por Gorz en el sentido de que, para él, corresponde a la sociedad velar por los riesgos que los individuos pueden correr y poner a disposición de éstos los medios que les permitan una mejor autoresponsabilización. Esto supone facilitar y fortalecer el acceso ilimitado y permanente a todos los recursos culturales, a todas las fuentes de saber y a las herramientas de autoactividad y autoproducción que permitan a los ciudadanos reducir su dependencia del mercado y del Estado. El mundo debe ser presentado a los jóvenes no como algo construido sino por construir.

Como se puede deducir de los párrafos anteriores, el desempleo concebido como ausencia traumática y problemática de empleo no tiene cabida en la propuesta de Gorz. La emancipación del trabajo supone la desaparición automática del paro. Los parados actuales pasarían a convertirse en ciudadanos multiactivos con fuentes de renta garantizada. Gorz realiza un diagnóstico en el que el desempleo ocupa un lugar en las dinámicas actuales del capitalismo -reducción de la necesidad de trabajo en el nuevo marco económico, reorganización productiva y "economización" de empleos, tasas de paro elevadas en los niveles bajos de cualificación-. Progresivamente, la alta productividad de unos engendra el paro de otros: "el trabajo ha abolido el trabajo". Esta relación perversa deja en manos del capital y la empresa la producción de la sociedad. Gorz rechaza que la falta de trabajo sea el principal problema, para él lo que de verdad falta es una distribución de la riqueza para cuya producción cada vez hace menos falta el trabajo. Podría decirse, incluso, que la percepción del desempleo es para Gorz una de las fuerzas motrices que hacen avanzar su teoría y sus propuestas. Sin embargo, su diagnóstico del fin de la sociedad del trabajo le lleva a no dar respuesta a

las manifestaciones actuales y concretas del paro. La respuesta a estos problemas no será necesaria en la nueva sociedad de la multiactividad que Gorz vislumbra: "Nuevas relaciones sociales sustraídas a la lógica del mercado, del dinero, de la división sexual de las tareas; nuevos espacios temporales sustraídos al asalariado; nuevas técnicas de producción y nuevas relaciones con el medio que se preocupen por el medio y las otras formas de vida, etc. Y en el corazón de todo eso, la reapropiación individual y colectiva del tiempo y de la organización del tiempo" (Gorz, 1998: 90).

II.2.4.- Del "fin del trabajo" al "fin del paro": las propuestas de Guy Aznar

Guy Aznar parte en *La fin des années chômage* (1999) de la idea de que predomina un aire negativo y desesperado en la visión hacia el problema del paro. Esta negatividad es un lastre inmediato para un discurso en positivo que responda creativamente al reto del desempleo. El paro se vive como una maldición social que pudiera deberse a carencias de los parados o a otros motivos, que, en todo caso, llevan a una situación de "no futuro". Aznar apela a la creatividad y la imaginación social para transformar este enfoque en un discurso positivo hacia el trabajo, que para él continúa siendo un pilar central de la integración en la sociedad, el "código de entrada en el hábitat colectivo", que concede autonomía, un estatus jurídico y la posibilidad de expresar la propia personalidad.

Aznar propone una definición de trabajo que supone rupturas con las fronteras tradicionales del empleo asalariado. Utiliza la expresión de "empleo plural" para definir una innovadora forma de empleo que prolonga la definición tradicional y que incluye formas diversas de trabajo -asalariado, independiente, con grados mayores o menores de estabilidad, que él denomina, respectivamente, "sedentario" o "nómada"- . Asimismo, recoge diversas duraciones en el tiempo de trabajo -a tiempo completo, a tiempo parcial-. Igualmente, introduce periodizaciones en la organización en el ciclo vital a través de las interrupciones o "transiciones" -permisos parentales, formativos, asociativos, prejubilaciones a tiempo parcial, etc.-. Para Aznar, el núcleo duro del trabajo asalariado actual tiene que ampliarse y diversificarse

mediante la creación de nuevas formas jurídicas y contractuales que nos conduzcan del empleo asalariado tradicional y unidimensional, a lo que Aznar denomina la "actividad". Para él no conviene tomar este tránsito como una renuncia al pleno empleo o una justificación eufemística de la precariedad. El objetivo de la "actividad" sería garantizar el empleo diverso y variado tal y como ha sido descrito en este párrafo y, por otra parte, liberar tiempo para que las personas puedan, potencialmente, dedicarlo a la realización otras actividades: "el tiempo que no es absorbido por el trabajo productivo se ampliará gracias a diferentes formas de reducción de tiempo de trabajo y podrá aplicarse a la esfera del empleo plural (por ejemplo, utilizarlo en tiempo de formación), en la esfera personal (relaciones afectivas, creatividad, etc.) o en la esfera sociopolítica (relaciones de amistad, clubs, actividades asociativas, vecinales). Una "geografía" que refleja la infinita diversidad de los modos de vida de cada uno".

Tanto en la *La fin des années chômage* (1999), la última obra de Aznar que estamos comentando, como en uno de sus anteriores trabajos *Travailler moins pour travailler tous* (1993), las resonancias con las ideas de André Gorz son considerables. Muchas de las propuestas de Aznar funcionan como fórmulas prácticas para concretar las concepciones de Gorz acerca del tiempo liberado del trabajo. Las que Aznar apoda "pausas del trabajo" están dirigidas a incrementar la autonomía de las personas a la hora de organizar el trabajo en la vida sin sufrir discriminaciones. Los sistemas flexibles de "*temps choisi*" -tiempo elegido-, los periodos sabáticos prácticos, los modelos de trabajo intermitente estable aportan procedimientos concretos de regular el binomio tiempo de trabajo/dinero por parte de las personas sin sufrir discriminaciones en el resultado de la elección. Aznar rastrea, plasma y cuantifica en su propuesta el abanico de posibilidades y experiencias prácticas que, embrionariamente, se están experimentando en Europa.

El diagnóstico de *La fin des années chômage* puede prácticamente deducirse de su título. Aprovechando el juego de palabras que permite el francés, Aznar opone los "*trente glorieuses*" (periodo de crecimiento en las tres décadas

posteriores a la IIª Guerra Mundial) a los “*Trente chômeuses*” (que abarcan el periodo posterior a la crisis económica de 1973). El ascenso del paro y los problemas de empleo de este segundo momento son analizados por Aznar desde una perspectiva muy optimista. Su valoración es que este periodo de paro, que aún se mantiene alto, está a punto de sufrir una inflexión que le hará perder importancia. A largo plazo, la tendencia secular a la reducción del tiempo de trabajo multiplica las posibilidades de convertirse en un aumento del tiempo libre y no del tiempo de paro y, a corto plazo, puede decirse que respecto al desempleo “lo peor ya ha pasado”. El principal argumento más reciente utilizado para explicar el paro en el esquema de Aznar -los desequilibrios demográficos-, no parece generar las inquietudes en cuanto a la absorción de los activos que produjo hace veinte años. Por otra parte, las perspectivas de creación de empleo en los servicios y la ralentización de las pérdidas ocupacionales en la agricultura y la industria fundan un pronóstico favorable para el paro. Aún es temprano para afirmar que el paro, sobre todo el de reconversión de la mano de obra poco cualificada de la agricultura y la industria, ha dejado de ser un problema, pero el incremento de la formación en las nuevas generaciones que llegan al mercado de trabajo, junto a las formidables expectativas que pueden depositarse en los “nuevos territorios” de creación de empleo, auguran un futuro altamente creativo. Aznar acude al repertorio de nuevas necesidades y nuevos servicios que se extienden en la literatura sobre políticas activas de empleo en estos últimos años: servicios personales, salud, turismo, ocio, formación y animación de diferentes colectivos y las muy socorridas nuevas tecnologías adaptadas a necesidades sociales y a nuevos colectivos para paliar la fractura tecnológica.

Las finalidades prácticas y aplicadas parecen predominar sobre las teóricas y analíticas en el trabajo de Aznar. Él representa un buen ejemplo de una trayectoria que se ha observado recientemente en el campo del análisis de la cuestión del desempleo. Se trata de la abdicación de hacer un estudio profundo de las causas del problema para situarse en el terreno más cómodo del optimismo propositivo y pragmático en materia de medidas para luchar

contra el paro. Algunos especialistas, entre los que se encuentra Aznar, han optado por elaborar un análisis que no quite razón a sus propias propuestas y circunscriben las causas del paro a aquellas que pueden ser abordadas con los instrumentos que ellos proponen. Esto supone adoptar una lógica de trabajo más cercana a la consultoría que al análisis sociológico. La yuxtaposición de medidas y fórmulas se suceden de forma sugerente, pero sin situarlas en proyectos más articulados o sin identificar objetivos más amplios en el terreno sociopolítico. Aznar describe bien el terreno estrictamente ligado al empleo, pero no aparece un análisis sobre los sujetos, las lógicas y las contradicciones que las propias medidas propuestas encontrarían. Abandonar la negatividad del discurso del “no futuro” del paro y la precariedad, ser optimista a toda costa, le condiciona a hacer un análisis de las causas del desempleo en el que no están presentes algunos de los elementos que, de ser contemplados, debilitarían el andamiaje de su, a veces ilusoria, construcción de la sociedad del *empleo plural*.

II.2.5.- Ulrich Beck: el trabajo de interés cívico

El trabajo y el empleo han sido uno de los principales centros de atención en la obra de Beck. Una de sus más recientes publicaciones, *Un nuevo mundo feliz* (2000) se centra en la tesis de la pérdida de capacidad de definición del trabajo remunerado para determinar la identidad, los ingresos o el estatus y en la idea añadida de una inseguridad endémica en torno al trabajo que afectará a todos. Pero ya desde finales de los ochenta, Beck se ha interesado por el cambio del lugar del trabajo en una modernidad reflexiva. En su libro sobre la sociedad del riesgo (1998), publicado originalmente en 1986, realizaba una diferenciación entre ‘primera modernidad’ y ‘modernidad reflexiva’ (“modernización de la modernización”), donde encuadra teóricamente los cambios en el trabajo. La primera modernidad se caracterizaba por una sociedad con un Estado nacional fuerte, generador de estructuras colectivas y por una industrialización promotora de crecimiento económico y pleno empleo. El modelo de la primera modernidad, que podríamos llamar también simple o industrial, tiene profundas raíces

históricas y comienza a afianzarse en Europa a partir de las revoluciones políticas e industriales del XVIII. Dos siglos después, a caballo entre el XX y el XXI, nos encontramos con una segunda modernidad, que Beck identifica más con una "modernidad reflexiva". Se trata de un proceso en el cual se cuestionan y se ponen sobre la mesa las principales insuficiencias y antinomias de la primera modernidad, manifestándose las cuestiones cruciales de la sociedad actual. Beck se centra fundamentalmente en las siguientes: la globalización, la individualización, el desempleo, el trabajo precario, las relaciones de género y los riesgos globales de la ecología y de las turbulencias de los mercados financieros. Todos estos procesos, ligados al trabajo, o con él relacionados, demandan nuevos marcos de interpretación en el plano sociológico y político, que den respuestas radicales a los riesgos globales producidos por la propia modernidad.

Durante la década de los noventa, los problemas planteados anticipatoriamente por Beck han ido concretándose con particular incidencia en el campo del trabajo y de las clases sociales: la individualización de la desigualdad social, el fin de las tradiciones industriales, la pérdida de significación de la pertenencia de clase, el declive del predominio del modelo de familia nuclear o la descomposición del trabajo son algunas de las tendencias que hoy se concretan en el marco de la globalización que él ha continuado analizando. Su tesis es que hay que reconocer que la idea directriz de una sociedad de pleno empleo y de "ciudadanos trabajadores", en la que se entretejía la sociedad del trabajo y la democracia, ha entrado en crisis. Beck habla en tono ocurrente de categorías interpretativas "zombie", para indicar que, cada vez menos, las cuestiones esenciales de una biografía laboral pueden ya obtenerse de una categoría en declive explicativo como es la del trabajo asalariado.

Beck enuncia tres grandes procesos que han conducido a esta pérdida de protagonismo de lo laboral. El primero está ligado a los aumentos de productividad, que hacen declinar el trabajo masivo y poco cualificado, y a la emergencia del capital y del saber en los procesos de trabajo. Uno de los

ejemplos de Beck da idea de la magnitud de este cambio: en 1950, cada trabajador alemán abastecía con productos industriales a tres consumidores. Hoy el trabajo equivalente de ese trabajador permite surtir a doce personas, con un índice de consumo que ha crecido vertiginosamente. Se calcula que en 50 años, entre un 3-5 % de las personas económicamente activas bastarán para garantizar el abastecimiento de toda la población.

El segundo factor que incide en los cambios en el papel del trabajo es la globalización, que supone transformaciones de primer orden en la organización espacial y temporal de los modos de producción y la consiguiente modificación de la arquitectura institucional de la sociedad. En el contexto del Estado-nación, la coexistencia entre el trabajo, el capital y el Estado se organizaba según el modelo corporativista del “poder de la organización”, en el cual los actores colectivos negociaban su participación en la riqueza según determinadas reglas. En cambio, en el juego de poder transnacional, el poder de la organización territorial es subvertido y reemplazado por un poder que opera por elusión. Este nuevo poder (empresarial) es superior al territorial: le basta amenazar con la globalización para fortalecer el capital y debilitar el trabajo.

Beck distingue entre globalización y “globalismo económico”, al que hace una crítica por representar la expresión de una ideología no beneficiosa para todos, que presenta la cara más plácida del crecimiento económico y esconde los rostros más tenebrosos y arriesgados de la desigualdad. Esta ideología globalista ultraliberal, que Beck llama “metafísica del mercado global”, está arraigada en los sectores más poderosos de la economía globalizada y, en concreto, en la capacidad de las grandes empresas industriales y financieras de eludir los marcos fiscales estatales. El poderío de estas corporaciones es tal que pueden elegir y cambiar la localización geográfica basándose únicamente en sus criterios de rentabilidad y con gran autonomía respecto a la regulación de los Estados. Beck plantea críticamente un interrogante retórico sobre cuál es la contribución que estas empresas transnacionales aportan para sustentar la democracia a escala global y sugiere un sugestivo,

aunque para muchos discutible, programa de intervenciones correctivas en la dirección de imponer reglas políticas y lógicas más cooperativas a las fuerzas caóticas de los mercados globales. Entre otras, considera que debería incrementarse la implicación de la opinión pública, reforzando las organizaciones transnacionales de consumidores y la sociedad civil global; asimismo, deberían plantearse formas de participación de los trabajadores en los beneficios de las empresas y, también, deberían extenderse programas formativos de gran calado y potenciación de las actividades profesionales autónomas.

El tercer y último factor que Beck menciona respecto a los cambios en el estatuto del trabajo, y que están desarrollados ampliamente en su último libro, es el crecimiento de las formas de empleo precario -aquellas formas y modalidades organizadas de manera flexible en cuanto al tiempo, al espacio y al tipo de contrato-. Este crecimiento quiebra la hegemonía de la estabilidad del empleo y queda planteada la pregunta de si esta extensión de un mercado de trabajo frágil nos lleva a la 'brasileñización' del mundo del trabajo occidental: un futuro de nómadas laborales que alternan varias ocupaciones en un mercado de trabajo donde impera el "riesgo desregulado". Cabría ser cautelosos con estas tendencias, pero Beck señala que, incluso en los países que hoy se sitúan cerca del pleno empleo como los Estados Unidos o el Reino Unido, más de un tercio de los trabajadores son, usando un criterio amplio, trabajadores flexibles: el deslizamiento de las sociedades capitalistas hacia lo precario parece bastante avanzado. Sobre estas tendencias establece un paralelismo con los cambios en la composición familiar y con la disminución del "modelo familiar normal", que está perdiendo su lugar social hegemónico.

¿Dónde nos conduce el camino abierto por esta crisis de la sociedad del trabajo? ¿Cuáles son los reequilibrios sociopolíticos obligados por esta crisis del modelo de pleno empleo estable? Las respuestas son convergentes con las de algunos de los autores que venimos exponiendo. La cercanía de Beck con las posiciones políticas ecologistas tornan sus propuestas muy convergentes con aquellas referidas a la liberación del trabajo que identifican a André Gorz

o a Guy Aznar. Para Beck se trata de redefinir la categoría de trabajo, desplazando parte del sentido que éste acumula a nuevas formas de vida y actividad inscritas en el mundo exterior al trabajo. Salir del “imperialismo” del trabajo asalariado puede permitir construir nuevos criterios políticos que transformen la falta de trabajo en abundancia de tiempo y en espacios libres de creatividad. El modelo social europeo en la “sociedad poslaboral” debe tender a la construcción de una Europa del “trabajo cívico”, compuesta por una mezcla de participación política, de utilitarismo social, de espontaneidad colectiva y de empresariado del bien común.

La propuesta se concretaría asignando al trabajo un nuevo papel al margen del Estado y el mercado, no en el ámbito del beneficio sino en el de la acción voluntaria orientada al bien común. Nuevas formas de “trabajo de compromiso civil retribuido” pueden convertirse en un segundo polo de integración social complementario al trabajo asalariado. Estas actividades estarían acompañadas por sistemas de garantía de rentas que pudieran reducir la incertidumbre social y del mercado de trabajo y elevar el rango de estos trabajos de interés colectivo. La alternativa a la sociedad del trabajo es una sociedad de pluriactividad en la que trabajo asalariado, trabajo doméstico, autónomo sean todos reconocidos y valorados. La propuesta del trabajo de interés cívico comparte muchos rasgos con la “economía solidaria” de Offe, con los “servicios de proximidad” preconizados por diferentes autores franceses o con el tercer sector que se divulga paulatinamente a través de iniciativas de creación de empleo y cobertura de necesidades sociales en diferentes países europeos. Para Beck, su propuesta representa un acto de desobediencia respecto a la sociedad de la precariedad y apuesta por una autorrealización de las personas a través de un compromiso sociopolítico.

La coordinación de estas actividades correspondería a una “empresa social”, aunque la comunidad y los individuos son los últimos responsables a la hora de decidir qué áreas de necesidad han de cubrirse y cómo. Desde el propio Beck, surgen algunas precauciones en cuanto a las dificultades y los riesgos que este tipo de alternativas podrían generar de no cuidarse su correcto desarrollo: la

primera es una potencial intensificación de la precariedad, que se producirá si no se concede una legitimación política y una financiación conveniente para el nuevo modelo. La segunda es la necesidad de establecer puentes entre el trabajo asalariado estándar y la versión del trabajo de interés cívico, de manera que no se convierta en un área de segundo orden en la estructura laboral de un país y se evite así la creación de divisiones y desigualdades de clase. La tercera dificultad, y tal vez la más comprometida, es su financiación, aunque existen algunas experiencias que permitirían acumular información sobre los procedimientos más adecuados -fondos provenientes de subsidios de desempleo, cheques y bonos que abaraten y faciliten el uso generalizado de servicios mediante precios reducidos-, lo cierto es que se hace necesario intensificar el esfuerzo para generar ideas en el terreno del soporte económico de este tipo de nuevas medidas, que podrían limitar los daños de la economía política de la inseguridad que hoy asedia a los grupos laborales más desfavorecidos.

II.2.6.- Robert Castel: crisis y metamorfosis de la sociedad salarial

Robert Castel aborda en *Las metamorfosis de la cuestión social* (1997) la crisis del sistema salarial, para ello se apoya en un vasto recorrido histórico donde describe los mecanismos de creación y evolución de las relaciones de trabajo en las que se enclava el actual régimen salarial. El fresco que Castel perfila sirve para dotar de perspectiva a esta sociedad salarial de la que analiza su crisis. Al ensamblar el periodo actual en el decurso de la cuestión social, se manifiestan continuidades y metamorfosis históricas inesperadas. La obra de Castel incluye un análisis pormenorizado de los grandes problemas actuales del mercado de trabajo, con especial incidencia en el paro y en la llamada exclusión social, todos ellos enclavados en el recorrido histórico de la 'sociedad salarial'. No dedicaremos aquí toda la atención que seguramente merece la exposición histórica¹², en la que se nos traslada al final de la Edad Media para analizar la génesis de la cuestión social y salarial. Partiendo de los

¹² En el capítulo referido al surgimiento de la categoría de parado (IV), nos detendremos en las observaciones históricas que Robert Castel realiza sobre la figura de la miseria, del vagabundo o del parado.

rígidos códigos y ordenanzas de trabajo post-artesanales y del lugar ambiguo y fronterizo del vagabundo entre el trabajo y el delito, Castel delinea el recorrido que transforma el trabajo asalariado de una institución minoritaria en sus orígenes a su situación hegemónica actual. Este camino está jalonado por cambios en la economía, en el derecho del trabajo, en la acción social, en la organización política, en las luchas sociales. A todos ellos hay que acudir, y así se hace en *Las metamorfosis de la cuestión social*, si se quiere comprender el cambio que hoy afrontan las sociedades occidentales y que se concreta en lo que Castel llama la “nueva cuestión social”, que no es otra cosa que la aparición de grupos sociales que quedan en la cuneta, fulminados por las actuales corrientes reestructuradoras de lo económico y lo social. En esta incursión en la obra de Castel, partimos de sus posiciones más exploratorias acerca de la crisis de la condición salarial y del lugar del trabajo y el paro.

Fruto de los desarrollos de la industrialización, emerge la denominada por Castel “sociedad salarial”. Con ello se quiere dar a entender que, aunque el trabajo asalariado pudiera existir con anterioridad a la modernidad industrial, no es sino hasta bien avanzada la industrialización cuando la condición obrera o salarial se extiende hasta el punto de llegar a adjetivar el modelo social del mundo occidental. Los cinco rasgos que Castel identifica como característicos de la relación salarial fordista dan una idea de la importancia central del trabajo en este contexto:

1/ Separación firme entre quienes trabajan efectiva y regularmente y las situaciones de inactividad o semiactividad, que hay que separar del mercado de trabajo. La definición estadística de población activa, de paro involuntario y el control de los flujos del mercado de trabajo para excluir el trabajo intermitente son algunos de los síntomas de este corte entre la actividad laboral y otras situaciones excluidas de ésta.

2/ Fijación del trabajador a su puesto a través de la racionalización del trabajo en el marco de una gestión precisa y reglamentada del tiempo de trabajo. La organización taylorista homogeneiza la clase obrera en torno al obrero de taller y a su puesto de trabajo.

3/ Acceso a nuevas formas de consumo obrero. Los trabajadores se convierten en usuarios-consumidores de las mercancías de la producción en masa y se integran a través del consumo en el proceso de producción.

4/ Establecimiento de servicios públicos y otras formas de propiedad social a los que acceden, en condiciones de plena legitimidad, los trabajadores de este modelo de trabajo asalariado.

5/ Afianzamiento de un sistema de derecho laboral, que otorga el reconocimiento de un estatuto social que va más allá de la dimensión puramente individual del contrato de trabajo.

Los resultados de este modelo son el reforzamiento de la estabilidad de la clase obrera, que contrasta con la condición altamente provisional e insegura de momentos anteriores de la industrialización. La inmediatez y la necesidad características del mundo obrero prefordista da paso a un sistema de mediaciones que otorga seguridad a los trabajadores. La movilidad y la intermitencia laboral no desaparecen definitivamente, ni tampoco el rescoldo de la clase obrera representada en los estratos más descualificados, pero la transformación decisiva que maduró durante las décadas de 1950 y 1960 consistió "en la disolución de la alternativa revolucionaria y en la distribución de la conflictividad social según un modelo diferente del de la sociedad de clases: la sociedad salarial." (Castel, 1997: 363).

A partir de esta definición de sociedad salarial, Castel analiza con agudeza las consecuencias que ésta trae sobre la estructura social. La primera es que la base del conflicto social central burguesía/proletariado, predominante en los inicios de la industrialización, transita actualmente hacia el conflicto entre diferentes categorías obreras, que se articulan en bloques/clases de consumo y están organizadas en un continuo que genera una estructura social sin rupturas drásticas, salvo las generadas por la lógica de la "distinción" a través del consumo. La segunda es el lugar dominante que los asalariados técnicos y ejecutivos alcanzan en la estructura ocupacional, imponiendo sus estilos al conjunto y marcando las aspiraciones de todos con su ventaja de posición en el reparto de capitales sociales, culturales y económicos en el marco de la

sociedad salarial. La tercera es un corolario de lo dicho anteriormente: la progresiva estabilización de la condición salarial se convierte en modelo privilegiado de identidad en la sociedad contemporánea. Una identidad muy “económica”.

Si bien Castel no hace un análisis a fondo de los factores económicos que promueven la crisis de los setenta, sí perfila las consecuencias sociales de dicha crisis y una de sus manifestaciones fundamentales: la crisis de la centralidad del trabajo y el despertar de una nueva cuestión social, que hace reaparecer algunos colectivos sociales desintegrados y trae consigo nuevas formas de pobreza y desigualdad. Con la mirada enclavada en el largo plazo, Castel muestra como el periodo de los “treinta gloriosos”, que coincide con la edad de oro de la sociedad salarial, es un momento excepcional en cuanto al crecimiento económico y éste se reparte en forma de mejoras para los trabajadores, pero también afirma que dichas mejoras provenían más de la buena situación económica que de la ratificación jurídica de la seguridad y estabilidad de los obreros. La crisis económica dejó al descubierto estos vacíos reales-legales y frenó en seco el avance de la sociedad salarial: “el desempleo reveló el talón de Aquiles del Estado social de los años de crecimiento” (ibid. 402). La evolución de la crisis lleva a Castel a diagnosticar que no nos enfrentamos a una crisis coyuntural, sino a una crisis que se instala en un nuevo régimen de relaciones laborales y sociales. Tiene además una característica que la distingue de muchos otros momentos en la historia: no se produce por una situación de escasez, es una crisis de repartición de la riqueza y de los recursos laborales.

En el análisis de Castel, el paro y la precarización pasan a ser parte central del nuevo paradigma del empleo y están inscritos en la dinámica de modernización que se activa en los ochenta. A partir de esta premisa, describe los efectos desmembradores y desintegradores de esta combinación paro-flexibilidad-empresa que se convierten en una máquina de excluir y que se reflejan en la estructura social mediante procesos de ‘desafiliación’. Castel ha establecido las relaciones entre los cambios más recientes en el mercado

de trabajo y su impacto sobre la organización social. Realiza una clasificación que puede servir como clave de lectura de los procesos de vulnerabilidad social que están provocando las nuevas exigencias tecno-económicas de la dinámica actual del capitalismo. Estos procesos estarían articulados en torno a un triple eje. En primer lugar, se estaría produciendo una 'desestabilización de los estables', que consistiría en un empeoramiento de las condiciones de estabilidad de la clase obrera integrada y de importantes grupos de las clases medias. Las formas que adopta este movimiento son la paralización del ascenso social que comienzan a sufrir estos grupos y el desplome progresivo de la idea de seguridad y estabilidad que estos habían acumulado durante los treinta años anteriores.

En segundo lugar, estaríamos asistiendo a una 'normalización de la precariedad', que viene expresada por el auge de la temporalidad en el empleo y por la eclosión de franjas intermedias, en situaciones altamente aleatorias en las que se confunde trabajo, empleo, formación, donde las figuras del meritorio, de los trabajos insignificantes, del cursillista o del trabajador voluntario delinean un panorama de trayectorias vitales discontinuas o provisionales que se prolongan aceleradamente. Vivir al día es, nuevamente, uno de los rasgos de lo que Castel ha llamado, con razón, el 'neopauperismo'.

En tercer lugar, nos encontraríamos con la aparición y ampliación de grupos de población excedentarios. Los 'surnuméraires', así denominados por Castel, se ajustarían más a lógicas de exclusión social y profesional. Trabajadores envejecidos que han perdido su sitio en el proceso productivo; parados de larga duración, errantes, recurrentes en busca de un empleo que nunca llega, mujeres solas, con cargas familiares, dependientes de las menguantes ayudas públicas o de pequeños empleos irregulares que apenas cubren los niveles de subsistencia. Todos ellos "ocupan en la estructura social actual una posición homóloga a la del cuarto mundo en el apogeo de la sociedad industrial: desligados de los circuitos de intercambio productivo, han perdido el tren de la modernización quedando en el andén casi sin equipaje." (Castel, 1995:412).

La distinción entre estos tres niveles nos anuncia una gran complejidad y diversidad en el mundo laboral: el papel de 'gran integrador' que el trabajo asalariado venía teniendo sufre un embate causado por los efectos disgregadores y por la heterogeneidad que trae el reciente mercado de trabajo: nuevas fronteras entre la estabilidad y la inestabilidad, entre la actividad y la inactividad; franjas débiles, áreas sociales con carencias de integración. Castel presta una especial atención a las nuevas políticas acometidas por el Estado que transitan de la integración -por el trabajo- a la variada gama de dispositivos de inserción social, dedicados a los jóvenes, a los parados, a los pobres y en definitiva a los grupos más afectados por el empuje privatista de la modernización económica, que ha traído nuevamente consigo, para muchos, el "vivir al día". El "individualismo negativo" al cual se refiere en su capítulo de conclusiones insiste en los efectos desinstitucionalizadores de la sociedad de individuos que hoy se expande -"individualismo de masas", "individualismo colectivo", "individualismo de mercado"- y que es fruto de la deconstrucción del trabajo como mecanismo de integración que ha traído el moderno capitalismo.

Conforme el análisis de Castel deja los tintes sociohistóricos retrospectivos para introducirse en la sociedad contemporánea, la propuesta de su obra cambia de sentido. Podría decirse también que cambia de campo: del campo académico y del conocimiento al campo de la acción social. En los últimos capítulos, el tono de sus reflexiones tiene matices más comprometidos y, a veces, se mueve en un terreno de cierta ambigüedad entre la irreversible desagregación de la sociedad salarial -en el registro del análisis social- y la inexistencia de una alternativa a dicho modelo -en el campo de la acción y el compromiso-. ¿Cómo reestructurar la sociedad salarial en la nueva estructura económica? ¿cuál la siguiente metamorfosis de la cuestión social? Una idea de interés en las propuestas de Castel es abordar la crisis no únicamente entre excluidos/incluidos como se está observando frecuentemente. Se trataría más bien de considerar que las dificultades que originan, y más tarde concretan, la exclusión se hallan en el centro del sistema social, a través de la desestabilización de los estables y de la flexiprecariedad y es allí,

precisamente, donde hay que actuar. La exclusión no está en los bordes de la estructura social sino en el centro, en la empresa y en el sistema productivo. Si en nombre de la flexibilidad se consiente todo a las empresas, entonces habrá que contentarse con repescar a los excluidos, comenta Castel. La respuesta pasaría por desprecarizar y repensar las relaciones entre trabajo y protección social.

La actitud de Castel ante el fin del trabajo queda bien resumida en el título de un pequeño artículo que dedica a la cuestión: "*el fin del trabajo: un mito desmovilizador*". En él alerta sobre los peligros que encierra este catastrofismo injustificado del "fin del trabajo" o del "horror económico", que no tiene en cuenta que hoy nos hallamos frente a manifestaciones evidentes de lo contrario: las cotas de salarización son las más altas nunca conocidas, el grado de implicación en el trabajo crece, el sobretrabajo se multiplica y, por supuesto, la demanda de empleo por parte de los parados no cesa. Este alarmismo confunde la fragmentación del trabajo con su desaparición. La que Castel llama la 'gran transformación' es la llegada de la precariedad al empleo y no la desaparición de éste. Para él, estas visiones del fin del trabajo renuncian a hacer de éste un lugar estratégico a través del cual se construye la sociedad, como así ha sido a lo largo de la industrialización con la legislación sociolaboral. "Abandonar el frente del trabajo, es arriesgarse a renunciar a la posibilidad de regular el mercado y encontrarse no ya en una sociedad de mercado, sino en una sociedad donde el mercado ocupa todo, enteramente atravesada por las exigencias asociales del mercado." (Castel, 1998).

Es este el campo en que Castel se mueve y que queda abierto a la mirada futura de la prospectiva: la sociedad salarial no ha muerto, hay que buscar nuevas vías de cambio a la socialmente integradora condición salarial hoy en peligro.

II.2.7.- La centralidad del trabajo en las visiones marxistas recientes

Pocos especialistas dentro de la Sociología del trabajo han podido sustraerse al debate que venimos tratando sobre su supuesta crisis. La amplia

constelación de autores que desde posiciones marxistas han tratado el tema del trabajo, de la crisis económica o de la consolidación del neoliberalismo hace muy difícil un tratamiento exhaustivo de la materia, pero a la vez obliga a prestar atención a la variedad de planteamientos existentes. Por otra parte, aunque la mayoría comparten la explicación de que el paro es un resultado de la crisis de rentabilidad que golpea al capitalismo mundial desde finales de los sesenta, pocos prestan una atención detallada al fenómeno concreto del desempleo y pocos se centran en su análisis puramente sociológico. La crisis del trabajo ha venido acompañada por cambios técnicos que han reducido la necesidad de mano de obra y esto ha generado un paro masivo. Este argumento no es una novedad en la interpretación marxista del paro, el ejército industrial de reserva es tan consustancial al funcionamiento del capitalismo que, realmente, la novedad sería que desapareciese. Por este motivo, y como norma general, cuando el paro comienza a crecer en los setenta, pocos marxistas van más allá de señalarlo como un corolario del proceso de recuperación de la rentabilidad por parte del capitalismo. Su preocupación se centra más en los cambios en la producción y en cómo estos influirán sobre el trabajo. Aunque esto no quiere decir que se ignore que, en el marco de una dominación universal de la forma mercantil-capitalista, una parte importante de la población queda radicalmente privada de todo acceso a los medios de producción y supervivencia.

Más allá de la importancia que el trabajo tiene en la concepción marxista - donde la esencia del género humano, lo que es y lo que puede llegar a ser, se basa, precisamente, en el trabajo-, el análisis más focalizado de Marx sobre el modo de producción capitalista señala un doble carácter del trabajo. Este es, a la vez, el conjunto de actividades concretas orientadas a la producción de valores de uso y, por otra parte, es utilización productiva de la fuerza de trabajo, efectuada bajo el control sociopolítico del capital. Estos dos aspectos, que analíticamente son distintos, en la realidad aparecen indisolublemente unidos y designan lo que Marx entendía como fuerza productiva del trabajo. Desde esta posición, el análisis del trabajo en general queda en un segundo plano y cede su lugar al análisis de los regímenes de

producción, que organizan la fuerza de trabajo como valor de uso. De esta forma, el proceso de producción capitalista, donde se ensambla el proceso de producción de valores de uso y se emprende el proceso de valorización del capital, es el lugar donde se organiza un tipo históricamente determinado de dominación social basado en el trabajo alienado. Partiendo de estas relaciones que se producen en torno al trabajo, se crea un sistema de división del espacio social en clases sociales basado en la explotación, que, sin embargo, cobra la apariencia 'natural' de un régimen de intercambios mercantiles entre actores libres económicos que acuerdan contractualmente una relación de cambios en igualdad.

Desde este punto de partida de la teoría marxista y de sus reformulaciones neomarxistas, hablar del "fin del trabajo", e incluso de la "crisis del trabajo" resulta ser una mala formulación de un problema real. Al no tener el trabajo una historia particular en la dinámica capitalista no es posible hablar de su "fin". En cambio, es la organización del trabajo -las tecnologías sociales encargadas de dirigir la fuerza de trabajo hacia objetivos directamente productivos para la acumulación del capital-, la que sí tiene una historia, que conviene analizar. El "fin del trabajo" no es más que un desplazamiento de la temática de la organización del trabajo y, como discusión, ofrece poca inteligibilidad sobre los efectos que el trabajo está sufriendo por la metamorfosis productiva y los cambios en la organización del trabajo. El análisis de estos cambios productivos es, por tanto, el terreno teórico que permitirá crear nuevos conceptos y explicaciones en el seno del capitalismo flexible actual.

En este último cuarto de siglo, la mutación de las fuerzas productivas y la crisis de las relaciones sociales ligadas a la esfera del trabajo han abierto un amplio campo de análisis donde los intereses teóricos se dirigen a analizar las diferentes esferas implicadas en la crisis, entre otras: la empresa, el Estado, los sindicatos, la escuela. Si mencionásemos algunos de los autores más sobresalientes que han abordado desde el marxismo estas cuestiones, podríamos captar cómo en el tipo de aproximación que se ha realizado desde

esta corriente ha predominado un abordaje en los términos que acabamos de señalar. Es arriesgado mencionar nombres concretos, pues las escuelas neomarxistas no forman una unidad. A su vez, están muy bien representadas por autores de gran importancia en el campo interdisciplinar de las ciencias sociales y, además, la heterodoxia ocupa un lugar tan significado sobre la filiación de los autores que a veces su identificación resulta muy comprometida.

La mayor parte de autores de procedencia marxista que se acercan recientemente al tema de la crisis del trabajo comparten un análisis de corte similar. Conservando los puntos de partida clásicos, identifican como espacio central de su análisis el terreno de la organización de la producción, pero amplían el conjunto de variables que interrelacionan con ella. Asimismo, conceden una importancia destacada a las resistencias colectivas por parte de las organizaciones obreras. Presentaremos a continuación dos perspectivas concretas sobre la cuestión laboral que pueden representar la actual escena marxista. La primera se acerca a las corrientes más convencionales dentro del neomarxismo, tiene un tinte marcadamente económico y está próxima a los enfoques regulacionistas. Por su recientísima aportación de síntesis al debate sobre el trabajo en crisis, esta corriente podría estar representada por Michel Vakaloulis. La segunda tiene un carácter más innovador, con matices heterodoxos muy acentuados y con una orientación no tanto hacia el análisis económico sino hacia el político. Se trata de las propuestas de la autonomía obrera italiana, que ha analizado insistentemente, durante más de treinta años, la cuestión obrera. Su originalidad y renovación conceptual durante este periodo, así como su particular posicionamiento sobre la crisis del trabajo, la hacen acreedora de un análisis más detallado. Destacaremos en ambos enfoques todas aquellas referencias orientadas particularmente hacia la cuestión del desempleo.

Michel Vakaloulis ha sistematizado recientemente en *Le capitalisme post-moderne. Eléments pour une critique sociologique* (2001) el estado de la cuestión laboral actual. Como ya hemos adelantado, propone ampliar el

análisis de la organización del trabajo a lo que podría llamarse “régimen sociopolítico de constitución del trabajo como fuerza productiva”. Este concepto incluiría las determinaciones esenciales del uso y la organización de la fuerza de trabajo y el tipo específico de socialización inducida por estas modalidades organizativas y las resistencias que las atraviesan. De esta forma, se analiza el proceso de trabajo más allá del espacio disciplinario y de control que es la fábrica, y se prolonga hacia toda la topología productiva donde el trabajo es organizado por el capital, y también a todas las condiciones sociales predominantes en el mercado de trabajo y en los espacios culturales, ideológicos, sexuales que constituyen a la fuerza de trabajo como una mercancía particular. Asimismo, incluye los efectos de la competitividad entre las empresas y cómo ello actúa sobre las clases y su estratificación y, por fin, incorpora también el estilo de implicación del Estado en las relaciones de producción capitalistas. Así, este concepto de “régimen sociopolítico de constitución del trabajo como fuerza productiva” permite subrayar las relaciones entre lo económico y lo político, ligando orgánicamente la producción, las configuraciones sociales de la reproducción de la fuerza de trabajo y las estrategias estatales de regulación macroeconómica.

El análisis de Vakaloulis coincide en gran parte con las líneas generales de las escuelas de la regulación, pero considera que la idea de la crisis del régimen de acumulación fordista, como responsable de la “crisis del trabajo”, ha de ser matizada. Las vagas promesas de una salida de la “crisis del trabajo” fordista hacia el “post-trabajo”, facilitan la contraofensiva capitalista en sus ambiciones de no tener resistencias y ampliar su dominación. Las nuevas estrategias de posmodernización no deben alejarnos de las pervivencias que siguen estructurando los rasgos del capitalismo contemporáneo y del trabajo. Vakaloulis propone el concepto de *acumulación flexible* para indicar las superposiciones entre los regímenes prefordista, fordistas y postfordistas y poder describir y analizar mejor las articulaciones contradictorias e incompletas que se van realizando entre las innovaciones organizativas del trabajo y las pervivencias de modelos anteriores.

En el momento actual, aunque las persistencias del fordismo no son despreciables, asistimos a un cambio provocado por las estrategias modernizadoras de racionalización-flexibilización. La “removilización” laboral va acompañada de una removilización social, lo que provoca una erosión de la estructura social de acumulación fordista y la crisis de las funciones sociales del *Welfare State*. Todo ello entraña una profundización de las relaciones capitalistas, que hace cada vez más fuerte la huella del capital sobre el trabajo y sobre la experiencia cotidiana, creando un nuevo bloque hegemónico de clase en un régimen de acumulación cada vez más transnacionalizado.

El objetivo central de Vakaloulis es teorizar sobre la actual modernización capitalista -la “modernización postmoderna”- de las relaciones sociales en la doble perspectiva de su cambio de fisonomía socioeconómico y de crítica de los conceptos posmodernos de que se acompaña. La que Vakaloulis llama “modernidad capitalista avanzada” caracterizaría la tercera transición capitalista, que sucede al primer periodo histórico de libre competencia y a la posterior fase imperialista. La hipótesis central del libro de Vakaloulis es que este capitalismo postmoderno se está desarrollando a escala planetaria con fuerza y está consiguiendo subvertir los vínculos tradicionales de la sociabilidad y subsumir las fuerzas que obstaculizaban su marcha, está « racionalizando » la mayor parte de las prácticas y conductas humanas. La restauración cultural del paradigma de mercado se impone como vector civilizatorio de la modernización neoliberal.

Estas transformaciones objetivas no pueden, sin embargo, hacer olvidar que toda la evolución tecnológica está estructurada por el proceso de reproducción del capital. Pero esos cambios no desembocan en el “fin de la historia”, que sigue estando regida por la lucha de clases, conflicto fundamental que determina un permanente equilibrio inestable entre dominantes y dominados. Vakaloulis sigue interpretando el capital como una relación social que produce las condiciones reales de dominación sobre el

trabajo con la finalidad de extraer la plusvalía. Esta idea seguirá constituyendo la fuerza motriz de la “modernización postmoderna”.

Vakaloulis relativiza la importancia del desempleo, que en la dinámica del capitalismo es una variable siempre presente y usada para ajustar el sistema. En este sentido, el pleno empleo fordista es más bien la excepción. Sin despreciar las manifestaciones negativas de la crisis de paro actual, para él cabe prestar más atención a la precariedad, a las nuevas normas hegemónicas socioculturales y a la organización de la experiencia cotidiana. Individualismo, competitividad entre los trabajadores, el mito del tiempo libre, todas estas realidades cotidianas proyectadas en lo político tienen tanta importancia como los procesos de organización del trabajo.

II.2.8.- Del “rechazo del trabajo” al *General Intellect*: las nuevas concepciones del marxismo italiano

El marxismo italiano de los años sesenta presenta rasgos particulares respecto a las tradiciones de otros países tanto en el alcance, como en la intensidad, la creatividad y la duración de los conflictos políticos y de los debates abiertos. Algunos han hablado de cómo supone una anomalía en el marco de las luchas políticas marxistas. Esa década de los sesenta se caracteriza en Italia por un obrerismo que enarbola el “rechazo del trabajo” como principal consigna política. Este “rechazo del trabajo” fue un eslogan muy popular entre los grupos obreros radicales en los sesenta y se difundió entre diferentes movimientos sociales durante los setenta. Ha de interpretarse en contraposición a la glorificación del trabajo que algunas corrientes socialistas habían defendido. El obrerismo de los sesenta entiende el comunismo no como una liberación en el trabajo, sino como una liberación del trabajo. La destrucción del capitalismo debe ir en conjunción con la desaparición del trabajador como tal y no con su reafirmación. El rechazo del trabajo no significaba una negación de las capacidades creativas y productivas de la gente, sino que se interpretaba como una negación del dominio del capital en su capacidad de coordinación del proceso de producción. El rechazo significa un reconocimiento de las capacidades creativas externas o autónomas del

grupo obrero respecto a las relaciones capitalistas de producción. Este anticapitalismo de los trabajadores y de los estudiantes se convirtió en una oposición generalizada al Estado, a los partidos políticos tradicionales y a los sindicatos institucionalizados.

En la década de los setenta, las relaciones de antagonismo entre trabajo y capital, que se habían desarrollado con intensidad dentro de la fábrica, se extienden a otras áreas sociales. Estudiantes, grupos de parados y otros colectivos experimentaron nuevas formas democráticas de organización social y de acción política en redes horizontales. El concepto que aglutinó al movimiento en los setenta es el de 'autovalorización', que tiene interés porque constituía la base sobre la que construir nuevos criterios de socialidad autónomos, no regidos por el sistema capitalista. El concepto provenía de Marx y estaba integrado en su teoría del funcionamiento del capitalismo. La valoración del capital se concebía como la creación de plusvalor en el proceso de trabajo, el plustrabajo y el plusvalor definían, según Marx, la valorización capitalista. Marx propuso una composición social alternativa del valor que no se fundase sobre los criterios de valorización del capital, sino sobre las necesidades y los deseos colectivos de una comunidad productiva. Llamó a esta alternativa la 'autovalorización'. En Italia, este concepto se recogió y se utilizó para definir formas locales y comunitarias de organización social relativamente autónomas de las relaciones de producción capitalistas y del control del Estado. Una especie de tercer sector autónomo y desmarcado de la lógica del capital.

Durante los años ochenta, el movimiento político que representaba el área de la autonomía obrera fue desestructurado, criminalizado y perseguido policial y judicialmente por sus presuntas conexiones con el terrorismo de Brigadas Rojas. Este declive teórico-político coincidió con la pérdida de vigor, en todas las esferas, de los trabajadores industriales. En lo simbólico, la derrota más severa fue en las fábricas de *Fiat*, que habían sido durante las décadas anteriores uno de los núcleos más importantes de poder obrero. *Fiat* automatizó sus fábricas y despidió a miles de trabajadores. Disgregado en

diferentes corrientes y desgarrado por los extremismos, el movimiento y el pensamiento político de la autonomía obrera entró en un serio letargo.

La actual posmodernización de la economía y la americanización sociocultural se extienden, creando una convergencia social y una revitalización de la teoría política del 'área de la autonomía', con la recuperación y creación de nuevos conceptos mediante los que articular una crítica al trabajo actual. Ya hemos mencionado la importancia que el marxismo ha concedido al trabajo y los autores italianos - Lazzaratto (1994), Berardi (1994), Bologna y Fumagalli (1997), Negri y Hardt (2002)- han continuado el desarrollo de los conceptos marxistas aplicándolos a las realidades actuales del trabajo. Marx coincidía con la Economía Política Clásica en que el trabajo era fuente de riqueza social, pero iba más allá al añadir que además era el origen de la socialidad, el elemento que cimentaba el entramado de relaciones sociales. Partiendo de esta idea, estos autores han intentado comprender cómo está cambiando el trabajo y qué potencialidades sociales trae consigo. Nuevos conceptos como el de "*General Intellect*" o el de "trabajo inmaterial" se unen a los ya tradicionales de rechazo al trabajo para explicar estas nuevas realidades laborales. La actual producción capitalista se caracteriza por una menor materialidad y está más marcada por soportes culturales ligados a la información y al conocimiento, o también por cualidades de servicio y asistencia. El 'trabajo inmaterial' podría ser definido como la parte de trabajo que produce los componentes informativos, culturales o de atención y servicio de un bien. Un rasgo destacado por estos autores es que el trabajo inmaterial es cada vez más difícil de cuantificar según el esquema de valorización capitalista. El tiempo de trabajo es difícil de medir y menos diferenciado del tiempo fuera del trabajo, siendo así que hoy una parte considerable del valor proviene de actividades externas al proceso de producción y que se desarrollan en la esfera del no-trabajo -formación, cuidados, habilidades complementarias, etc.

El término *General Intellect* se encuentra en Marx, en los *Grundrisse* y define el saber social general, la inteligencia colectiva de una sociedad en un

momento histórico. Este saber se objetiva en las máquinas. De la misma forma que la fuerza colectiva de los cuerpos humanos agrupados es usada por la fábrica para alcanzar la máxima producción, también la fuerza del saber colectivo se emplea en el mismo sentido. El momento productivo actual, plagado de tecnologías informáticas, convierte al *General Intellect* en la fuerza principal de la producción social. Marx analizó el concepto vinculado a su fijación a las máquinas, pero hoy se desvela todo su potencial aplicado al trabajo vivo, hasta el punto, que hace preguntarse a Maurizio Lazzarato si los cambios actuales no están determinando una modificación esencial en las relaciones entre fuerzas productivas y relaciones de producción.

Otro de los conceptos que acrecientan el interés de estas aportaciones de los autores postobreristas italianos es el de *trabajo autónomo o independiente*. Con el se trata de analizar el nuevo estatuto del trabajo en el postfordismo, un estatuto que trae consigo cambios que superan la definición fordista de obrero y su forma más clásica de obrero industrial asalariado y subordinado. La configuración productiva postfordista en que se desarrolla el trabajo autónomo renueva las bases de la explotación capitalista. Sergio Bologna y Andrea Fumagalli (1997) señalan cómo la organización socioeconómica del trabajo autónomo está definiendo los contornos de nuevas formas en las que se realiza la producción y en las que se produce la nueva acumulación capitalista. Entre estas nuevas formas encontraríamos las formas cooperativas; las redes de empresas; la externalización de funciones de las empresas; los "falsos autónomos", trabajadores-empresarios sin asalariados; el aumento no medido de la jornada laboral en estos trabajadores; la degradación de sus condiciones de trabajo, el cambio de la modalidad retributiva de la forma-salario a la forma-renta, la reducción de la existencia a un único ciclo socio-afectivo regido por el trabajo; la pérdida del control del trabajo a manos de los nuevos dictados del mercado y de los pedidos.

El trabajo autónomo se interconecta con el mercado de trabajo en la profusión de nuevos modelos contractuales atípicos, que lo descomponen en variadas formas de prestación de mano de obra caracterizadas por la

flexibilidad y la precariedad y con un progresivo deterioro de las tutelas laborales. En su dimensión política, las propuestas para 'recomponer la subjetividad' de estas nuevas categorías laborales pasan por una acción que se ha de desarrollar en el ámbito del trabajo a través de la reducción de la jornada y, preferentemente, en el ámbito político externo al trabajo mediante las rentas de ciudadanía, que puedan ir más allá del trabajo y alcanzar a otros colectivos como jóvenes o parados.

Todos estos conceptos muestran cómo el análisis del trabajo recobra importancia en la actualidad. Más allá del lugar marginal que le atribuyen hoy los discursos dominantes, el concepto de trabajo parece reafirmar su posición en el eje del debate. Parece evidente que el proletariado industrial ha perdido el lugar central y que las condiciones y la entidad del trabajo han sufrido cambios drásticos, sin embargo, todo esto no desplaza al trabajo, sino que le devuelve un papel esencial y hace confiar a Toni Negri en la posibilidad de "una subjetividad adecuada a estas mutaciones", que pueda articular nuevos conflictos y nuevas experiencias de comunicación y antagonismo.

III. El paro como objeto de estudio: aproximación a las teorías e investigaciones sobre el paro de larga duración

III.- El paro como objeto de estudio: una aproximación a las teorías e investigaciones sobre el paro de larga duración

La existencia de un sector de la clase obrera condenado a la ociosidad forzosa por el exceso de trabajo impuesto a la otra parte, se convierte en fuente de riqueza del capitalista individual y acelera al mismo tiempo la formación de un ejército industrial de reserva.

K. Marx (1979)

Como se ha puesto de manifiesto en capítulos anteriores, el paro es para el amplio campo de las ciencias sociales un objeto de investigación que podríamos calificar de clásico. La obra de Maria Jahoda, Paul Lazarsfeld y Hans Zeisel (1996) *Los parados de Marienthal* (ed. orig. 1933) es quizá el precedente más conocido, pero, anteriormente, los desempleados habían sido sometidos a la exploración de muy variados profesionales de lo social. Incluso cuando aún no contaban con un nombre 'homologado', los 'sin trabajo' eran ya objeto de la mirada escrutadora de trabajadores sociales, moralistas, políticos y reformadores. Desde finales del XIX, proliferan los informes sobre la situación de estos colectivos que despuntan entre el cúmulo de problemas que plantea la espinosa "cuestión social". El pauperismo y el desorden social son generados por una industrialización cuyos costes recaen implacablemente sobre la parte más débil del engranaje. A caballo entre el XIX y el XX, las monografías sociales de Charles Booth o Benjamin Rowntree; los grandes informes de Sydney y Beatrice Webb o de William Beveridge; el naciente periodismo social de Henry Mayhew o Jacob Riis; las narraciones convulsas de Zola en *Germinal* (1885) o de London en *Gente del abismo* (1904), entre otros, constituyen ejemplos destacados de esta percepción del mundo obrero y de sus lacras. Su atenta y detallada observación de los fantasmas de la época les hace acreedores de figurar entre los pioneros de una tradición de estudios que

luego se completarían, especializarían y perfeccionarían metodológicamente en el curso del XX¹³.

Fruto de esta especialización y de la progresiva definición y ajuste terminológico es, precisamente, el estudio mencionado arriba que Jahoda, Lazarsfeld y Zeisel realizan en Alemania 1930. A pesar de ser el más conocido, no es sino una muestra de la inquietud que el desempleo despierta entre los analistas de lo social en esa década. En ese mismo momento, aparece la investigación de E. Wight Bakke (1933) *The unemployed man*, en la que se indaga sobre los efectos de los ya implantados subsidios de desempleo en un barrio de Londres -*Greenwich*-. Igualmente, se desarrollan entonces las grandes encuestas británicas de G. Cole, que en 1937 publica *The condition of Britain*, una síntesis de los trabajos de la *Nuffield survey*, proyecto que se derivaba del primer informe Beveridge. La tradicional actuación de las fundaciones aparece con la investigación *Man without work* (1938), patrocinada por el *Pilgrim Trust*, institución cercana a la Iglesia y formada por personalidades preocupadas por la condición de los desempleados de las zonas industriales inglesas.

En Estados Unidos, las peculiares investigaciones de los sociólogos de la escuela Chicago se acercan al tema del desempleo, pero no será sino hasta los años treinta cuando éste adquiera un mayor protagonismo. La profunda crisis de ese momento, la innovación sociopolítica que supone el *New Deal* y la progresiva institucionalización de la Sociología americana hacen proliferar los estudios sobre el paro. Por añadidura, Wight Bakke y Paul Lazarsfeld recalán en Estados Unidos a mitad de la década y trasladan allí su interés por el paro. En 1937, Lazarsfeld junto a Samuel Stouffer dedican a la cuestión del desempleo uno de los trece volúmenes de su *Research Memorandum on the Family in the Depresión*. El hecho de que dos de los más notables representantes de la Sociología empírica americana consagrasen una atención tan destacada al paro fue otro de los motivos que provocaron una oleada de

¹³ Una información más detallada sobre todos estos precedentes de la investigación sobre la "cuestión social" y sobre las nascentes categorías del paro puede encontrarse en: Carré y Revauger (1995); Bremner (1993); Magri y Topalov (1989); Topalov (1994); Garraty (1979); Pugliese (1993).

pequeños estudios. El estilo de éstos es de corte predominantemente cuantitativo, con una orientación especialmente psicologista y con una marcada focalización sobre la familia. Entre los ejemplos más destacados, se encuentra la investigación que Mirra Komarovsky realiza a principios de los cuarenta, *The unemployed man and his family*. La autora estudia los efectos del desempleo en 59 familias de Nueva York y se ocupa, en concreto, de cómo repercute el paro en los varones *bread-winner* y en la estructura de autoridad. Paul Lazarsfeld dirige esta investigación y su influencia se aprecia en el cariz sistemático que la investigación tiene y en la presencia de los dos de los temas centrales -familia y autoridad-.

John Garraty (1979) reseña un buen número de institutos de investigación social en Europa que demuestran una preocupación por la cuestión del desempleo en la fatídica década de los treinta. Bélgica, Francia, Polonia, estudian los efectos de esta crisis económica en el mundo industrial. En España, sin alcanzar la plenitud de otros países europeos, los informes del Instituto Nacional de Previsión revelan en ese periodo los 'efectos perturbadores' del paro (Cruz, 1990).

Con posterioridad a los años treinta, la Sociología desvía su atención del problema del paro. Las nuevas preocupaciones van más en la línea de conseguir el equilibrio económico post-bélico y conjugar las grandes macromagnitudes económicas y también extender los sistemas de seguridad social. Estas preocupaciones más en el campo de lo económico y de la administración pública hacen pasar a un segundo plano la atención al desempleo. El propio título del Informe de William Beveridge en 1944 -*Full Employment in a Free Society*- o los textos de J. M. Keynes sobre economía política y pleno empleo hacen explícita la posibilidad de alcanzar un estado de pleno empleo que neutraliza los temores del paro persistente de la década anterior. Integrado el paro en una economía regulada y de pleno empleo, las aportaciones de la Sociología se mueven en los campos más técnicos de la definición estadística y de los métodos de contabilización o en áreas colindantes con las disciplinas económicas de mayor auge. Así, ya a finales de

los cincuenta, con los procesos de automatización en las fábricas, se despierta el interés sociológico hacia el desempleo tecnológico. Junto al cambio técnico, la cualificación es otro de los temas que centra la atención y en ella se ve un recurso especializado para mejorar la situación del empleo de los parados y de los muy minoritarios grupos de inadaptados. En cualquier caso, los estudios monográficos, que habían destacado en momentos anteriores, no son la norma durante las décadas de crecimiento de la segunda mitad del siglo XX y solo con la crisis económica de los setenta y la subsiguiente extensión del paro volverían al primer plano.

Antes incluso de comenzar la crisis de 1973, la preocupación por el desempleo había llevado a la OCDE a emprender un informe sobre 'los trabajadores que llevan mucho tiempo en el paro'. Como se puede ver, el concepto 'paro de larga duración' no está entonces acuñado y es tratado en esos momentos de manera muy inespecífica. A. Sinfield, autor del mencionado informe en 1968, habla de un periodo de seis meses para incluir en él a los tan periféricamente denominados 'trabajadores que llevan mucho tiempo en el paro'. Durante los setenta, va ampliándose el criterio temporal hasta imponerse el número de doce meses como criterio estadístico para definir a los parados de larga duración. En los momentos de crecimiento vertiginoso de la primera mitad de los ochenta, se llegó incluso a emplear la cifra de 24 meses, lo que hacía aún más resbaladizo todo este terreno de la definición estadística, pues se hacían más indefinidas las fronteras que separaban las situaciones de desempleo de otras como las de la pobreza y la inactividad. En todo caso, estos argumentos permiten captar bien los movimientos de una categoría administrativa en formación.

En los albores de la crisis de 1973, parece claro que las percepciones de los especialistas sobre el desempleo comienzan a variar. Pocos años antes, en los primeros años de la década de los sesenta, hubiera sido inconcebible permanecer más de un año en paro sin pasar a la condición de inactivo. La prolongación del paro solo se concebía en el marco del desempleo voluntario - de aquellos que dejan pasar el tiempo hasta encontrar un mejor empleo- o en

el mencionado caso de parados que llegado un momento no prolongaban más la situación de desempleo y transitaban hacia la inactividad. La crisis del 1973 va a crear las condiciones de posibilidad de la definición de la categoría de paro de larga duración. La caída del empleo deja ver la no voluntariedad de la mayoría de los parados, que ven dificultado su acceso al empleo y los periodos de paro se prolongan, con ello se justifica la aparición de este nuevo grupo de parados. El desbordamiento de las cifras de parados, que la estadística ratifica de forma implacable y acelerada desde comienzo de los ochenta, crea el caldo de cultivo para nuevas codificaciones y categorías en torno al desempleo.

El fenómeno se extiende por toda Europa y, aunque adopta formas diferentes en cada país, perjudica en todos los casos a los grupos más débiles del mercado de trabajo, aquellos que en la definición social de la actividad económica encuentran menor arraigo y seguridad. En algunos países, afecta más a las edades más maduras, en otros, a los más jóvenes. Las mujeres tienen, en general, una presencia fuerte, pero ello no impide que existan países donde están por debajo de la media, como es el caso del Reino Unido, donde las altas tasas de trabajo a tiempo parcial de las mujeres las protege de las situaciones de desempleo. Los países mediterráneos tienen una predominancia de las edades jóvenes y en los centroeuropeos la variable edad está marcada por la fuerte presencia de grupos de desempleados mayores.

Otro rasgo que va haciendo cuajar la categoría de paro de larga duración es la intervención de las políticas de empleo, que comienzan a orientar progresivamente sus intervenciones en toda Europa hacia estos grupos de parados. Desde finales de los setenta, la definición estadística del paro de larga duración comienza a asentarse en la barrera de los doce meses; esta frontera diferenció dos grandes grupos de parados y medidas particulares para el tratamiento del desempleo de los de mayor duración. Desde las políticas de empleo, se fue definiendo la identidad de este grupo, al cual se le ligaba con dificultades y problemas específicos, diferentes del resto de los parados y que

requerían una atención especial para acertar en sus causas y su posible solución.

El amplio campo de las explicaciones y las causas del desempleo desde las ciencias sociales

El último tercio del siglo XX ha visto crecer la discusión en torno a las causas del paro. Su llegada centra la atención de las ciencias sociales y durante años se convierte en tema de interés prioritario en los programas de investigación. No sería exagerado decir que la falta de trabajo retorna de nuevo al primer plano de las preocupaciones sociales y sería posible encontrar multitud de indicadores que hacen pensar en una reaparición del paro en el terreno de la investigación social. Viejas y nuevas explicaciones se han barajado para interpretar el imparable desempleo que ataca a los países occidentales. Cada una de las ciencias sociales ha aportado su enfoque y se ha alcanzado una profundidad notable, incorporando sistemas de medida y modelos teóricos cada vez más complejos desde la Economía o la Psicología. Ello ha ocasionado un volumen de información gigantesco que no es fácil de sintetizar. La dificultad se acrecienta cuando las variables explicativas se entremezclan y son manejadas por una u otra disciplina. Entonces, las fronteras se difuminan, la capacidad explicativa se hace, tal vez, mayor, pero a la hora de clasificar las diferentes corrientes, tendencias o perspectivas, la cuestión se complica.

El empuje del desempleo ha hecho crecer su amplitud temática y se han multiplicado las conexiones del paro con innumerables aspectos de interés: los juristas han atendido la vastísima regulación jurídica y la diversidad de los sistemas de protección social que se han difundido en torno al desempleo; los pedagogos y educadores han discutido acerca de los vínculos entre la educación y el paro; los psicólogos han apuntado las correspondencias entre la salud y, fundamentalmente, la salud mental y el desempleo; los economistas han analizado las formas de búsqueda, los efectos de los subsidios, las relaciones entre inflación y paro, el tiempo de trabajo, los efectos de las nuevas tecnologías y un largo etcétera de temas vinculados con el paro; los sociólogos han abordado las relaciones de éste con los cambios familiares, las

transformaciones en el sentido del trabajo como valor, los problemas de exclusión, las políticas de empleo. Muchos de estos temas han sido tratados interdisciplinariamente, de hecho, es la forma idónea de hacerlo, pero también la que plantea mayores dificultades a la hora de sistematizar las líneas teóricas que se han generado en torno a la investigación del paro.

Este capítulo tiene como objetivo abordar las aproximaciones de la Sociología a la cuestión del desempleo. En un primer apartado (III.1), expondré algunas de las variables y ámbitos disciplinarios colindantes que los sociólogos han tenido en cuenta a la hora de analizar el paro. La variable económica es fundamental para encuadrar éste y por ello expondremos las diferentes corrientes que desde la Economía han dedicado su atención al desempleo. Igualmente, muchas investigaciones sociológicas han acudido a algunas variables de especial importancia para analizar el fenómeno del paro. Por ejemplo, los argumentos acerca de los efectos de la tecnología aparecen muy frecuentemente en los estudios sociológicos, por ello se les dedicará aquí un espacio. En este mismo apartado, se revisarán, finalmente, las principales aportaciones teóricas de la Sociología al campo del desempleo.

En un segundo apartado (III.2), se prestará atención a las investigaciones sociológicas concretas que sobre la cuestión del paro se han realizado en los últimos veinte años, momento en el cual han proliferado estudios e informes que evidenciaban la preocupación por su imparable ascenso. Primeramente, se tratarán detalladamente las investigaciones de corte cualitativo sobre las vivencias, las prácticas y las representaciones de los parados. Posteriormente, en el apartado (III.3), se abordarán los estudios realizados con un enfoque más cuantitativo en los que se analizan los aspectos sociodemográficos, el volumen de los colectivos más afectados o los riesgos diferenciales de los parados.

III.1.- El paro y las razones económicas: un breve recorrido por las principales teorías

Las explicaciones sobre las causas del paro llenan un capítulo importante en la Economía del trabajo. Los análisis económicos ortodoxos, representados por la teoría neoclásica del equilibrio, confían en la flexibilidad de los precios de

tal manera que toda oferta encuentre una demanda; si se traslada este argumento al mercado de trabajo, el paro no puede existir y si existe, es voluntario —elegido por los propios parados que no aceptan trabajar con los salarios fijados en el mercado—, o bien transitorio —causado por desajustes de adaptación entre la oferta y la demanda de trabajo—. La teoría del equilibrio de precios no contempla la posibilidad de la extensión de los periodos de paro. El paro, tal y como es planteado por el enfoque neoclásico, es un problema de opciones individuales o de desajustes transitorios.

Las propias insuficiencias de las interpretaciones de origen neoclásico hacen emerger explicaciones alternativas. Este es el caso de la explicación keynesiana. John M. Keynes reflexionó sobre la cuestión del desempleo en el contexto de una de las grandes crisis del capitalismo: la crisis del 29. En ese momento y en la primera mitad de la década siguiente, el elevado paro dejó en evidencia las explicaciones que hasta ese momento los especialistas habían dado. Keynes interpretó el fenómeno como causado por una insuficiencia de la demanda global: los empresarios estaban dispuestos a producir, pero no lo hacían por efecto de una baja demanda y así no se creaban nuevos puestos de trabajo. La solución keynesiana: refuerzo de la demanda a través de cualquier medida —programas estatales de obras públicas, ayudas sociales que mantengan el consumo—. En todo caso, no serán los bajos salarios —como propugnan las visiones más ortodoxas— sino una demanda fuerte, que permita la inversión de los empresarios, la que garantizará el pleno empleo.

La explicación neoclásica ha tenido en estas tres últimas décadas nuevas variantes que revisan sus fundamentos originales y que tratan de ponerla al día ante sus dificultades para ajustarse a las realidades del paro. Las reformulaciones actuales contemplan la posibilidad de existencia de desempleo involuntario, ajeno a las decisiones de los demandantes de empleo. Las teorías del salario de eficiencia, de los contratos implícitos y de los *insiders-outsider* muestran cómo el paro involuntario puede existir si las tasas salariales se fijan muy elevadas y los empleadores no tienen necesidad de bajarlas para aprovechar la existencia de parados disponibles. La teoría del

salario de eficiencia explica cómo el empresario puede fijar salarios más elevados de lo corriente para asegurarse la fidelidad y la cooperación de sus trabajadores. La teoría del contrato implícito asegura que los trabajadores firman -implícitamente- un contrato con la empresa mediante el cual se aseguran un ingreso constante independientemente de la coyuntura, en épocas de prosperidad ganarán menos de lo que podrían, pero en épocas de crisis ven asegurada la estabilidad de sus ingresos. El salario que da origen a este ingreso está, sin embargo, por encima del salario de equilibrio, provoca rigideces y, por tanto, paro. La teoría de los *insiders-outsider* ilustra cómo debido a determinadas circunstancias –costes de despido, de adaptación o formación– los empresarios prefieren mantener una determinada plantilla aún a costa de mantener tasas salariales superiores a las que asegurarían el equilibrio del mercado. Los *insiders*, trabajadores con empleo estable, dificultan con su capacidad de negociación y de permanencia en el puesto la entrada de los *outsiders*, trabajadores precarios o parados. (cf. Freyssinet, 1993: 74-75).

Generalmente, las visiones de corte neoclásico concluyen culpando a los parados de su situación por querer ganar demasiado y no aceptar los salarios de equilibrio que el mercado fija; o insinuando que son unos estafadores, pues además de los subsidios trabajan en la economía sumergida o bien argumentando que son unos «vagos» que ven incentivada esta tendencia por los subsidios de desempleo. La teoría de la *job search* ha cuantificado el periodo de paro que los trabajadores pueden permitirse hasta estar más cerca del empleo que proporcione un salario que responda a sus pretensiones salariales. Un subsidio generoso puede incrementar el número de meses de cobertura y crear rigideces salariales que provocarán paro. Cuanto más bajo sea el subsidio, más rápidamente el parado se verá obligado a aceptar los trabajos que se le ofrezcan. A pesar del amplio grado de divulgación que todos estos enfoques han alcanzado, hay que señalar que tienen una limitada capacidad explicativa, que son aplicables a cuotas minoritarias de parados y que no es científicamente riguroso generalizar sus resultados al conjunto de desempleados. En cambio, ideológicamente, han servido para imponer

reformas abusivas en los subsidios de desempleo, para abaratar los despidos y para hacer del parado una figura marcada negativamente por los atributos de vago y defraudador. Los enfoques neoclásicos recubren científicamente una ideología -la del mercado- y unos intereses -los de la empresa-. “El análisis teórico convencional invierte la casuística de manera tan sagaz como infundamentada: no es el salario lo que define el beneficio, sino que mantener alto este último requiere controlar el salario”. (Torres, 1999)

El punto de vista marxista ofrece una explicación estructural del desempleo según la cual la tendencia creciente de los capitalistas a incrementar el capital constante, y a sustituir así el trabajo humano por el de las máquinas, incrementa la productividad del trabajo. Una parte de los trabajadores cede a las máquinas su lugar en la organización productiva. Este proceso de sustitución asegura a los capitalistas una reserva de mano de obra que pueden usar en función de sus necesidades de producción y que además puede servir para controlar los salarios del conjunto de la clase obrera. El «ejército industrial de reserva» es, por tanto, la masa excedentaria de parados producto de las transformaciones de la producción y de la crisis de los sectores económicos tradicionales ante el empuje de la industria.

La influencia marxista se deja notar en dos teorías económicas desarrolladas en estos últimos treinta años: la teoría de la segmentación del mercado de trabajo y el enfoque regulacionista. Comentaremos muy brevemente los aspectos más ceñidos a su explicación del desempleo. Básicamente, la primera analiza las desigualdades que se producen en el mercado a raíz de procesos de segmentación que crean disparidades entre diferentes colectivos de trabajadores de acuerdo con su edad, sexo o etnia. Los trabajadores situados en los segmentos más débiles del mercado de trabajo sufren mayores posibilidades de entrar en paro. Precisamente, el origen de las diversas versiones de la segmentación lo encontramos en las teorías que se desarrollan en los Estados Unidos en los años sesenta, para dar cuenta de la persistencia, e incluso del reforzamiento, de la pobreza en los barrios negros a pesar del fuerte crecimiento económico. Una de la más interesantes aportaciones

dentro de esta corriente es la de los economistas radicales americanos. Para los autores más conocidos de esta escuela (Gordon, Edwards y Reich, 1986), las empresas son los agentes que "estabilizan" la mano de obra que emplean y exportan "inestabilidad" a la periferia del mercado de trabajo. El paro vendría explicado así por estrategias patronales y no por características de la mano de obra. David Marsden ha vinculado la existencia del paro recurrente con la tesis de la segmentación del mercado de trabajo: "se podría mantener la hipótesis de que la precarización de ciertas categorías de empleo contribuye al fenómeno de las entradas frecuentes en el paro y como dicha precarización está concentrada en ciertos segmentos de la mano de obra, ello provocaría una sucesión de empleos cortos seguidos de una sucesión de periodos de paro." (Marsden, 1992: 120).

La obra de Michel Aglietta, *Regulación y crisis del capitalismo*, publicada en 1976, es considerada por muchos como la primera aportación de la escuela regulacionista. Los trabajos que, con posterioridad a la obra de Aglietta van publicándose, dan solidez y diversidad interna a esta escuela, probablemente debido a ello puedan señalarse tantas filiaciones en el variado corpus de esta teoría (Boyer, 1992, Lipietz, 1997). La influencia de Marx, de Keynes, de los institucionalistas americanos es patente en la obra de Aglietta y en las de otros autores regulacionistas. El influjo del marxismo es, no obstante, uno de los que más se deja notar en los conceptos centrales del enfoque regulacionista. Veremos a continuación cuáles son éstos. La versión más extendida de las corrientes regulacionistas parte de una crisis del fordismo como sistema que sustentó la acumulación de capital en la posguerra. Dicha crisis se vincula con el agotamiento de las condiciones que habían permitido la concordancia entre el incremento de la productividad, el de la demanda de productos y con ello la valorización del capital. Las causas directas que mencionan los regulacionistas son: la degradación de la eficacia en la producción debido a la contestación y descontento de los trabajadores, el declinar del potencial productivo de la organización del trabajo fordista y en tercer lugar, se señala una saturación de la demanda de bienes de consumo de masas, con las consiguientes repercusiones negativas en las economías de

escala. Esto pone en cuestión la producción de grandes series de mercancías en que se basa el fordismo, aquejado además por una rígida estructura tecnológica y por una escasa diversificación en la gama de los productos.

A partir de la constatación de la crisis fordista, se ponen en marcha una serie de estrategias económicas y empresariales para introducir flexibilidad en un modelo productivo que pecaba de rigidez. En este contexto, el paro se explica por la reestructuración del modelo fordista que se acomete, decididamente, desde finales de los setenta. La apertura de un mercado de trabajo inestable y los consiguientes cambios en la gestión de la mano de obra es otro de los procesos que avanzan paralelamente al crecimiento del paro.

III.1.1.- El paro y las razones tecnológicas

Los efectos de la tecnología sobre el volumen de empleo han sido una preocupación clásica entre economistas y sociólogos. Durante las décadas de los cincuenta y sesenta, con pleno empleo, los temores que la técnica despertaba en cuanto a la destrucción de empleo no eran fuertes. Para muchos, la relación era incluso considerada positiva, pero con el incremento del paro en la segunda mitad de los setenta, aparecieron opiniones que culpaban de ello a la aplicación de tecnologías en la producción de bienes y servicios. Dos extremos muy polarizados parecen definir el espectro de posiciones en torno al binomio tecnología-empleo. Por un lado, se situarían las posturas más optimistas, abiertamente pro-tecnología y, en sus versiones más extremas, carentes de la mínima percepción de los potenciales efectos negativos de las máquinas sobre el empleo. Por otro lado, encontraríamos las posiciones más pesimistas, que hacen hincapié en los efectos más negativos de las tecnologías sobre el trabajo -descualificación, desempleo, alienación-, como puede observarse, estos aspectos se remiten en buena parte a la crítica marxista clásica. En sus versiones más extremas, estas posiciones pesimistas destacan por una exacerbación apocalíptica que lleva a algunos a prefigurar un horizonte próximo donde el trabajo desaparece. Este pesimismo apocalíptico no necesariamente va ligado a una postura crítica, pero frecuentemente aparece entre los argumentos de sectores de la izquierda.

Los optimistas encuentran la matriz ideológica de sus argumentos en la interpretación de la economía neoclásica: la tecnología no es la culpable del paro, sino otros factores relacionados con las rigideces del mercado de trabajo. Incluso en los casos en que se introduzca la tecnología para ahorrar trabajo, las repercusiones serán positivas en el futuro porque ello llevará al descubrimiento de nuevos métodos productivos que promoverán el crecimiento económico y del empleo. Esta tesis es mantenida, de forma más o menos homogénea, por el *mainstream* de la ciencia económica y por sus corresponsales directos en la esfera política, que divulgan y hacen operativos los principios latentes en esta explicación.

Otras lecturas desde la ciencia económica, desvelan vínculos más complejos entre la tecnología y el desempleo. La interpretación de Schumpeter es un buen ejemplo. Para los schumpeterianos, la tecnología está en el centro del sistema capitalista. La dinámica de invención y difusión tecnológica provoca desempleo, que se concentra sobre todo en los momentos iniciales de difusión de las tecnologías, donde el proceso es controlado por el mundo de los negocios. En este terreno del desempleo, Schumpeter centra su atención en las ondas largas de los ciclos de Kondratieff y en la consiguiente dinámica de 'destrucción creativa' y en los consiguientes vaivenes del paro. En lo relativo al papel de la tecnología en la dinámica del sistema, Keynes compartió los argumentos apenas expuestos, con la salvedad de que él preconizó abiertamente una inversión estatal para orientar la dinámica tempestuosa de los efectos de la destrucción creativa.

Desde la Sociología, puede observarse cierto paralelismo con las corrientes económicas que acabamos de presentar. Una difusa y variada corriente postmoderna (Bell, 1973) compartiría los presupuestos del pensamiento económico liberal y destacaría los beneficios de la tecnología para el advenimiento de una sociedad postindustrial, donde se despliega el conocimiento, la información y los buenos empleos, desapareciendo, únicamente, los empleos descualificados. Bell delinea un modelo de sociedad postindustrial basado en las tendencias que él identifica en Estados Unidos y

que se caracterizaría por las siguientes grandes líneas: la emergencia de la economía de servicios como base principal de la actividad económica; el predominio en la estructura ocupacional de profesionales y técnicos; la centralidad del conocimiento teórico como fuente de innovación; la necesidad de la información para anticipar el futuro. Bell es uno de los primeros sociólogos que insistió sobre la desmaterialización del trabajo, una muy discutible idea que posteriormente ha hecho furor entre los más firmes propagandistas de la sociedad de la información.

Ejemplos de una óptica más keynesiana o schumpeteriana aplicadas a la Sociología los encontramos en los razonamientos de Chris Freeman y Luc Soete (1994) o en el afamado planteamiento de Manuel Castells (1997). Los primeros afirman los movimientos de creación y destrucción de empleo a causa de las tecnologías, pero consideran equivocada cualquier idea apocalíptica que identifique paro y tecnología. Las pérdidas de empleo causadas por las tecnologías podrán reducirse con políticas públicas que promuevan la inversión en los sectores clave del actual paradigma tecnoeconómico de las tecnologías de la información y la comunicación.

Por su parte, Manuel Castells presenta una combinación de las ideas anteriores, en la que a veces no casan bien las consideraciones teóricas con las evidencias empíricas y los datos aportados. En sus propias palabras: "todos los datos apuntan al hecho de que el alto desempleo en los países desarrollados es principalmente un problema de algunos (pero no todos) los países europeos durante la fase de su transición a la nueva economía. La principal causa de este problema no fue la introducción de nuevas tecnologías, sino políticas macroeconómicas equivocadas y un entorno institucional que desalentó la creación de empleo en el sector privado" (Castells, 2001: 310). Los datos que presenta en *La era de la información* evidencian lo complejo y lo inconcluso de la cuestión del desempleo y la tecnología. Por una parte, en un nivel agregado, se observan crecimientos notables del empleo, sobre todo en los sectores punta de la economía informacional y en los países que lideran su difusión. Por otra parte, se

vinculan las tecnologías a procesos de desempleo y dualización generados por el marco extremadamente liberalizador en que se han movido las fuerzas de la competencia.

En la evolución de la obra de Castells la influencia de la variable tecnológica en la explicación del proceso de reestructuración capitalista de los ochenta ha ido variando. En *La ciudad informacional* (1995) -publicada originalmente en inglés en 1989-, Castells otorga un papel central al nuevo modo informacional basado en las tecnologías de la información, que, fundiéndose en un momento concreto con el modo de producción capitalista, ha redefinido el paradigma tecno-económico: “La subyugación del trabajo por parte del capital, el desplazamiento del Estado hacia las funciones de dominación-acumulación de su intervención en la economía y la sociedad y la internacionalización del sistema capitalista para formar una unidad interdependiente a nivel mundial, funcionando en tiempo real son las tres dimensiones fundamentales del proceso de reestructuración que ha dado origen a un nuevo modelo de capitalismo” (Castells, 1995: 58). Esta fusión entre el modo de desarrollo y el modo de producción perseguía las siguientes cuatro metas que traslucían con claridad los intereses latentes en ellas: aumentar el nivel de beneficios del capital privado, encontrar nuevos mercados, controlar el proceso de circulación disminuyendo la inflación y asegurar la reproducción social a través de mecanismos que no pusieran en peligro el cumplimiento de las tres anteriores metas.

Sin embargo, en la segunda edición de *La era de la información* -editada en español en 2001-, la tecnología ha perdido peso en cuanto a su papel como factor de explicación de la salida de la crisis y de la instauración del infomacionalismo. Sigue siendo un factor primordial, pero aparece cada vez más difuminada la lógica y los intereses que hacen funcionar ese enorme potencial que aportan las tecnologías de la información. La metáfora de la red y su manera neutra de definir la economía global introducen un grado elevado de abstracción y provocan una reducción del potencial explicativo de los trabajos de Castells. Algunos párrafos introducidos recientemente en *La era*

de la información reflejan esta evolución del autor: “la economía global es ahora una red de segmentos interconectados de economías que desempeñan conjuntamente un papel decisivo en la economía de cada país y de muchas personas” (ibid. p. 184-5). Su manera de interpretar el funcionamiento de los mercados financieros, que él considera una pieza cada vez más esencial para entender la globalización, es sintomática del giro hacia la abstracción de la obra de Castells, en la que actualmente los grandes procesos sociales parecen incausados. La siguiente cita representa respecto a los mercados financieros es un buen ejemplo: “un modelo cada vez más impredecible en el que la valoración puede, en última instancia, decidirse por combinaciones fortuitas de múltiples factores que se recombinan en niveles crecientes de complejidad a medida que se sigue acelerando la velocidad y el volumen de las transacciones” (ibid. p. 197). Los actores económicos parecen haber desaparecido o, peor aún, haber sido fagocitados por un sistema que parecería moverse solo.

En un reciente informe para la OCDE firmado junto a Martín Carnoy, Castells considera que las nuevas tecnologías son un instrumento positivo para el trabajo y la gestión económica: aportan flexibilidad a la organización de la producción y generan aumentos de productividad. Ambos aspectos cierran un balance positivo a su favor, a pesar de que los múltiples estudios citados en el texto no permitan obtener conclusiones determinantes sobre los efectos de las tecnologías en el empleo. Las tesis sobre la descualificación provocada por las tecnologías o sobre el ‘fin del trabajo’ son rechazadas por los autores.

Jeremy Rifkin (1996), uno de los divulgadores más nombrado de esta última tesis del ‘fin del trabajo’ y, consiguientemente, uno de los más recientes exponentes de la postura pesimista sobre los efectos de las tecnologías sobre el trabajo, mantiene una postura diferente. Para él, la sociedad moderna rinde un culto exagerado a la tecnología. Sus principales portavoces consideran que por sí sola es capaz de resolver los problemas centrales de nuestra civilización. Muchos economistas participan de este triunfalismo argumentando que crea más empleos de los que destruye. Rifkin considera

que la nueva revolución tecnológica no da la razón a estas teorías optimistas. Según él, la informatización está destruyendo empleos en todos los sectores y va camino de crear un paro tecnológico estructural. Para sustentar su tesis, dedica varios capítulos de su libro a poner ejemplos sobre el *fin del trabajo*, donde se está generando un modelo de sociedad dualizado en el cual los ganadores resultan ser los que mejor posicionados están de cara al cambio tecnológico -una minoritaria elite del conocimiento y de la empresa-. Frente a estos se encuentran las clases intermedias peor situadas en el reparto de las nuevas competencias tecnológicas, las masas de trabajadores descualificados de los malos empleos y los parados. Estos últimos están condenados a convertirse en la reserva de mano de obra del nuevo modelo de capitalismo.

Compartiendo esta posición pesimista, Luciano Gallino (2000) ha alegado que el círculo virtuoso tecnología-empleo está hoy roto de forma estructural. Mantener que las tecnologías crean más puestos de trabajo de los que destruyen es fiarse más de los gráficos y las estadísticas que de la realidad. Los procesos productivos, la organización de las empresas y las aplicaciones tecnológicas se caracterizan hoy por mostrar más que nunca su violento rostro de *jobkillers*. El pregonado crecimiento del empleo en el terciario está muy limitado pues muchas de las ocupaciones que ahora están creciendo son susceptibles de ser informatizadas y decaer en sus posibilidades de creación de empleo. Gallino indaga sobre los potenciales factores de pérdida de empleo y recorre para ello las principales tendencias actuales: la globalización y sus correspondientes procesos de deslocalización; la intensificación del trabajo que se produce con la ayuda incalculable de las nuevas tecnologías y que posibilita concentrar el trabajo en menos manos; finalmente, los nuevos estilos organizativos -el *outsourcing* o el *downsizing*- combinan un uso sistemático de la telemática con un deseo de ajuste permanente de las plantillas. Cualquier idea de un uso intensivo de mano de obra es hoy un resto del pasado.

Sin volcarse tan decididamente en estas posiciones más extremas, se alza entre los críticos una actitud más moderada que, sin dejar de resaltar los

efectos de las tecnologías sobre el trabajo, no achacan a estas de todos los males del empleo. En estos casos se analizan los procesos ya en marcha de reorganización de la producción, deslocalización, flexibilización, se señalan las nuevas desigualdades, se valoran los usos de las tecnologías, los intereses actuales que las gobiernan, sus conexiones con la política económica. Más que por la indeterminada contabilidad de empleos perdidos, estas posturas ponen sus miras en los cambios a gran escala que las nuevas tecnologías están generando en el mundo del trabajo, fundamentalmente, una diversificación de las situaciones de trabajo. Aunque se pueda verificar un descenso del empleo en las ocupaciones más estandarizadas, con alta competitividad internacional, esto no ha de llevar a la conclusión de que el trabajo humano desaparece.

Hoy puede sólo decirse que es exagerado culpar a la tecnología como causa única del paro —no en todos los países occidentales existe un paro masivo y en todos ellos se han producido innovaciones tecnológicas considerables—. A pesar de que haya que considerarla como una causa importante de destrucción de empleos, no conviene generalizar demasiado la capacidad de la variable tecnológica para explicar el paro. Las últimas discusiones contraponen el «efecto destrucción» al posible «efecto sustitución», que implicaría la creación de nuevos empleos siguiendo la estela de la innovación tecnológica.

Son muchos los que señalan que la tecnología ni crea ni destruye empleo. Es su utilización, más o menos imaginativa, la que puede hacer de ella una fuente de oportunidades para el empleo y el confort de las personas o bien una diabólica devoradora del trabajo humano. En estos últimos quince años, las innovaciones tecnológicas se han usado, por parte de los empresarios —que son quienes deciden su implantación y uso—, para ahorrar costes a través de dos vías: reduciendo directamente puestos de trabajo y lanzando la amenaza de la sustitución de cualquier trabajador por una máquina. Desde este punto de vista, la causa del desempleo no es la tecnología, sino su uso en un contexto determinado. La actual revolución de las tecnologías de la

información se ha convertido en el instrumento privilegiado de control de la fuerza de trabajo en esta última década.

III.1.2.- El paro y las razones sociológicas

El énfasis en las variables socioculturales a la hora de explicar el paro es una preocupación reciente. La tradición económica ha marcado durante años el estilo de análisis hacia el desempleo. En ocasiones, se ha dicho que del paro se ocupaba la Economía, con sus gráficos, modelos y tasas. Un mero indicador del quantum que, sin embargo, no abarca todas las dimensiones que la cuestión del paro presenta: este no es un mero desajuste entre oferta y demanda de empleo, sino un problema de integración social. Los parados quedan así despersonalizados en este enfoque economicista y abstracto, que se presta poco a detallar sus vivencias y actitudes. En esta división del trabajo científico, los desempleados pasaban a un desdibujado segundo plano en el que las demás ciencias sociales se ocupaban de ellos con poca diferenciación, sobre todo en lo que se refiere a la Psicología y a la Sociología. Esta falta de delimitación se observa bien en los estudios clásicos sobre el desempleo que hemos reseñado al inicio de este capítulo, en ellos se entremezclan muchas preocupaciones y métodos de investigación de estas dos disciplinas.

Frente a esto, en el último cuarto del siglo XX se ha asistido a una progresivo auge de la Sociología en el análisis del paro, que ha introducido en su estudio las diferenciaciones entre lo macro y lo micro, la estructura y los sujetos, el mundo de las representaciones y otros debates centrales de la disciplina. El número de investigaciones ha crecido de forma notable, la diversificación de temas a que han atendido los sociólogos se ha ampliado y su presencia se ha podido expresar desde la más alta teoría hasta la intervención social y la planificación de programas operativos de índole absolutamente práctica. Por otra parte, la propia evolución del paro en estos últimos veinte años ha diversificado los colectivos afectados y los tipos de desempleo, con ello ha crecido la complejidad del objeto de estudio y la necesidad de profundizar en perspectivas no economicistas -incluso la propia Economía ha atendido a estos

cambios¹⁴-. El paro industrial clásico, que afectaba a los varones de edades intermedias víctimas de las crisis industriales, era, hasta los setenta, básicamente la única manifestación en que se mostraba la exclusión profesional. En los ochenta, éste ha mostrado una renovación y una pluralidad de formas, incluyendo los problemas de los jóvenes o de las mujeres y, por tanto, todas las temáticas relacionadas con la inserción, con la segregación, con la definición de actividad e inactividad laboral. En ese mismo momento, los cambios en la gestión de la mano de obra han llevado igualmente a nuevas formas de expresión del desempleo. La flexibilidad y los nuevos usos en el tiempo de trabajo han introducido conexiones entre los periodos de empleo y desempleo. La institucionalización del paro y los laberintos administrativos incorporan, igualmente, una variable imprescindible para quien se acerque al análisis del desempleo -el INEM se crea en 1978 y desde 1980 hasta hoy encontramos una extensa producción legislativa-.

Evidentemente, todos estos aspectos obligan a una revisión de los modos de estudio y de los procedimientos de investigación. Cada vez son más las líneas de investigación que reclaman una atención que vaya más allá del enfoque económico, entre otras:

- la ya mencionada diversidad de colectivos, que, sociodemográficamente, amplía los rostros del paro;

¹⁴ En un intento por conseguir modelos más complejos de interpretación del paro, Layard, Nickell y Jackman (1994) han tratado de dar relevancia a las variables políticas y sociológicas: la duración de los subsidios; su peso en el nivel de renta; la evolución de la inflación; el gasto en políticas de empleo; el grado de extensión de la negociación colectiva y el grado de coordinación sindical y empresarial. Otro intento conciliatorio se encuentra en los trabajos en Francia de Jacques Freyssinet (1993), para él, una vez que los factores económicos han disparado la prolongación de las situaciones de paro, otros aspectos, sociales, culturales e individuales influyen para determinar las diferentes expresiones de éste, su incidencia sobre los colectivos por edad o sexo y las diversas configuraciones nacionales. Por tanto, el paro de larga duración está ligado inicialmente a la evolución del paro en general, pero ha de entenderse en relación con el ciclo de vida y las trayectorias de los afectados. Es en estos dos aspectos en los que habría que centrarse para configurar un marco de análisis del desempleo. No hay que descuidar la importancia de los factores sociales, como podrían ser las políticas de empleo, las estructuras familiares y la emancipación juvenil o la configuración del sistema educativo, todos ellos intervienen directamente en el paro de larga duración y desconectan la evolución de éste de la tasa de paro global y del ciclo económico.

- la ubicación del paro en el ciclo de vida y los cambios en los modos de convivencia familiar;
- la redefinición de las continuidades y las rupturas entre ocupación, actividad, inactividad, desánimo, con las sucesivas transiciones entre todas estas posiciones;
- las conexiones del paro con la exclusión social y hasta los propios cambios en la centralidad del trabajo como proceso de organización social -aunque el trabajo sigue siendo fundamental para la vertebración de las sociedades, su crisis relativa de centralidad redefine también el lugar del paro-;

Todos estos aspectos son cada vez más importantes a la hora de investigar el desempleo. Van más allá de meras perturbaciones económicas en la demanda de trabajo y exigen una atención específica desde la Sociología. En todo caso, la complementariedad de ésta con los enfoques económicos es esencial porque puede explicar, en palabras de Paolo Calza Bini y Enrico Pugliese (1992), el porqué del quién, aportando a las variables económicas las variables sociológicas, analizando las condiciones no económicas que actúan sobre la economía. El racismo institucional, que sitúa a los inmigrantes en estatus deficientes de cara a la empleo o la segregación sexual, que devalúa y fragiliza la participación laboral de las mujeres son buenos ejemplos de la necesidad de fusionar explicaciones sociológicas y económicas.

Este replanteamiento de las relaciones entre la Economía y la Sociología frente al estudio del paro no es más que un síntoma de los conflictos a que ha dado lugar el papel que lo económico ha ocupado en las sociedades industriales. Por lo general, la Economía ha creado una idea del paro como algo coyuntural o estructural, pero casi siempre ligado a alteraciones del sistema económico. Esta preeminencia de lo económico sobre lo social (Perret y Roustang, 1993) obliga hoy a una revisión epistemológica acerca de cómo los hechos económicos pueden regular los sociales y sobre la necesidad de aproximar la economía a la ética y a la cultura. Todas las dimensiones de desigualdad que hemos reseñado en los párrafos anteriores ponen en cuestión el lugar de la economía como registro pertinente de expresión y resolución de

los conflictos sociales. La primacía de la racionalidad económica relega lo social -y su análisis- a un segundo plano y conduce a un empobrecimiento creciente de las explicaciones que pueden clarificar las conexiones entre la producción de las estructuras objetivas y la producción de roles sociales.

En el meollo de esta crisis de la sociedad del trabajo, Margaret Maruani y Emmanuelle Reynaud (1993) han propuesto analizar los movimientos del empleo como construcción social y no como meras tendencias económicas: el estatuto respecto al empleo contribuye al diseño de los estatus sociales de las personas, de las clases sociales y de los procesos de estratificación. Con su propuesta de una Sociología del empleo, tratan de enclavar el paro más allá de sus características individuales y de investigar sobre las "dimensiones constituyentes del fenómeno y de sus rasgos explicativos en relación con el mercado de trabajo" (ibid. p. 45): sobre los modos de entrada en el paro y la carrera laboral anterior; sobre la duración del paro y sus etapas; sobre la influencia de sucesos ocurridos en ese periodo (efectos de las indemnizaciones, de las acciones de política de empleo); sobre los modos de salida del paro y sus consecuencias a medio plazo (ingresos, tipo de contrato, condiciones de trabajo, etc.). En resumen, todo un programa de investigación sobre la Sociología del paro que revela la complejidad de éste y la importancia de considerar las trayectorias vitales.

En la frontera entre la economía y la Sociología del trabajo, se localiza una de las líneas de investigación que ha renovado el enfoque del análisis del trabajo, se trata de la llamada perspectiva de las '*logiques sociétales*', desarrollada a principios de los ochenta en Francia por Marc Maurice, François Sélrier y Jean-Jacques Silvestre (1982), quienes inicialmente realizaron un estudio entre los sistemas educativos e industriales alemanes y franceses. Basándose en el método comparativo de análisis de casos, estos autores comprobaron que, a pesar de contar con estructuras económicas y técnicas similares, ambos países mostraban una organización diferente de las relaciones laborales. El '*effet sociétal*' hace que en cada lugar las diferentes instituciones se combinen de manera distintiva, dotando a cada país de lo que

Gøsta Esping-Andersen (1999) ha llamado las idiosincrasias nacionales para referirse a los modelos de paro y empleo de los países que ha estudiado. Uno de los estudios hoy ya clásicos que parte de este enfoque comparativo para estudiar el paro y sus variantes nacionales es *¿Por qué unos países tienen más paro que otros?* donde Goran Therborn (1988) trata la importancia de los factores sociopolíticos para determinar la tasa de paro.

De esta manera, los sistemas sociales articulan lógicas diferentes para relacionar recursos y necesidades de mano de obra. Así, podría decirse que en los diferentes países de Europa se han creado definiciones «socialmente aceptables» de paro, que están regidas por la configuración institucional propia de cada nación. Frente a situaciones de desequilibrio en el mercado de trabajo, los trabajadores de un determinado país preferirán, por ejemplo, permanecer en paro que aceptar un empleo que pueda suponer un descenso en la escala social. Este tipo de actitudes y percepciones diferenciales ante el desempleo fijará distintos niveles de paro entre países. Odile Benôit-Guilbot y Duncan Gallie (1992) coordinaron una recopilación monográfica de informes sobre la situación del paro de larga duración en Europa. El propósito de su trabajo fue el de profundizar en la perspectiva de las '*cohérences sociales*', es decir, en la manera en que cada sociedad funciona como un sistema: "instituciones políticas, formas de negociación salarial, prácticas de división del trabajo, sistema formativo, papel y peso del Estado, estructura de clases deben ser analizadas y relacionadas para llegar a comprender, en cada país, la estabilidad del paro de larga duración" (Benôit-Guilbot y Gallie, 1992:30). Es a través de todos estos aspectos como puede captarse la especificidad del paro de larga duración y convertirse éste en un objeto de investigación autónomo respecto al paro en general, cuestión que discuten a fondo los autores de los diversos informes nacionales que se recogen en la obra.

Desde un punto de partida que podría enclavarse en un constructivismo de raíz interaccionista, Didier Demazière ha investigado la crisis de las representaciones del paro combinando los enfoques macro y micro, las determinaciones estructurales y las contingencias biográficas. Su hipótesis es

que el surgimiento del paro de larga duración conduce a transformaciones en las categorías, en las representaciones y en los estatutos del no-empleo y, consiguientemente, lleva aparejados cambios en las identidades y los nuevos tratamientos del desempleo. Para Demazière, las 'categorías' suponen recursos cognitivos y performativos contruidos y utilizados por los actores para desarrollar sus actividades en el mundo social, en otras palabras, se refiere a las normas. Estas categorías normativas están objetivadas, existe un acuerdo amplio sobre qué designan, pero no son absolutamente prescriptivas en términos de determinar el comportamiento de los actores. Las categorías no son fijas, cuando el acuerdo que las sustentaba se viene abajo ya no son operativas socialmente ni pertinentes para los sujetos: son categorías que entran en crisis. En *Le chômage en crise* (1992), Demazière analiza precisamente la crisis actual de las categorías que se han articulado en torno al paro. Crisis tanto de las que el denomina 'categorías de representación', que suponen actividades de formalización realizadas por las instituciones y que en el caso del desempleo se concretan en definiciones estadísticas, reglas administrativas, convenciones y procedimientos de gestión; como también de las llamadas 'categorías identitarias', que suponen procesos de negociación entre los individuos en paro y los agentes de los servicios de empleo y que generan definiciones de identidades.

El primer tipo de categorías, las de representación, orientan las percepciones y las representaciones sociales, permiten definir tipos de fenómenos y procesos en un nivel macrosocial -como por ejemplo el parado de larga duración, que merced a este proceso de categorización es definido, contabilizado, clasificado respecto a otros parados y tratado con medidas concretas-. El segundo tipo de categorías, las identitarias, organizan la comunicación entre los actores y se producen en el curso de las interacciones, en un nivel microsocia. Merced a éstas, los parados se reconocen y son reconocidos por los agentes de los servicios de empleo en un proceso comunicacional complejo. La intención principal de Demazière es analizar cómo se produce la construcción social del paro de larga duración, cómo entra en crisis una representación del paro y cómo surgen nuevas identidades.

El autor comienza realizando un recorrido histórico por las categorías de representación del paro. Los trabajos de Robert Salais y Christian Topalov sirven a Demazière para reconstruir el surgimiento de la categoría de parado, su tratamiento social, los cambios a lo largo del último siglo, las formas de representación -la medición estadística, la diferenciación respecto a otros grupos de asistidos-. A estos dos aspectos dedica un espacio considerable dada su capacidad de crear definiciones sociales. Ello le conduce también a realizar un análisis de carácter descriptivo sobre los colectivos más relevantes que prolongan actualmente sus periodos de paro y a determinar sus problemas y su potencial de empleabilidad. Para Demazière, el paro de larga duración, además de un proceso de construcción de representaciones e identidades, resulta ser un indicador privilegiado “para observar múltiples fenómenos que afectan a la sociedad francesa contemporánea y desestabilizan los modelos hasta ahora conocidos: cambios en el sentido del trabajo, crisis de las políticas de empleo, confusión en la definición de las categorías que sirven para definirse como parado, transformaciones en los ciclos de vida”. (Demazière, 1995:122). El paro resulta ser un auténtico analizador de las actuales transformaciones en el mundo laboral.

Didier Demazière es uno de los autores que han analizado monográficamente el paro de larga duración desde la perspectiva constructivista que acabamos de detallar. Este autor tiene un precedente que conviene mencionar siquiera brevemente. Se trata de Robert Salais, cuyos trabajos propios, o realizados junto a Nicolas Baverez y Béatrice Reynaud, son pioneros en esta aproximación constructivista al paro. Precisamente con estos últimos autores escribe *L'invention du chômage* (1986), que representa un trabajo pionero en esta línea de investigación orientada a rastrear el origen histórico de la categoría de paro, y que tendría una continuidad con aportaciones muy destacadas de Christian Topalov (1994), Alain Cottureau (2000), Muller (1993) o el más reciente de Christine Daniel y Carole Tuchsirer (1999). Robert Salais es asociado frecuentemente a la corriente de la teoría de las convenciones o la economía de las convenciones. Un buen número de autores franceses integrados en esta perspectiva han desarrollado interesantes estudios sobre

procesos de categorización social y sobre el peso de las instituciones, normas y convenciones en la creación de grupos, colectivos o procesos como, por ejemplo, el caso del desempleo. Algunos representantes de esta corriente han dedicado sus investigaciones al mundo del trabajo, analizando las clasificaciones socio-profesionales (Desrodières y Thévenot, 1996) o la génesis de los cuadros técnicos (Boltanski, 1982).

La variada corriente convencionalista plantea una renovación sobre la discusión clásica sobre individuo-sociedad. Una de sus premisas es que esta diatriba puede solucionarse planteando el análisis de la forma en que los acuerdos se generan. Su postulado general es que los seres humanos viven en sociedad y entran en relación con los otros. Los actos han de ser comprensibles y aceptables para el otro, que también ha de justificar su comportamiento. El individuo se vincula así a la sociedad mediante el 'imperativo de justificación' (Boltanski y Thevenot, 1991), este principio establece los acuerdos respecto a las normas superiores comunes o 'convenciones', las cuales permiten coordinar intereses contradictorios que provienen de lógicas diferentes, pero que necesitan formar acuerdos para poder satisfacerse.

El enfoque genético de Robert Salais a la hora de estudiar la invención del paro revela cómo este surge como categoría social a partir del momento en que se elaboran modelos de representación del trabajo y se objetivan en procedimientos e instituciones, cuya función consiste en dotar a los agentes de instrumentos para orientarse en sus acciones y gestionar sus relaciones con otros agentes. Entre otros ejemplos de objetivación de esta producción institucional del desempleo y de sus instrumentos, Salais señala las prácticas documentales de las instituciones, como 'formas sociales objetivadas' que permiten coordinar y controlar las relaciones entre los diferentes segmentos de la organización. Señala también los cambios de prácticas de los trabajadores sociales, que en un determinado momento histórico comienzan a sustituir el juicio subjetivo sobre un sujeto por el informe encuesta, lo cual

contribuye a objetivar los datos en un procedimiento estándar y lleva a un cambio en la toma de decisiones y en las representaciones sociales.

Cabría mencionar para cerrar este apartado la tesis que Philippe d'Iribarne (1990) aporta para el caso francés, pero que como en otras ocasiones puede perfectamente extrapolarse al caso español. En *Le chômage paradoxal* expone la idea, de marcada orientación sociológica, de que una de las explicaciones actuales del paro está relacionada con el rechazo por parte de los parados de un empleo, incluso bien remunerado, si este supone un descenso en la escala de prestigio. Esta 'lógica del honor' prolonga las situaciones de paro hasta que aparezca un empleo que se adecue a las expectativas del parado y no dañe su dignidad. En periodos de crisis, este ajuste entre los empleos se dificulta y el paro de larga duración se incrementa. Probablemente, esta tesis o versiones semejantes no sean privativas de nuestros días. Cualquier periodo de crisis con penuria de empleo y descensos salariales ha podido llevar a los trabajadores a rechazar empleos devaluados, pero la situación actual de inflación de las credenciales educativas eleva el listón del ajuste entre la realidad del empleo y las expectativas de los parados.

III.2.- El paro en el contexto de la crisis del empleo: conceptos e investigaciones colindantes a la cuestión del desempleo

Las anteriores líneas de investigación que he referido tienen el paro como objeto central de estudio. Sin embargo, es preciso hacer referencia al rico panorama de investigaciones que se ocupan de temas colindantes con el desempleo y que, aunque no lo analizan monográficamente, lo contemplan como una variable principal. De hecho, hoy es muy difícil desvincular el análisis del paro de otras circunstancias con las que mantiene estrechas relaciones causales. Tanto es así, que habitualmente lo encontramos emparejado con cuestiones a las que parece ligarle un vínculo indisoluble: paro y precariedad, paro y juventud, paro y pobreza, entre otras. En buena medida, estas relaciones son inherentes a la lógica de la investigación sociológica y enriquecen los resultados finales. Sin perder el hilo de este capítulo dedicado a revisar el estado de la cuestión en la investigación sobre

el paro, en este apartado concreto, se explorarán las mencionadas conexiones del desempleo con temáticas cercanas y se expondrán algunos de los conceptos o enfoques teóricos que provienen de investigaciones dedicadas a dichas temáticas. Se han seleccionado cuatro grandes áreas que recogen interesantes estudios en los que sistemáticamente aparece el paro: la cuestión de la precariedad, la temática de la exclusión social y la pobreza, la cuestión urbana, la inserción juvenil. A veces es incluso difícil deslindar entre todos ellos, pues no solo tienen relación con el desempleo, sino también entre sí, mezclándose la dimensión laboral con la urbana o con la de la edad y cruzándose situaciones de acumulación de problemas que la realidad, desgraciadamente, confirma.

El objetivo de este apartado no es realizar un repaso exhaustivo de las investigaciones sobre cada una de las áreas mencionadas en el párrafo anterior, sino referir las más relevantes y extraer aquellas tesis o conceptos que puedan enriquecer más los estudios sobre el paro. Comenzaré por las investigaciones que han analizado las relaciones entre éste y la precariedad laboral.

III.2.1.- Las investigaciones sobre precariedad laboral y desempleo

Como resultado de las mismas estrategias empresariales, la precariedad laboral y el paro se difunden simultáneamente, son gemelas. Las conexiones entre ambas dinámicas laborales son tan estrechas que solo pueden ser analizadas conjuntamente. De hecho, una de las dimensiones centrales de la precariedad es la corta duración de los contratos, lo que promueve un círculo vicioso de paro-empleo que ratifica los vínculos indudables entre ambos y confirma su mutua filiación con un mismo proceso matriz: la desestructuración del mundo industrial y los procesos de flexibilidad laboral. Las transformaciones técnicas, las nuevas estrategias de gestión de la empresa, la reestructuración y desaparición de ramas enteras, la crisis sindical y política de las organizaciones obreras producen todas ellas efectos tanto en el paro como en la precariedad. La presión del desempleo ha venido creando una atmósfera en la cual los empleos precarios resultaban ser un mal

menor, el objetivo era conseguir un empleo a toda costa para librarse del paro. Sin embargo, esta lógica binaria de con/sin empleo solo es cierta aparentemente y válida para el corto plazo, pero en la realidad acaba imponiéndose la lógica procesual y la necesidad de analizar el medio-largo plazo. Conseguir un trabajo en este mercado laboral del subempleo da pocas garantías de estabilidad y continuidad y afianza el armazón del paro. Las buenas investigaciones que han abordado de forma dinámica las situaciones de crisis han llegado a la conclusión de que el paro resulta ser un momento de la precariedad, y viceversa. Si negar la importancia que un empleo -sea cual sea- tiene para una persona parada, no es muy positivo omitir o desconocer las consecuencias que la precariedad laboral produce en el terreno del paro.

Las investigaciones que aquí se presentan parten de esta necesidad de reconocer las correlaciones entre paro y precariedad. Únicamente se hará referencia a estudios sobre el terreno, predominantemente cualitativos y que, por sus hallazgos, puedan ser representativos de los vínculos entre paro y precariedad. Uno de los ejemplos más destacados por su calidad es la serie de investigaciones llevadas a cabo por Stéphane Beaud y Michel Pialoux en las fábricas francesas de Peugeot y agrupadas en el volumen *Retour sur la condition ouvrière* (1999). Estos dos sociólogos siguen, desde 1983, las transformaciones en el mundo industrial y tanto el escenario que eligen, como el método que adoptan -el estudio de caso monográfico a base de observación sobre el terreno y entrevistas a los obreros- les permite establecer diferencias en la morfología de colectivo obrero, seguir las trayectorias, analizar las diferentes percepciones de los trabajadores jóvenes y mayores, contemplar las dinámicas internas y externas al centro de trabajo. En sus quince años de seguimiento ha ido cobrando forma este nuevo periodo de 'obreros sin clase obrera' marcado por la desvalorización del trabajo industrial, la debilidad de la resistencia colectiva, la crisis de la militancia sindical, los conflictos generacionales en torno a la fábrica y el ascenso de un paro masivo causante de vulnerabilidad.

Probablemente, su último periodo de investigación, centrado en las pequeñas empresas proveedoras subcontratadas por *Peugeot*, sea el que mejor refleja la degradación de las condiciones de trabajo en la industria. Estas empresas elevan al máximo rango la precariedad institucionalizada: utilización masiva de los contratos temporales a través de las agencias de trabajo temporal, turnos y ritmos de trabajo desenfrenados, contratación casi exclusiva de jóvenes, sobre los que se ejerce una fuerte presión a través del paro, que promueve una fuerte competitividad y una atomización de la sociabilidad obrera. Resulta de particular interés en su trabajo el análisis de las conexiones entre el mundo laboral, el escolar y las estrategias y trayectorias de los jóvenes en el marco de la familia. Esta ampliación del terreno les permite comprobar cómo se generan situaciones diferentes basadas en la complejas raíces que nutren el paro y la precariedad. Distinguen dos grandes tipos de trayectoria diferenciadas por el componente educativo. Por una parte, los jóvenes cualificados, que han prolongado sus estudios y a los que la crisis del paro no les ha dejado otra salida que trabajar en la fábrica, viven como relegación y 'desclasamiento' este destierro a la fábrica y el trabajo manual es vivido con frustración. Las expectativas prometedoras de su periodo de estudios para alejarse del mundo fabril que habitaron sus padres no se cumplen. Las actitudes que genera esta situación son de distanciamiento del trabajo, de rechazo a un potencial futuro obrero y un sentimiento de no pertenencia a sus orígenes obreros. El desencanto de estos "hijos de la democratización escolar" (Beaux, 2002) es uno de los costes de esta estrategia educativa que ha fragilizado a muchos jóvenes procedentes de medios populares.

Por otra parte, un segundo grupo de jóvenes trabajadores no cualificados, con itinerarios educativos más cortos, sufre igualmente las consecuencias de la vulnerabilidad laboral y del paro. En este caso, su carencia educativa les coloca en posición de inferioridad con los más cualificados y fragiliza su situación laboral. Las empresas aprovechan esta circunstancia para aplicar sobre ellos un suplemento de precariedad apoyándose en la amenaza del paro. Salta a la vista cómo las investigaciones de Beaud y Pialoux conjugan las

dinámicas del paro y de la precariedad y utilizan un marco explicativo muy consistente para confirmarlas.

Algunos autores (Decouflé, 1983; Godinot, 1984) utilizan el concepto de trabajadores subproletarios para referirse a las franjas más precarizadas del mercado de trabajo. En concreto, Xavier Godinot realiza una temprana investigación sobre estos colectivos y su lugar en lo que denomina 'economía de la impureza', en alusión a la dureza y la suciedad de las ocupaciones 'vergonzantes' que realizan. Las sesenta familias que analiza en su estudio forman parte de la fracción más pauperizada del mercado de trabajo y Godinot vincula su situación ya en esos inicios de los ochenta, con la sucesión de periodos de empleo y paro, enfermedad o inactividad. El paro crónico que la crisis económica ha traído consigo ha multiplicado las privaciones que estos trabajadores acumulaban anteriormente. Su análisis de inspiración marxista se detiene en una actualización del concepto de 'ejército industrial de reserva' o de 'sobrepoblación obrera relativa'. Con las distancias que la actualidad impone, Godinot considera que los trabajadores subproletarios juegan un papel importante en el sistema como grupo amortiguador de los cambios estructurales que se producen en la economía y describe su lugar en la división del trabajo ocupando los cambiantes trabajos descualificados del sector servicios, los puestos de mayor eventualidad y estacionalidad, viviendo los vaivenes de la construcción o del sector público a la hora de crear empleo y ocupando un lugar preferente en la economía de las chapuzas.

En una investigación más reciente, Michèle Leclerc-Olive y Sylvie Engrand (2000), estudian los efectos de lo que se podría llamar precariedad de larga duración. A través de entrevistas en profundidad y materiales escritos de los investigados, y partiendo de una perspectiva interaccionista, indagan sobre cómo la precariedad crea una circularidad que hace perenne el trabajo precario. Si el paro se caracteriza fundamentalmente por vivencias de falta, la precariedad despierta para sus investigados vivencias de incertidumbre y, en los casos más graves, una ausencia absoluta de proyecto sobre el futuro. 'Vivir al día' es la consigna para organizarse, la precariedad 'recorta el

horizonte temporal'. Utilizando el concepto de 'rutina', desarrollado por autores interaccionistas, intentan demostrar cómo ésta proporciona una estabilidad que permite asentar un proyecto de futuro. En el caso de los trabajos ocasionales precarios, esta rutina no existe, pues solo cabe la incertidumbre. El lugar concedido al sujeto en esta investigación posiciona a las autoras en un optimismo que se apoya en la posibilidad de una apertura al cambio que contiene la propia imprevisibilidad.

Desde una perspectiva comprensiva similar a la anterior, Catherine Faure-Guichard investiga cómo viven su trabajo los trabajadores de las empresas de trabajo temporal. *L'emploi intérimaire* (2000) se basa en 40 entrevistas de carácter biográfico en las que se recogen las trayectorias objetivas de los trabajadores, las representaciones que tienen del trabajo y el sentido que dan a sus vivencias. La autora realiza una tipología que distingue tres formas de entender el trabajo en las ett's: como inserción, como transición y como profesión. El primero está relacionado con la progresiva dilatación de la edad de entrada en la vida adulta. Esta prolongación impulsa a los jóvenes a usar estas empresas como un primer apoyo en su camino al estatus de activo. El uso instrumental que se hace de ellas y su labor de mediación para conseguir un empleo que proporcione unos primeros ingresos, las sitúa en un buen lugar para los jóvenes. El segundo tipo, el de transición, está estrechamente relacionado con el paro y recoge las peores situaciones laborales que han creado una imagen negativa de la función de las ett's. Se compone de dos grupos con diferencias notables: el primero es el de trabajadores con experiencia anterior, que han perdido su empleo y que utilizan las ett's como modo de transición a un posible empleo. Las vivencias de estos trabajadores es negativa, no se encuentran a gusto, pero consideran esos trabajos como un mal menor frente al amenazante desempleo. La presencia de trabajos descalificados es mayoritaria, estos empleos desclasan a los trabajadores respecto a su experiencia anterior. Un segundo grupo está compuesto por mujeres sin experiencia laboral anterior que buscan una segunda renta o un lugar en la actividad laboral. Faure-Guichard considera que las ett's son aceptadas por estas mujeres porque les transmite una imagen de utilidad

social y les permite eludir la condición del paro tan frecuente entre ellas. El último tipo es el profesional. Los trabajadores de este grupo hacen un uso estratégico de las empresas para ofrecer su trabajo, ya sea porque les permiten negociar mejor de cara a un empleo sus competencias profesionales, o bien porque representan una forma de no implicarse de manera estable en el trabajo y dedicarse a otras esferas usando como vía de reingreso en el mercado de trabajo a las ett's. Incluso aunque la investigación no aborda un análisis más objetivo, las conexiones que se evidencian entre paro y precariedad son notables.

La precariedad no se expresa únicamente, como hemos visto en las anteriores investigaciones, en el mercado de trabajo oficial. También desde la economía informal se abren pasillos que conectan el paro y las actividades informales. Los procesos de informalización económica han crecido y cambiado de estilo durante todo el periodo de crisis. Las dos investigaciones que se presentan a continuación son, por su alto interés, buenos ejemplos del alcance de esta línea de investigación que liga el paro con el trabajo informal.

La primera de las investigaciones es *Le travail en friche*, realizada por Laurence Roulleau-Berger (1999) y supone un buen ejemplo de cómo dirigir la atención a espacios económicos en los opacos márgenes del trabajo asalariado. Su investigación sigue los itinerarios individuales de jóvenes en contextos urbanos de precariedad y analiza su capacidad para generar iniciativas. A una sólida base de observación y de entrevistas a jóvenes de Marsella y Lyon, acompaña un trabajo teórico importante y un sugerente desarrollo conceptual. La autora parte de los análisis de los procesos de fragmentación social y urbana (Sassen, 1996) y de las dinámicas de 'desafiliación' que en estos mismos ámbitos se producen (Castel, 1997). Los espacios precarios de los barrios obreros y las áreas urbanas degradadas y desindustrializadas son los lugares en los cuales los jóvenes investigados articulan lo que ella denomina una 'economía de proximidad' basada en la realización de actividades de animación sociocultural, de actividades paraescolares, deportivas, informáticas, de servicios y cuidados de la

población de estos barrios. Esta economía cumple allí un lugar 'simbólico' de gran valor: produce hospitalidad, solidaridad y autoestima. Además, organiza una 'economía del apaño' que estructura la subsistencia y resulta ser una protección para la precariedad en ascenso. Este modelo no es independiente de la economía oficial, las conexiones son abundantes y se establece un *continuum* entre lo mercantil y lo no mercantil, la actividad y la inactividad laboral y una permanente superposición de planos entre trabajo asalariado, no asalariado e informal.

Junto a este punto de partida teórico, en el análisis de sus entrevistas elabora también conceptos de interés. Habla de 'espacios intermedios' para definir las situaciones de precariedad, en la que los jóvenes "inventan normas de trabajo y actividad que pueden reformular las reglas de acceso al trabajo asalariado". En estos espacios se desarrollan 'culturas de lo aleatorio' que surgen de la "tensión y la ambivalencia entre los efectos prescriptivos del orden salarial y las capacidades de productividad simbólica de los que viven en situación precaria". Estos colectivos no son pasivos, sino coproductores de espacios, con capacidad de crear roles, interpretar sus acciones y generar 'competencias' para estos ámbitos entre el mercado y la precariedad. Todo ello construye formas de 'socialización transicional' que sirven para interiorizar estos espacios no institucionales donde se definen "roles no directamente ligados a la división del trabajo, sino a otras formas de significación atribuidas a las prácticas en interacciones diversas y múltiples producidas por en el contexto de la precariedad". (Roulleau-Berger, 1999:13).

Todo este bloque de conceptos con un marcado tinte de constructivismo fenomenológico sirve a la autora para realizar una crítica a las categorías convencionales, 'normales', de trabajo y paro, que frecuentemente dan lugar a análisis en los que abunda el miserabilismo a la hora de interpretar la situación de los individuos en paro o con trabajos precarios, y para poner de relieve la importancia de la organización de grupos que actúan en estos 'mundos de la pequeña producción urbana' creando cadenas de circulación e intercambios materiales y simbólicos. Esta 'pequeña producción urbana', con

su 'economía de proximidad' no es un espacio estático poblado por los jóvenes indefinidamente, sino que constituye un espacio transicional que conecta a los jóvenes con la socialización profesional de los empleos formales. Roulleau-Berger narra en su obra estas trayectorias que muestran la permeabilidad, la porosidad, entre los mundos sociales del mercado y de la precariedad. Naturalmente, este optimismo basado en la 'cultura de lo aleatorio', que permite salir de la precariedad, no evita que la penuria también cause efectos negativos que confinan a los jóvenes en el aislamiento social y el paro, en 'culturas de riesgo'.

Así como la cultura obrera se constituía a partir de la metaforización del trabajo en la fábrica, la 'cultura de lo aleatorio' sólo puede pensarse en el marco de una sociedad salarial fragmentada, que, sin embargo, no acaba con la capacidad de producción simbólica que se produce en quienes pueblan los espacios de la precariedad. El estudio es rico en la descripción de las prácticas y vivencias de los jóvenes que transitan por estos 'mundos de la pequeña producción urbana'. En estos últimos años, la mencionada fragmentación social ha generado una atención que ha hecho crecer las investigaciones cualitativas dedicadas a estos ámbitos externos al mercado, donde el trabajo está 'desinvertido' (Cingolani, 1986) o se desarrolla en los 'intersticios del empleo' (Hatzfeld et alii, 1998).

La segunda investigación precede en el tiempo a la anterior y persigue un objeto de investigación diferente. En *Travailler au noir*, Jean-François Laé (1989) se interna en el trabajo negro realizado por obreros de diferentes ramas -construcción, mecánica y diversos trabajos de peonaje-. El enfoque del estudio tiene un carácter claramente etnográfico. En la observación de estas prácticas económicas sumergidas, Laé ha ocultado su identidad, ha trabajado junto a las personas estudiadas, ha recogido información de la manera más inesperada en este curioso ámbito en el que se da la paradoja de que trabajar es ilegal. Sin embargo, esta ilegalidad, definida por los marcos legales del Estado, está atravesada por numerosos aspectos que socialmente producen integración social, desde la creación de riqueza hasta la integración

de los individuos por el trabajo o a la sociabilidad que se produce en las relaciones entre los que lo realizan. La propia tipología que el autor articula demuestra la complejidad de esta realidad del trabajo negro. Sus protagonistas pueden ser trabajadores autónomos en crisis; obreros asalariados en busca de complementos de renta; 'pequeños trabajadores en negro', en situación de desempleo y que buscan una fuente de ingresos o, por último, los '*all blacks*', instalados casi permanente en el trabajo negro. Repetidamente, Laé demuestra cómo los estatutos de asalariado, contratado temporal, autónomo o parado se mezclan con las diferentes dimensiones del trabajo negro.

Para esta tesis, las observaciones más relevantes que se desprenden de *Travailler au noir* están relacionadas, precisamente con la ruptura de las fronteras de las categorías jurídicas de empleo y paro o activo/inactivo. La vida real del trabajo negro desborda estas lindes. "Entre el paro y el empleo permanente se ha desarrollado una amplia gama de posiciones como el trabajo de las agencias de empleo temporal, el trabajo a tiempo parcial, el trabajo estacional o los trabajos de utilidad colectiva, la formación ocupacional o los diferentes tipos de prácticas en empresas o bien el trabajo negro compartido con el paro, con el trabajo autónomo o con los oficios de bajos salarios. [...] Cada una de estas posiciones está atravesada, de parte a parte, de forma intermitente, y es completamente posible encontrarse en dos posiciones a la vez. No hay nunca una situación fija y definitiva, sino un recorrido de alternancia". (Laé, 1989: 198).

III.2.2.- Las investigaciones sobre exclusión social y desempleo

El crecimiento de las situaciones de exclusión en las dos últimas décadas ha tenido un polo central de interés que ha sido el empleo. De las muchas dimensiones que las políticas de inserción han tenido en este periodo, la inserción por el empleo delataba la centralidad de los vínculos entre paro y pobreza. Un completo informe sobre la situación del desempleo en Francia elaborado por el *Commissariat General du Plan* (1997), desvelaba, inequívocamente, cómo la extensión del desempleo había generado una

fuerte inestabilidad que había penalizado a los grupos socialmente más frágiles: en los hogares pobres franceses, se multiplicaba por tres la probabilidad de que el cabeza de familia fuera un parado.

Si bien no hay duda de la veracidad de las conexiones entre paro y pobreza, la divulgación y posterior banalización del término exclusión abrió desde finales de los ochenta una discusión acerca de su significado y sus implicaciones. Tras el concepto de exclusión podían encontrarse diferentes interpretaciones de las desigualdades observadas y diferentes respuestas para encarar sus efectos. Aún a riesgo de simplificar, cabría distinguir dos grandes posiciones que han acogido las principales aportaciones que se han hecho en este campo de la exclusión. Una primera forma analítica de entender la exclusión tiende a considerar a los excluidos como individuos rechazados por el sistema y a imaginar una fractura social compuesta, por un lado, por el polo de los que están adentro y, por otro, el de los excluidos. Poco se dice de las causas que han asentado esta fractura y es habitual atribuirlo a un amplio cúmulo de factores. Por lo general, desde esta orientación se tiene una representación miserabilista y asistencialista de los excluidos. De hecho, la vertiente más descriptiva y aplicada de esta corriente es la que ha servido de soporte técnico para planificar las intervenciones de política social tan extendidas estos últimos años. La discusión americana sobre la *underclass*, que pone el acento en este grupo de excluidos con problemas sociales, desestructuración familiar, culturas de pobreza, etc., podría ser un ejemplo de este tipo de planteamientos, que también se han visto reproducidos en Europa.

Una segunda forma de interpretar los procesos de desigualdad que han hecho aparecer las nuevas formas de pobreza se centra no tanto en describir la situación y las condiciones de vida de los pobres o parados, sino en analizar los procesos que conducen a dichas realidades. Conceptos como los de desafiliación social (Castel, 1997), o descualificación social (Paugam, 1991) dan idea de cómo la exclusión sólo se puede analizar partiendo de una teoría sobre la integración social y esto supone ya abordar un análisis de mayor consistencia acerca de los procesos que generan la desigualdad social y sobre

las consecuencias que han tenido las estrategias actuales del capitalismo en la génesis de los nuevos rasgos de la pobreza: la marginalidad solo se puede analizar ligándola al funcionamiento global de una sociedad. A continuación, se presentan dos estudios representativos de esta manera de enfocar la 'nueva cuestión social' (Castel, 1997) que resulta ser hoy la de la exclusión.

El primer estudio -*La Disqualification sociale: essai sur la nouvelle pauvreté*- puede ser un buen ejemplo de investigación en la que se interpretan las situaciones de exclusión como un proceso y no como una situación estática. Su autor, Serge Paugam (1991), se centra en esta obra en las relaciones que mantienen los excluidos y los servicios sociales que les atienden. Su trabajo de campo está basado en setenta entrevistas a personas que componen la nueva pobreza y en la recogida de información de sesenta hogares integrados en programas de los servicios sociales. Todos ellos están tocados por lo que Paugam denomina la 'descualificación social', que provoca un estatus social inferior y desvalorizado. A través de una perspectiva interaccionista, su trabajo se integra en la línea frecuente en la Sociología francesa de analizar la construcción social de determinado fenómeno, en este caso de la nueva pobreza. Elabora para ello una tipología analítica que evidencia la variedad de situaciones y de relaciones que se producen en este terreno complejo y dinámico de la exclusión. Sus investigados se clasificarían en 'frágiles', 'asistidos' y 'marginales'. Los primeros son los que tienen una posición objetiva más desahogada y la intervención que los servicios sociales les dirigen se reduce básicamente a ayudas económicas. Sus problemas radican en que se ven afectados de lleno por el paro o por situaciones intermedias entre el paro y la ocupación donde predominan empleos inestables de bajos salarios. Su problema es, por tanto, una irregularidad en sus ingresos que condiciona su participación social. El segundo grupo, los asistidos, presenta problemas mucho más agudos de pobreza estructural y se ven sujetos a una intervención social no solo económica, sino de tinte educativo y de mejora de las habilidades sociales. Por último, los marginales agrupan a los individuos que están fuera de la intervención de los servicios sociales y presentan problemas muy graves de recursos económicos. No se limitan únicamente a los

ya conocidos vagabundos, la crisis ha ampliado y diversificado este grupo y en el se encuentran, entre otros, diferentes tipos de personas sin hogar o parados con problemas graves y sin derecho a ayudas.

Además, cada uno de estos grupos tendría diferencias internas. Así, entre los frágiles encontraríamos dos tipos de actitudes: la 'fragilidad negociada', de aquellos más pragmáticos y con mayor iniciativa, y la 'fragilidad interiorizada', de quienes viven la situación con impotencia y de manera angustiada. Entre los asistidos encontramos tres tipos de relación con la asistencia: 'diferida', 'instalada' o 'reivindicada', que responden a diferentes actitudes y grados de acceso al trabajo, de dependencia de los servicios sociales y de voluntad de romper con la 'carrera moral' de asistido. Por último, los marginales se agruparían en la 'marginalidad conjurada', donde no se reconocen como marginales e intentan eludir la estigmatización mediante una voluntad de salir de la situación, generalmente con poco éxito debido a la penuria vital y, en segundo lugar, en la 'marginalidad organizada', donde el excluido se reconoce como tal y racionaliza la vida cotidiana buscando espacios de identidad.

Recientemente, Paugam (2000) ha realizado una investigación -*Le salarié de la précarité. Les nouvelles formes de l'intégration professionnelle*- en la que amplía su objeto de investigación a las situaciones de 'descualificación social' que se dan en el marco del trabajo asalariado. En esta obra, Paugam afirma que la mencionada 'descualificación social' que analizó en su obra anterior encuentra su origen en el propio modelo de trabajo asalariado. En palabras del autor: "las fases de la descualificación social de los asalariados precarios preceden a las de la descualificación de los asistidos y ambas están vinculadas por la misma dinámica" (Paugam, 2000: 380), de la que nace este 'asalariado de la precariedad' que ahora ha investigado y que ha producido una apertura en sus trabajos a un enfoque más estructural.

La segunda investigación es la emblemática obra colectiva dirigida por Pierre Bourdieu (1993) *La misère du monde*. El libro podría ser definido como un análisis de las formas contemporáneas de la "miseria social" y, sobre todo, de

las nuevas formas de miseria que ha traído aparejadas el ultraliberalismo. En este sentido tiene mucho de acto político. Se trata de un estudio que tiene detrás más de tres años de trabajo, para el cual se realizaron 182 entrevistas de las que luego se seleccionaron 60 para componer el libro. Fue elaborado por un equipo de 25 sociólogos que trabajaban habitualmente con Bourdieu en el Centro de Sociología Europea (Loïc Wacquant, Michel Pialoux, Stéphane Beaud, Gabrielle Balazs, Remi Lenoir, Patrick Champagne). En el libro se recogen las transcripciones literales de las entrevistas, anteceditas por una argumentación teórica, metodológica o meramente informativa por parte de los autores. Respecto a la estructura, está dividido en 8 capítulos que siguen un criterio más o menos temático -el campo de problemas laborales o educativos o familiares-, y las entrevistas se agrupan por afinidad con alguno de estos campos donde se han expresado más agudamente las nuevas pobrezas. Se organizan, digamos, por el tipo de *souffrance*, tal y como Bourdieu y compañía denominan el sufrimiento que provoca la miseria. Pero, en este caso, no tanto el sufrimiento de lo que sería la gran miseria clásica -de las formas de pobreza tradicional- sino de lo que Bourdieu llama, con gran acierto terminológico, la 'pequeña miseria', que tiene que ver con la nueva fisonomía de la pobreza que ha traído consigo el nuevo capitalismo y la nueva economía. Frente a la más tradicional "miseria de condición", miseria absoluta, de los indigentes y los pobres de condición, Bourdieu contrapone la "miseria de posición", miseria relativa, de los que se van quedando en la cuneta, incluso perteneciendo a grupos sociales no sumidos en la pobreza. Un repaso por la organización de los capítulos que componen el libro puede resumir las dimensiones principales y los conceptos usados en esta investigación.

El primer capítulo relata la vida en las ciudades actuales, sobre todo en los barrios más desolados, donde el huracán del neoliberalismo apenas ha dejado en pie unos edificios de mala calidad y donde las condiciones de vida han empeorado considerablemente. Este espacio físico de los barrios obreros degradados y de las ciudades-dormitorio es también un espacio simbólico, en el que se construyen algunos estereotipos como los de la inseguridad

ciudadana, las violencias juveniles o las familias desagregadas. Los barrios, así estigmatizados desde los medios de comunicación, se asocian siempre al delito y al miedo y, para las clases medias más acomodadas, están poblados por seres violentos y agresivos. En este capítulo se realizan entrevistas a familias de clases populares, a jóvenes, a pequeños comerciantes, a un portero de una finca que sufre los problemas de esos barrios.

El capítulo segundo continúa con esta problemática del espacio urbano, pero en este caso desplazándose a EE.UU. y narrando las formas de economía suburbial de los guetos americanos. Este capítulo queda en manos de Loïc Wacquant, que relata de manera magistral la vida de un *Hustler* en el gueto negro de Chicago -una figura marginal de la economía paralela, que se basa en algunos pequeños trabajos de chapuza, trueques, tráfico y otros *business* en la frontera del delito, definido, por supuesto, por la sociedad normal-.

El tercer capítulo se titula "La dimisión del Estado" y trata de los síntomas que el acoso y derribo del neoliberalismo ha provocado en el funcionamiento estatal -en los bienes públicos y en los profesionales que trabajan para el Estado-. Las entrevistas que ilustran estos procesos se realizan a figuras profesionales que gestionan el cara a cara con colectivos "atendidos" por el Estado: educadores de calle, funcionarios de oficina de empleo, policías, jueces. Todos ellos atravesados por el doble vínculo, las contradicciones y la impotencia de unas funciones públicas que supuestamente tienen que cumplir, pero sin medios o con los medios de un Estado en ruinas y diezmado.

El cuarto capítulo tiene el significativo título de "Decadencias" y en él se describen los cambios recientes en el mundo del trabajo: paro, precariedad, crecimiento de los malos empleos y de las condiciones de trabajo frecuentemente insoportables, crisis de las identidades y de las solidaridades obreras y sindicales. Las entrevistas de este largo capítulo que recoge un tercio de las 1000 páginas del libro se dirigen a: trabajadores descualificados de las industrias en crisis; a jóvenes con contratos temporales en condiciones precarias, que reflejan cambios en su socialización laboral respecto a los padres más estables; a una trabajadora con un empleo en turno de noche; a

diversos parados; a trabajadores agrícolas desplazados de esta hipermoderna sociedad informacional; a trabajadores pobres, reducidos en ocasiones hasta la condición de vivir en albergues.

El quinto capítulo está dedicado a lo que Bourdieu llama los “excluidos del interior” y en el se analiza la crisis de la institución escolar y de los recorridos educativos más estériles. Las entrevistas se dirigen a un joven bien formado, pero por desgracia de origen argelino, que muestra sus preocupaciones a la hora de encontrar trabajo; a otros jóvenes bien formados, pero por desgracia estudiantes de Historia y otras ramas poco prometedoras y un tanto superfluas para el capitalismo financiero; a chavales de barrio, carne de fracaso escolar; a profesores de escuelas en estas zonas urbanas desfavorecidas.

El capítulo sexto relata los cambios actuales en la familia: las vidas solitarias de los ancianos; los efectos de la doble presencia de las mujeres en el trabajo dentro y fuera de casa; los cambios generacionales en la organización familiar de los inmigrantes, la emancipación juvenil de la familia de origen. A todas estas figuras se dedican entrevistas.

El capítulo séptimo, Bourdieu lo titula: “Comprender” y en el se abordan los problemas teóricos y metodológicos del libro y, en particular, de la entrevista como forma de captar los temas que se han ido tratando. El libro se cierra con un epílogo en el cual se ratifica el carácter político, de acto político, del libro y habría que añadir el carácter antiacadémico, ya que recibió muchas críticas por la forma de plantear las entrevistas, de presentarlas y por la ausencia de análisis, todo ello discutible porque el libro aporta brillantes análisis.

Cualquiera de los dos estudios presentados pueden servir de ejemplo sobre los vínculos de las situaciones de exclusión y el desempleo y permiten lanzar una mirada sobre las zonas oscuras de la sociedad de la abundancia.

III.2.3.- Las investigaciones sobre la cuestión urbana y el desempleo

Desde los años ochenta, los sociólogos urbanos han puesto de manifiesto la existencia de cambios en las ciudades que entraban en relación con dinámicas de pobreza y exclusión. Dichos cambios consistían en procesos de

fragmentación y polarización urbana, descentralización de los espacios económicos de la ciudad y procesos de segregación. La 'ciudad informacional' (Castells, 1995), la 'ciudad global' (Sassen, 1996) son también ciudades duales y polarizadas que se construyen sobre la base de divisiones espaciales y productivas que desconectan a barrios enteros de la lógica de mejora urbana, desplazando a esas zonas las actividades económicas industriales en declive y asegurando los servicios descualificados en las áreas más informacionales. La población que vive al ritmo de estas grandes ciudades sufre los costes de esta conjunción de transformaciones productivas, económicas y urbanas. El paro, la economía suburbial, los malos empleos son algunos de los efectos que se observan sobre la actividad económica de sus habitantes. Esta 'ciudad global', que interconecta a las grandes 'ciudades nudo' de la economía globalizada del norte, tiene su otra cara en la megaciudad del sur, generada por los procesos de hiperurbanización y por la intensificación de las migraciones (Fernández Durán, 1993).

Si bien existe hoy una discusión abierta sobre el alcance de la polarización urbana y sus límites conceptuales, ni siquiera los más críticos parecen poner en entredicho las rupturas que actualmente viven las ciudades europeas relacionadas con los procesos de deslocalización y segmentación de la producción y del mercado de trabajo. Por ello, es adecuado hacer aquí referencia a un par de investigaciones que puedan ilustrar las relaciones de las transformaciones mencionadas y el paro.

La primera es la serie de trabajos que Löic Wacquant (2001) ha realizado sobre el gueto negro en Chicago desde finales de los ochenta, viviendo durante años en estas zonas, lo que le permite aportar un valioso análisis de los actuales procesos de marginación urbana en la norteamérica postfordista. Wacquant observa continuidades y rupturas en el paso del gueto comunitario de los cincuenta, del poder negro y los disturbios raciales de los setenta al 'hipergueto' de los ochenta y noventa, con la expansión de la infraclassa y el 'disturbio lento', en el que la lucha es ahora entre las bandas de los propios habitantes negros. Este tránsito representa el advenimiento de la

marginalidad avanzada y es consecuencia de cuatro grandes procesos: el primero está relacionado con los cambios en el trabajo asalariado y en particular con el paro y la inestabilidad, que provienen de las dinámicas de cambios productivos que han acortado el espacio tradicionalmente industrial de los trabajadores del gueto. Los inestables servicios descualificados convierten a estos en trabajadores pobres o marcados por el paro. El segundo está ligado a la reestructuración del Estado del bienestar, con un progresivo achicamiento y desarticulación. El tercero se refiere a las dinámicas espaciales de concentración y segregación residencial que ha sufrido el gueto, con una creciente acumulación y homogeneización de la población más desfavorecida en esas áreas urbanas y el consiguiente declive de la seguridad, solidaridad y el repliegue hacia el individualismo. Finalmente, en cuarto lugar, Wacquant señala el fortalecimiento de la desigualdad social, que se produce en un modelo económico que simultanea la competitividad global con la desolación social, desacoplando de las dinámicas de crecimiento a franjas enteras de la población, entre las cuales se encuentra el gueto.

Con la base de este análisis, Wacquant desmonta muchos de los tópicos que hacen del gueto un submundo de delincuencia e inseguridad provocado por una acumulación de marginados que no saben salir de la trampa de la pobreza. Para Wacquant, el gueto es, más bien, una 'forma institucional' basada en los mecanismos de control etnoracial y no una mera entidad topográfica donde se agregan familias e individuos pobres; el gueto no es antisocial, ni está desorganizado familiarmente, sino que se organiza de otras maneras debido a la presión que sufre. La propia organización económica de estas zonas, basada en la economía de la droga, no es sino una alternativa a las pocas garantías y a la inestabilidad del trabajo formal que allí se ofrece. Así, en el gueto se invierte la importancia de lo formal y lo informal, siendo este sector el que sostiene la vida económica. La droga es la rama económica en auge, pero tiene devastadores efectos contraproducidos: debilita la cohesión social y promueve la inseguridad, provoca el abandono de la poca economía oficial, fomenta las malas salidas y la degradación de los jóvenes, para quienes la violencia es la mejor cualificación.

La segregación racial y residencial es central en la explicación de Wacquant. “La perpetuación del gueto es ante todo y principalmente una expresión de la persistencia de la línea de color urbana” (ibid. p.76) y de la existencia de un ‘apartheid legal’ que provoca una dualización persistente del mercado de la vivienda siguiendo criterios raciales. El abandono del Estado, con una paralización de las políticas urbanas, una escuela que cumple un papel de mera custodia sin educación y una sanidad en ruinas acaban por dar forma al actual ‘hipergueto’.

Más allá del análisis americano, Wacquant aborda el análisis de los barrios en Europa y más concretamente en Francia. A pesar de la difusión de los tópicos americanos sobre el gueto, y de las coincidencias de procesos de desigualdad, de segregación espacial y de problemas étnicos, la situación europea guarda diferencias considerables respecto al gueto americano. Los problemas del *banlieue* -barrios periféricos- remiten más a un análisis de clase social que a una visión más determinada por la cuestión étnica, como es el caso americano. Wacquant considera los procesos de segregación urbana de los *banlieue* teniendo en cuenta las dimensiones objetivas, que llevan a una acumulación en estos ‘barrios sumidero’ de desempleo, pobreza y otros estigmas territoriales y, a la vez, analiza las dimensiones subjetivas: la pobreza allí es algo más que el parámetro cuantitativo de un umbral, ser pobre en una sociedad rica entraña quedar reducido al estatus de anomalía social, supone una ‘desposesión simbólica’ que transforma a sus habitantes en verdaderos ‘parias sociales’.

La estigmatización que sufren los barrios desfavorecidos europeos proviene desde fuera y se les achaca la mala vida, la marginación, una ‘imagen salvaje’ que provoca temor y rechazo en la sociedad. El principal efecto de esta estigmatización es la estimulación de prácticas de diferenciación y distanciamiento social que recorta la solidaridad interpersonal y socava la solidaridad local: se evitan las relaciones con los sujetos designados negativamente, se elaboran microdiferencias en el seno del barrio y se desvía el oprobio a los que están peor: es importante demostrar que uno se adhiere a

las normas dominantes y mantiene la máxima distancia posible entre uno mismo y otras familias. El principal enfrentamiento en los barrios del cinturón rojo es el que se da entre jóvenes y adultos, entre los que se levanta una barrera interna que, a veces, provoca una distancia infranqueable. Con todas las posibles semejanzas entre gueto y *banlieue*, hay que añadir que así como la composición del gueto es extremadamente homogénea, en los *banlieue* hay una gran heterogeneidad en el reclutamiento racial, hay predominio de extranjeros, pero esto es más efecto de compartir la misma clase social y no la misma composición étnica -los barrios franceses combinan el origen blanc-black-beur de sus pobladores-. El resto de problemas de índole laboral tienen una intensidad menor, lo cual no quiere decir que no puedan alcanzarse en un futuro próximo configuraciones laborales más problemáticas.

La segunda investigación se desarrolla en el marco de uno de estos barrios desfavorecidos franceses en el que se ha entrevistado a numerosos actores sociales y a más de ochenta residentes en el barrio. Agnès Villechaise (2000) realiza *Amère banlieue* entre 1993 y 1996, momento en el cual las consecuencias de las dinámicas económicas de los ochenta han impactado sobre las identidades colectivas y han hecho surgir las clases medias empobrecidas -objeto de su trabajo- que sufren un fuerte desajuste entre sus circunstancias subjetivas (clases medias) y objetivas (empobrecidas). El barrio que Villechaise estudia no puede definirse como un enclave de exclusión, es un área plural donde abundan problemáticas diferentes. De hecho, la autora critica este concepto de exclusión, utilizado estereotipadamente por los medios de comunicación y demasiado frecuentemente por los medios académicos, cuando en realidad falla en lo que pretendía explicar y oculta las relaciones de poder y de explotación. Por añadidura, este concepto parece no captar las situaciones de vulnerabilidad de las clases medias empobrecidas que ella estudia. Estos grupos que basaban su modo de vida en el trabajo prioritariamente industrial han vivido la crisis de este modelo, del lugar que cumplía la ética del trabajo y de la crisis de la identidad obrera. La imagen actual nos muestra un barrio obrero alejado de la comunidad popular donde ahora la esfera privada y la dominante cultura de masas han ahogado al

vecindario y a las peculiaridades de la cultura popular. La población se distingue cada vez con mayor dificultad por este criterio de clase y lo que se impone a marchas forzadas es, por un lado, la 'clase de renta' para definir la posición social y, por otro, la inexistencia de salidas colectivas para conseguir un mejor lugar social: todo indica que el individualismo y los valores neoliberales imponen su dominio.

Las grupos medios empobrecidos comparten estas bases ideológicas, pero cada vez más encuentran dificultades para acceder a los requisitos económicos que permiten seguir el ritmo de la clase media. Esto provoca un sentimiento de frustración e inseguridad que no se articula políticamente en una contestación colectiva, sino en una vivencia fatalista y de repliegue en la vida privada. La invisibilidad acerca de las causas de esta situación provoca el surgimiento de chivos expiatorios que paguen esa situación y la identificación con formas microcomunitarias de expresión relacionadas con la inseguridad, con los peligros del barrio, con la desconfianza y con el racismo de 'blancos desfavorecidos' que temen el desempleo de sus hijos, pero no ven el tipo de empleo de baja calidad que a éstos les estaba destinado y que cubren precariamente los inmigrantes.

III.2.4.-Las investigaciones sobre la cuestión juvenil y el desempleo

El desempleo juvenil ha sido una preocupación constante en todos los países occidentales. En la Europa del sur, las elevadas tasas de paro crearon un halo de conflicto que se extendía a todo el ámbito del mercado de trabajo, de la educación, de las transformaciones familiares y de las identidades juveniles. Concretamente, en el mercado de trabajo la cuestión del desempleo juvenil ha venido aparejada con la precariedad del empleo, con las discriminaciones de los jóvenes en la esfera del trabajo, con los cambios en el trabajo como valor, con la importancia de la formación o con los problemas de sobrecualificación y desvalorización de los títulos. José Rose (1998) ha sintetizado recientemente las líneas de investigación desarrolladas en los últimos quince años en el campo de la juventud. Su propuesta es que las dificultades de los jóvenes en el mercado de trabajo ha de explicarse en el

marco de la 'organización de la transición profesional'. Más que una cuestión puramente individual -como querría hacer creer toda una línea de estudios de corte psicologista-, esta organización es social y está configurada por la acción de empresas, poderes públicos, los propios jóvenes y otras instituciones. La categoría de juventud configura una organización determinada de la transición profesional porque la edad y la inexperiencia se erigen en criterios de categorización dissociando a los que se inician en la vida laboral de otros grupos de la población activa. El lugar ocupado en el ciclo de vida condiciona la posición de los jóvenes en el mercado de trabajo y esto se da en estrecha congruencia con otras esferas sociales -autonomía económica, permanencia en el hogar de origen, etc.-. Rose insiste en la pertinencia teórica de no concebir un mercado de trabajo específicamente juvenil, sino que este colectivo se integra en dinámicas laborales generales que afectan a todo el mercado de trabajo y en las cuales los jóvenes representan un analizador privilegiado que anticipa la extensión de estas dinámicas al conjunto de la población.

Partiendo de una perspectiva semejante Claude Dubar (2001) completa la visión de Rose de la construcción social de la inserción con la óptica del *effet sociétal* ya que esta construcción cobra formas específicas dependiendo de la configuración de la relación educativa y la industrial en cada país. En esta línea, adelanta una definición de inserción profesional y un entronque histórico sobre su origen. La inserción es un "proceso socialmente construido en el que están implicados actores sociales e instituciones (históricamente construidas), lógicas (societales) de acción y estrategias de actores, experiencias (biográficas) en el mercado de trabajo y en el recorrido educativo" (ibid. p.121). La cuestión de la inserción profesional es una construcción reciente que se enmarca, en primer lugar, en el declive secular de las formas tradicionales de iniciación laboral, en particular el aprendizaje; en segundo lugar, en la expansión de la escuela y en la canalización a través de ella de la integración laboral de la mayoría de los jóvenes; en tercer lugar, en la coyuntura de crisis económica que conduce a una transformación hacia la flexibilidad de los modos de gestión del empleo en las empresas y en un

cambio en las políticas públicas respecto a la formación profesional y la regulación del mercado de trabajo; finalmente, en la redefinición de la cualificación por parte de los empresarios, imponiendo la nueva lógica de las 'competencias', que lleva aparejado un incremento de la competitividad entre los jóvenes por el empleo escaso y precario. Todo ello ha producido un mercado de trabajo lleno de incertidumbres, más complejo y en el que se dilata la llamada 'inserción profesional'.

Las anteriores tesis han sido corroboradas por un informe comparativo en seis países europeos coordinado por Yannick Fondeur y Florence Lefresne (1999). Las monografías de cada país aportan un apoyo estadístico consistente al interrogante de fondo que se plantean sus autores: ¿están siendo los jóvenes el segmento laboral que está sufriendo las transformaciones estructurales de las normas de empleo en Europa? Con la intención de no caer en un análisis simple desde la teoría de la segmentación del mercado de trabajo juvenil, ni en una visión demasiado descriptiva y poco explicativa de las transiciones, Fondeur y Lefresne, junto al resto de autores de los informes nacionales - entre los que se encuentra el caso español, analizado por Lorenzo Cachón-adoptan una perspectiva institucionalista, que permita estudiar las convergencias y divergencias entre los diferentes países teniendo en cuenta las particularidades de las configuraciones nacionales y la adaptación de los actores a éstas. Las conclusiones de los autores y la base empírica de los estudios asientan la idea de un cambio en los procesos de inserción que va más allá del acostumbrado periodo de transición y puede extenderse en cascada generacionalmente.

Siguiendo estos procesos, podríamos sintetizar las investigaciones que se han realizado sobre la inserción juvenil en dos grandes núcleos: el primero sería el de la propia transición escuela-trabajo con sus ramificaciones de prolongación y moratoria en la familia de origen, formación y paro. El segundo sería el de las primeras experiencias laborales juveniles, con sus manifestaciones de precariedad e inestabilidad. A continuación, se detallan algunos de los muy abundantes estudios sobre la dimensión laboral de la cuestión juvenil.

Los estudios sobre transición al mundo adulto se apoyan en un enfoque longitudinal y retrospectivo que permita seguir la evolución de las trayectorias de los sujetos estudiados. Analizar itinerarios, realizar estudios de seguimiento de cohortes, observar los recorridos y la movilidad de los jóvenes son los presupuestos metodológicos que caracterizan a estos estudios. La investigación de Chantal Nicole-Drancourt (1991), *Le labyrinthe de l'insertion*, es un ejemplo de este enfoque en Francia. La autora realiza una crítica a los estudios sobre 'inserción profesional' que han proliferado en la Sociología de la juventud en los últimos años. Marcados por el peso de la encuesta transversal y por un tinte oficial, la mayor parte de ellos adolecen de un marco conceptual poco eficaz para captar los cambios que se están viviendo. Su tono determinista, su falta de atención a los aspectos de más difícil medida, su desatención a las prácticas de los individuos y la rigidez de sus conceptos de estabilidad o precariedad muestran grandes limitaciones a la hora de acercarse a las actualmente azarosas transiciones juveniles. Nicole-Drancourt pretende romper con estos esquemas de transición bipolar escuela-trabajo, joven-adulto en los que pareciera que el logro del empleo sitúa al joven en un lado u otro y en los que las trayectorias se conciben siempre hacia la estabilidad o a la exclusión, sin contemplar la posibilidad de situaciones indeterminadas o provisionales. Cuando estos estudios se basan en complejos instrumentos estadístico de panel, toda la lógica de causalidad factorial encorseta el complejo y 'laberíntico' proceso de inserción juvenil.

El estudio de Nicole-Drancourt pretende afrontar los anteriores inconvenientes planteando un análisis longitudinal y cualitativo basado en la entrevista abierta a jóvenes-adultos -25-30 años- que han tenido alguna experiencia de paro en los diez años anteriores a la encuesta. La entrevista es retrospectiva y trata de cubrir los diez años precedentes de la vida personal y familiar de los jóvenes. La inserción es para la autora un proceso largo que no se limita al hecho de encontrar un empleo. Los resultados de la investigación muestran cómo existen dos variables que condicionan fuertemente la inserción de los jóvenes: la duración acumulada de los periodos de paro y el sexo. De esta manera, se establecen cuatro grandes grupos cruzando ambas

variables. Los 'itinerarios de actividad acumulada' -en los que el paro tiene una presencia menor de seis meses en todo el periodo estudiado y el empleo predomina- y los 'itinerarios de actividad precaria' -en los que se observa una situación de paro recurrente, que se eleva por encima de dos años y donde los empleos altamente inestables acaban cronificándose-, son los dos grandes grupos que caracterizan la inserción de los jóvenes. La introducción del sexo como variable de referencia aporta mayores matices a la variedad de situaciones que viven las mujeres jóvenes en su proceso de inserción.

Nicole-Drancourt insiste en sus conclusiones en realizar una crítica a los conceptos de estabilidad y precariedad que, según ella, están excesivamente marcados por el estereotipo del empleo estable, cuando hoy la diversidad de las situaciones genera una enorme heterogeneidad en las condiciones de vida e inserción de los jóvenes. Sus propias palabras transmiten esta incertidumbre social que también se contagia a su propia investigación sociológica: "La crisis del empleo perturba la inserción profesional, es indiscutible; pero los jóvenes la sufren menos cuando se adaptan innovando. La diversificación de las formas de empleo precariza la inserción, es innegable; pero la precariedad crea también nuevas fórmulas de inserción que combinan la necesidad de intergrarse y las moratorias de aprendizaje. En otras palabras, la multiplicación de los perfiles de inserción esta marcada por los efectos estructurales de las turbulencias económicas locales (penuria y precarización de la oferta de empleo), pero da cuenta también de la gestión que realizan los propios jóvenes de las dificultades modernas de integración social. [...] Ni acciones estratégicas ni reacciones determinadas, las prácticas de inserción de los jóvenes son arbitrajes individuales constantes de situaciones que resultan de un proceso de construcción complejo. (Nicole-Drancourt, 1994:62).

Si Nicole-Drancourt habla del 'laberinto de la inserción', Claude Dubar (1987) detecta tempranamente un 'nuevo modo de socialización postescolar' que ha comenzado a emerger con el paro juvenil y los cambios en las políticas educativas y laborales en torno a este grupo de edad. En *L'autre jeunesse*

analiza los efectos del paro en la inserción profesional de los jóvenes de 16-18 años con bajos niveles educativos. Este grupo presenta una alta vulnerabilidad frente al paro y es objeto de un tratamiento específico de cara a mejorar su proceso de inserción. Dubar traza las trayectorias de estos jóvenes en su paso por los dispositivos de política de empleo y formación. Todas estas instancias configuran nuevos modos de socialización y contribuyen a clasificar a los jóvenes de acuerdo a su supuesta posición en un 'aparato de socialización' que incluye tres polos: el social, el escolar y el profesional. El primero trata a los jóvenes 'en riesgo', con dificultades sociales y necesitados de una educación especializada. El segundo aglutina a los jóvenes 'en reescolarización', que han de retornar a un ámbito formativo para paliar su temprana salida de los estudios y las consiguientes consecuencias negativas. Finalmente, el tercer polo -el profesional- trata a los jóvenes con posibilidades de integrarse en el mundo profesional y cuyo destino es la incorporación a los empleos obreros tradicionales o a las ocupaciones del 'mercado de trabajo secundario'. Dubar critica esta clasificación que sirve para articular las acciones de las políticas públicas y que simplifica las que él considera más complejas trayectorias de inserción de los jóvenes y analiza en su libro cómo se va estructurando el mencionado aparato de socialización, el papel de los actores que lo configuran y el lugar que ocupan los jóvenes en un contexto de 'riesgo social' y de 'dominación profesional'.

Un último estudio representativo del interés por las trayectorias juveniles desde la escuela al trabajo es *80% au bac...et après?* de Stéphane Beaud (2002), que continúa el análisis sobre los recorridos educativos de los hijos de las clases trabajadoras que ya emprendiera en obras anteriores (Beaud y Pialoux, 1999). Su investigación capta uno de los aspectos que en el transcurso de estos años han ido afectando más a la inserción de los jóvenes. Se trata de la sobrecualificación y la devaluación de los títulos educativos. El autor entrevista a jóvenes de extracción social humilde, que han alcanzado la enseñanza superior y se hallan en paro o en una situación precaria de empleo. Su objetivo es analizar cómo viven este proceso de desclasamiento y de hundimiento de la expectativas de conseguir un empleo estable y cualificado.

Beaud distingue dos grupos que se diferencian por el grado de confianza en los títulos obtenidos a pesar del desengaño. El primer grupo mantiene las esperanzas y confía en lograr, incluso a trancas y barrancas, el esperado certificado. El segundo presenta una postura bien distinta, que ilustra bien las consecuencias de una inflación educativa en un momento de restricción de las oportunidades, sobre todo para los jóvenes de las clases populares. La actitud de renuncia de estos a su trayectoria educativa es evidente, han seguido un recorrido que no les ha llevado a ninguna parte, salvo a un final amargo y decepcionante, en un camino en el cual ha predominado la extrañeza hacia el mundo de la universidad que no les correspondía por su origen social. La sensación de fracaso por hallarse en paro o no encontrar empleos satisfactorios se acentúa ahora y la transición al mundo adulto se les atraganta. De hecho, hablar sobre su destino en las entrevistas que realiza Beaud se convierte en algo muy duro para este grupo enmudecido por la derrota del desclasamiento. Generalmente, los empleos que encuentran les devuelven a sus orígenes obreros y al trabajo descualificado, industrial, duro, físico y manual. Este retorno les fuerza a hacer un duelo que debilita su identidad y del que no es fácil salir con la identidad intacta. Los comportamientos resignados, individualistas y de rechazo a la trayectoria educativa obrera -que les ha conducido a una tierra baldía- crea las condiciones para un redoblamiento de la lógica de la dominación.

Entre los estudios más orientados hacia los jóvenes y sus experiencias de precariedad, cabría destacar la investigación de François Dubet (1987), *La galère: jeunes en survie* donde aborda un análisis de las relaciones generacionales tal y como se desarrollan en los barrios desfavorecidos en Francia. Esta perspectiva generacional, en la que se confrontan las vivencias de los jóvenes y los adultos, va más allá de la tendencia común de los estudios que han proliferado en estos años dedicados a un grupo de edad específico. El método de investigación aplicado entronca con la Sociología de la acción practicada por Alain Touraine y se basa en la intervención sociológica y en la estrategia de la investigación-acción como forma de producir conocimiento empírico sobre la situación estudiada. El estudio de cinco grupos de jóvenes

habitantes de zonas urbanas en crisis aportan un rico material poco frecuente en las investigaciones más convencionales.

Con el término 'galère', Dubet hace referencia a la vida cotidiana de estos jóvenes marcada por una vivencia de crisis, que se presenta en forma de fragilización de sus relaciones de sociabilidad, por la falta de actividad creativa, por los malos trabajos y por una atmósfera delictiva, que, sin manifestarse abiertamente, parece empapar la vida en la 'galère'.

La tesis central del libro es que el declive del movimiento obrero y la consiguiente crisis de los barrios industriales han impulsado estas situaciones y la 'galère' constituye una experiencia de salida de la sociedad industrial. Las lógicas que el autor encuentra en su estudio: la desorganización, la exclusión y la rabia son el resultado de estos procesos. En ellas no hay huellas de identidades sociales fuertes -subculturas o conciencia de clase-, por eso Dubet habla de 'experiencia' de la 'galère' como modo de reflejar este mestizaje de situaciones heterogéneas que allí se da y que puede producir comportamientos y trayectorias de salidas diferentes entre los jóvenes actores. Dichas salidas pueden estar más marcadas por la profesionalización en la delincuencia o por la participación y la integración laboral en el barrio. En este último sentido, Dubet observa cómo la gestión de los problemas sociales de estas zonas ocupa hoy el lugar de la fábrica en la inserción en el empleo para muchos de los jóvenes que entrevista. El tinte pesimista y asfixiante que se filtra en muchos pasajes del libro se reduce con el seguimiento de las formas de resistencia creativa y de identidades positivas que grupos de jóvenes inmigrados consiguen articular en respuesta a este declive de las clases populares.

Extraído de este contexto de los barrios en crisis, el término 'galère' se ha divulgado en el léxico de los jóvenes franceses para describir su accidentado paso por el mercado de trabajo. Las connotaciones de malestar se extienden al ámbito de la inserción juvenil en el trabajo. Recientemente, Jean-Pierre Faguer (1999) ha resumido veinte años de estudios sobre las transiciones de la escuela al trabajo y sobre los tipos de incorporación laboral que han

caracterizado a los jóvenes. En particular, sus trabajos ilustran bien este propósito de hacer una historia de la precariedad a través del análisis de los modos de contratación de los jóvenes, de las demandas que se les realizan por parte de los empleadores y de los procesos de dominación que subyacen en las relaciones laborales en las que están implicados los jóvenes. La pregunta de la que parte Faguer es: ¿cuál es la paradoja que explica que, después de treinta años de 'democratización' del sistema de enseñanza, las formas de explotación que caracterizaban a los jóvenes con trabajos descualificados en los años sesenta se hayan extendido hoy a todos los jóvenes sea cual sea su nivel de estudios? Este interrogante le lleva a rastrear la formación del actual doble mercado de trabajo segmentado en el cual los jóvenes ocupan un lugar preferente. Desde finales de los setenta, las investigaciones de Faguer (1982; 1983) y de Faguer y Balazs (1979) han explorado los rasgos de la gestión de la mano de obra juvenil y han divulgado algunos de los procesos que más tarde tendrían una notable extensión entre la juventud: el joven dócil y flexible, que se adapta bien a todos los requerimientos formales e informales del puesto de trabajo; el joven 'chico para todo', polivalente; el joven dotado para 'lo relacional', trascendental para el trabajo de los servicios; el joven sobrecualificado, que acepta empleos por debajo de sus expectativas o su imagen invertida, el joven infracualificado que ve cómo sus empleos 'naturales' son ocupados por otros coetáneos más formados. El desclasamiento, las desigualdades de clase a la hora de acceder al empleo, las ocupaciones de los estudiantes-asalariados son algunos más de los temas tratados por Faguer que aportan una gran riqueza conceptual. En este atractivo proyecto de esbozar una historia de la precariedad, él considera que el modelo de gestión de la mano de obra joven se está ampliando progresivamente a otros grupos de trabajadores.

A partir de estos estudios, otros con un alcance más concreto han ilustrado buena parte de los procesos señalados. Son de particular interés las monografías sobre algunas ocupaciones juveniles descualificadas -empleados de hamburgueserías, animadores (Cuche, 1991; Brochier, 2001) o el estudio comparativo de los jóvenes parados en Francia, Italia y Gran Bretaña

coordinado por Jean Charles Lagrée y Paula Lew-Fai (1989), que insiste sobre la necesidad de compaginar la dimensión estructural con el análisis de las prácticas de los actores. En estos últimos veinte años, las investigaciones sobre la cuestión juvenil han sido innumerables, la mención de las anteriores referencias no es, como ya se ha dicho, sino una forma de ilustrar algunos de los conceptos y de los planteamientos teóricos más relevantes.

III.3.- Vivencias e identidad y prácticas sociales de los parados de larga duración: investigaciones de predominio cualitativo

Los apartados anteriores han servido para acercarnos a los conceptos y a las corrientes que han contribuido a consolidar el paro como objeto de estudio. A continuación, me centraré en las investigaciones concretas que se han realizado sobre el paro de larga duración, lo que permitirá continuar con esta tarea de recopilación teórica y conceptual emprendida en los apartados anteriores. Como ya se ha explicado en los capítulos introductorios, se detallarán las principales investigaciones realizadas en Francia, Italia y España. Esta elección se justifica por las similitudes que se encuentran en los tres países. Uno de los últimos trabajos que Enrico Pugliese (1996) ha dirigido en este campo del paro que conoce bien, ha recibido el significativo título de *Una disoccupazione mediterránea*. En la presentación, Pugliese argumenta cómo hay algunos rasgos que caracterizarían este patrón de desempleo mediterráneo: el fuerte peso de los jóvenes y en particular de las mujeres; las dificultades en las salidas profesionales y la considerable inestabilidad laboral; las vivencias sobre el lugar que ocupa el trabajo en la vida de las personas y el consiguiente sufrimiento por no encontrarlo y, finalmente, algunas semejanzas en la situación macroeconómica en el área mediterránea. Estos elementos hermanan a los tres países mencionados y les distinguen de otros en los que el desempleo cobra formas diferentes -con tasas menores y otros colectivos afectados. Todo ello justifica su elección para ser tratados en la presente tesis. El objetivo es ahora trazar una panorámica del estado de la investigación de este 'desempleo mediterráneo' y seleccionar los estudios más representativos presentándolos con cierto criterio cronológico.

III.3.1.- La adversidad del paro: el estudio precursor de Dominique Schnapper

Comenzaremos con uno de los estudios de marcado carácter pionero en el análisis del paro a través de una perspectiva cualitativa es *L'épreuve du chômage* de Dominique Schnapper (1981). La investigación se realiza entre 1979 y 1980, momentos en los que se está comenzando a vivir el ascenso del desempleo fruto de la crisis económica y ese crecimiento preocupa a las administraciones -de hecho la investigación es financiada por el Ministerio de Trabajo francés- y alarma a la población, que rápidamente lo situará en cabeza de sus temores. Schnapper explota cerca de cien entrevistas realizadas a parados de diferentes edades y condiciones sociales, intentando realizar un análisis objetivo de las situaciones de paro en diferentes grupos sociales. En ese momento, el propósito es relativamente innovador, pues no abundan los estudios que aborden el tema desde un enfoque cualitativo. Por otra parte, predomina respecto al paro una visión que podríamos denominar "miserabilista", que impide ver otras vivencias del paro que no sean las referidas al drama de la pérdida del trabajo y la miseria de condición que ello conlleva. La autora propone un análisis cualitativo que dé cuenta de las vivencias de los parados y de los factores que influyen en esta experiencia, a la vez se elabora una tipología que cuestione la visión unidimensional del "buen parado", apenado y pobre, que suele suscitar el enfoque estadístico.

El propio título del libro evidencia que el paro es una situación de desventura, una "prueba", que es sufrida de forma diferente conforme sea la situación vital de una persona, en palabras de Schnapper, su "*statut*". La autora utiliza este concepto de "estatuto" para definir el "conjunto relativamente sistemático y fijo de comportamientos que la sociedad puede esperar de un individuo en una situación dada y que el individuo puede esperar de la sociedad, reconocidos unos y otros comportamientos por ambas partes" (ibid. 23). El paro no se limita a ser un problema de no-actividad sino que entra en una dimensión más compleja al encuadrarse en la lógica de los comportamientos esperados y esperables. El "estatuto" de parado es fruto

básicamente del periodo fordista y de la hegemonía del trabajo asalariado. Desde el principio de la investigación, se hacen evidentes los síntomas de desvalorización de este estatuto respecto a la normalidad que supone el empleo asalariado. Los signos de esta desvalorización vienen determinados por la falta de trabajo: vivencia angustiosa del tiempo, problemas de identidad, fragilidad psíquica. Para Schnapper es “la actitud, socialmente elaborada, respecto al trabajo la que explica las diferentes vivencias del paro.” (ibid. 72).

Este predominio del trabajo y de la visión dramática del paro queda reflejado en los títulos de algunos estudios realizados en los momentos iniciales de la crisis de los setenta, cuando los primeros despidos hacían emerger el fenómeno del paro: “*Nous, travailleurs licenciés, les effets traumatisants d’un licenciement collectif*”, dirigida por Chombart de Lauwe en 1976 o “*Les chômeurs, SOS*”, llevada a cabo por G. Ganachaud en 1974. Este tono testimonial y trágico delata la percepción del paro como una situación accidental e indeseada, un estatuto provisional que reclama una ayuda exterior, que viene de la mano de los servicios públicos de empleo creadores de la identidad de parado. Es, por supuesto, un estatuto menor, pasivo y carente de cualidades como podrían ser el organizarse colectivamente. Con estos contornos generales, el objetivo de Schnapper es tratar de ver cómo se modifica y afecta el estatuto teniendo en cuenta diferentes variables sociológicas, como la edad, el sexo o la profesión y otras variables subjetivas como son las formas de vivir el desempleo. Estos cruces resaltan tres tipos generales de vivencias: el “paro total”, el “paro invertido” y el “paro diferido”. Con el material recogido en las entrevistas, se describen las diferentes prácticas y sentimientos de los parados. Detallaremos las características de cada uno de ellos.

El “paro total” se manifiesta en quienes hacían del trabajo la máxima forma de expresión personal -identidad, organización del tiempo, condiciones de vida, sociabilidad-. Los representantes por antonomasia son los obreros industriales, que, además comienzan la crisis representando la porción

cuantitativa más importante en las cifras del paro. La vivencia personal está marcada por los sentimientos de humillación, derrota e inutilidad, la identidad angustiada penetra hasta los cimientos de la virilidad, puesta en cuestión por el desempleo. Inicialmente, este nuevo estado se encaja con incredulidad y sorpresa. Cuando se prolonga, sobreviene una actitud de negación del futuro y una conducta depresiva. En algunos casos, el paso del tiempo lleva a relativizar la importancia que al principio se concedía a la falta de trabajo, pero la sospecha de vagos, perezosos e inútiles que recae sobre los parados y los riesgos de exclusión y rechazo mantienen fresca la sensación de amenaza que el paro conlleva para estos "parados totales". La asistencia a los controles en las oficinas de los servicios de empleo reproducen periódicamente el sentimiento de humillación inicial.

Schnapper identifica entre los parados de origen obrero más jóvenes algunas actitudes que aminoran los sentimientos negativos anteriores. Cuando el paro se cronifica y alcanza una presencia social fuerte, adquiere los rasgos de una especie de rito de paso, que se integra en las primeras etapas de la socialización laboral de los jóvenes y esto contribuye a reducir el peso simbólico del trabajo. Teniendo en cuenta que la experiencia del paro depende del papel atribuido al trabajo, al sufrir éste una relativa desvalorización, se produce entre los jóvenes una reducción del sentimiento de humillación tan intensamente sentido por los obreros adultos. Esto se traduce en una actitud crítica hacia el trabajo, su organización y condiciones, que, sin embargo, no alcanza un grado de rechazo del trabajo, que para ellos sigue constituyendo la forma de integración social por excelencia.

La experiencia del "paro total" se reconoce por una desorganización del tiempo cotidiano, alterado por la ruptura de la organización canónica de tiempo de trabajo-tiempo libre. El tiempo se vive como vacío en el "paro total". Las jornadas se sienten como interminables y se busca matar el tiempo mediante el sueño o entretenimientos como la televisión. La falta de formación y de niveles culturales altos en estos grupos sociales obreros dificultan las actividades de sustitución como pueden ser las aficiones y

también se ve disminuida la capacidad de organizar actividades en grupo. Esta desocialización es otro rasgo clave de la angustia del desempleo. El trabajo permitía relaciones e intercambios que ahora quedan cancelados, el paro se vive en solitario. En el caso de las mujeres, la pérdida del empleo reduce los anclajes exteriores al hogar y la maternidad se convierten en un estatuto de sustitución para ellas. Igualmente, numerosas investigaciones demuestran cómo los trastornos familiares se agudizan por la situación de desempleo.

La vuelta al trabajo es un momento deseado, pero que se demora por las exigencias que estos parados plantean a las ofertas que les son realizadas. La idealización del trabajo perdido es un lastre para el nuevo momento laboral - en el que parecen haberse acabado los empleos estables- y la resistencia a aceptar cualquier destino laboral es insistente. Las entrevistas y las pruebas para conseguir los nuevos empleos crean un ambiente competitivo y ansiógeno, que mengua las fuerzas y contribuye a crear figuras persecutorias fruto de la impotencia: es imposible conseguir trabajos porque los otros tienen enchufe, porque los otros tienen más suerte. La búsqueda de empleo se convierte así no en una empresa sistemática, sino en una situación sufrida sobre la que no se ejerce ningún control. Esta misma impotencia se observa en las explicaciones acerca de las causas de su situación de paro. Sin excluir otras interpretaciones, en el caso de los parados obreros sobresale la explicación colectiva. Se racionaliza un escenario indeseable en el que se responsabiliza a las instituciones, el Estado o las empresas y se crea la imagen del parado bueno, que desea convertirse en un honrado trabajador, pero fuerzas superiores a él se lo impiden. Esta imagen de parado bueno vuelve a sufrir otra herida cuando los servicios de empleo entran en escena: el interrogatorio y la sospecha construyen un estereotipo que devuelve una figura inaceptable para quien sufre en su propia piel la condición de parado. La mala opinión sobre estos servicios no se debe sólo a su falta de eficacia sino a que destruyen, con su funcionamiento burocrático y con la creación de estereotipos negativos, la figura del parado bueno.

Schnapper resume el panorama del “paro total” como una negativa mezcla de angustia, hastío, humillación, desocialización, desajuste con los ritmos colectivos y familiares. Solo entre los parados obreros jóvenes estas señales se suavizan por su relativo cuestionamiento del trabajo asalariado.

El segundo tipo de vivencia del paro que la autora identifica es la del “paro invertido”. Corresponde fundamentalmente a jóvenes de clases medias acomodadas, con niveles educativos medios o superiores y con una presencia importante de mujeres. Social y culturalmente este grupo difiere del anterior, como también difiere su concepción del trabajo. Schnapper distingue dos tipos de vivencia: la de los “rentistas provisionales” y la de la “vida bohemia”. Para los primeros, mayoritariamente en busca de un primer empleo, el paro es un periodo de semi-vacaciones, de no-trabajo justificado. Desde su lugar, la vivencia del trabajo es considerablemente diferente a la de los parados totales: el trabajo no es generador de identidad, y encuentran otros muchos filones de realización personal, no hay tiempo para aburrirse con las actividades tipo estudiante. Su relación con el trabajo es instrumental y orientada por la necesidad y no por la vocación o la interiorización de la norma -algunos colectivos rechazan, incluso, el trabajo fijo pues hace parecer un proletario-. Todo ello hace que el paro no se viva de forma traumática, no desvaloriza, aunque tampoco es percibido favorablemente y se vive como un momento intermedio hacia la incorporación laboral.

Para el grupo de “bohemos”, el rechazo al trabajo se radicaliza y se propone, de forma alternativa, otra cultura basada en la autenticidad y en la vocación. La realización personal, la expresión autónoma de las capacidades y la creación de sentido son contrapuestas al trabajo heterónimo y a la explotación laboral. El periodo de paro es vivido con gran actividad y sin sentimiento de desvalorización pues “el sentido que se le da al trabajo y al paro están invertidos.” (ibid. 130). En el extremo, el paro es una condición necesaria para la creatividad. Permite una rica sociabilidad mediante la formación de redes sociales independientes del trabajo y permite también adoptar un estatuto de sustitución -el bohemio, el eterno adolescente o el

mayoritario del joven despreocupado-, que invierte la situación de paro calamitoso en paro creativo.

La tercera y última clasificación es la de “paro diferido”. Schnapper vincula este tercer tipo a un colectivo profesional concreto como es el de los mandos intermedios y otro personal con responsabilidad en la gestión y dirección de la empresa. En el contexto de crisis y reestructuración de empresas de los setenta, comienzan también a sufrir situaciones de paro y, por su inesperada presencia, constituyen una novedad en la escena del desempleo. Sus características propias les hacen vivir una experiencia de paro particular, distinta a la del “paro total”, correspondiente a los obreros. La peculiaridad que los distingue es el grado de formación: cuentan con este recurso que les permite aprovechar el periodo de paro como un momento, circunscrito en el presente, superable y coyuntural. Un periodo temporal en el cual pueden mejorar su cualificación y que pueden integrar en su “carrera”. De hecho, las actividades de sustitución del trabajo están relacionadas con la formación y la mejora de su capital humano.

Su concepción del trabajo es muy positiva, está marcada fuertemente por la identidad que generan sus funciones de mando y por la implicación personal en las actividades de la empresa. El paro enturbia su recorrido futuro y les hace interiorizar una situación de crisis en la carrera, pero a pesar de esto, también les coloca en la necesidad de superar el trance de la mejor manera posible. Así, convierten la búsqueda de empleo en su nuevo oficio y le otorgan la máxima dedicación. De alguna manera, actúan “como si” trabajasen. Todas estas particularidades no deben, sin embargo, hacernos pensar que viven el paro de manera indolora: el momento del despido dispara una profunda crisis de identidad y la idea de convertirse en un paria genera un temor angustioso. Cuanto menor es la formación y más se prolonga el periodo de paro, mayor es la intensidad de estas malas vivencias, que pueden aproximarse a las vividas por los “parados totales”. También se hace evidente la diferenciación respecto al resto de mandos parados con mayor formación: el paro se vive como algo vergonzante, genera desocialización, supone un cuestionamiento

central a su profesionalidad, no encuentra alivio en actividades sustitutivas como la formación y no prestan tanta atención a la búsqueda de empleo como los más formados. En ocasiones, todas estas impresiones les llevan a ocultar su condición de parado incluso a su familia y vagan durante el antiguo horario de trabajo a la espera de una ilusoria recuperación de su empleo. En la justificación de su situación de desempleo se debaten entre la autoculpabilización por la edad y por la formación y la desculpabilización achacada al mal momento económico y laboral y a las circunstancias exteriores sobre las que no se puede actuar.

Las conclusiones de Schnapper tienden a reafirmar la importancia de la vivencia del paro sea cual sea el colectivo afectado y con muy pocas excepciones. Los años ochenta han traído consigo novedades importantes - como son cambios en el sentido del trabajo entre los jóvenes o la aparición del paro de larga duración, que sustituye al paro friccional propio del fordismo-, pero a pesar de ellas puede afirmarse que el mundo productivo basado en el trabajo, que construye la identidad de los individuos, no se ha invertido y por ello la experiencia y la concepción del trabajo asalariado sigue condicionando las vivencias negativas del paro. Tal vez el caso de los jóvenes, matiza Schnapper, pueda representar una novedad real porque en ellos se están produciendo cambios en la significación del trabajo. No obstante, el contexto en que la autora redacta su estudio, -a comienzos de los ochenta y en pleno ascenso de los índices de paro, con un predominio del "paro total"- le conduce a resaltar la imagen negativa del paro como una "prueba" difícil y dolorosa.

III.3.2.- El paro juvenil: signo de un cambio de modelo laboral. Las investigaciones de Gabrielle Balazs

Con semejante espíritu pionero al caso anterior, los trabajos que Gabrielle Balazs desarrolla a principios de los ochenta constituyen un importante precedente de todos los que se han hecho en los veinte años posteriores sobre el paro juvenil. Imaginado, inicialmente, como una auténtica plaga incontenible, se convirtió en un objeto de estudio muy tempranamente: los

jóvenes son, sin duda, el colectivo que más informes sociológicos ha sufrido. A pesar de su anticipación, -Balazs concentra sus publicaciones sobre este tema en la primera mitad de los ochenta- las investigaciones de esta autora avanzan algunas conclusiones que más tarde se irían confirmando con el transcurrir de la década. Podría decirse que algunas de ellas adelantan la presencia y la importancia del paro de larga duración.

La preocupación central de estos trabajos es analizar las consecuencias de un periodo de paro prolongado en el inicio de la vida activa. El título de la investigación más relevante de Balazs -*Cinq ans après une inscription au chômage* (1984)- expone claramente su propósito: indagar cómo impacta el paro en las carreras laborales iniciales de los jóvenes. Cinco años después de la inscripción al paro, Balazs comprueba no solo que el número de parados sigue siendo considerable, sino que además la experiencia de paro ha marcado el tipo de empleo de aquellos que lo consiguen, su duración y estabilidad. En la investigación se entrevista en profundidad a cincuenta jóvenes inscritos en los servicios de empleo cinco años antes, en 1975. Previamente, Balazs contaba con una sólida base cuantitativa que provenía de una encuesta anterior, efectuada en 1976, a 3000 jóvenes inscritos en el paro seis meses antes. En esta encuesta se determinaban las variables más influyentes que provocaban las situaciones de paro: la clase social, mezclada con el sexo y con el nivel de estudios, así como la existencia de una experiencia de empleo anterior. Además de la procedencia social obrera de los jóvenes parados, las confirmaciones empíricas de esta primera encuesta dejan ver cómo los hijos de los trabajadores, cuando encuentran ocupación, copan los empleos descalificados y también se adelanta el enorme peso del componente femenino en el paro.

Las entrevistas retrospectivas realizadas cinco años después siguen durante un largo periodo los itinerarios laborales de los jóvenes y confirman y afinan los resultados anteriores. Destaca la clarividencia con que se relatan los choques entre expectativas educativas y realidades laborales de los jóvenes peor situados socialmente: la mejora social que prometía la inversión educativa no

se confirma. Asimismo, se evidencia cómo la biografía social tiene un peso determinante en los recorridos posteriores y es fundamental para interpretar el paro acumulativo. Balazs capta también, ya desde esos primeros años de los ochenta, la prolongación de la permanencia en la familia de origen, algo que después sería una de las principales líneas de investigación en Sociología de la juventud. Para finalizar esta enumeración de resultados, cabe reseñar la anticipación de las problemáticas trayectorias de empleo de las mujeres de extracción obrera casadas y con hijos. Ellas acumulan las mayores dificultades derivadas de sus menores oportunidades de aceptar empleos lejanos del domicilio o turnos desajustados de los ritmos familiares. La desvalorización y el desánimo hacen mella en este grupo más castigado por el paro.

A raíz de todas estas observaciones empíricas, Gabrielle Balazs concluye que el paro es un síntoma que delata una crisis del modelo de producción y de reproducción que se había vivido hasta los años setenta. Por una parte, el ascenso del desempleo en general y la pérdida de estabilidad de las experiencias laborales revelan el cambio y el ajuste del nuevo sistema productivo. Por otra, las familias obreras viven además una crisis del modelo de reproducción: los padres no transmiten a los hijos los prerrequisitos y las competencias necesarias para encontrar empleo. El capital social y cultural acumulado por los padres en el fordismo no se transfiere a la siguiente generación. El porcentaje de parados de origen obrero en las filas de los servicios de empleo franceses son la más clara evidencia.

III.3.3.- La expansión de los estudios sobre los parados de larga duración: las investigaciones sobre vivencias y condiciones de vida en el paro

A principios de los noventa, la percepción de que el paro de larga duración es un fenómeno no destinado a desaparecer fácilmente se acrecienta. Las tasas y la diversificación del tipo de problemas que provoca lo convierten en centro de atención de los organismos responsables del mercado de trabajo. En el año 1990 y 1991, el Ministerio de Trabajo francés financia dos investigaciones similares en las que se trata de investigar, a través de entrevistas en profundidad, las condiciones de vida y la percepción subjetiva de las personas

que sufren una experiencia prolongada de paro. Ambos estudios son publicados conjuntamente en un volumen con el título *Vécu et devenir des chômeurs de longue durée* (Aldeghi y otros, 1992). La primera investigación recogida en el libro es *Le quotidien des chômeurs de longue durée*, realizada por Maria Térésa Pignoni y Alain Deluchat y se basa en el análisis de cincuenta entrevistas a parados de larga duración con el fin de comprobar la hipótesis de que la duración del paro se convierte en la variable que más altera la experiencia vivida de desempleo, más incluso que otras variables como las demográficas y las sociológicas. Los entrevistados son invitados a hablar sobre los cambios que se han producido en el terreno de las necesidades materiales y la renta; en el ámbito psicológico y relacional y sobre las expectativas frente a los servicios de empleo.

La segunda investigación es *Le temps du chômage: l'épreuve de la durée*, guarda muchas semejanzas con la anterior y consiste en el análisis de la organización del tiempo de paro en comparación con periodos anteriores de empleo de sesenta parados entrevistados por Isa Aldeghi.

Las conclusiones de ambas investigaciones presentan muchos puntos en común. El primero de ellos se refiere a la intensidad con que el paro de larga duración es vivido por la mayoría de los que lo sufren. Las huellas por él dejadas pueden ser mayores o menores, pero en pocos casos pueden considerarse banales. El carácter de esta vivencia es íntimo y no sirve de mucho consuelo el factor de desculpabilización que puede conllevar el hecho de que afecte a mucha gente y que puedan reconocérsele causas exógenas. La identidad de los parados entrevistados está fuertemente radicada en el trabajo asalariado y las actividades de sustitución no dan soporte a nuevas identidades. Las imágenes del paro "diferido" e "invertido" que años antes proponía Schnapper (1981) tienen muy poco lugar.

Entre los rasgos cotidianos del paro destaca la degradación material del nivel de vida: se reduce la renta, amenazan los impagos, las actividades de ocio sufren un recorte. La pérdida del salario es algo más que la pérdida de su propio valor monetario, es la privación del crédito y el arranque de una

situación de dependencia y de prestamos solicitado a los más cercanos. Las estrategias de supervivencia se basan en la solidaridad familiar y en la entrada de otras rentas en casa; en la solidaridad social, con las ayudas y subsidios públicos y, finalmente, en pequeñas actividades sumergidas, que no se realizan tan frecuentemente como se proclama, pues parece que defraudar al Estado es más delito cuando se está parado y se cobra un subsidio. El grado de clandestinidad aumenta cuando estas prácticas laborales se llevan a cabo.

La percepción subjetiva que tienen los parados coincide nuevamente en ambos estudios. Pignoni y Deluchat desgranar un amplio repertorio de efectos psicológicos negativos: pérdida de confianza en uno mismo, en el proyecto social, debilitamiento de las relaciones sociales. Los parados viven un “tiempo sin tiempo”, fuera del ritmo de la vida social, sin objetivos, vacío e interminable. Matar el tiempo se convierte en una actividad necesaria. A muchos, el sueño del olvido les mantiene durmiendo 10-12 horas al día. Viven también un “espacio encogido”, en el que se produce un repliegue hacia el hogar y una disminución de los paseos y las salidas. Además se teme la perspectiva de “un mundo perdido del trabajo”, donde la exclusión laboral y el correr del tiempo convierten al trabajo en un bien inalcanzable del cual a veces los parados se desinteresan por ser imposible de capturar. Aldeghi añade cómo el periodo de paro es vivido como un “tiempo de aburrimiento”, en el que abundan las manifestaciones de mal genio, depresión e inutilidad. Todos estos efectos se perciben en el conjunto de los parados, pero en estos estudios se observa un recrudecimiento conforme el desempleo se prolonga.

El tiempo de los parados de larga duración se distinguiría más por una ralentización acentuada del ritmo de vida, por un debilitamiento en la intensidad de la búsqueda y por un repliegue en el “refugio” familiar. En cuanto a la búsqueda de empleo, puede afirmarse como norma general que su intensidad es inversamente proporcional a la antigüedad en el paro. La desgana y la saturación de los sistemas de búsqueda, sobre todo, en zonas en crisis, elevan el número de parados desanimados. Encontrar un empleo no es fácil ni barato: la degradación de las condiciones materiales de vida limita el

presupuesto de los parados de larga duración destinado a conseguir un empleo. Por otra parte, a pesar de la sensación de protección que suponen, la intensificación de las relaciones familiares puede encerrar al parado en un universo demasiado cerrado que no neutraliza los riesgos de aislamiento laboral que sufre. Las tareas domésticas y otras actividades en el hogar, cuando ya se realizaban antes de entrar en paro, se incrementan, pero para la mayoría esto no supone más que un entretenimiento ligero, pues no otorga una identidad sustitutiva del empleo. En pocas ocasiones se observa que el paro sea vivido como una fuente de identidad social, si acaso como una identidad negativa. En el momento en que se realizan, las investigaciones que comentamos no encuentran ningún rastro de movilización asociativa entre los parados, el desempleo es un estigma que conviene ocultar.

Esta caracterización uniforme de los parados no debe ocultar que existe una fuerte diversidad interna determinada por variables como la edad, el sexo, el hábitat, la ocupación anterior o el origen social. Los parados de larga duración no pueden ser descritos como una realidad homogénea. En un mercado de trabajo cada vez más selectivo, la población afectada es mucho más diversificada que hace dos décadas. La edad es una de las variables más definitorias: el envejecimiento profesional es cada vez más temprano. Los problemas de formación se agudizan cuando ésta es escasa, el transcurso del tiempo juega en contra de los jóvenes o los adultos con baja cualificación. La propia prolongación del periodo de paro se convierte en el obstáculo más determinante a la hora de retornar al mercado de trabajo. El duelo del empleo precedente lastra el necesario recorrido a nuevos horizontes laborales, a los recuerdos del trabajo perdido hay que añadir la pretensión del parado de encontrar un empleo de igual valor al que se tenía. Esta actitud de preferencia por los empleos ajustados al potencial personal hace que muchos parados rechacen inicialmente trabajos considerados por debajo de las capacidades propias o de baja consideración social. Cuando la situación económica se degrada, el nivel de selectividad respecto a los empleos que se les ofrecen disminuye y los parados entran habitualmente en los circuitos de los trabajos precarios y del paro recurrente. Pignoni y Deluchat descubren

tempranamente cómo el paro no es un dato estático independiente del contexto actual de flexibilidad en el empleo, sino que se halla en estrecha relación con la proliferación de los empleos temporales: “Muchos parados ilustran su experiencia de paro como caracterizada por la alternancia de contratos temporales, situaciones de interinidad y periodos más o menos largos de paro. Percibidos inicialmente como una vía de inserción en el trabajo, estos pequeños paréntesis de actividad se amalgaman indiferenciadamente con el paro. La repetición de los contratos temporales instala tanto a los jóvenes como a los adultos en la derrota y contribuye a construir su destino de parados de larga duración.” (Aldeghe et alli, 1992: 45).

Los autores de estas investigaciones desvelan los efectos contraproductivos de las políticas de empleo dirigidas hacia los parados. La proliferación de un mercado de trabajo de elevada precariedad y temporalidad no asegura la inserción profesional, al contrario, puede convertirse en la antesala de la exclusión y del paro recurrente de los “sin oficio”. Los parados emiten un juicio muy negativo hacia los actores institucionales encargados de velar por su estado de desempleo. La impresión más señalada es la de abandono: el empleo no llega, las prestaciones se van agotando y no hay un seguimiento personal. Los servicios de empleo son vividos como un mecanismo de control burocratizado en vez de como un apoyo para la inserción profesional. Cuando el tiempo transcurre sin lograr un empleo, una paulatina conciencia de asistido, marcada por el sentimiento de humillación, se va instalando entre los parados. Frente a este panorama, los cursos de formación ocupacional se convierten en la única esperanza. Pero los parados no son ajenos a la necesidad de otro tipo de intervenciones más especializadas que mejoren los sistemas de búsqueda de empleo, e igualmente perciben cómo buena parte de las medidas de empleo son el origen del abuso por parte de las empresas que produce subempleo y un uso de mano de obra barata.

III.3.4.- Prácticas sociales de los parados en la era de la precariedad: los trabajos de Paul Grell y Anne Wery

Paul Grell y Anne Wery (Grell, 1987; Grell y Wery, 1993) publican dos estudios centrales para el análisis de las situaciones de paro, tanto por su dimensión metodológica, con un amplio despliegue de entrevistas, como por su contenido teórico, que produce un buen marco de interpretación de las estrategias de cara al trabajo por parte de los jóvenes parados en Canadá, sus modos de buscarse la vida y los tránsitos inciertos del paro al empleo. Estos estudios están basados en entrevistas a jóvenes parados que sirven para biografar el pasado -ver el peso de las determinaciones sociales en la existencia actual-; interpretar el presente -analizando los procesos de autoproducción de la vida social y componiendo un retrato existencial de los jóvenes- y, finalmente, experimentar el futuro -desentrañando las articulaciones que se producen entre los sujetos y el grupo, de cara a la posibilidad de configurar un “nosotros” que anticipe un actor o una identidad social futura-. Las entrevistas permiten a los autores dar el salto de una historia particular al tratamiento en profundidad de los procesos sociales. La suma de las entrevistas da como resultado algo más que el número concreto de historias particulares que eran al principio. La pretensión de los autores con este planteamiento metodológico es comprender el marco objetivo de las estructuras junto a las experiencias de aquellos que lo viven, sólo así puede evitarse el “fetichismo de los datos empíricos elementales” en que, según los autores, caen a menudo las ciencias sociales.

Para describir el “mundo social” del paro, Grell y Wery se basan en el concepto de trayectoria y concretamente de ‘trayectoria de paro’, y la comprenden como una mezcla de disposiciones vinculadas tanto a la biografía como a los determinantes exteriores, que interactúan con las capacidades creativas y la intencionalidad de cada persona. Esto permite reconstruir a posteriori biografías tipo que dan cuenta de formas de vivir el paro. La perspectiva de Grell expresa la dialéctica entre lo instituido y lo instituyente que construye un mundo social abierto y dinámico; el parado y sus

capacidades creativas son consideradas y aparecen reflejadas en su estudio, cuando lo corriente es que las visiones dominantes objetivistas no las contemplen. Los autores tratan de ir un poco más allá de la descripción de los modos de supervivencia de los parados e intentan comprender el sentido que sus prácticas tienen y si responden a una cierta lógica. De esta forma, complementan la perspectiva objetivista cuestionando la unidad funcional empleo-paro, no considerando a éste como una prueba vergonzosa y pasiva. El paro contiene diversas formas de ser vivido y no solo respecto a las actitudes hacia el empleo, sino hacia otros ámbitos como las prácticas de obtención de rentas o de organización del tiempo.

A partir de estos presupuestos, los autores identifican, primeramente, tres grandes colectivos o formas de relación con el paro, sus instituciones y formas de vida, que se articulan en torno a la polaridad máxima-mínima institucionalización:

La primera es la representación y vivencia del paro desde el modelo de la ética del trabajo y responde a un marco de normas y prácticas altamente institucionalizadas. El respeto a estas normas define un modelo de “buen parado” que se identifica por vivir de forma vergonzante y pasiva el paro; por vivir con culpabilidad cualquier actividad que no esté dirigida a encontrar empleo; por dedicar buena parte de la jornada a su búsqueda y por encuadrarse en el marco de las ayudas públicas, aceptando de forma oportunista la condición de parado.

La segunda forma se identifica por un rechazo a las prácticas institucionales. En su límite, este rechazo se produce respecto al bloque conjunto de toda la organización social en torno al paro y a la puesta en marcha de actividades de sustitución, basadas en prácticas antinstitucionales o incluso ilegales. Estas pueden ir desde el retraimiento, la desesperación o la huida que puede manifestarse en dormir, consumir o salir más, hasta los pequeños tráficos y trapicheos que se fantasean como una forma de vida estable.

La tercera forma podría definirse como la creatividad social. Sus prácticas características son, en este caso, contrainstitucionales y se concretan en

formas de vida al margen, con una relativa organización grupal basada en el hecho de compartir una serie de valores alternativos, a la manera de una subcultura. Se pueden encontrar manifestaciones individuales de esta tercera forma en el caso de individuos que se dan formas autoaceptadas de vida basadas en la provisionalidad y en la mayor o menor planificación de una autosuficiencia económica -desde vivir al día, hasta formas de vida organizadas al margen de los circuitos tradicionales de producción o consumo.

Grell y Wery parten de estas tres grandes configuraciones para continuar su análisis y conseguir una tipología más compleja que surja de la correspondencia de estas tres formas con los niveles de materialización de la realidad social: cómo definen y perciben los parados su situación, cómo influye su sistema de valores en el grado de creatividad e improvisación frente al paro, y, consiguientemente, en el tipo de prácticas estratégicas puestas en marcha frente a la situación, cómo afecta el contexto sociohistórico y biográfico concreto -los autores estudian la sociedad canadiense de los 80-.

El cruce entre las tres grandes configuraciones iniciales y los marcos de materialización da como resultado una clasificación que incluye siete tipos de paro que ilustran diferentes formas de vivencia y de buscarse la vida por parte de los desempleados:

El primer tipo es definido por los autores como "paro desvalorizador" y es la forma más conocida y común en la presentación pública del paro. Experiencia negativa, que resta valor a quien la vive, denota una falta de socialización y rasgos humillantes. Es la forma en negativo de lo que representa el trabajo. Sin embargo, Grell y Wery no consideran que entre los parados que más se ajustan a este tipo haya una apreciación enormemente positiva del trabajo, sino de aquello que el trabajo concede y que el paro niega: un salario, seguridad y reconocimiento social. Esto les lleva a vivir mal el paro y a desear regresar lo antes posible al trabajo. El anclaje con el modelo normal de trabajo asalariado y la percepción de una falta de opciones alternativas hace que estos parados se conformen a los procedimientos institucionales del paro y traten de salir de éste únicamente a través de la búsqueda de empleo.

El segundo recibe la denominación de “paro trampolín”. Comparte muchos aspectos del anterior en cuanto a las posiciones respecto al trabajo, pero la diferencia fundamental es que en este caso el paro es vivido en forma activa, es un tiempo activo. Es representativo de aquellos que han participado en programas estatales de inserción profesional, de formación u orientación ocupacional. Un rasgo característico es que convierten esta experiencia en un recurso que les acerca al empleo, con una elevada esperanza de abandonar la situación de paro y de emprender una actividad laboral que se ajuste, incluso, a su proyecto personal.

El tercero recoge el “paro integrado en el trabajo precario”. Agrupa a aquellos parados que compatibilizan esta situación con empleos precarios, intermitentes e informales. Sus trayectorias alternan periodos de trabajo y no-trabajo. Esta alternancia es vivida como búsqueda de sentido, pues la vivencia del desempleo es negativa entre estos parados, lo cual les conduce a valorizar el trabajo aunque no se realice en las mejores condiciones. Siguiendo a Grell, cabría identificar dos subgrupos que están caracterizados por este tipo de alternancia: el primero tiende a vivir de manera forzada y negativa esta sucesión de trabajo y paro; el segundo tiene mayor capacidad de controlar y decidir en la alternancia, abandonando trabajos no deseados. En ambos casos, estos parados son producto de los cambios laborales recientes y acrecientan lo que Grell llama los “intersticios de la sociedad”. Basan su modo de vida no tanto en la utilización de los servicios públicos de empleo, sino en la organización de los periodos de trabajo y paro, formando ambos un continuo que va más allá del puro trabajo ocasional para conformar un modo de vida.

El cuarto tipo corresponde al “parado estudiante”. En esta categoría, se encuentran los parados que siguen un recorrido educativo bien porque para ellos sea un recurso contra el paro o bien porque estén dilatando su entrada en el mercado de trabajo para conseguir una mejor preparación. Grell presta mucha atención no tanto al grupo mayoritario de jóvenes que se encuentran en el proceso de transición profesional, que hoy está en estrecha relación con

el paro, sino al grupo de parados que hacen un uso instrumental de los estudios como medio de recrear formas sustitutivas al trabajo que se ajusten más a proyectos de vida personales. Los jóvenes que salen de malos trabajos y retornan a los estudios o las personas que abandonan trabajos no satisfactorios y encuentran en la formación una respuesta que les permita obtener una nueva posición más ajustada a sus pretensiones, estos son algunos de los recorridos que Grell identifica.

El quinto grupo podría definirse como “parados al margen del modelo salarial”. En este caso, se plantea un cambio de perspectiva en el papel concedido al trabajo respecto a los tipos anteriores. Las experiencias de paro expuestas hasta ahora estaban muy condicionadas por la vivencia del trabajo, fuera por su valoración positiva, por su instrumentalización o por su integración en un modo de vida marcado por la intermitencia y la precariedad. En todos los casos el trabajo es fuente de identidad social y personal. En cambio, en este quinto modelo, el trabajo asalariado es rechazado y no se espera nada de él. Se prefieren unas condiciones de vida austeras, y con pocas necesidades creadas antes que recurrir al trabajo, aunque en ocasiones se pueda aceptar algún tipo de actividad asalariada si no hay otro remedio. El esfuerzo central es en estos casos el de “autoproducirse” sin acudir al modelo hegemónico, es un “camino tortuoso y estrecho”. Estos recorridos implican una amplia tipología de actividades dirigidas a la autosuficiencia, incluso con proyectos familiares. Los subsidios no son la base de su existencia, sino las actividades informales que expresan un rechazo explícito al trabajo asalariado.

El sexto tipo es el denominado “no-paro creativo”. Se trata en estos casos de parados que realizan actividades creativas-artísticas no consideradas como trabajo entre las actividades asalariadas. La reivindicación de este grupo es ampliar las reglas de juego e incluir otras formas de entender el trabajo: no solo entenderlo como una actividad para producir bienes de uso para terceras personas, sino como una obra que permite la realización de un proyecto personal para uno mismo y para otros. Según Grell, esta forma de

renegociación de la definición de trabajo, dirigida a ampliar los contenidos autónomos de éste, se está extendiendo. Las prácticas de estos parados tienden a constituir modos de vida y organización autónomos, aunque su capacidad para crear redes de apoyo y de aprovechar las posibilidades institucionales es considerable. La vivencia del paro no es en extremo negativa, consideran los subsidios como formas de apoyo a sus proyectos y confían en que su actividad les permita tarde o temprano una integración económica.

El séptimo y último tipo es el denominado "paro banalizado". Corresponde a aquellas experiencias de parados, generalmente jóvenes de clases medias acomodadas, para quienes la esfera de la vida personal es vivida como prioridad y el trabajo ocupa un lugar secundario. Este modelo es el opuesto al de "paro desvalorizador", donde la importancia del trabajo anulaba la de otras esferas. La banalización del paro resta importancia a este periodo, que se vive como momento de expansión personal. El trabajo asalariado no es cuestionado, sino que es entendido como un medio para conseguir el fin principal de la realización personal.

La tipología de Grell y Wery rompe con algunas de los estereotipos provocados por el reduccionismo de la visión "estadística" y objetivista del paro: las vivencias del paro son múltiples y no pueden reducirse a la visión negativa del paro malo como lo inverso del buen trabajo. Los autores no basan su análisis del paro en una perspectiva de clase, señalan cómo algunos de los tipos descritos son más propios de clase obrera o de clase media, pero consideran que existe una gran heterogeneidad social en cada uno de los tipos de su clasificación, que se rige más que por la clase social por las "variadas maneras de vivir el paro". La tesis de Grell y Wery es que esta pluralidad de actitudes y vivencias está, en buena parte, causada por algunos factores ligados a la generalización de las situaciones de paro y precariedad y a su extensión a colectivos hasta entonces no afectados. Además, consideran que la descomposición de la cultura obrera y la fragmentación social difuminan las fronteras entre clases sociales y multiplican, con la proliferación de grupos y

subgrupos, las vivencias heterogéneas y pluriformes del paro. En apoyo de su tesis, Grell y Wery realizan un análisis del trabajo contemporáneo marcado por la terciarización y la dualización social, con el fortalecimiento de una elite del trabajo estable y la paralela progresión de colectivos con carencias ligadas a su situaciones laborales inestables, que los autores bautizan como “los suburbios del trabajo asalariado”. Esta percepción de la inseguridad laboral va acompañada en los autores a una crítica de la ideología esclerótica del pleno empleo: “ésta oculta las reestructuraciones en curso de las relaciones de producción y minimiza la importancia del espacio social al margen del asalariado, que hay que reconocer como una de las realidades del mañana.” (Grell y Wery, 1993: 17).

Precisamente, el enfoque de su estudio se dirige más al análisis de lo que ocurre fuera de las convenciones referidas al pleno empleo y a rastrear, no tanto los rasgos estructurales que causan el paro y algunos de sus tipos -como el “paro desvalorizador”-, sino más bien los factores subjetivos que pudieran prefigurar nuevos códigos morales alternativos a la ética del trabajo, donde se expresan deseos de reconquistar la vida cotidiana y la creatividad de la esfera extraproductiva. La perspectiva del actor, que además de parado o precario es una persona creadora de sentido y potencial de transformación, es central en la perspectiva teórica y metodológica de los autores. El análisis de las prácticas y los discursos de los parados hace emerger automáticamente la esfera de lo cotidiano, de la sociabilidad, de los proyectos personales, de los deseos y sitúa en un segundo plano la esfera del trabajo asalariado. Probablemente, en ese subjetivismo se halle la mayor virtud de los trabajos de Grell y Wery, aunque esto les aleje, en ocasiones, de la dura realidad objetiva del paro que condiciona fuertemente todos estos deseos, sociabilidades y proyectos, al menos para el tipo mayoritario de parado.

Otra interesante y más reciente investigación de Paul Grell es *Les jeunes face à un monde précaire* (1999). Siempre en el terreno del análisis de las zonas más oscuras del mercado de trabajo, este trabajo indaga en las vivencias de los jóvenes con bajos niveles educativos de un área francófona de Canadá en

crisis económica. El estudio se desarrolló con un largo y complejo proceso de investigación dividido en dos etapas principales: en una primera fase, se realizó una encuesta estadística y entrevistas a una muestra de jóvenes; en la segunda fase, realizada un año después, se procedió a entrevistar a un grupo seleccionado estratégicamente de la fase anterior. Estas segundas entrevistas, más largas que las anteriores, tenían una finalidad biográfica y trataban de explorar las trayectorias y los eventos más decisivos, las formas de tránsito al mundo adulto y las relaciones con el trabajo.

Las investigación examina la situación laboral de estos jóvenes y los tránsitos entre empleo y paro. La iniciación en el trabajo asalariado de estos jóvenes es temprana, cubriendo empleos mal pagados y poco regulados, habitualmente en el contexto del trabajo negro -reparto de periódicos, canguros o tareas de cuidados de jardines-. Casi todos los jóvenes de la muestra han cubierto con mayor o menor dedicación actividades de este tipo desde los 13 a los 16 años. A partir de este momento, este “ejército de jóvenes siervos” se dirige hacia contextos laborales más formales, como tiendas, restaurantes o almacenes, guiados por un conjunto de motivaciones entre las que se encuentran la necesidad económica, la realización personal o simplemente alejarse de la escuela o tener dinero de bolsillo.

En el momento de realización de la investigación, el paro alcanzaba niveles elevados, sin embargo, paradójicamente, el mercado de trabajo quedaba relativamente abierto para estos jóvenes, una oferta numerosa de empleos precarios, con bajas remuneraciones, poco estimulantes y, a veces, peligrosos. Los empresarios sacan un buen partido del deseo de obtener algo de dinero por parte de esta mano de obra pasajera. Los jóvenes entrevistados por Grell expresan con sus palabras la provisionalidad del trabajo juvenil: “cuando tienes 16 años, lo que te gusta es gastar, pero querría encontrar un trabajo de verdad”. Esta capacidad de atracción del dinero ata a los jóvenes a la satisfacción de las necesidades materiales inmediatas y fortalece un mercado de trabajo de ocupaciones en malas condiciones.

Para aquellos cuyas familias no tienen dificultades económicas, el dinero conseguido se despilfarra y se convierte más en un medio para inscribirse en espacios identitarios de socialidad y consumo, salir en grupo y beber con los amigos. Igualmente, el trabajo permite cobrar una distancia respecto al espacio de la familia, una independencia respecto a la paga "infantil". Los publicistas alimentan esta capacidad de mimesis del consumo. Respecto a la mirada del otro, tener cosas multiplica el sentimiento de existir.

Grell traza las trayectorias laborales de numerosos jóvenes que responden al mismo perfil y que se agudizan conforme su edad es más avanzada: una acumulación temprana de malos empleos, que permite progresos muy lentos y que los condena a una estabilidad precaria e insatisfactoria. Un recorrido que lleva desde los salarios miserables de los empleos precarios a los bajos salarios estructurales de los empleos más estables de las ocupaciones manuales. Poco progreso, mucha fatiga y equilibrios con el pequeño presupuesto mensual. El "síndrome de los bajos salarios" acecha: incluso trabajando a jornada completa se está a merced de la suerte, se llega con dificultad a fin de mes y cualquier mal paso "te hace caer al fondo de la escala social". Qué decir entonces de una situación de paro prolongado. La organización social del trabajo de la zona analizada por Grell -el distrito canadiense de *Nouveau-Brunswick*- se caracteriza por una baja regulación social de las condiciones de trabajo -pocas limitaciones de la jornada de trabajo o controles sobre los turnos-, las leyes del mercado imperan y provocan un efecto implacable sobre la percepción del trabajo en los jóvenes: no cabe hacerse muchas ilusiones sobre el mundo del trabajo, poco se puede cambiar, la única elección que puede hacerse es soportar un trabajo o buscar otro con pocas garantías de mejora. La organización colectiva no existe, a pesar de que la conciencia de explotación, aunque no fuerte, está presente.

La disponibilidad total es la condición necesaria, aunque no suficiente para mejorar, los jóvenes deben garantizar una flexibilidad de tiempo y de funciones que trastorna la organización de la vida cotidiana. Trabajos con horarios imposibles, con turnos y ritmos de trabajo excesivos, trabajos que

traerán sin duda repercusiones sobre la salud a largo plazo por la carga física que conllevan y actitudes autoritarias y arbitrarias de los jefes. Este universo laboral es descrito y analizado por Grell mediante un trabajo sobre el terreno, entrevistando a los jóvenes protagonistas que ocupan este “mundo precario”. Aunque la perspectiva del actor continúa presente en la obra de Grell, el optimismo que presidía su trabajo con los parados en la segunda mitad de los ochenta ha dejado paso a la descripción inquietante de las condiciones de empleo a finales de los noventa.

III.3.5.- Hacia una tipología de las identidades de los parados de larga duración: las investigaciones de Didier Demazière

A principios de los noventa, comienzan a aparecer algunos estudios que se centran exclusivamente en el paro de larga duración. Uno de los más interesantes es el de Didier Demazière, *Le chômage en crise* (1992). Este trabajo parte de la idea de que el paro de larga duración, que se ha ido incrementando y ha alcanzado su cenit en la segunda mitad de los ochenta, plantea una crisis en las representaciones del paro y un cambio en las identidades fruto de las nuevas relaciones que se establecen entre empleo, paro e inactividad. Demazière dedica toda la primera mitad de su obra a exponer los cambios que han venido aparejados a la institucionalización de la figura de parado de larga duración: las definiciones oficiales, los colectivos afectados, la medición estadística, el papel de las políticas de empleo, las fronteras entre el paro y la pobreza y su revisión con la aparición de un paro prolongado y persistente. La obra de Demazière es una referencia importante a la hora de esclarecer el surgimiento de esta categoría del paro de larga duración. Sin embargo, en este capítulo vamos a detenernos en la investigación empírica que desarrolla en la segunda parte de su investigación *Le chômage en crise*.

Su objetivo es confrontar las lógicas de actuación y las relaciones entre los actores del paro de larga duración. Por un lado, las lógicas individuales de inscripción y retirada que emprenden los parados y, por otro, las lógicas institucionales que desarrollan los servicios de empleo: acogida, registro,

gestión de las listas, etc. Según el autor, este intento de analizar las relaciones y los procesos es imprescindible en un momento en que el paro está cambiando de perspectiva y transitando de un paro friccional e involuntario a uno de larga duración y estructural. Esta situación está provocando la creación de nuevas etiquetas y calificativos como las de parados desanimados, parados de exclusión o parados pasivos, que revelan un cambio en las formas de definición del desempleado por parte de las instituciones y de autodefinición del propio parado. Este juego de relaciones es fruto de una negociación poco previsible e incierta entre los agentes de los servicios de empleo y los parados que estudia Demazière. En concreto este autor persigue tres objetivos que los formula de la forma siguiente: primero, desentrañar las lógicas típicas de reivindicación de los parados de larga duración: cómo se articulan sus demandas y su trayectoria pasada; segundo, descubrir las lógicas de categorización de los agentes de empleo acerca del paro, son ellos los que tienden a producir las mencionadas categorizaciones; tercero, evidenciar las formas de negociación entre agentes y parados en cuanto a las demandas de identidad que los parados piden y las ofertas de identidad que los agentes conceden. La hipótesis de Demazière es que la formación de las identidades de paro se realizan a través de esta forma de negociación y compromiso.

La investigación es realizada mediante observación participante y entrevistas en profundidad a los agentes de los servicios de empleo y a los parados. El análisis de este material le permite al autor distinguir cuatro tipos de identidades¹⁵, que resultan de la categorización de los parados de larga

¹⁵ El proceso de investigación no emplea sin más la entrevista y la observación, sino que las sitúa en un momento determinado y con unas finalidades concretas debido a los objetivos que Demazière pretende alcanzar y que, básicamente, persiguen analizar los movimientos mediante los que se crean y recrean las identidades de los parados. En este sentido, encontramos, por un lado, la utilidad biográfica que las entrevistas tienen a la hora de permitir trazar la trayectoria del parado, que transita por diferentes marcos institucionales que contribuyen a la formación de su identidad personal. Por otro lado, las entrevistas sirven también para ver cómo se construye la identidad social. Esta no es un proceso biográfico como la identidad personal, sino que es un proceso relacional, que consiste en la negociación entre los actores implicados de formas de identidad que se crean en un sistema de acción en concreto, que es el marco de interacción entre ambos agentes –agentes de los servicios de empleo y parados– y que funciona con los esquemas de tipificación que usan unos y otros para comprenderse y relacionarse. Esta construcción intersubjetiva de los rasgos de

duración por parte de los servicios de empleo. Las identidades no son definitivas, son provisionales y dependen del desarrollo de la biografía de los parados de larga duración y de las reacciones y logros tras la intervención de los servicios de empleo. Igualmente, las identidades son categorías operativas pues constituyen herramientas para actuar, preparar, decidir y aplicar tratamientos a los parados. Son, además, categorías distintivas entre los diferentes tipos de paro y, sobre todo, delimitan fronteras de identidad entre los parados de larga duración: un colectivo multiforme y con grupos a caballo entre el territorio de las políticas de empleo y de la asistencia social:

Tipo 1.- Las “demandas muertas”: identidades de inactivos y minusvalía

Los individuos en paro de este primer tipo se caracterizan por tener problemas de salud o de edad que los alejan del campo de actuación de los servicios de empleo y no aconsejan una intervención sobre ellos. No son percibidos como parados. La única salida es conseguir que transiten a situaciones de inactividad o consigan un estatuto de minusvalía. Este colectivo está, por tanto, excluido de la acción de los técnicos y es percibido como un lastre para ellos, pues están donde no deberían estar, cronificándose una relación entre parados-agentes de empleo que no tiene salida.

Tipo 2.- Los “voluntariosos”: identidad de demandantes de empleo

En este caso encontramos al grupo que es identificado como parado y se le reconoce una motivación para encontrar empleo y posibilidades de conseguir un empleo. La falta de cualificaciones o de información sobre el mercado de trabajo aconseja una intervención que pueda romper la trayectoria de exclusión, facilite la inserción profesional y dinamice la búsqueda de empleo.

identidad permite “no solo analizar los procesos de etiquetaje entendido este como la transacción objetiva entre identidades propuestas e identidades incorporadas, sino también cómo cobran forma esas categorías de identidad.” (Demazière, 1992: 180). “Inempleable”, “falso parado” o cualquier otro tipo de identidad es fruto de un proceso negociado de interacción que las acaba dando forma. Demazière realiza las entrevistas en los momentos de interacción en que él supone que se forman las nuevas categorías e identidades de paro. Justo después de los contactos institucionales entre parados y agentes de empleo que se producen en el sellado de la papeleta, en alguna consulta o en cualquier otro tipo de citas que se dan en las oficinas de empleo, se realizan las entrevistas a los parados y a los agentes de empleo: observación de la interacción entre ambos y posteriormente entrevistas por separado a los actores de dicha interacción, ese es el procedimiento utilizado por Demazière.

La dinámica de los servicios es la de reclasificar a estos parados a través de cursos de formación y empleos subvencionados. La intensificación de los servicios de empleo en la activación de estos parados radica en que ellos son los que, fundamentalmente, legitiman el “producto” de los servicios públicos de empleo.

Tipo 3.- Los “casos graves”: identidad de asistidos-tratables

Estos parados tienen rasgos específicos -problemas personales, cualidades que delatan una situación de marginación- que hacen que los agentes de empleo los sitúen fuera su actuación y tengan problemas para clasificarles como desempleados. La situación de marginalidad es reconocida, pero es atribuida a otras esferas de la acción social fuera del ámbito de los servicios de empleo. En todo caso, cualquier acción dirigida a que consiguiesen un empleo debe venir precedida por un momento de resocialización o de apoyo psicológico que no es vivido como función propia de los agentes de empleo. Las dificultades de clasificación de estos parados conducen a los agentes a psicologizar su actuación como forma de explicar la pasividad, la falta de iniciativa o la tendencia de estos parados a ser asistidos. Esto último les demuestra que su presencia debería desplazarse a otros servicios sociales que personalicen más el trato sobre ellos.

Tipo 4.- Los “espabilados”: identidad de activo-defraudador

Este grupo está formado por individuos inicialmente empleables, pero que muestran una fuerte desmotivación y falta de resultados frente a las actuaciones de los servicios de empleo. La dedicación a actividades de economía sumergida y otras formas de irregularidad laboral condiciona estas actitudes y los agentes de empleo orientan su actitud a incrementar el control sobre estos parados para expulsarlos de la jurisdicción de los servicios de empleo y reconducir esta situación “transgresora” que se desarrolla entre el empleo formal y el informal.

A estas categorías, que emergen del análisis de las entrevistas de los agentes de empleo, y que delinear estas cuatro formas de leer y clasificar el paro de larga duración por parte de éstos, hay que añadir el análisis de las

apreciaciones de los parados, que se forman una identidad, una actitud y una forma de respuesta al preguntarse por su papel y por sus expectativas hacia los servicios de empleo.

Al igual que las atribuciones de identidad que los agentes de empleo dirigían a los parados no eran homogéneas, las expectativas de éstos tampoco lo son y se traducen en reivindicaciones diferentes por su parte. Demazière analiza las entrevistas de los parados de larga duración buscando dos dimensiones centrales: la imagen que ellos quieren dar frente a los agentes de empleo y la percepción que tienen de la manera en que esta imagen es vivida por los agentes. En cuanto a la primera, la imagen que ofrecen los parados se establece entre dos polos: en un extremo, el de demandante activo, que espera una acción eficaz de los servicios de empleo que mejore su situación de cara a la empleo-. En el otro, el de simple inscrito a la lista del paro, que no espera nada respecto al empleo, su única pretensión es conservar su estatuto de parado. En cuanto a la segunda dimensión -el sentimiento que los parados tienen de la acción que les dedica el servicio de empleo- se organiza igualmente en dos polos: tener o no sentimiento de ser considerado como usuario de dicho servicio.

Estas dos dimensiones dan lugar a cuatro tipos que se corresponden con los que derivaban de las representaciones extraídas de los agentes de empleo expuestas anteriormente. En el caso de los parados, encontramos:

Tipo 1.- “Retiro”: renuncia aceptada del empleo y sentimiento de exterioridad respecto a los agentes de empleo

Estos parados -que se corresponden con las “demandas muertas”: identidades de inactivos y minusvalía- muestran una renuncia clara y aceptada a las acciones que los agentes de empleo puedan proponer dirigidas a conseguir un empleo y se limitan simplemente a negociar su consideración pública como parado con derechos. Los agentes lo reconocen así y esto conduce a un sentimiento de exterioridad.

Tipo 2.- “Movilización”: conformismo activo y sentimiento de integración

Estos parados -que se corresponden con los “voluntariosos”: identidad de demandantes de empleo- tratan de hacerse reconocer como demandante de ayuda para conseguir un empleo. Perciben un ajuste entre sus necesidades de empleo y las acciones que les dirigen los agentes y se sienten, por ello integrados.

Tipo 3.- “Protesta”: oposición, queja y sentimiento de incompreensión

Los parados de este tipo -que se corresponden con los “casos graves”: identidad de asistidos-tratables- se reconocen como parados y reclaman una acción por parte de los agentes, pero no encuentran satisfacción en las ofertas que se les hacen. Esto les hace desarrollar un sentimiento de incompreensión de y hacia sus necesidades.

Tipo 4.- “Autonomía”: elección estratégica y sentimiento de control

Los parados marcados por el sentimiento de autonomía coinciden con los “espabilados”: identidad de activo-defraudador. En este caso, no dirigen ninguna demanda a los agentes, salvo la de continuar siendo considerado en paro. Sin embargo, los agentes de empleo dirigen su atención hacia ellos y tratan de implicarles en medidas encaminadas a conseguir empleo: esto es interpretado por los parados en términos de control hacia ellos y su situación.

Como vemos, estas representaciones cruzadas entre agentes de empleo y parados construyen gamas de identidad en las que se distinguen sujetos más o menos empleables, más o menos excluidos, etc. El estudio de Demazière está plagado de observaciones de interés fruto del intenso trabajo de campo sobre las vivencias de los parados. El resultado pretende dar respuesta a la crisis del paro como representación social a través de este análisis empírico de las interacciones reales sobre el terreno, de la “construcción de la situación”, “que resulta de la articulación, por una parte, de las reglas, normas y procedimientos que derivan de la esfera macrosocial y, por otra parte, de la confrontación entre estrategias individuales radicadas en el tiempo biográfico y de las estrategias institucionales radicadas en el espacio local y profesional de los agentes.” (Demazière, 1992: 355). El resultado no debe ser interpretado como un inventario de nuevas categorías sociales, que permitiría

clasificar y designar objetivamente a los parados, sino como un análisis de las respuestas cruzadas de los parados y los agentes de empleo en un periodo como el actual en el que las identidades tradicionales del paro están en crisis.

Complementando este enfoque interaccionista, El propio Didier Demazière es coautor, junto a un fotógrafo y un escritor, de un pequeño libro *-Longue durée (1994)-* en el que se recogen fotografías de parados de larga duración. La intención es aportar un documento etnográfico, que complete las investigaciones sociológicas emprendidas por Demazière y, a la vez, ofrecer un perfil testimonial de los parados de larga duración en el que predomina un tono testimonial e incluso literario. Las referencias abstractas que tantas veces se escuchan en los informativos sobre el número de parados, su evolución a través de gráficas, priva de rostro a los parados. El libro visibiliza y da identidad a éstos a través de las fotos. El procedimiento de realización ha sido el encuentro entre el fotógrafo y el escritor y los parados de un centro de formación. Cada una de las 29 fotografías que componen el libro ha sido negociada con los interesados y seleccionada finalmente por cada uno de ellos. Los textos de acompañamiento proceden de las entrevistas realizadas con los parados.

El resultado es una obra en la que se rompen muchos de los estereotipos que circulan en los medios de comunicación: la vida de los parados no es solo la espera del paro, no se agota en una pasividad angustiosa en la que se añora un trabajo, no es un tiempo de paréntesis. Es un tiempo vivo, aunque efectivamente marcado por la 'explotación'. Otra de las cuestiones que se subrayan es que, a pesar de que los parados viven problemas objetivos similares, cada uno da respuestas diferentes y experimenta vivencias propias, que están dirigidas a construir identidades positivas para comer terreno al paro. La realización de actividades útiles constituye una fuente de legitimación para el parado. Si bien, la principal sigue siendo la búsqueda de empleo que concede al parado un estatuto social definido.

III.3.6.- Identidad colectiva y acción social de los parados: los estudios de Yves Clot y Jean-René Pendariès

La siguiente investigación que aquí reseñamos avanza cronológicamente y se concluye en 1997. Realizada por Yves Clot y Jean-René Pendariès, *Les chômeurs en mouvement(s)* invierte el recorrido de la mayor parte de estudios hasta ahora comentados, donde los parados aparecían como víctimas, asistidos o clientes de las políticas de empleo, y aborda un aspecto particular e inusual dentro del amplio panorama del paro: los movimientos sociales de parados y precarios. A través del análisis de estos movimientos, los autores tratan de ir más allá de la exploración de la identidad individual de los parados y emprenden el estudio de la identidad colectiva y de la acción social protagonizada por los parados. Este enfoque rompe con el estereotipo de parado-víctima para indagar en las circunstancias que conducen de la vivencia individual del desempleo y la exclusión a la vivencia colectiva de la reapropiación de una subjetividad comprometida socialmente contra el paro y la precariedad: “¿Cómo se llevan a cabo estos tránsitos de la experiencia individual de la precariedad a la acción colectiva contra el paro, en torno a qué desafíos y contradicciones, mediante qué formas organizativas? ¿en qué esfuerzos personales y colectivos se apoyan? ¿qué visiones permiten dirigir sobre las experiencias de paro, de trabajo y de no-trabajo? ¿qué lugar pueden ocupar los movimientos de parados en la crítica a la lógica económica y los actuales modos de gestión de la pobreza y la exclusión?” (Clot y Pendariès, 1997: 5).

El estudio selecciona dos casos del amplio panorama francés de organizaciones de parados y los analiza mediante diversos procedimientos como la observación participante, el análisis de documentos y publicaciones de los movimientos y entrevistas en profundidad a responsables y a militantes “de base” en paro.

Clot y Pendariès muestran cómo el discurso de la exclusión social se ha apoderado de la escena del paro y ha convertido a los parados en meros objetos de tratamiento o, como mucho, en sujetos que articulan una relación

con el Estado de cara a obtener demandas individuales en el campo estricto de la política de empleo. Todo ello ha hecho cristalizar una serie de actitudes que explican el escaso eco adquirido por las dimensiones más colectivas y sociales de los movimientos de parados: la individualización de la experiencia del paro, la fragmentación de éste en diferentes grupos-problema, la vivencia de culpabilización que los acompaña, la desmovilización provocada por los dispositivos de las políticas de empleo, la falta de homogeneidad del conjunto de parados y, por fin, la identidad negativa que es atribuida al desempleo, todos estos aspectos limitan en extremo las posibilidades de cualquier expresión social del descontento y de las inquietudes de los parados. Pese a todo, y a pesar de los malos augurios pronosticados hacia al movimiento por parte de la mayoría de los especialistas que se han acercado a la temática, puede observarse la aparición de solidaridades, militancias y movilizaciones colectivas que abren nuevos interrogantes respecto al paro que los autores pretenden explorar. El debate sobre el paro y la exclusión, en el que por lo general los parados han estado habitualmente excluidos, cuenta con la nueva presencia de los propios parados y precarios, que cobran forma concreta de asociación o movimiento social y lanzan inesperados interrogantes sobre la estructura de los sujetos políticos tradicionales -sindicatos o partidos-. Además, proponen vías concretas de acción y debates que renuevan las perspectivas críticas desde la izquierda: la crítica a la equivalencia renta-trabajo, que impone la relación salarial y desprecia el ámbito de la reproducción social sobrevalorando el de la producción, o la revalorización de formas alternativas de actividades que no son subsumidas por el empleo asalariado y adoptan formas autogestionadas.

Ante este potencial reivindicativo de los movimientos de parados y precarios, Clot y Pendariès se detienen en el diagnóstico y la situación socioeconómica que ha hecho surgir a estos nuevos sujetos precarios. El proceso básico en el que se inscriben es la aparición de un paro masivo y estructural que en los últimos veinticinco años ha provocado la extensión de un área de vulnerabilidad y precariedad laboral. Conforme éstas se ampliaban, los afectados se hacían más heterogéneos: desde las situaciones más graves de

paro de larga duración, que raya la pobreza, hasta las situaciones menos apremiantes de jóvenes parados o trabajadores precarios aún no emancipados, pasando por las situaciones de las mujeres paradas con responsabilidades familiares o las de los parados de edades avanzadas que han perdido su empleo. Esta misma heterogeneidad ha provocado una fuerte individualización y compartimentalización de los parados, que dificulta el potencial de agregación social que la vulnerabilidad podría engendrar: las convergencias reivindicativas son difíciles en este contexto en el que prima la urgencia por encontrar un empleo o por resolver apremiantes necesidades ligadas a la carencia de medios vitales. Cuando salen a la luz, las iniciativas de protesta suelen caracterizarse por la acumulación de acciones dispersas que no se consolidan en un movimiento. Clot y Pendariès se lanzan a investigar los dos casos que componen su estudio sobre la movilización social de los parados: el movimiento APEIS en la región de París y el Comité de parados de la CGT de área de Marsella. En ambos casos, encuentran muchos rasgos comunes que perfilan un panorama laboral irritante que despierta las iras de los parados. En el caso de APEIS, su crítica se centra en la crisis de las instituciones de asistencia y seguridad social que gestionan las ayudas económicas a los parados y cubren ciertos servicios de empleo. El progresivo crecimiento del paro ha provocado una crisis en estos mecanismos de gestión, que han alterado las cifras de parados, han recortado los subsidios y han contribuido a degradar sus condiciones de vida, reforzando el control sobre ellos y poniendo en marcha dispositivos de “activación” de los parados al empleo, que ha multiplicado los abusos laborales, pues, en la práctica, estos sistemas de activación han consistido en poner al alcance de los empresarios mano de obra barata, abriendo un círculo vicioso de precariedad que perturba la vida social y psicológica de los parados cautivos y activados.

En el caso del Comité de la CGT, el origen del movimiento es diferente, pues se basa en los problemas de regulación de empleo y de crisis industrial de los astilleros de Marsella. El clima de despidos, de obreros ya parados y de parados de otros lugares que se solidarizan, impulsa la movilización, que se extiende y en la que cobran un gran protagonismo los parados, luchando

indiferenciadamente junto a los que aún mantienen su empleo. Las reuniones del Comité destapan las dificultades sociales y la erosión vital que el paro trae consigo y sirven para definir las acciones y reivindicaciones que han de llevarse a cabo, desde las más inmediatas, ligadas a las necesidades perentorias de los parados del Comité -imposibilidad en el pago de alquileres, cortes del suministro eléctrico por impago-, hasta las más generales de reivindicación de dignidad y respeto en el trato a los desempleados o el derecho a un futuro no basado en los subsidios-limosna.

En la base de los dos casos analizados se encuentra un mismo problema que ha centrado la atención de los participantes en estas experiencias: ¿cómo compatibilizar la realidad cotidiana de carencias a corto plazo de los parados con una orientación estratégica, más global y articulada, que configure un movimiento de convergencia y con alternativas proyectadas en el largo plazo? ¿Cómo pueden reducirse las contradicciones en el seno del movimiento entre el lado asistencial y humanitario -ayudar a resolver cuestiones concretas como falta de dinero para transporte, para pagar recibos, para paliar la soledad de los parados- y el lado "sindical", más preocupado por una crítica general de los mecanismos socioeconómicos que generan la exclusión? Estas contradicciones irresueltas delatan el difícil equilibrio en el que tienen que moverse los movimientos, pero Clot y Pendariès señalan cómo a pesar de ello no han sido un obstáculo definitivo para frenar su avance. Al contrario, muchas de las formas de protesta adoptadas y llevadas a cabo refunden las dos lógicas que están en la matriz de los movimientos: "Las acciones de "guerrilla" llevadas a cabo por las organizaciones de parados contra el ASSEDIC o el ANPE -servicios de empleo y de gestión de las prestaciones- podrían ser interpretadas sólo como un combate defensivo cuyo único resultado es generar un poco de solidaridad y mejorar coyunturalmente las situaciones más dramáticas. Pero también podrían ser interpretadas de otra manera, como una forma de resistencia tenaz contra la individualización característica de las lógicas de exclusión y de su gestión liberal y el intento firme de reconstruir lo colectivo allí donde reina el caso individual, reapropiándose y reconstruyendo los derechos colectivos de los parados,

constitutivos de la ciudadanía salarial conquistada a lo largo de más de un siglo de luchas obreras.” (Clot y Pendariès, 1997: 37).

El análisis que los autores realizan de las entrevistas a los parados implicados en estos movimientos están muy influidas por el compromiso y la capacidad de autoreflexión que ellos mismos mantienen respecto a su situación de desempleo y que les lleva a militar o simpatizar con una organización que basa su identidad en la condición de parado y hace de ella su principal baza. Un movimiento de parados tiene entre sus principales dificultades la de recordar en todo momento a sus protagonistas el hecho de encontrarse en paro: te “recuerda lo que eres”. La existencia de la acción política solo es posible si esa situación, socialmente “miserable”, impuesta desde el exterior, es invertida y aprovechada para impulsar una “movilización personal”: lo que los autores denominan una ‘permutación socioinstitucional’, que implica una lucha contra la individualización y la dependencia que impone el molde de parado institucionalizado. El discurso que sustenta esta visión convierte en personal (individual) lo que la situación de paro tiene más de impersonal (social) y convierte en impersonal aquello que tiene más de personal. La individualización crea un “sujeto insignificante” que no puede hacer nada para resolver su situación y sobre el que, paradójicamente, se descarga un alto grado de responsabilidad para hacerlo.

Los movimientos de parados actúan en este círculo vicioso ampliando el campo de posibilidades de los asociados y promoviendo la revuelta contra los mecanismos sociales abstractos e impersonales. Una especie de programa de ayuda mutua se despliega en torno a los encuentros y los contactos entre los parados, la mejor estrategia contra la devaluación personal se basa en definir un marco para las actividades cotidianas que mantienen un tejido de existencia social objetiva: “cuando más fuerte bien organizada y diferenciada es la colectividad en la que se mueven los individuos, más nítido y complejo es el mundo interior de estos”. (Clot y Pendariès, 1997: 54).

Los autores destacan algunos otros rasgos de innovación que los movimientos de parados aportan. El primero es el contraste que ellos observan entre el

estereotipo generalizado de parado excluido, mudo, inoperante y el parado reivindicativo, activo y militante que extraen de su observación de las movilizaciones. Aunque éstas no impliquen a la gran masa, sirven para “desmarginalizar la marginación” y aportar una perspectiva distinta del parado y para el parado. Asimismo, las movilizaciones renuevan los estilos de conflictividad social un tanto caducos. El segundo rasgo, relacionado con el anterior, tiene una proyección más política sobre los movimientos estudiados. Clot y Pendariès destacan la dimensión actual de radicalidad de la exclusión y las consiguientes potencialidades de un movimiento que se base en ella. En el contexto de la crisis laboral y de la crisis de lo público, el paro ha pasado a ser uno de los mecanismos centrales sobre los que se basa el nuevo imperio de la rentabilidad: mano de obra disponible para el trabajo, pero, hasta que llega ese momento, sin trabajo ni salario. Desvelar y divulgar el funcionamiento de este sistema puede contribuir a articular una lucha contra la exclusión social que, por sus rasgos polimorfos y variados, el movimiento obrero no alcanza a cubrir con garantías.

La biografía de este prometedor movimiento de parados y precarios es realizada por otros dos autores ya mencionados: Didier Demazière y Maria-Teresa Pignoni. En un libro reciente, *Chômeurs: du silence à la révolte* (1998), recopilan una información de gran interés sobre las diferentes agrupaciones que han coordinado la acción de los parados y precarios principalmente en Francia. Aunque los antecedentes más actuales del movimiento, tal y como hoy los conocemos, provienen de mediados de los ochenta, las iniciativas más relevantes y que han alcanzado una gran divulgación se fechan a finales de 1997. Entonces, durante más de tres meses, y en el contexto de las fechas navideñas, diferentes asociaciones, que agrupan a los parados más activos y a otras franjas de trabajadores precarios y militantes de la izquierda más dinámica, confluyen para alertar a la sociedad sobre la creciente precariedad y pauperización que viven áreas importantes de la población y para idear respuestas contra esta nueva miseria. Las reivindicaciones combinan propuestas generales, relativas al tiempo de trabajo, al reparto equitativo de la riqueza y a la reforma de los

sistemas de subsidio, con propuestas más concretas como ayudas económicas para mejorar la situación de los parados: prestaciones complementarias para afrontar los gastos extra, transportes gratuitos, cancelación de las deudas en servicios y necesidades básicas -luz, gas, agua-. Detrás de estas peticiones concretas, se haya una idea de fondo: la crisis que vivimos no es meramente una dificultad de empleo, sino una crisis del sistema salarial, de la forma mercantil con que se ha modelado el empleo en el modo de producción capitalista. Esta crisis se caracteriza hoy por la precarización generalizada del trabajo.

Las movilizaciones se radicalizan en enero de 1998 y recogen una simpatía generalizada por parte del conjunto de la población. Las acciones de ocupación de la Bolsa, de los restaurantes caros y las protestas frente a las ETT's y a las oficinas de empleo evidencian bien la crisis de la sociedad salarial y las contradicciones de un modelo económico que combina altas cotas de riqueza con áreas sociales sombrías donde el nivel de vida está muy por debajo de la media. Las reacciones ambivalentes del gobierno socialista se mueven entre un reconocimiento simbólico del movimiento de parados y una oferta concreta escasa que solo se dirige a atender los casos más urgentes y no entra en debates de fondo. Las movilizaciones duran dos meses y se aminoran en febrero de 1998, sin embargo, el arraigo social y político alcanzado en esos dos meses configura una red de agrupaciones con una aceptable capacidad de agregación y dispuestas a reproducir y revivir la protesta, como posteriormente ocurrió en las siguientes navidades de 1998.

El libro de Demazière y Pignoni es un estudio documental sobre los movimientos de parados basado en la recopilación de materiales, en el seguimiento de las acciones y en el análisis de la estructura y de las relaciones entre las asociaciones implicadas. El conocimiento sobre las situaciones de paro que ambos autores acumulan da una gran riqueza a la teorización que desarrollan sobre el desempleo y la acción colectiva y sobre la comprensión del sentido de la irrupción de los parados en la escena social. En una primera parte del libro, describen el lugar que ocupa el paro en nuestra

sociedad y cómo la inexistencia social y el “silencio ordinario” que éste conlleva puede suponer obstáculos para la movilización colectiva. Una segunda parte repasa los antecedentes de las movilizaciones de parados a lo largo de la industrialización demostrando el potencial de rebelión en algunos momentos históricos, la descripción detallada de los acontecimientos franceses más recientes y de las diferentes asociaciones que protagonizan el movimiento cierra esta parte. Por último, se dedica un apartado final a reflexionar sobre el paro en una sociedad donde el trabajo es un valor central.

Demazière y Pignoni estudian con detalle los impedimentos con los que se encuentra la acción política de los parados en un contexto social que los condena al silencio, a quedar sin voz, y más actualmente, cuando no se verifican apenas desordenes sociales a pesar de los índices elevados de desempleo. El espectro de la revuelta se ha desvanecido. Esta “clase de ciudadanos irrepresentados e irrepresentables” presenta una serie de problemas de reconocimiento social que repercute en su existencia. Las más importantes podrían ser la gran heterogeneidad y debilidad de los colectivos que componen el paro: jóvenes, mujeres, mayores de 45 años, que además viven cada uno situaciones vitales diferentes y provienen de trayectorias difícilmente comparables. En la categorización social del paro no existe un sujeto colectivo de parado, aunque sí hay factores que en esa definición social los parados comparten: la carencia de empleo, la inferioridad social y económica y las ganas de abandonar la situación de desempleo. Con todo, la actual codificación predominante del paro individualiza hasta el extremo la vivencia personal de éste. Impera la lógica de sálvese quien pueda, no hay coalición ni movilización posible y lo importante es escapar del estado de inferioridad que la condición humillante del paro conlleva. La búsqueda de empleo es, en la mayoría de los casos, una dedicación personal en la que los parados establecen relaciones competitivas entre ellos para acceder al mercado de trabajo.

Algunos otros rasgos de esta negativa definición social del paro complican aún más la presencia de movimientos que se articulen en torno a esta identidad tan negativa socialmente. Los parados son objeto de control social y de sospechas de cara a su “auténtica” voluntad de trabajar y a su “proclividad” a defraudar. El paro degrada la situación de quien lo vive: bolsillo y tiempo vacíos. En el caso de los parados de larga duración, las circunstancias anteriores se extreman, pues la vivencia transitoria y coyuntural se transforma en una cronificación del desempleo, de la que no se sale a pesar de atenerse al modelo de parado laborioso que prescriben los servicios de empleo. El actual modelo de gestión con el que estos funcionan despolitiza y desvía la atención del desempleo como problema social. El concepto que recientemente sistematiza el tratamiento del paro es el de empleabilidad, este responde a un programa utilitarista mediante el cual el parado ha de ser capaz de valorizar sus recursos y encontrar un empleo. El modelo de la empleabilidad tiene como primer efecto el de reforzar la individualización: “los lugares de tratamiento individualizado del paro no son lugares en los que los desempleados puedan tomar la palabra y apropiarse su experiencia de privación de empleo; son lugares de evaluación de su situación personal y de medida de su empleabilidad. No son lugares de construcción y de reconocimiento de su valor social, sino lugares de definición de su valor mercantil.” (Demazière y Pignoni, 1998: 52).

Un segundo efecto de este paradigma es la consiguiente despolitización de la cuestión del paro: los parados no pueden hacer nada para resolver colectivamente el problema, hay que dejar en manos de las políticas de empleo la solución. Esta responsabilidad técnica que se auto-atribuyen los organismos de gestión del desempleo divide y segmenta a los parados, establece compartimentos y crea diferenciaciones que redoblan las lógicas de individualización, despolitización y prevención de potenciales movilizaciones. Los parados mayores tienen intereses diferentes a los jóvenes, los más cualificados respecto a los menos, los de corta duración respecto a los de larga, etc. Todo este prisma de categorías administrativas “banaliza” el problema y abre el terreno a su psicologización. Estos mecanismos refuerzan

la percepción del paro como una tara personal y legitiman la dominación de los parados, que han de interiorizar que el único remedio para su solucionar su anomalía es la de buscar empleo inténsamente. Las motivaciones políticas del paro quedan ocultas en esta escalada de individualización y las únicas expresiones públicas respecto al paro son las que provienen de un polo compasivo que vuelca su ayuda en mejorar, asistencialmente, la situación de los parados a través de los subsidios y de la caridad organizada. Eso sí, sin la participación activa de los parados y siempre que se plieguen al juego que se espera de ellos: que busquen trabajo, que no rechacen ninguno de los que se les ofrezca por malo que sea -el que quiere trabajar, trabaja- y que no protesten; lo peor que le puede pasar al ciudadano ocupado es que el parado se politice y trate de que se comparta socialmente su malestar.

Todo lo dicho da una idea de las enormes dificultades que encuentra la movilización política de los desempleados. Como se puede deducir, las condiciones para la aparición de un movimiento de este tipo pasan por la reelaboración de una definición de justicia que califique como modificable socialmente la condición del paro. Esta redefinición debe luchar contra la individualización y hacer posible que los parados vivan su situación como “ilegítima, intolerable e inaceptable”. Demazière y Pignoni buscan pistas en las raíces de las protestas históricas de los parados para abordar un análisis comparativo de las manifestaciones actuales. Observan como a lo largo de la industrialización pueden hallarse episodios en los que los parados, desempleados o sin trabajo han encabezado movimientos sociales de gran intensidad y, por lo general, controvertidos.

No se detallará aquí el recorrido histórico que los autores proponen¹⁶, pero sí mencionaremos algunos rasgos comunes que sirven para enlazar y explicar las formas actuales de las protestas de los parados. A lo largo de la industrialización, las dificultades terminológicas inherentes a la definición de paro limitan el alcance de las comparaciones, pero es posible caracterizar a

¹⁶ En el apartado (IV), dedicado al origen del concepto de paro, presentaremos algunos momentos históricos clave en los cuales las movilizaciones de parados contribuyeron a dar forma a dicho concepto y a influir sobre las formas de intervención pública hacia él dirigidas.

estos movimientos como frecuentemente marginalizados en el contexto del movimiento obrero -a veces se da un alto grado de colaboración y otras, un claro distanciamiento y contraposición de intereses-; poco organizados y con un alto nivel de espontaneismo; no muy masivos en cuanto a la participación; con una influencia que se concreta, sobre todo, en el ámbito territorial local; fuertemente reprimidos y perseguidos policial y simbólicamente; con pocos apoyos concretos, pero, paradójicamente, anticipándose a muchas de las consignas que después asimilaría el movimiento obrero y alcanzando logros por encima de lo esperado de un movimiento de las características mencionadas.

Muchos de estos rasgos se reflejan en los movimientos actuales, que han alcanzado dimensiones considerables en Francia, y que se han reproducido también, aunque en menor medida, en Italia, en Alemania o en España¹⁷. La situación de partida es conocida: el ascenso del paro, sobre todo de sus versiones más extremas, y la degradación de la estabilidad laboral empeoran las condiciones de vida de franjas de población y activan la protesta. Las reivindicaciones van desde la crítica global a las dinámicas económicas que producen el paro y la pobreza hasta las reivindicaciones más concretas dirigidas a los servicios de empleo y a la "ingeniería de la inserción". La lógica que está detrás de éstas desmoviliza a los parados pues crea un eufemismo

¹⁷ Documentación sobre las movilizaciones en España puede encontrarse en el epílogo de *Los parados felices* (1998), donde se sigue el recorrido de estas luchas desde el surgimiento a finales de los setenta del SUP (Sindicato Unitario de Parados), que, con su breve existencia y su posterior disolución inspiró, sin embargo, interesantes iniciativas y mantuvo vivos algunos grupos de apoyo en los barrios y en las zonas en crisis. Las agrupaciones cristianas sostuvieron un enfoque de ayuda asistencial y muy excepcionalmente se produjeron procesos de lucha. A principios de los noventa surge Baladre como consolidación de la coordinadora estatal contra el paro, la pobreza y la exclusión social. Sus actividades se integran en dinámicas de lucha anticapitalista coordinando las diferentes 'Marchas contra el paro' que se celebran durante los noventa. A la vez, surgen colectivos en numerosas ciudades que, sin embargo, alcanzan poca resonancia, destacan las iniciativas llevadas a cabo en el País Vasco bajo el lema "la pobreza, un arma de destrucción masiva", donde las asambleas de parados más dinámicas - Sestao o Baracaldo- han profundizado en la crítica anticapitalista y en el trabajo cotidiano con los parados.

Recientemente, más de cuarenta colectivos se han agrupado en la 'Plataforma por un debate general sobre el paro', elaborando un documento intensamente discutido destinado a proponer un conjunto de propuestas de acción contra el paro y la precariedad. Las asociaciones implicadas agrupan una variada gama de tendencias políticas desde grupos anarquistas a cristianos de base. El documento "Por una cultura alternativa del trabajo", así como las actas de las asambleas y los talleres donde se han discutido las bases del documento pueden encontrarse en <http://www.nodo50.org/nexos>.

del paro y produce categorías postizas -demandante de empleo, excluido, empleable- ideadas para reducir el conflicto. Las organizaciones de parados parten de este contexto y promueven una acción colectiva para mejorar las condiciones de vida de los parados. Se diferencian de los sindicatos o de las ONG's del sector en que su base militante está formada fundamentalmente por la participación directa de los parados y en que no centran su actividad en la distribución de servicios para los parados, sino en la acción política. Su panorama es complejo pues no consiguen consolidarse fácilmente, son muy esporádicas y no alcanzan un reconocimiento institucional en la representación de los intereses de sus militantes.

Con todo, la gama de organizaciones es amplia y recoge una variada red de asociaciones que se diferencian por sus planteamientos políticos y por su línea de actuación concreta y cotidiana con los parados. Demazière y Pignoni siguen la trayectoria de los grupos que componen el movimiento en Francia, entre otros, y siguiendo el orden cronológico que los autores emplean, se encuentran los comités de parados de la CGT; el Sindicato de Parados, del que más tarde surgiría el MNCP (Movimiento Nacional de Parados y Precarios); la APEIS (Asociación para el empleo, la información y la solidaridad) y AC! (Acción conjunta contra el Paro). La composición política de cada uno de los movimientos es variada, se extiende desde asociaciones cristianas hasta colectivos anarquistas, pasando por diferentes agrupaciones de orientación trostkista y comunista. Incluso en cada uno de los grupos mencionados pueden convivir diferentes tendencias políticas en su seno.

Esta variedad dentro del movimiento evidencia tensiones importantes y contradicciones abiertas entre los grupos que han impedido una continuidad en la unidad de acción. Dichas contradicciones expresan posiciones polares en torno a tres ejes: el primero está delimitado, por un lado, por el polo de la acción política frente al polo de la ayuda cotidiana; el segundo, por el polo de la lucha reivindicativa frente al de la prestación de servicios; por último, el polo de los resultados a largo plazo frente al corto plazo. En este sentido, en un extremo encontraríamos una organización altamente politizada, con un

programa reivindicativo basado en reformas socioeconómicas profundas - reducción del tiempo de trabajo, medidas contra la exclusión, los despidos y la precariedad-, con una fuerte implicación de los parados en la acción y con la intención de extender las movilizaciones a grupos de precarios y al conjunto de la población, para esto buscan la solidaridad siguiendo la lógica de los "sin" e intentando implicar a toda la ciudadanía.

En el otro extremo, se situaría un modelo de funcionamiento con una menor proyección política y más arraigado en la acción local y cotidiana con los parados, dirigido a romper el aislamiento de éstos y resolver situaciones de urgencia mediante la creación de locales de reunión y servicios -reparto de alimentos, actividades culturales, resolución de problemas jurídicos, etc.-. Señala como interlocutores no a las altas instancias políticas, sino a los organismos que gestionan directamente las concesiones de ayudas y apoyos a los parados. En conjunto, se puede percibir en el seno de la movilización contra el paro esta doble aproximación que causa problemas a la hora de conjugar la acción asistencial y la acción política. Como señalan Demazière y Pignoni, las tensiones entre las organizaciones que componen el movimiento se plantean por las propias "paradojas de la condición moderna del paro: hace falta luchar simultáneamente por la desaparición del paro y por la defensa de los intereses de los parados." (Demazière y Pignoni, 1998: 189).

Más allá de estas controversias, la radicalidad de los movimientos estudiados consiste en poner en cuestión las bases de la sociedad salarial, planteando una revisión de las formas de repartir el empleo y la riqueza, con propuestas razonadas y con una inversión del estereotipo negativo del parado que desafía la norma social que vincula paro con vergüenza social. Identidad de parado y proyecto político se funden para demostrar que individualmente un parado no cuenta, pero colectivamente se convierte en un sujeto con proyecto político. Esta dimensión transformadora del parado convertido en actor político es la aportación más novedosa de los movimientos de lucha contra el paro y la precariedad.

Pascale Dufour (1998) ha analizado, igualmente, las formas de resistencia política de los parados en una investigación cualitativa entre Francia y Québec mediante 51 entrevistas en profundidad que tratan de analizar las posibles formas de identidad alternativas que desata el no-empleo y en qué medida sustituyen a las identidades profesionales. La autora, politóloga de formación, adopta una perspectiva muy sociológica y se pregunta inicialmente cómo positivizan los parados la identidad social negativa que viven y, posteriormente, aborda la cuestión de la caracterización política de los comportamientos y de los discursos de los desempleados. Dufour distingue dos posturas radicalmente diferentes en las actitudes de los parados: de no resistencia y de resistencia. La primera es predominante y está marcada por la aceptación del paro del estatuto que se le confiere desde las instituciones que gestionan el desempleo. Los rasgos de este estatuto son la aceptación de las responsabilidades respecto a la situación de paro que vive el desempleado y la consiguiente autocupabilización, esto lleva a que se le reclame el cumplimiento de lo que podríamos llamar los deberes de la empleabilidad: entrar en el juego de incrementar su potencial para conseguir empleo. En esta respuesta de no-resistencia, ninguna actitud del parado se enfrenta al sistema. Se da una plena identificación con el modelo de trabajo asalariado y se desea abandonar a toda costa la situación de desempleo. La vida cotidiana es muy parecida al momento en que se tenía trabajo, como si esta similitud permitiese disimular el hecho de haber perdido el trabajo. La condición del parado se asemejaría a la de un 'trabajador en espera'.

Frente a esta postura de no resistencia, encontramos una segunda gama de actitudes que muestran diversos grados de resistencia. La primera podría denominarse 'resistencia política pasiva' y se caracteriza por un sentimiento de fatalidad que proviene de la contradictoria mezcla de aceptar la condición de paro a la vez que se rechaza, aunque solo se exprese en las manifestaciones verbales. Los parados se amoldan a la identidad que les imponen los servicios de empleo, pero frecuentemente se revelan contra el trato deshumanizado que les dan y contra la explicación teórica que dichos servicios fabrican del paro. La impotencia del fatalismo les conduce a una

situación de subordinación e impide una movilización, aunque solo se tratase de engañar a los servicios de empleo o buscar actividades laborales sumergidas como modo alternativo a la gestión de los servicios de empleo. Esta resistencia política pasiva incluye también una posición crítica respecto al trabajo asalariado que se concreta en la percepción, y a veces rechazo, de los predominantemente malos empleos que en éste abundan. La resistencia pasiva es también una posición abundante entre los parados que resulta para ellos muy difícil de mantener, pues está asentada en la contradicción entre utilizar los servicios de empleo y a la vez rechazar su función. Sin embargo, esta confrontación con las representaciones sociales dominantes no genera una identidad alternativa y positiva para los parados, tampoco origina formas de protesta articulada, pero con su énfasis en la dignidad y la negociación individual con los servicios de empleo no reproduce plenamente el sistema y puede provocar ligeros cambios.

La segunda forma de resistencia es la 'resistencia política activa'. Incluye a aquellos parados que rechazan el sistema y crean representaciones fuera de él. Utilizan las reglas de juego vigentes para articular un proyecto de vida personal. Dufour pone como ejemplo al artista, quien se resiste a considerar la etapa de paro como un periodo de búsqueda de empleo. Las ocupaciones que se desarrollan en esos momentos son una actividad laboral, que incluso persigue una finalidad económica. La concepción del trabajo, basada en la libertad y en la creatividad, aleja a estos parados de una consideración negativa del trabajo. Al contrario, reclamarían un reconocimiento de su manera de entender el trabajo que posibilitase una integración económica y les permitiese prescindir de los subsidios estatales. La expresión de esta identidad no articula formas grupales. Se trata de posturas personales que conducen a manifestaciones individuales y muchas veces invisibles socialmente, como el trabajo negro, que aquí se presenta revestido con ciertos rasgos militantes y éticos: este trabajo es una resistencia contra el embrutecido mercado de trabajo y contra la pura subsistencia crematística y utilitarista que impone. Al expresarse en estos términos individuales, esta resistencia no conduce a cambios sociales en el modelo de empleo.

Dufour identifica una tercera forma de resistencia: la resistencia política participativa, que se expresa en el conflicto abierto, el compromiso social y la movilización. Con mayor o menor formalidad, alcanza la organización grupal y se exterioriza en formas de defensa de los oficios perdidos o en la mejora de los derechos de los parados. Además de las manifestaciones más visibles, esta resistencia se organiza también con la creación de redes sociales que plantean modos de organización colectivos y alternativos al modelo oficial, sistemas de economía solidaria y participativa más o menos institucionalizados. A pesar de esta riqueza en los significados políticos, la situación material de estos parados es difícil, su ubicación respecto al mercado de trabajo es lejana y el reconocimiento administrativo de sus actividades no existe, lo cual genera problemas en relación con los organismos de empleo y con la concesión de ayudas. En términos de identidad, la resistencia participativa construye una intensa implicación grupal organizada, que se relaciona con las instituciones y que permite a los implicados sentirse actores del cambio social.

La investigación de Dufour pone de relieve algo que ya remarcan otros autores aquí analizados: el paro puede constituir un espacio individual y social en el que se articulen algunas resistencias, e incluso pueda cobrar una dimensión política relevante que ponga en cuestión las representaciones sociales dominantes del desempleo y del trabajo.

III.3.7.- Sébastien Schehr: deshacer la imagen del paro juvenil "ideológicamente correcto"

En el prologo de la obra de Sébastien Schehr, André Gorz sintetiza el propósito del autor: demoler la imagen de paro "ideológicamente correcto" que no han cesado de mantener la mayoría de los sociólogos, medios de comunicación, partidos, instituciones, iglesias durante estos últimos años. Esa imagen es la de un trabajador privado de empleo, que se define por lo que no tiene y cuya máxima ambición es encontrar un trabajo. Esta definición negativa le acerca a la "muerte social" y a la anomia y le priva de cualquier identidad propia. La apuesta que nuestra sociedad ha hecho al dar un lugar central a la experiencia laboral convierte el paro en una catástrofe que se

vive como vacío personal y social y más aún en un momento como el actual, donde se multiplican las experiencias de vidas profesionales discontinuas. La obra de Sebastián Schehr se sitúa en una perspectiva crítica a esta visión del paro y se plantea mirar a éste con los propios ojos de los parados y no con los estereotipos del momento.

La vie quotidienne des jeunes chômeurs (1999) trata, en palabras del autor, de restituir a los parados su discurso, que ha sido sustituido por el del trabajismo y ha lanzado sobre ellos la falta, la debilidad, el victimismo y la infamia y que ha convertido a los grupos de parados en perdedores frente a las figuras fuertes del trabajo asalariado. Schehr divide su estudio en tres partes: la primera la dedica a hacer una crítica del mencionado trabajismo y a aclarar las bases teóricas y conceptuales de su investigación; en la segunda expone los resultados de algunos de los trabajos más representativos en el campo de la Sociología del paro y en la tercera parte elabora cuatro historias de vida de jóvenes parados de las que se sirve para ilustrar diferentes campos de la vida cotidiana de estos: sus relaciones con el paro, con la precariedad laboral, con los servicios de empleo. Con ellas pretende también demostrar cómo los jóvenes no se acoplan a la definición corriente de paro. La existencia de un tiempo vivido, de identidades, de proyectos, ilumina una existencia social que no se ajusta a las descripciones de los enfoques “clásicos” del paro y la precariedad.

En la deconstrucción que Schehr realiza de las categorías del paradigma “trabajista”, comienza por llamar la atención sobre el léxico empleado para nombrar las situaciones ligadas al paro: vulnerabilidad, exclusión, marginalización, pobreza, aislamiento, síntomas, desánimo, frustración, población excedente. Para el autor, esta semántica de la debilidad responde a la construcción del estereotipo de hándicap social que se vierte sobre los parados y que contribuye a cosificarlos, a estereotiparlos y a eliminar la pluralidad real que las identidades de paro presentan. Este moralismo productivista que, según Schehr, está en la base de la mayor parte de las aproximaciones actuales al paro es fuertemente criticado en toda su obra. El

parado queda, en ese enfoque, definido como carne de reinserción por el trabajo, afectado por múltiples disfunciones productivas que le invalidan y connotado por una serie de rasgos negativos asociados a la cultura del paro. En el fondo de esta crítica al utilitarismo y puritanismo del análisis del paro y a sus acentos economicistas, integradores y catastrofistas, se encuentra una pregunta sobre el porqué de la fascinación de las sociedades occidentales por el trabajo. La crítica se extiende así a la noción más amplia de trabajo y a su centralidad casi teológica.

Frente a estas posturas propensas al etiquetaje, Schehr propone un enfoque basado en el actor, en sus vivencias y en sus construcciones interiores y lo concreta en su investigación: "es urgente volver a analizar las prácticas, las culturas, los modos de vida...volver a poner al parado en el centro del análisis, desembarazándole de los imperativos tecnocráticos y de la acción voluntarista que se ejerce sobre estos colectivos" (Schehr, 1999: 27). El apoyo teórico central de la obra es el concepto de "mundo social" de inspiración interaccionista y tomado prestado, en concreto, a Anselm Strauss. En opinión de Schehr, dicho concepto parece particularmente apropiado por su "fluidez heurística" para explicar el cambio social. La idea de "mundo social del paro" invitaría a considerar éste como un espacio social a la vez estructurado -por las políticas sociales, las relaciones laborales y de producción o los servicios de empleo- y estructurante -con el papel dinámico y de interacción permanente de los parados que lo viven y lo habitan-. Basándose en este planteamiento del mundo social del paro, el análisis de las prácticas y los discursos subjetivos de los parados ocupa un lugar protagonista, que se concreta y cobra forma en la investigación a través de un segundo concepto práctico que es el de "periplo". Este concepto se apoya en el enfoque biográfico de trayectoria o en el de "carrera" como modos de construcción de la identidad. En su dimensión más objetiva, la carrera comprende las posiciones, las realizaciones, las responsabilidades, los estatus definidos; en su dimensión más subjetiva, la carrera se refiere a los cambios de visión y enfoque con que una persona percibe su existencia como un todo e interpreta el significado de sus características y de sus acciones. El concepto de

“periplo” es utilizado por Schehr para remarcar los aspectos más individuales y subjetivos e igualmente los rasgos más imprevisibles que caracterizan los actuales recorridos de los jóvenes que él estudia. Frente a la “carrera” -más pautada y potencialmente definitoria de colectivos- el “periplo” sigue la pista de cómo cada joven coproduce y transforma el “mundo social del paro” de manera “microsocial y molecular”. Para dar cuenta de la identidad de los parados es preciso “tener en cuenta todas sus formas de pertenencia y la manera en que gestionan subjetivamente la complejidad social. La identidad integrada en una dimensión temporal es situacional -por tanto cambiante y coyuntural- y reticular” (Schehr, 1999: 281). Esta concepción “débil” de la identidad provoca que, frente a otros autores presentados anteriormente, Schehr no crea en la identidad de parado.

A partir de estos presupuestos conceptuales, el autor recoge cuatro periplos de jóvenes en los que, con ayuda del método biográfico, se abordan todos los aspectos que conciernen a los itinerarios de los jóvenes seleccionados - formación, experiencias profesionales, ocio, proyectos, etc.-. Schehr opta por presentar a modo de crónica cotidiana los periplos de Ariane, Karl, Marie y Jo y posteriormente, mediante un principio de clasificación temática, compara las diferentes formas de representación del trabajo y el paro entre los diferentes periplos. En primer lugar, el análisis recae sobre las experiencias concretas de los jóvenes en el terreno de las necesidades materiales y los modos de buscarse la vida; en segundo lugar, se investigan los proyectos personales que se concretan en actividades sociales y culturales fuera de la esfera de la necesidad; posteriormente se exploran las formas de sociabilidad entre los parados y, por último, se evocan los ritmos temporales y las formas de construcción de la identidad. Esta elaboración temática sirve a Schehr para desarmar muchos de los tópicos que sobre el paro y el trabajo presentó en la primera parte de su investigación. Entre otros: las actividades del reino del trabajo y la necesidad no son las más importantes en sus vidas, otras actividades culturales o sociales son centrales para la identidad de los jóvenes parados. Asimismo, en contra de lo que mantienen las versiones “oficiales” de la desafiliación o la descualificación social de los parados, las redes de

sociabilidad no se empobrecen forzosamente para ellos. En cuanto a los ritmos de vida y la vivencia del tiempo, coexisten diferentes vivencias, el paro o la precariedad no son tiempos perdidos sino que sirven como momentos de anticipar proyectos futuros. Por último, respecto a las identidades degradadas que los estudios “miserabilistas” basados en la centralidad del trabajo presentan, Schehr contrapone un panorama en el que domina la diversidad. El autor descubre en los parados un “polimorfismo identitario”, que varía entre los diversas biografías que relata y que no se construye con la identidad profesional como norma central.

El tono crítico, provocativo en algunos momentos, de la obra de Schehr ha recibido a su vez respuestas que rebaten sus plantamientos y subrayan sus puntos flacos. Fundamentalmente, la discusión se ha centrado en el material empírico sobre el que se basa: hay una coincidencia general en que cuatro biografías parecen poca base para sustentar sus ambiciosas proposiciones teóricas. Además, el lugar secundario que otorga a los aspectos económicos y materiales en la vida de los jóvenes, parece contrastar fuertemente con otras fuentes de información y no parece muy pertinente en el actual momento de precariedad generalizada y de dificultades laborales y materiales que vive la mayor parte de la juventud. Su intento por resaltar las múltiples significaciones del paro es meritorio, pero, en muchos pasajes de su investigación, sobredimensiona un individualismo minimalista carente de potencial explicativo de las situaciones de desempleo.

III.3.8.- La investigación sobre el paro de larga duración en Italia

Por lo que respecta a los estudios italianos sobre el paro de larga duración, hay que anticipar que la preocupación sociológica por este colectivo como tal no ha generado una producción académica muy abundante. Sin embargo, el desempleo en general sí ha recogido la atención de algunos grupos de investigación que han analizado algunas cuestiones clave en relación con el tema. Inicialmente, podríamos destacar tres rasgos básicos del desempleo en Italia -por otra parte muy semejantes con las particularidades del caso español: primeramente, la presencia de un paro concentrado geográficamente

en el mezzogiorno -que es comparable a las desigualdades que se viven en la mitad sur española-. En segundo lugar, el peso mayoritario de los jóvenes y las mujeres, que emparenta a los dos países debido a las pautas demográficas similares y al pacto generacional que ha llevado a las familias a hacerse cargo de los costes del desempleo juvenil y, en tercer lugar, las dinámicas de informalización, que crean vinculaciones entre el paro y el trabajo negro.

Utilizar estos rasgos puede ayudar a reseñar y agrupar alguna de las investigaciones italianas más relevantes, que, precisamente, han sido realizadas, primordialmente, por sociólogos del sur de Italia, debido al fuerte desequilibrio que el desempleo tiene en las regiones meridionales. Hablar de paro en Italia y, sobre todo en esas zonas, equivale a destacar las elevadas tasas que alcanzan los grupos de edades jóvenes. Por citar dos ejemplos evidentes, a mitad de los noventa, la tasa de paro juvenil en Sicilia era del 55% y en el caso de Campania, región cuya capital es Nápoles, se superaba el 58%. Teniendo en cuenta que el componente juvenil del paro en toda el área mediterránea ha mejorado en los noventa frente a los ochenta, podemos hacernos una idea del interés que este tipo de desempleo ha despertado en la Sociología italiana. Enzo Mingione es uno de sus más destacados representantes y en un artículo relativamente reciente (1996) ha analizado los vínculos entre los parados jóvenes y el trabajo informal. Utilizando datos estadísticos secundarios de diversas fuentes y un enfoque de análisis macro, examina las principales dimensiones de esta temática. El ya mencionado modelo de protección al cabeza de familia -que se ha dado en las zonas mediterráneas aquejadas de una débil industrialización, de una paralización de los flujos migratorios y de un fuerte peso institucional de la familia- ha volcado hacia los jóvenes el peso del paro. Mingione analiza detalladamente toda la trama económica, política y educativa que rodea a este problema: el tipo de mano de obra requerida por los mercados locales no aprovechaba el capital humano acumulado por los jóvenes, produciéndose un auténtico “paro intelectual”. Esta ventaja comparativa para ellos no ha sido aprovechada porque, además, los empresarios han preferido contratar una mano de obra adulta, con la ‘fiabilidad’ incorporada que da el tener cargas familiares.

Respecto a las conexiones entre trabajo informal y desempleo juvenil, otros investigadores como Cerase, Morlicchio y Spanò (1991), Botta (1991) o Pugliese (1993) han puesto de manifiesto esta vinculación. Siempre con datos estadísticos secundarios referidos a la Italia meridional, han resaltado la elevada disponibilidad y flexibilidad de los jóvenes para aceptar pequeños empleos. Probablemente, debido a la creciente diversidad de éstos, el propio Enzo Mingione (1996) propone una tipología que sirva para delimitar situaciones diferentes en las conexiones entre paro y actividades laborales informales o temporales. Establece un primer tipo de relación que es el que se da en los casos de jóvenes cualificados que salen del paro ocupando un primer empleo por debajo de su cualificación, pero con fuertes expectativas de conseguir mejoras en una carrera laboral exitosa. Estos recorridos son más frecuentes en la Italia septentrional o en zonas de economía dinámica. Un segundo grupo está compuesto por los jóvenes que aceptan realizar actividades laborales irregulares que no están relacionadas con su formación y con sus expectativas profesionales. Se trata, generalmente, de trabajos ocasionales de baja cualificación, aunque coexisten con actividades que pueden exigir mayores competencias, pero que no suponen una mejora en las condiciones de empleo -es el caso del cuidado de niños, de diversos tipos de monitores o de trabajos a domicilio con el ordenador, diseño, etc.-. Aunque estas actividades son vividas como algo coyuntural, en el caso de los jóvenes napolitanos, Mingione pone sobre aviso de la aparición de carreras donde se consolida la provisionalidad y se cronifica la inestabilidad. El tercer tipo de parados está compuesto por aquellos que comienzan carreras laborales descualificadas, inicialmente muy inestables y sin posibilidad de mejora, para instalarse después en estas malas ocupaciones de los servicios y peonajes de diversa índole. Esta diversidad de situaciones pone de relieve la complejidad de las salidas del paro para los jóvenes.

La investigación de Giustina Orientale Caputo (1995) aborda con un enfoque cualitativo la situación de los jóvenes parados en Nápoles. Las entrevistas desvelan una situación compleja y cambiante: de la imagen común del desempleo como no-trabajo se está transitando a un modelo en el que

predominan los matices y la ambigüedad. Las catorce historias de vida que realiza, mayoritariamente a jóvenes con niveles de estudio poco elevados, permiten recoger sus ambivalencias respecto a las situaciones actuales de paro. Por una parte, sus entrevistados se reconocen como parados y muestran vivencias de desánimo y depresión ante las dificultades de salir del paro, pero, por otra, cuando acceden al empleo, describen entradas en actividades laborales que les sumen en carreras caóticas que, por lo general, no desembocan en la estabilidad ni en el abandono de la autopercepción como parado.

La autora especifica en su estudio cuatro recorridos laborales, en los que se da la conexión entre el paro y el subempleo, que encuentran cierto eco con la anterior tipología de Mingione: El primero sería el subempleo precario permanente. Se produce sobre todo entre los jóvenes varones más mayores y más descualificados, que empezaron a trabajar temprano en malos empleos y han ido acumulando experiencias muy diversas que no les han servido para alcanzar la estabilidad y, muy frecuentemente, ni siquiera la mínima regularidad laboral. Los empleos ocupados son los peores del mercado de trabajo, hasta el punto de vivir a merced de propinas de la gente, con el consiguiente daño a la seguridad personal y a las formas de entender el trabajo como valor. El segundo sería el recorrido de la sobrecualificación. En este caso, encontramos a aquellos que disponen un título por encima de los empleos que realizan. Forzados a ser flexibles, estos jóvenes de extracción social modesta están faltos de los contactos que conducen a los mejores empleos, lo que les condena a un esfuerzo permanente de adaptación a cualquier empleo. El tercer recorrido es el predominante entre las mujeres entrevistadas y se caracteriza por la preponderancia de situaciones de desánimo y exclusión profesional. En estos casos, las transiciones vitales se producen entre la situación de paro y la de inactividad. Entre estas dos condiciones, se encuentran las vivencias de desconexión-desánimo laboral y algunos malos trabajos que, más que procurar una esperanza en el empleo, son una carga, que se acrecienta con los pocos apoyos en términos de servicios públicos que tienen las mujeres en general y aún más las 'sin

derechos laborales'. El cuarto recorrido, en este caso minoritario, es el de aquellos que prolongan su estado de desempleo hasta conseguir un trabajo mejor. La procedencia social más acomodada y los estudios prolongados caracterizan a estos jóvenes, que aprovechan el desempleo como periodo de acumulación de títulos. Los diferentes itinerarios reflejados comportan una diversidad de vivencias que la autora ilustra con su investigación.

Estos problemas laborales no suceden solo en las densamente desempleadas regiones del sur, algunos informes han revelado las particulares dificultades en las formas de inserción de los jóvenes de otras regiones italianas. Emilio Reyneri (1991) ha utilizado los datos estadísticos oficiales de los organismos de empleo para trazar una panorámica del paro de larga duración en Emilia-Romagna, una región del centro-norte con niveles de vida muy por encima de la media de los del sur. En el momento de la realización del estudio, esta región gozaba de una situación cercana al pleno empleo y Reyneri observa cómo allí el paro prolongado es un fenómeno residual, que afecta al 'núcleo duro' de los desempleados, sujetos poco numerosos y en malas condiciones de acceso al mercado de trabajo, cuyas situaciones son afrontadas por las políticas de empleo. La poca incidencia del paro en los jóvenes de esta región contrasta con lo que hemos señalado en los párrafos anteriores para el caso de las zonas del sur marcadas por el paro estructural. Los jóvenes del norte no presentan un problema de paro masivo de inserción, sino situaciones de transición escuela-trabajo que les llevan a permanecer periodos largos en busca del mejor ajuste con el futuro empleo. Esto conduce a la existencia de 'áreas de ambigüedad e incertidumbre'. Algunos ejemplos de éstas han sido ilustrados por Sarchielli, Depolo, Fraccaroli y Colasanto (1991), que realizan una investigación sobre los jóvenes de dos ciudades del norte -Turín y Vicenza- mediante una encuesta estadística. El enfoque psicológico de su estudio les lleva sobre todo a preguntarse por los significados subjetivos de paro y trabajo para los jóvenes y, aunque prestan menos atención a sus condiciones objetivas de vida, pueden encontrarse numerosas referencias al escenario laboral de los jóvenes: los trabajos informales de inserción y

acercamiento, la búsqueda de empleo, las transiciones diversas por tipo de estudio, etc.

Además del desempleo juvenil, los sociólogos italianos se han detenido en otro tema a la hora de analizar el paro: las vivencias de los trabajadores afectados por los procesos de reestructuración industrial. Estos ex-trabajadores de las grandes fábricas del norte de Italia encuentran una respuesta de protección social a través de la *Cassa Integrazione Guadagni* (CIG), una modalidad de subsidio a los desempleados muy extendida en algunas zonas en crisis industrial. La investigación de Giuseppe Bonazzi (1989) sobre los '*cassaintegrati*' de Turín es una de las más relevantes. Para indagar en los procesos de búsqueda de empleo de estos parados industriales de edad avanzada, Bonazzi parte de la propuesta teórica de Mark Granovetter. Este último autor analiza el papel que las redes sociales cumplen en la consecución de un empleo. Para él, la búsqueda de trabajo va más allá de una acción individual económica racional, pues está marcada por aspectos sociales profundos que determinan el resultado. En *Getting a job* (1974), Granovetter mantenía una tesis fuertemente contraintuitiva: inicialmente, se esperaría que los parados que mantienen una más sólida relación grupal fuesen los que más facilidad encontrasen para lograr un empleo. Sin embargo, realmente, son las personas menos estrechamente ligadas al grupo de pertenencia quienes encuentran más fácilmente empleo. Estos vínculos débiles impulsan al parado a crear nuevas relaciones que, aunque puedan ser también débiles, aumentan las posibilidades de información y contactos para conseguir trabajo.

Bonazzi aplica esta tesis al caso de los parados turineses y confirma cómo los que cuentan con redes de relaciones menos intensas, aunque tal vez más variadas, se hallan más predispuestos a sondear la información sobre el mercado de trabajo y a obtener resultados positivos de cara al empleo. Las personas amparadas por redes de solidaridad más densas, pero menos amplias, quedan atrapadas por esa situación y encuentran problemas. La prueba concluyente la encuentra Bonazzi en el caso de los parados procedentes del sur de Italia, que son los que han sufrido situaciones de

exclusión profesional más aguda. Las relaciones familiares más intensas y las amistades más arraigadas no han conseguido sacar de la trampa del paro a estos trabajadores. Algunas otras publicaciones colectivas -Barbano (1987)- corroboran el interés de esta temática entre los investigadores italianos.

III.3.9.- La investigación sobre el paro de larga duración en España

El paro ha representado, y representa en la actualidad, un problema de primer orden en España. Las tasas que ha alcanzado nos colocan a la cabeza de la Unión Europea y los debates públicos a que ha dado lugar son comparables a los que se han producido en otros países y que se han reflejado en apartados anteriores de esta tesis. Sin embargo, esta situación no ha hecho del paro un objeto de investigación con entidad propia. Los estudios sociológicos que tratan monográficamente el desempleo son escasos. Las pocas líneas de investigación que han abordado la cuestión no han tenido una continuidad que las hiciese más fructíferas. La preocupación por el problema ha generado una abundante literatura gris, producto de los informes que diferentes organismos públicos o privados han elaborado, pero con poco trabajo de campo y, a veces no mucho calado teórico. Igualmente, hay una presencia del tema en investigaciones dedicadas a otras materias y que, de forma tangencial, tratan o dedican un capítulo al problema del paro. Numerosos autores han hecho referencia en sus trabajos a la cuestión y han tratado, de forma más o menos minuciosa, los grandes tópicos que se han barajado en torno al desempleo. Desde posiciones teóricas muy variadas, se ha aludido a las relaciones del paro con la falta de expectativas de la juventud, a las relaciones del paro con la educación 'como parking de parados', a sus efectos devastadores sobre las zonas desfavorecidas, etc. Sin embargo, las investigaciones monográficas que pudieran demostrar todas estas conexiones son escasas y no sería un ejercicio superfluo preguntarse por qué se produce este desajuste entre la magnitud social de un problema y su eco en el terreno de la investigación sociológica. Esta preocupación difusa y atomizada hace incluso más difícil la tarea de recopilar las referencias documentales, pues aumentan las posibilidades de olvidar aportaciones

relevantes o incluso llegar a no conocerlas por la mencionada proliferación desordenada de estudios.

Cronológicamente, en los últimos veinte años el paro ha acompañado al desarrollo de al menos las siguientes áreas temáticas en la Sociología española: Iº/ la reconversión industrial; IIº/ la inserción juvenil; IIIº/ el trabajo precario y IVº/ la problemática incorporación laboral de la mujer.

I.- En los momentos iniciales de los ochenta, la reconversión industrial despertó los más profundos temores sobre el paro obrero. El binomio desindustrialización-desempleo generó algunos interesantes trabajos que exploraban los problemas sociales y económicos de las 'regiones industriales en declive'. Más allá de los aspectos económicos más visibles, resultan de interés los análisis sobre los cambios en las identidades de los trabajadores afectados por las transformaciones de estas 'viejas áreas industriales'. Los casos de Asturias (García Blanco y Gutiérrez, 1989) o de Euskadi (Vicario y Martínez, 1992) son dos ejemplos de esta línea de estudios en los que se pone el acento en las trayectorias de los trabajadores de más edad expulsados; en los trabajadores de edades intermedias reconvertidos y en los jóvenes que se integran en el escenario de la flexibilidad post-reconversión. Cómo se vive la crisis de la cultura obrera industrial por cada uno de ellos es, probablemente, la dimensión de mayor interés en estas investigaciones.

Este binomio paro-reconversión fue perdiendo intensidad investigadora por diferentes motivos. Entre otros, cabría destacar la 'normalización' y 'pacificación' del problema laboral de la reconversión mediante la negociación de una 'salida honrosa' para los trabajadores afectados; la puesta en marcha de programas institucionales, como el de las Zonas de Urgente Reindustrialización (ZUR), que se inició en 1982 y suavizó los efectos calamitosos que el tema presentaba en sus inicios; finalmente, esta línea de investigación ha ido ocupando un lugar residual parejo al que han pasado a tener hoy estas viejas comunidades de la industria pesada -carne de arqueología industrial- en un modelo de sociedad que avanza frenéticamente hacia el fascinante mundo del terciario informacional.

II.- El segundo gran tema que ha abierto a menudo las puertas a la temática del desempleo es el de la cuestión juvenil. Desde los inicios de los ochenta, la Sociología de la juventud ha avanzado en España de la mano del paro juvenil. El año mundial de la juventud en 1985 multiplicó el número de estudios sobre las condiciones de vida de los jóvenes, sobre la 'inserción en la actividad económica' (Montoro, 1985) y sobre el temido desempleo (Torregrosa, Bergère y Alvaro, 1989). A partir de entonces, puede decirse que se ha consolidado una interesante línea de análisis de los problemas juveniles en la que tiene un gran protagonismo el tema del trabajo y el paro. A este respecto, destacan los trabajos de Lorenzo Cachón (1997, 2000), que son por su continuidad a lo largo de todo el periodo uno de los ejemplos más representativos de dedicación a los problemas de los jóvenes en el ámbito laboral. Igualmente, han acumulado una rica experiencia de investigación los equipos de la Universidad Autónoma de Barcelona (GRET) (Masjoan, Troyano y Vivas, 1999; Planas, Masjoan, Casal y Brullet, 1995) y de la Universidad de Oviedo (García Espejo, 1998; García Espejo, Gutiérrez e Ibáñez, 1999). Sería objeto de una labor monográfica recopilar la totalidad de investigaciones que este tema ha generado, incluyendo también las realizadas desde otras disciplinas como la Economía, la Psicología o la Pedagogía¹⁸.

Cabría resaltar tres estudios con una metodología de corte cualitativo que han profundizado en las trayectorias y en las vivencias de los jóvenes en relación con el trabajo. En primer lugar, se encuentra la investigación del Colectivo IOE (1989), *Estudio sobre las condiciones de trabajo de los jóvenes*, que entronca con la intensa preocupación que a mediados de los ochenta se vivía respecto al paro juvenil. La investigación aporta como novedad metodológica la puesta en marcha de un proceso de investigación-acción con las asociaciones de la entidad que financiaba el proyecto -Consejo de la Juventud de España- y la aplicación de grupos de discusión, que amplían el acercamiento predominantemente cuantitativo que había caracterizado a los informes de la juventud realizados hasta el momento. Los resultados del

¹⁸ Información complementaria puede obtenerse en Brunet y Pastor (2002) y en García Blanco y Gutiérrez (1996).

análisis de los grupos ponían de relieve la importancia de la extracción social a la hora de definir las particularidades de los diferentes tipos de jóvenes frente a la visión más culturalista de la categoría de 'juventud' como grupo homogéneo. Se trasluce también en sus conclusiones la preocupación de los jóvenes por una serie de temas que ya en ese momento de la segunda mitad de los ochenta comenzaban a fraguarse: los abusos empresariales y la indefensión ante la precariedad laboral, la pérdida de valor de los estudios o su uso puramente utilitarista y, finalmente, los procesos de individualización y los cambios en la percepción de lo colectivo.

La segunda investigación es la realizada por Joaquim Casal (1996), fruto de su tesis doctoral, acerca de las trayectorias de transición a la vida adulta de los jóvenes. Además del trabajo teórico allí incluido, que contribuye a desarrollar el concepto de 'transición a la vida adulta' como articulación compleja de procesos de formación, inserción profesional y emancipación familiar, la investigación se basa en un rico trabajo de campo que permite establecer una tipología de las modalidades de transición a la vida adulta de los jóvenes basadas en el tiempo que transcurre para éstos hasta conseguir la transición y en las expectativas, con un mayor o menor grado de complejidad, que les hacen tomar decisiones que determinan dicha transición. Casal distingue cinco grandes modalidades de transición: la primera es la de 'éxito precoz', que incluye a los jóvenes con expectativas altas de carrera profesional y recorridos educativos prolongados que concluyen con un tránsito a la vida activa rápido y exitoso. La segunda modalidad es la de las 'trayectorias obreras', que agrupa a los jóvenes marcados por la cultura del trabajo manual y poco cualificado con recorridos educativos cortos y con una cualificación lograda a pié de obra. Su inserción profesional es temprana, pero está muy condicionada por la coyuntura del mercado de trabajo y por la posición vulnerable del grupo en términos de condiciones de trabajo. La tercera modalidad es la de las 'trayectorias desestructuradas', los jóvenes incluidos en ella tienen una expectativa de posicionamiento social baja y sus recorridos escolares son cortos o marcados por el fracaso. Los resultados son un bloqueo de su inserción laboral, caracterizada por el paro y los trabajos precarios o

sumergidos y un riesgo elevado de entrar en procesos de exclusión social. La cuarta es la 'trayectoria en precariedad', que ocupa un lugar importante entre los jóvenes con todo tipo de expectativas sociales y de duración en los recorridos educativos. Esta modalidad está definida por resultados negativos en el mercado de trabajo -paro, subempleo y precariedad. La inestabilidad resultante condiciona y retrasa la emancipación familiar. Finalmente, la quinta trayectoria es la de 'aproximación sucesiva', que es también muy representativa actualmente. Sus características son una alta expectativa de mejora social y profesional, con recorridos educativos largos por parte de los jóvenes incluidos en ella, pero con una situación social de incertidumbre que dificulta sus decisiones y retarda la transición. Los pasos típicos están marcados por un ajuste continuo entre las expectativas y la realidad y por la consecución de logros parciales -sucesión de experiencias laborales, situaciones de precariedad laboral, éxitos y fracasos parciales en la transición. En versiones posteriores, Casal ha introducido una sexta modalidad que es la correspondiente a las minoritarias 'trayectorias de adscripción familiar', que incluyen a los hijos de empresarios y trabajadores por cuenta propia que se insertan con rapidez por vía de herencia o integración en los negocios familiares.

La tercera investigación es la de Enrique Martín Criado (1998), *Producir la juventud*. En ella se analizan las transformaciones que se han producido en estos años en el campo escolar y laboral y las consiguientes configuraciones de posiciones y prácticas por parte de los jóvenes. A partir de la elaboración de diez grupos de discusión, diferencia las trayectorias educativas y laborales de los jóvenes según el origen social. La primera corresponde a los jóvenes procedentes de las clases populares con trayectorias educativas cortas y con necesidades económicas familiares que les obligan a incorporarse a trabajos descualificados con poca valoración social. Estos jóvenes viven las malas condiciones de trabajo de la franja inferior de los empleos precarios. El miedo al paro, la sumisión como única salida y como condición para la mejora laboral y, además, el rehuir el enfrentamiento ante situaciones de abuso por parte de unas relaciones laborales jerárquicas que se viven como normales

son algunos de los rasgos que caracterizan las vivencias laborales de este grupo de jóvenes.

El segundo grupo que identifica Martín Criado es el de los jóvenes con proyectos semicualificados procedente de las clases populares que han acumulado capital escolar y unas expectativas de progreso personal. Su temor principal no es tanto el paro como los malos trabajos que amenazan su proyecto de promoción y extienden la alarma sobre las consecuencias negativas de quedar aparcado en la inestabilidad y alejarse del 'trabajo verdadero'. Las actitudes más divulgadas entre ellos son la extensión de una ideología del mérito y del esfuerzo que individualiza el ascenso social. Un tercer grupo, con recorridos universitarios y con proyectos de promoción más prometedores, se concentra en el logro educativo y no frecuenta el mercado de trabajo hasta conseguir el 'trabajo final', si acaso realiza 'trabajillos provisionales' utilizados instrumentalmente para obtener dinero de bolsillo. Sus actitudes están regidas por una doble y un tanto contradictoria postura de, por el lado de las condiciones objetivas, adaptarse a las circunstancias que les exigen renunciar a ser sujetos autónomos hasta encontrar un empleo estable y aceptar el poder y la explotación, que no se siente como tal y, por el lado de las representaciones subjetivas, afirmarse como sujeto mediante las ideas de realización personal, autonomía, que saturan el discurso del mérito en el que están fijados. La extendida visión individualista alcanza en ellos cotas de desocialización absoluta.

Todas estas trayectorias dejan ver cómo los sujetos que las viven son producidos en relaciones sociales en las que se imbrica una dimensión política -donde se expresan relaciones de fuerza-, una dimensión económica -donde se distribuyen recursos materiales-, una dimensión simbólica -donde se construye y manipula el 'valor' de los sujetos y una dimensión libidinal -donde se activan inversiones emocionales. Este proyecto de análisis de la 'economía moral' de las relaciones laborales de los jóvenes, entretejidas por las anteriores dimensiones, constituye una de las propuestas actuales más prometedoras en el ámbito de la Sociología de la juventud.

III.- Algunas investigaciones realizadas sobre el trabajo precario han contemplado el tema del paro. Conforme la precariedad laboral se ha convertido en una constante del mercado de trabajo, las conexiones con el desempleo se han acrecentado. Los pasillos que unen los malos trabajos temporales con el desempleo son cada vez más transitados. El crecimiento de la rotación y la proliferación de los “pequeños contratos” vinculan cada vez más el paro a las dinámicas del empleo. Las secuencias de empleo-paro, características del desempleo recurrente, se perfilan con intensidad en el mercado de trabajo. En el apartado (I), dedicado a revisar las principales tendencias del mercado de trabajo, se detallaron los rasgos del actual desempleo y sus vínculos con la temporalidad. Allí se señaló cómo en esta nueva economía de la flexibilidad, el desempleo está pasando a ser un momento del empleo. Para muchos trabajadores el paro forma parte del mismo movimiento que determina un nuevo modelo de inestabilidad laboral. Las investigaciones que se detallan a continuación son buenos ejemplos para ilustrar las mencionadas tendencias mediante estudios de caso concretos. Como en capítulos anteriores, proponemos algunas de las monografías más relevantes a sabiendas de que pueden quedar sin mencionar otras de interés¹⁹.

Andrés Bilbao (1999) ha analizado en *El empleo precario* las bases de la imposición empresarial-gubernamental de la temporalidad del empleo: un nuevo modo de gestión de la fuerza de trabajo en el cual emerge ‘la norma precaria del empleo’. Este modelo es consecuencia de una nueva ortodoxia sobre el crecimiento que se extiende desde los años ochenta y que está basada en la afirmación del mercado como mecanismo de regulación autónomo de las relaciones entre individuos; en el reforzamiento del beneficio empresarial como fuente de crecimiento económico y en la extensión de un individualismo posesivo que coordina las relaciones entre los individuos. Este nuevo modelo de crecimiento económico pone a su servicio

¹⁹ Para un acercamiento a la literatura sobre precariedad laboral y nuevas formas de empleo en España puede consultarse (Lope y Gibert, 2001). En su artículo, introducen referencias bibliográficas clave en el estudio de la precariedad laboral, preferentemente, desde el campo de la Economía, disciplina que ha analizado a fondo estas dinámicas.

otras magnitudes económicas como el paro o la mejora de las condiciones de trabajo, que pasan a ser variables dependientes determinadas por las exigencias del crecimiento. Los rigurosos argumentos teóricos empleados por Bilbao se ven apoyados en esta obra por un registro de los cambios legislativos que han acompañado todo el proceso de flexibilidad y por un trabajo de campo basado en la realización de grupos de discusión, que tratan de captar cómo se concretan las nuevas prácticas sociales que emergen en las relaciones laborales -empresas de trabajo temporal, abusos y aumentos de la ilegalidad, desaparición de formas colectivas de negociación- y a las que los trabajadores afectados por esta nueva norma de precariedad tienen que adaptarse.

Los grupos de discusión estaban diseñados de cara a captar estas circunstancias entre los trabajadores más vulnerables y a recoger sus percepciones sobre la situación en que se encontraban. Las sensaciones de desprotección frente a otros colectivos más preparados; la prioridad de mantener el empleo y alejarse del amenazante umbral del paro; la sumisión a la gerencia y a su arbitrariedad y falta de legalidad sistemática, que, sin embargo, no está reñida con una aprobación o comprensión de la figura del empresario; una ausencia casi total de cuestionamiento de estas estrategias en términos de protestas concretas y visibles; y, finalmente, una profunda desocialización y competitividad sin normas entre los trabajadores son los devastadores rasgos que se extienden entre las franjas más presionadas de la clase obrera atenazada por el modelo de la precariedad laboral.

Aunque los estudios monográficos sobre estas cuestiones no son muy abundantes, algunos autores como Fernández Zaurín (1998) o Albarral (1996) se han adentrado ya en el universo laboral de la precariedad, sobre todo de una juventud, que navega a la deriva en el marco del actual florecimiento de las profesiones descualificadas. Sus retratos sobre los mensajeros, los pizzeros o los guardias de seguridad describen las vivencias socioprofesionales de los jóvenes a los que el propio Albarral califica como los "nuevos jornaleros". El sistema productivo español genera una abundante cantidad de empleos poco cualificados en los servicios, que son ocupados, muy habitualmente, por

jóvenes procedentes de los estratos sociales medio-bajos -con trayectorias educativas cortas o con poco valor de cambio en el mercado y con situaciones de estrechez económica familiar, que les impulsa a buscar un empleo temprano-. Estos empleos tienen salarios bajos, apenas requisitos de cualificación y escasas oportunidades de promoción, pero son aceptados por los jóvenes como fuente de ingresos para cubrir sus gastos más inmediatos. La insuficiencia de los salarios no es un obstáculo pues residen aún en el hogar familiar y no tienen necesidades económicas urgentes. Una especie de acoplamiento estructural vincula los malos empleos con las condiciones de vida de los jóvenes: no es preciso aportar cualificación, ni experiencia; no requieren grandes responsabilidades; permiten una gran compatibilidad con los estudios y proporcionan un dinero propio y directo, a veces fuera de las “obligaciones” de un contrato laboral más estable.

La variedad de casos en este universo de los “malos empleos juveniles” es amplia y también lo son las expectativas con que los jóvenes los afrontan: pocos los consideran como algo permanente -sobre todo los que alcanzan los niveles de estudios más elevados-, pero su actual crecimiento anuncia la consolidación de una franja de mano de obra descualificada, destinada a perdurar en los próximos años y en la que muchos jóvenes se instalarán más tiempo del deseado.

Igualmente, Andrea del Bono (2000) ha descrito estos escenarios precarios en el contexto de los *call centers*, centros de servicios de las plataformas telefónicas donde se extrema la vulnerabilidad colectiva de los jóvenes trabajadores de la mano de los cálculos de rentabilidad de las empresas y de la volatilidad del capitalismo global. Las reestructuraciones empresariales de las grandes empresas de las telecomunicaciones -en este caso Telefónica- escamotean o empeoran las condiciones de miles de puestos de trabajo a través de operaciones de creación de filiales o conversión de personal estable en inestable. La observación de los puestos de trabajo lleva a Andrea del Bono a estudiar dónde radica la desprotección de los trabajadores que les hace admitir las penosas condiciones de trabajo.

Si bien con un tinte más cuantitativo, cabe mencionar dos últimas aportaciones por su intención de estudiar un tema poco frecuentado, pero de gran interés: los trabajadores con bajos salarios. Tanto el estudio de López (1999) como el de Recio (2001) profundizan en la definición y en la contabilización de este colectivo, que expresa una intensificación de la desigualdad en el mercado de trabajo e indagan sobre las razones estructurales que afianzan estos procesos de empobrecimiento laboral.

IV.- La participación laboral de las mujeres ha alcanzado en los años noventa una centralidad indiscutible en el terreno de los estudios sobre el trabajo. La complejidad de su situación en el empleo, en el trabajo doméstico y en todas las conexiones entre estos dos mundos ha favorecido el surgimiento de un buen número de estudios sea desde la Sociología como desde la Antropología o la Historia Social. El reparto del tiempo, la doble jornada, las desigualdades laborales, la conciliación de vida familiar y laboral son algunos de los temas que han predominado en las investigaciones sobre género y trabajo durante los últimos años (Maruani, Rogerat y Torns, 2000).

Dentro de esta línea se inscriben las investigaciones que sobre la cuestión del desempleo se han realizado en España. Hay que adelantar que se observa un fuerte contraste entre la enorme atención que el tema recoge en la literatura sobre género y trabajo para ilustrar los procesos de segregación de las mujeres, y, sin embargo, la poca preferencia que los/as especialistas en la materia le han prestado. Probablemente, hay que atribuir a lo intrincado de las complejas relaciones entre empleo, inactividad y trabajo doméstico la escasa dedicación monográfica a este tema concreto del desempleo. Es por esto que tantas investigaciones sobre los temas mencionados en el párrafo anterior integran el desempleo en sus análisis, lo consideran como algo dado y demostrado, pero no desarrollan su estudio.

Desde hace quince años, el paro de las mujeres ha ido creciendo en términos absolutos y relativos, alcanzándose una situación de desempleo masivo y feminizado. Las mujeres han ido restando protagonismo a los varones y a los jóvenes en las tasas de paro (v. apart. V). Este proceso ha ido revelando un

status de segregación laboral que siguen sufriendo las mujeres a pesar de los avances de las políticas de igualdad. Los problemas más particulares que ofrece el desempleo femenino están relacionados con el paro desanimado y el paro encubierto. La situación subalterna de las mujeres de cara al mercado de trabajo provoca un halo de múltiples situaciones intermedias entre la ocupación y la inactividad laboral que se refleja en las continuas transferencias entre el sector mercantil y el doméstico y las variadas trayectorias de las mujeres entre el paro, el empleo y la inactividad. Las investigaciones de Borderías (2003) acerca de la categoría de 'ambivalencia' - a través de la cual la autora analiza los cambios en las identidades laborales de las mujeres mediante el estudio de "las formas complejas de aceptación y resistencia que las mujeres mantienen con la doble presencia"- son de interés como instrumento de análisis del espacio laboral de las mujeres; esta categoría permite a Borderías investigar el sentido y la lógica de las prácticas laborales femeninas, sus itinerarios laborales y los conflictos en la formación de la identidad. Igualmente, hay que mencionar las investigaciones de Carrasco (2001) sobre el trabajo doméstico y sus vínculos con el trabajo mercantil.

Aunque es frecuente escuchar que la posición de las mujeres en el hogar les permite sufrir el desempleo de una manera más mitigada y protegida, hay que señalar que esto no puede ser un pretexto para desatender las franjas más desfavorecidas donde se concentra la precariedad laboral y vital y, en general, los problemas que el desempleo lleva aparejados en términos de indefinición de las identidades laborales, de falta de estatutos jurídicos y de vaivenes en la economía y en el mercado de trabajo que afectan particularmente a la mujeres e intensifican su vulnerabilidad.

En los trabajos de Teresa Torns (1995, 2000) puede encontrarse una aproximación más a fondo sobre la cuestión del desempleo de las mujeres en España. Con la vista puesta en el análisis de las desigualdades laborales, Torns destaca la tolerancia social que el paro femenino suscita y que viene provocada por la persistencia de las desigualdades en las relaciones sociales

de género. El paro no produce directamente la exclusión social de las mujeres, salvo cuando se dan factores agravantes como dificultades familiares o permanencia prolongada en el paro (Carrasquer y Torns, 1993), pero sí produce una exclusión profesional institucionalizada, que sienta sus bases en un contrato social que sitúa a la mujer en una posición subalterna.

Torns crítica los datos estadísticos porque trabajan con fuentes que no miden muchas realidades básicas de las mujeres y el trabajo como son la irregularidad laboral o el trabajo doméstico. Las fuentes estadísticas sobre actividad laboral convencionales descuidan estas dimensiones. Sin embargo, estas mismas fuentes le sirven para trazar un perfil de las paradas españolas en el que muestra los factores y las variables que las caracterizan. Especial interés para afianzar sus hipótesis de tolerancia social del paro tienen sus observaciones sobre los niveles educativos de las mujeres -más altos que los de los varones-, esto le lleva a interrogarse sobre la pretendida vinculación del paro con la formación como causa única o principal del desempleo.

Además de las investigaciones realizadas por Teresa Torns, pueden encontrarse un buen número de estudios sobre el mercado de trabajo de las mujeres y sobre su estructura profesional. En ellos, predominan los análisis estadísticos y el paro no es tratado de manera monográfica. Entre los más conocidos puede destacarse el de García de Cortazar (1996).

III.3.10.- investigaciones monográficas sobre el paro de larga duración

A pesar de la riqueza de los estudios que se han mencionado, la carencia en España de investigaciones sociológicas monográficas sobre el paro de larga duración es considerable. En un artículo que podríamos considerar pionero, Carlos Prieto (1987) delimitaba el colectivo y adelantaba algunas dificultades para su estudio en términos de medición estadística. Añadía, además, una primera aproximación teórica, tanto de los enfoques prevalecientes -la teoría de la 'cola de espera' o de las 'estrategias de búsqueda'-, como en términos de su propia aportación de orientación marxista a través de la cual trata de interpretar las desigualdades creadas en el mercado de trabajo desde las prácticas selectivas de las empresas y a través de los mercados internos.

Prieto distinguía ya el 'periodo de paro friccional' previo a la crisis económica del periodo de paro estructural posterior y del correspondiente aumento del paro de larga duración en este segundo momento. Asimismo, aportaba una primera tipología de este tipo de paro extraída de un estudio de los servicios franceses de empleo que permitía diferenciar entre los diversos colectivos afectados: el 'paro de exclusión', que afectaba a los parados mayores; el paro de inserción, que lo hacía a los más jóvenes; el paro de reconversión, que se generaba en el caso de los despedidos por las reestructuraciones empresariales y el paro de adaptación, propio de las mujeres de edades intermedias que se presentan en condiciones bajas de empleabilidad al mercado de trabajo.

A pesar de este interesante precedente, y como ya hemos adelantado al principio de este apartado, las investigaciones especializadas en Sociología sobre el tema del paro de larga duración han sido muy escasas. Un repaso a diversas bases de datos bibliográficas confirman esta impresión. La propia base de tesis doctorales en España notifica 113 referencias a la entrada 'desempleo', pero apenas tres de ellas han sido realizadas en Facultades de Sociología. Siguiendo esta fuente, la investigación sobre el desempleo en España se acumularía en dos disciplinas -la Economía y la Psicología. En la primera predominan los análisis econométricos y los de política económica interesados en indagar sobre los condicionantes de la persistencia del desempleo, los modelos de búsqueda, los flujos de trabajadores en el mercado de trabajo o la influencia de las prestaciones sobre la duración del paro. En el caso de la Psicología, las preocupaciones son, mayoritariamente, la salud mental de los parados y, en menor medida, los procesos de inserción juvenil. Reseñamos, brevemente, a continuación algunos de los estudios en estos campos que pueden tener más relevancia y conexiones con la Sociología.

Los estudios de Economía laboral del equipo de Luis Toharia, con incorporaciones de componentes desde el campo de la Sociología -Luis Garrido-, son una muestra de esta orientación (Cebrián, Garrido y Toharia, 1992; García Serrano, Garrido, Toharia, 1999). En ambas referencias, además

de una caracterización de los parados de larga duración, los autores muestran su preocupación por las situaciones de protección social de este colectivo y por los efectos de la prolongación de los periodos de paro. Si bien observan que hay una gran movilidad entre ellos, con permanencias no excesivamente duraderas, consideran también que existen subgrupos en los que los problemas de protección social y de falta dilatada de empleo constituyen un grave problema. El 'efecto trinquete', la 'trampa del paro de larga duración' o la 'dependencia de la duración' son algunos de los términos con los cuales describen la mayor posibilidad de los desempleados de larga duración de continuar siéndolo debido al círculo vicioso de la falta de empleabilidad que la mayoría de análisis económicos ponen de manifiesto.

El fuerte peso del desempleo juvenil y, en general, de la inestabilidad laboral de sus experiencias laborales llevaba a estos autores a interpretaciones más sociológicas -macrosociológicas- no exentas de aspectos discutibles. La justificación a esta penuria de empleo ligada a la dinámica de la temporalidad en el mercado de trabajo, ha sido interpretada por García Serrano, Garrido, Toharia (1999) como fruto de un "*pacto intergeneracional implícito*". Según estos autores, "se puede plantear la existencia de un pacto entre las generaciones que mantiene los derechos de estabilidad de los trabajadores mayores mientras se los niega a los jóvenes para aminorar el ritmo de desplazamiento de sus antecesores" (ibid. p.41). Este "pacto" impondría a los jóvenes la temporalidad y el paro como coste por su mejor nivel de formación y compensaría así la escasa formación de los trabajadores mayores, que verían en peligro su situación si no se hubiera planteado dicho "pacto". La desigualdad de derechos que presenciamos respecto a la estabilidad proviene de la necesidad de los trabajadores mayores estables descualificados de asegurar sus empleos estables frente a los jóvenes cualificados. Estos son "penalizados" con la temporalidad y con una mayor facilidad en el despido para compensar la enorme ventaja formativa que tienen respecto a sus mayores y han de aceptar la desigualdad que les toca.

En términos de análisis económico, la explicación tiene muchas lagunas, porque los empresarios no van a cargar con una mano de obra poco productiva, costosa y descualificada por atender a un "pacto" que a ellos ni les va ni les viene. En todo caso, sólo lo harían si les resultase rentable. Así, el argumento se mantiene difícilmente en pie, pues se basaría en atribuir a los empresarios decisiones no económicas en pro del cumplimiento de ese pacto, desaprovechando el potencial de mano de obra barata y poco problemática de los jóvenes y manteniendo a los adultos menos productivos. De hecho, la hipótesis del pacto ha ido perdiendo potencial explicativo conforme han avanzado los años noventa y ha decrecido el peso de los jóvenes parados entre los desempleados de larga duración.

Pero en términos de análisis sociológico, los autores construyen una cadena de interpretaciones basada en la cualificación y adaptación de los jóvenes para quienes toda esta inestabilidad tampoco es un coste muy alto, sobre todo, cuando las carencias de autonomía serán suplidas por lo que los autores llaman la "digestión familiar". Esta interpretación generacional no contempla las estrategias empresariales estructurales de inestabilidad y precariedad -que recaen sobre los jóvenes como fuente de beneficios a los cuales hay que disciplinar con el paro y la precariedad- y exime de culpa a los empresarios, que no salen en la foto de este supuesto "pacto generacional". Un pacto que trata, ni más ni menos, de las condiciones de uso de la mano de obra. Esta omisión del conflicto social simplifica la realidad y es profundamente anticientífica e intensamente ideológica. En el estudio de las condiciones de vida de los jóvenes esto equivale a ocultar y no investigar las enormes repercusiones que para los jóvenes tiene este vínculo entre la inestabilidad de los recorridos biográficos y su creciente inestabilidad en el empleo.

Más recientemente, e igualmente desde un enfoque puramente económico Alba, Álvarez y Pagán (1999) se preguntan cuántos y quiénes son, qué tipo de empleo buscan y cuánto tardan en conseguir trabajo los parados de larga duración. Su análisis sobre las posibles causas del desempleo se enclava en los argumentos más convencionales y ortodoxos. Los factores estructurales que

están detrás del desempleo por los desajustes que propician son el salario mínimo, el porcentaje de trabajadores cubierto por la negociación colectiva, las prestaciones por desempleo, las contribuciones de los empresarios a la seguridad social y, cómo no, los costes de despido. Tras un somero análisis de toda esta tónica neoclásica, pasan a un estudio econométrico, basado en la Encuesta de Población Activa, de cierto interés por lo que aporta de caracterización del colectivo en cuestión.

Los resultados principales son que en la serie temporal considerada -1987-1998- la situación ha mejorado considerablemente. El peso de la falta de experiencia continúa siendo importante en el conjunto de paro de larga duración, pero la presencia del paro de muy larga duración -más de dos años- se ha reducido gracias a la superrotación que las sucesivas reformas del mercado de trabajo han posibilitado y que han movilizado mano de obra que tenía mayores dificultades de acceso. En cuanto a los flujos de entrada y salida, los autores verifican que las coyunturas de crisis inciden sobre el crecimiento del paro más por la dificultad de entrada en el empleo, que por los despidos que provocan. En estos flujos, los autores subrayan el protagonismo creciente de la rotación, que incide en la reducción del paro de larga duración debido a la proliferación de entradas y salidas que interrumpe la antigüedad de los periodos de paro. Con todo, las tasas de transición de los parados al empleo disminuyen conforme se acrecienta la duración del periodo transcurrido en el paro.

En el estudio se analiza también el tipo de empleo buscado por los parados. La resignación ante la dificultad de las expectativas de encontrar un buen empleo es la norma, pero tienen ciertas ventajas aquellos que disponen de titulación superior, sobre todo en el caso de las mujeres solteras y los varones casados -las mujeres casadas parecen buscar menos y peor por las responsabilidades familiares. Algunos resultados sorprendentes y contraintuitivos aderezan la exposición de los autores: primero, cuanto más duradero fue el empleo anterior más se tarda en salir del paro -las exigencias para con el nuevo empleo son mayores y esto prolonga el periodo de paro-;

segundo, el no estar registrado en el INEM refuerza las posibilidades de salir del desempleo -sin comentarios-; tercero, los trabajadores que buscan solo empleo a tiempo completo incrementan las probabilidades de salir antes del paro -la explicación es que se trata de los trabajadores que ya tienen experiencia laboral y que emprenden una búsqueda más decidida-. Aunque poco desarrollada, la observación conclusiva que se apunta en el análisis de estos autores es que la fluidificación del mercado de trabajo está provocando entradas y salidas más frecuentes del paro y este está dejando de ser un indicador de stock para servir mejor como un indicador de flujo de entrada y salida.

En cuanto al bloque de estudios de orientación psicosociológica destacan los de Alvaro (1992) y Peiró, (1989), además del ya mencionado de Torregrosa, Bergere y Alvaro (1989). Igualmente, en el marco de esta disciplina, pero incorporando una perspectiva interaccionista y una preocupación más cercana a la Sociología, como es la identidad social del colectivo, Rafael Modesto Escobar (1988) publicó *La identidad social del parado*, un estudio monográfico sobre los efectos que comporta la carencia de empleo sobre la forma de vivirse por parte del desempleado. El estudio trató de recoger información a través de una técnica proyectiva elaborada por la escuela interaccionista de Iowa. El test (TST) permite analizar la autoimagen cognitiva y consiste en la realización de veinte preguntas abiertas que permiten al parado autodescribirse a través de la pregunta "¿quién soy yo?". El TST se basa en el concepto de identidad de G.H Mead, donde se concibe el *self* como un proceso compuesto por dos fases: una activa -el yo- y otra pasiva -el mi-. En esta última el individuo puede considerarse como objeto de sí mismo y adquirir por tanto un autoconocimiento. Por otra parte, esta perspectiva interaccionista resalta el papel que las relaciones sociales tienen para la conformación de la identidad y subraya cómo la visión de uno mismo se adquiere a través de la definición que otros le aportan.

En el capítulo inicial, Modesto Escobar desarrolló una discusión teórica sobre el concepto de identidad en el marco del interaccionismo simbólico, que le

permitiera, posteriormente, enmarcar los resultados de su investigación, en la que a raíz de la codificación, tratamiento y análisis de 109 entrevistas-test pudieron resaltarse los siguientes rasgos en la autodefinición de los parados:

- bajo número de respuestas consensuales (pocas menciones específicas de rol-status);
- las referencias sociales más citadas por los parados son las relativas a la familia y al trabajo. Ambas, además, interrelacionadas;
- las respuestas más frecuentes son las referidas a cuestiones económico-prácticas;
- Una mayor referencia al futuro como orientación temporal;
- La identificación de los parados no es homogénea: los parados mayores de veinticinco años casados, con trabajo anterior y bajo nivel de estudios muestran un alto grado de respuestas grupales y laborales-familiares. Asimismo, encontramos un grupo diferenciado y mayoritario, más propenso a destacar referencias globales y enunciados actitudinales. Entre estos se encuentran los parados menores de treinta años, las mujeres, los solteros, los que han alcanzado niveles de estudio más elevados y los que viven en ciudades más grandes. Todas estas diferenciaciones llevaron al autor a concluir que las características sociodemográficas del parado influyen en su autodefinición.

Recientemente, con una orientación cercana a la política social, Felix Herrador (2002) ha explorado el problema del paro de larga duración en cuanto a su evolución, causas, instituciones implicadas en su gestión y medidas de política activa destinadas a paliar sus consecuencias. Herrador presenta una investigación documental, sin apoyo de material empírico, en la que se aborda este problema en el contexto actual de la globalización y de cambios en la política social. Los textos de la OCDE y de la OIT le sirven para caracterizar estos aspectos y para ubicar el desempleo de larga duración entre los problemas sociales de la actualidad. Su propuesta incluye algunas

líneas de actuación para resolver, en palabras del autor, este “complejo problema”. Entre otras se puedan distinguir las siguientes: promover una formación que potencie unos recursos humanos de calidad, vigilar el funcionamiento económico en los periodos de crisis, mejorar la eficacia de los servicios de empleo y, finalmente, conciliar flexibilidad laboral con protección social a los colectivos más desfavorecidos del paro de larga duración.

En el campo de la Sociología, además de las ya mencionadas al inicio de este epígrafe se han producido algunas investigaciones sobre desempleo juvenil, formación y políticas de empleo, generalmente basadas en algún marco territorial concreto -experiencias de Ayuntamientos o Comunidades Autónomas- que no han tenido una continuidad, ni han dado lugar a publicaciones relevantes o a investigaciones posteriores con intención de profundizar en los resultados. En todo caso, las monografías sociológicas basadas en una recogida de información a base de entrevistas u otras técnicas cualitativas y en un tratamiento exclusivo del tema del paro de larga duración²⁰ son muy escasas en España.

III.4.- Socio-demografía del paro de larga duración: investigaciones cuantitativas sobre la composición del colectivo y la incidencia de las variables socioeconómicas

Siempre intentando dar explicaciones relevantes a la cuestión del desempleo, muchas investigaciones han prestado atención a los aspectos sociodemográficos. La llegada al mercado de trabajo de colectivos numerosos de jóvenes, provenientes del *baby-boom*; de mujeres y de mano de obra inmigrante hace crecer la población activa y complica el acceso al empleo. Si bien esta explicación tiene muchos seguidores, conviene precisar que se le otorga un crédito mucho mayor del que se desprende de su fuerza explicativa. Incrementos semejantes de población en diferentes países no han repercutido

²⁰ Con puros efectos de inventario, ha de mencionarse el estudio de Violante Martínez Quintana (1999) sobre los desempleados adultos de larga duración, carente de la mínima creatividad y rigor requeridos a una investigación sociológica.

de forma simétrica en la tasa de paro: prácticamente toda Europa ha sufrido el mencionado *baby-boom* y otros procesos demográficos, en cambio, cada mercado de trabajo ha reaccionado de forma diferente. Ello conduce a pensar que, por sí solo, este análisis demográfico es insuficiente y es preciso completarlo con otras variables más. Los análisis econométricos permiten matizar y aportar concreción al muchas veces trivial argumento demográfico.

La determinación de los perfiles sociodemográficos de la población de parados y el análisis de los procesos que condicionaban sus entradas y salidas del paro ha despertado un gran interés entre las grandes organizaciones institucionales y los servicios de empleo. Desvelar las incógnitas que se encuentran tras estos procesos ha sido un objetivo prioritario para poder mantener un equilibrio financiero en las prestaciones y para planificar medidas dirigidas a los parados. Aunque en la división científica del trabajo, esta tarea la han cumplido, generalmente, los economistas pertrechados con su potente aparato econométrico, sus resultados son de gran interés para la Sociología. Las grandes encuestas sobre la actividad económica, las encuestas específicas, los estudios de panel y de seguimiento de los colectivos en paro y otros procedimientos permiten obtener valiosas informaciones sobre las características individuales de los parados -sexo, edad, estudios, empleos anteriores-; sobre los modos de entrada en el paro; sobre la duración y las posibles etapas dentro del periodo, sobre la influencia de determinados acontecimientos -como la percepción de un subsidio o el paso por medidas de políticas de empleo- e igualmente permiten conocer los modos de salida del paro y el paso al empleo o la inactividad, valorando el tipo de empleo conseguido, el salario, las condiciones de trabajo y el grado de precariedad.

Todos estos aspectos reclaman prestar una atención a los estudios que se han realizado en esta materia con el fin de extraer de ellos los datos más relevantes para la argumentación sociológica y para conseguir un perfil de la composición de los colectivos que pueblan el paro de larga duración.

La heterogeneidad de este tipo de paro es notable, los grupos que lo componen son diversos y las posibles estrategias, motivaciones y eventos que

caracterizan su periodo de paro son muy variados. Además, más que un mero dato económico, el paro actual es un fenómeno complejo, que está atravesado por numerosos factores institucionales y sociales que condicionan su regulación y sus resultados. En el capítulo anterior, dedicado a las teorías e investigaciones sociológicas, ya se ha avanzado en estas explicaciones. Ahora, es oportuno revisar algunas investigaciones marcadamente cuantitativas²¹ de las que extraer los resultados más significativos con objeto de incorporar estos elementos a la argumentación de esta tesis.

Una primera aproximación requiere caracterizar y jerarquizar las variables más importantes que conforman el paro de larga duración y con ello los colectivos que lo componen. Posteriormente, es importante completar este análisis estático con otro que permita describir trayectorias e itinerarios de los desempleados, modalidades de entrada y salida del paro. Aunque la carencia de fuentes de información para establecer estas trayectorias es notable, algunas encuestas de seguimiento de parados realizadas en Francia permiten un acercamiento bastante preciso. Todo ello servirá para presentar algunas tipologías propuestas por diferentes autores que se derivan de los análisis anteriores. Los trabajos franceses destacan sobre los españoles e italianos y serán prioritariamente citados aquí, con todo y salvando algunas particularidades del caso francés, son más las similitudes que las diferencias con las realidades italiana y española que componen esta desocupación mediterránea que se trata en esta tesis.

Basándose en la encuesta *Suivi des chômeurs*, Dominique Rouault-Galdo (1991) utilizó un análisis factorial para determinar las variables que más pesan en la orientación de los recorridos de los parados de larga duración. En primer lugar, la edad y el sexo figuraban en primer lugar entre una amplia gama que se ordenaban tras ellas. En un segundo lugar, se agrupaban tres variables con un fuerte peso: el nivel de estudios, la situación en el hogar y la antigüedad

²¹ Queda fuera del alcance de esta tesis profundizar sobre el caudal de teorías económicas dedicadas al desempleo. Una aproximación de conjunto se ha realizado en capítulo anterior, para conseguir un mayor matiz y detalle, pueden consultarse dos de las recopilaciones de textos capitales en el terreno del paro de larga duración: Benoît-Guilbot y Gallie (1992) y Bouillaquet y Guitton (1992).

en el paro. En tercer lugar, figuraban variables como la categoría profesional anterior, la nacionalidad, el tener o no derecho a prestaciones y el lugar de residencia. Finalmente, una serie de circunstancias personales podían incidir también, incluso con un alto grado de repercusión: la formación ocupacional y la participación en las medidas de empleo, los modos de búsqueda de empleo y el estado de salud. Como se puede comprender, las múltiples correlaciones de todas estas dimensiones dan idea de la complejidad de la cuestión y de la dificultad de trazar trayectorias y recorridos entre los parados.

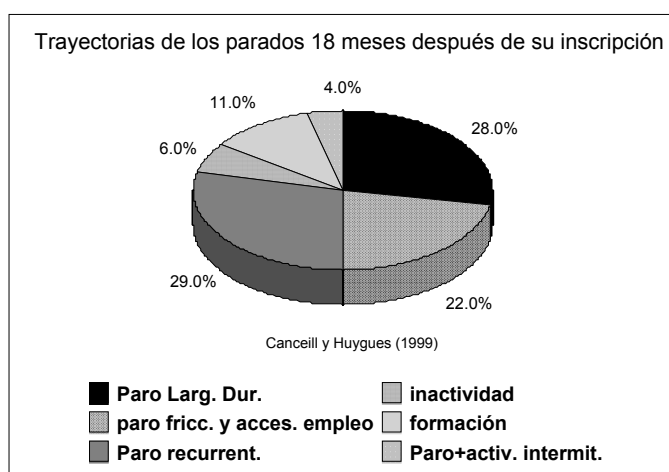
Para el caso español y basándose en un estudio econométrico con datos de la Encuesta de Población Activa (EPA), Luis Toharia (1992) determinó los factores que mejor definían la condición del desempleo prolongado. El primer factor era el sexo. En segundo lugar, la edad -los periodos más prolongados se acentuaban conforme avanzaba la edad de los afectados-. En tercer lugar, la formación. En cuarto lugar, el lugar respecto al cabeza de familia, las mujeres casadas activas incrementan sus posibilidades de convertirse en paradas de larga duración pues su búsqueda de empleo es menos intensa. En quinto lugar, encontramos la influencia del acceso a redes sociales, la antigüedad en el paro disminuye si existen ocupados en la familia del parado. Finalmente, la propia duración del periodo de paro influye en su prolongación: conforme aumenta la duración las probabilidades de salir del paro disminuyen.

Emilio Reyneri (1992) distinguía para el caso italiano tres grandes grupos que se emparentaban con los ejemplos francés y, sobre todo, español. La mitad de los parados de larga duración eran jóvenes buscadores de primer empleo, este era un paro de inserción que se suavizaba con la vida en la familia de origen. El segundo grupo lo componían las mujeres adultas y casadas y un tercer grupo, minoritario, resultaba ser el de los adultos que habían perdido su empleo anterior.

En un temprano estudio, Rachid Foudi (1987) identificaba ya la edad como el principal factor que agravaba la prolongación del desempleo en Francia. La cualificación y la falta de experiencia figuraban, igualmente, entre los

factores más influyentes. Jacques Freyssinet (1992), uno de los más acreditados especialistas en la cuestión, ha señalado que con la divulgación del paro de larga duración en el actual mercado de trabajo se hace imprescindible conocer los procesos dinámicos que afectan a estos parados, sus transiciones entre posiciones en relación con la actividad económica, sus salidas estables o precarias, su recurrencia en el paro, las situaciones de desánimo y los tránsitos forzados a la inactividad. Los estudios de trayectoria a través de encuestas de panel permiten obtener una imagen dinámica y examinar estos recorridos. Gelot y Michel (1991) han analizado la situación de los parados de larga duración franceses nueve meses después de su entrada en dicha condición. El 50% continuaban en una situación de paro, el 30% habían tenido una experiencia de empleo -generalmente contratos temporales-, un 6% habían accedido a un curso de formación ocupacional y un 11% habían pasado a la inactividad. La menor edad facilita los recorridos de inserción y el sexo los ralentiza. A pesar de que la coyuntura económica afecta considerablemente a este tipo de datos de panel, estos aportan una información relevante sobre la persistencia de las situaciones de paro.

Geneviève Canceill y Hervé Huygues Despointes (1999) han analizado las trayectorias de los desempleados franceses siguiendo la encuesta *Trajectoire*



des demandeurs d'emploi que ha observado los recorridos durante un año de 8.000 parados mediante tres encuestas sucesivas realizadas en ese periodo. Los autores confirman la gran heterogeneidad de los inscritos en las listas de los

servicios de empleo. Los recorridos que se verifican 18 meses después de la inscripción al paro pueden clasificarse en las seis trayectorias que ilustra el gráfico adjunto. La primera corresponde a quienes permanecen en la condición de parados de larga duración -un 29% del total-. En este grupo

tienen una representación por encima de la media las mujeres y los mayores de treinta años. Además conforme aumenta la duración del periodo de paro se acentúa el carácter agravante de estas variables. La biografía laboral anterior al periodo de paro también muestra rasgos particulares: los parados de larga duración han tenido previamente experiencias de paro y provienen, en mayor grado que en otras trayectorias, de la inactividad, asimismo su situación resulta de un despido tras haber tenido un contrato estable y prolongado. Por último, cabe señalar que todas estas circunstancias negativas se agravan por sucesos vitales -familias monoparentales o unipersonales- que repercuten sobre la biografía laboral.

La segunda trayectoria es la de paro friccional con acceso rápido a un empleo estable, que es seguida por un 22% de los parados. Globalmente, este grupo acoge a los parados más jóvenes, más cualificados, con predominancia masculina y con situaciones cercanas al empleo en el periodo precedente al paro. Las parejas con o sin hijos son la familia tipo de esta trayectoria.

La tercera y más numerosa trayectoria -29%- es la del paro recurrente, con una reinserción lenta en el empleo. Este grupo representa novedades importantes en el panorama laboral. Su recorrido se define por una reinserción lenta en el mercado de trabajo que no es definitiva -un tercio de todos los que han encontrado empleo en los doce primeros meses del periodo considerado, no permanecerá en el empleo seis meses más tarde y, simétricamente un tercio de los que están en paro en el mes 18 -al final del periodo-, había tenido empleo el mes 12. El seguimiento de la calidad de los empleos confirma una ligera mejora en estos y un progreso potencial en la inserción. Las características sociodemográficas de este grupo se acercan a la media de la cohorte.

La cuarta trayectoria es la del ingreso en la inactividad y afecta fundamentalmente a mujeres. La quinta -11%- agrupa los parados que han seguido un curso de formación o prácticas en empresas. Las observaciones de los autores acerca de los efectos de esta variable en términos de mejora de la empleabilidad no es muy optimista, solo uno de cada cinco parados en

formación consiguen empleo en el periodo, el resto retorna a la búsqueda. La sexta trayectoria -4%- concentra a quienes han realizado actividades laborales reducidas (menos de 78 horas mensuales, posibilidad que el servicio de empleo francés permite sin perder la condición de parado). Estas actividades, aunque no son de alta calidad, tienen la virtud de sacar del paro a quienes siguen este recorrido. Los trabajadores masculinos adultos son mayoría en este grupo. El estudio de Canceill y Huygues sobre trayectorias es un buen ejemplo para ilustrar la diversidad de los itinerarios de los parados de larga duración.

De los análisis anteriores emerge la idea de que los parados de larga duración afrontan con una empleabilidad menguada su acceso al mercado de trabajo. El sexo, la edad, el nivel de estudios, entre otras variables, hacen vulnerable al demandante de empleo en un escenario de competitividad por los puestos de trabajo. Pero además de estas variables que generan desigualdad frente al empleo, muchos autores otorgan una importancia a la propia duración del periodo de paro como condicionante de la persistencia del paro. La hipótesis de la 'cola del paro' (Salais, 1980) determina que la antigüedad del paro pesa negativamente sobre las oportunidades de encontrar un empleo. La llegada de nuevos parados puede convertir un hándicap en un auténtico factor de relegación sobre un mercado de trabajo altamente selectivo y competitivo.

Asimismo, de los análisis anteriores se deduce también que la heterogeneidad parece ser un rasgo distintivo del paro de larga duración. Didier Demazière señala cómo en esta categoría "se mezclan jóvenes recién salidos del sistema escolar, trabajadores adultos con una larga experiencia profesional, despedidos de grandes empresas por planes de reconversión, afectados por quiebras de pequeñas empresas, madres de familia que buscan incorporarse a la actividad, autodidactas que se han formado sobre el terreno, diplomados con cualificaciones obsoletas" (Demazière, 1995:36). La lista es amplia, pero hay cierto acuerdo entre los autores a la hora de elaborar tipologías capaces de simplificar esta heterogeneidad. Demazière habla de tres dinámicas típicas dentro del paro de larga duración: el paro de exclusión, el de recurrencia y el

de reconversión. El primero es el que refleja la forma tradicional del fenómeno de prolongación del paro, implica largos periodos de paro en edades avanzadas con un alejamiento progresivo del mundo del trabajo asalariado. En la actualidad, la crisis industrial ha agudizado los problemas de este paro de exclusión, ha abierto el arco de las edades afectadas y ha adelantado cronológicamente las dinámicas de exclusión profesional.

El segundo tipo es el paro de recurrencia o de inserción. Afecta mayoritariamente a los jóvenes y a las mujeres que intentan incorporarse al empleo. Los episodios de trabajos temporales breves combinados con periodos de paro y momentos de formación marcan a esta tipología, que, como su propio nombre indica, no debiera ser sino una antesala más o menos prolongada del empleo, pero no una situación crónica. Sin embargo, los últimos años han complicado esta transición pues sobre los grupos de edad joven y sobre las mujeres de mediana edad sin experiencia se ha acumulado una fuerte selectividad que ha provocado biografías marcadas por la normalización del paro prolongado.

El tercer tipo es el paro de reconversión. Recoge a desempleados que han perdido su empleo por crisis de las empresas y despidos de sus empleos hasta entonces estables. Se hallan en un lugar intermedio entre el paro de exclusión, que afecta al final de la carrera laboral y el de inserción. Podría decirse que han perdido su lugar en el mercado de trabajo: demasiado jóvenes para el retiro, demasiado viejos para la provisionalidad laboral propia de los jóvenes. Las políticas públicas se ven empujadas a buscar alternativas para este grupo al que no sirven las ideadas para las franjas de edad laboral extremas y al que su madurez convierte en poco atractivo para los empresarios.

Una de las preocupaciones centrales de los análisis de las trayectorias de los parados es el modo en que se sale de esa situación. En una revisión a fondo de la literatura existente, Emmanuèle Reynaud (1993) observó cómo reiteradamente existía una fuerte correlación entre la salida del paro y el inicio de trayectorias laborales inestables en el empleo. Seguramente, las

condiciones biográficas de los parados y su posición periférica en el mercado de trabajo sean las causantes de esta derivación hacia la precariedad, pero con todo, los vínculos probados entre salida del paro, trabajos temporales y paro recurrente obligan a no descuidar los posibles efectos de estigmatización que condenan a los débiles exparados a ocupar los mercados laborales segmentados. David Marsden (1992) encaja estos hechos en la hipótesis de la mencionada segmentación de los mercados de trabajo: “la precarización de ciertas categorías de empleo contribuye al fenómeno de entradas frecuentes en el paro y, dado que la precarización está concentrada en ciertas secciones de la mano de obra, provocaría una sucesión de empleos cortos seguidos de una sucesión de periodos de paro” (ibid. p.120).

Claude Seibel (1998) ha discutido acerca de la idoneidad de la propia definición estadística del paro de larga duración -contabilizado como aquel que supera los doce meses en el paro-. La multiplicación de los contratos temporales está desvirtuando el valor de este indicador estadístico: un periodo de paro prolongado, suspendido por un breve contrato y seguido de un reingreso en el paro pone a cero la antigüedad de ese parado, pero esto es enormemente engañoso. Una postura más longitudinal reclamaría idear nuevos indicadores. Seibel propone contemplar las posibles recurrencias en el paro y redefinir el paro de larga duración como la acumulación de doce meses sin empleo en los últimos dieciocho. De esta manera, las mencionadas conexiones entre flexibilidad y desempleo podrían medirse. No cabe duda que, así considerado, el aumento de la tasa de paro de larga duración sería un hecho seguro. Más recientemente, Denis Fougère (2000) ha explorado con series cronológicas largas, que captan el afianzamiento de la temporalidad en estos últimos años, los efectos de estigmatización de los malos empleos en la salida del paro. Dos conclusiones firmes se imponen: la trayectoria anterior al paro condiciona fuertemente la salida de este, y cuando la situación anterior era de contratos temporales, la salida del paro reitera esta temporalidad y reproduce la recurrencia: “paro recurrente y paro de larga duración aparecen así unidos por una relación de causalidad recíproca.” (ibid. p.247).

Más argumentos en esta línea han sido elaborados por Stéfan Lollivier (2000) para el caso de los grupos de edad joven. Mediante una encuesta reciente, analiza la situación de los jóvenes trabajadores con contratos temporales y sus experiencias de paro posteriores a estos contratos. Un 40% de los jóvenes estudiados encadena los trabajos sin recaídas en el paro. Pero entre el restante 60%, un 33% cuenta al menos una recaída y el 27% más de una. Lollivier comprueba que los periodos de desempleo crecen conforme es más alto el número de experiencias de paro. La fuerte rotación que sufren los jóvenes es también confirmada por la alta correlación entre los periodos cortos de paro y empleo que los datos de este estudio revelan. Lollivier identifica en ese 27% de jóvenes intensamente móviles el grupo que sufre en mayor medida los costes de un mercado secundario de trabajo de alta flexibilidad que abre una dinámica de paro-empleo que estigmatiza a los jóvenes que la sufren.

El desánimo y las salidas hacia la inactividad son otra de las preocupaciones de los análisis más cuantativos. Ya se ha hecho referencia al hecho de que ser mujer disminuye las oportunidades de salir del paro de larga duración. Si además a esa condición de mujer se le acompaña la de no disponer de experiencia laboral y de provenir de la inactividad, las probabilidades se ponen más en contra. Por añadidura, el hecho de estar casado es para los varones una situación ventajosa, en cambio, para las mujeres, y más aún con hijos, se torna en desventaja. Todas estas muestras de segregación laboral han llevado a examinar las mayoritarias transiciones hacia la inactividad de las mujeres (Coulange, Fougère y Linsken, 1999) y su sobrepresencia en el paro de muy larga duración -más de dos años- (Demazière, 1995).

Un último síntoma de los efectos estigmatizadores del paro de larga duración es la devaluación salarial de aquellos que encuentran un empleo tras un periodo de paro. Patrick Pommier y Nicolas Prokovas (1999) confirman este hecho observando cómo los salarios de los nuevos empleos encontrados son un 11% menores respecto a los que se tenían en empleos anteriores al periodo de paro. La mala calidad de los nuevos empleos -según los autores solo un tercio

de los mismos tienen una contratación indefinida, mientras que el resto presentan grados diversos de temporalidad- es la que determina esta desvalorización del salario de los exparados de larga duración.

IV. La construcción sociohistórica de la categoría de desempleo

IV.- La construcción sociohistórica de la categoría de desempleo

El alcoholismo, la falta de ocupación, la pereza, la guerra, el mal ejemplo, la ignorancia, la falta de educación en las familias, las novelas baratas, el tabaco, la insatisfacción, la falta de recursos, el vicio, el amor al nomadismo, la poca autoestima, los malos rasgos heredados, las limosnas indiscriminadas y la falsa caridad, la incompetencia profesional, la inmigración, el tipo de civilización, los bajos salarios, la sobrepoblación, las causas industriales, las huelgas, los expresidarios, la especialización del trabajo, la ausencia de casas para emigrantes, las deficiencias del sistema de educación pública, las habitaciones de alquiler, el sistema carcelario, la delincuencia, el temperamento agresivo, los chinos, el diablo. Es aquí donde encontramos las causas de la miseria y la falta de trabajo.

William Bull (1886) - XIIIª Conferencia Nacional de organizaciones caritativas - Minnesota - USA.

A juzgar por la cita que abre este capítulo, la variedad de causas que conducen a la exclusión profesional habrían existido siempre y siempre existirán. Estos males, algunos de ellos universales y atemporales, constituyen un repertorio que ha sido siempre utilizado por la mentalidad persecutoria mayoritaria para describir lo diferente, que se expulsa al exterior, al margen del sistema. La historia está así salpicada de figuras que potencialmente condensan estos miedos de las mayorías y que generan definiciones, estereotipos y 'chivos expiatorios' que sirven para aminorar el sentimiento de amenaza de las mayorías.

El paro ha sido y, también lo es hoy, uno de estos campos que despiertan sentimientos amenazantes y miedos a la desintegración del orden social y por lo tanto están sujetos a la acusación, a la persecución y a la creación de estereotipos y a la movilización social para cercar al enemigo y controlar lo que se sale de la norma. El parado defraudador, el parado vago, el parado peligroso no son los únicos demonios que pueblan las fantasías de los trabajadores -siempre atizadas, correspondientemente, por los poderes públicos-, pero constituyen una buena prueba del tipo de representaciones sociales que se mueven en torno al paro.

La pregunta sobre cómo ha llegado la categoría de paro a convertirse en un concepto operativo que permite definir estadística, administrativa y socialmente al colectivo de los sin empleo nos remite a la historia. La diversidad de las formas de paro que hoy observamos -juvenil, femenino, de larga duración, recurrente, de baja cualificación, etc.- nos habla del paro como un hecho eminentemente sociológico y por lo tanto anclado en la historia: El paro es así una categoría sociohistórica y susceptible, por ello, de un análisis en estos términos.

Esta tarea no es fácil porque el paro, tal y como lo conocemos hoy, es un concepto reciente que hay que encuadrar en la sociedad industrial y más concretamente a finales del XIX. En este modelo de civilización industrial, el trabajo asalariado es un principio de agregación social esencial y el paro, como ausencia de empleo asalariado, emerge en este marco. Sin embargo, no surge de la nada, al contrario es producto de complejos procesos y debates que desvelan vínculos con una historia larga, que no es otra que la de las franjas laborales marginales y de la miseria laboral previas a la industrialización. Estas evoluciones aportan al concepto de paro más reciente elementos que van más allá de la pura curiosidad histórica, aportan dimensiones constituyentes y fundamentales para entender la definición actual. Por ello, este capítulo repasará las huellas que en diferentes momentos históricos han dejado los sujetos sin trabajo, sus formas de vida características, las representaciones y los conflictos sociales provocados por esas situaciones y las respuestas que han sido dadas desde la acción social. El objetivo no es ahondar en una perspectiva histórica sistemática y exhaustiva, sino valernos de argumentos históricos para rastrear en el presente los reflejos de momentos anteriores. La reconstrucción histórica es un medio heurístico para la Sociología pues nos acerca a comprender por qué las cosas se presentan de una manera y no de otra.

Si, como se ha afirmado, el concepto de paro ha de ser relacionado con el de trabajo asalariado, cabe preguntarse entonces si es acertado proyectarlo a otros periodos históricos. Esta es una cuestión muy relevante ya que,

realmente, en otros periodos históricos el vínculo social no se fundaba en el trabajo asalariado, sino en el arte, la religión o la política. Sin embargo, parece también adecuado pensar que la supervivencia material, el sustento, la cultura de las necesidades materiales ocupaban un lugar central en la definición de posiciones sociales. John Garraty (1978) uno de los más prestigiosos historiadores del desempleo, resuelve el problema optando por una definición de paro amplia y genérica: "es la condición de encontrarse privado de medios para ganarse la vida de un modo socialmente aceptable" (Garraty, 1978: 21). Esto le permite argumentar, entre otras cosas, que la construcción de las pirámides en el antiguo Egipto puede ser entendida como una política para luchar contra el paro de los agricultores que se quedaban sin trabajo debido a las crecidas del Nilo. Así, las megalómanas construcciones de los faraones podían responder a estas políticas de obras públicas para combatir el desempleo estacional; o que, igualmente, sugiera que muchas colonias griegas fuesen fundadas para apaciguar a una población excedente sin medios de sustento; o, por citar un tercer ejemplo, reproduzca las palabras que Plutarco escribe sobre Pericles señalando cómo "emprendió vastos proyectos de edificación y propuso planes de trabajo, siendo su deseo y propósito que la multitud indisciplinada no se viese privada de su parte de renta pública, pero no concederla a aquellos que se quedaban sentados sin hacer nada" (ibid. p.25).

Estas lejanas referencias históricas propuestas por Garraty no son las únicas, ni tampoco es el único autor dispuesto a usar esta definición tan genérica de paro. Se ha hablado también de cómo en Roma se distribuían entre los parados crónicos y los subempleados alimentos o de cómo ya en la Edad Media proliferaron las legislaciones de encierro para los parados menores de sesenta años (cf. Fossier, 2000: 124). Si bien no resuelven la espinosa cuestión de las dificultades interpretativas que plantea la utilización del término paro en otros periodos históricos, todas estas referencias sí avalan el uso de la definición de paro centrada en la subsistencia material como base para indagar en el pasado. Además de esta definición, pueden utilizarse periodizaciones y

clasificaciones acordes con ésta, que permitan articular un análisis más ajustado a los procesos de privación económica.

En un reciente trabajo, Christophe Guitton (1998) ha propuesto una periodización histórica que permite analizar el paro enclavado en los procesos de cambio social, de forma que puedan ser exploradas las principales representaciones ideológicas del paro y del parado, los momentos centrales que jalonan su recorrido, el protagonismo de diferentes actores sociales, etc. Reiteramos que no se trata aquí de realizar un estudio histórico profundo de cada uno de los periodos sugeridos por Guitton, sino de emplear su periodización para avanzar en el propósito de este capítulo, que es esclarecer el origen de la categoría de paro y seguir su evolución hasta nuestros días.

Guitton investiga la génesis de las actuales políticas de inserción. Su tesis es que en ellas encontramos hoy el doble papel que el trabajo ha tenido durante mucho tiempo en las sociedades europeas: posibilitar el control social y mantener el orden económico. La vinculación entre la cuestión penal y la cuestión laboral constituye la matriz del orden social en las sociedades occidentales a lo largo de la industrialización y llega hasta la actualidad²². La crónica que este autor realiza recorre cinco grandes periodos caracterizados cada uno de ellos por una orientación propia en la concepción del trabajo y en el tratamiento de su carencia. Estas orientaciones actúan por acumulación, no son excluyentes ni exclusivas, sino que se observa, como no podía ser de otra manera, una continuidad en el transcurso de los periodos y una pervivencia de actitudes, representaciones, tratamientos y dispositivos que se van sedimentando con el paso del tiempo. La prioridad de este capítulo es aprovechar el registro histórico para trazar las continuidades temporales y resaltar los elementos que ayuden a definir los contornos de la figura de parado tal y como se ha ido constituyendo hasta hoy.

²² Esta tesis encuentra muchas reminiscencias en el tratamiento del orden público, el trabajo y el castigo en los planteamientos de Foucault (1976), Melossi y Pavarini, (1980). Encontramos para el caso español una buena referencia en Trinidad (1991).

El binomio paro-trabajo a lo largo de la historia. Una propuesta de periodización (Guitton, 1998)

<u>Cronología</u>	<u>Orientación del periodo</u>
I.- Periodo anterior a 1789	Obligación al trabajo
II.-1789-1871	Corrección por el trabajo
III.-1871-1914	Asistencia al trabajo
IV.-1914-1980	Readaptación por el trabajo
V.- 1980....	Inserción por el trabajo

Los periodos indicados -fase prerrevolucionaria, Revolución y Segunda República, Tercera República, periodo de entreguerras y “Treinta Gloriosos”, para llegar, finalmente a nuestros días- tienen sobre todo una mayor valor histórico y a la vez una mayor carga simbólica para la sociedad francesa dada la nacionalidad del autor; pero su validez, en cuanto a la coincidencia de las orientaciones, es compartida y validada por otros autores (Merle, 1987; Castel, 1995) y ampliable, en líneas generales, al resto de países occidentales. La evolución histórica de España hace que, en determinados periodos, tenga un papel de liderazgo por su posición política y económica internacional en la creación de las orientaciones referidas en el cuadro. En otros periodos de declive de su papel histórico se ajusta más a remolque de las naciones más poderosas del momento.

IV.1.-Periodo anterior a 1789: La obligación al trabajo

La copiosa historiografía sobre la pobreza en la Europa Medieval y Moderna (Mollat, 1983; Lis y Soly, 1986; Himmelfarb, 1988; Geremek, 1989 y 1991; Woolf, 1989) facilita la síntesis de los rasgos principales que caracterizan las relaciones entre el trabajo y el orden social en el largo periodo del *Ancien Régime*. El expresivo título de la obra hoy ya clásica de Bronislaw Geremek (1989): *La piedad y la horca*, recoge las dos ideas básicas que estructuran las concepciones medievales. En primer lugar, una extensa presencia de la religión, que determina una economía de la salvación donde cada estamento social tiene su lugar. El monopolio espiritual de la Iglesia se concreta en una presencia casi única en la gestión de la beneficencia hasta el siglo XI y en la administración del deber general de la misericordia y la salvación. Así lo

aclara Geremek: “El imperativo de la misericordia se refería al comportamiento individual del cristiano en la vida temporal; pero al mismo tiempo convertía a la institución eclesial en distribuidor colectivo de la disponibilidad cristiana, además de representante de los intereses de los pobres” (Geremek, 1989). La santificación de la pobreza no hacía otra cosa que justificar y perpetuar el *status quo* de la estratificación social medieval. Los pobres quedaban enclavados siempre por debajo de la subsistencia más básica en una sociedad donde la pobreza se consideraba como una condición de vida normal y la limosna un medio de vida habitual. Las abadías de muchas órdenes religiosas contaban con un dispensario de caridad, donde los días festivos era repartido el pan; una enfermería, donde eran atendidos inválidos y enfermos y un albergue que ofrecía hospedaje temporal a peregrinos, mendicantes y una variada población flotante que poblaba los caminos. Con estos presupuestos no es extraño que la historia de la acción social en todo Occidente haya estado plagada de referencias a las instituciones eclesiales y que las pervivencias lleguen incluso frescas hasta hoy.

En segundo lugar, junto al juicio positivo que la pobreza espiritual puede llevar aparejado, la miseria material sufrida representaba una segunda cara menos inmaculada, sobre ella recaía un veredicto social negativo: Quien era mísero, era inferior y si era joven y fuerte debía sobrevivir ganando el pan con el sudor de su frente, sin pedir limosna. La distinción entre pobres honestos y deshonestos; inválidos y válidos; viejos y jóvenes; vergonzantes y desvergonzados es una división que va tomando fuerza conforme transcurre la Edad Media y que acaba teniendo un carácter intemporal, siempre presente en las discusiones sobre el tratamiento de la pobreza. Los inválidos, enfermos, ancianos, huérfanos son merecedores de asistencia al no ser aptos para el trabajo. Robert Castel habla en este sentido de la “*hándicapologie*”. Frente a este grupo de los inválidos, encontramos los indigentes válidos, que son capaces de trabajar; pero no lo hacen. Esta figura y el juicio moral que la acompaña resultan ser el argumento básico que conduce a la obligación al trabajo y a la represión de los vagabundos. En expresión de John Garraty (1979), el “Leviathan” sustituye al “buen samaritano”.

La historia de la represión y el control de los pobres válidos es desbordante. A partir del siglo XIV, La pereza, el libertinaje, el engaño, la embriaguez se vinculan decididamente con los vagabundos y triunfa la respuesta represiva. Como confirman Lis y Soly (1986), desde 1300, los nuevos ricos de las ciudades mostraban su preocupación por los pobres que provenían del campo y que podían difundir enfermedades o causar problemas al no tener ocupación. Los *Burgenses* sentían aversión por estos forasteros anónimos desarraigados, sin vínculos territoriales y que ponían en peligro el orden social. Las leyes de obligación al trabajo, que salpican durante todo el siglo XIV las grandes ciudades europeas, abren el camino a estas demostraciones contra el peligro del vagabundo, que tendrían luego continuidad en los siglos siguientes con la legislación represiva y las políticas de reclusión: desde el “gran encierro” del *Hôpital général* en Francia, a la formación de *ghettos* en Roma, del *bridewell* en Londres, que luego sería el modelo de las *workhouses* o los hospicios en Valladolid y en otros municipios españoles. Las leyes sobre los pobres propiciaban lo que Geremek (1991) ha calificado como domesticación de la miseria e incluían, sistemáticamente: el registro y el censo de los asistidos; la expulsión de los vagabundos; la obligación al trabajo de los pobres válidos; trabajos de utilidad pública y condenas severas en caso de reincidencia (deportación, azotes, galeras y reclusión); la fijación de los criterios para obtener la asistencia y la provisión de fondos, lo que hoy llamaríamos financiación.

A pesar de la firmeza de estas medidas, muchos autores señalan la existencia de lo que podríamos considerar actitudes más preventivas o menos punitivas del vagabundeo y políticas rudimentarias de empleo. Así Garraty (1979) señala como “los huérfanos y los hijos de los pobres eran ingresados en instituciones donde se les enseñaba a leer y escribir y todos los buenos hábitos que han de aprender los jóvenes, y tras un breve periodo de preparación profesional, se les orientaba hacia el aprendizaje o al servicio doméstico. [...] Las autoridades municipales hacían todo lo posible por poner en marcha industrias que pudieran absorber a estos jóvenes”. Estas medidas de formación profesional se alternan con los trabajos públicos para fortificar las ciudades o

construir puentes. Incluso en el propio *Hôpital général*, junto a las téticas descripciones que conocemos de la vida de encierro, Castel comenta cómo el trabajo forzado era interrumpido por oraciones incesantes y el aprendizaje del orden y la regularidad se convertían en buenas recetas de una “pedagogía enérgica”. Pedagogía que se proyectará en el tiempo en buena parte de las intervenciones dirigidas a los colectivos vulnerables o sin empleo a los que se intentará “salvar”, integrar, formar y a la vez obligar, o desconfiar de ellos por defraudadores o vagos. Estas iniciativas evidencian las ambivalencias entre asistencia y represión que presiden este periodo y que responden a la doble cara de las actitudes - compasión y escarmiento- que se alternan hacia la pobreza en esa época y que Castel denomina la “gran contradicción” de la asistencia.

Lis y Soly han establecido cómo la estructura de la propiedad agraria en la Alta Edad Media es responsable de la aparición de una enorme fragmentación en la posesión de la tierra; de una diversificación de la estructura social, con la aparición de nuevos grupos sociales como los pequeños propietarios campesinos y de la ampliación progresiva de una población flotante sin propiedades que trabajaba para los propietarios más ricos. Esta estructura propiciaba la indigencia de gran parte de la población como fenómeno endémico. Otros autores coinciden con estos argumentos. Geremek habla de desclasamiento social; de proceso progresivo de depauperación; de formación de un proletariado rural muy sensible a las crisis demográficas de sobrepoblación o a las depresiones económicas. Por su parte, Castel explica cómo los pobres vergonzantes son producto de procesos de movilidad descendente y los vagabundos son el antecedente de los parados involuntarios, debido a los desajustes en la oferta/demanda de trabajo propios de estas formas embrionarias de la sociedad salarial. Castel indica que la mayor parte de los vagabundos tenían oficio; pero la vulnerabilidad les conducía a buscar trabajo en otros lugares y a seguir los movimientos de las estaciones. Así describe el universo de la precariedad y la vulnerabilidad en el antiguo régimen, propagadoras del pánico moral que provocaba la figura del vagabundo: “La verdadera unidad de análisis sería este conjunto flotante en

el que la criminalidad representa la franja extrema, alimentada por la zona vaga del vagabundeo, a su vez nutrido por una zona de vulnerabilidad más amplia, generada por la precariedad de las relaciones de trabajo y la fragilidad de los vínculos sociales” (Castel, 1995).

La edad dorada de los procesos sociales que acabamos de exponer se produce en el siglo XIII-XIV; pero, rastreando la “odisea del régimen salarial”, Castel prolonga su existencia hasta el siglo XVIII y describe la complejidad de la condición salarial medieval conectándola con la cuestión social hasta nuestros días. En su recorrido, nos lleva más allá de la mera descripción y nos deja adivinar dinámicas que sirven de precedente a formas de precariedad y vulnerabilidad recientes. La clasificación que realiza de la condición salarial medieval es, a este respecto, enormemente ilustrativa. Los núcleos del sistema laboral de la época se componían de:

- 1.- Maestros
- 2.- *Compagnon*: trabajadores de oficio, la aristocracia obrera estable
- 3.- Maestros arruinados que obraban para un tercero, generalmente un mercader
- 4.-Maestros o *compagnons* foráneos
- 5.-Domésticos y servidores
- 6.-Trabajadores de servicios, empleados no cualificados, empleados judiciales, escasos y no bien retribuidos
- 7.-Peones que no pasaban por el aprendizaje: obreros de la construcción, cargadores, mozos de cuerda, transportistas, que trabajan a jornal, braceros y mercenarios que alquilan su trabajo. Muy numerosos y mal considerados: “la hez, la canalla, el populacho”
- 8.- Domésticos rurales y braceros rurales
- 9.-Pequeños propietarios granjeros rurales con recursos insuficientes que les obligan a completar con trabajos artesanales
- 10.-“Campesinos obreros” y “obreros campesinos”, que trabajan en minas, fraguas, pequeñas industrias rurales como forma de completar recursos
- 11.-Trabajadores estacionales y regionales, cercanos al vagabundeo
- 12.-Proletariado naciente, sin otra posibilidad que el empleo muy inestable en las primeras fábricas, las entonces llamadas “*Satanic Mills*” (Castel, 1995)

La centralidad del sistema gremial en las ciudades y la extensión de un artesanado rural, que favorecía al capitalismo comercial a través del *putting-out-system*, impidieron durante largo tiempo la formación del capitalismo industrial y de un mercado de trabajo libre, que marcarían las principales líneas de transformación en la sociedad industrial²³. La fase inicial de ésta coincide, a grandes rasgos, con el segundo periodo de la temporalización de Guitton que estamos utilizando para recorrer la historia de la categoría de parado.

IV.2.- 1789-1871: La corrección por el trabajo

Mediante la historia social del trabajo y de la sociología histórica²⁴, conocemos con detalle las condiciones en las que se configura la relación salarial moderna durante la industrialización. La irrupción de ésta descompuso las formas preindustriales de organización del trabajo, basadas en la estructura gremial y en el tejido territorial; pero no trajo consigo soluciones consistentes a la miseria de masas que había caracterizado a las sociedades europeas en el largo periodo anterior comprendido entre los siglos XIV-XVIII. La industrialización y sus momentos inmediatamente precedentes aportaron cambios determinantes en el crecimiento económico, en la concepción del trabajo y en las ideas políticas; pero puede también decirse que empeoraron y fragilizaron la situación de los grupos sociales más humildes y ligados al trabajo. En conjunto, la vulnerabilidad y la heterogeneidad laboral son rasgos presentes e inamovibles en el periodo inaugural de la industrialización. Como señala Eric Lecerf (1992), el pobre de los tiempos modernos estaba llamado a ser el prisionero de un sistema artificial y complejo ligado al mercado y al trabajo libre, en los cuales la garantía de la existencia se convierte en una cuestión estrictamente privada.

²³ Las dinámicas de la protoindustrialización, con sus complejas relaciones entre los ámbitos rural-urbano, las dependencias entre las clases sociales y la organización del trabajo puede seguirse en Kriedte, Medick y Schlumbohm, (1986)

²⁴ Existe una vasta bibliografía sobre el despegue de la revolución industrial y los cambios en la estructura social y económica en los países europeos, las referencias que aquí se han seguido más de cerca son: Thompson (1989); Hobsbawm, (1987 y 1989); Marglin (1987); Arrighi, (1999); Castel (1995)

En este escenario de nuevas ideas económicas, poco fue lo que cambió en el terreno de lo social. El pauperismo y las “clases peligrosas” ligadas a las clases laboriosas continuaron siendo problemas centrales en el XIX. Las soluciones dadas en esos primeros momentos al conflicto social generado por el sistema industrial distan poco de la represión, control y disciplina que en siglos anteriores habían caracterizado el tratamiento de la pobreza y de la mendicidad. Las imágenes terribles del trabajo forzado en la *workhouse*, en los *Dépôt de mendicité*, que relata y describe Foucault (1976, 1990) o la extensa gama de tétricas instituciones que enumera Geremek no desaparecen, como es el caso de los reformatorios holandeses *Rasphaus* - “donde si un pobre se negaba a trabajar era recluido en un sótano que poco a poco se llenaba de agua. El recluso para salvarse de morir ahogado debía bombear sin descanso agua del local” (Geremek, 1989).

El clima de sospecha, hostilidad y represión persiste durante las primeras décadas del XIX. Incluso cabría mantener que el programa del trabajo coercitivo, se llevo a cabo con más vigor en las zonas más aventajadas en cuanto al desarrollo económico, donde el espíritu de la corrección por el trabajo confluyó con las necesidades del desarrollo industrial. Si atendemos al propio Geremek, observamos cómo muchas de esas casas de trabajo y otras de las pavorosas instituciones mencionadas fueron cedidas en régimen de contrata a empresarios. Este dato ilustra bien uno de los cambios que sí se produjeron en el tránsito de las concepciones de la pobreza preindustriales a las industriales: La explicación científico-social de la pobreza se desplaza de la moral a la economía. Así se entiende mejor cómo la corrección por el trabajo en las modernas instituciones disciplinarias se conjuga bien con el nacimiento de la fábrica, cuya organización, reglamento interno, normas disciplinarias, e incluso la estética arquitectónica, mantienen tantos rasgos en común con el modelo disciplinario. El cinismo de la siguiente observación de Mandeville condensa bien el espíritu de la época: “en una nación libre, en la cual no se admite la esclavitud, el tesoro más seguro es la gran masa de los pobres en el trabajo” (citado en Geremek, 1989).

La nueva interpretación económica de la pobreza está representada por los planteamientos liberales de la Economía Política Clásica. En el largo periodo de gestación de las categorías económicas actuales, las ideas de producción, riqueza y trabajo van cobrando forma y convirtiéndose en pilares centrales del proyecto burgués de sociedad. La contribución de Adam Smith a esta doctrina económica es la de vincular la idea de riqueza a la de producción y ésta a la de trabajo productivo como principio motor de la sociedad, como esencia subjetiva de la riqueza y como medida de valor. Más que por el paro, el “padre de la economía política clásica” estaba preocupado por el trabajo y por la riqueza. La situación de empleo pleno de la mano de obra se planteaba, con salarios aceptables, como algo natural y el paro sólo podía ser debido a la incompetencia, la invalidez o la negligencia. La ley de la oferta y la demanda le convertían en un fenómeno marginal.

Compartiendo muchos de los presupuestos de Smith y también, en parte, su desatención a la cuestión de la falta de trabajo, David Ricardo y Robert Malthus sí hacen algunas referencias concretas a la cuestión. Ambos están muy en contra de las leyes de pobres²⁵ que se promulgan en el último tercio del XVIII en Inglaterra y que están destinadas a combatir la pobreza de los “hombres industrioses” y de sus familias. El primero, Ricardo, porque podían alterar el mecanismo natural de los salarios y el *laissez faire*, y el segundo, Malthus, porque podían animar a los obreros a tener más hijos e incrementar aún más su situación de pobreza. Con sus argumentos demográficos, este último autor naturalizó la miseria de los pobres exculpando al funcionamiento de la economía de las causas de la penuria y culpabilizando a las propias víctimas de su mal. Para Malthus y muchos moralistas de su época, la culpa de la pobreza sólo cabía atribuírsela a los pobres, ellos eran los árbitros de su propio destino. Un pequeño texto de la época, recogido por Lys y Soly (1986) ilustra bien esta mentalidad moralista liberal: “La principal causa de la pobreza es la falta de moderación. Es necesario mejorar el nivel de las clases

²⁵ Aunque no realiza un estudio detallado del ascenso y caída de las leyes de pobres en Inglaterra, Polanyi (1989) les concede un lugar central entre los episodios que propulsan la “Gran Transformación” del credo liberal.

humildes, imponiendo dignidad, amor por la familia, paciencia ante la adversidad y sobriedad ante cualquier circunstancia; de este modo podremos levantar un dique que nos proteja contra las violencias cotidianas de la miseria". El proyecto de corrección por el trabajo sienta sus bases en este moralismo, que se convierte en una hipócrita respuesta dirigida a ocultar las causas reales del pauperismo y la vulnerabilidad de masas que la ideología del progreso y de la economía parecían ignorar. "La guerra de la burguesía contra la subsistencia no obtuvo una victoria sino cuando le *bas peuple* fue transformado en "honesta clase trabajadora" (Illich, 1981).

Los vínculos entre pauperismo y moralización fueron definiendo el estereotipo burgués de las clases peligrosas, donde los límites entre la depravación moral, el crimen y el trabajo se hacían borrosos. Estos vínculos no eran una creación original de la burguesía de la época²⁶, los bajos fondos han ocupado con facilidad un lugar destacado en la historia de la leyenda negra. La filantropía y su programa de moralización avanzó ligada a la formación de las categorías del pensamiento económico y fue una de las estrategias de respuesta de las clases dominantes al problema del pauperismo. Incesantemente, a lo largo del XIX, la moralización se extendería al proletariado industrial y hasta en estos tiempos que corren, los más firmes defensores de la desaparición de las clases sociales continúan luciendo un profundo racismo de clase, residuo de este elitismo antiobrero que se ha señalado.

De vagos que no contribuyen al bienestar y al orden social a derrochadores de la riqueza de la nación. Con este cambio de representaciones hacia el trabajo libre, convirtiéndolo en finalidad de la existencia, era fácil identificar el encontrarse en paro con el fin de la existencia, esto es con la muerte. Las designaciones que Eric Lecerf (1992) recoge acerca de la pobreza en el XIX denotan bien quién la sufre, quién la causa y cómo es vivida: "*les squelettes de la famine*", "*la famine de l'industrie*", "*les affamés du chômage*". De hecho, como ilustra el propio Lecerf, la rudimentaria estadística para

²⁶ Un estudio sobre el papel de la marginalidad en la historia se encuentra en Schmitt (1980). Algunos bosquejos selectos sobre el tema en Foucault (1990). La sordidez en la vida cotidiana de nómadas, errantes y vagabundos medievales en Camporesi (1985).

contabilizar a los parados de la época había sido realizada siguiendo, precisamente, el modelo de la estadística de mortalidad.

A mediados del XIX, los problemas de legitimación y de integración del sistema alcanzan un momento crucial. Por un lado, el optimismo liberal y todo su edificio, basado en el derecho de propiedad entendido como libertad y en el trabajo libre como garantía de subsistencia, se presentaba cada menos justificado a la vista del incremento continuo del pauperismo. Por otro, los ideales de la revolución -sobre todo la igualdad- habían sido desvirtuados, siendo aprovechados por los sectores de la burguesía financiera para extender los derechos de libertad económica y recortar los derechos de libertad política. Algunos de los más radicales artífices de la revolución expresaban ya entonces sus temores de que ésta pudiera sólo servir para sustituir la aristocracia de los nobles por la aristocracia del dinero. Estos recelos se fueron concretando en la primera mitad del XIX.

En 1848, la insostenibilidad de la cuestión social provocó una oleada de revueltas que comenzó en Francia y se expandió a buena parte de Europa. El aspecto que aquí puede destacarse de estos acontecimientos, por su particular interés en nuestra argumentación, es la cuestión del derecho al trabajo, planteada por Louis Blanc en plena agitación revolucionaria y concretada con la apertura de los *Ateliers Nationaux* en el mes de febrero de 1848²⁷. La escasa duración de este episodio no resta interés a la discusión que se encontraba detrás y que reverdecía el ideal de igualdad planteado por el ala más radical de la Asamblea Constituyente en 1789. Los insurrectos reclamaban al Estado la constitución de derechos positivos ligados al trabajo y a la asistencia. Su análisis del pauperismo destacaba cómo éste provenía de un mal funcionamiento de la economía y de la falta de trabajo, lo que imponía una reforma capaz de modificar las relaciones entre capital y trabajo. Esta explicación social de la existencia de pobreza y desigualdades se aleja de las interpretaciones liberales individualizantes y ambas configuran

²⁷ La importancia simbólica de los sucesos de 1848 y del periodo comprendido entre la Primera y la Segunda República en Francia para interpretar la cuestión social es puesta de relieve por Procacci (1993)

la polaridad de las posturas en torno al problema de la cuestión social y de la asistencia hasta finales del XIX.

El cierre sangriento de los sucesos de 1848 deja claro que cualquier socialización de la cuestión social no pasaba, desde luego, por la socialización de la producción y de los beneficios. El derecho al trabajo es un derecho imposible de llevar a la práctica sin chocar con el derecho de propiedad, estandarte de la dominante ideología liberal y del capital industrial y financiero triunfantes. Tocqueville o Thiers representan bien las posturas de la reacción liberal: el derecho al trabajo es un anti-derecho, conduce al comunismo, pues el Estado se convierte en empresario o al reglamentismo rígido de precios y salarios, lo cual es nefasto para el mercado y la eficacia económica. Es preciso dissociar el derecho y la moral, la asistencia sólo puede ser un deber moral, no un derecho.

Son muchos los autores que han señalado cómo a raíz de los episodios del 1848, de la polarización de las posturas liberales y “socialistas” y del recrudecimiento de la pauperización, se inaugura un nuevo estilo de mediación del Estado que trata de ofrecer una vía intermedia entre el moralismo filantrópico y la propiedad privada por una parte y el comunismo de la asociación obrera y la propiedad colectiva por otra. Robert Castel (1995) habla de “propiedad social” al referirse al lugar de mediación del Estado entre el *laissez faire* y la revuelta obrera. Jacques Donzelot (1984) ha calificado este mismo proceso como la “invención de lo social”, que abre un nuevo campo autónomo entre lo civil y lo político, en el cual primarán las ideas de solidaridad, como fundamento de la intervención del Estado, y de negociación, como nuevo paradigma de la vida social. La promoción de “lo social” aporta un nuevo lenguaje en el que el Estado ha de promover la reducción de los riesgos de todos y aumentar las oportunidades de cada uno, evacuando el antagonismo originario entre derecho al trabajo y derecho a la propiedad. Giovanna Procacci (1994) y François Ewald (1986) -descifrando *L'État providence*- han coincidido al afirmar que en la nueva red de obligaciones sociales que se teje con posterioridad a 1848, la discusión sobre

la socialización de la propiedad privada cede su lugar a la socialización del riesgo y la responsabilidad, que se desarrollarán mediante la lógica de los Seguros, que intentan mitigar los antagonismos sociales presentes en el seno de la cuestión social y que sientan las bases del sistema institucional moderno de servicios sociales. En definitiva, cambiar las formas de lo social sin realizar transformaciones de la estructura, esta fue la salida a las transformaciones revolucionarias de mitad de siglo, que se divulgó por toda Europa, con una gran variedad en los diferentes países, a lo largo de la segunda mitad del XIX.

Este nuevo papel del Estado abre las puertas a nuevas posturas políticas reformistas, racionalizadoras y pragmáticas, que, como veremos más adelante, tanta importancia tendrían para el desarrollo posterior de la definición y el tratamiento del paro. Nuevas doctrinas económicas, que sin romper el predominio de los planteamientos liberales, ponen el énfasis en la economía social. Igualmente, nuevas discusiones jurídicas y nuevos saberes personificados en las nacientes ciencias sociales, en las que se reformulan y surgen nuevos conceptos vinculados a la acción del Estado, como el de servicio público, el de solidarismo o el desarrollo del Derecho Social. La organización del Estado se dota progresivamente de un cuerpo de expertos que buscará el justo medio en nombre del gobierno de lo técnico. Todos estos aspectos²⁸ sientan las bases del inmediato desarrollo posterior de los Seguros Sociales y de las transformaciones en la definición de la pobreza y el desempleo a partir de la década de 1880.

El papel del movimiento obrero y las condiciones de vida de los trabajadores ocupan un lugar de importancia particular para seguir las dinámicas a las que nos estamos refiriendo. En este sentido, no puede dejar de mencionarse el papel que cumplen las asociaciones de socorro mutuo organizadas por los obreros en torno a la mitad del siglo con la finalidad de afrontar periodos de penuria. Las *friendly societies* en Inglaterra, las *mutuelles* en Francia o las

²⁸ Para una mayor profundización en ellos pueden consultarse un buen número de estudios que coinciden en ubicar en esa segunda mitad del XIX la génesis de los procesos que en esta tesis se analizan: Ewald (1986); Donzelot (1984); Merrien (1994); Freedon (1994); Zoll (1998).

Vereine für gegenseitige Hilfe alemanas constituyen las primeras formas concretas e instituidas de solidaridad social. Estructuradas en su mayoría según el modelo de seguro voluntario, fueron un apoyo organizativo clave para las formas más tempranas de previsión nacional basadas precisamente en la voluntariedad de la aportación. Con todo, su divulgación fue muy reducida pues en ocasiones actuaban en un marco territorial muy restringido con el objetivo de controlar los salarios en momentos de crisis y conseguir que estos no descendiesen a causa de la escasez de trabajo. Por otra parte, y este es un elemento importante, a la vez que unían a determinados grupos de trabajadores, también contribuían a la segmentación respecto a otros. Las divisiones eran a veces políticas o de concepción; pero en otras ocasiones venían causadas por la imposibilidad de la gran masa de trabajadores de hacer cualquier esfuerzo de previsión debido a los exiguos salarios.

Las condiciones de vida de los trabajadores en torno a mitad del XIX han quedado bien descritas por los estudiosos de la época. La mayoría de los obreros vivían en la penuria, en continuo riesgo y en el borde de la frontera entre el proletario y el "pauper". Las posibilidades de movilidad y de elección de la ocupación eran escasas y Engels comparaba su situación con el régimen esclavista. Además de las jornadas inacabables, de la disciplina de fábrica y del trabajo de las mujeres y de los niños, otros dos problemas atraían la atención particularmente. El primero se refiere a la cuestión de la vivienda urbana²⁹, donde consideraciones de índole moral, higiénicas y de orden público convertían este problema en un foco de atención de muchos tratadistas del momento, porque además, los barrios constituían el núcleo de la solidaridad obrera que había que controlar. El segundo está relacionado con la inestabilidad laboral. La presencia de una gran irregularidad en los ingresos y en el empleo era mayoritaria y para buena parte de la población obrera el paro y la enfermedad podían agravar la enorme vulnerabilidad sufrida. La existencia de una población flotante de obreros y la persistencia del

²⁹ Excelentes descripciones del problema del chabolismo, de las epidemias, de las mafias de arrendatarios, de los tugurios y de la vida cotidiana en los distritos populares de las ciudades pueden encontrarse en Butler y Noisette (1983); Perrot (1991).

trabajador ambulante de oficio nos indican cómo el trabajo industrial por cuenta ajena estable no comenzaría a crecer significativamente sino a finales del XIX.

La percepción de Marx acerca del ejército industrial de reserva es una buena prueba de cómo la irregularidad laboral acompañada por una alta rotación quedaban explícitas. La presencia de grandes cantidades de trabajadores ocasionales era un combustible esencial para el desarrollo del capitalismo y el paro resultaba ser una fuerza de movilización y dinamización del sistema. En su esfuerzo por describir los vínculos entre el pauperismo y la acumulación capitalista, realiza una clasificación que nos acerca a la inestabilidad soportada por los trabajadores de la época. Marx identifica los siguientes grupos susceptibles de engrosar el ejército industrial de reserva:

- Sobrepoblación relativa flotante, compuesta por los obreros sobrantes de las industrias, su problemática consiste en situaciones de paro coyuntural debido a crisis o cambios de empleo;
- Sobrepoblación relativa latente, formada por trabajadores rurales dispuestos a convertirse en mano de obra urbana;
- Sobrepoblación relativa estancada, integrada por obreros expulsados de sectores en reconversión, parados por causas tecnológicas y trabajadores ocasionales en situación de gran precariedad;
- “Infierno del pauperismo”, donde se incluyen grupos altamente desarraigados susceptibles de realizar trabajos ocasionales muy descualificados. La expresividad del rótulo empleado por Marx nos hace pensar en la pervivencia de ese amplio colectivo de nómadas, mendigos, vagabundos.

Además de desvelar las relaciones entre la gestión de la mano de obra y el funcionamiento del capitalismo, esta clasificación nos habla de las segmentaciones en el seno de los trabajadores, desde los más estables a los más irregulares. El lumpenproletariado, formado, entre otros, por estas últimas franjas de irregularidad, fue objeto de atención para Marx y muchos

otros sindicalistas de la época, que condenaban a este colectivo por resignado y contrarrevolucionario y consideraban a los parados como verdugos de los trabajadores más competentes e instruidos al estar dispuestos a trabajar por bajos salarios. Una auténtica regresión para la clase obrera. *L'armée des sans travail*, que Engels consideraba como un arma poderosa en manos de la burguesía contra los trabajadores, estaba destinada a convertirse en el epicentro de los cambios de la cuestión social.

IV.3.- 1871-1914: la asistencia al trabajo

IV.3.1.- la presencia inquietante de los *sans travail*

El último tercio del XIX es un periodo de ralentización del crecimiento económico que caracterizó el periodo de madurez de la primera revolución industrial, alcanzado en torno a 1860. Las tres décadas finales del siglo están salpicadas por episodios de crisis económica que se reproducen en todos los ámbitos de la economía, desde las finanzas a las crisis agrarias y a las consiguientes carestías en las ciudades. Se trata de un periodo de cambios en el paradigma de la industrialización, que tiene como base la crisis de la forma energética que había acompañado al primer empuje industrializador -el carbón-, paulatinamente reemplazada por innovaciones como la electricidad o el motor de explosión. Como veremos, las transformaciones no se reducen sólo al ámbito tecnológico, otras esferas económicas, científicas y sociales están también involucradas en los cambios de este final de siglo³⁰.

Las crisis en muchas ciudades europeas deteriora aún más las malas condiciones de vida de las clases populares y a lo largo de la década de 1880 se asiste a una serie de movilizaciones que tienen repercusiones muy relevantes sobre los cambios posteriores en las representaciones, en las actitudes y en el tratamiento de la categoría de paro. El periodo de crisis coincide con un desarrollo del movimiento obrero en todos los países industrializados y con un recrudecimiento de la vulnerabilidad obrera y de

³⁰ La obra de Caron (1997) ofrece un interesante recorrido por las transformaciones tecnoeconómicas de la era industrial, cuidando mucho las interrelaciones con las dinámicas sociales.

nuevas formas de calamidad. En París, la insuficiencia de las instituciones de asistencia es alarmante y las medidas propuestas para resolver el problema - desde el envío de desempleados al campo o la repatriación de trabajadores foráneos- están muy lejos de afrontar realmente la gravedad de la situación. En 1883, los *sans travail* -obreros urbanos en paro- y grupos reducidos de trabajadores en activo comienzan las manifestaciones para reclamar mejoras en la situación del empleo y del desempleo. La protesta, marcada por un fuerte espontaneísmo, recoge el apoyo inmediato de grupos anarquistas y, más tardíamente y con muchos titubeos, de los socialistas, que tratan de capitalizar el movimiento organizando las "comisiones de obreros sin trabajo".

Entre las reivindicaciones del movimiento destacan: el derecho del pueblo a la existencia; la jornada de 8 horas; la apertura de talleres municipales; la distribución de recursos de subsistencia; el precio único para los alimentos de primera necesidad; la moratoria en el pago de alquileres a viviendas con dificultades económicas y la concesión de préstamos a las asociaciones obreras que apoyasen a los parados. Durante los dos años siguientes, la actividad del movimiento continúa sin alcanzar grandes repercusiones, pese a todo se extiende a Lyon y Marsella. Además, fuerza una mayor preocupación por parte de las autoridades, que elaboran un informe -"*enquête sur la situation des ouvriers de l'agriculture et de l'industrie en France et sur la crise parisienne*"- conocido como el *informe Spuller*. Asimismo, el impacto de las manifestaciones provoca que, en 1884, se cree al primera bolsa de trabajo en el municipio de París y se obtengan mayores libertades sindicales.

En otros países, se reproducen este tipo de movilizaciones de parados. En Inglaterra, las marchas contra el hambre sellan el último tercio de siglo XIX. En la primera década del XX, se crea el *Central Unemployed Board* que propulsará la legislación sobre desempleo y los seguros de paro en los años inmediatamente posteriores. En Estados Unidos, la agitación alcanza su momento álgido con la marcha de parados sobre Washington; pero el éxito es moderado en un país donde el trabajo individual alcanza una elevada

valoración, no trabajar es un pecado y conceder ayudas contra el paro, prácticamente una blasfemia. Dinámicas semejantes se desarrollan en otros países como Alemania, Bélgica o Italia, en esta última se ponen en marcha los *braccianti*, cooperativas de trabajadores en paro que se unen para vender su trabajo con más garantías de empleo ³¹.

La situación de los *sans travail* y sus revueltas en el decenio de 1880 contribuyeron a crear en torno a ellos una leyenda, que movilizó algunos temores profundos que anidaban en las conciencias de sectores de la burguesía y en el seno de la propia clase obrera. Ya hemos comentado cómo las movilizaciones tuvieron repercusiones inmediatas aunque realmente no muy destacables. Sin embargo, las consecuencias más sobresalientes estaban aún por llegar y los efectos retardados de estos movimientos serían, entre otros factores, los responsables de crear un nuevo modelo de adjetivación alrededor del paro y de su tratamiento a través de los Seguros como forma de contener la peligrosidad de los parados. En el seno de los propios trabajadores, los *sans travail* también provocaron una gran desconfianza. Los grupos socialistas mantenían una postura ambigua y entre los ocupados se extendió la idea de que los parados estaban siendo movilizados por la burguesía para impedir los avances políticos del socialismo. A ojos de los obreros, esta idea de complot vinculaba a los ricos y a los parados, pues, al fin y al cabo, ni unos ni otros trabajaban.

IV.3.2.-El surgimiento de la categoría de paro

A partir de la década de 1880, tuvo lugar una auténtica revolución en la definición del paro. Es este un periodo trascendental tanto para entender la definición actual de desempleo como el tipo de tratamiento dirigido a los parados de hoy en día. Como Salais, Baverez y Reynaud (1990) han puesto de manifiesto, el desempleo surge como categoría social en el momento histórico en que se elaboran modelos de representación del trabajo y se objetivan en procedimientos e instituciones dirigidos a actuar sobre poblaciones concretas.

³¹ Tanto para el caso de las revueltas de los *sans travail*, como para las movilizaciones de otros países puede consultarse: Lecerf (1992); Mansfield, Salais y Whiteside (1994); Demazière y Pignoni (1998); Monti (1998).

Por ello nos detendremos en ilustrar con detalle las transformaciones que están en el origen de lo que para muchos autores³² resulta ser el punto de partida del modelo de desempleo contemporáneo

Por tanto, en ese último tercio de siglo, y en el contexto de las revueltas de los *sans travail*, se asiste a un cambio radical de percepciones respecto a la cuestión social, la pobreza y la asistencia. Algunos autores (Merrien, 1994) han llegado a hablar de un cambio de paradigma social debido a la gran cantidad de innovaciones que se acumulan en el periodo. La emergencia de este nuevo paradigma está marcada por la situación de tránsito que vive el sistema capitalista en ese momento, y viene precedida por la consolidación en el ámbito de las ideas de un variado grupo de actores sociales -reformadores sociales, filántropos, miembros de la Iglesia, profesores universitarios, funcionarios y políticos³³- que llevaron adelante las reformas que a continuación detallaremos.

Topalov (1987) ha mostrado cómo estos aspectos económicos e ideológicos se articulan entre sí y se orientan hacia una auténtica reforma de las clases trabajadoras en una dirección distinta al modelo disciplinar-represivo que había caracterizado momentos anteriores. La labor clasificatoria de los reformadores marca una ruptura clave respecto al anterior orden de ideas. El paro involuntario emerge de la informe categoría de la pobreza y pasa a convertirse en el objeto de medidas de acción social diferenciadas. Los políticos reformistas convierten este concepto de paro involuntario en un instrumento operativo para sus prácticas y emprenden el camino de la organización del mercado de trabajo con vistas a acabar con la "normalidad"

³² Se encuentra una gran coincidencia en la consideración otorgada a este periodo a la hora de modelar y ofrecer un nuevo diagnóstico y tratamiento del paro. Tanto los estudios históricos generales: (Garraty (1979); Pugliese (1993); Castel (1995), como los que analizan más concretamente este periodo de fin de siglo: Salais, Baverez y Reynaud (1990); Merrien (1994); Freedon (1994); Topalov (1994), enfatizan la importancia del momento. Nos apoyaremos abundantemente en este último autor pues la magnitud de su *Naissance du Chômeur* la sitúa como obra clave para entender el periodo.

³³ La composición sociopolítica de esta variada gama de actores sociales es muy diversa y recorre el naciente socialismo francés, el *new liberalism* y los fabianos en el Reino Unido o el progresismo social americano. Las asociaciones cívicas y sectores de la filantropía se involucraron también en este ámbito de reforma social en torno a las condiciones de trabajo, el trabajo infantil, la salud, los subsidios, etc.

del subempleo, que hasta ese momento caracterizaba el funcionamiento de la actividad laboral de la gran mayoría de los trabajadores.

Esta nueva organización del mercado de trabajo se apoya en el intento de generalizar un modelo de empleo asalariado y basado en el trabajo regular, minoritario en esos momentos, que además cubriese de forma equilibrada las necesidades de fuerza de trabajo en la industria. "El paro involuntario", nuestro paro moderno, nace así de la generalización forzada de la relación salarial, nuestro trabajo moderno". (Topalov, 1987).

A partir de estas condiciones es posible diferenciar al obrero parado -que ha perdido eventualmente su empleo- del pobre y emprender un tratamiento adecuado y diferenciado para ambos problemas, cuestión que las formas tradicionales de asistencia no habían conseguido distinguir y que el nuevo espíritu clasificador afronta: organizando lo múltiple y procurándose instrumentos que permitan la caracterización de cada sujeto dentro de una taxonomía, lo cual habría de permitir un mejor control de la población.

Los sistemas de subsidio de paro y la organización de servicios públicos de empleo están, pues, estrechamente unidos al proyecto de reorganización del mercado de trabajo y a la difusión paulatina de la norma de empleo estable que comienza a divulgarse lentamente en estas primeras décadas de nuestro siglo. El parado pasa a ser, en este marco, un obrero periódicamente rechazado por la industria. Rechazo temporal, desajuste que podrá ser paliado mediante los subsidios, fruto de sus propias contribuciones, y también merced a la atención específica de las oficinas de colocación, que tienen un objetivo claro de normalización: reconducir la incierta e indeseada situación de paro a la deseada condición de trabajador estable.

Topalov hace hincapié en dos elementos que vertebran todo este proceso. El primero se sitúa en el ámbito de las representaciones sociales y en los procedimientos ideológicos y cognitivos que las definen. El segundo está relacionado con las transformaciones económicas en el sistema capitalista. ¿Cuáles son, por tanto, las finalidades sociopolíticas y económicas que acompañan el surgimiento de la categoría de parado involuntario?

A finales del XIX, las movilizaciones colectivas de los trabajadores y de los *sans travail* mostraban lo inacabado de la cuestión social y provocaba en la burguesía un intenso temor ante el amenazante cuestionamiento del orden social que los estratos obreros planteaban. Las *classes dangereuses* asustaban no sólo por su potencial revolucionario, sino por sus modos de vida. En buena medida, la respuesta a los temores expresados por las capas sociales acomodadas vino dada por las elaboraciones cognitivas elaboradas por un conglomerado de reformadores y técnicos que encontró una coyuntura adecuada en ese último tercio del XIX. Garraty (1979) señala cómo en ese momento una segunda oleada de estudios sociales revelan el ambiente de preocupación por la condición obrera y su influencia sobre la estabilidad de las instituciones burguesas. La nueva sociología empírica y la estadística social se apoyarán en las encuestas urbanas obreras realizadas por estos tempranos investigadores sociales.

Una de las finalidades comunes de estos estudios fue diferenciar y categorizar la población con la intención de aislar problemáticas y de encontrar procedimientos de acción diferenciados, hallar nuevas relaciones causales. En palabras de Topalov, lo que se pretende es “desarticular las prácticas que forman un sistema dentro de la racionalidad propia de los diferentes grupos populares”. Este mismo autor nos muestra como ejemplo uno de los más conocidos estudios de este género de investigación - *Life and labour of the people of London*-, realizado por Charles Booth entre 1889-1991 y publicado en 1902.

El punto de partida de este informe está asociado a las revueltas de los sin empleo y a la sensación de amenaza por ellos convocada. La forma de proceder de Booth es muy representativa del paradigma reformista que aquí se analiza, -aún y cuando el formaba parte del empresariado del momento-. Por un lado, parte de una explicación social del problema de la miseria y rompe con las visiones individualistas propias del liberalismo y de la filantropía moralizadora. Por otro, se apoya en el modelo de las ciencias naturales y en la objetividad científica para medir y analizar las clases

sociales a través de “clases” estadísticas. Divide a la población en 8 clases según criterios de renta, condición de empleo y status. A través de esta clasificación, Booth distingue problemáticas, designa identidades, pues una clasificación no es únicamente un asunto estadístico, sino una operación estratégica que enuncia problemas y soluciones y, a través de la cual, los datos se organizan y encuentran una legibilidad. Veamos las clases más concretamente:

Clase A : “la clase inferior de braceros muy pobres, ociosos y semicriminales”

Clase B: Trabajadores ocasionales muy pobres

Clase C: Trabajadores irregulares pobres

Clase D: Trabajadores regulares pobres

Clase E: Trabajadores regulares con ganancias medias

Clase F: Trabajadores manuales con salarios altos

Clases G-H: Clases acomodadas

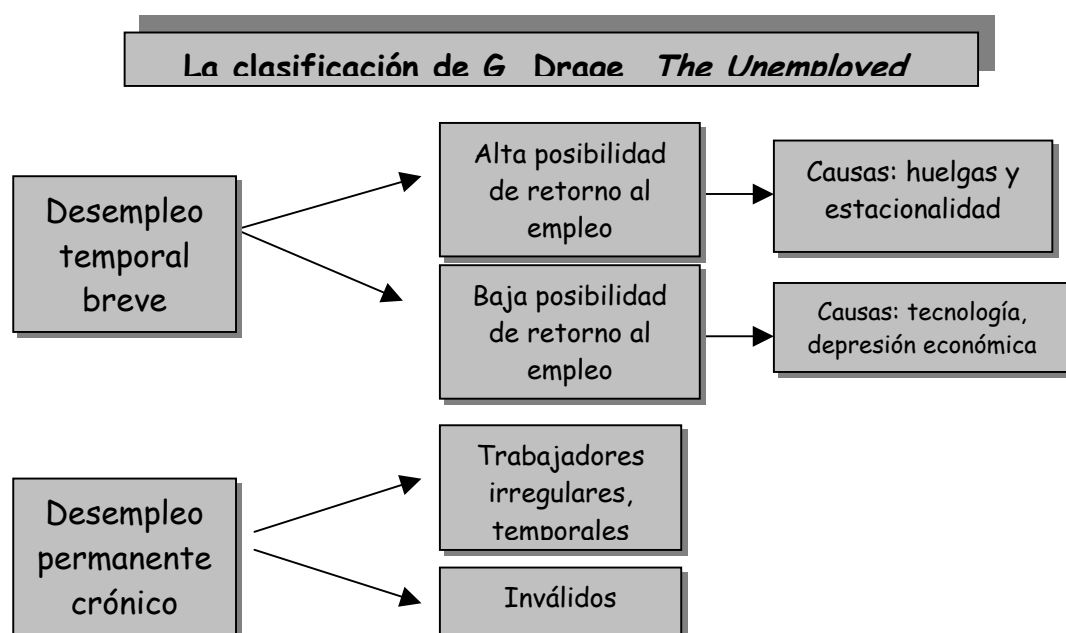
Con la población de Londres desmenuzada en 8 clases, Booth presenta las grandes dicotomías que encarnan la problemática de la época y de la investigación:

- El problema de la pobreza, que se expresa en la dicotomía clases trabajadoras/clases pobres (Clases ABCD/EF)
- El problema del desorden, que establece una diferencia entre pobreza/desorden social (Clase A/BCD)
- El problema de la irregularidad de empleo, que diferencia en el seno de los trabajadores entre los que trabajan regularmente y aquellos marcados por la irregularidad. (Clase B/D, con C pendular)

Las 8 clases de Booth están interrelacionadas, pero separadas. Esta separación le permite dar un diagnóstico del problema que se movía entre bastidores de su estudio: los sin trabajo están compuestos por diferentes categorías de población, no son un grupo homogéneo, sino un conjunto formado por los inempleables, los trabajadores irregulares excedentarios y los regulares provisionalmente sin empleo. El miedo opaco que la acción política de los parados provocaba pasaba así a tener fronteras más transparentes. Se trataría

de encontrar la fórmula que recondujese las zonas socialmente sombrías a la claridad de las clases medias laboriosas.

Prácticamente de forma simultánea, esta fiebre clasificatoria se trasladó de los pobres a los parados. Topalov (1994) examina la proliferación en los principales países industrializados, entre 1880 y 1900, de múltiples clasificaciones de los sin empleo, de ellas surgirán las modernas definiciones del paro. Detallaremos algunas de las más importantes. En el Reino Unido,

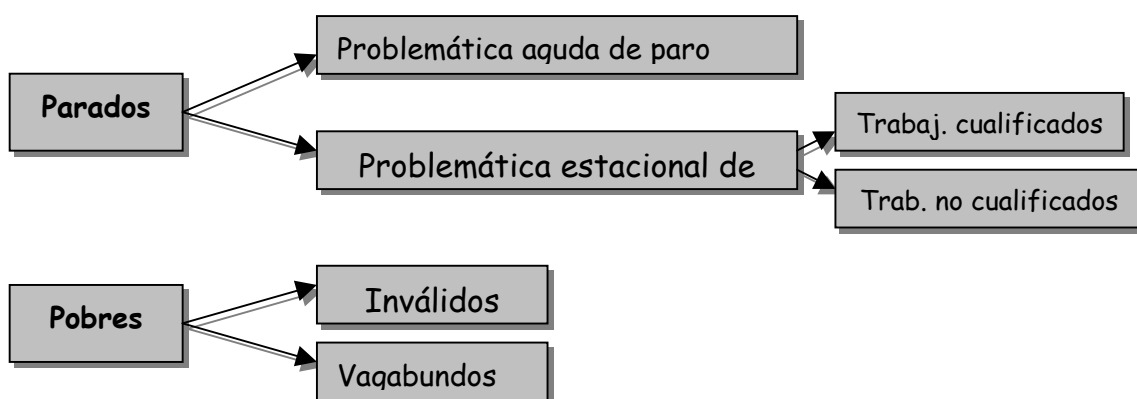


Geoffrey Drage publica en 1894 *The Unemployed*. Su mandato como secretario de una comisión ministerial sobre cuestiones laborales y sus aspiraciones científicas le llevan a emprender esta tarea clasificatoria que tiene también un trasfondo político, pues será diputado *tory* y crítico de las posiciones liberales en los aspectos laborales.

La siguiente clasificación proviene de Estados Unidos y es realizada por Josephine Shaw Lowell y aparece en un pequeño artículo publicado en 1894 en *The Forum*, una revista americana de temas sociales. “*Methods of relief for the Unemployed*” es el fruto de su trabajo en el seno de la *Charity Organization Society*, la más célebre asociación filantrópica de su época, para

la que realizó informes conocidos y criticados por el mismo Drage. En dichos informes, se traslucían sus posiciones liberales y su apuesta por una vía de un moderado reformismo humanista propio de la influencia filantrópica. El tipo

La clasificación de J.Lowell. "Methods of relief for the unemployed".

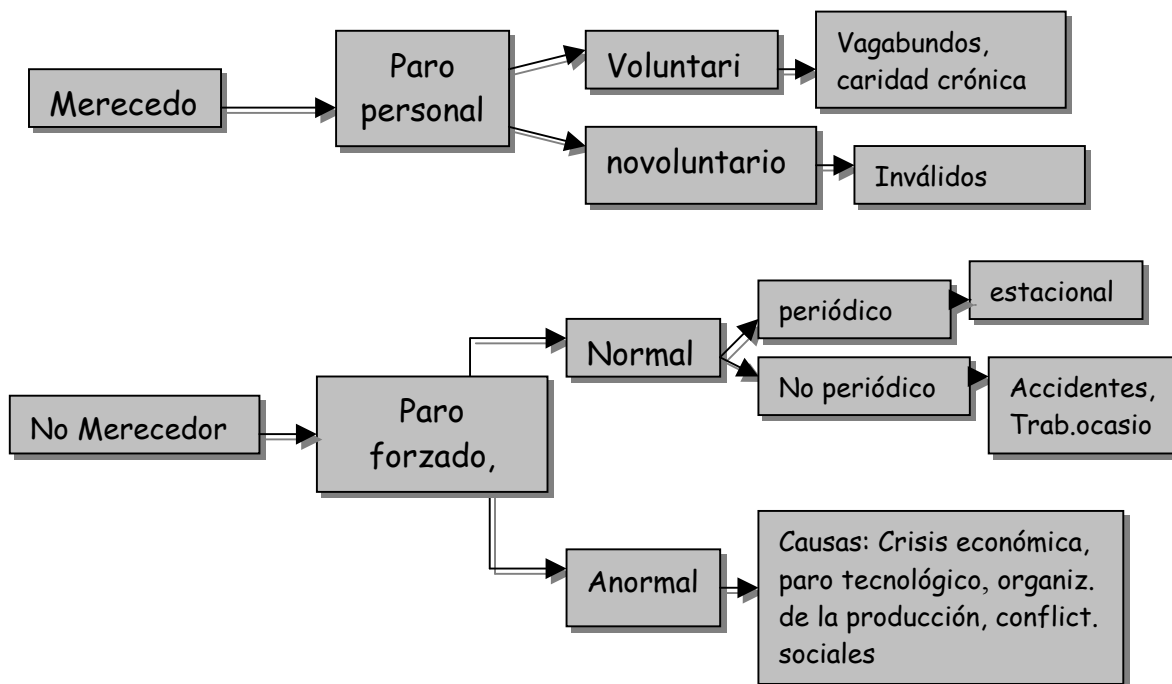


más rudimentario de clasificación nos remite a las distinciones clásicas más características de periodos anteriores.

En Francia, Lucien March, un funcionario del *Bureau du Travail*, encargado de realizar la medición estadística del paro, redacta en 1895 una nota que será la base de su clasificación. March es estadístico y en su ordenación de los grupos de parados se halla presente la intención de recuento y administración de un colectivo que facilitaría posteriormente la puesta en marcha de sistemas de seguros y oficinas de colocación. El papel de la estadística como generadora de categorías de acción es muy relevante en este periodo. El paro comienza a convertirse en un indicador privilegiado de la cuestión social y progresivamente la institucionalización de su medición irá superando fases - estadística local, estadística sindical y, tras esta, las oficinas de administración de trabajo, que son el germen de los ministerios de trabajo de buena parte de los países industrializados-. Hasta los años treinta del siglo XX, la estadística de empleo no se homogeneizó; pero en todo este periodo, fue afinando los procedimientos científicos y técnicos que hicieron posible su

consolidación, desde la aparición de las tasas y los índices a las tablas

La clasificación de L. March. "statistique méthodique du travail".



comparativas y las series cronológicas³⁴.

March articula su clasificación a partir de un principio clásico, el ser considerado digno merecedor de un seguro. A partir de esta idea despliega una arborescente división de nuevas categorías de la época.

Es fácil apreciar cómo las nuevas representaciones sobre el desempleo han coincidido en la demarcación de las tres grandes líneas divisorias de estas clasificaciones:

- La primera es la distinción entre, por una parte pobres e inválidos y por otra los parados.

³⁴ Nuevamente, Topalov (1995) dedica páginas brillantes a la revolución que la estadística de paro trae consigo, el triunfo de la estadística matemática hace desaparecer la individualidad, la particularidad, el detalle, para resaltar el carácter común y analizar un conjunto en su complejidad. El paro pasa a medirse no ya por el número de personas sino por las tendencias y las fluctuaciones. Esta "desrealización" del número, de la individualidad, casa bien con la objetivación del paro como hecho social, tendencia pujante del reformismo de la época, y con el declive de una epistemología del diagnóstico individual de la pobreza o el paro propios de la mentalidad liberal y la filantropía.

- La segunda se realiza entre parados crónicos y parados accidentales.
- La tercera separa a los trabajadores regulares de los irregulares. Los primeros serán, en caso de caer en desempleo, considerados parados auténticos. Los trabajadores irregulares, intermitentes, quedan fuera de esta consideración.

Es en este contexto, en el que el paro involuntario -aquél de quien quiere trabajar, pero causas ajenas a su voluntad se lo impiden- cobra legitimidad y se erige en pilar sobre el cual se asentará todo el sistema de administración del desempleo basado en: oficinas de colocación; seguros de desempleo; estabilización del volumen de empleo y racionalización industrial; políticas contra-cíclicas de gasto público. El sistema de clasificación aisló y definió un grupo y buscó los remedios sociales para su tratamiento.

La distancia de este paro involuntario respecto al edificio tradicional de la pobreza y la asistencia se ensancha. Pobres, inválidos, vagabundos, pero también trabajadores ocasionales, cuyas ocupaciones intermitentes, esporádicas y temporales sumían al mundo de la acción social en una enorme confusión, quedan segregados de la normalidad laboral y convertidos en un residuo que será tratado por criterios diferentes al paro involuntario. Desde ese momento, la pobreza será el espacio de la caridad organizada, de las "curas" morales, de la eugenesia y de otros tipos de remodelaciones urbanas y sociales que irán distinguiendo el submundo residual de la pobreza y la inestabilidad de la estabilidad de mundo laboral.

La curiosa cita que recoge Topalov (1994) de un documento de apertura de la *National Conference of Charities and Correction* en 1886 nos indica bien el tránsito que se está produciendo de toda una causalidad individual y subjetiva de la miseria a una explicación social y objetiva que se concreta en la definición de paro involuntario. El documento es obra de William Bull, un funcionario de las instituciones de asistencia pública en Estados Unidos y en él se manifiesta la opinión de un grupo de 130 secretarios de organizaciones caritativas, funcionarios y filántropos acerca de las causas de la pobreza: "La bebida, la falta de empleo, la pereza, la guerra, el mal ejemplo, la

ignorancia, la ausencia de educación familiar, las novelas baratas, el tabaco, el descontento, la inestabilidad, el vicio, el amor al nomadismo, la inexistencia de herencia, las limosnas indiscriminadas y la falsa caridad, la incompetencia profesional, las causas industriales, los expresidarios, la especialización del trabajo, la ausencia de casas para emigrantes, los chinos, el diablo...”.

En Estados Unidos, la presencia de los *Tramps* y los *Hobos*, una variada gama de trabajadores nómadas producto de las crisis de principios de 1870, acumulan numerosas preocupaciones e investigaciones hasta los años de la depresión consecuencia del *Crack* del 29. Estas investigaciones desvelan cómo estos trabajadores representan la imagen de las clases peligrosas que movilizan todo un tratamiento institucional y legal por parte de agentes públicos y privados. La situación de inseguridad estructural define el territorio de estas franjas débiles fruto de la crisis, el paro y el desarrollo del capitalismo americano, al cual también suponen una respuesta moral. Como resalta Neils Anderson en su monografía *The Hobo* (e.o 1923) esta figura no es solo la de un trabajador migrante y vagabundo, sino que recoge una variada gama de situaciones vitales y laborales que da contornos al submundo laboral de la economía americana: desde los trabajadores estacionales, cercanos al modelo de transhumancia con recorridos fijos, hasta los indigentes que no trabajan y viven en los albergues o en la calle, pasando por otras situaciones como la de los trabajadores estacionales con recorridos imprevisibles, los nómadas limosneros o los trabajadores no cualificados y no migrantes de las ciudades. Este muestrario de la marginación laboral era a menudo sujeto a legislaciones de tono eugenésico o directamente represivo destinado a espolear a *hobos* y *tramps* a la emigración hacia la “segunda frontera” del Oeste o al trabajo estable a través de las agencias de empleo que en las últimas décadas del siglo comienzan a crearse. La “peligrosidad social” del *hobo* radica en que no solo representa la ocasionalidad laboral sino que supone para muchos de ellos, además, una postura ética y de crítica romántica hacia el modelo económico que se está formando en Estados Unidos: un modelo que ignora todo lo que está destruyendo. La participación

de *hobos* en la *Industrial Workers of the World* (IWW) nos da la pista de un lumpenproletariado politizado que participa en la acción sindical. La entrada del siglo XX y la llegada de los procesos de racionalización industrial disminuyen el peso de estas figuras laborales extremas e indeterminadas.

IV.3.3.- Hacia un modelo de empleo estable: cambios industriales a principios del siglo XX

Un nuevo vocabulario³⁵ sobre el desempleo emerge con esta tipología del parado involuntario, del trabajador desempleado genuino. Esta nomenclatura acompañará las grandes transformaciones económicas e industriales que están originándose en ese último tercio del XIX y que tantas repercusiones tendrán en la configuración del mercado de trabajo más tarde. La definición de desempleo corre, por tanto, pareja a la de empleo asalariado y actividad laboral³⁶. A finales de siglo, el capitalismo industrial genera aún una elevada irregularidad laboral, que se añade a las dificultades para fijar al trabajo a ciertos grupos de obreros. La estacionalidad de la industria, los periodos de punta en la demanda, los sistemas de subcontratas dan lugar a una alta necesidad de trabajo temporal y a periodos de paro o de paro parcial en las empresas. Los trabajadores ocasionales son muy numerosos ya sea por las inercias de la primera industrialización³⁷ o por el funcionamiento de un

³⁵ El Censo francés de 1896 introduce preguntas acerca del empleo y en el de 1906 se contempla ya el conjunto de los obreros parados y se contabilizan por separado respecto a los ocupados. La edición de 1911 de la Enciclopedia Británica agrega la voz "Unemployment".

³⁶ Christian Topalov ha mantenido en sus trabajos que la categoría de paro involuntario es en nuestras sociedades occidentales el reverso de la categoría de empleo asalariado. Buena prueba de ello es que recientemente, y en continuidad con su *Naissance du chomeur*, ha profundizado en el surgimiento del concepto de población activa (Topalov, 1999).

³⁷ Estas inercias están muy ligadas, como ha puesto de manifiesto Hobsbawm (1989), a la presencia fuerte del trabajador de oficio, dispuesto a una alta movilidad para mantener su salario. Un repaso a las frecuentes prácticas paternalistas en ese último tercio de siglo - Sierra, (1990); Babiano, (1998)- permitiría valorar cómo éstas perseguían, entre otros propósitos, el fijar a los trabajadores, demostrando así la preocupación de los empresarios por esta movilidad. Además de esa movilidad "querida", se observaba, en ese último tercio de siglo, un subempleo "sufrido" por los trabajadores menos cualificados, que era sobrellevado gracias al papel de fortalecimiento de la solidaridad obrera que la ciudad proporcionaba. Una excelente recopilación de Topalov y Magri (1990) revela cómo el amparo de los barrios se concreta en una economía de subsistencia en la que las prácticas de reciprocidad permiten hacer frente a la falta de trabajo o incluso posibilitan la selección de estos.

sistema industrial que, sin embargo, va a deslizarse en el siglo XX con innovaciones muy relevantes.

Su magnitud hace que no sea exagerado hablar de un cambio en el modelo de acumulación del capital. La expansión de la mecanización y de la producción en serie y la difusión de una nueva relación salarial, basada en la estabilización del empleo son los cambios industriales y laborales que van a dinamizar este momento de la segunda revolución industrial que abre el siglo. Por lo que se refiere a los cambios industriales, el predominio de la microempresa y de los pequeños talleres cede paso, paulatinamente a empresas de mayor tamaño. Las ventajas en cuanto a la capacidad de producción de estas unidades productivas son fundamentales en el momento en que comienza a aparecer una demanda amplia de algunos productos. Las grandes fábricas aprovechan mejor las potencialidades respecto a las economías de escala que el desarrollo de la electricidad trae consigo: rendimientos considerablemente mayores que el vapor, mayor flexibilidad, mejor organización del espacio de los talleres y reducción del número de accidentes. Asimismo, el aumento de la dimensión de las fábricas trae consigo una nueva etapa de mecanización y la incorporación de nuevas formas de organización del trabajo. Como resultado de su interrelación, se avanza en la producción estandarizada, con piezas intercambiables y normalizadas y con un incremento de la exactitud y la calidad; se avanza, asimismo, en la especialización del trabajo y en la descentralización de las operaciones individuales y la producción en ciclo continuo hace verosímil un mayor control de los trabajadores³⁸. En todas estas transformaciones, podrá haberse identificado indiscutiblemente el gran movimiento de cambio que el taylorismo y el fordismo iban a suponer.

³⁸ Las implicaciones del taylorismo y del fordismo en cuanto al control sobre el proceso de trabajo contribuyeron a reducir el poder de los trabajadores de oficio que, como se ha visto, eran un escollo para la fijación al trabajo. La reducción de la movilidad de este colectivo se realizó a través de una mayor especialización del trabajo que redujo su poder y la importancia de su cualificación. Más informaciones sobre estos procesos en la obra ya clásica de Braverman (1978) y en los trabajos de Coriat (1982).

A las innovaciones industriales hay que sumar los avances hacia una mayor estabilización de la mano de obra. El tamaño de las instalaciones y las nuevas demandas de producción requieren un modelo de empleo asalariado más constante y afianzado. Esta regularidad de la nueva industria es percibida muy positivamente por los reformadores de la época, pues, lejos de traer penuria y paro, traerá seguridad en el empleo y la continuidad de la producción reducirá la estacionalidad y el paro parcial de muchos trabajadores. La gran industria parece convertirse en una pieza clave en el proyecto de reforma de las clases trabajadoras. El propio Booth o el célebre economista Alfred Marshall establecen conexiones entre la estabilidad en el empleo, la eficacia industrial, el acceso a los derechos sociales. En 1909, William Beveridge publica su *Unemployment: a problem of Industry*, en este trabajo recoge las clasificaciones de las dos décadas anteriores y, haciéndose eco de las transformaciones industriales en curso, culmina la visión reformista. Beveridge avanza en el análisis objetivo del paro y lo vincula con el funcionamiento industrial y social. Las distinciones entre paro estructural, paro cíclico y paro friccional o estacional provienen de su pluma y llegan hasta nuestros días. Su análisis de los *casual workers* y de otros tipos de empleo intermitente irá dirigido a diferenciar a este obrero periódicamente rechazado por la industria y a dar una respuesta práctica a su sufrimiento a través de reducción del tiempo de paro mediante las oficinas de empleo y con el apoyo de los seguros sociales.

No cabe duda de que todas estas transformaciones mencionadas tendrán una enorme repercusión sobre la organización biográfica, sobre los derechos y sobre la identidad colectiva de los obreros. La cadena “fija” a los trabajadores en un empleo “fijo” cuyo envés será el paro, que, imposible de erradicar totalmente, habrá de ser combatido mediante las cotizaciones regulares de los trabajadores y con los remedios propios que va ideando la reforma social y que sobreviven hasta nuestros días: las oficinas de colocación, las políticas de gasto público y los propios seguros de desempleo. La vieja categoría de pobreza queda aislada y encomendada a la asistencia social.

IV.4.- 1914-1980: La readaptación por el trabajo

Extenso periodo el que establece Christophe Guitton (1998) y que abarca prácticamente todo el siglo. El objetivo de este autor no es tanto la precisión y la exhaustividad histórica sino el seguimiento de las continuidades y rupturas en las representaciones sociales del paro. Así, Guitton considera que en este amplio periodo cobra forma una nueva representación del paro ligada a la readaptación social, que viene a acumularse con la representación asistencial del periodo anterior. Dicha representación había centrado su acción en los trabajadores válidos, postergando a los inválidos, los entonces llamados "inútiles para el trabajo", al último enclave de la asistencia social. Siguiendo a Guitton, en este cuarto periodo, aparece la necesidad de incorporar a inválidos a través de políticas de readaptación social. Será sobre todo a partir de la segunda mitad de siglo cuando éstas se concreten, una vez que haya cuajado y madurado la lógica de los seguros sociales para la población general y que los desastres bélicos hayan cambiado la percepción sobre la invalidez. Progresivamente, y conforme avanza la segunda mitad de siglo, se asiste al tránsito histórico de la "enfermedad a la minusvalía" y la aparición de esta última abre las puertas a nuevas representaciones sobre el minusválido basadas en su readaptación social y profesional. Las políticas de educación compensatoria y de readaptación son la respuesta concreta y operativa a estas nuevas visiones y su producto es la creación de un sector de trabajo protegido al cual acceden estos grupos. En pleno desarrollo de los treinta gloriosos, al hándicap físico, a toda esa gama de minusvalías físicas, sensoriales y mentales se les agrega el hándicap social, ampliándose con ello el campo de la readaptación también a los inadaptados sociales.

Quedan así englobadas todas las poblaciones residuales que, en este periodo de prosperidad social entre 1950-70, continuaban en la periferia del sistema. Las políticas de readaptación por el trabajo deberían así permitir la reintegración social y profesional no sólo de los minusválidos físicos, sensoriales y mentales, sino de los minusválidos sociales -minorías, grupos étnicos con economías marginales, alcohólicos e inadaptados-. El desempleo

en el modelo fordista sigue un patrón friccional muy marcado y de la enormemente centrípeta normalidad del trabajo sólo quedan fuera algunos grupos residuales que acumulan uno o varios de estos hándicaps individuales o grupales.

A mitad de los años setenta, la crisis económica del 73 paraliza este programa de readaptación. La llegada del paro estructural, con una variada gama de colectivos que involuntariamente padecen la nueva penuria de empleo requiere, trae consigo nuevas representaciones y prácticas para interpretar y manejar la cuestión del paro de masas. La inserción y las políticas de empleo ligadas a ella serán la nueva diagnosis del paro estructural a partir de los ochenta. Pero analizando a fondo las políticas de inserción, podemos comprobar cómo en alguna de sus dimensiones incorporan muchos elementos de lo que podrían ser estrategias de readaptación y de compensación de una carencia. La empleabilidad³⁹ mide, precisamente, los hándicaps en el empleo. Para Guitton: “la llegada de las políticas de inserción a partir de los inicios de los ochenta puede ser leída como la transposición al marco de las políticas contra el paro del modelo teórico de la transición al empleo dirigido a la integración profesional de los minusválidos.” (Guitton, 1998). Para comprender a fondo las actuales políticas de inserción laboral, es imprescindible, entonces, detenerse en este periodo previo de la readaptación para el trabajo.

En este dilatado periodo de 1914-1980, cabe señalar dos momentos cargados de sugerencias y de un alto valor interpretativo en el terreno del paro. Siguiendo con el propósito de esta tesis de recuperar retazos del pasado que nos ayuden a comprender las representaciones actuales del paro, destacaremos estos dos momentos y extraeremos los elementos que aporten aspectos de cara a esta comprensión. Se trata, en primer lugar, del periodo de crisis de los años treinta y, en segundo lugar, de los tres decenios de crecimiento fordista, donde la leve presencia del paro contrasta con el

³⁹ Actualmente, término central en las políticas de inserción, que remite a la mayor deseabilidad por parte de un empleador hacia un determinado aspirante a un puesto de trabajo por contar con requisitos que otros no disponen.

periodo inmediatamente posterior en el que se verifica la entrada en crisis de dicho modelo y la llegada de la realidad abrumadora del desempleo.

IV.4.1.- La crisis del 29 y la psicologización del desempleo

Tras la crisis del 29, la década de los treinta supuso una dramática confirmación de la presencia del paro involuntario. Las facetas de la crisis son muy variadas y todas de gran interés: la contracción de la producción y sus vínculos con el subconsumo; la especulación bursátil y el hundimiento de los mercados financieros; la renovación de la presencia del Estado en la vida económica...Nos centraremos brevemente en esta última, porque en la actuación del Estado durante los años treinta puede encontrarse una clara anticipación del tipo de acción que más tarde se mantendría durante el fordismo.

El periodo que estamos tratando es el de la expansión de los seguros sociales, entre todos ellos el de paro sería el más tardíamente desarrollado. Es, igualmente, el momento en el que el Derecho del trabajo⁴⁰ entra en una fase de afirmación de su identidad y con ello se perfecciona toda la regulación sobre jornada, condiciones de trabajo y salarios, indispensable para la difusión y buen funcionamiento del sistema de seguros. Como hemos anticipado, es también el momento de un énfasis en la racionalización industrial y de la aparición de modos de organización del trabajo que convierten al obrero en el factor humano de la producción y entronizan la racionalidad económica. Asimismo, las movilizaciones obreras persisten y se centran en el salario y la jornada de trabajo, impulsando la racionalidad social frente a la búsqueda absoluta del rendimiento y la racionalidad económica pura, que afecta a la salud de la sociedad. Donzelot (1984) señala

⁴⁰ Jacques Le Goff (1989) pormenoriza en su magnífico libro la evolución del Derecho del trabajo durante todo el siglo; su inclinación sociológica, más concretamente "arqueológica" predomina sobre la jurídica, lo cual hace aún más atractivo este texto para el presente trabajo. Le Goff apunta algunos momentos clave en estas primeras décadas del XX para interpretar tanto el despliegue de la sociedad salarial como la definición de sus actores en Francia: el empleador, el asalariado, el desempleado. La promulgación del Código de Trabajo o la institucionalización de un sistema de normas que convierten al colectivo obrero en un actor jurídico van definiendo un campo autónomo para el derecho del trabajo, que se distancia del derecho civil.

cómo en los años veinte se agudiza el conflicto acerca de la articulación de estas dos lógicas y acerca de qué tipo de contrapesos puede accionar el Estado. El éxito de los planteamientos keynesianos radicaría precisamente en esta capacidad de concertar las racionalidades económica y social. Existe bastante coincidencia en resaltar este papel reforzado del Estado como garante y gerente del progreso y del destino de la sociedad y también el papel de la doctrina de Keynes en el afianzamiento del Estado social.

Sin embargo, se ha hecho menos hincapié en el tipo de orden social que estos planteamientos podían contribuir a instaurar: ¿un orden solidario, un orden igualitario? No parece que sea esta la finalidad del proyecto keynesiano. Más bien, como Antonio Negri y Luciano Ferrari Bravo (1980) han puesto de relieve, su propósito es, más bien, restablecer el equilibrio del conjunto del proceso de reproducción social. En este sentido, para estos autores, la articulación sociedad-economía, que establece el Estado, delinea un nuevo tipo de sociedad que recoge los dos términos de esta articulación: sociedad y capital: la sociedad capitalista, donde la sociedad pasa a ser organizada por el capital.

El “descubrimiento” de este modelo social, en el cual el Estado se constituye en centro de gravedad de la producción de valor, queda mucho más explícitamente enunciado en la denominación que Roosevelt dio a la sociedad del *New Deal* y que Ferrari Bravo (1980) recoge: un nuevo “*economic constitutional order*”, un fragmento del discurso en el que fue “bautizado” este orden social -en el cual lo social se diluye y se integra en la economía- evidencia las ambivalencias del papel del Estado. “Sabemos -habla Roosevelt en 1932- que las grandes corporaciones no pueden existir si la prosperidad no es uniforme, es decir, si el poder adquisitivo no está bien distribuido entre cada grupo de la Nación. He aquí la razón por la cual las corporaciones más egoístas deberían mostrarse contentas e interesadas por ver reconstruir los salarios, cesar el desempleo, por ver el retorno de la prosperidad a los agricultores del Oeste, y a todos los grupos gozar de un sistema de seguros, una seguridad permanente”.

Como señala Andrés Bilbao (1999), el empleo es el punto de partida de la argumentación keynesiana y el desempleo es disfuncional para el crecimiento económico pues está “en el origen de la caída de la eficiencia del capital y, en consecuencia, de la continuación de la crisis”. La intervención del Estado en la regulación económica y en la eliminación del desempleo le convierten en protagonista del desarrollo económico. El poder adquisitivo, el salario, se convierte en la clave de la definición del nuevo orden económico emergente, y las grandes corporaciones o ya habían intuido -el caso del fordismo es paradigmático- o estaban intuyendo la función del salario como *input* estratégico en la dinámica del sistema y de la clase obrera como motor del capital. Si hubiera que señalar los momentos culminantes de la llamada sociedad salarial que estamos analizando, no cabe duda de que éste sería uno de los principales.

Como ha explicado Robert Castel este modelo de sociedad, una sociedad económica, irá instalando progresivamente la condición salarial en el centro de la organización social e irá desplazando el conflicto capital/trabajo, sustituyéndolo por el de los diferentes bloques de asalariados en su pugna por la diferenciación a través del consumo. Esto permite a Robert Castel (1997) afirmar que la sociedad salarial no es únicamente un modo de retribución del trabajo sino la condición a partir de la cual los individuos se distribuyen en el espacio social. Esta distribución, que alcanzará su máxima expresión en el transcurso del periodo fordista, está acompañada de la formación de dinámicas de identidad y diferenciación entre las cuales también se enclava la identidad de parado.

En este contexto de nuevas identidades, los estudios que sobre el paro se realizan en la década de los treinta contienen algunos elementos interesantes acerca de la identidad del parado. Si en los estudios sociales realizados a finales del XIX, la intención solapada era ahuyentar la amenaza que engendraba la potencialidad revolucionaria de los parados, en la serie de estudios de los años treinta se presenta una preocupación diferente: la apatía, la desmotivación y la frustración de los infelices que caen en el paro.

De monstruo revolucionario a ciudadano frustrado, impotente contra el paro: algo está cambiando en la concepción y en las representaciones sobre el trabajo por parte de la población trabajadora. Muy en consonancia con lo dicho en los párrafos anteriores, el trabajo estable está ganando terreno rápidamente y es, desde luego, la expectativa y el deseo primero de un paro de los años treinta. Según muestran todos los estudios, la centralidad del trabajo comienza a ser la pauta y lejos queda la inquietante armada de los *sans travail*.

De entre las investigaciones que comentamos, la más citada es la realizada por Paul Lazarsfeld, Maria Jahoda y Hans Zeisel (1996) sobre la situación de los parados de una pequeña ciudad austriaca golpeada por el desempleo persistente tras el cierre en 1929 de la fábrica que suministraba empleo a casi toda la población. Los *parados de Marienthal* es una investigación muy elogiada por su metodología que combina la observación participante, las entrevistas, un cuestionario con el que se elaboran datos estadísticos y, por último, información procedente de los diarios biográficos de algunos afectados. Mediante todos estos procedimientos se sigue con detalle la vida de las familias y de las personas paradas.

Probablemente, el rasgo que más llama la atención de la investigación es su marcada inclinación hacia la exploración psicológica de la vida de los parados. No es habitual en otros estudios anteriores insistir sobre la crisis personal que genera el desempleo, sobre la caída de las expectativas, la falta de motivación, la apatía, la falta de confianza para afrontar situaciones, la autoestima. Las clasificaciones que los autores realizan sobre las familias o sobre los individuos -familias adaptadas, resignadas, desesperadas o apáticas- tienen claras connotaciones psicológicas. En ocasiones, el estudio roza cierto determinismo al atribuir a los parados como grupo comportamientos que sólo son fruto de sus condiciones materiales. Más que una crisis social el paro parece desatar una crisis individual o, como mucho, familiar. Las descripciones descuidan los vínculos sociales, trata sólo de pasada los modos de supervivencia, los ingresos por seguros, etc. El estudio se inclina hacia el

tratamiento de la identidad, enfrentando la identidad de obrero a la de parado y planteando esta última una crisis y diferentes vivencias no muy ancladas en situaciones objetivas, sino atribuibles a diferentes rasgos personales. No sería exagerado decir que *Los parados de Marienthal* sí es pionero de la tradición de estudios psicológicos que, en ocasiones, han sobredimensionado los aspectos individuales en la explicación del paro.

El tono de algunas otras obras de la misma década coincide en muchos planteamientos con el trabajo del equipo de Lazarsfeld. *The unemployed man*, de E. Wight Bakke, concebida como una investigación para valorar la influencia de los subsidios sobre la búsqueda de empleo o los trabajos del *Pilgrim Trust*, asociación reformista preocupada por la conexión del paro con la decadencia moral y de la prolongación del desempleo con el desánimo en la búsqueda de empleo, son dos buenos ejemplos de investigaciones de orientación psicológica.

IV.4.2.- El sistema fordista: un modelo de empleo estable y paro de “baja intensidad”

El intenso paro que sacude a las sociedades industriales durante los años treinta se resuelve cuando la preparación de la guerra revitaliza la economía. La guerra abre un paréntesis y los años de reconstrucción posteriores a la IIª Guerra Mundial coinciden con la expansión del modo de producción que ha sido denominado taylorista-fordista⁴¹. Sus características fundamentales para la organización del trabajo y el funcionamiento social consisten en la profundización y desarrollo del principio mecánico aplicado a los procesos de trabajo y en la estructuración de un modo de consumo típicamente capitalista, basado en el consumo de masas de mercancías estandarizadas. Producción en serie y consumo de masas son, pues, los dos pilares que sustentan la expansión económica que se produce en Occidente en el periodo

⁴¹ El análisis de este modo de regulación del capitalismo ha sido tratado por los autores de la escuela de la regulación: Aglietta (1979) y Boyer (1992). Más allá de la paternidad regulacionista, la terminología del fordismo ha alcanzado una divulgación y un elevado acuerdo entre diferentes autores, hasta el punto de estar convirtiéndose hoy en una explicación “técnica” omnipresente, perdiendo, incluso, parte de la raigambre crítica con la que fue creada a finales de los 70.

que transcurre entre los años 50 y hasta principios de los 70. En estas fechas, e impulsado por los dos procesos mencionados, se pone en marcha un auténtico círculo virtuoso que guía el crecimiento de las economías occidentales. La secuencia podría enunciarse de la siguiente manera:

El modelo taylorista-fordista promueve aumentos considerables de la productividad y un uso abundante de mano de obra en las grandes fábricas que conduce al pleno empleo y a la existencia de un paro coyuntural, "de baja intensidad". Todo ello garantiza que amplias franjas de la clase obrera entren en el proceso de salarización y dispongan de la posibilidad de consumir los productos que llegan al mercado. Los beneficios empresariales se acrecientan y con ello la inversión. Esta permite que se creen nuevos puestos de trabajo y las alzas salariales se orientan, por parte de los trabajadores, de nuevo al consumo. Todo ello se ve impulsado por el papel regulador del Estado que, además de mediar en el tradicional conflicto capital-trabajo, proporciona bienes de consumo público y se ocupa de los fallos del mercado, habilitando políticas sociales que robustecen la dinámica del modelo en su conjunto. Los resultados de estas evoluciones son: sociedades bien integradas, basadas en el pleno empleo, en la institucionalización de los conflictos y con una redistribución de la riqueza satisfactoria para la mayoría. La sociedad abierta, de clases medias, el aburguesamiento de la clase obrera, la sociedad del bienestar, de la seguridad, de las expectativas crecientes. Estos han sido algunos de los semblantes con que las ciencias sociales han identificado a las sociedades occidentales en este periodo.

No cabe duda de que esta "convención keynesiana de pleno empleo" (Salais 1994) ha constituido el tipo ideal de una fase del desarrollo del capitalismo, que se distingue por una serie de complejas relaciones entre el circuito producción-reproducción y los regímenes institucionales que regulaban las variables socioeconómicas del sistema. Con la propagación de la noción de sociedad salarial -caracterizada por un progresiva salarización de la población activa y por el peso del salario en las estrategias económicas de las personas-, se alcanza la asimilación e integración del trabajo asalariado en el modelo de

acumulación capitalista. De esta manera, el trabajo asalariado es utilizado como fuerza de progreso para el avance del sistema. A cambio, el trabajador fordista ve cómo su estatuto sociojurídico se transforma: queda reconocido como miembro de un colectivo dotado de derechos que van más allá de la dimensión puramente individual del contrato de trabajo. El marco de las relaciones laborales expande los derechos colectivos del asalariado.

Esta integración económica de los trabajadores se acompaña, a lo largo de las tres décadas fordistas, también de una integración social. El peso de la iniciativa pública, la universalización de las prestaciones sociales, el recorte de las desigualdades, fruto de una mejora en la distribución de la riqueza, potenciaron una serie de tendencias que condujeron a las sociedades occidentales a un periodo de prosperidad social sobre el que la mayor parte de especialistas coinciden. Estas tendencias igualitarias se concretan en dinámicas sociales de gran calado como son la reducción de la polarización social y la consiguiente reducción de la distancia entre la cima y al base de la estructura social; el incremento de la movilidad social y de los mecanismos de promoción personal y ascenso social; la extensión de una clase media amplia que perfila una sociedad homogénea en la que la presencia de los estratos intermedios se hace mayoritaria.

Cabría discutir mucho acerca del tipo de desarrollo social que se lleva adelante en este periodo. La cohesión social crece, pero con ella lo hace también la uniformización cultural, el consumismo descontrolado y el conformismo generalizado. Por no hablar del lugar subalterno que las mujeres ocupan en la estructura laboral y que define desigualdades que en periodos posteriores se traducirán en términos de desempleo y de posiciones laborales desfavorecidas⁴². Sin negar las ventajas sociales de la época, es necesario considerar críticamente los “beneficios” sociales del proceso de modernización fordista e inscribirlo en la historia, como antecedente y

⁴² Puede obtenerse un tratamiento detallado de esta cuestión central de la división sexual del trabajo en el fordismo en (Pahl, 1991) y en la recopilación de (Borderías, Carrasco y Alemany, 1994).

momento germinal, para comprender evoluciones posteriores ligadas a la extensión del individualismo y del promocionismo social actual.

Frente a estas circunstancias, el periodo fordista trajo también consigo algunos efectos perversos y contribuyó a asentar algunas desigualdades que tendrían en el futuro importantes repercusiones en la forma de entender el paro, en su tratamiento y en los colectivos más afectados. Robert Castel (1997) ha argumentado que el Estado de bienestar es un poderoso factor de individualización, pues contribuye a disolver la pertenencia a comunidades concretas para instalar un sistema general de protección social que suplanta a las viejas solidaridades obreras: si tengo seguridad social, para qué necesito a mi vecino. El barrio obrero y su sociabilidad, que a finales del XIX y a principios del XX generaban estrechas redes de solidaridad y de seguridad entre sus pobladores, pierden fuerza en el nuevo sistema de protección social. Esto se deja notar, sobre todo, en los barrios de la periferia de las ciudades que se crean tras la urbanización de los años cincuenta. Los trabajadores provenientes del éxodo rural y de la inmigración que se asientan en estas zonas se ven favorecidos por las ventajas sociales del Estado del bienestar, pero a la vez, también corren el riesgo de no disponer de una alternativa de sociabilidad en el caso de que el Estado entre en crisis o disminuya sus aportaciones. Estos trabajadores y sobre todo sus hijos, afectados en mayor medida por el paro a partir de los setenta, sufrirían de lleno las restricciones posteriores del Estado postkeynesiano. La burocracia del aparato de seguridad social y sus reglamentadas rutinas administrativas, acaban con las particularidades de los grupos sociales, frustran la participación de los colectivos en la definición de las finalidades y limitan la autonomía de dichos colectivos a la hora de crear mecanismos alternativos de "autodefensa" frente a los problemas de protección social. Además, la homogeneidad individualizante de la lógica del bienestar -los mismos programas para cada uno de los ciudadanos- produce una alta conformidad a la norma de la protección social fordista por parte los trabajadores. Esto sentará las bases de un individualismo creciente, donde la demanda básica se expresará a través de la solicitud de incrementos en las prestaciones del Estado y no a través de

otras formas de participación más activa y propositiva. Todas estas tendencias facilitarán posteriormente el retorno de la lógica de lo privado en la década de los ochenta.

Otro de los efectos perversos de la protección social predominante en el fordismo se manifestaría con la aparición del desempleo tras la crisis económica de inicios de los setenta. Castel ha señalado cómo “el desempleo reveló el talón de Aquiles del Estado social de los años de crecimiento” (ibid. p.402). Los mecanismos contributivos aseguraban la protección en periodos de auge económico, pero mostrarían graves limitaciones en momentos en los que el paro o los cambios en las tendencias de la actividad económica se hiciesen patentes. Los sistemas de indemnización del desempleo se van perfeccionando conforme transcurren las décadas de crecimiento, hasta desembocar en los subsidios que hoy conocemos⁴³. Este mecanismo de cobertura del problema del paro es el eje de la maquinaria de tratamiento del desempleo en el periodo fordista. Es adecuado para abordar el problema del paro en un momento en el cual sus dimensiones son reducidas y donde el acceso o el retorno al empleo es muy previsible. El propio sistema de indemnización se extiende lentamente en Europa debido a que no existe una percepción del paro como problema social grave (Daniel y Tuchsirer, 1999). Los buscadores de primer empleo encuentran fácilmente un acomodo en el mercado de trabajo y los periodos del paro no se prolongan, salvo en circunstancias extremas y muy particulares, que, a su vez, encuentran atención en el tratamiento asistencial personalizado que se destina a los implicados. Como hemos señalado en páginas anteriores, esta situación es interpretada como una dificultad o carencia individual del parado, una inadaptación particular del individuo a un sistema en el que el paro es minoritario. La individualización en la percepción de los problemas sociales y en concreto en el caso del paro, va agudizándose paulatinamente y encuentra así otro refuerzo en la forma en que éste se interpreta y en los dispositivos ideados para tratar el paro. Como veremos, el periodo que sigue al fordismo

⁴³ Abordaremos con más detalle los avatares de la implantación del subsidio de paro en el caso español en el apéndice 2

trae consigo una redefinición del problema, tanto en el lugar que pasa a ocupar el paro como en el abordaje que la acción social le dedica. Las rupturas y las continuidades las analizamos a continuación.

IV.5.- 1980-2000: La inserción por el trabajo

Este último periodo es trascendental para la comprensión de nuestro objeto de investigación. En él se producen determinadas innovaciones conceptuales y prácticas en el campo de la protección social que imprimen un nuevo estilo al tratamiento del desempleo. Puede decirse, que la invención del paro de larga duración tiene lugar en este momento y por ello le dedicaremos una atención especial. El concepto central de este periodo es el de inserción por el trabajo. Para Guitton (1998), el comienzo del ascenso del paro a mediados de los setenta marca el fin del periodo anterior caracterizado por la readaptación. Ya durante los ochenta, se capta que el desempleo es algo que va más allá de la adaptación del parado al mercado de trabajo. El paro estructural abre paso al concepto de inserción. Este periodo se cierra con la fecha simbólica del año 2000, pero bien podría haber quedado abierto, pues las principales evoluciones que lo caracterizan están actualmente en marcha.

Para captar bien la naturaleza de la cuestión del desempleo actual, tal y como se plantea a partir de la década de los ochenta, conviene encuadrarlo en la crisis socio-económica de 1973, que da origen a una serie de transformaciones en el mundo del trabajo entre las cuales sobresale y destaca el paro⁴⁴. Enmarcado en este contexto, podremos ver con detalle cómo emerge el paro de larga duración como categoría estadística y administrativa y cómo es regulado por el principio rector y generador de prácticas que es el de inserción.

⁴⁴ En este apartado, no profundizaremos mucho en la descripción de la crisis de 1973. La organización de la tesis incluye un capítulo completo dedicado a describir y explicar las transformaciones que se han producido en el mercado de trabajo en el último tercio del siglo XX. Se remite al lector a ese lugar (apartado IV) para completar la información que aquí se expondrá muy resumidamente. No obstante, con objeto de facilitar la lectura del presente apartado y de evitar que quede descontextualizado, se señalarán los aspectos principales de la crisis que están relacionados con el surgimiento del paro de larga duración.

IV.5.1.-Crisis económica y redefinición del desempleo

Existe un acuerdo bastante generalizado en situar la crisis de 1973 como el punto de partida de una serie de cambios que van a invertir muchas de las tendencias que la etapa fordista había asentado. El periodo 1980-2000 es agitado en su desarrollo histórico y marcado por los vaivenes económicos, la crisis, el desempleo y el aumento de la desigualdad social. El paro de larga duración es un producto de las evoluciones que a continuación resumimos.

La crisis de rentabilidad que se generaliza a partir de 1973, y que se venía anunciando desde pocos años antes, pone en cuestión el modelo de acumulación del capital que se extendió gracias a la hegemonía del fordismo. Este modelo había generado beneficios empresariales elevados, pero desde finales de los setenta entran en una espiral descendente que no se detiene hasta el inicio de los ochenta. El declive de la inversión, una fuerte inflación y un desempleo que comienza a verificarse pronto son las manifestaciones más reseñables que marcan la económicamente vapuleada década de los setenta. Cuando estas tendencias se confirman y reafirman en los inicios de los ochenta, la crisis del modelo de acumulación es un hecho evidente y confirmado por los grandes centros de producción de conocimientos económicos. En ese momento, arranca una dinámica de cambios que confluirán en la recomposición del proceso de acumulación del capital y que se concretan en una serie de estrategias dirigidas a transformar la estructura del capitalismo. Poner en marcha nuevos y mejores métodos para conseguir beneficios y reconquistar el poder económico, estos son los objetivos de dichas estrategias que se extienden desde principio de los ochenta.

La política económica de la mayor parte de los gobiernos occidentales se orientó hacia un permanente plan de ajuste económico que incluía congelaciones salariales, rebajas de prestaciones sociales y desregulación en el mercado de trabajo. Los empresarios comandaron estos procesos y elevaron la competitividad, la productividad, la eficacia y la flexibilidad a imperativo básico en el funcionamiento social y laboral del capitalismo postcrisis. Las estrategias de flexibilización se implantaron en los núcleos medulares del

sistema económico: flexibilidad productiva -a través de la reorganización del espacio industrial-; flexibilidad tecnológica -gracias al creciente protagonismo de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación-; flexibilidad organizativa -mediante las nuevas concepciones de la firma, de los organigramas y del marketing-; flexibilidad en el uso de la mano de obra -con la extensión de la temporalidad laboral-; flexibilidad financiera -basada en una fuerte liberalización de las transacciones financieras- y, finalmente, flexibilidad ideológica -merced a una creciente dominación sobre las clases populares y a una extensión de los estilos de vida proempresariales.

Estos han sido los pilares que actualmente han encumbrado la racionalidad económica, la lógica mercantil y los modelos empresariales al rango de principios rectores de la vida social. La rentabilidad y la viabilidad económica y presupuestaria mandan sobre la rentabilidad social y una nueva contabilidad restrictiva ensombrece el universalismo de la ciudadanía social. El primado de la economía sobre la sociedad se impone a pasos agigantados durante el último tercio del XX. Más concretamente, este periodo ha sido escenario de una profunda reformulación del desempleo y de todo lo que le rodea, la protección social, las estructuras y funciones de los servicios de empleo, el tratamiento dirigido a los parados y los estilos ideológicos que sobre ellos recaen.

No son pocos los autores que coinciden con la idea de que el paro se explica por la reestructuración del modelo fordista y por la apertura de un mercado de trabajo precario. Una vez que cambiaron las condiciones de regulación económica y que el paro empezó a crecer, comenzaron también a producirse situaciones de desempleo más prolongado, que afectaban a diferentes colectivos. La atmósfera de crisis laboral reina en el tránsito de los setenta a los ochenta y las, hasta entonces poco comunes, situaciones de desempleo se extienden y tiñen las relaciones sociales con tonalidades que inicialmente llegan incluso a ser vividas como apocalípticas. Si bien antes se había hablado sin gran precisión de desempleo prolongado, no es sino hasta finales de los setenta cuando esta categoría comienza a cobrar cierta entidad. En 1968,

algunos informes de la OCDE establecen una duración de seis meses para este tipo de desempleo. Sin embargo, conforme la crisis económica se agudizaba, fue incrementándose el intervalo de tiempo que definía estadísticamente el paro de larga duración. Además, la degradación de las condiciones de vida y el empeoramiento de las expectativas laborales de quien sufría periodos prolongados de desempleo conduce a los técnicos de los servicios de empleo a definir nuevos modelos de intervención y tratamiento de estos problemas.

Conviene destacar tres aspectos centrales para enmarcar el paro de larga duración en los procesos de cambio de estas dos últimas décadas: el primero es el de los tipos de colectivos que son más afectados por los procesos de exclusión profesional que desencadena este tipo de paro. El segundo es el cambio en las dinámicas de la protección social que se desarrollan en paralelo al incremento del desempleo. El tercero son las políticas de empleo que son diseñadas para tratar estas situaciones y que forman parte de las llamadas políticas de inserción. Nos detenemos, a continuación, en estas tres evoluciones.

IV.5.2.- Los damnificados del paro del larga duración

Desde finales de los setenta, el paro de larga duración se extiende en las economías industrializadas hasta convertirse, en un breve lapso de tiempo, en la forma predominante de manifestación del paro. De fenómeno marginal en ese momento inicial a finales de los setenta, pasa a convertirse en la forma específica y mayoritaria de expresión del desempleo -sobre todo en los países del sur de Europa-. Los colectivos que sufren una mayor incidencia en sus tasas de paro se corresponden con los grupos más débiles de la estructura laboral y, al mismo tiempo, con las figuras más dependientes de la estructura social. Los jóvenes, las mujeres, los mayores de 45 años, la población activa con bajos niveles de estudios son los principales colectivos que sufren los efectos de un mercado de trabajo intensamente selectivo y segregador. En ocasiones, y, siempre de forma intuitiva y poco precisa, se ha hablado de que estos grupos son los damnificados de una especie de acuerdo tácito, que se produce a raíz de los devastadores efectos de la crisis económica sobre el

mercado de trabajo. Este acuerdo protegería los empleos los varones adultos con responsabilidades familiares y marginaría o pospondría las expectativas laborales de colectivos menos decisivos para el mantenimiento del orden social. La penuria de empleo del momento determina la presencia de estos colectivos en el desempleo de larga duración.

Otros intentos de explicar el fenómeno resaltan más las causas económicas en cuanto a la selectividad del mercado de trabajo⁴⁵. Los colectivos mencionados acumulan menos experiencia, menos formación, potencialmente son menos productivos y todo ello les hace menos deseables de cara a la contratación e incrementa el tiempo de permanencia en el desempleo. Los economistas de diferentes corrientes ponen en funcionamiento un complejo aparato econométrico para medir la empleabilidad diferencial de los parados dependiendo de diferentes variables, y, con ello, sus posibilidades de entrada y salida de la situación de paro. Frecuentemente, estos argumentos caminan en compañía de numerosos informes sociológicos, producidos por instituciones implicadas en el tratamiento del desempleo, que tienden a reforzar las conclusiones de los economistas más convencionales: en un periodo de escasez de empleo la mano de obra menos deseable sufre un paro mayor. Esta hipótesis economicista de la empleabilidad diferencial se convierte en hegemónica y lleva a centrar la atención más en las situaciones individuales que en los contextos sociales donde se producen y, por tanto, a desarrollar explicaciones del desempleo marcadamente individualistas. Así, el diagnóstico de los economistas más conservadores y convencionales es que las causas y los efectos del paro de larga duración han de ser buscados en este contexto de contracción del empleo y en la carencia por parte de los afectados de los requisitos para ser contratados. La exclusión laboral es así un proceso socialmente incausado y definido individual, casi personalmente.

Una explicación más profunda y radical de las causas del paro de larga duración debe enmarcar necesariamente este fenómeno en el nuevo modelo

⁴⁵ Abordaremos en el próximo capítulo una explicación más detallada de los diferentes teorías económicas que explican el paro de larga duración.

de flexibilidad del empleo que va cobrando forma en los ochenta. Las dinámicas de desregulación laboral van asociadas, en un primer momento, al crecimiento del paro como variable para un ajuste más conveniente de los recursos empresariales. Las virtudes del “ejército industrial de reserva” reaparecen para generar una base sólida de los procesos de reestructuración en curso y para restaurar un equilibrio de fuerzas favorable a los empleadores. El chantaje y el miedo pone a todos en su sitio y, primero, se cierne sobre los más débiles del mercado de trabajo. Una vez aprendida esta lección, los más estables recibirían el ultimátum del paro de forma paulatina y gradual conforme avanzase la década de los ochenta. El paro funciona como un excelente mecanismo de socialización para las nuevas reglas de juego que trae la flexibilidad laboral.

Esta interpretación permite comprobar la complejidad y la progresiva heterogeneidad de las situaciones del paro de larga duración y de sus estrechos vínculos con las nuevas normas del mercado de trabajo. Los colectivos iniciales de excluidos laborales -jóvenes, mujeres, mayores de 45 años y grupos menos cualificados- van creciendo en las estadísticas y definiendo nuevos procesos a los que se suman sucesivamente otros trabajadores de mediana edad y más cualificados. Nuevas problemáticas cobran forma ante nuestros ojos:

- el crecimiento de los parados desanimados, que han perdido la esperanza de encontrar empleo y abandonan la búsqueda;
- la progresión de situaciones de recurrencia en el paro, en las que se combinan experiencias breves de empleo con posteriores recaídas en el paro;
- el agravamiento del paro entre los colectivos hasta entonces más estables y emblemáticos de una época de seguridad laboral y pleno empleo fordista;
- la aparición del llamado paro de conversión, que viene a castigar a todos aquellos trabajadores acomodaticios, que se conforman con su puesto de trabajo y no actualizan su formación y sus competencias. El paro se muestra

- así como un enemigo invisible que puede afectar a todos y que predispone y advierte a los trabajadores de la necesidad de su plena implicación laboral;
- el surgimiento de nuevas figuras mixtas en el panorama del empleo y el paro, que desdibujan los contornos de la definición homogénea de parado y abren nuevas vías de entrada y salida del paro, nuevos pasadizos entre la inactividad, el paro y la ocupación;
 - las conexiones del paro de larga duración con la pobreza;
 - Por cerrar aquí la lista, cabría mencionar cómo la erosión del modelo de empleo estable y el advenimiento de la inseguridad laboral han originado un nuevo orden en el mundo del trabajo en el cual crece el riesgo de pérdida de trabajo y la incertidumbre. Los trabajadores subempleados, los empleados de las empresas de trabajo temporal, los 'beneficiarios' de los perecederos contratos de fomento de empleo inauguran nuevas formas de conexión entre los malos empleos y el paro. Esta dinámica recae prioritariamente sobre los grupos más frágiles de la población activa obligados a soportar los riesgos de la flexibilidad.

En conjunto, cabe destacar cómo a la fragmentación y segmentación laboral propia del momento, corresponde una diversificación de los diferentes tipos de paro y una fragmentación y dispersión de los colectivos de viejos y nuevos desempleados.

IV.5.3.- Las transformaciones de los sistemas de protección social

Esta multiplicidad de las situaciones de paro transcurre en paralelo a una recomposición de los sistemas de protección y acción social. Antes o después, la mayor parte de los países occidentales han acometido reformas en sus sistemas de protección social durante las décadas de los ochenta y los noventa. De la vocación universalista que primaba en el periodo dorado de la 'convención keynesiana', donde se vislumbraba un modelo de protección único -basado en un modelo contributivo con poco espacio para las fórmulas asistenciales-, se ha pasado, progresivamente, a un modelo descompuesto de protección en el que la diferenciación de estatutos conduce a lógicas de

dualización y de desigualdad en la Seguridad Social.

En el seno de los propios parados, estas transformaciones se observan con toda claridad. La explosión del desempleo no consistió solo en un aumento de grado y cantidad, sino que se caracterizó por un cambio en su configuración debido a la eclosión de nuevas figuras de parados que hasta ese momento no habían planteado problemas de protección social. Los parados en busca de primer empleo, los jóvenes, los trabajadores parados en ocupaciones descualificadas con altos márgenes de irregularidad laboral o las mujeres sin trabajos anteriores o con experiencias de empleo muy lejanas en el tiempo se hallaban sin apenas cobertura en el sistema de protección social. Estos nuevos colectivos de parados traían consigo nuevos riesgos derivados de su no participación en el modelo hegemónico de protección social asentado durante el fordismo, que cubría solo a los ocupados regulares que pagaban sus cuotas a la Seguridad Social. Las fisuras evidentes de este modelo contributivo de protección social han llevado a situaciones potenciales de pobreza y de desamparo para un número creciente de personas que desembarcaban en el paro sin protección alguna.

La crisis del modelo contributivo corre pareja con la expansión de interpretaciones liberales que preconizan la reducción de los gastos sociales y, a su vez, con el declive de la estabilidad laboral y con la proliferación de contratos de corta duración que restringen progresivamente la cobertura del modelo de protección contributivo. La comprometida posición de los trabajadores temporales periféricos no encontró, ni encuentra hoy, una respuesta para su precaria situación de cara a la protección social. Al contrario, en las dos últimas décadas se asiste en todas partes a un endurecimiento en las condiciones de acceso a las garantías de protección: justo en el momento en que los contratos temporales comienzan a mostrar su brevedad y provisionalidad, las sucesivas reformas en el sistema contributivo exigen a los trabajadores periodos de cotización más largos para acceder a las prestaciones. Los jóvenes, los parados con itinerarios laborales inestables y los parados de larga duración, que agotan sus plazos de subsidio, pasan a

configurar un ámbito de marginalidad en la Seguridad Social que encontrará pocas respuestas por parte de los gobiernos. Los excluidos del régimen convencional contributivo encuentran así un nuevo descuberto en su crédito social.

La respuesta que más frecuentemente se ha aplicado para sobrellevar esta diversificación de los parados ha sido la creación de una 'reserva' de protección asistencial que convive con el modelo contributivo aún vigente pero cada vez más exigente y menguado en su poder de protección. Esta 'reserva' asistencial tendió a concebirse inicialmente como una medida provisional y para hacer frente a situaciones de urgencia, pero ha acabado cobrando una creciente legitimidad y constituyéndose como una 2ª división de la protección social. Los trabajadores y los parados peor situados en la esfera laboral son también los que ven acrecentada su inferioridad de cara a la protección. La lógica de los casos excepcionales, de la emergencia social, de la solidaridad frente a las situaciones calamitosas, sustituye a la idea progresivamente deteriorada de protección igual para todos. Los poderes públicos, sus diferentes niveles territoriales y todo un difuso marco institucional comienzan a improvisar formas asistenciales de protección marcadas por la excepcionalidad. La falta de continuidad y una inconstancia estructural constituyen estrategias muy poco eficaces para combatir las consecuencias de un paro masivo, irrefrenable y muy diverso en sus manifestaciones. Subsidios asistenciales, rentas mínimas otorgadas a individuos o familias en situaciones carenciales, programas extremos de inserción acompañados por algún tipo de dispositivo económico, por no hablar de la protección asistencial paraestatal que otorga ayudas al tejido asociativo dirigidas a tapar las grietas de este desvencijado almacén de la protección social.

Los parados ven cómo sus subsidios, sean contributivos o provengan de la nueva ola asistencial se recortan. La inestable cobertura de las prestaciones acaba mostrando una tendencia decreciente y el endurecimiento de las condiciones para poder optar a algún tipo de indemnización es revisado en

sucesivas reformas, que extreman las condiciones de elegibilidad para acceder a estas formas residuales de ayudas asistenciales. Las desigualdades y la disgregación de los sistemas de protección no se producen sólo en el campo de los ocupados, también entre los desempleados la división y la compartimentación segmenta a los colectivos en paro y desconecta sus problemáticas impidiendo cualquier tipo de identificación entre ellos: jóvenes con dificultades de inserción, pero con necesidades de emancipación, mantenidos por sus familias de origen; mujeres con largos periodos de desempleo, que mantienen sus expectativas laborales a base de compatibilizar una exasperante búsqueda de empleo con las tareas domésticas o con actividades laborales informales; varones de edades intermedias con pocas cualificaciones, condenados igualmente a combinar las exiguas ayudas económicas estatales con pequeñas ocupaciones informales; por último, y aunque la lista no es exhaustiva, encontramos a los parados mayores de 45 años, arrinconados por la exclusión profesional y haciendo cálculos para acertar la mejor forma de combinar sus años de contribución con el paso a modalidades de prejubilación que aminoren su tardía, vergonzante y degradante condición de parados. Esta diversidad singulariza y desarticula las variadas situaciones de paro, fracciona las identidades y borra las huellas de cualquier sentimiento de afinidad entre los parados. Al contrario, el enfrentamiento y la sospecha se establece como pauta de relación en una lucha de intereses antagonistas: la particularidad de los intereses de cada grupo desata el agravio contra los otros y desencadena el miedo de quedar en posición de inferioridad en un contexto de recursos escasos.

Frente a la diferenciación de todos estos colectivos, asistimos a una uniformización de los discursos que describen las relaciones entre los parados en su condición de subsidiados. Por lo general, el estereotipo dominante sería el de exigir un control riguroso sobre ellos y el de convertirlos en deudores de una sociedad que ha salido en su ayuda. Como contraprestación a ésta, los parados deben acreditar un comportamiento intachable y una probada voluntad de salir del desempleo. La desconfianza impregna las relaciones

entre los contribuyentes y los parados y las etiquetas de parado-defraudador, vago, inútil y otras identificaciones se divulgan con fuerza en estos últimos años. Estas proyecciones culpabilizadoras sobre los desempleados son una perfecta cortina de humo que impide analizar con nitidez la crisis de la protección social y la crisis del empleo. Los parados, víctimas de ambas, se convierten de golpe, en culpables de estas evoluciones y en fuente de gasto y prejuicio para el conjunto de trabajadores.

Nuestro sistema productivo funciona bien creando muchos malos empleos que son difíciles de aceptar por sus malas condiciones. Para poder cubrirlos es preciso un estado de necesidad que impulse a los parados a tolerarlos y también hace falta un dedo acusador que señale a los desempleados increpándoles: "el que no trabaja es porque no quiere". Se sospecha sistemáticamente que los parados no quieren aceptar los empleos y que el subsidio les impulsa a no trabajar, generando una situación de "trampa de pobreza". Sin embargo, hoy podría decirse que la proliferación de los malos empleos y el marcaje que se ha seguido sobre los parados para meterlos en cintura parece que nos está llevando a la situación inversa a la trampa de la pobreza. De manera que ahora los parados están siendo obligados, a marchas forzadas, a aceptar cualquier empleo que se les ofrezca. Los discursos minoritarios que mantienen una posición de defensa hacia los parados son tildados de irresponsables, acomodaticios y fuera de la realidad.

Sin embargo, contrariando estos reproches más bien infundados, algunos especialistas han analizado cómo el desempleo se correlacionaba progresivamente con la pobreza en los años noventa y no representaba, obviamente, una situación envidiable. Los mecanismos compensadores que amortiguaban los efectos del desempleo en la sociedad española pierden fuerza y las diferentes fuentes estadísticas van dejando ver claramente que los hogares con el cabeza de familia en paro son también los que mayor riesgo de pobreza acumulan (Ayala, 1998: 528).

Esta tendencia es digna de una mayor atención ya que en ese periodo de los 80-90 ha comenzado a observarse una vieja tendencia de retorno a la

indiferenciación entre las situaciones de paro y las de pobreza. En el marco de la asistencialización de los sistemas de protección, otra de las características que parece estar desarrollándose es la progresiva vinculación entre las políticas sociales generales -dirigidas a colectivos desfavorecidos- y las mencionadas políticas de empleo. Probablemente, esta conexión va a definir el desarrollo futuro de la acción social. La exclusión del mercado de trabajo a través del paro prolongado converge así con otras exclusiones ya diagnosticadas y tratadas.

Estas tendencias abren un problema de fondo relacionado con el futuro del sistema de protección social y de los mecanismos con los que se dotará para hacer frente a las dinámicas que estamos describiendo. El despliegue de la idea de flexibilidad laboral y de los procesos de precarización han contribuido a poner en crisis las garantías jurídicas de ciudadanía social haciendo emerger en las relaciones de trabajo la hegemonía actual de la dimensión contractual-mercantil. Las palabras de Gregorio Rodríguez Cabrero sintetizan cómo los cambios que aquí hemos reseñado "podrían estar empezando a avalar la idea de que efectivamente asistimos a un proceso complejo de desmercantilización de los derechos sociales, de descompromiso silencioso del Estado, pues no se discute la universalización y, en definitiva, de deterioro de los fundamentos de la cohesión que residen en la calidad de los derechos sociales." (Rodríguez Cabrero, 1998: 557).

IV.5.4.- El surgimiento de la idea de inserción: un concepto impreciso en el seno de las políticas de empleo

En todo este contexto de crecimiento del desempleo y de reestructuración de los sistemas de protección social, las políticas de empleo constituyen un buen escenario para registrar las representaciones y el tratamiento que recibe el paro actual. Nos detendremos en este apartado en profundizar sobre tres aspectos que consideramos de gran importancia para comprender el lugar social del paro de nuestros días: en primer lugar, describiremos la progresiva autonomización de una esfera de estas políticas dedicada al paro de larga duración; en segundo lugar, detallaremos cómo se ha concretado el diseño de

modalidades de intervención sobre los parados; y, por último, nos centraremos en analizar cómo se está plasmando el concepto de inserción, que hoy sirve de vehículo de las nuevas representaciones que designan el paro y su tratamiento.

La tradicional primacía de los seguros de desempleo a la hora de afrontar el problema del paro registra en los años ochenta cambios intensos. El apartado anterior puede dar una idea de cómo estas medidas tocan techo y se producen sucesivos recortes y un cierto descrédito respecto a ellas. En terminología reciente, la OCDE y la Unión Europea han incluido los subsidios de desempleo en las denominadas políticas pasivas y han preconizado una disminución de éstas, argumentando una menor conveniencia y eficacia frente a otras intervenciones de nuevo cuño -las políticas activas-, que, como presumen estas instituciones, se ajustan mejor al tratamiento de las situaciones de paro que viven los países occidentales.

Frente a las políticas pasivas, que no crean directamente empleos, las denominadas políticas activas pretenden atacar directamente el paro, bien sea promoviendo nuevos empleos o manteniendo los existentes; también aspiran a mejorar la adaptación de la mano de obra a las exigencias de la economía. Estas políticas son hoy la punta de lanza del tratamiento del paro de larga duración. Básicamente, incluyen y articulan las modalidades de intervención que reseñamos a continuación:

- las primeras serían las subvenciones a las empresas para la creación de nuevos puestos de trabajo a través de ayudas directas y/o de ventajas fiscales;
- las segundas consistirían en crear nuevas formas de contratación que se ajusten a las necesidades productivas manifestadas por los empresarios. El crecimiento de estas nuevas modalidades ha sido, para muchos, desmesurado: contratos temporales, en formación, en prácticas, de aprendizaje son los más usados. Los sindicatos han criticado la proliferación de nuevas formas de contratación por sus efectos de sustitución de empleo fijo y el escaso control que sobre ellas se tiene;

- La tercera pieza de las políticas activas es la formación profesional. De todos es conocida la intensidad con que la formación se ha aplicado en el campo de las políticas de empleo. El auge que el discurso sobre los efectos beneficiosos de la formación tiene, contrasta con los moderados rendimientos efectivos que se evidencian en las evaluaciones de los programas: los empleos que los alumnos encuentran no son ni lo suficientemente abundantes, ni de tanta calidad, como para justificar el empuje que la formación ha adquirido en el fomento del empleo. Parece que la formación cumple otros propósitos suplementarios, desde incrementar el caudal relacional de los parados, hasta mantenerlos ocupados en alguna actividad -una nueva figura, el cursillista, se perfila como emergente en este panorama de proliferación de cursillos organizados por las diferentes administraciones;
- el cuarto tipo consiste en los programas orientados a colectivos específicos con mayores dificultades en el acceso al empleo -parados de larga duración, mayores de 45 años, jóvenes, mujeres-. Por lo general estos programas constan de refuerzos de las medidas anteriores (formación, orientación profesional, mayor cuantía de subvenciones, etc.);
- por último, habría que destacar los programas de promoción del desarrollo local, de creación de empresas y de apoyo a la economía social.

Todas estas medidas de política activa de fomento de empleo se extienden por la mayor parte de los países europeos desde finales de la década de los setenta. En cada país, la composición varía dependiendo del arraigo de las políticas pasivas, sobre todo de la protección por desempleo, pero, por lo general, las combinaciones entre ellas ofrecen perfiles muy semejantes. En los ochenta, la percepción de que el pleno empleo es un objetivo cada vez más inalcanzable y la constatación de que la política económica se muestra incapaz de contener el nivel de las tasas de paro, conduce a los gobiernos a desarrollar esta variada gama de dispositivos de fomento de empleo. Los colectivos a los que se dirigen son muy diversos y con tipos de problemas diferentes: desde las dificultades de inserción de los jóvenes, a los síntomas

de exclusión de los parados de edades avanzadas, o a los problemas de segregación en el caso de las mujeres.

La percepción del paro de larga duración como objeto de las políticas de empleo es tardía. Hasta bien entrada la década de los 80, no hay conciencia de que este tipo de desempleo fuera a convertirse en la forma predominante de paro. Las políticas desarrolladas para tratar este problema lo confirman. Hasta mediados de los ochenta se mantuvo una política de crecimiento económico y una actitud que ponía confianza en estrategias económicas globales para acabar con el paro, pero un grupo cada vez más numeroso de parados no respondía a las recetas tradicionales del crecimiento económico y la creación de empleo y se instaló como núcleo duro inaccesible y con graves problemas de inserción profesional. A partir de esa fecha, comienzan a aparecer iniciativas que consideran el desempleo prolongado como un problema persistente que requiere otras aproximaciones, no solo desde las políticas económicas, sino desde las políticas de empleo, con medidas concretas y directas de acción sobre los colectivos implicados. Los parados de larga duración se convierten así, desde mediados de los ochenta, en el colectivo emblemático sobre el que se vuelca la política de empleo y en un campo privilegiado de experimentación de nuevas modalidades de intervención.

Los objetivos insistentemente declarados por los responsables de la gestión de estas políticas han sido: mejorar los insuficientes niveles de formación y cualificación de los afectados por el desempleo prolongado; guiar y encauzar su búsqueda de empleo; impedir situaciones de exclusión ligadas largos periodos de paro y compensar las desventajas particulares de estos parados respecto al conjunto a base de los ya mencionados programas de formación, de reducción de cargas sociales para los empresarios que contratan a parados de larga duración, de creación de todo un sector público o parapúblico de empleos protegidos específicos destinados a ellos y de un variado repertorio de herramientas de diagnóstico y tratamiento basado en la orientación y en el seguimiento de los parados. Todos estos objetivos explícitos han fortalecido y

legitimado el papel de las políticas de fomento de empleo.

Conforme estas medidas de empleo acumulaban experiencia y años de aplicación, ya en los noventa, se ha ido gestando todo un complejo aparato técnico de análisis y codificación del campo de problemas de los parados. En los dispositivos y en el tipo de intervenciones más recientes, predomina una orientación de evaluación individualizada de los parados, que se convierte en la piedra angular de la moderna concepción del paro: los mecanismos de motivación, tutela y tratamiento personalizado se imponen como base de la actuación hacia el desempleo prolongado. Los criterios para la categorización, clasificación y distinción tipológica de los parados se sirve de estos extensos programas de entrevistas, seguimiento y control, que dan como resultado diagnósticos y 'terapias' diferenciales para las variadas problemáticas del paro.

Los servicios de empleo y todo un cuerpo técnico, compuesto por psicólogos, orientadores profesionales y otros expertos, legitima científicamente esta progresiva psicologización del problema del paro. Las evaluaciones individuales de los parados, los chequeos sobre su empleabilidad y la construcción de itinerarios y de proyectos personales en los que los desempleados se impliquen, se revela como un instrumento de intervención que delata cómo el nuevo paro de larga duración pasa a convertirse, en los noventa, en un colectivo "objeto de cuidados", frente a momentos anteriores en los que era más bien un "sujeto de derechos" (Demazière, 1995: 66). En muchas ocasiones, los profesionalizados servicios de empleo ofrecen a los parados no un empleo, sino que, en esta lógica de cuidados, se les ofrece un "proyecto profesional", consistente en un recorrido en el cual se combinan medidas de socialización, cursos de formación, periodos de prácticas, pequeñas experiencias ocupacionales que, supuestamente, van acercando al parado al empleo y apartándole de la enfermiza condición de parado. Aunque ha de decirse que, en este 'tratamiento virtual' que reciben, nadie asegura finalmente un empleo a estos parados, cuando 'realmente' su demanda y su necesidad es precisamente esa. Este enfoque ortopédico desmenuza

nuevamente a los parados, designa situaciones y establece intervenciones diferenciales acordes con el grado de hándicap que presentan. Además, frecuentemente, instala a los desempleados en un estadio de provisionalidad que parece no desembocar nunca en un empleo real. La lógica de la trayectoria hacia el empleo a menudo solo ofrece una perennización en el limbo de la formación o en el submundo laboral de las actividades pseudo-laborales -actividades de utilidad colectiva, prácticas, becas, etc.

La individualización y la psicologización en el tratamiento del problema del paro omiten una discusión más profunda. A fuerza de poner el acento en este enfoque del caso individual, se sustrae un análisis a fondo de los procesos económicos y sociales que condenan al paro a colectivos numerosos. Con esta perspectiva individualizadora de las causas, cada parado queda aislado y es responsabilizado de salir por sus propios medios de esa situación -con ciertas ayudas de los servicios públicos que quedan así legitimados-. La motivación, la falta de proyecto, algunos hándicaps personales o una formación inadecuada se convierten en la quintaesencia de la explicación del paro de larga duración. En esta visión miope, o ciega, poco se dice de las condiciones estructurales que provocan la inempleabilidad y de las responsabilidades sociales que van más allá de la casuística de lo personal: como si las estrategias de las empresas o las políticas económicas fuesen inocuas en la producción del paro.

Habría que estar realmente alarmado de ver cómo se impone un modelo de gestión del desempleo que se caracteriza a la vez por la inexistencia de un debate público, la primacía de una acción tecnocrática ciega, la instrumentalización de las ciencias sociales y la creación de productos mediáticos que elevan el nivel de ignorancia de las personas sobre el tema del paro. En el campo de la justicia social, el debate que las desigualdades de empleo suscitan se ha silenciado y se ha activado un tipo de intervención sobre el paro ciega y escasamente discutida, que relega la reflexión y prima la puesta en marcha de medidas y dispositivos bien presentados, pero de dudosa eficacia. Los expertos de los servicios de empleo solo sirven para gestionar y

reproducir la versión 'oficial' mediante informes con gran aparato terminológico y gráfico, pero vacíos de contenido explicativo. El papel de estos expertos no está relacionado con la calidad de las hipótesis y de los métodos que se han empleado para sostener los resultados producidos, sino, al contrario, por la capacidad pragmática de legitimar las representaciones 'oficiales' sobre la cuestión. Toda esta puesta en escena concluye con una presentación pública del problema del paro en la que lo que realmente importa es la repetición televisiva de los tópicos oficiales y la apariencia de que se está haciendo todo lo posible por los parados.

Estudiadas a fondo, las políticas de fomento de empleo muestran problemas que menguan radicalmente su credibilidad. Presentan una enmarañada estructura de instituciones en torno a ellas, con solapamientos habituales; están afectadas por una falta de continuidad, que impide identificar las más acertadas y mejorarlas sucesivamente. A menudo, consisten en intervenciones contradictorias y poco operativas. La evaluación sobre sus efectos es escasa y triunfalista, apoyada en un aparato estadístico poco capaz de captar el impacto a lo largo del tiempo de los efectos de las medidas sobre los parados. Corrientemente, su eficacia y fiabilidad no se concretan, simplemente se les supone. Buena parte del personal que atiende los dispositivos sufre problemas de cualificación y de estabilidad laboral, lo cual no es una buena premisa para obtener buenos resultados; la dependencia excesiva del ciclo político y de las promesas electorales perjudica el funcionamiento de los programas, de manera que se asiste a una saturación de medidas sin que las ya aplicadas anteriormente hayan sido bien aprovechadas. Finalmente, la falta de control y la lógica de ayudas a fondo perdido ha propiciado el abuso y la depredación, llegando a veces al fraude y la estafa, que se apoyan en la connivencia entre los gestores públicos que otorgan los fondos y las empresas que hacen uso de ellos.

Un ejemplo representativo de muchas de las imperfecciones anteriores es el de la formación ocupacional. Su generalización en el campo de las políticas activas ha sido casi ilimitada y es frecuentemente catalogada como la

panacea para resolver los problemas de los desempleados. La realización de un curso de formación es uno de los principales recursos que el Estado otorga a éstos. Sin embargo, entre los especialistas en la evaluación de este tipo de medidas, la formación no alcanza niveles que acrediten estas supuestas virtudes redentoras para los parados. Rachid Foudi y François Stankiewicz (1993) se han planteado la pregunta de cómo puede justificarse la expansión de los cursillos cuando su rendimiento resulta tan mediocre. Su respuesta descubre que la formación responde a una serie de micro intereses que la han convertido en una especie de "rama industrial", en un sector económico del cual se benefician diferentes instituciones.

Si nos detenemos en analizar brevemente la estructura de los actores interesados en el juego de la formación, caemos en la cuenta de que en torno a ella se ha generado una tupida red de centros educativos colaboradores que sobreviven de ella y que están interesados en su perpetuación. En segundo lugar, los poderes públicos han puesto en primer plano la formación debido principalmente a dos motivos: el primero es que cuando no hay empleo, los políticos tienen que ofrecer una alternativa y la formación es un sucedáneo aceptable -entretiene y crea esperanzas a los parados-. El segundo es que achacar la responsabilidad del paro a la formación permite construir una explicación poco problemática y fácilmente controlable, que desvía la atención de otras causas más espinosas y enormemente más costosas a la hora de explicar a la ciudadanía un fenómeno como el paro. Prometer formación es así una garantía para obtener el respaldo electoral. Ofreciendo formación ocupacional, los políticos utilizan el valor mediático que hoy en día ha acumulado la educación y, además, pueden dar la idea de estar encaminándose hacia la solución del desempleo: el "derecho al cursillo" ha sustituido al "derecho al trabajo". No nos detendremos aquí en enumerar las lagunas de la formación como política de empleo -imperfecciones en su planificación y desajustes en las necesidades, cursillismo, obligatoriedad e imposición a colectivos que no la requieren-, pero sí es conveniente advertir cómo las políticas de empleo y, en particular a la formación, están atravesadas por intereses políticos, económicos y mediáticos muy ajenos a

una explicación rigurosa de los problemas del desempleo y de su correspondiente solución. No se trata de impugnar totalmente la formación, pero sí resulta importante relativizar el discurso culpabilizador que la señala como causa principal del desempleo y desvía la atención de otras causas de igual o mayor relevancia.

Este paréntesis sobre la formación es un buen ejemplo de los múltiples aspectos problemáticos que se agolpan alrededor de las políticas de empleo en general. Desde posiciones críticas, algunos autores (Gautie, 1998) han señalado el carácter subordinado y residual de las políticas de fomento de empleo, considerando a éstas como instancias de regulación estatal para reducir las tensiones y contradicciones originadas por las disfunciones de la economía y del aparato productivo. Meros mecanismos paliativos para cubrir los "fallos del mercado" -que se concretan en forma de parados que no absorbe el mercado de trabajo-. El paro se presenta así como una externalidad del sistema económico de la que se encargan los servicios públicos de empleo y sus políticas. Toda la batería de medidas arbitradas para el tratamiento selectivo de los parados y para crear empleo tutelado suponen la aceptación de ritmos diferenciados y soluciones institucionales desiguales para el colectivo de los difícilmente empleables, un segundo orden de ciudadanía reciclable que el mercado rechaza y que los agentes públicos de inserción atienden.

En esta progresiva expansión de la esfera de las políticas de empleo, Jean-Claude Barbier (1998) ha advertido recientemente cómo poco a poco va 'naturalizándose' su papel y, en particular, de una de sus versiones, que se corresponde a grandes rasgos con las denominadas políticas activas. Según este autor, la preponderancia actual del paradigma neoclásico y de los planteamientos ultraliberales imponen su línea de interpretación en el terreno de estas medidas de empleo y son entendidas cada vez más como un marco en el que se define la obligación de los parados hacia el trabajo y como premisa para la concesión de cualquier tipo de ayuda. Esta advertencia de Barbier sobre la hegemonía que están alcanzando los planteamientos

neoliberales en la definición de las políticas de empleo proviene de sus tesis extraídas de una investigación comparativa en la que aborda su propagación y el desarrollo en diferentes países. Su propuesta aporta un análisis en términos de '*cohérences societales*', a través del cual cada política de empleo, contextualizada de manera socio-histórica, cobra sentido, en la interacción con otros elementos del país considerado. Establece para ello cinco grandes elementos:

- las relaciones de las políticas de empleo con el sistema de protección social. De esta manera se entiende que el estilo de las políticas de empleo depende de cómo se ha configurado históricamente el sistema de protección social en cada país. La estructura y la fuerza de los servicios de empleo y los tipos de subsidios configurarán 'modelos nacionales' diferentes;
- las relaciones con el sistema político. La cultura política, los valores, las representaciones sociales de la justicia y de la solidaridad juegan, igualmente, un papel muy relevante a la hora de definir 'modelos nacionales';
- las relaciones con el conjunto de normas laborales colectivas en las empresas. Los variados tipos de negociación colectiva, de fijación de salarios, de jornada y de posición de los actores de la negociación influirán sobre los modelos;
- las relaciones con la política económica y, por consiguiente, con el sistema fiscal, con las políticas de rentas e incluso con las políticas monetarias y otras que persiguen una determinada estrategia en el fomento del crecimiento económico y de la competitividad;
- finalmente, las relaciones con el modelo de actividad laboral y de empleo. La composición de la población activa por edad, sexo, nivel educativo o tipo de contratación laboral condiciona el 'modelo nacional de política de empleo'.

La exhaustividad que aporta esta perspectiva de las '*cohérences societales*' a la hora de analizar las políticas ocupacionales explica las diferencias

realmente existentes entre los diversos estilos que pueden registrarse en este campo. Los matices que se presentan en los dispositivos de empleo en el enfoque escandinavo, anglosajón, centroeuropeo o europeo del sur son un hecho relacionado con la combinación de las relaciones apenas mencionadas. Pero, más allá de esta constatación, a la que da respuesta la aportación de Barbier, surge un interrogante que en esta tesis queremos analizar con detalle: a pesar de las particularidades de los diferentes modelos de políticas de empleo ¿puede identificarse en la actualidad alguno que mantenga una posición hegemónica respecto a los otros? ¿es posible determinar, como deja entrever el propio Barbier, que el enfoque angloamericano⁴⁶ está imponiendo su estilo? ¿cuáles son los rasgos concretos de éste que más calan y se divulgan? ¿qué implicaciones tiene para los parados europeos y, en concreto, para los españoles el avance de estas tendencias?

En el siguiente epígrafe, nos detendremos en valorar la permeabilidad de las políticas de empleo europeas a las pautas y estilos angloamericanos. Igualmente, analizaremos cómo éstos se han ido enclavando y cobrando forma en los debates europeos en torno a la idea de inserción socioprofesional. Asimismo, investigaremos cómo se manifiestan concretamente en el día a día de los parados y de los servicios de empleo en los que se encuadran.

IV.5.5.- *Workfare* a la europea: Inserción, Empleabilidad y nuevas pautas de tratamiento del paro

Ya hemos adelantado (I.5.3) cómo en la década de los ochenta se produce una recomposición de los sistemas de protección social, una reformulación del modelo de acción social y la expansión de las políticas de empleo en el tratamiento del paro. Robert Castel (1997) ha vinculado el surgimiento de la idea de inserción social y profesional con el ascenso de la precariedad laboral

⁴⁶ Por resumir los principales rasgos de este enfoque, que aparece también a menudo nombrado como "*workfare*", puede adelantarse que está caracterizado por un fuerte control que las autoridades ejercen sobre los parados a la hora de conceder subsidios –por lo general de muy baja cobertura y cuantía–, por una fuerte presión hacia la obligación al trabajo –con la persistente insistencia en la búsqueda de empleo y con la creación de categorías de parados merecedores o no de la ayuda estatal– y, además, por la interpretación del desempleo como un problema individual, no social, con la consiguiente responsabilización y culpabilización de los parados.

y la vulnerabilidad social que esta comporta. Estos dos procesos zonifican el espacio social y tienen una fuerte capacidad de segregación de “colectivos con problemas”. Para éstos, la integración social se halla en peligro y las políticas de inserción surgen, en opinión de Castel, para recrear espacios de sociabilidad que ha deteriorado el nuevo orden económico y empresarial global. El lugar de las políticas de inserción queda así localizado entre las universalistas políticas de integración y las exclusivistas políticas de asistencia. En términos morales, han jugado el papel de dar una salida honrosa a la pobreza al ocuparse de los individuos ‘válidos’ invalidados por la coyuntura económica. En términos técnicos, suponen el surgimiento de una nueva área de ‘políticas de vulnerabilidad’ que se especializa en el tratamiento de los problemas de las posiciones marginales y excluidas del mercado de trabajo -los *surnuméraires*, “inútiles para el mundo”, “no-fuerzas sociales”, “normales inútiles”, en la variada y expresiva terminología de Castel-. A raíz de todas estas transformaciones, los debates que se han producido alrededor de los significados y las implicaciones del concepto de inserción, como eje de las nuevas políticas sociales, son de una gran relevancia para el análisis del tratamiento del paro.

Didier Auriol (1993) describe cómo a partir de 1985 la lógica de la inserción va cobrando forma unificando las políticas de empleo que se crean desde principios de los ochenta y las políticas asistenciales contra la pobreza -más o menos extraordinarias- que atienden a los colectivos desfavorecidos. En esta conjunción, a partir de la mitad de los ochenta, ambas convergen y tienden a unificarse en las políticas de inserción, que funcionan de manera entrecruzada: lo asistencial se torna cada vez más inserción por el empleo y, a su vez, la inserción por el empleo se torna cada vez más asistencial. Este nuevo patrón de actuación mixta da forma a la naciente lógica de la inserción, que va a extenderse hasta hoy con la creación de un sinfín de dispositivos y grandes medidas como las rentas mínimas garantizadas o toda una variada gama de programas que integran sistemáticamente el uso del empleo en poblaciones desfavorecidas: la inserción profesional asociada con la inserción social. La cita del propio Auriol aclara la cuestión: “Se ha creado

un espacio social específico, dinámico, relativamente fluido y permeable: Este espacio comprende, integrando unas y otras, las políticas activas de empleo y las inscritas en lógicas de asistencia a los pobres. Las lógicas de acción de las dos políticas, sus modalidades de calificación de las personas y sus finalidades se mezclan hasta confundirse. Políticas activas de empleo y políticas de asistencia no pueden enunciarse separadamente, ellas han dado lugar a las políticas de inserción" (Auriol, 1993: 59)

Al incorporar el uso del empleo en colectivos de parados, la idea de inserción sintetiza una concepción asistencial de las poblaciones a las que atiende y una visión 'coercitiva' del trabajo. En su vertiente asistencial, crea una especie de sector protegido, una reserva de empleo, formas particulares de empresa, zonas tuteladas de derechos dirigidas a un variado conjunto de colectivos definidos como 'desfavorecidos', compuestos por una gradación que va desde los grupos constitutivos de la pobreza tradicional hasta los afectados de la nueva pobreza joven, femenina, poco formada y, en mayor o menor, desafiada socialmente. Esta dimensión asistencial prolonga la idea de minusvalía al terreno del empleo -minusvalía sociolaboral-, de hecho algunos autores han hablado de 'hándicapología' o de 'hándicap social' en relación a este ámbito de la inserción (Castel, 1997, Guitton, 1998, Ebersold, 2001). Esta medicalización social diagnóstica, pronóstica y trata a los colectivos mencionados. En su vertiente laboral, la inserción encumbra el trabajo como medio y fin principal de su acción, es un requisito obligado para todos aquellos que participan en estas medidas. Buscar empleo activamente, estar disponible para el trabajo, aceptar toda oportunidad laboral que se ofrezca, todas estas obligaciones recaen sobre los públicos objeto de inserción. Su finalidad es la de tener mecanismos de control, elegir a los que merecen las ayudas y garantizar el buen cumplimiento de las condiciones del programa de inserción. La dimensión coercitiva del trabajo deja ver sus huellas en estos aspectos.

El campo de la inserción, con todas sus variadas políticas y colectivos, es un espacio de gestión del trabajo y de la mano de obra excedentaria y a veces

marginal. Las conexiones de las prácticas de inserción con la esfera del mercado de trabajo proliferan. No se trata solo de un modelo de tratamiento del desempleo y el infortunio social, sino un modelo de tratamiento del trabajo en determinadas capas sociales, sexuales y generacionales. Christophe Guitton (1998) ha distinguido cuatro formas de utilización y movilización del trabajo en el marco de la inserción:

- Denomina a la primera “trabajo diferenciado” y consiste en la creación, con vistas a la inserción, de actividades y estructuras de empleo nuevas, por lo general diferenciadas del marco jurídico convencional. Algunos ejemplos concretos de esta forma de gestión de la mano de obra son: primero, todas las formas alternativas al modelo de empleo típico -el trabajo a tiempo parcial y toda la gama de empleos flexibles están entre sus modalidades preferidas-. En segundo lugar, el trabajo independiente -que, si no nuevo, sí constituye una vía alternativa al trabajo asalariado a través del autoempleo-, que es aprovechado frecuentemente por los programas de inserción. En tercer lugar, encontramos el trabajo no mercantil, que es fomentado en forma de actividades de utilidad social y trabajos de cuidado de bienes colectivos.
- La segunda forma es el “trabajo indemnizado” y recoge las diferentes formas de reducción del coste del trabajo a través de la derogación y creación de normativas respecto al salario mínimo, a las subvenciones estatales a las empresas por la contratación de parados, a las rebajas fiscales por estos mismos conceptos o a la creación de regímenes salariales diferenciales por edad o cualificación de los trabajadores potenciales. Además de estas reducciones, las políticas de inserción también operan sobre la ‘activación’ de los gastos pasivos con el objetivo de dirigir estas indemnizaciones a capítulos más activos como la formación, las subvenciones a la creación de empleo o la capitalización de las prestaciones del desempleo para promover la autocupación.
- La tercera forma es el “trabajo impuesto”, en ella está presente la frecuente y muy en boga imposición del trabajo, ya sea a los parados que

cobran subsidios o a las empresas en forma de cuotas de contratación. Estas medidas generan hoy una fuerte discusión acerca del deterioro de los principios de la libertad de trabajo. En este campo, Guitton incluye todas los tipos de discriminación positiva que tratan de conceder una ventaja competitiva a los públicos concernidos por las medidas de inserción.

- La cuarta forma es denominada “trabajo protegido”. En momentos previos a la crisis de 1973 era un procedimiento propio del tratamiento laboral de los minusválidos. Sin embargo, en la actualidad, comienza a recoger diferentes iniciativas, aún no tan reglamentadas como las de los minusválidos, pero ya sintomáticas de la creación de esferas protegidas para los aspirantes a la inserción. Las empresas de inserción, el tercer sector y su lógica de funcionamiento tutelado, la creación de empleos sociales primados por parte del Estado son alguna de las manifestaciones que revelan la presencia creciente de esta lógica de la protección.

IV.5.6.-La evolución de las políticas de empleo: la invención de la empleabilidad y el papel del Estado

El seguimiento de la evolución de las políticas de inserción ha llevado a algunos analistas a remarcar cómo de una situación inicial, a principio de los ochenta, en la cual predominaba una orientación educativa o formativa, a través de la cual se quería potenciar la cualificación de los parados para facilitar el empleo-, se ha pasado, progresivamente, a la hegemonía actual de una orientación de gestión de la exclusión -ya no se trata solo de cualificar al personal en paro, sino de regular las situaciones de exclusión socioprofesional a través de la creación de actividades laborales, a través de la activación de los parados-.

Este tránsito de un polo educativo hacia la predominancia de un polo marcadamente económico en las políticas de inserción se concreta en la evolución de los estilos de las políticas y en la orientación y el papel del Estado como institución que financia dichas políticas. No es fácil hacer periodizaciones en el corto periodo de vida de la noción de inserción, pero a finales de los ochenta comienza a asentarse un enfoque de la inserción mucho

más escorado hacia esta inclinación no exclusivamente formativa sino ocupacional. Los síntomas en que se traduce son: primero, la creación de actividades laborales de muy diverso estilo, la consigna habría pasado a ser la de poner al parado a trabajar; segundo, el apoyo creciente y la demanda de participación a la empresa; tercero, la atención más personalizada al parado de cara a trazar un recorrido hacia el empleo -pierde fuerza el estatuto de parado en formación y emerge el estatuto de futuro asalariado empleable-.

La propagación de la ideología y de la racionalidad económica que se observa en otros ámbitos de las relaciones sociales también se concreta en el de las políticas de empleo: la acción pública en este terreno se subordina progresivamente a la lógica del mercado. El 'proceso de producción de la inserción' por parte de los servicios públicos cada vez está más teñido por los criterios económicos y se diseña a imagen y semejanza de los nuevos estilos de gestión empresarial. Se calcula la viabilidad de las intervenciones; se mide su eficacia, rentabilidad y costes; se buscan fuentes de financiación y 'partenariados' con las empresas. La terminología económica y las herramientas del *manager* se filtran cada vez con mayor naturalidad en las prácticas de los profesionales de la inserción, que se convierten así en *managers* en su campo, jefes de personal, gestores de recursos humanos no utilizados, en paro. Con fuerza creciente, los noventa ven como se extiende en las políticas de empleo esta nueva ideología consensual de colaboración con las empresas.

Como hemos adelantado, estas tendencias están emparentadas con la empresarialización de la vida social y de la actuación del Estado desde los años ochenta. En este sentido, las tendencias hacia la modernización de éste ensalzan la visión estratégica y la racionalidad económica sobre cualquier otro tipo de racionalidad social. La acción pública se concibe progresivamente como una prestación eficaz que debe conocer bien el medio en que actúa y ofertar servicios de calidad y personalizados. De la lógica más universal de los medios se transita hacia una lógica de los resultados. Jacques Donzelot (1991) ha denominado 'lo social de tercer tipo' a estas nuevas tendencias estatales

que han sustituido las grandes políticas públicas por pequeñas políticas de solidaridad y han introducido el pragmatismo, la lógica del corto plazo y los principios contractualistas sobre los derechos atributivos y la discrecionalidad en la acción social. Serge Ebersold (2001) ha hablado de 'Estado estratega' para describir este cambio de papeles del Estado en la transición de la sociedad salarial a la 'sociedad de empresa', donde la cohesión social se deja penetrar cada vez más por la iniciativa privada y por la contabilidad. Igualmente, donde el campo jurídico político se tiñe de los principios económicos, y lleva a la política a convertirse en un apéndice subordinado, pero activo, del campo de lo económico.

En este sentido, la categoría de integración social es paulatinamente sustituida por la de inserción social. La primera, propia de momentos anteriores a los ochenta y preponderante hasta entonces en la terminología de las ciencias sociales, implicaba una concepción de la colectividad como un todo, donde se comparten valores comunes que sirven para integrar a los individuos. La inserción, en cambio, invierte el tipo de relación de los individuos con lo social: "la interdependencia de los individuos reside en la capacidad de cada uno de contribuir individualmente a la existencia y al desarrollo de un todo." (Ebersold, 2001: 62). La formación de este todo es continua y no se concluye nunca porque, en esta concepción individualista, la pertenencia social no puede pensarse de manera definitiva sino que debe merecerse permanentemente, demostrando la contribución de cada uno a la colectividad, que se medirá por los esfuerzos y las competencias logradas por el individuo. La concepción de la integración social dibujaba una sociedad estable, guiada por el progreso general como meta social. Por el contrario, la sociedad de la inserción se guía por la idea más empresarial de proyecto que, "a diferencia de la noción de progreso, rehuye la promesa de un futuro. Al contrario, exige capacidades de anticipación, de auto-superación y de autoanálisis sobre el pasado y el presente. El futuro pasa por el esfuerzo y el sufrimiento personal más que por el apoyo en el Estado" (ibid. p.63).

Esta visión empresarial del proyecto individual, generalizada como principio de organización social, convierte a todos, formalmente, en actores responsables que, persiguiendo sus fines individuales, participan socialmente. Este modelo de participación formal, aplicado a todos por igual a través de la igualdad de oportunidades, debilita y marginaliza a aquellos grupos cuyas posiciones sociales, representaciones del mundo y modelos de identidad son menos eficaces, con menos valor de mercado y de relaciones sociales, menos emprendedores para este escenario estratégico de la 'sociedad de empresa'. En este marco, las desigualdades se reinterpretan como incapacidad para aprovechar las oportunidades que ofrece el sistema y no como desigualdad real de posición social. Esta concepción elimina o reduce al máximo el conflicto tradicional de la desigualdad de origen de cualquier agenda política que se rija por los principios individualistas de la sociedad de mercado. El vínculo social se mantiene en estas sociedades debido a que las desigualdades se interpretan como ocasionadas por un esfuerzo y una valía diferencial de los individuos en la participación. Debido, igualmente, a que todos comparten una igualdad de trato independiente de su proveniencia y, finalmente, el vínculo se mantiene debido a que las situaciones desiguales más llamativas son atendidas por el sistema a través de programas asistenciales para públicos 'en dificultad'.

Este marco consigue evacuar cualquier discusión sobre el reparto mejor de la riqueza y sobre las ya mencionadas desigualdades de condición. Las únicas desigualdades que se observan provienen de diferencias en el esfuerzo y en la implicación. Estas diferencias distinguen a los más productivos -que mejoran el rendimiento del sistema a través de su aportación-, de los menos productivos -a los que se les podrá motivar, apremiar o reclamar una mayor autoresponsabilización de cara a su participación en la sociedad-. En situaciones de grupos con debilidad extrema, la sociedad de mercado valorará los costes de hacerse cargo de los casos cuyas situaciones causen ineficacias en el sistema y generen problemas de orden público y delincuencia.

De la integración a la inserción, del progreso al proyecto, de la igualdad de derechos a la igualdad de oportunidades, del ciudadano al usuario. Si se trasladan estas concepciones de una sociedad de empresa a la práctica de la inserción, es fácil comprender sus efectos: la subordinación de la acción pública a la racionalidad económica ha fragilizado las instituciones y los principios en los cuales se sostenía la pertenencia y la identidad social de los colectivos más vulnerables de la sociedad salarial. La nueva lógica de la inserción reclama ahora un proyecto de participación personal basado en la autoresponsabilidad y en el aprovechamiento de la igualdad de oportunidades, esto dará derecho al arsenal de medidas de inserción y de discriminación positiva para los grupos con dificultades de empleabilidad.

Los años noventa ven cómo se amplían los procesos de exclusión profesional y social y cómo se complica la situación de estos grupos con problemas de empleabilidad, que no pueden seguir el ritmo del crecimiento económico de la empresarializada sociedad de la información. El espacio de la inserción trata los efectos del darwinismo que decreta el mandato neoliberal y configura una esfera específica para la gestión de los colectivos excedentarios. En el terreno puramente económico, la inserción recrea una suerte de zona económica secundaria sobre la que se impone el dominio de lo ocupacional y donde las trayectorias vitales quebradas son forzadas a encaminarse hacia lo laboral y lo salarial. En el terreno sociopolítico, configura un campo en el que se aplica la igualdad de oportunidades virtual y se remiendan los problemas de la crisis de protección social del Estado a través de un micro Estado asistencial paralelo donde nada parece lo que es: se tiene una ocupación, pero no de verdad; se tienen derechos, pero de segunda y no garantizados; se tiene un estatus, pero virtual.

Para Serge Ebersold (2001) lo que en esta esfera de la inserción y de las políticas de empleo se inventa es una nueva categoría, el 'inempleable', producto de la economización de las relaciones sociales y de la empresarialización de las políticas de empleo. El 'inempleable' carece de lo que estas últimas han definido como la causa de su situación: la

empleabilidad. La nueva figura supone un cambio respecto a la imagen clásica del parado y trata de dar sentido a la diversificación de formas de desempleo que los ochenta traen consigo y “permite, así, pensar y poner en marcha las nuevas opciones de codificación de estatutos y nuevas identidades que se despliegan en el marco de las políticas de inserción, para responder a las situaciones intersticiales generadas por la disgregación de la sociedad salarial. Estas nuevas identidades resultan así socialmente aceptables y se instituye un espacio específico de gestión de la inempleabilidad” (Ebersold, 2001: 116).

El espacio de la inserción está poblado por grupos diversos. Técnicamente, los organismos que gestionan las políticas de empleo establecen clasificaciones para identificar y diferenciar a todos estos grupos y aplicar tratamientos específicos para cada uno de ellos. Esta labor cognitiva ha sido provocada por la crisis del modelo tradicional de paro que, como señala Didier Demazière (1992), ha hecho surgir “nuevas categorías, todavía oficiosas, incluso indecibles que bosquejan nuevas normas de inactividad”. Este hecho de la producción de normas, reglas y sistemas de codificación por parte de las instituciones de las políticas de empleo ha atraído la atención de muchos autores. Las nuevas formas de paro fuerzan una reactualización en las formas de intervención de los servicios públicos de empleo, que afecta a los fundamentos mismos de su organización. La inempleabilidad es una nueva categoría administrativa y operativa con la que “clasificar, organizar y gestionar a los demandantes de empleo; representa el patrón para orientar las políticas públicas, distribuir las ayudas y construir acciones contra-selectivas; es también un medio para establecer diagnósticos sobre los individuos, emitir juicios y atribuir identidades sociales, etc. (Demazière, 1995: 121).

La elaboración cognitiva de los expertos en la definición de las poblaciones de riesgo y la propia práctica de los profesionales de los servicios de empleo es inagotable. En toda Europa, estos servicios crean normas, escalas, niveles de atención que van clasificando a las poblaciones por grado de inempleabilidad o por tipo de problemas. Para ello se conciben esquemas de diagnóstico, que

articulan variables culturales, economico-profesionales y relacionales para determinar los hándicaps de los individuos afectados por los problemas de empleo. Se elaboran gradaciones que miden las distancias de los inempleables respecto al empleo normal asalariado, cada grado demanda un tratamiento diversificado: los más cercanos al empleo serán objeto de una intensificación y mejora de sus métodos de búsqueda, los más lejanos, verdaderos casos de exclusión, son combatidos mediante una receta que incluye cursos para mejorar habilidades sociales o el cumplimiento de objetivos de alfabetización, higiene o actividades de utilidad social para recibir las ayudas; entre estos extremos se sitúan los niveles intermedios que reciben ofertas de formación y propuestas laborales tuteladas. Estos grupos son definidos de acuerdo a su edad, nivel de cualificación, experiencia laboral. Los profesionales de los servicios de empleo trazan un proyecto con sus 'usuarios' que delinea su trayectoria hasta el empleo. Este proyecto es seguido a través de entrevistas y reuniones en las que se hace balance de los logros conseguidos. Además, es a la vez la base del compromiso del parado en la voluntad de conseguir un empleo y de hacerse merecedor de las ayudas públicas y, por otra parte, la base del principio clasificador que distingue a los diversos 'inempleables'.

Esta lógica del proyecto y del criterio clasificador de los agentes de empleo es para Serge Ebersold una pieza clave en la invención de la inempleabilidad: ambos "operan un trabajo de objetivación que permite elaborar un conocimiento positivo sobre los inempleables, sobre los diferentes tipos que los caracterizan y sobre los principios que los distribuyen. Han construido un conjunto de saberes que permite calificar 'científicamente' la 'empleabilidad' y designar al individuo en tanto que 'inempleable'. Han dado cuerpo a la figura del inempleable definiendo las condiciones que separan a aquellos que pueden aspirar a conseguir un empleo o a un proceso de cualificación a través de la formación, de aquellos que se encuentran excluidos del mercado de trabajo, incluso de la inserción, y que están irremediabilmente condenados a fórmulas sustitutivas donde predominan los

trabajos más precarios, los menos valorados y, sin duda, los más alejados de las representaciones dominantes del trabajo.” (Ebersold, 2001: 135).

Gerard Mauger (2001) y el propio Serge Ebersold (2001) han puesto de manifiesto cómo esta actuación clasificatoria de los servicios de empleo tiende a reproducir la selectividad del mercado de trabajo -al diseñar medidas selectivas y filtrar las ofertas de empleo según a las competencias de los parados contribuyen a reforzar la propia selectividad inscrita en el mercado de trabajo-. Además, también reproduce y naturaliza las desigualdades sociales -dos parados con niveles de estudios diferentes se convierten en dos parados desiguales cuando pasan por el tamiz de las políticas de empleo y obtienen grados de empleabilidad diferentes a través de esta operación técnico cognitiva de clasificación-. En su proceso de intervención, los profesionales de los servicios de empleo identifican un problema de paro, lo analizan y, a veces sin saberlo, lo recrean y causan sobre él mutaciones: la figura del inempleable es, en parte, una criatura engendrada por ellos mismos.

Los efectos perversos, las profecías autocumplidoras, las actuaciones contraproductivas, los procesos de estigmatización, los mecanismos iatrogénicos son más que frecuentes en este ámbito de la inserción: Al igual que la práctica de los médicos crea, involuntariamente, enfermedad, las políticas de empleo crean los inempleables al definirlos, clasificarlos, etiquetarlos... En un interesante artículo Isabelle Astier (1992) relata las kafkianas experiencias de algunos parados que, en esta fiebre clasificatoria de diferentes profesionales de los servicios sociales, de los de empleo y de otros organismos, son designados de maneras diferentes -parados, pobres, minusválidos, etc.-, y se les aplican diferentes filtros que repercuten en su identidad y en su estatuto jurídico administrativo -por tanto en su situación económica-. Irónicamente, no es extraño que los parados teman caer en las manos de las oficinas de empleo y que éstas se hayan ganado una fama de inspección, control y burocracia.

IV.5.7.-El buen parado: la figura legítima de la empleabilidad

La empleabilidad es uno de los principales pilares de la actual estrategia europea para el empleo junto al espíritu empresarial, la adaptabilidad y la igualdad de oportunidades. Básicamente, implica dotar al parado de las competencias dinámicas y actualizadas para una actividad laboral y mejorar sus comportamientos de búsqueda de empleo. En la jerga europeísta implica: "garantizar que los desempleados disponen de las cualificaciones y los incentivos adecuados para reincorporarse al trabajo y promover un mercado laboral abierto a todos. Este pilar conlleva dos elementos clave de la estrategia, a saber: el enfoque preventivo para combatir el paro de larga duración y el enfoque activo, que consiste en procurar que las políticas fomenten la participación activa." (Comisión Europea, 2001: 6).

Es el principio rector de la política de empleo en la era de la flexibilidad, que trata de romper con la regulación fordista del paro: el Estado no puede asegurar el empleo, pero debe asegurar la empleabilidad. Este nuevo objetivo es otro de los síntomas de la empresarialización de la vida social y, en concreto, de la esfera de las políticas de empleo. La empleabilidad es indisociable de una concepción jurídico política contractualista, en la cual el estatus del parado pasa de ser de 'demandante de empleo-perceptor de prestaciones' al de 'parado emprendedor', en el que el desempleado debe aportar por sí mismo muchas de las condiciones que le pueden llevar a acceder al empleo; debe demostrar sus facultades para activarse; debe justificar su validez para un proyecto de participación en la sociedad del empleo y, así, legitimar la ayuda pública que pueda recibir. Todo ello acompañado de una especie de compromiso contractual que le obliga a responsabilizarse de su propia inserción. La naturalización de la lógica empresarial comienza a estar a la orden del día en el terreno de la gestión del desempleo. La empleabilidad proyecta una nueva representación del paro que trata de oponer la imagen pasiva y estática del parado preceptor de subsidios a la imagen dinámica de un nuevo paradigma de paro activo que en este apartado vamos a tratar.

Las prácticas de los operadores de los servicios de empleo muestran una creciente permeabilidad a los valores y a la cultura de empresa⁴⁷. La terminología que ésta irradia se generaliza en el ámbito de la gestión del paro: movilizar los recursos inactivos, nuevas oportunidades de crecimiento, trabajo de calidad, gestión por objetivos, desafío estratégico, etc. Terminología, digamos, 'bajo sospecha', adoptada sin cuestionar su procedencia y sus implicaciones. Una reciente declaración de los directores de los servicios públicos de empleo de los países europeos (2001) realza este regusto empresarial. La nueva óptica que estos servicios deben adoptar es la de "aumentar las oportunidades de los demandantes de empleo y ayudarles a adquirir, recuperar y mantener competencias suficientes", crear "servicios nuevos y personalizados" que propicien las "actitudes autónomas de sus clientes". Las "estrategias pro-activas tienen prioridad sobre las posiciones reactivas", esto permitirá a cada parado "valorar sus oportunidades sobre el mercado de trabajo".

Las publicaciones de los especialistas en recursos humanos se difunden en las oficinas de empleo y en los centros de formación, divulgando los principios operativos y la visión legítima de la búsqueda de empleo que deben emprender los parados. En la mayoría de estas publicaciones, el desempleo es objeto de una redefinición acorde con los nuevos tiempos de la flexibilidad y del pensamiento positivo. El paro es así rediseñado no como un periodo de penosa fragilidad y de carencia, sino como un periodo de nuevas oportunidades profesionales y sociales, un ocasión para mejorar y recualificarse, incluso para convertirse en empresario y, siempre, para abandonar la acomodaticia estabilidad de la condición salarial y abrir un nuevo rumbo. "El paro no es nada excepcional. Es una circunstancia de la vida

⁴⁷ En España, el INEM abre cada vez más sus puertas a las empresas en la gestión del desempleo. Recientemente, ha destinado 1900 millones de euros para ensayar la inserción de parados de larga duración por parte de empresas privadas –en concreto la Fundación Adecco y la Asociación Española de Consultoras de *Outplacement*- a quienes otorga subvenciones por la colocación de parados. Esta cesión de competencias públicas al mundo de la empresa es un buen ejemplo de los estilos empresarializadores que estamos comentando. Con esta tendencia a desplazar las funciones de colocación a las empresas privadas y las responsabilidades de la búsqueda al propio parado, los servicios de empleo bien podrían desaparecer y no se notaría mucho con esta ola de privatización.

a la cual todos estamos expuestos. Lejos de ser un drama, es descrito como una experiencia aprovechable. La situación de introspección que genera permite al parado redescubrirse y de estar en mejor disposición de definirse un futuro profesional y social acorde con las exigencias del mercado y ajustado a las propias aptitudes. Las dificultades que se crean inicialmente se revelan después positivas. [...] Descubrirse a sí mismo, encontrar nuevos amigos, identificar un proyecto, adquirir una cualificación son otras tantas oportunidades que convierten al paro en un trampolín, siempre que se desactiven las trampas de la inactividad y se utilicen bien los recursos ofrecidos.” (Ebersold, 2001: 142).

Esta moderna representación del desempleo corresponde al actual arquetipo dominante del parado: el parado activo, o ‘activado’. Obligado a adoptar un código de conducta que rige tanto en las cualidades morales y psicológicas que debe interiorizar, como en sus expresiones físicas, gestuales, relacionales y de presentación. Esta especie de decálogo del buen parado estipula lo siguiente:

- El parado tiene una prioridad: ha de estar predispuesto hacia el trabajo porque solo éste le permitirá no perder las virtudes socializadoras del trabajo -puntualidad, respeto a los jefes, cumplir responsabilidades y compromisos-. La búsqueda de empleo, o de cualquier cosa que se le parezca, es el primer deber del parado.
- Saber venderse: La búsqueda de empleo ha de ser planteada como una estrategia comercial. El empleador es un mercado que el parado tiene que conquistar, para ello ha de ser competitivo y vencer a los otros parados competidores. La mera búsqueda de empleo no es una buena estrategia de venta, el parado que vende bien es el que ofrece un servicio a un empresario. Esta última actitud es la clave del éxito ya que denota actividad. La simple espera o la búsqueda por medios convencionales poco eficaces denota pasividad y está condenada al fracaso. El desempleado debe, pues, optimizar su posición en el mercado: seleccionar los contactos,

detectar oportunidades de empleo y perfeccionar sus técnicas de presentación.

- Ser eficaz y tener un proyecto: es preciso demostrar que el paro no te ha fragilizado sino fortalecido. Para ello, no se debe mostrar impaciencia ni incuria en la presentación del currículo. Diseñar un proyecto demuestra ser capaz de partir de cero y de romper los vínculos con el pasado que anquilosa. En este sentido, lo más importante en la vuelta al empleo no es haber abandonado la condición de parado o tener un salario, sino volver a encontrarse en un contexto laboral que te permite recobrar y redinamizar todas las virtudes técnicas y actitudinales que te consolidan en el empleo.
- Demostrar capacidad de organización: ser capaz de trabajar en la búsqueda en equipo indica que se está en condiciones de integrarse en la lógica organizativa de una empresa. Igualmente, es recomendable plantearse objetivos, plazos, estrategias, hacer balances de las acciones realizadas.
- Manejar bien la información: conocer los gustos empresariales y los de las empresas concretas que ofrecen trabajo, preparar las entrevistas, demostrar autocontrol, renovar los contactos y las redes de relaciones.
- Todas estas recetas, acompañadas por una conveniente incitación técnica y motivacional por parte de los expertos en búsqueda de empleo, representan la glorificación de los modos de actuación del empresario. Gerard Mauger (2001) propone un doble campo semántico para tratar de describir las prácticas y la terminología de estos expertos: la del 'camino por andar', -donde se manejan las ideas de trayectoria, itinerario, orientación, seguimiento, acompañamiento, progresión- y la del 'contacto' -relación, escucha, interacción, intercambio, coordinación, concertación, sinergia, síntesis, asociación-. Esta lógica de la 'activación' y la 'empleabilidad' es el dulce veneno que se prescribe a los parados, prometiéndoles la curación del paro, pero, a la vez, inoculándoles toda la cepa de valores y comportamientos empresariales. La esfera de la inserción es un espacio de instrucción en los valores empresariales.

- En un pequeño libro de gran valor testimonial, Sophie Badreau relata en clave irónica su experiencia como parada de larga duración y demuestra a través de sus vivencias algunos de los argumentos que estamos señalando. Para ella la búsqueda de empleo está rodeada de una buena cantidad de pequeñas violencias que fatigan psicológicamente la ya frágil identidad del parado. Dichas violencias se generan por los juicios que emiten los expertos de los servicios de empleo acerca de por qué los parados no encuentran empleo y a toda la gama subsiguiente de consejos que, generalmente, son ajenos y lejanos a la auténtica realidad del paro que sufre la gente. Estos expertos emiten opiniones del tipo “todo el mundo puede superarlo” o “hay trabajo para todos” que causan efectos demoledores sobre la confianza del parado. La siguiente lista de razones agrupa los tópicos manejados por los empleadores y por buena parte de los trabajadores ocupados y que, en muchas ocasiones son divulgados o afianzados por el personal de los servicios de empleo. Así, los parados no encontrarían empleo por estos motivos:
 - no adoptan un buen comportamiento
 - no saben lo que buscan
 - están convencidos de que buscan, pero no lo hacen o lo hacen mal
 - les falta imaginación
 - no saben fijarse objetivos
 - no saben ponerse en el lugar del empleador
 - son exigentes, ponen demasiadas condiciones
 - no saben venderse, ni vender lo que saben hacer
 - no saben dar confianza al empleador
 - se desaniman, no se autoevalúan
 - no saben cumplir un horario y la ausencia de actividad les vuelve ineficaces” (cf. Badreau, 1998: 39-40).

No hay que olvidar que muchas de estas mismas creencias, y otras parecidas, son las que se dirigen también a los trabajadores ocupados: hay que ser activo y creativo, no limitarse a esperar el salario a fin de mes, hay que tener visión estratégica, anticiparse a los cambios, capacidad de adaptación; hay que demostrar proximidad psicológica, profesional, cognitiva, técnica, ética hacia la empresa. El nuevo protocolo empresarial es un arma contra cualquier viejo lema del pasado obrero: se recorta espacio al empleo garantizado y se impone la creatividad y las capacidades personales, que determinarán cómo los más aptos ocuparán los mejores puestos.

IV.5.8.- Las conexiones de la inserción y la flexibilidad laboral: activar a los parados

Llegados a este punto, no parece difícil rastrear en las políticas de inserción las huellas de la flexibilidad laboral que se extiende en todos los ámbitos y que ha ido cobrando fuerza en paralelo a la consolidación del paro en los últimos veinte años. No en vano, en el angustioso territorio entre el paro y el empleo que suponen las regulaciones de plantilla y los despidos potenciales de las grandes empresas, Emmanuel Defouloy (2001) ha registrado, en el caso de las fábricas francesas de Levi Strauss, todo el bloque de justificaciones empresariales que acabamos de revisar: según los directivos, las trabajadoras tienen “miedo al cambio”, “poca movilidad”, “falta de empleabilidad”, “desean sólo más dinero”. La empresa no es culpable del cierre, la culpa es de las trabajadoras que “no se ajustan”. Este ejemplo sobre la falta de flexibilidad reclamada por la empresa pone de relieve los paralelismos que existen entre paro y empleo en la actualidad.

Las políticas de inserción constituyen uno de los componentes de la argamasa que está consolidando un espacio fluido de prácticas dirigidas a inyectar flexibilidad y a ‘activar’ la mano de obra para los requerimientos de la reestructuración capitalista que campea en estas dos últimas décadas. Este espacio está organizado por una acción conjunta entre el Estado y el mercado y cobra forma mediante dos estrategias que ya hemos sugerido en párrafos anteriores y que en este apartado perfilamos y sintetizamos un poco más.

Estas dos estrategias son: en primer lugar, la contribución de las políticas de empleo a la desestabilización del modelo de empleo estable y, en segundo lugar, la activación de los parados y la creación para ello de mecanismos de control. Como ya hemos señalado anteriormente, los efectos sobre el mercado de trabajo y sobre los sistemas de protección social son de gran envergadura.

I.-En primer lugar, respecto a los procesos de desestabilización del trabajo, las políticas de empleo han procurado conseguir que la lógica de la competitividad de la empresa no encontrase obstáculos. La flexibilidad de la fuerza de trabajo ha sido, durante todo el periodo, uno de los pilares fundamentales sobre el que se ha sustentado la rentabilidad del capital. Por ello, las subvenciones por creación de puestos de trabajo, los beneficios fiscales o la continua creación de formas contractuales, cada vez más propicias para la empresa, han sido y continúan siendo una vía muy frecuentada por las políticas de empleo, que ha favorecido a los empresarios a costa de la degradación de las condiciones de vida de los trabajadores.

Más allá de las ventajas económicas concretas que permite el fomento del empleo a través de subvenciones directas a las empresas, las políticas de empleo han aportado todo un arsenal de modos de persuasión para la aceptación ideológica de la flexibilidad. Lo que Gerard Mauger (2001) ha definido como la inculcación de un "habitus flexible" congruente con los principios de empresa: dinamismo, facultad de adaptación, ingenio, motivación, apertura de espíritu, flexibilidad, iniciativa, adaptabilidad, velocidad de ejecución. Gerard Mauger inscribe estos procesos en su intento por investigar la sociogénesis de las nuevas formas de tratamiento de las clases populares y en concreto de la juventud, a la que él otorga el protagonismo del impulso inicial de las políticas de inserción y que, efectivamente, ha recibido una particular avalancha de modales empresariales.

El propio personal de los servicios de empleo se convierte en un instructor mediador en esta producción de la inserción flexible. Su actuación ha de adaptarse a las necesidades fluctuantes del mercado, a las posibilidades que

surgen sobre la marcha y a introducir a los parados en la aceptación de las precarias ofertas que reciben. “La flexibilidad, la polivalencia, el empleo ‘justo a tiempo’, la búsqueda permanente de equilibrios precarios, la creatividad, la contextualización de los saberes y de las prácticas está en el núcleo del marco institucional de gestión del no-empleo.” (Ebersold, 2001: 59). Este repertorio de competencias es manejado y aplicado a los parados que se mueven en este espacio inestable que es el de la inserción. Un espacio laboral paralelo en el cual cuesta mucho trabajo hacerse con un empleo normal, aunque siempre se está conectado a la preocupación por conseguirlo y siempre se está dispuesto a ocupar cualquier empleo intersticial de los que abundan en el territorio de la inserción: no son empleos estables, pero, a veces se parecen.

A través de esta ilusión de normalidad de los cuasiempleos, la inestabilidad se instaura como normal. La realidad habla, en cambio, de breve duración de los dispositivos de inserción, de medidas y contratos que se truncan y no tienen continuidad, de largos recorridos de inestabilidad. Trabajos porosos, por donde se filtra la precariedad. A veces sumergidos tanto como la metáfora de los yacimientos de empleo permite sospechar (Rodríguez y Santos, 1998). Esta zona intermedia entre el paro y el empleo que es para Gerard Mauger la inserción, está caracterizada por la incertidumbre, por una pauta de “puro recorrido” y por la experimentación de diferentes formas de flexibilidad y precariedad laboral. Paradójicamente, la intermitencia generalizada del empleo en las políticas de inserción se acompaña por el riesgo permanente del retorno del paro.

Muy frecuentemente, los empleos de inserción se mueven en tierra de nadie, siempre en la periferia de la normalidad laboral: en ocasiones es difícil saber, realmente, quién es el empleador, qué derechos sociales o sindicales se tienen, cómo se resuelve una situación de accidente de trabajo, cómo repercute fiscalmente el empleo realizado. Un sinfín de circunstancias que delatan la falta de transparencia laboral en este espacio de las políticas de empleo. Estas dinámicas están generando estatutos jurídicos y sociales

intermedios que fluctúan entre la seguridad del modelo de empleo estable, con todas sus garantías jurídicas, y las de la dependencia de las situaciones de paro y, en su extremo, de pobreza. Maryse Bresson y Michel Autes prefiguran dos escenarios posibles en relación al futuro de estas categorías intermedias: "el primero, que podría llamarse de flexibilidad generalizada, muestra una evolución en la cual todo sucede como si se pudiesen continuar manteniendo principios de protección social que son cada vez más difíciles de aplicar: la flexibilidad del trabajo conduce a prever una protección social igualmente flexible, con derechos variables que se correspondan con las diferentes trayectorias de empleo y contratos de trabajo. En un segundo escenario previsible, se radicaliza la ruptura en los propios principios de protección social y, consiguientemente, de los vínculos entre empleo, renta y protección social. Este escenario corresponde con el del fin de la centralidad del trabajo en la definición de las reglas de reparto y en el funcionamiento de la protección social. El régimen salarial desaparecería al difuminarse las fronteras entre trabajo, no trabajo, paro, actividad, empleo y al desintegrarse el salario, como remuneración del trabajo, en un marco en el cual el origen de las rentas, incluida la protección social, debería encontrar otros fundamentos. Los dos escenarios ponen en evidencia el rasgo más paradójico de las evoluciones que venimos observando. las políticas de empleo y el tratamiento social del paro contribuyen a la desestabilización del modelo salarial." (Bresson y Autes, 2000: 116).

La proliferación de formas de trabajo temporal, y la variedad de estatutos laborales que provoca, contribuye a revertir el proceso histórico de uniformización del trabajo que se había fraguado, a lo largo del siglo, en torno al trabajo asalariado estable. Otra de las manifestaciones novedosas de este campo de las políticas de empleo respecto a las formas de gestionar la ocupación de sus 'clientes' ha llevado a muchos autores a analizar el tipo de vínculo que une a los colectivos objeto de inserción con el trabajo. Si, para muchos de éstos, las políticas de inserción no conducen a un empleo asalariado ¿cuál es entonces el tipo de relación laboral que se establece? Este interrogante ha preocupado a muchos especialistas, que se han preguntado

sobre cómo denominar este espacio intermedio entre el paro -que aqueja a las poblaciones objeto de inserción- y el empleo asalariado -que no llegan a alcanzar con las medidas de inserción. (Garonna, 1992; Wuhl, 1991). Se ha hablado de 'sociedad de la actividad' (Garona, 1992) o, más recientemente, en un remedo del ya casi histórico 'pleno empleo', se ha hablado de 'plena actividad' (Marchand, 2002). Como más tarde veremos, estas preocupaciones terminológicas están provocadas por el debate de fondo sobre el futuro de la sociedad salarial y sobre cómo encajar en este futuro la diversidad de situaciones laborales y sociales que provienen de las políticas de inserción.

Por lo que respecta a estas últimas y a sus vínculos con este ambiguo concepto de 'actividad', Robert Lafore (2000) ha observado cómo la entrada en un dispositivo de inserción activa determinadas obligaciones que, precisamente, dan sentido al término de actividad. Frente a la lógica de protección social contributiva, donde se produce un marco de derechos objetivos en el cual, una vez conseguidos éstos, las obligaciones son secundarias; en el terreno de la inserción profesional, las obligaciones están muy presentes y la primera de todas consiste en "ponerse a disposición para la realización de una actividad, esto no es una simple consecuencia del dispositivo para poder alcanzar otros objetivos, sino que constituye la finalidad misma de la medida." (Lafore, 2000: 98). Como hemos visto, esta actividad está a medio camino entre el paro y el empleo y combina formación, medidas de socialización, pequeñas experiencias laborales que, por lo general, no conducen a un "verdadero empleo asalariado". En estas actividades, se mezclan rasgos típicos del trabajo asalariado -como son la presencia en un puesto de trabajo o la realización de tareas y su supervisión por estructuras de mando-, con otros que las alejan -como son la no plena participación en procesos de negociación colectiva o las restricciones de los derechos laborales respecto a otros trabajadores en plantilla-. Las reglas y las dependencias provienen de la administración pública y encierran un alto grado de discrecionalidad. Las propias palabras de Lafore describen bien todas las dimensiones de este reino de la ambigüedad laboral. Para él, este singular montaje crea "estructuras heterogéneas en las que se trata de articular lo

que anteriormente era distinto: el trabajo asalariado, la formación profesional, la asistencia, en unas condiciones en las que cada uno de estos elementos parece perder su esencia en esta rearticulación. La cuestión es determinar cuál es el alcance de estas mezclas de esferas: puro artificio, nuevo envoltorio atractivo para viejas técnicas, estructuras provisionales ante la falta de cambios y nuevas ideas.” (Lafore, 2000: 98).

II.- En segundo lugar, además de allanar el terreno a la flexibilidad laboral, las políticas de empleo contribuyen a facilitar el control de una población excedente, que no logra su ingreso en el mercado de trabajo y que puede convertirse en un importante problema social. Para ello, colaboran en la construcción de una identidad de parado inofensiva, que no choque con las finalidades de la economía e intentan limar las aristas que pudieran convertir a esta figura del parado en un problema de orden público. Asimismo, promueven la interpretación del paro como un problema individual o familiar, pero no social y político. La responsabilización del parado como único culpable de su situación ha marcado la orientación individualista y psicologista de las políticas de empleo, esto ha hecho predominar este enfoque individualizante-actitudinal sobre otros que pudieran incidir más en una explicación sobre las causas y soluciones sociales. De esta manera, se ha construido un sistema «disciplinario» de organización del tiempo de los desempleados, por lo general infravalorando a estos y llenándoles de deberes y obligaciones administrativas –cursillos, entrevistas, inspecciones, colas en sellado de la demanda de empleo en el INEM—. Igualmente, se ha influido sobre las representaciones colectivas, de manera que se resaltasen exageradamente los comportamientos censurables y vergonzantes de los parados –la perenne sospecha del parado defraudador–, cuando en realidad estas prácticas delictivas no son, ni mucho menos, mayoritarias. Desde este punto de vista, la inserción se muestra como una “ortopedia moral”, un instrumento de reforma de las costumbres, de transformación de las cualidades morales, sociales y profesionales, de habituación o rehabilitación al trabajo, de adquisición de propiedades comportamentales y disposiciones éticas que aseguren una congruencia con las empresas.

El repertorio de dispositivos que constituyen este modelo de tratamiento «disciplinario» del parado merecería por sí solo un tratado. No podemos detenernos mucho en ello, pero sí conviene mencionar una tendencia que va cobrando importancia en estos últimos años: se trata del progresivo predominio de un modelo de política de empleo de corte liberal, que restringe los derechos de los parados y eleva el estilo disciplinario a cotas solo comparables a los viejos tratamientos correccionales de los 'sin trabajo'. Loïc Wacquant (2000) ha ilustrado magistralmente este proceso en los Estados Unidos, país líder en la exportación de estas orientaciones que propugnan la 'obligación al trabajo'. Para Wacquant, su divulgación corre pareja a la retirada del Estado social y a la progresiva conversión del Estado de bienestar en un Estado Penal-Policial. Este es el marco sociopolítico en el que la posición económica neoliberal se ha conjugado con la reaparición de una neofilantropía autoritaria que ha servido de caldo de cultivo para la extensión de esta ideología del *Workfare*. En este nuevo orden, el Estado se convierte en un tutor moral inflexible que vela por el bien de los parados imponiéndoles la obligación al trabajo. En sus posturas más extremas, esta mentalidad considera el no-trabajo como un acto político que demuestra la necesidad del recurso a la autoridad. El Estado Providencia, y su aire maternal, ha de ser sustituido por un Estado Penal, con un carácter paternal, que impartirá la asistencia sólo a aquellos parados merecedores que se porten bien. Este merecimiento es directamente proporcional al grado de individualización, de autoimplicación y de predisposición cognitiva del parado respecto a la idea de que los problemas laborales son debidos a comportamientos individuales y falta de responsabilidad personal. En Estados Unidos, las clases humildes, el subproletariado urbano, preferentemente negro, es responsabilizado de su situación de miseria debido a esta pobreza moral que les hace dependientes de la asistencia estatal.

En paralelo, este mismo subproletariado urbano ha sido perseguido implacablemente por el sistema policial y penal. Esta criminalización de la miseria ha sido, siguiendo a Wacquant, la estrategia seguida por el capital para imponer la precariedad laboral en la nueva economía americana. La

alternativa para estas poblaciones se reduce a aceptar los trabajos descualificados o a caer en conductas delictivas y acabar en prisión. Las conexiones entre la tolerancia cero y el mercado de trabajo del nuevo capitalismo aparecen así evidentes: cárcel o trabajo precario, en forma de un círculo vicioso en el que siempre se pasa por los malos trabajos, más de dos millones de presos en Estados Unidos pueden confirmarlo. Mike Davis confirma estas tesis: el 'keynesianismo carcelario' que se ha extendido en este país ha producido una inflación de legislación dura que en pocos años ha llenado las cárceles americanas. A este paso, ironiza Davis, los gobiernos tendrán que derruir las universidades para construir prisiones, pero es que no se trata de un mal negocio: en un siniestro círculo virtuoso de la economía, las prisiones son una fuente de empleo y de mejoras económicas para los pueblos donde se instalan, con los beneficios extraídos del trabajo de los presos se paga la iluminación del estadio de béisbol (Davis, 2001).

La interpenetración del Estado penal y del Estado social se acentúa: los receptores de ayudas sociales son controlados disciplinariamente; en las familias '*underclass*,' las madres (*welfare mothers*) son atendidas por el sector social y los padres por el sector penal del nuevo estado postkeynesiano; el único sistema sanitario que muchos de ellos conocen es el que se tiene en prisión. Wacquant considera que, además del sistema carcelario, en los países europeos con tradiciones estatales fuertes y con mercados de trabajo más reglamentados, "la regulación punitiva de los sectores pauperizados del nuevo proletariado postfordista se efectúa principalmente por medio de dispositivos panópticos cada vez más elaborados e invasivos, directamente integrados en programas de protección y asistencia" (Wacquant, 2000: 123-4).

Wacquant mantiene que, a pesar de que este social-panoptismo pueda adoptar formas diferentes en Europa y en Estados Unidos, la tolerancia cero y la pauperización penal, y las consiguientes reinserción cero y reincidencia programada, son una pieza común de una regresión del Estado hacia sus rasgos más punitivos en un modelo económico que lo celebra y lo impulsa: La

'mano invisible' del mercado con el 'guante de hierro' del Estado (ibid. p.156).

La situación europea dista aún de la americana, pero algunos advierten del sesgo cada vez más visible de las políticas de empleo europeas hacia la obligación al trabajo, que en nuestro continente adquiere el eufemístico apelativo de 'activación' de los parados⁴⁸. Es cierto que además del nombre, las tonalidades de esta activación no son tan sombrías como las de la sociedad americana. Ya nos hemos referido en apartados anteriores a esta obsesión de las políticas de empleo hacia la activación de los parados, pero nos detendremos en un último aspecto: se trata de la más reciente ofensiva contra las prestaciones por desempleo y de la reformulación del concepto de 'empleo adecuado'.

El recorte de las prestaciones por desempleo es una constante en la Europa de los noventa. La diferencia de contenido de las últimas reformas es la vinculación de estos recortes con el reajuste del concepto de empleo adecuado, que obliga al parado a aceptar una oferta de empleo propuesta por los servicios públicos si no quiere ver reducido su subsidio. Este concepto de empleo adecuado proviene del periodo fordista, en el cual el pleno empleo garantizaba una gran apertura en la posibilidad de los parados de elegir un empleo conveniente a sus capacidades. El escenario postfordista ha cambiado la situación, la definición de pleno empleo es hoy mucho más restrictiva, más apegada a las condiciones macroeconómicas estructurales de crecimiento y no deja apenas margen de elección a los parados. El pleno empleo actual se

⁴⁸ Desde 1998, con el inicio tras la cumbre de Luxemburgo de un modelo de política de empleo europea común, los tintes 'neoclásicos' (Barbier, 1998) se han acentuado con la implantación de cuatro pilares que guían las directrices para el empleo: empleabilidad, espíritu empresarial, adaptabilidad e igualdad de oportunidades. Aceleradamente, la activación de los parados y los beneficios empresariales se abren paso. Si bien esta es la tendencia principal, existen múltiples propuestas llevadas a cabo en países concretos de la Unión que, desde una óptica socialreformista, mantienen una coherencia con la tradición del Estado social europeo y, a la vez, una sensibilidad mayor hacia los parados. Las propuestas para mejorar la calidad de los empleos; construir un nuevo derecho que permita dar seguridad a las trayectorias individuales (Supiot, 1999); proponer pasarelas entre las diferentes formas de actividad –doméstica, formativa, asociativa, laboral- y crear 'mercados transicionales' (Gazier, 1998) que organicen las transiciones entre dichas formas de actividad e impidan la exclusión; desarrollar formas de economía solidaria (Laville, 1997), son algunas ideas que, aunque discutibles, abren vías más creativas que la monotemática 'activación' de los parados.

persigue mediante la creación de empleos a toda costa, sea cual sea su calidad, y para ello hay que activar y movilizar todo el potencial de fuerza de trabajo con la finalidad de garantizar el cumplimiento de los objetivos económicos.

La abundante masa de empleos de servicios de baja productividad que la economía informacional produce requiere reformas en el mercado de trabajo que vayan en la dirección de las que actualmente vivimos: rebajar los costes de la mano de obra, obligar a la aceptación de cualquier tipo de trabajo a los parados, reducir el precio del despido y de las prestaciones por desempleo y conseguir así cuadrar el posible déficit público. Los derechos de los desempleados menguan hasta conseguir que casi el único derecho actual del parado sea, más bien, encontrar un empleo. Se dice por parte de los economistas más conservadores que el subsidio de paro debería desaparecer porque desincentiva al desempleado para buscar empleo. Lo que desincentiva no es el subsidio de paro, sino las malas condiciones de los empleos que se les ofrecen a los parados, empleos, en muchas ocasiones, inaceptables.

Los cambios en los contornos del desempleo que hemos señalado en apartados anteriores van ligados a transformaciones socioeconómicas muy relevantes que están provocando resquebrajamientos en la estructura social que configuró el fordismo. Las políticas de empleo han tendido a pensar que el paro actual podría resolverse sólo con sus recetas acompañadas de un crecimiento económico, sin dedicar una atención profunda a las cuestiones de la exclusión, los derechos sociales o la organización del trabajo. Esto minimiza el problema de empleo ante el que hoy nos encontramos. El paro no se resuelve promoviendo la creación masiva de malos empleos, así solo se elimina el paro estadístico, pero sigue sin alcanzarse el objetivo de crear buen empleo y además se están generando nuevas situaciones conflictivas ligadas a la desigualdad e inestabilidad laboral, a la accidentalidad, a la intensificación del trabajo y los turnos, etc. No se pueden dejar las políticas de empleo en manos de las empresas y de sus cíclicas apetencias y necesidades de creación de puestos de trabajo. La aspiración de una buena

política pública debe ser ofrecer nuevos instrumentos que permitan una mejora global de la situación de empleo, que reduzcan al máximo el desempleo, que promuevan la estabilidad laboral, que regulen el tiempo de trabajo, que fomenten las nuevas áreas y necesidades para poder desarrollar empleos creativos, útiles para la colectividad y no sólo para las empresas.

V. Perfiles sociodemográficos del paro de larga duración en España: análisis estadístico

V.- Perfiles sociodemográficos del paro de larga duración en España: análisis estadístico de las nuevas dinámicas y colectivos en el desempleo

“Peiné todo el mercado de trabajo, como solían decir ellos, pero era una rutina monótona e inútil, tenías que conocer a alguien para obtener un trabajo, aunque fuera el de cobrador de autobús. Por eso todo el mundo era lavaplatos, la ciudad entera estaba llena de lavaplatos sin trabajo.”

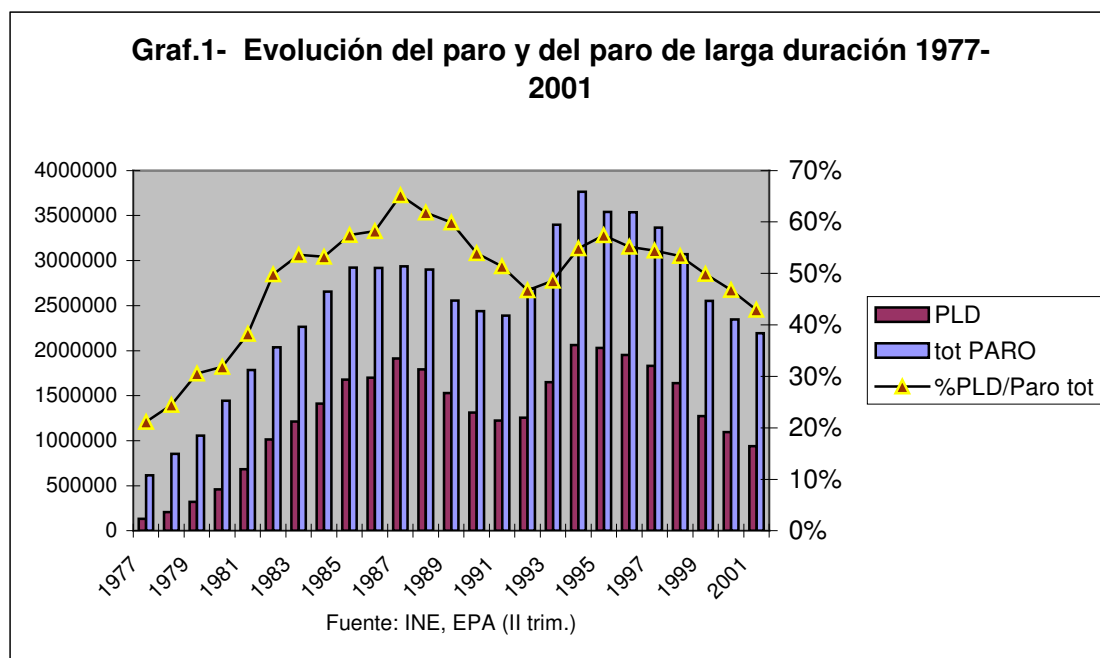
Charles Bukowski, La senda del perdedor, 1996

Este capítulo tiene una orientación descriptiva acerca de los colectivos más afectados por el desempleo de larga duración y de sus evoluciones en estos últimos veinte años. Los datos que ilustrarán la descripción provienen de la Encuesta de Población Activa (EPA), elaborada por el INE y que, a pesar de sus limitaciones, resulta la fuente estadística más rigurosa para analizar la actividad laboral en España. Comenzaremos ofreciendo una panorámica de las fases por las que ha pasado el paro de larga duración en nuestro país. Estas fases nos permitirán acercarnos a los principales rasgos de este tipo de desempleo y a sus cambios. En segundo lugar, nos detendremos en las evoluciones más recientes. En la actualidad, asistimos a una progresiva interrelación entre el desempleo y las dinámicas de flexibilidad en el mercado de trabajo. Estas conexiones están configurando un modelo de desempleo, que aquí hemos adjetivado como flexible, y que tiene repercusiones trascendentales para la evolución futura de nuestro objeto de investigación: el paro de larga duración. Este “paro flexible” redefine el papel de los colectivos afectados por el desempleo y, sin cambiar las principales identidades -jóvenes, mujeres y parados mayores de 45 años-, sí modifica su papel. El tercer apartado de este capítulo se centrará en el análisis de estos grupos y en su peso sobre la composición del paro de larga duración.

Como se señala en el apéndice metodológico, esta exploración cuantitativa -más volcada sobre la descripción y la dimensiones estadísticas- nos servirá de apoyo para definir la muestra de las entrevistas abiertas -dirigidas a realizar un análisis cualitativo de la prácticas y vivencias de los parados.

V.1.-Las fases del paro y del paro de larga duración en España

En el desarrollo del desempleo en los últimos 25 años, es posible identificar cuatro etapas bien diferenciadas. El gráfico 1 permite observar cómo, de forma cíclica, el paro ha mostrado dos fases de crecimiento y dos de disminución, que han coincidido a grandes rasgos con los ciclos económicos que han vivido los países occidentales. La primera fase transcurre entre 1977 -inicio de la serie que analizamos- y 1987. Refleja un intenso crecimiento del paro, prolongado en el tiempo y, en su momento, aparentemente irrefrenable. Es el resultado del



empeoramiento de la mayor parte de indicadores económicos que se verifica tras la crisis del petróleo en el 1973 y 1979 y que se concreta en reestructuraciones económicas que multiplican por seis el número de parados entre 1977-1987. Este periodo de crecimiento arrollador hizo conocer al conjunto de población los

efectos angustiosos del paro. Sobre todo marcó a una generación de jóvenes en su inserción laboral y perjudicó particularmente a los obreros industriales que sufrieron en sus propias carnes los efectos de la reestructuración productiva. Esa década de crecimiento convirtió al paro en la mayor preocupación de los ciudadanos y hoy esta fractura en el imaginario colectivo persiste.

El paro de larga duración se ajusta a la evolución global del desempleo. Puede decirse que en este primer periodo asistimos a su nacimiento y consolidación. Como ya se ha visto en capítulos previos, la duración del paro, y con ello la definición del paro de larga duración como categoría estadística, no se contemplaba al no constituir un problema relevante. Sin embargo, a partir de la segunda mitad de los setenta su crecimiento es muy voluminoso: de los 130.491 parados de larga duración en 1977 se pasa a 1.913.134 en 1987, esto supone una cantidad 15 veces mayor. En el primer año de la serie, el paro de larga duración representaba, como se puede observar en el eje porcentual de la derecha del gráfico representado por la línea, el 21% del total de parados; en 1987, este porcentaje se elevaba al 65%, la cifra más alta de todo el periodo que estamos considerando.

Las dinámicas del desempleo en esta primera etapa definen un modelo de paro masivo, estructural y predominantemente de larga duración que caracterizará como tendencia general a este cuarto de siglo final del XX. Como veremos, sólo en la última fase comienzan a verse modificaciones en las tendencias del desempleo que permiten comenzar a hablar de cambios en el modelo general de paro.

La segunda fase se inicia en 1987 y se extiende hasta 1992, está marcada por un descenso pronunciado del paro fruto de la recuperación económica que se verifica en Europa en la segunda mitad de la década de los ochenta. En este periodo se crean más de dos millones de empleos que hubieran podido contrapesar las pérdidas del periodo de crisis anterior, pero en ese momento se

cuenta con un millón y medio más de activos provenientes de las abundantes cohortes juveniles y de la incorporación a la actividad del colectivo de mujeres. Esto hace que a pesar de la recuperación, en España siga manteniéndose una alta cantidad de parados y que las reducciones no alcancen más que a medio millón de parados. Con todo, en este breve periodo se produce un descenso pronunciado que rebaja en un 20% el número total de parados. En el caso de los de larga duración, el descenso es más importante, existiendo entre 1987 y 1992 un 35% menos de estos parados. Las políticas de empleo que se dirigen a este colectivo hacen más intensa su reducción y rebajan su peso sobre el total del desempleo: en 1992, los parados de larga duración habían pasado a representar un 47% del total de desempleados. En el ajuste al ciclo, el paro de larga duración parece siempre reaccionar más tarde al cambio de tendencia: cuando comienza el descenso del paro global en 1986, los parados de larga duración siguen creciendo un año más y alcanzan su número más elevado en 1987, mostrando cómo son ellos los últimos en beneficiarse de los periodos de mejoría económica.

La tercera fase que podemos apreciar siempre en el gráfico 1 transcurre entre 1992 y 1996. Está caracterizada por un crecimiento muy importante del número de desempleados, que alcanzan en 1994 el techo del paro en nuestro país: 3.762.900 personas, un 24% de la población activa. A esta tasa de paro se llega tras una aceleración vertiginosa que comienza en 1992 y que incrementa en un 36% el número de parados en sólo dos años. Popularmente, la resaca tras las celebraciones de la Expo y las Olimpiadas son responsabilizadas de esta evolución negativa. Sin embargo, la mayor parte de los países europeos se ven perjudicados por esta fase descendente del ciclo que se concreta en reducciones del crecimiento económico, cuando no parálisis e incluso momentos de crecimiento negativo. La posición de la economía española en el contexto mundial hace que la crisis se manifieste con especial intensidad en la mayor parte de los indicadores económicos: la inversión, el déficit público, la reducción del consumo privado y, por supuesto, el empleo se resienten en este periodo.

El paro de larga duración refleja un acelerado incremento que le hace alcanzar el nivel más elevado hasta ese momento, superando en 1994 los dos millones de personas, el 55% del número total de parados. Entre 1991 y 1994, el número de parados de larga duración se incrementa un 40% y en este rápido crecimiento confluyen la difícil incorporación al empleo de las mujeres de edad intermedia y la pauta de inestabilidad de los empleos que en periodos de crisis permite a los empresarios prescindir con mayor facilidad de los contratados más recientes. Los años 1995 y 1996 suponen para las cifras del paro un frenazo de los incrementos anteriores y una estabilización en niveles muy elevados. No será sino hasta 1996 cuando el descenso del desempleo comience a verificarse de forma evidente.

Estas reducciones abren la cuarta y última etapa en la evolución que estamos describiendo. Comienza en 1996 y concluye en 2001, el último año que recoge la serie que estamos analizando. Las dos tendencias más características de este periodo son la elevada creación de empleo y la reducción drástica del paro y del paro de larga duración. Aunque el descenso del paro comienza a notarse levemente desde finales de 1994, no será sino a finales del 1996 cuando se inicie una reducción progresiva y cuantitativamente muy relevante. Este quinquenio final de siglo se asemeja a la segunda fase que acabamos de analizar, entre 1987-1991, en la cual el empleo creció y el paro se redujo en términos comparables al momento actual. La disminución acumulada del número de parados entre 1996 y 2001 reduce un 38% el total. De las abrumadoras tasas que rondaban el 24% al inicio del periodo y con más de tres millones y medio de parados, se ha pasado a tasas en torno al 14%, con algo más de dos millones de parados. La duración de la fase de descenso del desempleo es quizá un rasgo de diferenciación respecto al momento de crecimiento anterior: una secuencia de crecimiento del empleo y de reducción del paro que se prolonga durante siete años y que ha incidido con mayor impacto aún en las cifras de parados de larga duración. En 2001, estos se habían recortado casi un 52% respecto a la cantidad de 1996, y, particularmente desde 1999, rebajan su proporción en el conjunto

del desempleo: actualmente se ha reducido hasta el 43%, cuando en 1996 alcanzaba el 55%. El número de parados de larga duración y el tiempo de permanencia en el paro se han recortado considerablemente.

La “nueva economía” ha sido el contexto en que se produce esta tendencia de descenso tan marcada. Hemos señalado en otros apartados de esta tesis cómo esta etiqueta -hoy muy popular- anuncia un periodo de crecimiento económico acelerado fruto de las nuevas tecnologías, los aumentos de productividad y la innovación productiva. Los economistas más atrevidos han llegado incluso a afirmar que acaba con la dinámica de los ciclos económicos y que abre un periodo de prosperidad inagotable. No parece muy verosímil mantener tal triunfalismo, pero el optimismo se desborda entre algunos economistas cuando se comprueba que Estados Unidos han encadenado la fase de crecimiento continuado más larga después de la crisis de 1973. Un crecimiento que se ha apoyado en una dinámica empresarial en la que las empresas de la economía digital -las *start up*- han provocado un funcionamiento financiero de altísima rentabilidad y expectativas para los inversores. El *Nasdaq*, la nueva bolsa de valores tecnológicos, es el motor de beneficios de esta economía digital, que ha extendido a todos los países de la OCDE las tendencias al alza de la economía. Aunque también ha extendido los riesgos de volatilidad e inestabilidad que van aparejados con una burbuja financiera de gran magnitud como la que se está formando. Muy recientemente, algunas empresas de la flor y nata de la “nueva economía” han protagonizado fracasos sonados fruto de una gestión que roza los límites de la corrupción. Los casos de Enron o Worldcom son un ejemplo de estas empresas representantes del funcionamiento de la “nueva economía” que se hunden en pocos meses dejando un reguero de despidos y de fraudes.

Aunque esta etapa no está cerrada, cabe añadir que el ritmo de crecimiento del empleo y de reducción del paro se ha ralentizado en 2001 y que los economistas menos condescendientes con la propuesta de la “nueva economía” han alertado

sobre las malas consecuencias que puede traer un modelo de crecimiento tan superficial y evanescente. Con estas previsiones de incertidumbre cabe moderar el optimismo y limitar el crédito a este periodo aún abierto de la “nueva economía”. Es preciso analizarlo en los términos de crecimiento en que se presenta, pero siempre con cautelas y con la posible hipótesis de un retorno a las vacas flacas del paro y del frenazo en la creación de empleo. La globalización interconecta a todos, aunque acaba perjudicando más a los menos fuertes, es por ello que en España se deberá prestar una atención suplementaria a analizar las fuertes tendencias de crecimiento -más marcadas que en el resto de Europa-, pero también de crisis potencial.

Abusando de los eslóganes triunfantes, podríamos decir que la llamada “nueva economía” ha traído consigo un “nuevo mercado de trabajo”. Periodísticamente, se leen muchas exageraciones sobre las nuevas tecnologías, el nuevo crecimiento económico, la sociedad de la información y las nuevas formas de trabajo. En muchos casos es un discurso hueco, puro artificio. Pero es cierto que todos los procesos reales que se hallan detrás de las aceleradas dinámicas de globalización han causado una auténtica conmoción en el ámbito laboral. Este último periodo está incorporando rasgos muy novedosos en el modelo de paro que se concretan en las siguientes dinámicas:

- Reducción del paro total y con mayor intensidad del de larga duración
- Número muy elevado de contratos temporales de breve duración, que alcanzan a la mayor parte de los nuevos ocupados y limitan sus posibles periodos de permanencia en el paro. Esta interrelación creciente entre el paro y el empleo temporal está generando un nuevo modelo de paro que se caracteriza más por la recurrencia en el paro que por la prolongación.
- Persistencia de un núcleo duro de parados que siguen alcanzando largas estancias en el desempleo. Este grupo está compuesto por los colectivos

más vulnerables, que acumulan dificultades particulares de segregación laboral -predominantemente mujeres-, de inserción laboral - algunos grupos de jóvenes- o de exclusión laboral -los parados mayores y aquellos con bajos niveles educativos.

A continuación ilustraremos con algunos datos todas estas nuevas dinámicas que parecen estar configurando un nuevo modelo de paro “flexible”. Comenzaremos por establecer los vínculos entre la flexibilidad laboral y el desempleo y, en segundo lugar, describiremos los efectos sobre los colectivos más afectados por el paro de larga duración.

V.2.- El “paro flexible”: tendencias recientes del desempleo

El crecimiento de la rotación y la proliferación de los “pequeños contratos” vinculan cada vez más el paro a las dinámicas del empleo. Las secuencias de empleo-paro, características del desempleo recurrente, se perfilan con intensidad en el mercado de trabajo. Ya hemos comentado anteriormente que el desempleo está pasando a ser un momento del empleo en esta nueva economía de la flexibilidad y sería de gran interés poder seguir los periodos interempleos. En este sentido, la concepción del desempleo estructural que ha hegemonizado las interpretaciones de este problema en los últimos veinte años está, en parte, cambiando. Las evoluciones actuales harían pensar que transitamos hacia un modelo de paro en el que se combinará, por una parte, un componente friccional, que afectará a un número elevado de personas trabadas en la dinámica de la recurrencia paro-empleo y, por otra parte, persistirá un núcleo duro del paro, compuesto por los damnificados por la nueva economía: parados en la franjas de edad avanzada, grupos de mujeres de mediana edad excedentes de los servicios y colectivos descualificados y excluidos tecnológicos y de otro tipo. Las tendencias están en marcha y aún puede ser precipitado asegurar que el modelo de desempleo ha abandonado parte de su carácter masivo y estructural, pero algunos síntomas confirman el avance de este modelo de “paro sostenible” -

que parece suponerse que hay que aceptar como coste inevitable de un mercado de trabajo dinámico y competitivo y que afecta a un grupo de parados de segundo orden en cuanto a su importancia social: mujeres, jóvenes, parados mayores y descualificados-.

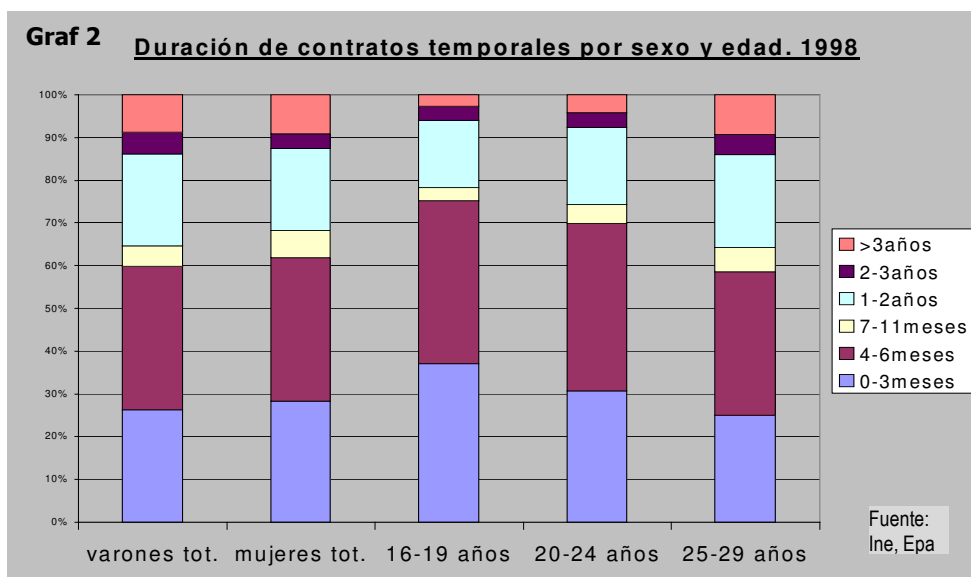
Interesarse hoy por la flexibilidad y la precariedad -con cierto atrevimiento podría proponerse el neologismo flexiprecariedad para reducir la redundancia de los dos términos, que tanto se coimplican- supone superar la visión, hasta ahora imperante, de un mercado de trabajo con dos polos: empleo-paro. Sin haber desaparecido, conviene ir percibiendo que esta dualidad está cediendo su lugar a una interpretación en términos de continuidad, que significaría entender el paro y el empleo no como bloques separados que afectan a poblaciones diferentes y sin relación, sino como una única realidad, entendida de forma dinámica, como un flujo en el cual circulan las mismas personas, entrando y saliendo del paro, movilizadas siguiendo la pauta del ciclo económico. El paro no es hoy lo contrario del empleo, es un momento del empleo.

Para ilustrar este cambio de enfoque en la comprensión de la dinámica del mercado de trabajo, me centraré en describir algunas de las tendencias más recientes que acompañan a la temporalidad. En el segundo trimestre de 2000, la EPA contabilizaba un 32% de contratos temporales. Esta tasa se agravaba en el caso de los jóvenes entre 15-29 años -un 56% de los asalariados comprendidos en este grupo de edad tenía un contrato temporal-, y en el caso de las mujeres -con un 35% de asalariadas temporales-. La incidencia de la temporalidad se intensifica y se hace más selectiva si analizamos la variable ocupación: no todas las profesiones se ven afectadas por igual. Los grupos ocupacionales que acogen los empleos más descualificados soportan una flexibilidad mayor. La tabla 1 muestra cómo casi el 60% de los trabajadores a tiempo parcial pertenecen a los grupos ocupacionales 5 y 9, correspondientes a las profesiones más descualificadas de los servicios y a los peonajes.

Tabla 1 Trabajadores con jornada parcial por ocupación (en miles y (%))	
<i>grupo ocupacional (CNO 94)</i>	<i>Tot. tiempo parc.</i>
Grupo 2: Técnicos y profesionales	132.6 (11%)
Grupo 3: Técnicos y prof. de apoyo	103.7 (9%)
Grupo 4: Empleos administrativos	103.8 (9%)
Grupo 5: Servicios de restauración, personales, seguridad y comercio	281.0 (24%)
Grupo 9: Trabajadores no cualificados	398.2 (34%)
Total:	1.183

Fuente: INE, EPA

Probablemente, uno de los rasgos que denota con mayor claridad la extensión de la flexibilidad y de los flujos entre empleo y paro es la cantidad creciente de asalariados con contratos de muy breve duración. El gráfico 2 describe la estructura de los más de tres millones y medio de contratos temporales que existían en 1998. La abundancia de contratos de menor duración es abrumadora. En todos los casos reflejados, el 60% de los contratos está por debajo de los 6 meses, cuando la normativa permitiría extender esta duración. A partir del mismo gráfico, cabría interpretar una segmentación en el seno de los propios



trabajadores temporales, con dos tercios de temporalidad precarizada, representada por el 60% de los contratados de menos de seis meses y un tercio de temporalidad de transición a la estabilidad -representada por el 30% de

contratados de más de un año-. No existen fuentes estadísticas en España que permitan afirmar terminantemente la hipótesis anterior¹, pero los datos franceses² revelan que en 1996 un 30% de sus contratos temporales se habían transformado en contratos indefinidos. Esta concordancia de los datos podría apoyar la hipótesis de una fractura entre una franja “estable” de contratados temporales y un núcleo mayoritario de mayor vulnerabilidad y precariedad. El hecho de que el contrato indefinido se haya convertido hoy día en una casualidad laboral -representa sólo el 6% de los contratos registrados en el INEM- está haciendo crecer este núcleo de vulnerabilidad y acelerando los procesos de rotación de la mano de obra.

Estos procesos afectan, nuevamente, más a los jóvenes y a las ocupaciones más descualificadas. La siguiente tabla (2) evidencia la mayor movilidad laboral de los colectivos mencionados. Es particularmente llamativo el hecho de que un 42% de los ocupados en trabajos no cualificados lleven menos de seis meses en su

Tabla 2 - Ocupados con un tiempo de empleo inferior a 6 meses, por ocupación. 1999

<i>grupo ocupacional (CNO 94)</i>	(%)
(2) Técnicos y profesionales	9%
(3) Técnicos y profesionales de apoyo	13%
(4) Empleos administrativos	13%
(5) Servicios de restauración, personales, seguridad y comercio	21%
(8) Operadores maquinaria industrial	19%
(9) Trabajadores no cualificados	42%
Fuente: INE, EPA	

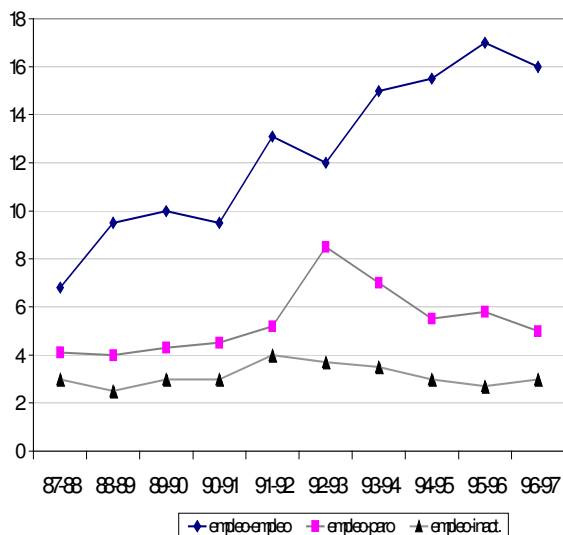
¹ A este respecto, sólo contamos con la cifra de contratos transformados en indefinidos que proporciona el INEM. En 1999, esta cantidad superaba en poco la cifra de 400.000, lo que representa un 3% del total de contratos registrados en ese año. Esta cantidad está muy influida por los incentivos otorgados para favorecer dicha conversión y es por ello muy poco indicativa. Por otra parte, el dato que resultaría relevante, y que no existe, es el que resultaría de seguir la trayectoria de los contratados temporales desde su inicio hasta su conclusión y posterior definición de su status laboral.

² INSEE, Enquêtes emplois.

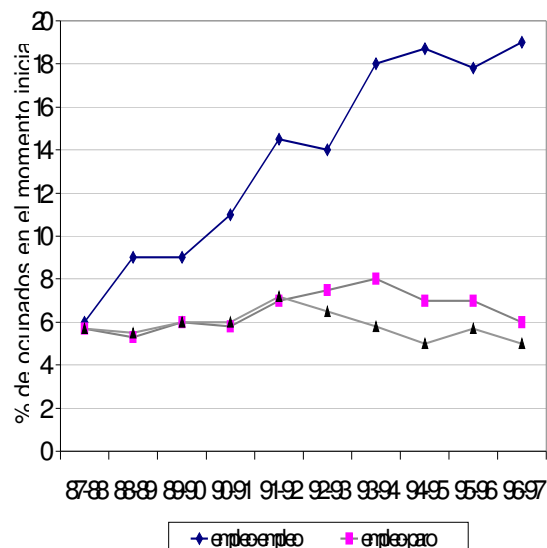
empleo. Esto indica una estructura temporal del grupo ocupacional marcada abrumadoramente por la movilidad y por una presumible sobrepresencia de los contratos de más breve duración.

La movilidad y la rotación laboral son el fenómeno más destacable del mercado de trabajo en estos últimos años. Los breves contratos provocan movimientos entre empleos cada vez más frecuentes que acrecientan la percepción de inestabilidad. Los colectivos jóvenes, las mujeres, los grupos profesionales más descualificados y con niveles educativos bajos cargan con el peso de esta mayor inestabilidad. El incremento de la frecuencia en las salidas y entradas en el empleo quedan bien reflejadas en el gráfico 3, donde se verifican las transiciones entre empleos. En 1988, el 7% de los ocupados varones cambiaron de empleo; este porcentaje ascendió al 16% en 1988. En el caso de las mujeres, los porcentajes variaron del 6% al 18%. Luis Toharia (1998) ha elaborado un índice agregado de movilidad en el que se verifica que entre 1995 y 1996, “uno de cada cuatro varones activos cambió de situación, incluidos los cambios de empleo y las

Gráfico 2 Flujos de salida del empleo 1987-1997. Varones



Graf. 3 Flujos de salida del empleo 1987-1997. Mujeres

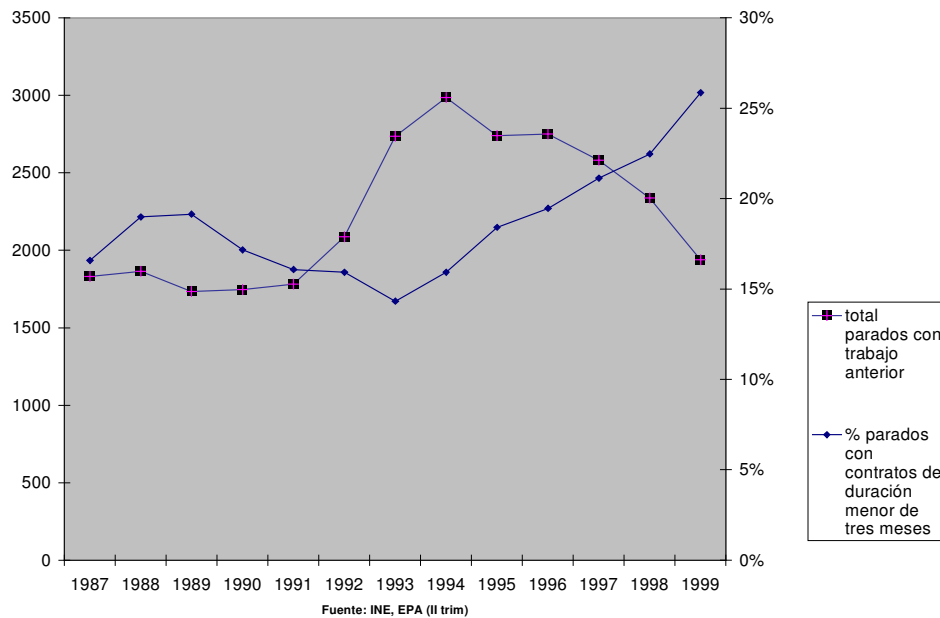


reincidencias en el paro. La proporción era cercana a 3 de cada 10 en el caso de las mujeres”. Los cálculos de este autor muestran cómo este índice se ha

duplicado en los últimos diez años y presenta actualmente los valores más elevados de la Unión Europea.

En los últimos quince años, la duración de los contratos se ha reducido considerablemente. El gráfico de más abajo (4) sirve de ejemplo para confirmar esta tendencia. A mitad de los noventa, el número total de parados con

Gráf. 4 Crecimiento de los parados con un contrato anterior de duración menor de tres meses



experiencia laboral comenzó una evolución descendente que se intensificó a partir de 1996. Desde entonces el paro se redujo más de un 35 % descendiendo de 3 a 2 millones de personas. El mismo gráfico nos muestra cómo en paralelo a este descenso ha crecido abundantemente la cantidad de parados cuyo contrato anterior tuvo una duración menor de tres meses pasando de 303.800 a 501.100 entre 1987 y 1999. El eje derecho del gráfico nos indica que al inicio de la serie, el 17% del total de parados con trabajo anterior provenían de un contrato de menos de tres meses, mientras que ese porcentaje ha ascendido al 26% en 1999: uno de cada cuatro parados procede de estos contratos de breve duración. Este

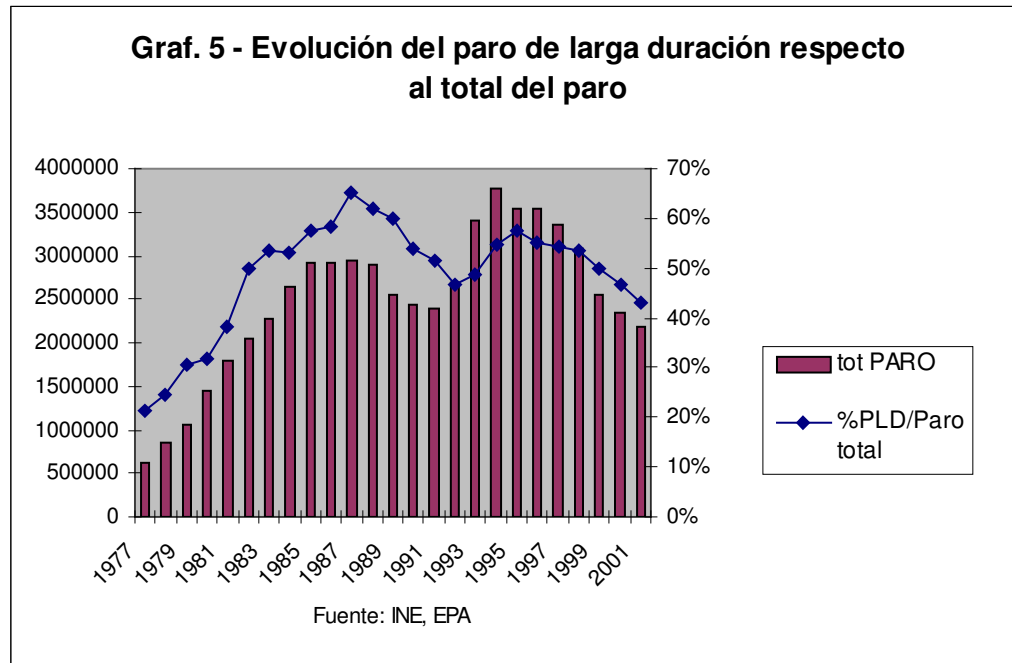
predominio confirma las tendencias que ya hemos señalado acerca de la fluidificación del mercado de trabajo. Las entradas y salidas en el paro y en el empleo se han multiplicado más intensamente en estos cuatro últimos años, donde el porcentaje crece del 19% en 1996 hasta el 26% de 1999. El movimiento de tijera que el gráfico muestra en esos años delata que si bien el paro disminuye considerablemente, también ha aumentado de la misma manera el número de parados provenientes de situaciones contractualmente precarias en su experiencia de empleo anterior. La flexiprecariedad deja también su huella entre los parados y pone de manifiesto la tesis de que las conexiones entre el paro y el empleo están cada vez más estrechamente entrelazadas.

V.3.- La composición género-edad del paro de larga duración: los colectivos afectados

Antes de avanzar en los colectivos que más sufren el paro persistente, es necesario detenerse en algunos detalles de su evolución cronológica para poder desagregar posteriormente los diferentes grupos que lo componen. Nos interesaría concretar, en primer lugar, el peso creciente del paro de larga duración sobre el paro total y cómo pasa a lo largo de los ochenta a primer plano entre los problemas del mercado de trabajo. El gráfico 5 permite observar este recorrido.

El eje derecho, en el que se refleja el porcentaje de parados de larga duración sobre el total de parados, nos muestra que en los momentos iniciales de la serie cronológica el desempleo prolongado solo afectaba a un 21 % de los parados, pero se extendió aceleradamente durante los ochenta y en 1987 alcanzaba al 65%, convirtiéndose en una preocupante epidemia que activó todas las defensas de las instituciones en forma de políticas económicas y de empleo para intentar aplacar el problema. Si se observa detenidamente el gráfico, puede comprobarse cómo en la primera fase de aumento del paro -hasta 1987-, la proporción de parados de larga duración no cesa de crecer descontroladamente.

Este impetuoso ritmo se mueve por encima del ciclo del paro y el peso de las duraciones prolongadas se hace cada vez más omnipresente hasta alcanzar el



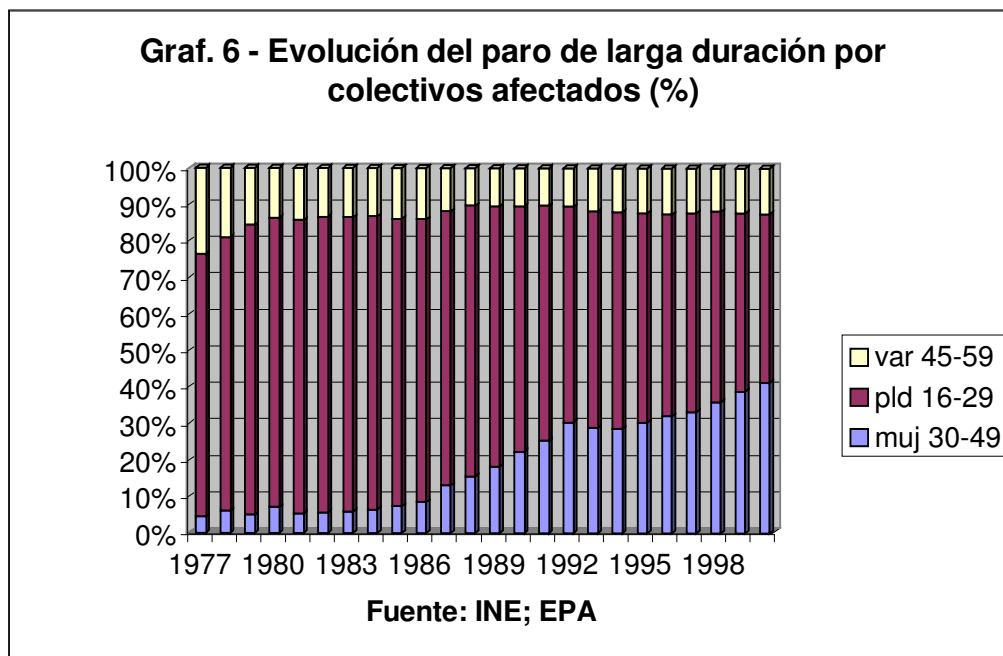
mencionado 65% del total en 1987. Mientras que en 1985, el paro global ha comenzado a disminuir, el de larga duración seguirá subiendo dos años más hasta que el crecimiento del empleo que se produce en la segunda mitad de los ochenta alcanza a los parados que se sitúan en la cola del paro de larga duración y hasta que las reformas en el Estatuto de los Trabajadores en 1984 se dejan notar en la posterior proliferación de contratos temporales.

En el siguiente ciclo de aumento del paro en los noventa, el comportamiento del paro de larga duración cambia. El desempleo global crece abundantemente entre 1992 y 1994, sin embargo, el componente de larga duración, a pesar de aumentar, no alcanza los niveles del momento anterior. Las sucesivas reformas - 1992 y 1993- en los tipos de contrato, la correspondiente difusión de la flexibilidad laboral y la focalización de las políticas de empleo sobre los colectivos afectados por la prolongación del desempleo limitan el nivel de parados de larga duración sobre el conjunto del desempleo.

En los últimos cinco años, la proporción de parados de larga duración se ha reducido considerablemente. En 2001, representan un 43% del total. Puede afirmarse que la reducción de la duración media de los periodos de desempleo es una de las manifestaciones del nuevo modelo de “paro flexible”. Hay que precisar que esta fluidez del desempleo favorece a los colectivos de parados mejor situados de cara al mercado de trabajo. El mismo gráfico 5 permite ver cómo en los últimos tres años el paro global ha bajado a un nivel más rápido que el de larga duración, lo cual indica que sigue presente un núcleo duro de paro de larga duración que no parece acceder con facilidad al empleo a pesar de la mayor fluidez del mercado de trabajo. El interrogante sobre las situaciones de desempleo prolongado se abre en 2001 cuando parece que el ritmo de crecimiento de empleo y de reducción del paro comienzan a ralentizarse. A falta de más datos, cabe prever que los procesos de flexibilización que se consolidan y avanzan en los noventa van a continuar configurando un modelo de “paro flexible”, en el que se reducirá la duración media de los periodos de paro y, a la vez, se arraigará un núcleo duro de parados de larga duración que acumularán las mayores dificultades de cara al empleo.

Los gráficos 6 y 7 muestran la evolución de los principales colectivos afectados por el paro de larga duración. Se trata de los tres grupos que están siendo objeto de nuestro análisis: jóvenes de ambos sexos, de las mujeres en edades intermedias (30-44) y de los varones mayores de 45 años. Desde principios de los ochenta, estos tres grupos han acumulado en torno al 85% del paro prolongado, por tanto puede decirse que este tipo de paro es privativo de estos grupos por otra parte, el restante 15% corresponde a otros grupos de mujeres mayores de 50 y de varones de los primeros tramos de edad más cercanos a la juventud (30-34).

Los varones entre 30-45 años representan un porcentaje en todo el periodo que ronda el 10% y aportan así una proporción que sin llegar a ser residual, sí es

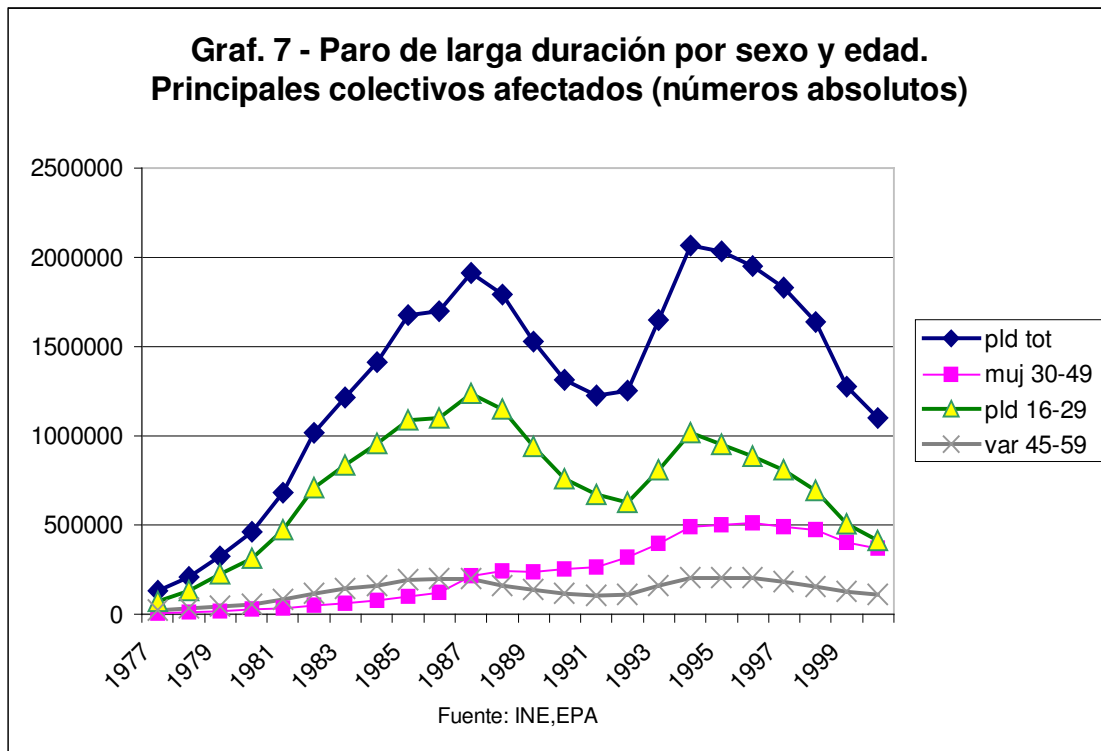


minoritaria, más aún tratándose de los grupos con mayores tasas de actividad. Frente a este reducido peso de los varones en edades intermedias, los grupos más característicos del paro de larga duración contribuyen aplastantemente a la composición de este tipo de paro. El gráfico 6 muestra cómo al inicio de la serie los jóvenes representaban cerca de un 70% de los parados de larga duración y esto se mantiene hasta el comienzo de la década de los noventa, momento en el que las mujeres comienzan a tener un protagonismo mayor. Los jóvenes han sido los que más han visto descender la duración media de sus periodos de paro durante los noventa y, sobre todo, en la fase de crecimiento de finales de la década. En 2000, la proporción de los jóvenes en el paro de larga duración se había reducido al 37%. El modelo de “paro flexible” ha sido determinante en esta evolución: los jóvenes son los principales destinatarios de los contratos temporales que, al proliferar, limitan la duración del paro pues no da tiempo a acumular los doce meses preceptivos para ser considerado parado de larga duración. Pese a la reducción de su peso en el conjunto, no puede decirse que

los jóvenes hayan dejado de ser un problema de cara al desempleo. Por una parte, mantienen un porcentaje aún considerable y siguen siendo el grupo con el mayor peso y, por otra, se ven afectados por el nuevo paro recurrente en el que se alternan periodos de paro y empleo, lo que sigue complicando sus recorridos de inserción.

Por lo que se refiere a las mujeres de edades intermedias (30-44 años), el mismo gráfico 6 deja ver el rastro cronológico de la segregación laboral. Con porcentajes insignificantes hasta finales de los ochenta, todo el decenio de los noventa ha tenido unos resultados muy negativos para ellas, alcanzando en 2000 un 33% del total de parados de larga duración. La selectividad del mercado de trabajo ha penalizado duramente a las mujeres en edades intermedias frente a otros grupos. Finalmente, los mayores de 45 años ven variar muy poco su participación en el desempleo prolongado. A lo largo de todo el periodo considerado suponen siempre algo más del 10% del total de parados de larga duración. Este colectivo, que crece notablemente en el proceso de reconversión industrial de principios de los ochenta, mantiene después un número constante de entradas que atestiguan cómo paulatinamente el sistema productivo español elimina, por goteo, trabajadores poco cualificados de edades avanzadas

El gráfico 7 permite seguir con más detalle la evolución en términos absolutos del paro de larga duración y aporta informaciones complementarias para cada colectivo. No es extraño que la evolución de los jóvenes se ajuste con tanta precisión a la tendencia general pues ellos son el componente principal del paro de larga duración y marcan la pauta. Siguiendo su rastro, se observa cómo hasta 1987, momento de mayor elevación, 1.236.704 jóvenes veían obstruido el acceso al empleo y con ello su inserción social. Este colapso del mercado de trabajo juvenil marca las trayectorias de toda una generación muy afectada por la penuria de puestos de trabajo.



La recuperación de finales de los ochenta y principios de los noventa reduce el número de parados considerablemente, pero el ciclo económico vuelve a presentar una realidad implacable entre 1992-1994, con un aumento casi tan contundente como fue la disminución anterior, aunque en este caso concentrado en dos únicos terribles años que incrementan en un 40% el paro de larga duración de los jóvenes y se vuelve a superar la barrera del millón de jóvenes desempleados. Este aumento tan vertiginoso pone de relieve cómo éstos representan una variable de ajuste en los momentos de recesión del mercado de trabajo. A partir de ese momento, comienza un descenso, moderado en su primera fase y enérgico a partir de 1998, cuando los efectos de la flexibilidad laboral y el crecimiento del empleo conducen al nivel más bajo de paro desde el inicio de la serie cronológica que aquí estamos considerando. A falta de datos para conocer las evoluciones posteriores, puede decirse que el modelo de “paro flexible” ha desplegado sus mecanismos de funcionamiento para estos tramos de edad juvenil: contratos temporales y paro recurrente, no de larga duración.

El colectivo de mujeres en edades intermedias (30-44) presenta problemas específicos en cuanto su desempleo. El grupo está compuesto, en su mayor parte, por mujeres con cargas familiares, con niveles de estudios no muy altos y con poca o ninguna experiencia laboral. En todo caso, su baja cualificación las dirige frecuentemente hacia los “empleos de baja productividad” de los servicios -limpieza, cuidadoras, hostelería-, con bajos salarios y malas condiciones de trabajo y empleo. Junto a esto, su situación familiar y la flexibilidad imperante las hace ocupar un lugar prioritario en la contratación temporal y en la rotación laboral. Su lugar en el ámbito doméstico las sitúa en un lugar poco definido entre la inactividad y la actividad laboral y, cuando esta última se impone, tienen que seguir haciéndose cargo del trabajo en casa. Además, por estos mismos motivos sus modalidades de búsqueda son menos eficaces y la duración de su desempleo se prolonga.

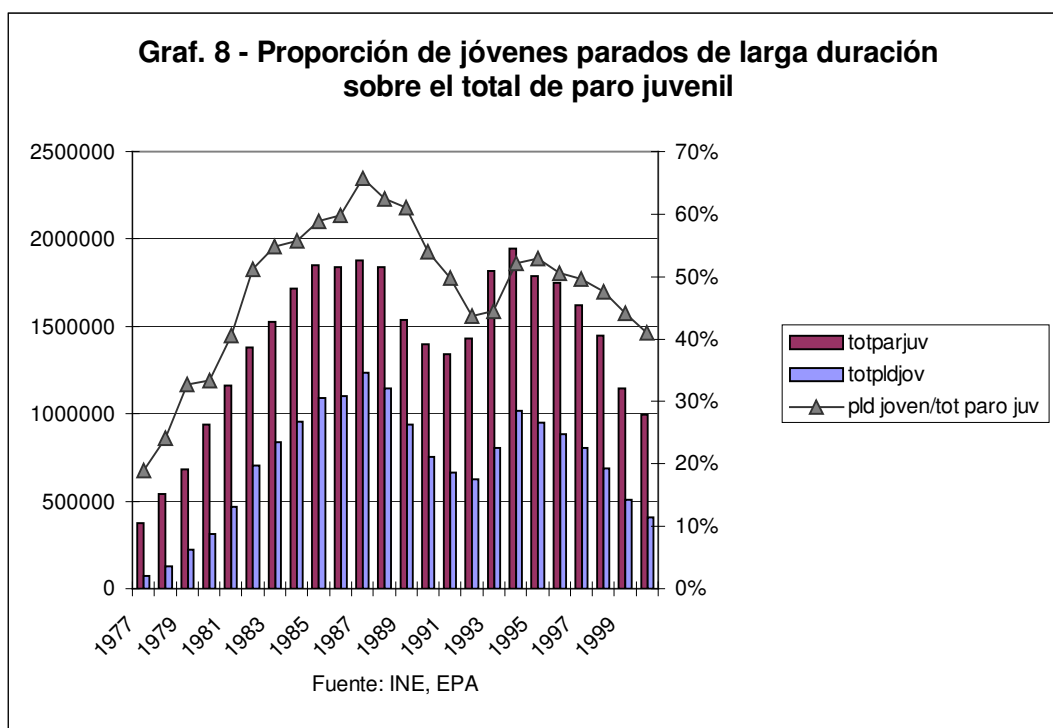
Este perfil ha alcanzado tasas de paro muy elevadas, sobre todo en los momentos de crisis económica, y no ha dejado de crecer en términos absolutos hasta 1998, cuando se observa un descenso significativo, aunque siempre por debajo de los otros colectivos de jóvenes o de mayores de 45 años. La cronología queda bien registrada en el gráfico 7: una línea creciente, que muestra siempre una evolución ascendente -incluso en un momento de mejoría económica como es el de la segunda mitad de los ochenta- y que solo se detiene en torno a 1998. El aumento constante y progresivo alcanzó su momento álgido en 1996 con más de medio millón de desempleadas en estos grupos de edad. El último dato de que disponemos eleva esta cantidad a 366.000. Esta reducción del 28% es inferior a la que han experimentado los jóvenes en este último periodo de crecimiento -40%- o a la de los mayores de 45 años -55%-. Estos datos dejan ver que el colectivo de mujeres en edades intermedias está expuesto a unas peores condiciones a la hora de acceder al empleo. El decenio de los noventa ha sido extremadamente negativo para el desempleo de las mujeres y considerando las tendencias

recientes cabe pronosticar un reforzamiento del protagonismo femenino en la realidad del desempleo.

Para completar este acercamiento a la composición del paro de larga duración, hay que comentar la evolución del grupo de mayores de 45 años. La regularidad es la nota más destacable de estas trayectorias. Exceptuando los vaivenes leves que coinciden con los ciclos de crisis, la tendencia de este grupo es de una presencia constante, pero menor en términos absolutos que los restantes grupos. En 1986, se alcanza la cifra más elevada en este colectivo que rebasa los 199.000 desempleados, a partir de ese momento, la mejoría de los últimos años ochenta y las políticas de empleo dirigidas a este grupo reducen el número de parados hasta los 62.000 de 1992. La crisis volvió a elevar la cantidad hasta los 101.000 desempleados en 1994. A partir de entonces, comenzó un descenso que en 2000 dejó esa cantidad reducida a menos de la mitad -41.000 mayores de 45 años en paro-. La evolución futura de este grupo plantea algunos interrogantes. Por un lado, es el que ha recogido las mayores disminuciones en estos últimos años, pero por otro no parece que haya cambiado notablemente la percepción de las dificultades que acumula este grupo: quedarse parado a esas edades condena a la exclusión profesional indefinida. La idea de que a esas edades son muchas las dificultades acumuladas sigue presente entre los empresarios, que prefieren la flexibilidad juvenil a la hora de contratar. La mejoría de los parados más maduros se ha conseguido gracias a políticas de empleo muy focalizadas y a medidas de prejubilación. La dependencia de estas medidas es fuerte y cualquier cambio en estas actuaciones podría influir sobre el volumen de parados mayores de 45 años.

V.3.1.- Jóvenes y paro de larga duración: la inserción obstruida

En otros capítulos de esta tesis, hemos examinado cómo el paro juvenil se convierte a partir de los ochenta en un problema social de primer orden. En este breve apartado se trataría de confirmar la evolución del paro juvenil valiéndonos de algunos ilustrativos datos estadísticos. El gráfico 8 presenta una primera aproximación del peso del paro de larga duración de los grupos de edad jóvenes sobre el desempleo total de estos mismos tramos. El eje de la derecha refleja cómo el componente de larga duración ha sido en todo el periodo muy importante. Crece con mucha rapidez en los primeros años de la década de los ochenta hasta alcanzar un abultado 66% en 1987: ese es el periodo en el cual se construye socialmente el problema del paro juvenil. A partir de entonces, su peso desciende, incluso respecto a momentos de alto incremento del desempleo

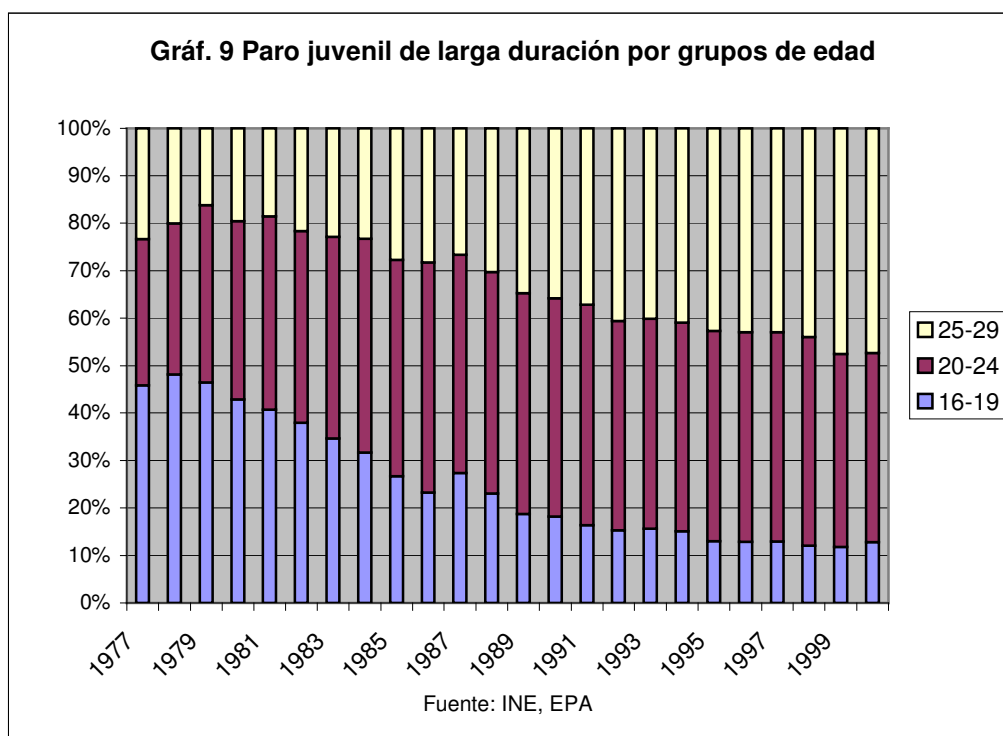


total. Este descenso transcurre en paralelo a la expansión de la flexibilidad laboral y de los consiguientes contratos temporales que fluidifican el mercado de trabajo y reducen las bolsas de paro prolongado. Los jóvenes son el grupo de

parados que más responde a la introducción de la flexibilidad. En el año 2000, el porcentaje de jóvenes parados de larga duración sobre el total de paro juvenil se había reducido al 41%: los jóvenes acortan su desempleo y también la duración media de éste. Las políticas de empleo que se activan para hacer frente al problema son también otro de los elementos que contribuyen a explicar su disminución.

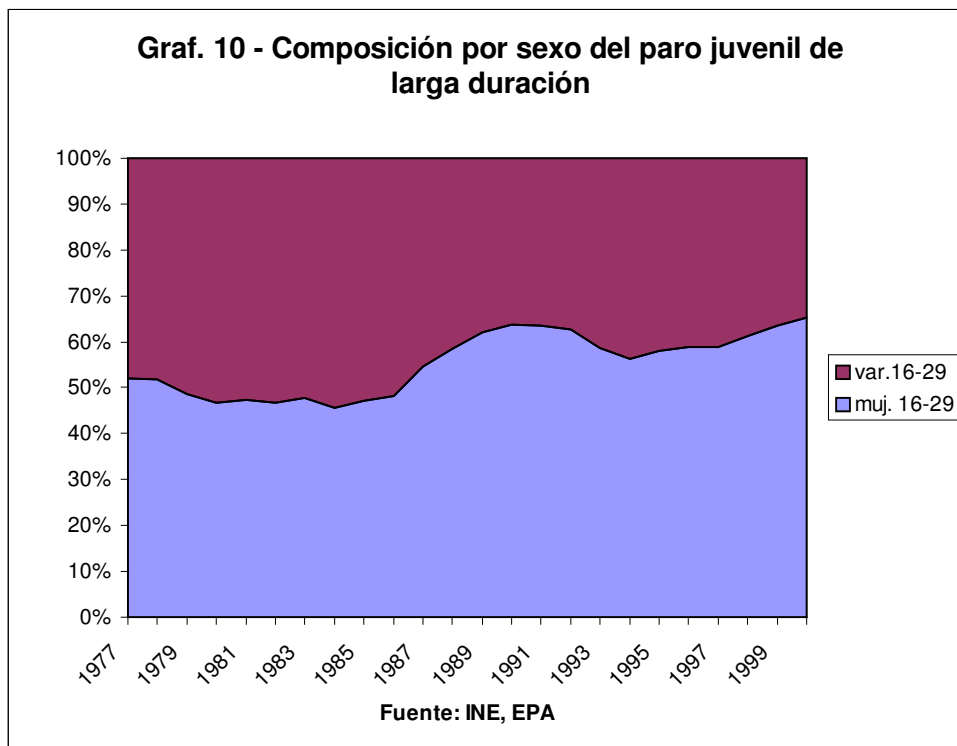
A pesar de que el paro juvenil se ha demediado en los últimos cinco años, el mismo gráfico permite calcular que en números absolutos la cantidad de parados jóvenes siendo abundante -998.000, de los cuales 409.500 lo son de larga duración-.

El gráfico 9 desagrega los tres tramos quinquenales de edad que componen la categoría estadística de juventud. La tendencia de más relieve que ilustra el gráfico es el desplazamiento del paro de larga duración hacia la franja de más edad. La disminución de la actividad laboral en el grupo de 16-19 debido a la prolongación de la educación y la incorporación de las mujeres que repercute



sobre el grupo de 25-29 ha acabado por definir una estructura por grupos de edad en la que -en el año 2000- el grupo 16-19 supone el 13% del total de jóvenes parados de larga duración; el grupo de 20-24, el 40% y, finalmente, el de 25-29 años representa el 47%. No deja de resultar preocupante que el desempleo de larga duración se acumule en la cohorte de 25-29 años, que se encuentra en un momento clave para su proceso de inserción social y de emancipación familiar.

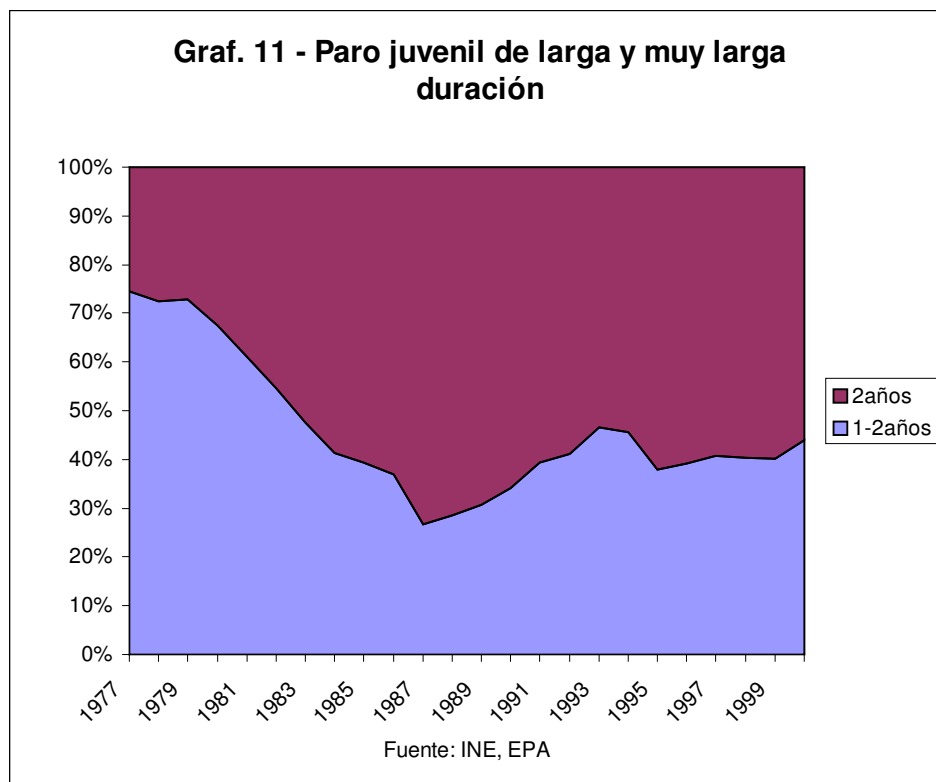
La composición por sexo es otra de las cuestiones de interés en este grupo de parados. En contra de la imagen que se tiene de que en las edades jóvenes las



desigualdades por razón de sexo están desapareciendo, encaminándonos hacia la igualdad, el sencillo gráfico 10, descubre una composición más desigual de lo esperado. Desde el inicio de la serie ha ido creciendo tendencialmente el peso de las mujeres en el paro de larga duración. En el año 2000, suponían un 65% del total, esto se agudiza en los dos tramos de edad más avanzada, donde se alcanza

el 67%: conforme cumplen años, las mujeres jóvenes van acumulando dificultades que frenan su acceso al empleo en términos igualitarios.

Para acabar este recorrido por los grupos de edad joven, incluimos un ultimo gráfico 11 que ofrece una imagen de la prolongación de los periodos de paro



entre los jóvenes. Si los expertos consideran que un año en el paro empeora las condiciones de vida de los parados que lo sufren y dificulta su camino hacia el empleo, dos años o más, entonces, resultan ser un periodo en el que potencialmente se agravan aún más las carencias económicas, se pierde empleabilidad y se degrada la formación. El gráfico muestra que el porcentaje de jóvenes parados de larga duración que superan los dos años ha ido creciendo a lo largo de toda la serie y en 2001 ronda el 55%. Aún siendo alto, resulta el más moderado de los tres grandes colectivos que aquí analizaremos -jóvenes, mujeres en edades intermedias y varones mayores de 45 años-.

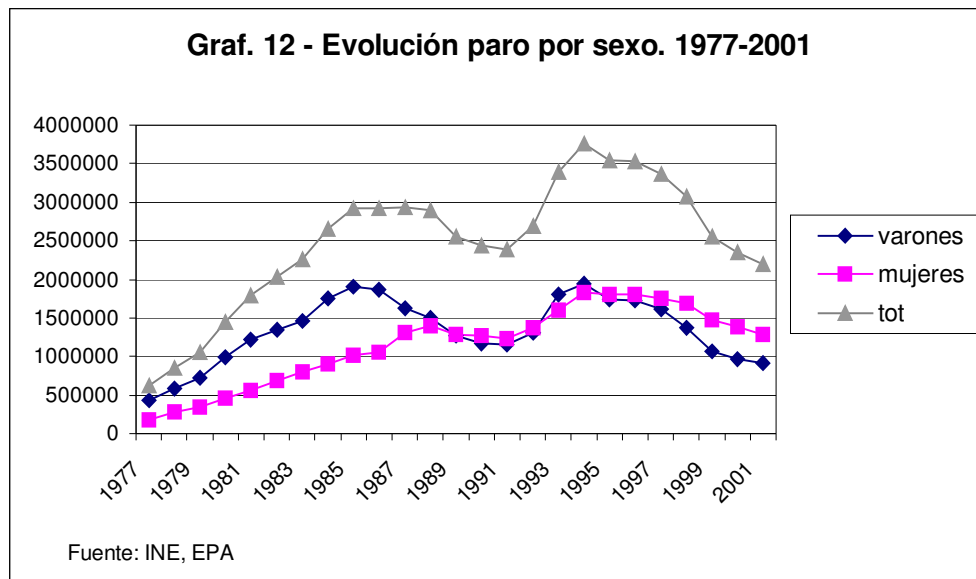
V.3.2.- Las desempleadas de edades intermedias 30-45 años: un paro de segregación

El positivo proceso de incorporación de las mujeres al mercado de trabajo a lo largo del último tercio de siglo ha venido acompañado de un protagonismo indeseable en el terreno del paro. Una intolerable “tolerancia social” ha conseguido suavizar el grave desempleo de las mujeres y lo ha hecho pasar como algo normal o como una preocupación de segundo orden (Torns, 2000). Esta mirada tolerante pretende eludir los procesos de segregación que existen en nuestro mercado de trabajo -y que generan un modelo de paro con un elevado peso de las mujeres-, justificando su desempleo por causas biológicas, formativas o disculpando su desempleo por el lugar ocupado en la familia. Esta tolerancia, que presupone que el paro de las mujeres no es muy importante, oculta la marginación programada y los procesos de segregación aún muy arraigados en la estructura laboral española. En general, la supuesta igualdad de géneros ante el mercado de trabajo y el desempleo se ve radicalmente cuestionada cuando contemplamos otras variables de la estructura familiar y el trabajo doméstico, factores estos que explican más el paro femenino que otras variables como la formación o las limitaciones biológicas.

No es este el lugar de profundizar en el estudio cuantitativo del desempleo de las mujeres³, pero sí conviene mencionar algunos aspectos que remarcan las rasgos distintivos del desempleo femenino. Primeramente, hay que señalar que las mujeres han mantenido diferencias en las tasas de paro respecto a los varones siempre por encima de los diez puntos. Esto ha sucedido, invariablemente, a lo largo de todo el periodo de las dos últimas décadas que estamos tratando y casi independientemente del grupo de edad considerado. En segundo lugar, Las

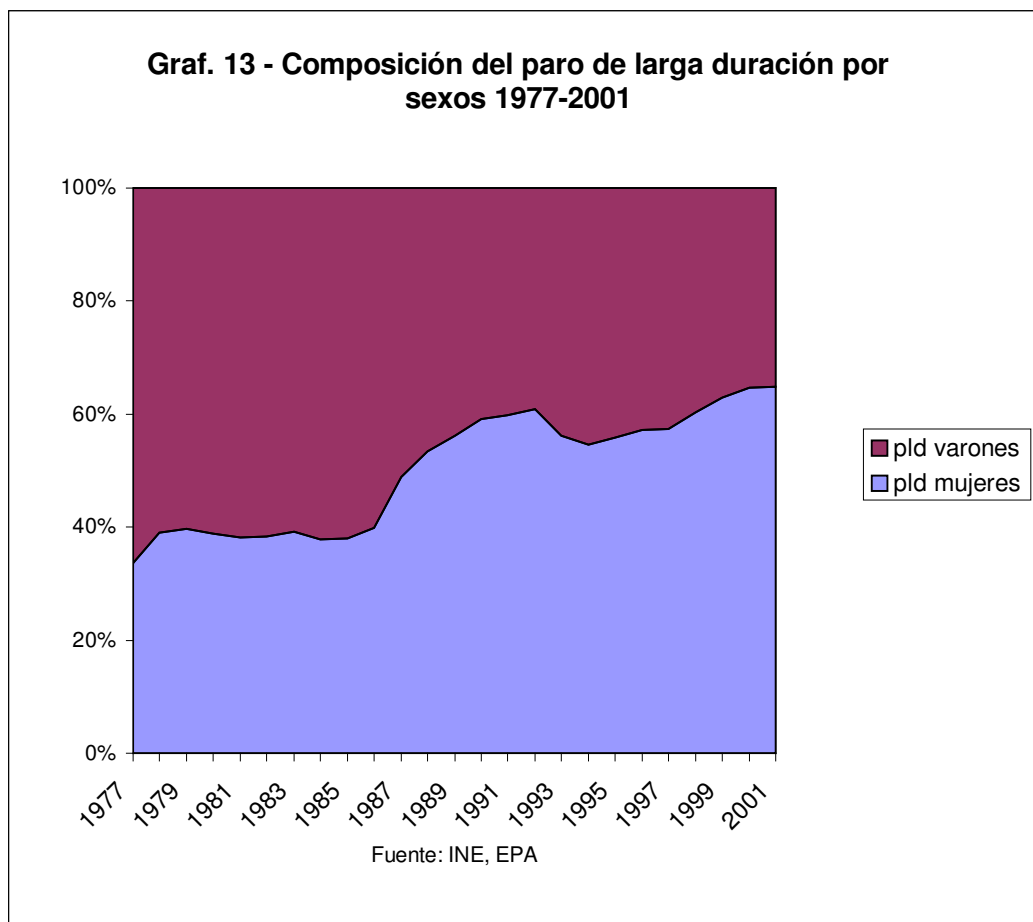
³ Para una descripción exhaustiva del desempleo de las mujeres españolas puede consultarse: Torns, Carrasquer y Romero, 1995; Carrasquer y Torns, 1993; Toharia, 1998. Esta última referencia más encaminada a un análisis estadístico y menos preocupada por incorporar la dimensión de género presente en las dos primeras.

dificultades de búsqueda de empleo provocadas por la acumulación de tareas condiciona los resultados de acceso al empleo y aumenta el número de paradas desanimadas que son otro síntoma de las desigualdades de género. El gráfico 12 permite una visión panorámica y comparativa del paro de las mujeres. Si contemplamos toda la serie cronológica, la observación más relevante es probablemente la tendencia creciente que muestra el desempleo de las mujeres. Mientras que los varones se ajustan al ciclo económico de ascenso y descenso, las



mujeres muestran un crecimiento continuo que apenas se ve moderado por los momentos de mejora del empleo. Pareciera que al mercado de trabajo español le cuesta más asimilar las incorporaciones de las mujeres que las de los varones. Incluso en los últimos cinco años, cuando las disminuciones han sido muy significativas, las mujeres muestran un perfil más contenido en el descenso.

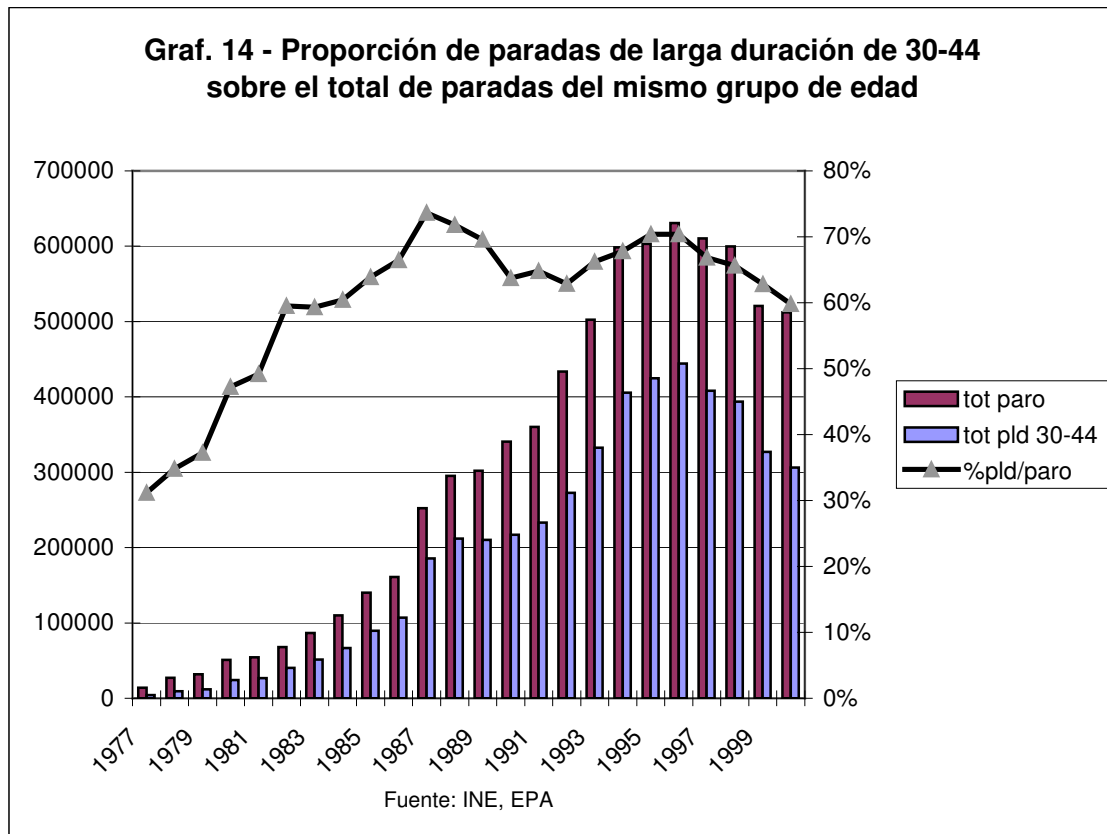
El siguiente gráfico (13), referido ya al paro de larga duración, muestra cómo con el paso de los años el desempleo se ha ido haciendo progresivamente una cosa de mujeres.



Un grupo concreto de mujeres presenta particulares dificultades a la hora de acceder al empleo, se trata de las mujeres de edades intermedias -entre 30-44 años-. Como hemos adelantado anteriormente, la situación vital de este colectivo conforma un perfil en el cual las cargas familiares, la escasa experiencia laboral anterior, la baja cualificación y la edad contribuyen a definir un grupo con alto riesgo de prolongar su estancia en el paro. Centrándonos en estos tramos de edad y en concreto en el desempleo de larga duración, podemos observar el gráfico de abajo (14) para apreciar las dificultades que en que este colectivo se ha movido. En una prolongada primera fase que comprende los años ochenta, vemos cómo va cobrando forma el paro de larga duración. El eje de la derecha nos descubre que en el momento inicial -1977- las paradas de larga duración representaban un 31% del total de desempleadas de ese grupo de edad; la línea del gráfico asciende hasta un 74% diez años después. Esta indiscutible

mayoría certifica la importancia del paro de larga duración para este grupo y las consiguientes dificultades que encuentra en su camino hacia el empleo. Este porcentaje se ha moderado al final de la serie, pero sigue elevándose hasta un 60%.

Los datos en números absolutos ofrecen otro matiz de interés: este colectivo partía de un número minúsculo de paradas en 1977 -4.300-, pero en un ascenso irrefrenable, no se detuvo hasta las 444.000 de 1996, multiplicándose por cien en

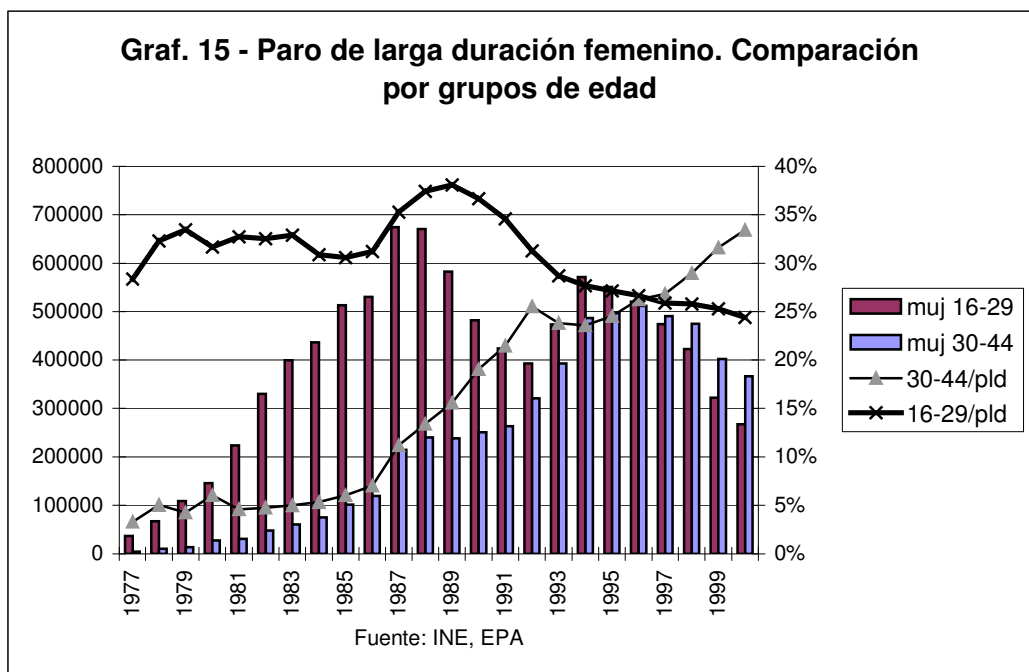


tan solo veinte años. No cabe duda de que este periodo ha visto nacer el paro de larga duración de las mujeres de edades intermedias.

Los descensos que se producen a partir de 1996 parecen augurar una mejoría de las arrolladoras tendencias de desempleo, pero para valorar estos desarrollos sería preciso ahondar en algunos aspectos que hoy comienzan a debatirse y que

están en estrecha relación con la temática del empleo, con este último lustro de crecimiento y con algunas innovaciones en política social que comienzan a apuntarse. Los interrogantes abiertos están relacionados con la baja calidad de los empleos generados, con los efectos de las políticas de empleo y de las acciones de discriminación positiva, con el desarrollo de políticas y servicios sociales que puedan rebajar las desigualdades domésticas y, finalmente, con las medidas de conciliación entre vida familiar y profesional. Todos estos aspectos condicionarán la evolución próxima del paro de larga duración

Otro aspecto de gran interés en el paro femenino es su composición por grupos de edad. La literatura sobre género y trabajo ha hecho hincapié en estos últimos años en las diferencias entre las mujeres jóvenes y las de edades intermedias. Se ha llegado a hablar de las “dos biografías de la mujer” (Garrido, 1992) para diferenciar la situación de las mujeres más jóvenes, que han gozado de recorridos educativos largos y que no tienen responsabilidades familiares, de aquellas más mayores que interrumpieron su trayectoria escolar para casarse y alejarse del mercado de trabajo. Cuando este segundo grupo de mujeres trata de

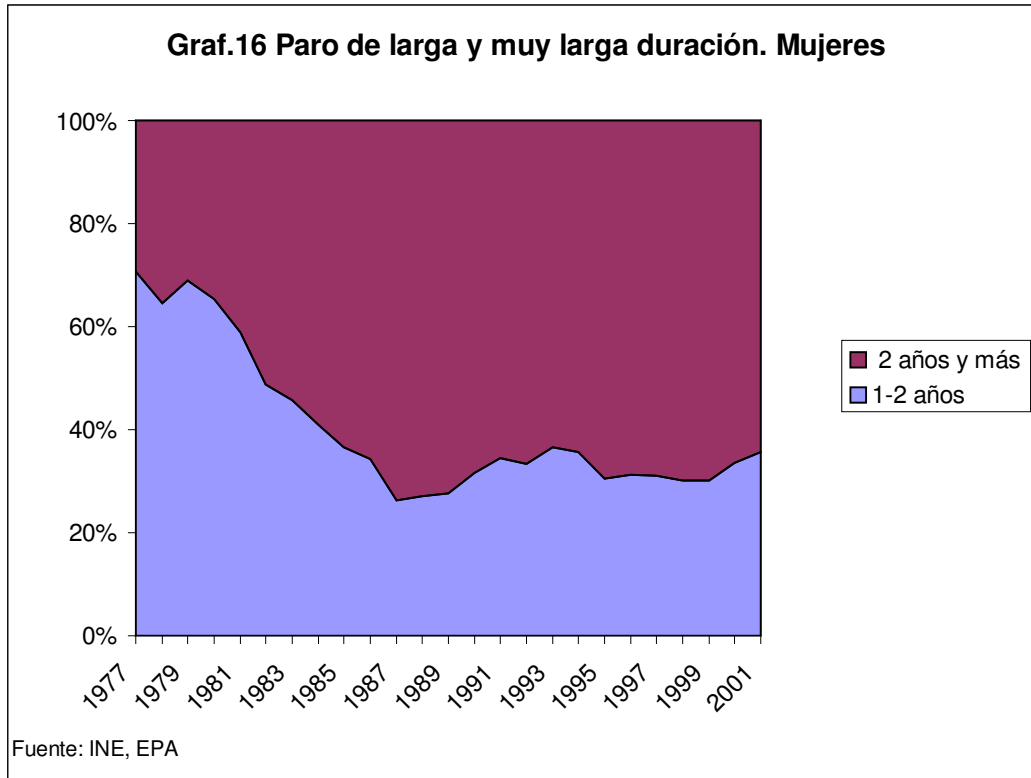


acceder al empleo, las dificultades se agudizan y a las discriminaciones de género se le añaden las discriminaciones de edad. Este es un aspecto que aparece muy remarcado en nuestras entrevistas: la edad se está convirtiendo en un factor primordial de segregación entre las mujeres. El gráfico 15 ilustra con toda claridad estas dinámicas. Si nos detenemos en las columnas, observamos dos claros periodos temporales: el primero incluye la década de los ochenta, de fuerte protagonismo de las mujeres jóvenes y una escasa presencia de las edades intermedias; el segundo se abre con los noventa, cuando se asiste a un acelerado aumento de estas últimas y a un descenso del protagonismo de las más jóvenes. En números absolutos, las mujeres de más edad superaron en 1996 a las más jóvenes, desde entonces la brecha entre ambas se ha ido abriendo progresivamente.

El eje de la derecha, en el que se mide el porcentaje que cada grupo aporta al total del paro de larga duración, completa la información anterior. La línea punteada con aspas recoge la evolución de las mujeres más jóvenes. Al principio de la serie, este grupo representaba el 28% del conjunto del desempleo prolongado, los incrementos del componente juvenil a lo largo de los ochenta auparon a las paradas jóvenes hasta el 38% en 1989. A partir de ese momento, comienzan a reducir su participación ante el acelerado aumento de las mujeres de edades intermedias. Por su parte, éstas han emprendido un vertiginoso crecimiento que las ha conducido a un nocivo protagonismo: en 1977, representaban el 3% del paro de larga duración y en 2000 contribuyen con un caudaloso 33%.

Un último dato que merece ser destacado es la distinción entre el paro de larga y el de muy larga duración, que sitúa a quienes lo sufren en peores condiciones laborales y vitales. El gráfico 16 muestra cómo entre las mujeres el paro de muy larga duración ha ido creciendo progresivamente en importancia. Comenzó afectando al 29% de las paradas de larga duración y en 2001 ha alcanzado al 64%.

Este alto porcentaje confirma la preocupación de la fuerte presencia femenina en el núcleo duro del paro de larga duración.

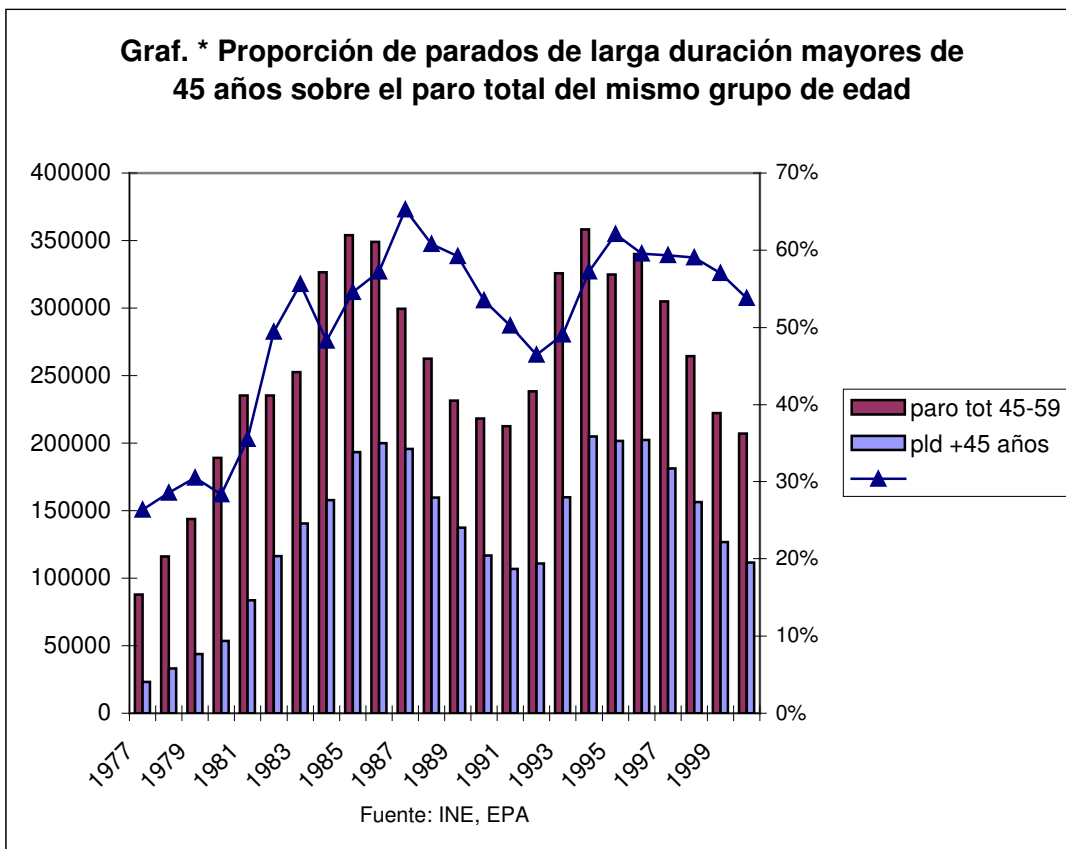


V.3.3.- Parados mayores de 45 años: paro de exclusión

El tercer y último colectivo que vamos a tratar es el de los parados mayores de 45 años. Si para los jóvenes el desempleo suponía, ante todo, un problema de inserción y para las mujeres un problema de segregación, para los desempleados mayores el paro se presenta como un problema de exclusión. Esta ha sido la imagen más divulgada y que más huella ha dejado en las representaciones colectivas del paro: parados que después de trabajar durante años en una empresa entran en el desempleo con pocas garantías no ya de rehacer su carrera laboral, sino de encontrar cualquier empleo. Para la empresa que los acogía resultaban prescindibles y ese rechazo parecía extenderse a todas las esferas de la vida social. Muchos segmentos de la actividad económica de nuestras sociedades informacionales han tendido a desprenderse de lo viejo siguiendo la oleada de innovación tecnológica y organizacional. Los parados mayores son víctimas de este cambio de modelo donde las cualificaciones, las nuevas tecnologías y las modernas pautas de flexibilidad no rimaban bien con los viejos trabajadores industriales poco cualificados y con largas carreras laborales. Así definido el panorama, estos trabajadores veían devaluada su experiencia y quedaban muy expuestos en las reestructuraciones de las empresas. Los nuevos modos de gestión de la fuerza de trabajo, el desánimo tras una larga trayectoria laboral, las dificultades de readaptación a un nuevo puesto de trabajo y la espera resignada para poder acceder al estatuto de prejubilado sitúan a este colectivo en el epicentro del paro de exclusión.

En el caso español, las reconversiones industriales que se ponen en marcha desde finales de los setenta elevan espectacularmente el número de parados en estas edades. En el gráfico 17 se puede observar cómo entre 1980 y 1985, la cantidad se cuadruplica, pasando de 53.000 a 200.000 desempleados de larga duración. Este aumento se hace aún más revelador cuando analizamos cómo cambia la composición del paro en ese grupo de edad. El eje de la derecha del gráfico nos

indica el porcentaje de parados de larga duración mayores de 45 años sobre el paro total de esos mismos grupos de edad (45-59 años), en 1980, solo el 28% de los desempleados mayores alcanzaban el paro de larga duración, este porcentaje había ascendido hasta el 65%. Este ascenso tan vertiginoso es el que explica el

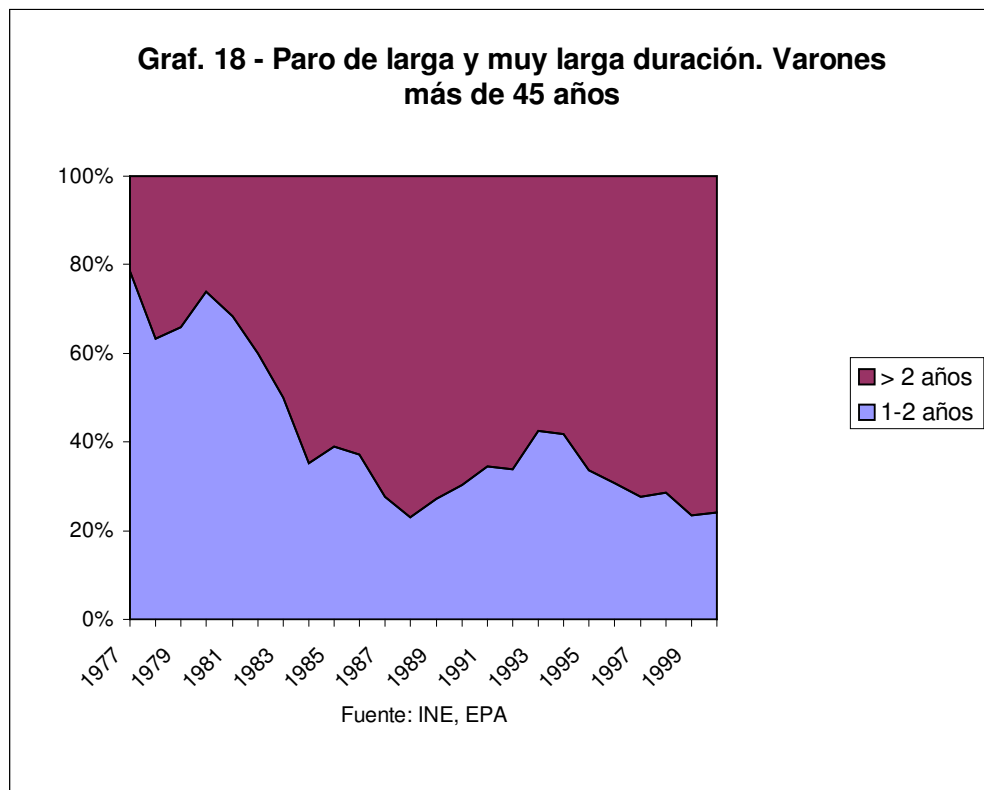


surgimiento en ese periodo de la categoría “parados mayores de 45 años”, que va siempre aparejada a largos periodos sin empleo.

La recuperación de la segunda mitad de los ochenta trae los usuales descensos y rebaja en un 45% el número de parados mayores, pero la inmediata crisis hace alcanzar el techo a este colectivo cuya cantidad se eleva en 1996 a 202.000 parados. A partir de ese momento comienza un descenso considerable, similar al que tuvo lugar a finales de los ochenta, y la serie se cierra con 111.000 desempleados. Esta bajada en términos absolutos, que responde a un periodo

muy próspero en el crecimiento de empleo, no puede ocultar una tendencia que se viene consolidando desde los inicios de la crisis y que convierte a este grupo de parados en un colectivo en “riesgo” de exclusión profesional. A continuación veremos cómo el alto porcentaje de parados entre 45-59 años que ven como la duración de su desempleo se prolonga durante más de dos años. Esto nos indica su propensión a formar parte del núcleo duro del paro de larga duración en este modelo de “paro flexible” que se está configurando y, a la vez, en uno de los principales clientes de las políticas de empleo, que absorbe ese flujo permanente de dinero a fondo perdido que el Estado destina para paliar los costes sociales de los nuevos imperativos empresariales, que, por su parte, decretan la eliminación profesional de un buen número de trabajadores de edades más maduras.

El gráfico 18 revela este último aspecto del paro de muy larga duración, que es muy indicativo del tipo de problemas que afectan a este grupo de edad. De los

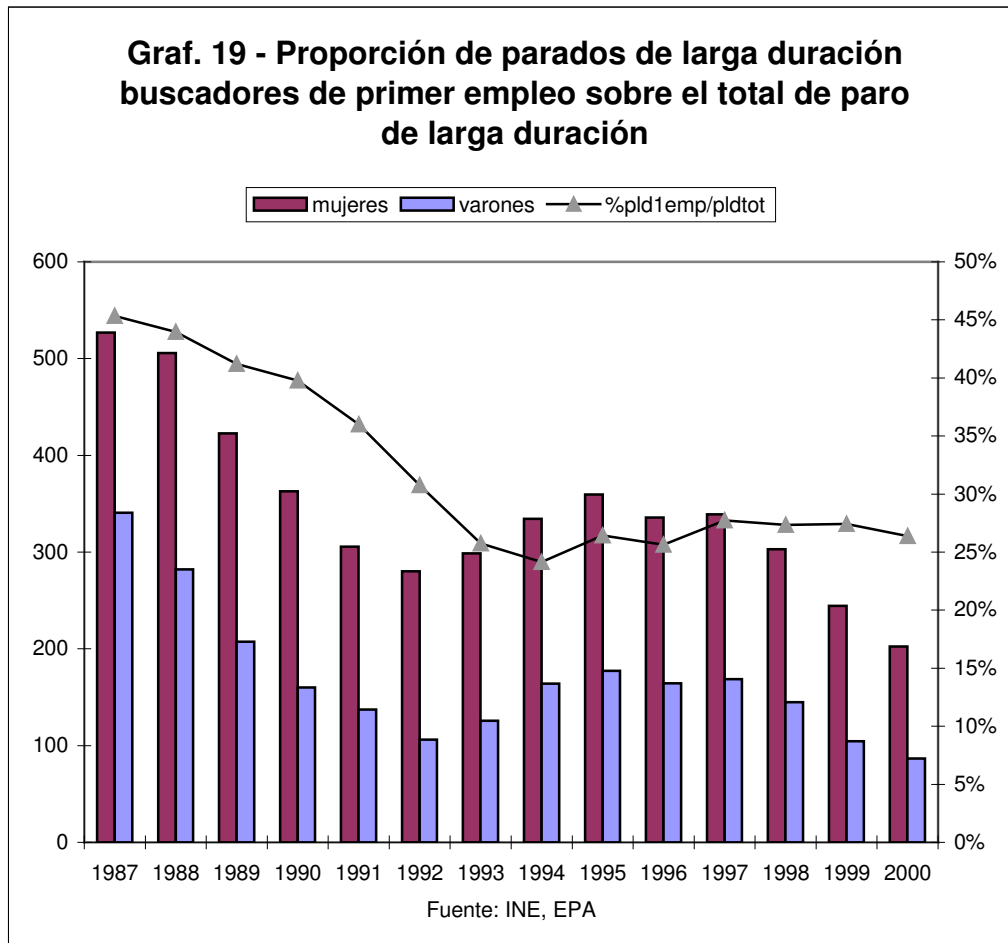


tres colectivos que estamos tratando, el de los mayores de 45 años es el que sufre un mayor porcentaje de parados de muy larga duración. Si entre los jóvenes este tipo de paro suponía un 54% y, entre las mujeres, un 64%, para los adultos mayores el porcentaje se eleva a un 76%. Esta altísima proporción es un indicador evidente de los recorridos hacia la exclusión profesional que este colectivo describe. En este caso, y a diferencia de las mujeres y los jóvenes, no se han observado mejoras en los últimos años de crecimiento económico. El modelo de “paro flexible” que venimos detallando no cuenta con estas franjas de edades más avanzadas y da prioridad a la flexibilidad -incluso física- de los jóvenes o las mujeres. El gráfico ilustra el ascenso sostenido en estos últimos años del desempleo de muy larga duración y el correspondiente aumento de la duración media de los periodos de desempleo para este grupo de edad cada vez más arrinconado por la exclusión.

V.3.4.- Aspectos complementarios del paro de larga duración (I): buscadores de primer empleo.

Un porcentaje muy relevante del paro de larga duración está compuesto por desempleados que no han tenido ninguna experiencia laboral. Este grupo está formado por los jóvenes de ambos sexos y por las mujeres de edades intermedias que acceden al mercado de trabajo tras una larga trayectoria doméstica. El eje de la derecha del gráfico 19 muestra el porcentaje de buscadores de primer empleo sobre el total de parados de larga duración. Como se puede ver, en toda la primera fase de aparición y consolidación del paro de larga duración, los parados sin experiencia laboral anterior eran un componente muy significativo: en 1988, suponían un 45% del total del desempleo de larga duración. Este porcentaje se ha ido reduciendo hasta situarse actualmente en un 26%. La rebaja esta relacionada con la flexibilidad laboral que desde el inicio de la serie se ha ido divulgando. Los contratos temporales han facilitado la contratación temporal y la adquisición de un primer contacto con el trabajo asalariado para muchos de

estos parados. Esta rebaja tendencial supone en términos absolutos un recorte en torno al 65%. En 1987 los buscadores de primer empleo de larga duración sumaban 867.000 parados frente a los 289.000 del año 2000.

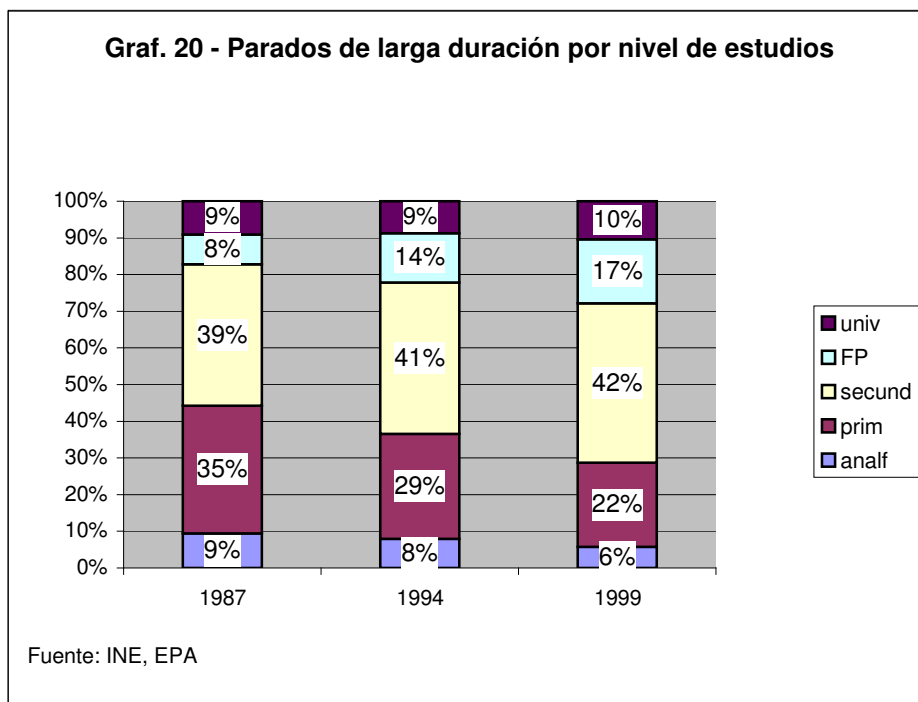


Las mujeres han tenido siempre el mayor volumen en el paro sin experiencia laboral anterior y conforme transcurría el periodo de la serie han aumentado su peso relativo. De los 289.000 parados buscadores de primer empleo, un 70% - 202.000 son mujeres, frente a los 86.000 varones. El empeoramiento relativo de las mujeres en el transcurso de este periodo está relacionado con la incorporación paulatina de las mujeres de edades intermedias.

V.3.5.- Aspectos complementarios del paro de larga duración (II): niveles de estudios

Los datos sobre niveles de estudios que ofrece la EPA son muy limitados. Los que se presentan publicados en las bases de datos del INE no permiten seguir las trayectorias de los parados por niveles de estudios. Esta información es fundamental para valorar las relaciones entre paro y estudios, por ello hemos de conformarnos con los cortes sincrónicos con los que se puede calcular el peso porcentual de cada nivel de estudios.

El gráfico 20 recoge esta evolución en los años iniciales, centrales y finales de la serie que venimos considerando. Las grandes tendencias que se observan son las siguientes. En primer lugar, el peso de los parados con niveles educativos medios



y bajos es mayoritario. Al inicio de la serie era mucho más evidente, pero al final, a pesar de haber disminuido, las tres cuartas partes de los parados de larga duración siguen acumuladas en los estratos de más escasa formación. Entre todos estos, han ido ganando un protagonismo particular los niveles medios. La

ampliación de la escolarización y el acceso de la población a mayores niveles educativos ha ido recortando el número total de personas analfabetas o con estudios primarios. Además, este grupo es el que muestra menos reservas a la hora de aceptar los numerosos empleos descualificados empleos que ofrece nuestro mercado de trabajo, con lo cual, siempre que las fases de crecimiento del empleo generen este tipo de trabajos de baja productividad, las franjas más descualificadas verán reducidas sus posibilidades de entrar en paro prolongado.

La segunda tendencia que el gráfico refleja es el aumento de la participación de las personas con estudios secundarios y con Formación Profesional, que hoy representan un 59% de los parados de larga duración. El crecimiento tendencial del nivel de estudios de la población ha ido desplazando las dificultades de empleo a los segmentos intermedios de la escala educativa. Respecto a los anteriores parados de niveles inferiores, sus mayores resistencias para aceptar los oficios descualificados alargan sus periodos de paro.

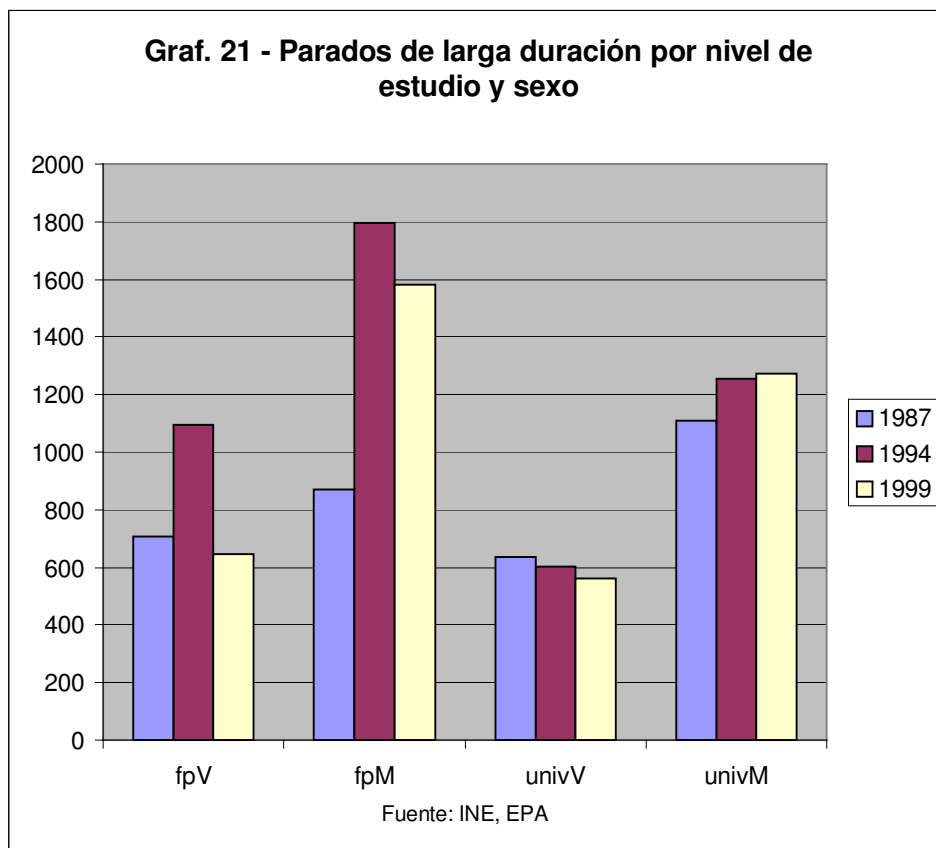
La última observación se refiere a los parados con grado universitario. Entre ellos parece afianzarse la predisposición a prolongar el periodo de paro a la espera de obtener un empleo adecuado a los estudios cursados. El porcentaje de parados de este nivel es bajo respecto al total, pero se observa un aumento que es debido a esta menor flexibilidad para aceptar cualquier empleo.

Tabla 3 - Evolución paro de larga duración por nivel de estudios (números absolutos)

	tot.	analf.	prim.	secund.	F.P.	univ.
1987	1.928.300	182.500	669.900	743.800	157.800	174.400
1994	2.137.900	169.800	611.500	882.000	288.900	185.800
1999	1.328.500	73.200	293.500	556.200	222.600	132.900

Si nos servimos de los números absolutos de parados que refleja la tabla 3, esta prolongación de la búsqueda se hace más evidente. El paro de larga duración se ha reducido con fuerza entre 1994 y 1999 -casi un 40%, pero los colectivos que más se han beneficiado de este descenso son los de niveles educativos menores - analfabetos, primarios y secundarios. Para la formación profesional y los estudios universitarios estos descensos han sido mucho más leves. Incluso entre las mujeres universitarias el número de paradas ha aumentado, con lo que las desigualdades en la elección de carrera y la presencia de mujeres en titulaciones del área de sociales repercute negativamente sobre su inserción incluso en momentos de reducción general del desempleo.

Algunas de estas dinámicas de género se reflejan en el último gráfico (21) que



presentamos. Como se puede ver, los grupos universitarios presentan una estabilidad en el número de parados. Las mujeres universitarias en paro duplican

a los varones y han tenido un ascenso permanente hasta alcanzar en 1999 la cantidad de 127.000 paradas. En cambio, los varones han ido descendiendo ligeramente hasta los 56.000 parados al final de la serie.

El mismo gráfico presenta los datos de la formación profesional ya que en este nivel las disparidades de género son también importantes. Los dos primeros bloques de columnas captan bien el número más abundante de mujeres que de varones en 1999 -158.000 frente a 64.000- y además se observa que la disminución del último periodo ha sido mucho más beneficiosa para ellos.

VI. Vivencias en el paro prolongado. Análisis de los relatos y las prácticas de los parados de larga duración:

VI.1. Jóvenes buscadores de primer empleo

VI.2. Jóvenes con experiencia laboral

VI.3. Mujeres en edades intermedias 30-40 años

VI.4. Varones mayores de 45 años

VI.- Vivencias en el paro prolongado: análisis de los relatos y las prácticas de los parados de larga duración

“Ya te llamaremos...”

(muletilla final en las entrevistas de selección de personal)

El análisis de las entrevistas realizadas a los parados busca explorar cómo se reproducen entre ellos los discursos, los estereotipos, las prácticas de control que se han señalado al final del capítulo anterior y que se han estudiado a lo largo de la tesis. Además, se trata de reflejar las vivencias y describir las prácticas de los diferentes grupos que integran la composición del paro en España. Este capítulo está estructurado en cuatro partes dedicadas cada una de ellas a uno de los cuatro colectivos que componen el paro de larga duración. En primer lugar, trataremos los jóvenes buscadores de primer empleo. El segundo grupo será el de los jóvenes en este caso con experiencia laboral anterior; a pesar de tener edades semejantes a los anteriores, su paso por el empleo les ha hecho acumular vivencias distintivas que justifican su trato separadamente. El tercer colectivo es el de las mujeres de edades intermedias y, por último, concluiremos con los varones mayores de 45 años⁴⁹.

⁴⁹ Con objeto de facilitar la lectura de este capítulo, se recuerda que los fragmentos de texto que se utilizan para ilustrar las observaciones y análisis de las entrevistas se cierran con una numeración de la entrevista que remite a una lista incluida en la página 638. Allí se pueden encontrar informaciones detalladas sobre las características personales de los entrevistados.

VI.1.-En proceso de inserción: parados jóvenes en busca del primer empleo

Las formas de incorporación al mercado de trabajo han mostrado en los últimos veinte años un cambio notable. El acceso al empleo se ha retrasado para los jóvenes y se ha ampliado el periodo de tiempo que se vive en el domicilio familiar de origen. Este hecho se ha acompañado de una extensión de la dimensión educativa en su vida y del afianzamiento de una clase de edad en la que se viven problemas específicos. El paro y el consiguiente retraso en la entrada al mercado de trabajo son dos de los temas centrales que han despertado el interés de los especialistas de la cuestión juvenil. En otros capítulos (II-III), se han comentado los rasgos más importantes, las investigaciones más relevantes y los enfoques teóricos acerca del llamado paro de inserción. Para introducir este apartado dedicado a exponer sus prácticas y vivencias en el paro, hay que recordar que la crisis de 1973 provocó un aumento del paro en los grupos de edad joven que alcanzó su momento de mayor gravedad en la primera mitad de los ochenta, con un crecimiento vertiginoso que convierte el paro juvenil en un problema social. Posteriormente, los niveles de desempleo de los jóvenes se han mantenido en niveles altos siguiendo la evolución de la coyuntura económica.

A finales de los noventa, el paro joven ha disminuido considerablemente su peso. Tal vez, en los momentos de recesión, los despidos y el recorte en la creación de empleo pueda seguir afectando predominantemente a los grupos de edad entre 16-29 años, pero el periodo de crecimiento del empleo que se ha vivido y el lugar preferente que tienen en la nueva norma de empleo flexible les garantiza ingresar con mayor facilidad en el mercado de trabajo. Frente al desplazamiento que sufrieron en los momentos iniciales de la crisis, hoy son más deseados por los empresarios en este cambiante modelo de la temporalidad laboral. La mayor maleabilidad de su fuerza de trabajo y el hecho de que guardan poca o ninguna memoria de la estabilidad del empleo, les convierte en mano de obra apetecible en este periodo de expansión de la inestabilidad laboral.

En este apartado, se van a tratar las formas de vivir el desempleo por parte de este grupo de edad, en particular de los jóvenes que aún no han encontrado un empleo. Esta falta de experiencia laboral configura unas preocupaciones y unas prácticas específicas que les distinguen de otros grupos de jóvenes que entran en el paro tras haber tenido ya una experiencia de trabajo. Como veremos, este rasgo es fundamental para establecer una distinción entre ambos grupos de jóvenes. Por otra parte, las diferencias de este grupo con otros colectivos de parados son, con creces, mayores que las semejanzas: su edad y sus escasas responsabilidades familiares perfilan actitudes y vivencias del paro bastante distintas a los parados de mayor edad.

Al ser el desempleo una construcción social, que produce representaciones e imágenes que son captadas por los parados, puede decirse que el paro se aprende. Los grupos de parados jóvenes están viviendo de lleno las actuales nuevas formas de interpretar el paro, que se presenta como menos dramático, más fluido, menos duradero y con mayor implicación por parte de quien lo sufre. Intentaremos, a través de sus narraciones, ilustrar estos cambios y reflejar sus vivencias de este cambiante desempleo.

VI.1.1.- La salida del mundo estudiantil: un paro de transición

Los estudios de juventud han podido establecer el mencionado alargamiento de la juventud. Si bien esta fase juvenil está definida por la prolongación de los estudios y por una intensificación del tiempo libre, no deja de ser un periodo confuso. En el terreno de lo laboral es donde más se expresa esta incertidumbre, mientras que en otras esferas lo joven se ha expandido y valorizado, en el trabajo no se generan fuertes identidades positivas. El paro juvenil, los malos empleos, los bajos salarios, los abusos en becas o prácticas en empresas son el pan de cada día en el campo del trabajo joven. No contar con una experiencia identitaria fuerte del trabajo conduce a los jóvenes a refugiarse en los espacios que sí generan una identidad atractiva y dinámica. En la cita se ve claramente esta no definición laboral y cómo el joven parado entrevistado se define dentro del espacio de identidad más cercano al trabajo: el estudio, curiosamente, incluso no estando estudiando. La primera

cohorte de jóvenes, de los 16 hasta los 20 años, es el grupo en el que este proceso se ha impuesto más rotundamente.

"Bueno, yo la verdad es que como aún no he trabajado, hoy día aún no me ... en lo del paro yo aún no me he introducido en ello, claro, yo es que para mi es como si aún estuviese estudiando aunque no estoy estudiando ¿sabes? entonces, claro, al no haber trabajado no tengo la experiencia." (E 20)

Alejados del mundo del trabajo y recluidos en las instituciones educativas, los jóvenes ven cómo se acentúa el tradicional alejamiento del mundo laboral cuando se está estudiando: "Cuando estaba estudiando la verdad es que no me lo planteaba muy bien todavía." (E 31). Las palabras de este joven reflejan una vivencia común entre los estudiantes, a los que solo les llega la preocupación en los momentos finales de los estudios. Mientras tanto, este alejamiento se mantiene materialmente gracias a que las familias afrontan la mayor parte de los costes de este proceso. Todos los jóvenes entrevistados que buscan su primer empleo viven en el domicilio de origen y son conscientes de su condición de mantenidos:

"Yo por ejemplo, es lo que te decía, con la edad que tengo podría tener un trabajo, pero puedo estar un tiempo sin trabajar, porque tengo a mi familia que me puede mantener." (E 20)

Este joven tiene 21 años, ha estudiado el primer ciclo de FP y lleva dos años en paro, pero sus palabras podrían encontrarse, casi idénticas, en jóvenes con trayectorias educativas más largas que alcanzan los 29 años sin haberse incorporado al mundo del trabajo. El último informe del Instituto de la Juventud, publicado en 2001, calcula que un 30% del total de jóvenes llegan a los 30 años -y dejan de ser estadísticamente jóvenes-, sin haber conseguido la emancipación del hogar paterno. Esta situación es hoy muy frecuente y ha pasado a los medios de comunicación en forma de tertulias, debates, series televisivas, etc. Aunque los propios datos del informe citado no confirman una reducción de los jóvenes residentes en el hogar de los padres, que son hoy más altos que nunca, si permiten rastrear algunos cambios de la actual configuración de prolongación juvenil. El de mayor importancia y muy relacionado con el mercado de trabajo, es el incremento de situaciones de semiautonomía juvenil: los jóvenes no cumplen todas las condiciones que

permitirían hablar de emancipación, pero progresivamente se hacen cargo de parte de sus gastos personales, sobre todo los relacionados con el tiempo libre y el consumo.

Las nuevas pautas laborales flexibles han abierto esta vía de ingresos para los jóvenes mediante trabajos marcados por una fuerte temporalidad a los cuales los jóvenes se adaptan bien y sirven para financiar su ocio. La siguiente cita es sintomática del cambio que se está produciendo hacia una juventud semiautónoma, en la que el lado dependiente se observa en la persistencia del mantenimiento económico por parte de los padres y en la identidad estudiantil, pero en la que también se presencia un lado autónomo basado en 'pagarse sus cosas' y en los 'trabajillos'. Esta juventud semiautónoma se está ampliando en estos últimos años y está destinada a continuar haciéndolo.

"Me considero más estudiante que parado. También puede ser por las necesidades de cada persona ahí entrarían también, porque veintidós años, viviendo con tus padres y gracias a Dios tus padres te pueden mantener, puedes estudiar, no me considero parado. Me considero estudiante, siempre está pues que te gusta hacer algo los fines de semana o algún trabajillo para sacarte tu dinero, no sé también sin que gaste todo. Si te pagan los estudios, págate tus cosas." (E.23)

Es difícil determinar una edad en la que se produzcan los cambios que impulsan esta percepción de autonomía. Son muchos los factores que influyen: las necesidades familiares, los recorridos educativos más o menos largos, las prácticas de consumo del grupo social al que pertenezca el joven. En general, lo que sí puede afirmarse es que se ha producido un retraso en su madurez laboral, que se sitúa muy por encima de los simbólicos 18 años y que se aproxima más bien a los 22-23 años. Este parece ser el momento en el que los jóvenes expresan cambios respecto al trabajo. Parece que cuando se comienza un primer trabajo y se empieza a tener dinero "cambian las ideas" y se crece laboralmente. En otros ámbitos, la madurez se ha anticipado, por ejemplo respecto a la iniciación sexual, al consumo y al ocio-, pero, en conjunto, la madurez laboral no ha cesado de prorrogarse y solo muy recientemente comienza a incorporar estos cambios en dirección a la semiautonomía y los propios arreglos económicos.

“Yo (23 años) estoy estudiando y ella se dejó los estudios y ya está trabajando. Entonces ella ya está en la fase de empezar a ganar dinero, ahorrar, ahí ya cambian un poquito las ideas.” (E 18)

“Eso sí que lo he hablado con mi amigo, pues si tú no has querido estudiar y tienes que trabajar, lo que no vas a hacer es tener veintidós años y no dar ni chapa. Eso no puedes hacerlo, no creo que a tus padres, no creo que a tus padres les haga gracia, ni a los suyos ni a ninguno. (E 23)

No solo el paro de estos jóvenes está marcado por el estilo estudiantil. También los pequeños trabajos que a veces realizan son estudiantiles: no sirven para desarrollar una identidad laboral fuerte, en muchos casos se realizan para poder obtener dinero y participar así en esa otra esfera del ocio y del consumo donde sí se fabrica su identidad. El nivel salarial no es una variable que preocupa mucho cuando se vive en casa de los padres, así que los ingresos que se perciben por estas actividades siempre dan la impresión a los jóvenes de ser suficientes: salarios de bolsillo destinados a cubrir los gastos de bolsillo. El desarrollo de la temporalidad en el ámbito de los trabajos descalificados de los servicios ha hecho crecer en los últimos diez años el número de estudiantes que trabajan.

Estas dinámicas laborales pueden desencadenar un círculo vicioso que se inicia con estos malos empleos ocupados por los jóvenes, prosigue con una espiral de gasto juvenil acelerado y con nuevas necesidades de consumo y concluye con la aceptación y la perpetuación en estos malos empleos, que reproducen un modelo de mano de obra barata muy presente en las primeras etapas de la inserción profesional. Las aspiraciones de consumo de los jóvenes contribuyen a impulsar un vivero de mano de obra barata para los empresarios, que se nutre de la progresiva necesidad de ingresos de los jóvenes para continuar la espiral de consumo y de la imposibilidad de prescindir de este status de consumidor una vez que se ha alcanzado. Como ellos mismos declaran: “cuando hueles el dinero...”

“También comentándolo un amiguete estaba allí metido y me dijo: pues mientras estudias para no hacer nada, voy ahí de vez en cuando e igual voy una tarde por ejemplo a Carrefour y haces de reponedor o de lo que sea y vas yendo días sueltos, cuando les interesa a ellos. No pagan muy bien, pero para no hacer nada te vas sacando algo de dinero.”(E 23)

“Sí, sí por mi cuenta, trabajos que me los he buscado y bueno los típicos trabajos de estudiante, dar clases, cuidar nanos.” (E 18)

VI.1.2.- Las oportunidades y los riesgos de la formación

Si la identidad laboral de estos jóvenes es confusa o inexistente, la formación es, en cambio, un terreno bien conocido para ellos. Los jóvenes son grandes consumidores de formación. Los que aquí se han entrevistado han acabado sus recorridos educativos reglados, pero asisten todos a cursos de formación ocupacional y tienen información de primera mano sobre el lugar que ésta ocupa para dirigir la vida de las personas. La educación ha sido durante el último tercio del siglo XX uno de los elementos que simbolizaban la mejora social y familiar. La promoción de los hijos pasaba por una inversión educativa que la mayoría de las familias afrontaron y continúan haciéndolo, alimentando así un proceso inflacionario tanto en el valor simbólico que la educación tiene como en el crecimiento del número de alumnos que pasan por el circuito educativo. La formación conserva hoy la mayor parte del valor acumulado en este tiempo. Es difícil encontrar opiniones que nieguen el rendimiento de la inversión educativa, pero, a pesar de su fuerza, en torno a la formación comienzan a percibirse hoy problemas que inicialmente no se dieron y que ahora aparecen en los discursos de los jóvenes.

Ellos comparten la visión generalizada de los beneficios de la formación, pero sobre todo resaltan sus virtudes laborales y su potencial como recurso económico: la mejora del capital humano. Más adelante podremos ver cómo otros colectivos de parados valoran la formación en cuanto a la realización personal y a la riqueza de conocimientos que proporciona el saber en abstracto. Este sería el caso de mujeres paradas de edades intermedias, para quienes la formación supone un crecimiento personal y casi una liberación. En cambio, los más jóvenes no están tan interesados en estas cualidades, sino que consideran la formación como una moneda de cambio para obtener un mejor empleo y como un recurso que les permitirá estar en condiciones de exigir un puesto de trabajo de mayor prestigio. Tras tantos años insistiéndose

en estos vínculos entre formación y trabajo, los jóvenes los han aprendido a la perfección.

“Me di cuenta que con los idiomas puedes sacar muchas cosas, puedes sacar mucho de ti si tienes don de gentes y suerte en la vida, pero lo que te tiene que respaldar son los estudios porque los estudios siempre te sacarán hacia adelante, es un título.” (E 26)

“Que yo creo que cada persona puede exigir entre comillas según la preparación que tenga, porque una persona que esté muy preparada, al principio igual no, pero poco a poco si la empresa está...(E 23)

“Sí, tiene un peso importante porque mira puedes estudiar la carrera de abogado, ¿vale? puedes estudiar la carrera de abogado y luego ser un barrendero, pero tienes la carrera de abogado y esa carrera de abogado te abre más puertas que siendo barrendero, puedes tener más salidas o más oportunidades de encontrar trabajo y a la hora de que te paguen vas a estar más valorado que un barrendero. Ha sido un ejemplo, puede ser un barrendero o una secretaria o lo que sea.”(E 26)

Siguiendo la última cita, parece evidente que vivimos en sociedades en las cuales solo se puede salir de barrendero si se posee un título superior. Los jóvenes se han apresurado a no ser candidatos a ocupar los oficios más descualificados y han prolongado sus estudios siguiendo el marketing educativo que ha hecho de la formación la vacuna contra el paro y la descualificación profesional. Actualmente, se observa que esta estrategia no es un camino tan llano, ni es tan eficaz como se presumía, aunque, en efecto, siga beneficiando a quienes están en disposición de ampliar su nivel educativo. El lustre de la formación queda enturbiado hoy por algunos procesos que ya se encuentran registrados en los relatos de los jóvenes parados.

Así, la formación tiene también una cara claustrofóbica, se vive como inacabable, confusa y como un sustituto del trabajo que impacienta cada vez más. Paradójicamente, la formación provoca muchas inseguridades que inicialmente no se calculaban: inseguridad de estar bien formado, de haber acertado la especialidad, de tener conocimientos adaptados para ponerlos en práctica en un trabajo, inseguridad de cara a la competitividad. Detallaremos algunas de estos inconvenientes de la formación.

El primero sería el de la inseguridad que genera la sospecha de que la formación recibida no se ajusta bien a la realidad de los puestos de trabajo;

los conocimientos recibidos son demasiado teóricos y no sirven a la hora de aplicarlos a la práctica. No es cuestión de entrar en una discusión sobre la calidad de la enseñanza ni sobre sus funciones. Probablemente, los jóvenes tengan razones para argumentar esta falta de contenido práctico. Pero, probablemente, también recogen el discurso pro-empresarial que machaconamente ha desprestigiado la enseñanza pública tildándola de poco adecuada a la realidad de las empresas. Desarrollar estos aspectos sería extenso y lo que interesa ahora es destacar las vivencias de los jóvenes parados respecto a la formación y, en concreto, sus vivencias de inseguridad respecto a la formación. De esta manera, la cita siguiente da prueba de una gran intranquilidad y decepción entre los jóvenes, sea cual sea la causa que provoca que "salgan muy verdes" de los centros educativos. Si se pretendía dotar a los jóvenes de unos conocimientos que acrecentasen su seguridad, este caso da muestra de que no se ha conseguido. Conviene precisar que habla una joven de 23 años que ha estudiado 5 años de FP especialidad administrativa y actualmente está en 3º de la Diplomatura de Empresariales.

"Entonces yo creo que el nivel de formación para la gente joven está muy mal. Es que por ejemplo yo he salido de FP de 5 años, y a la hora de trabajar estoy muy verde, porque yo prácticamente si me pusieran frente a una máquina de escribir, no se escribir, prácticamente no sé hacer nada ¿no?" (E 34)

Un segundo inconveniente, que desvirtuaría el discurso esplendoroso e idealizante de la formación, es que los jóvenes transitan por ella porque no hay otra cosa que hacer. Así a falta de algo mejor se internan en la formación sin un gran convencimiento. La formación no es la panacea esperada, sino un refugio que puede proteger de los malos tiempos de paro que se viven. Es evidente que esta no es una salida muy noble para la formación, acabar convertida en un remedio contra el no hacer nada no parece que sea el destino que tenía encomendado para la juventud. Sin embargo, no hace falta estar en las aulas para captar los graves problemas de encontrar sentido a la formación y la consiguiente desmotivación de muchos jóvenes. Esta formación-pasatiempo que hoy se hace fuerte no es incompatible con el discurso típico de la formación-capital humano, una formación útil y dirigida. Ambas pueden coexistir, pero es posible que este desgajamiento cree estilos

de formación diferentes, con finalidades y calidades diferentes, cree formación a diversas velocidades.

Los jóvenes de los que proceden las siguientes citas han manifestado a lo largo de la entrevista confianza en la formación, incluso han realizado recorridos educativos largos, pero ante la dificultad que están teniendo de convertir sus titulaciones en un empleo muestran un cierto descalabro en su confianza hacia la formación y la aceptan condicionalmente a falta de una alternativa mejor. En los párrafos seleccionados, pueden verse algunas variantes de esta salida de la formación-refugio. Desde la posición pura, que representan bien las dos primeras citas, y en la que la principal virtud de la formación es que permite prorrogar la identidad de estudiante y permite, a su vez, eludir el estigma del paro; hasta la formación antidepresiva y reguladora del tiempo en el paro, que se observa en la tercera cita.

“Si no encuentras pues ¿qué haces? pues sigues estudiando o miras alguna oposición o miras cursos o meterte a la facultad, si no hay nada pues sigues estudiando, no vas a estar parada.” (E 17)

“Yo solamente tenía pensado hacer FP, pero solamente auxiliar administrativo, pero como cuando terminé tampoco había faena ni nada, pues continué haciendo segundo grado, entonces hice segundo grado y nada resulta que al terminar no había faena ni nada, entonces lo que hice fue continuar y ahora por ejemplo estoy estudiando empresariales, estoy ahora en 2º, pues eso como no hay faena ni nada, pues por no estar en casa sin hacer nada.” (E 34)

“Sí, eso sí, porque antes por ejemplo, o algún día me levantaba tarde, porque para estar despierto por casa y no hacer nada, pues estaba durmiendo, pero así se te hacen los días un poco más largos. Sin embargo, aquí te levantas pronto, vas a clase, a las dos para allá, se me pasa mejor el día. Además que no sé, de estar sin hacer nada se te atrofia más el cerebro. Ya hacía tiempo que no hacía nada, porque desde que vine de la mili siempre pensé en mirarme los apuntes de clase, de electrónica y esto, para no ir perdiendo nada, pero estar solo en casa y que nadie te motive para estudiar es muy difícil. Aquí por lo menos te obligan ¿no? más o menos el profesor o la profesora que tengas. Bien, no pierdo el tiempo, aunque no me guste, por lo menos hago esto.” (E 20)

Un tercer inconveniente, que redunda en la inseguridad de muchos frente a la formación, es su carácter inacabable, hasta obsesivo, que puede ser vivido con ansiedad y generar un estado continuo de inseguridad y falta de satisfacción con lo que se hace. Sería interesante explorar las fuentes de esta concepción de la formación continua, abierta, ilimitada, interminable. Probablemente la acumulación de capital humano haya de regirse por los

mismos principios en que se basa la acumulación de cualquier capital y más aún en la sociedad de la información en que vivimos, lo que es cierto es que estas dinámicas generan una fuerte inseguridad que se transmite en las citas que se transcriben seguidamente. Cada una de ellas ilustra alguno de los rasgos ansiógenos que provoca este modelo estresante de formación. La primera ofrece una visión de impotencia y de temor que compara la formación con un "monstruo muy grande" que te puede desplazar a la cuneta. La segunda es una buena muestra de la concepción más a la moda de formación inacabable, vivida, en este caso, en positivo, con bastante aceptación. La tercera ejemplifica bien que a pesar de que se tenga mucha formación, parece que siempre falta aquella que te auparía a la excelencia formativa, te haría imprescindible para cualquier empresario.

"Yo me he quedado en la cuneta, yo dije no, los estudios se me han apoderado, son más grandes de lo que yo pensaba, es un monstruo muy grande y se me está comiendo y lo tuve que dejar. Entonces yo soy, digamos, de esa, de ese lado de la cuneta."(E 26)

"Sí, en este campo siempre hay programas nuevos, que salen nuevos para diferentes áreas, porque dentro de Diseño Gráfico también pues están los programas más destinados a Páginas Web, entonces también tienes que ir ampliando en cuestión de programas. No me planteo nunca terminar la formación, sino que debe ser una cosa abierta, que se puede aprender más." (E 31)

"No he acabado la carrera, pues, para que voy a ir ¿no? Y es que ... por eso digo que mi mayor hándicap es la falta de formación, es no haber acabado los estudios. Porque sí, los cursos estos de formación continuada, pues te sirven como complemento, pero si no tienes una base sólida, pues no vas a ningún sitio. Estará fenomenal que tengas ... que sepas Lotus, que sepas Dbase, que sepas Word, pero si no tienes una base sólida, aunque sea lo tú dices el papel solo, porque a lo mejor de conocimientos sabes más que otra gente, pero la gente quiere el título, el papel." (E 18)

Una consecuencia de algunas de las evoluciones comentadas hasta ahora es la extendida práctica del 'cursillismo' entre los jóvenes parados. Los largos periodos de desempleo son combatidos con largas enumeraciones de cursos ocupacionales que los jóvenes especifican, con la esperanza de que uno pudiese desaparecer de las listas del paro por medio de estas listas de cursos que parece que es lo único que se puede sacar en claro del INEM. Este 'cursillismo' desvela una fuerte y extendida concepción cuantitativa de la formación, que se acentúa en los casos de menores niveles de formación de

base. Pareciera que cuando la formación de partida es menos valiosa, más esfuerzo se hace posteriormente para remediar las lagunas iniciales. Con los tiempos que corren, muchos de estos jóvenes parados con menores niveles educativos intentarán compensar con formación y curriculum la falta de padrinos y de relaciones.

"Realicé primero, vamos a ver, todo a nivel de administrativo, realicé uno de informativa básica, donde dabas una serie de programas, como Word Perfect, Lotus123, todo aplicado de informática de oficina, luego hice otros de administrativo, tres, donde se daban nóminas, contabilidad, un módulo de inglés comercial, otro módulo de técnicas de búsqueda de empleo, todos estos cursillos son ya por Conselleria, este es el cuarto, entonces ya me parece que ... ya mis amigos me dicen que soy un "cursillero". (E 18)

"Hice con ellos uno de comercio exterior, luego también pillé uno que organizó uno de economía social, cooperativas de la Comunidad Valenciana, también lo hice, hice también uno de informática, se está poniendo de moda, ahora donde vayas se necesita también la informática y luego ya... cuando entré en el paro, me entere un poco más y eso, y me estuve moviendo y hice uno de fiscalidad y ahora estoy haciendo el de secretariado de dirección, y trabajar no he trabajado nunca, me gustaría mucho trabajar así por lo menos..." (E 17)

A pesar del respeto que impone la formación, las críticas a sus resultados comienzan a aparecer. Los parados más jóvenes no son los más beligerantes, pero ya elaboran argumentos críticos que son síntoma de todas las tensiones y vivencias negativas que se acaban de señalar y de los resultados objetivos no excesivamente esperanzadores que la formación ocupacional está dando realmente. Las críticas se dirigen a la oferta y al consumo indiscriminado de formación; a su función impostora de sustituto del trabajo y, finalmente, a su carácter forzado, pues, muy frecuentemente, los servicios de empleo imponen obligatoriamente a los parados la realización de estos cursos, sin pararse a valorar si son provechosos o no para las personas en concreto. La primera cita refleja el 'boom' de la formación, que se asemeja a una moda pasajera que parece interpretarse como un fin en sí misma y no como un medio para facilitar el acceso al empleo. Como usuario de formación, este parado sugeriría criterios para mejorar los cursos con medidas más allá de lo formativo y más cercanas a lo laboral, pero la lógica de la moda parece abrir una brecha entre las necesidades de los parados y la planificación de los servicios de empleo, que ofrecen formación para todos en un alarde de

planificación centralizada, alejada de las carencias reales de empleo que habría que cubrir y generadora de círculos viciosos en los que “se quitan el muerto de encima” sin resolver nada: la formación no crea empleo y no lo propicia automáticamente.

“Una avalancha, me llamaron de un montón de sitios para hacer cursos, y este año también, incluso haciendo este, me han llamado de un montón, en fin ...no sé porque, pero se ve que ha habido un boom de cursos de formación. Los cursos de formación me parecen bien, pero pienso que tanto boom de cursos de formación, para luego ¿qué? sales y...eso me parece que tendría que haber una bolsa de trabajo o algo más, o sea, no dejar a la gente hacer tantos cursillos para que luego hayan acabado con ese cursillo, te quitas el muerto de encima, y volvemos al paro, es decir, en realidad no hemos salido de ahí. Entonces, ¡vale!, esta muy bien, pero algo más. Quiero decirte...algo más en ese sentido, que después de darte una formación te den la posibilidad de un trabajo.” (E 18)

La segunda cita critica la formación forzada. Aparece sobre todo en los casos en los que se tiene una formación inicial fuerte y una línea decidida en el recorrido curricular. En estos casos, un funcionamiento burocrático y controlador de los servicios de empleo puede disparar este tipo de queja coherente y bien argumentado. Las alusiones a los rasgos disciplinarios y a la obligatoriedad de aceptar el curso bajo amenaza de pérdida de derechos adquiridos insinúa un sistema altamente burocratizado, poco cercano a los parados y generador de dinámicas organizativas e institucionales que, involucrando a los centros colaboradores -academias e instituciones que imparten los cursos ocupacionales-, a los fondos estructurales -que los financian- y a los propios servicios de empleo -que median en todas estas transacciones- bordean la ilegalidad o cuanto menos la ineficacia planificada, en la cual los perjudicados son los parados.

“Y bueno, yo les dije que no pensaba hacer un cursillo de algo que no tuviese que ver con lo mío y que yo no hubiese solicitado. Esa es otra, si no haces el cursillo te quitan la antigüedad o te quitan subsidio, pues no me da la gana, yo no tengo porqué hacer un curso de algo que no me va a servir para nada, prefiero emplear mi tiempo en estudiar Inglés, en hacer Informática, en tocarme las narices si quiero, es problema mío, y eso es lo que fui a dejar claro en el INEM, que no me mandasen más cartas mientras estuviese haciendo el curso y que no iba a hacer un curso que no fuese de lo mío.” (E 19)

“Vine aquí desconociéndolo todo y me dicen que si no lo quiero me pueden quitar el tiempo de paro, bueno pues lo hacemos.” (E 20)

VI.1.3.- Factores de dificultad en la inserción laboral de los jóvenes parados

Cuando los jóvenes parados piensan en un empleo, la palabra experiencia aparece como un muro infranqueable. Esta demanda empresarial permite garantizar que la persona contratada tenga aptitudes para cubrir un determinado puesto al haber acumulado experiencia en otros trabajos. La formación y las habilidades adquiridas se transmiten así a la nueva empresa, que se aprovecha de todos estos recursos incorporados en el candidato con más experiencia. Además de esta dimensión económica, la experiencia funciona como una garantía de prueba, que contribuye a acreditar la idoneidad de los seleccionados: una especie de cata que reduce las posibilidades de contratar a un candidato incompetente o problemático.

Cuando esta exigencia de las empresas se extiende como criterio universal de selección, se canaliza a todos aquellos que buscan un primer empleo a los trabajos que no necesitan experiencia o, al menos, se retarda y perturba su inserción. En todo caso, la falta de experiencia devalúa la oferta presentada por un candidato, que no dispone de uno de los requisitos exigidos. En el caso de los jóvenes, su ingreso en el mercado de trabajo está caracterizado en los últimos años por esta potencial devaluación estructural de sus capacidades. El abaratamiento de la mano de obra joven 'sin experiencia', la facilidad de aceptación de puestos de inferior categoría o el paro en espera de una oferta de trabajo adecuada son tres de las consecuencias de este manejo de la experiencia en manos de los procesos empresariales de selección. En España, el periodo de inserción juvenil de las dos últimas décadas queda abierto a combinaciones de estas tres consecuencias del imperativo de la experiencia. El hecho de intentar conseguir experiencia en conjunción con los abundantes empleos temporales abre para los jóvenes un recorrido fatídico hacia la generalización de la precariedad, que se reproduce circularmente en una espiral de aceptación de los empleos por debajo de las expectativas con la intención de adquirir una experiencia también por debajo de las expectativas.

Por otra parte, por definición, la experiencia la da el empresario, lo cual le permite acumular, además de todas las ventajas económicas señaladas, otras de carácter simbólico. Ante esta potestad omnímoda, los jóvenes inexpertos encuentran poca salidas para oponerse a la subordinación. Los argumentos meritocráticos y profesionales camuflan la autoridad y la jerarquía, hoy tan presentes como siempre en el mundo de las empresas. El consentimiento de los jóvenes, su autopercepción como sujetos laborales carentes -de experiencia- y la aceptación de su subalternidad inexperta se imponen actualmente de manera generalizada ante el empuje del discurso meritocrático. La extensión de todo un sector flexible y barato de inserción es ya un hecho normal en nuestro país: las prácticas de empresa, las becas, las estancias irregulares en pruebas no pagadas son aceptadas por los jóvenes hasta el grado de máxima normalización. Las consecuencias pueden deducirse de lo anterior: abaratamiento de la fuerza de trabajo y aceptación de la autoridad de la empresa. No hay que olvidar que la experiencia la concede el empresario.

A pesar de todo lo dicho, y aun a riesgo de sonar contradictorio, es posible que la flexibilidad como tendencia del mercado de trabajo y los estilos de gestión del personal puedan estar actualmente cambiando la forma de apreciar la experiencia por parte de los empresarios. En determinadas escalas técnicas, los directores de los departamentos de recursos humanos muestran preferencias por contratar a jóvenes sin experiencia para formarlos desde cero. En estas escalas más cualificadas, haber estado en otros trabajos puede ser interpretado como cambios de empresa por parte del candidato que demuestran su poca valía o su falta de lealtad: más que la propia experiencia, hoy se valoran más los resultados concretos de ésta, el tipo de proyecto en el que se ha participado. La preocupación de los directivos por la fuga de técnicos y cuadros, y su consiguiente paso a la competencia, pueden llevar a reconsiderar la experiencia laboral en el marco de la flexibilidad. Todas estas tendencias podrían estar variando las representaciones de la experiencia en el mundo de la empresa.

Las citas siguiente reflejan algunas vivencias de los jóvenes frente a estos procesos. Un sentimiento de impotencia y contradicción flota en el limbo de la inexperiencia al cual son empujados: ya que no tienes experiencia, no puedes tener empleo. Este inhabilitante círculo vicioso antecede a la posterior aceptación de cualquier circunstancia laboral. El limbo de la inexperiencia, poblado de jóvenes que nunca han trabajado, es un lugar de espera en el cual va cuajando la aceptación de las reglas del juego y donde la arbitrariedad acaba por pensarse como inevitable o normal.

La primera cita presenta una especie de silogismo en el cual parece encerrada la joven parada inexperta que lo enuncia. Aprisionados en este 'problema' enigmático, resultará más difícil desmontar y desacreditar el mecanismo de la experiencia: ¿para qué se exige experiencia, si cada puesto de trabajo es diferente y la mayor parte de los contenidos de trabajo se aprenden sobre el terreno: puestos de trabajo específicos en empresas específicas? ¿para qué se exige experiencia si, simultáneamente, los empresarios anuncian que quieren gente nueva, joven, sin los vicios de modelos aprendidos, viejos, caducos?

"Lo que te piden es experiencia y claro, experiencia no puedes tener si no te la dan, por lo menos tener una oportunidad... y no te la dan y como no te la dan pues sigues sin experiencia. (E 17)

"Un problema. Yo lo que veo ahí es que lo que también te piden siempre, que yo no sé cómo lo hacen, de veinticinco a treinta y cinco años, o a treinta y tantos años, licenciado con Master, con idiomas y con x años de experiencia. Yo no conozco a ningún estudiante de 26 o 27 años que tenga cinco años de experiencia." (E 23)

Las salidas del círculo vicioso de la inexperiencia parecen encontrarlas los jóvenes aceptando cobrar menos: la experiencia se paga. Este es el peaje para entrar en el mercado de trabajo y para adquirir los rendimientos complementarios que se supone da la experiencia: información para afianzar la inserción en determinada empresa, nuevas oportunidades, etc. Una observación antes de las citas, la mención de la experiencia se distribuye en una escala directamente proporcional al nivel social y al nivel de titulación: los jóvenes más humildes y con menor titulación valoran más el título, mientras que los jóvenes más titulados mencionan más la experiencia.

"Hombre yo sinceramente no me importaría que me pagaran ahora menos si eso me va a dar experiencia, claro que tampoco...un periodo muy largo que yo me pudiera mantener, pero no me importaría ahora...para adquirir experiencia. Para mí lo más importante desde luego es la experiencia." (E 17)

"Una vez te metes en el mundillo, pues te enteras, ya es más fácil porque muchas cosas yo creo que no salen fuera, no te enteras. Por ejemplo, sustituciones de verano, pues se enteran los de allí mismo... pues yo tengo una prima o conozco a una vecina o una amiga o cualquier cosa." (E 17)

La falta de experiencia acentúa en los jóvenes otra tradicional dificultad que se menciona a la hora de encontrar empleo: las relaciones y los populares enchufes. Los jóvenes de procedencia social humilde que han prolongado sus estudios son los que más desprovistos se sienten frente a la posibilidad de contar con conocidos y las mencionan como principal causa de su desempleo. No existe ninguna institución que supla los efectos del enchufe y el sentimiento de indefensión crece ante la 'falta de padrinos'.

"No si yo eso lo tengo claro, que cuando tenga que entrar a trabajar, que tiene que ser por alguien que me haya dicho una información o algo, porque si tengo que esperar a que ahí, en un sitio de estos me metan ... voy apañado, y luego pues si, yo procuro a todas las amistades que hago, les digo lo mismo, que si saben algo..., les doy mi teléfono o lo que sea" (E 20)

"El no tener a alguien que me haya enchufado en algún sitio, eso lo tengo claro, porque la verdad es que no veo el INEM ni ningún sitio que...dicen que sí, pero yo no veo que se preocupe nadie por nada. Los casos particulares que hay, bueno, amigos y gente que conozco de mi alrededor, todos han entrado a trabajar, pues, por mediación de x persona, o lo que sea, ¿sabes? entonces no sé, la verdad es que lo veo mal." (E 20)

"Pero es que, a aparte de eso, es encontrar, como se dice el dicho eso: "si tienes padrino te bautizas..." o algo de eso." (E 20)

VI.1.4.- Pretensiones de un buen empleo: el ascenso de las expectativas profesionales en los jóvenes

Otra de las causas de que los periodos de paro se prolonguen está relacionada con el tipo de empleo que los jóvenes pretenden y con las expectativas de conseguirlo. La mejora del nivel de estudios eleva las posibilidades subjetivas de encontrar un buen empleo y esto trae como resultado la ampliación del tiempo de paro. Esta dinámica no acaba ahí y viene acompañada de otras que están destinadas a tener un alto impacto en la organización social: la

sobrecualificación o la mayor permanencia en el hogar familiar de origen son algunas de las que se vislumbran en la siguiente cita:

"¡Hombre!, yo creo que lo que pasa es que la gente quiere trabajar siempre en x trabajos, porque trabajos hay, supongo que siempre hay trabajo, lo que pasa es que, por ejemplo, yo sé que puedo tener trabajos que...no sé, que no quiero entrar, por ejemplo, el típico trabajo de basurero y tal, que nadie quiere trabajar, que sigue siendo un trabajo ¿no? y hay gente que podría trabajar allí, pero claro, están en el paro porque no quieren trabajar ahí, de basurero, por ejemplo, o de camarero. Entonces, cada vez la gente, hay más estudios, la gente quiere trabajar más en otro nivel ¿no? para eso está estudiando, no sé, la verdad es que te limitas ya tus propios trabajos, ya está delimitado todo, por..por el que hay pocos, si tú ya te delimitas en los que quieres trabajar, porque a mi a veces han venido a decirme: ¡tengo un trabajo en el que ... ! pero no, este no, y quiero trabajar porque necesito trabajar, pero de momento pues no y nada más. ¡Hombre! de momento supongo que aún estarán mis padres vivos, por lo tanto aunque me pueda mantener, digo yo."(E 21)

La cuestión de las expectativas está relacionada con otra de mucho interés en estos últimos años: los cambios en las concepciones del trabajo en los jóvenes: ¿qué tipo de trabajo es el que define las expectativas de los jóvenes? Lo cierto es que los requisitos que ellos piden al empleo deseado no han variado mucho respecto a los que podían tener los padres, lo que sí ha variado es la posibilidad de convertirlo en realidad. El párrafo extraído de un joven de 21 años, que satiriza con un habla exclamativa la cuestión de un empleo deseable, introduce bien el tema.

"Pues, metiéndome a trabajar en algún sitio, fijo ¡ha,ha,ha!... buen sueldo, fin de semana libre ¡ha,ha,ha!, que para mi eso es sagrado, no pues eso, no sé, encontrar un trabajo que esté bien, esté cómodo, un trabajo que me guste, porque eso es muy difícil, casi imposible encontrarlo, pero un trabajo que esté bien, que se porten bien conmigo y yo pues intentar pues dar lo mejor." (E 21)

Todos los jóvenes entrevistados se manifiestan en este sentido. Que la flexibilidad laboral se haya implantado tan rápidamente en las prácticas laborales no implica que la seguridad en el empleo haya desaparecido de las concepciones vitales de los jóvenes. El trabajo estable parece un valor fuertemente arraigado; las nuevas ideologías sobre la flexibilidad han podido calar entre los jóvenes en diferentes aspectos, pero no en este del empleo seguro. Como comenta uno de los jóvenes entrevistados, las instituciones le han preparado para una carrera laboral estable y la cultura de la flexibilidad se vive, hoy por hoy, con mucha incertidumbre:

“Es que la verdad, de alguna forma te educan así, tanto en el ámbito familiar como educativo están siempre preparándote para que desarrolles un trabajo pero creo que en el caso de que sea temporal no te preparan, de que no vaya a ser una cosa estable sino que vaya a ser una cosa de meses no te preparan. (E 31)

Esta demanda de estabilidad no excluye algunos cambios en las concepciones laborales de los jóvenes respecto a generaciones anteriores y algunas nuevas contradicciones que caracterizan sus vivencias del trabajo. El más repetido es el de la realización personal: para ser satisfactoria, la seguridad tiene que ir acompañada por una actividad en la que uno se sienta realizado, que ‘guste hacer’. Esta realización personal se plantea en comparación con los padres, a los que se interpreta mayoritariamente como ejecutores de un trabajo seguro, pero aburrido, dirigido a cubrir prioritariamente las necesidades económicas. La aportación desde los jóvenes es el deseo de una satisfacción a través del trabajo. Aunque aún no han tenido experiencias laborales, sienten peligrar esta aportación y pospondrán al máximo su incorporación a un mercado de trabajo que actualmente pone muy cara la realización personal.

“Es que yo creo que ellos no tienen la concepción que tenemos nosotros de estar en un trabajo que te guste no, que estás realmente realizado, sino pues eso, un trabajo son ingresos, son no sé, es que la concepción es diferente; entonces pues trabajo es un trabajo, no se plantean que te pueda gustar más o menos.” (E 31)

“Si trabajas a gusto el dinero en realidad te daría lo mismo, pero si no trabajas a gusto lo único que quieres es conseguir un nivel monetario.” (E 26)

Escuchando detenidamente los deseos de los jóvenes sobre el trabajo, pueden captarse numerosas contradicciones, posiciones polarizadas en torno a factores difíciles de conciliar. La más señalada es la que se ha tratado en el párrafo anterior entre las ganas de vivir la realización en el trabajo y, por otro lado, la necesidad de afrontar la situación concreta de la escasez de empleos satisfactorios. Aunque el dinero no es lo más importante en el grupo de jóvenes parados sin experiencia laboral, la contradicción se plantea a menudo entre, por una parte, la creencia de que se tiene derecho a un buen empleo por haber estudiado y, por otra, tener que trabajar en lo primero que salga para obtener dinero.

Estas contradicciones son un indicador de los actuales cambios en la cultura juvenil del trabajo que ya se perciben: el desplazamiento de la búsqueda de

identidad y de realización a otros ámbitos más allá del laboral; la puesta en cuestión de las demandas de seguridad por parte de las posiciones empresariales; las continuas loas empresariales a la movilidad, la creatividad y el aprendizaje logrados en diferentes empresas son algunos aspectos que se entrevén en las entrevistas, pero que no se definen articuladamente. El trabajo continúa siendo una esfera central en la vida de los jóvenes, aunque es difícil precisar el calado entre ellos de las ideologías que tratan de vaciar de contenido lo laboral y de reorientar los deseos de los jóvenes al consumo y el ocio, centros generadores de identidad más productivos y menos conflictivos.

VI.1.5.- El fin del trabajo típico: vivencias laborales de los jóvenes

Si de los deseos y expectativas descendemos a la realidad del trabajo que viven los jóvenes y a cómo se perciben los cambios actuales, encontraremos referencias interesantes en este grupo de parados que buscan su primer empleo. Hay que insistir en esta circunstancia, ya que su falta de experiencia laboral les lleva a hablar no en primera persona, sino a través de impresiones o de situaciones laborales que han vivido amistades o familiares. Con todo, puede decirse que la intensidad de los cambios en el mercado de trabajo en los últimos años les ha afectado a ellos de manera particular. Los jóvenes han sido el grupo de edad que ha encajado los efectos más notorios del trabajo flexible. No sería exagerado decir que ellos han sido el banco de pruebas en el que se han experimentado las tendencias del nuevo empleo. Esto ha ocurrido no solo en los aspectos más prácticos y objetivos, sino también en todo lo referente a la cobertura ideológica desplegada en torno al trabajo en el postfordismo. Todas estas particularidades convierten a los jóvenes en sujetos de gran interés para indagar en las transformaciones materiales e ideológicas en el campo laboral.

Al pedir la opinión sobre estas cuestiones a los jóvenes parados sin experiencia laboral, puede decirse que predomina un sentimiento de incertidumbre y duda. En muchos de los fragmentos, encontraremos manifestaciones negativas hacia las nuevas condiciones en las que se

desarrolla el empleo, pero esto no resulta una impugnación total al sistema, sino una preocupación por la suerte que se correrá personalmente. Los nuevos requerimientos del mercado de trabajo parece que se consideran necesarios, pero para los demás, si se aplican sobre uno mismo crece la preocupación. El nuevo modelo parece que no se puede cambiar y despierta en los jóvenes la faceta de las estrategias personales para sacar lo más posible de un cambio imposible de controlar. La primera cita es reveladora de la idea de incertidumbre, un auténtico catálogo de términos e ideas del reciente mundo del trabajo: un capitalismo de la 'innovación', 'desordenado', 'sin reglas', 'sin fábricas'.

"O sea de la fábrica yo creo que no. Yo creo que empezaremos a hacer, que estaremos diseñando un nuevo sistema, otro nuevo diseño [...] Me lo imagino completamente distinto, o sea así desordenado, que no hay ninguna regla, desordenado, sin unas reglas que los una. Verlo así desordenado quiere decir que no será lo típico, las típicas 8 horas, ni que el contrato será fijo...o sea una cosa así que no tiene nada que ver con este. Porque a lo mejor a una persona le hacen un contrato a lo mejor indefinido o un contrato de aprendizaje, pero que no será lo mismo para cada uno, no será lo mismo para todos, yo creo que es un desorden, o sea que no se tiene un orden así completo, unas reglas a seguir." (E 34)

El conocimiento de los estilos de contratación temporal son conocidos por los jóvenes e interpretados como su horizonte laboral inmediato, pero las críticas duras y razonadas no son la actitud predominante. Más bien abundan las quejas un tanto oportunistas y de alcance restringido.

"¡Hombre!, lo veo mal, lo veo mal y por un lado bien, porque por lo menos dan trabajo, aunque sea tres meses, son tres meses que trabajas, mal porque juegan con la gente, por ejemplo, porque estar tres meses trabajando, ver que puedes seguir funcionando y a lo mejor para firarte y coger a otro y pagarle otro sueldo, porque ya a partir de los tres meses, se supone que vas a hacer un año, te tienen que pagar un poco más a lo mejor, entonces, mal lo veo por eso, que juegan con nosotros, tirando, tres meses uno, tres meses otro; bien porque también por lo menos ... tres meses que has trabajado ¿no? que puedes ya ir haciendo algo, entonces eso, más o menos bien y mal." (E 20)

"Lo único de los contratos temporales es que adquieres experiencia y luego te cuenta después, a la hora de buscarte más cosas, pero son cosas que tú no las puedes cambiar, a ti te han dicho: "este es el sistema que vamos a seguir para buscar trabajo y para encontrarlo esto son los puestos que hay, se ofrece esto" y claro, tú no te puedes inventar nada." (E 21)

"Bueno, según el trabajo que busques creo yo. Tienes que seguir un criterio de selección. Está claro que trabajo puedes trabajar de..., de todo no. Encontrar trabajo de camarero o de cualquier cosa puedes encontrar pero tienes un criterio de selección del trabajo que quieres realizar."(E 31)

Las críticas más contundentes solo se dan entre los jóvenes con edades más avanzadas y que ya han tenido experiencias en la precariedad. Cuando analicemos las entrevistas del grupo de parados que han trabajado anteriormente se verá la predominancia de críticas más directas. Los siguientes fragmentos proceden de una entrevista a un joven de 27 años, sin experiencia de trabajo, pero ejemplifican bien el tipo de crítica más radical no predominante en las edades más jóvenes

“Pienso que sí, que lo que conseguirá a corto plazo, será más empleo, a lo mejor, o parar un poco el paro, pero es ficticio porque, es un trabajo mísero.” (E 18)

“Pienso que cada vez, tiene más poder el empresario y menos poder el trabajador, entonces exige más, te exigen más, te tienen más apretado y cada vez desvalido, lo veo. Entonces, ahí es donde está el desequilibrio, quiero decir, más ventajas para el empresario y desventajas para la otra parte.” (E 18)

Como vemos, el discurso crítico atribuye las responsabilidades a actores concretos y definidos, en este caso a la empresa. Pero ya se ha dicho que este tipo de actitud es minoritaria. En el resto de jóvenes parados sin experiencia la atribución de responsabilidades es abstracta e indeterminada. No existen actores culpables, causantes, generadores de procesos. El mercado, la oferta y la demanda, los intereses económicos indefinidos, la crisis, la coyuntura, estos son los referentes abstractos. Sin embargo, los sujetos de carne y hueso o las instituciones nominales no están presentes en cuanto motores de los cambios. La citas dan una idea más directa de esta relativización y atenuación de las responsabilidades.

“Es que no se puede echar la culpa... no sé. Es que esta situación no ha venido de repente, ha venido arrastrándose poco a poco, a lo mejor sin darnos cuenta, porque al principio decíamos: pero no pasa nada, a lo mejor sin darse cuenta nadie, ahora estamos aquí, ¿culpa, culpa? es que yo creo que no se le puede dar a nadie en concreto” (E 17)

“En cuanto a los contratos temporales es una cosa que beneficia al empresario, el hecho de no haber, de no tener una persona fija, pero...¿un culpable? No sé, es que también son intereses, ese tema se mueve por interés entonces pues es eso simplemente que el culpable serían los intereses económicos.” (E 31)

“Es que es eso, es el mercado, o sea, es la oferta, hay muy poca oferta, entonces, cogen a gente que esta muy formada o gente muy capacitada. Siempre hay una nube de gente, que puede que se vaya moviendo de trabajo, pero siempre hay otra gente, digamos más marginada ¿no? que no tiene la capacidad intelectual, o no esta formada lo suficiente como para acceder al mercado laboral, entonces...es que

tampoco se decirte en concreto, es simplemente que la sociedad funciona así, entonces, el mercado laboral no da para más, como está estructurado, no da para más". (E 21)

Un síntoma de aceptación de las reglas del juego y de su utilización instrumental para conseguir los propios propósitos es la opinión más extendida acerca de las empresas de trabajo temporal (ETT). Su papel, para la mayoría de los jóvenes está completamente justificado: sirven de intermediario entre las empresas que buscan trabajadores y los jóvenes que buscan empleo para obtener dinero. Lo que la ETT gestiona es un intercambio de flexibilidad, organiza y media esta transacción y proporciona un servicio. Cuando se perciben algunas notas críticas, son siempre muy ponderadas: los empleos no son buenos y el dinero no es mucho, no ofrecen trabajos para licenciados, pero sirven para sacar algo de dinero y 'hacer cosillas'. En los casos extremos, como podría ser el de la segunda cita que se presenta abajo, el uso instrumental que puede hacerse de estas empresas las convierte en aliadas y hay una ausencia total de percepción sobre la lógica empresarial que las mueve.

"Conozco gente joven que está apuntada, los llaman y ellos van, pues igual están un mes como mucho, o quince días, o trabajo de tres o cuatro tardes aquí a ayudar a cargar y descargar. Y es lo único trabajitos así esporádicos cortos para sacarte algo de dinero, lo que pasa es que yo veo que para gente joven va muy bien porque un chaval que esté estudiando o una chica, siempre te viene bien, la verdad, hacer cosillas así de, que tienen en cuenta tu horario, tienen en cuenta..."(E 23)

"Yo creo que es un gran invento porque además te empujan y te buscan trabajo y aparte si tú te estás buscando trabajo y estás apuntado a una Agencia tienes más posibilidades de encontrar, y si va a ser para toda la vida, pues mejor todavía y si no pues que más te da. O sea, si va a ser un trabajo para toda la vida que te gusta y que sabes que lo puedes conseguir en esa Agencia, perfecto y si va a ser un trabajo temporal, que es para solamente sacarte un dinero y la agencia te lo saca y encima ganas más que una persona que esté fija en esa empresa, de la que te ha beneficiado el trabajo en la Empresa Temporal, mejor todavía. Y yo las veo muy bien, ¿sabes? por mí perfecto." (E 26)

Los cambios en el modelo de empleo llevan aparejadas nuevas formas de interpretar y vivir el desempleo. A la vez que el empleo se ha desregulado y desestabilizado, el paro también ha sufrido vaivenes de este tipo. El desempleo actual se entiende mejor si lo interpretamos en paralelo a los cambios en el empleo. El paro de larga duración, denso y estático, de mitad

de los ochenta no ha desaparecido, pero ha cedido el protagonismo al paro recurrente, fluido y rotatorio. Esta idea que hemos manejado a menudo en apartados anteriores se refuerza en las dos siguientes citas en las que se subrayan la pérdida de importancia de la antigüedad y la actual 'inestabilidad' del paro.

"Al INEM sí, me he apuntado alrededor de tres veces. La primera fue a los dieciséis, casi cerca de los diecisiete años, buena antigüedad, porque claro antes era antigüedad. Cuanta más antigüedad tenías, antes tú cogeras los trabajos. Cosa que veo ahora absurdo." (E 26)

"No, es un poco inestable el hecho de que estés unos meses en paro y otros trabajando pues sí es un poco de inseguridad a la hora de no tener seguro porque ahora muchos ya están o se están independizando; entonces pues ya dependen de ellos, para mantenerse ellos." (E 31)

VI.1.6.- La amenaza del futuro: silenciar los problemas

Es difícil saber en qué estrato de la conciencia habrá quedado la capacidad crítica de los jóvenes después de veinte años de hegemonía neoliberal. Los discursos sociales y políticos teñidos de un lenguaje de *manager* y la desocialización creciente que han traído las transformaciones económicas han dado sus frutos, generando un adormecimiento programado de la sensibilidad social de las personas. Aunque no son los únicos, -pues el mal está hoy generalizado-, los jóvenes resultan ser un grupo propenso debido a su posición generacional y a la desmemoria de estos últimos años. Es cierto que acumulan otros valores que podrían servir de contrapunto al conservadurismo social triunfante, sin embargo, parece que esos valores y esa energía han sido apropiados por el discurso desmovilizador, tienden a hablar el lenguaje de la modernización empresarial. La dictadura del cambio -todo es inestable, todo se mueve, no hay que parar, nada dura y hay que adaptarse a ello- ha secuestrado las ideas.

En las entrevistas, se capta una intensa indefensión y falta de capacidad para analizar la situación de paro, y de trabajo, por parte de los afectados. Esta apatía adopta las formas de negación de cualquier posibilidad de acción sobre el problema y de una irresponsabilidad tanto en las causas que lo generan como en las posibles vías de solución. Las reacciones más repetidas son un

rechazo a pensar sobre el problema y una búsqueda de refugio en el presente. Junto a esto se manifiesta miedo, internalización de la queja y necesidad de evasión. Las dos primeras citas revelan el miedo y la defensa en el presente y las dos siguientes la interiorización de la queja, el no hablar para no pasarlo mal.

"No tengo ni idea, ni quiero saberlo vamos. Es que no lo quiero ni pensar porque, me da miedo. Sí, me da miedo no me gusta lo que veo, no me gusta.[...] Y como cada uno va a la suya, cada vez va a ser más difícil y cada vez es peor porque cada vez vamos más a la nuestra y no se va a poder remediar, la gente no se mueve ahora para nada... por eso te he dicho que prefiero no pensarlo, ya vendrá" (E 19)

"Es que planearme las cosas para un futuro me da como miedo porque no me gusta planear por eso, lo veo todo que va a ser peor que lo que es ahora, entonces es mejor vivir día a día." (E 34)

"No creo que sea algo de lo que te guste hablar ni de lo que estás comentando con la gente, o sea, yo cuando estoy con amigas y cuando salgo es para pasarlo bien, para intentar olvidarme un poco, ya me agobio yo en mi casa, y no tengo porque sacarlo fuera, si nos vamos a tomar café, y ponemos un codo en la mesa y empezamos a decir: "que mal está todo" (E 19)

"Yo la verdad es que cuando entro en clase, entro en clase, ¿no? quiero evadirme de lo demás." (E 20)

Todas estas reacciones, aparentemente personales y desplegadas en el plano de lo psicológico, han de ser interpretadas como mecanismos defensivos sociales, pues sociales son sus consecuencias. El principal: la incapacidad de reacción ante el problema del paro y la insensibilización hacia sus injustos efectos. Estos mecanismos no se presentan solo en el terreno del paro; también entre los ocupados, la desigualdad social, la pobreza, las malas condiciones de trabajo se viven como cuestiones inaccesibles y sobre las cuales no se puede actuar. La inacción y la desmovilización respecto a estos problemas tienen la misma raíz que las reacciones respecto al paro que aquí se están tratando. Es más, los que trabajan, contemplan los problemas de los parados con este tipo de pauta de la impotencia y del distanciamiento hacia el problema.

El paro y la complicada situación laboral de estos últimos veinte años han extendido un miedo al desclasamiento, a la pérdida de estatus, a la posibilidad de quedar en la cuneta del actual modelo social y un temor al

fracaso y a la privación del consumo. Estas circunstancias, teñidas por el miedo, son las que están en el origen de las manifestaciones de insensibilización y de indiferencia hacia los problemas sociales que estamos analizando. Una hipótesis sobre la que merece la pena detenerse indicaría que todas estas reacciones de parálisis provienen de mecanismos de defensa individuales y colectivos que tienen como resultado la pérdida de la capacidad crítica y el distanciamiento. Los mecanismos individuales de defensa, que son activados por el miedo al fracaso y al sufrimiento provocan en la persona un efecto de silenciar el problema, de olvidarlo, de colocarse una orejeras que ayuden a sentir sus efectos aminoradamente; esta negación o interiorización del problema aplaza cualquier toma de responsabilidad sobre éste e inhabilita al afectado sobre su solución. Esta indiferencia funciona como un anestésico de la propia emoción ya que uno es consciente de que tiene dificultades, pero percibirlo de forma mitigada reduce mucho la angustia y evita verse impulsado a responsabilizarse y actuar y, por tanto, a afrontar riesgos y la posibilidad de no saber resolver el problema, de tener que afrontar el potencial fracaso y el sufrimiento. Blindarse contra la percepción del sufrimiento propio y evitar el hecho de tener que sentir, hablar y soportar los rasgos de anormalidad social que produce el paro son los resultados de este mecanismo defensivo cuyo coste es la desensibilización hacia la causa que produce el sufrimiento, en este caso el propio paro y las razones que lo generan.

“Yo a lo mío”, “prefiero no pensar” “mejor vivir día a día”, los mecanismos de defensa individuales no actúan solos, se acompañan de mecanismos colectivos que completan a los anteriores. En el caso del paro, los propios afectados están tan cerca del problema –tanto que lo sufren en su propia carne- que no basta ponerse orejeras, la angustia rebosa. Para que la toma de responsabilidad pueda seguir aplazándose, y pueda evitarse el sufrimiento de reconocerse como parado, hacen falta otros mecanismos de un orden superior. Estos serían los mecanismos colectivos de defensa, que consistirían en aceptar y racionalizar las explicaciones, o mejor, la explicación hegemónica y hacerla propia. Esta aceptación evita el tener que pensar por uno mismo, adormece la capacidad de razonar y protege de la realidad, con lo cual se consigue nuevamente eludir el sufrimiento e inhibirse de la responsabilidad. Aceptar

una explicación racional permite no tener uno mismo que dar explicaciones, te descarga de responsabilidad e incluso te da pautas de comportamiento y te orienta.

Dos millones de parados abatidos por los depresivos mecanismos de defensa individuales no son un buen panorama, es preferible que los parados compartan una explicación del paro que, además de evitarles el tener que pensar y sufrir, les convenza y les marque el camino. Hay que enrolar al máximo número de parados en las filas de una explicación conveniente. Este mecanismo colectivo de defensa no se inicia por motivos psicológicos: hace falta previamente una explicación elaborada, bien armada y que garantice el buen funcionamiento del mecanismo de defensa que surge con su aceptación por parte del parado. Esta explicación tiene que tener unas fuentes, unos medios de difusión, unas instituciones que la amparen y la gestionen, unos medios de legitimación, un aparato técnico que la confirme y unos instrumentos prácticos que la hagan operativa. Cuanto mayor verosimilitud acumule, mayor será su poder de explicación racional y consiguientemente, se extenderá con mayor rapidez entre los parados. Ha de ser una explicación que se imponga a otras posibles y se dote de los medios que aseguren esta hegemonía.

La explicación concreta que hoy está funcionando como base de este mecanismo colectivo de defensa es la explicación neoliberal del paro. Ya hemos detallado en otros capítulos (I) sus principios. Aquí bastaría decir que se trata de una serie de razonamientos articulados mediante los cuales se llega a la conclusión de que el paro es un fenómeno incausado o causado por abstrusas dinámicas económicas, cuya explicación y tratamiento requieren: primero, un aparato técnico complejo y, segundo, una serie de medidas socioeconómicas imprescindibles para resolver el problema, entre las cuales está el compromiso y la implicación de los propios parados. De no llevarse adelante todas estas intervenciones, se augura una profundización de la crisis, un aumento del paro y una agravación de las condiciones de vida de los parados. Los empresarios, que son los que crean empleo dejarán de hacerlo. El miedo y la amenaza hacen así acto de aparición. Para conjurarlos se

proponen una serie de cánones que confluyen en la figura del buen parado, que acepta la explicación y se implica: se esfuerza por encontrar empleo, está dispuesto a aceptarlo cuando se le ofrezca uno, asiste a los cursos de formación y a cualquier otra medida que los técnicos consideren oportuno. El comportamiento individual será, en definitiva, el que podrá librar al parado de su amarga situación y el que distinguirá a unos parados buenos, de otros menos dispuestos a aceptar el bloque de ideas mencionado. La explicación otorga un premio a los buenos parados: una mayor facilidad para encontrar empleo y un reconocimiento moral de contribuir a la solución del problema del paro. Los buenos parados obtendrán estos beneficios, los malos parados van contra el sistema. En el extremo, los primeros habrán colaborado en la mejora del estado de la economía y los segundos verán abultado el peso de su paro con la vergüenza de no colaborar al bienestar de todos y la sospecha de no querer trabajar. De la misma manera que hay un modelo de buen parado, también lo hay de mal parado, defraudador, vago e incompetente.

El mecanismo colectivo de defensa se dispara cuando se acepta esta explicación y, con ello, se racionaliza el problema. A partir de ese momento, se muestra conformidad con la explicación propuesta y esta conformidad permite eludir la responsabilidad personal de tener que darse una explicación propia, de tener que responsabilizarse en la solución colectiva, de tener que sufrir por aceptar y afrontar la condición de parado. Es más fácil aceptar la explicación que se te propone y esperar el premio-promesa que supuestamente conlleva: la salida del paro. Tan solo hay que comprometerse a ser un buen parado, que mira por sus intereses personales para salir cuanto antes del paro. El miedo está en la base de este sistema: si no me comporto como me dicen, corro el riesgo de estar peor de lo que estoy y de que no me contraten. Toda esta secuencia concluye con la colaboración del parado, que acaba centrándose en sí mismo, amasando una densa indiferencia hacia el resto de parados, aceptando la explicación oficial y renunciando a cualquier tipo de reacción que se salga de la norma. La desagregación que se observa hoy entre los parados es una prueba de que el miedo, bien dosificado, no une, sino destruye la reciprocidad.

Este mecanismo no es privativo del ámbito del paro. Es el mismo que se aplica a los trabajadores cuando se les amenaza con la crisis y el despido y se les demanda su participación en forma de colaboración con la empresa. Si están dispuestos a hacer sacrificios, obtendrán el reconocimiento de esta y la promesa de mantener su empleo. Además de este premio, el modelo abruma con adjetivos elogiosos a aquellos que se comprometen -operarios fieles a la empresa, colaboradores valiosos- y califica a los que no colaboran casi de enemigos del sistema. Ante la amenaza de perder el empleo, se impone el velar por los intereses de uno, no meterse en líos y, con mayor o menor entusiasmo, colaborar. Todo lo cual implica la ya mencionada indiferencia hacia los otros trabajadores, la creencia en la explicación que propone a empresa y la renuncia a actuar colectivamente sobre un problema cuyas motivaciones económicas parecen inalcanzables. La máxima preocupación es no estar entre las filas de los despedidos. Cuando el sistema está lo suficientemente rodado, nadie tiene la impresión de estar comportándose amoralmente o con cobardía, sino de estar velando por sus propios intereses y estar actuando acorde con una explicación que persigue el bien. Situarse en la posición de víctima posibilita siempre apelar a un exterior que es el que causa el mal y así se desplazan afuera las responsabilidades que se deberían hacer propias.

Esta dinámicas provocadas por el modelo ideológico neoliberal avanzan sin obstáculos gracias a las disfunciones actuales de otras explicaciones alternativas y gracias a un aparato de propaganda más potente que nunca. El discurso de los sindicatos no ha sido lo suficientemente consistente para aglutinar a los parados. Los múltiples frentes de lucha abiertos en el mercado de trabajo han llevado a una desatención hacia el paro. Paralelamente, los medios de comunicación y todo un complejo aparato de difusión de las ideas de las empresas han creado un sistema de manipulación comunicacional que está consiguiendo producir y controlar las prácticas discursivas. Durante años solo se oye la versión empresarial.

En el terreno del paro, estos mecanismos de manipulación informativa no dudan en mentir o en omitir datos negativos. Se presentan solo los datos que convienen y se explica el paro por los resultados -que se amañan sistemáticamente y nunca se aclara cómo se hacen las mediciones-, y no por los procesos -no se dice que se está acabando con el paro a costa de inestabilizar a los ocupados-. Al igual que las empresas han mimado últimamente sus estrategias de comunicación, los servicios públicos de empleo han introducido también la comunicación como arma de seducción hacia los parados: personalización, reuniones de orientación, métodos de búsqueda para incrementar las capacidades personales, desarrollo de la iniciativa, empleabilidad... Tal vez no susciten adhesiones fuertes entre los parados, pero desestabilizan con su poder de manipulación y proponen una versión conveniente y única de ver las cosas.

Estos códigos empresariales impregnan hoy la realidad cotidiana de los parados y se están convirtiendo en un discurso repetido por ellos. Un discurso que uniformiza, lleno de estereotipos, frases hechas y eslóganes que saturan de contenido semántico el campo del paro. Las entrevistas no son la mejor técnica de investigación para captar la penetración de estos discursos, pero en el siguiente apartado se intenta analizar algunos aspectos de esta invasión del discurso y de las prácticas neoliberales tal y como se presentan en los jóvenes parados entrevistados.

VI.1.7.- El pensamiento único en la esfera del paro: la penetración de las fórmulas neoliberales entre los jóvenes parados

A partir de los años ochenta, la gestión de la empresa y de los recursos humanos comienza a mostrar cambios para dotar a las empresas de nuevas formas de dirección más eficaces y productivas. Estas nuevas formas ofrecen una alternativa para desembarazarse de los viejos estilos rígidos del mérito y la seguridad y ajustarse a las nuevas necesidades de la flexibilidad y la calidad total. Estos esquemas renuevan las fórmulas para controlar la empresa y los trabajadores con la particularidad de que tratan de disolver el modelo tradicional de autoridad y de esparcirla de modo que cada trabajador sienta

que se hace cargo de una parte y se sienta implicado en el funcionamiento de la empresa. La filosofía del cambio y la flexibilidad y todo este lenguaje de gestión empresarial se han filtrado en las prácticas externas a las empresas, y otras esferas de la vida social se rigen también por estos principios. Los valores de los jóvenes se ven contaminados por los códigos de la gestión empresarial horneados en las *business schools* americanas.

Un resumen de las bases ideológicas del nuevo empleo nos ayudará a evaluar el grado de profundidad que han alcanzado entre los jóvenes parados y cómo estas nuevas formas de gestión de los recursos humanos se proyectan también en la gestión del paro. Las mencionadas bases podrían resumirse en los siguientes cinco principios que forman parte de una secuencia:

- Los sistemas de control jerárquico, burocráticos e ineficaces, conducirán a la ruina a las empresas que los mantengan.
- Los nuevos valores y capacidades de las organizaciones innovadoras han de ser la adaptación, el cambio, la flexibilidad y la organización en redes.
- El viejo control jerárquico debe desaparecer y dar paso al autocontrol. Esto supone contar con: la implicación del personal, su motivación, su confianza, su autonomía y un trabajo enriquecido de contenidos.
- Del contrato, la lógica estatutaria y las garantías adquiridas se debe pasar a la confianza, las relaciones personales y la consecución de objetivos fijados temporalmente
- El mercado y el cliente son interpretados como las fuentes de control y de dirección de la empresa. La empresa han de dirigirla líderes que saben leer el mercado y los gustos del cliente.

Las nuevas competencias de los trabajadores son el saber, el saber hacer y el saber estar: conocimientos técnicos, destrezas operativas para desarrollar bien las tareas del puesto de trabajo y actitudes personales. Todo ello se concreta en tener una disposición animada hacia el trabajo, capacidad de

trabajo en equipo, aptitudes para el cambio y la adaptación, talento para resolver problemas, para planificar, para asesorar y sugerir.

La nueva filosofía intensifica su crítica a la idea de seguridad y estabilidad muy presentes en la vieja gestión del personal. La estabilidad es negativa y se alaba la movilidad y la creatividad como fuentes de una mejor empresa. El trabajador solo conseguirá ser móvil y creativo con la participación en diferentes proyectos empresariales y no con el estancamiento en uno solo. Cuidar la propia empleabilidad significa incrementar la capacidad de las personas de ser elegidas para participar en proyectos. El trabajador debe gestionar este capital personal que está formado por competencias y conocimientos que hay que movilizar. Esta es la nueva propuesta para sustituir a la idea de seguridad: cada nuevo proyecto, siendo diferente e innovador “se presenta para los participantes como una nueva oportunidad de aprender y de enriquecer sus competencias, requisitos todos ellos importantes para encontrar otros empeños.” (Boltanski y Chiapello, 2002: 144). La empleabilidad constituye a la vez una garantía contra el paro y una oportunidad de trabajar creativamente. La seguridad en el empleo se condiciona al cumplimiento de objetivos de la empresa.

Los nuevos objetivos de la gestión implican cambios, reconversión, externalización de procesos productivos y, consiguientemente, recortes de personal. Hasta en este terreno de los despidos se proyectan los cambios en la gestión. El *outplacement* es una de las formas que adopta la intervención de las empresas en el terreno del paro. Las empresas se responsabilizan presuntamente de su personal excedentario e intentan buscarle un nuevo empleo: así se prolonga el espíritu de empresa hasta el propio despido y se transmiten al parado los modos empresariales de búsqueda. En los procesos de *outplacement* se evalúan las poblaciones de riesgo; se crean empresas que buscan nuevas oportunidades de empleo y analizan las necesidades de formación para facilitar el retorno del trabajador despedido al mercado de trabajo, se diseña un proyecto con objetivos que han de ser alcanzados y que culmina con el logro de un empleo. En términos reales, el *outplacement*

resulta una buena operación de marketing para la empresa y una fuente de legitimación de cara a estas empresas abocadas a la reajuste continuo de plantillas. Además, resulta sorprendente el parecido de estas fórmulas con las políticas de empleo organizadas por los propios servicios de empleo, a quienes, por cierto, las empresas invaden su principal competencia de encontrar un empleo para los parados.

La gestión reciente del paro ha sido enormemente permeable a los principios de dirección de las empresas. Pautas similares se aplican a los parados y se divulgan entre toda la infraestructura técnica y profesional de los servicios públicos de empleo. Este lenguaje de la flexibilidad se infiltra en el diagnóstico y tratamiento que los operadores profesionales emplean con los parados. Las bases ideológicas de lo que podríamos llamar el nuevo paro reconvierten al viejo parado-subsidiado en un nuevo parado movilizado a través de los siguientes principios:

- El parado que se limita a esperar el subsidio y a que le busquen un empleo se perpetuará en el paro.
- El subsidio no sirve para que la gente encuentre empleo y les vuelve acomodaticios.
- Para salir del paro lo que hace falta es la iniciativa del propio parado: participación, motivación y movilidad. Si los empleos son móviles, variables, cambiantes y exigen flexibilidad y capacidad de reacción, el parado tiene que acumular estas capacidades.
- Las políticas activas son la vía adecuada para luchar contra el paro: hay que activar al parado.
- Hay que ayudar a las empresas a crear empleo, no se les puede exigir si no se les facilita esta labor. La legislación debe atender esta necesidad.
- Solo el propio parado, haciendo crecer su empleabilidad y evaluando sus capacidades y competencias, se hará merecedor de un empleo.

Estas bases tienen la particularidad de invertir el funcionamiento de la gestión del paro. Hasta ahora los servicios de empleo organizaban desde arriba su funcionamiento, actualmente se tiende a la organización desde abajo, podríamos decir, en el extremo, a la autoorganización: se deposita en el parado la solución de su problema, con el apoyo de los servicios de empleo en términos de motivación y mejora de la empleabilidad. De los modelos basados en la tutela se transita a los modelos en los que se promueve la autonomía. Al igual que se supone que en las empresas ha desaparecido la autoridad para dar paso a la implicación y a la confianza, en la gestión del paro parece, también, que se transita desde el control y las exigencias al parado sujeto a disciplina -sellado, obligaciones y otros contraderechos debidos al cobro del subsidio-, a un modelo en el que se abandona todo a la responsabilidad del parado y las medidas disciplinarias se reservan para los irresponsables. La empleabilidad es el concepto estrella en la gestión más reciente del paro, a través de ella se articulan los nuevos estilos de dominación mental que, ensamblados en la factoría ideológica neoliberal, quedan fijados en las disposiciones cognitivas, morales y comportamentales de los desempleados.

Desde el comienzo de los años 80, el empresario ha sido rehabilitado en el discurso político y en la teoría socio-económica. Ha dejado de ser el explotador de la clase obrera -el patrono-, para convertirse en un individuo interesado en crecer en el plano profesional y personal desarrollando su espíritu emprendedor. Pero sobre todo, el empresario actual es elogiado por ser el creador de un bien hoy escaso: el empleo. Atraídos por la épica cinematográfica reciente, muchos jóvenes ven en esta figura la representación de un mundo apasionante y casi heroico. Desde el punto de vista de un empresario, el empleado ideal está bien formado, es flexible, disponible, dispuesto a la movilidad, disciplinado, pero sin perder la autonomía y la capacidad de innovación, se implica, pero no reivindica, es joven y saludable, pero ya bien experimentado y, finalmente, pero no menos importante, no tiene aspiraciones salariales desmedidas.

La interiorización de este retrato por parte de los jóvenes parados es palpable. En general, no parece tratarse de una identificación completa y acabada, pero, hijos de su tiempo, muchos jóvenes emulan las representaciones sociales del éxito y demuestran que han aprendido aquellos valores y cualidades que se asocian con el triunfo. El temor a no ajustarse a los modales que parecen garantizar un empleo es, sin duda, otro de los aspectos que mueven a los jóvenes a adoptar el nuevo protocolo del empleado dinámico y flexible. Casi todos los jóvenes entrevistados repiten alguno de los tópicos del discurso de los recursos humanos, pero no puede decirse que se trate tanto de una comunión íntima con el modelo como de una reproducción balbuciente de los estereotipos más usuales. Esto no quiere decir que esta repetición no genere disposiciones y formas de comportamiento, las citas demuestran que es así: un *habitus* flexible se extiende poco a poco. Por otra parte, ya hemos analizado cómo los mecanismos de defensa ante una situación como el paro pueden hacer que los afectados asuman en bloque las explicaciones del problema y sean éstas las que pasen a hablar por ellos. Los riesgos de acatamiento de la ideología de la flexibilidad progresan.

Un primer bloque de síntomas sería la aceptación por parte de los jóvenes de las nuevas competencias demandadas. Dinámicos y móviles e implicados con el trabajo, los jóvenes reproducen inequívocamente estos rasgos. Hay que recordar que estos jóvenes no han tenido trabajo anteriormente, con lo cual sería muy interesante preguntarse de donde provienen estas disposiciones hacia la flexibilidad. El mundo de la televisión y del consumo son un auténtico semillero de estas fórmulas. La primera cita ensalza, casi a ritmo de *jogging*, la movilidad, la implicación y la constancia. La segunda insiste en este tema y aporta una condena a la seguridad que representa el ganar una oposición y el correspondiente puesto de funcionario. La tercera cita desvela cómo en las entrevistas se buscan determinadas competencias relacionales: "una manera de ser". Finalmente, la última cita glorifica la implicación y el autocontrol de un potencial trabajador.

"No quiero pararme, porque en el momento que paras es como si te hicieras viejo; aunque no lo seas, pero te haces viejo y ya no sirves para lo que has estudiado. Tienes

que estar al día, tienes que estar ahí. No paras, no paras; sigues hacia adelante y al final consigues realmente lo que quieres. Tienes tus metas, eres constante y la constancia no te la enseñan en todas partes. Yo creo que una de las grandes virtudes que hay es ser constante por pocas facilidades que tengas a la hora de estudiar o de trabajar, si eres constante al final lo consigues." (E 26)

"No soy de esas personas, que aprueba una oposición y está ahí toda la vida, mamando, pues no. Me gusta cambiar de trabajo, me gusta ser dinámico, pero vamos tener con que vivir, eso está claro." (E 18)

"No. Algunas veces sí, pero hay veces que también, creo que buscan en una entrevista quieren una forma de ser, entonces tampoco sabes nunca lo que buscan. (E 31)

"Yo si fuera empresaria lo primero que buscaría sería una persona competente, que no tenga que estar yo pendiente de esa persona. Estoy formando a esa persona, perfecto, pero que tenga el sentimiento de aprender, no, el sentimiento no, las ganas de aprender lo que yo le estoy enseñando, porque si le estoy enseñando a una persona es para no estar yo al lado de esa persona cuando haga su trabajo. Entonces no me sirve, por lo tanto yo pienso que yo sería muy exigente." (E 26)

Todas estas nuevas competencias se inscriben, además, en el marco de una competitividad creciente que se manifiesta tempranamente en los estudios, con la ambición de sacar buenas notas, y en el trabajo y que despierta temores y contradicciones. El funcionamiento de esta "lógica" no se capta, pero el miedo a quedarse fuera si no se cumplen sus exigencias, impulsa la adhesión de los jóvenes.

"Yo jamás en la vida en BUP me había preocupado por la nota, por nada, o sea yo iba allí a estudiar, me gustaba no se quien, era feliz, o sea, ir al colegio para mí era la felicidad, y para tus amigos y para todo el mundo. Y ahora veo a los niños obsesionados, todo el día estudiando porque en tercero la media cuenta para el selectivo en no sé qué tanto por cien, en no sé qué carrera necesitas un 7 y medio... están obsesionados por las medias. Yo eso jamás lo he visto en mi entorno, jamás... y ahora mi hermano pequeño lo está viviendo y eso me da muchísima rabia, que ya con 15 o 16 años estén así, me asusta, me asusta tanta competitividad que por cierto... por otro lado es lógica porque si no se lo empiezan a plantear desde ya, pues a lo mejor cuando tienen 18 años y quieren entrar en la facultad, no pueden entrar".(E 19)

"Si es que te exigen...¡Vamos!...yo creo que casi nadie cumple lo que quieren, porque: máximo 18 años, con experiencia laboral, con título de no se qué, bueno te ponen el listón altísimo." (E 18)

Sin ser la postura mayoritaria, a veces esta competitividad traspasa el umbral de la simple aceptación temerosa y se interioriza perfilando una identidad fuerte de individuo concienzudo y profesional.

"Entonces ha encontrado trabajo gracias a sus propios medios, que él se ha puesto, no a los que le han dado, ¿sabes? Tienes que ser muy concienzudo y tienes que tener tu

fuerza de voluntad de estar ahí y decir, me van a coger por narices, tarde o temprano me cogerán" (E 26)

"Y eso para mí es una pérdida de tiempo porque lo que realmente a mí me interesa es especializarme en lo que yo quiero y ser profesional en lo que yo quiero." (E 26)

La figura del empresario ha sido ensalzada por los medios de comunicación y por los gobernantes como un actor del cambio en una sociedad en cambio. Su protagonismo indiscutido ha ido creciendo en estos últimos años y eso se deja notar en el grado de aceptación que cosecha. Por otra parte, el trabajo por cuenta propia ha sido una de las salidas para atenuar el peso del paro. Las políticas de empleo han puesto en marcha programas de creación de empresas que han acercado a las personas con dificultades de empleo al hecho de ser empresario. Sin entrar a discutir los resultados estadísticos reales, hay que decir que "montarse una empresa" es una posibilidad que existe en el imaginario laboral de los jóvenes. Las dificultades de empleo y las angustias correspondientes que sufren los parados en forma de impotencia y dependencia de un empleo que no llega, orientan sus expectativas hacia la autonomía que encarna la imagen del empresario: actuar sobre uno mismo no teniendo otro representante que uno mismo. La frecuencia de los deseos de montar una empresa es más frecuente entre los desempleados que entre el conjunto de los ocupados. El parado-empresario, que repentinamente descubre una vocación emprendedora, es una figura que aparece muy a menudo en las entrevistas.

"Es lo típico ¿no? o sea, ¡ábrete tu propio negocio!, si tienes el capital necesario, claro." (E 20)

"Si acabas la carrera y se puede pues te montas tú o tu Asesoría o tu tal." (E 23)

"Sabes, viendo yo que a mí me gustaría ser algo más que una peletera, meterme en un negocio, eso sí, si me meto en un negocio quiero ser yo la empresaria, quiero ser el autónomo, no quiero ser una empleada" (E 26)

El discurso liberal y el individualismo desplazan la responsabilidad del desempleo hacia el parado. Solo mediante su autorresponsabilización puede remediar el problema. Esta interiorización de las causas del paro no está muy extendida entre los jóvenes parados. Por lo general, su respuesta a las preguntas acerca de la responsabilidades y las causas del paro alternan causas

personales -me falta formación, no busco bien, no tengo iniciativa-, con causas exteriores -el gobierno, la crisis, etc.-. En general, llama la atención la débil capacidad de análisis que tienen los parados sobre la situación en la que se encuentran. En el caso de los jóvenes, esta falta de explicación es mayor, lo cual abona el terreno para aceptar argumentos no generados por ellos mismos. Tal vez sea la situación particular de este grupo de parados jóvenes sin experiencia laboral, que les hace identificarse más con la condición de estudiante, la que les evita tener que razonar a fondo sobre sus circunstancias de desempleado. La cita con la que se cierra este apartado es un indicio del avance de la explicación neoliberal, no puede decirse que sea la postura mayoritaria entre los jóvenes -al menos expresada en términos tan explícitos-, pero sí es una muestra del crecimiento de la autoculpabilización respecto al paro.

“¿Quién la tendría? Mira, principalmente la tendría yo, nadie tiene la culpa de lo que tú hagas, ni siquiera el Gobierno. El Gobierno te puede facilitar o no, pero realmente el que tiene el poder, el que tiene realmente el poder es la propia persona. Yo, si no encuentro trabajo, vale, ellos te pueden ayudar, tú tienes tus dificultades, tus escalones que subir o tus pasos que dar, pero eres tú quien lo tiene que hacer, nadie lo puede hacer por ti. Por lo que pienso que los responsables somos nosotros mismos.”(E 26)

VI.1.8.- La larga espera del empleo: reconstrucción de una trayectoria de paro en jóvenes que buscan su primer trabajo

Hemos visto cómo los parados jóvenes sin experiencia laboral expresan las dificultades del mercado de trabajo para facilitar la inserción. Una importante bolsa de jóvenes ve transcurrir un periodo largo hasta que se incorporan a un empleo. Su situación está caracterizada por una identidad más volcada hacia los estudios, por una posposición del acceso hasta encontrar un empleo que se ajuste a sus expectativas y por la prolongación de su estancia en la familia de origen con la cobertura económica correspondiente. Si bien siguen siendo un síntoma de un mercado de trabajo selectivo y taponado, su número ha disminuido en estos últimos años y sus condiciones de vida en el paro son las menos preocupantes del conjunto de parados. En este apartado, recogemos el recorrido de una joven parada que busca su primer empleo tras un largo periodo educativo. Su mayor inquietud

es la espera prolongada y un tanto perpleja en un paro que resulta ininteligible y que ralentiza su recorrido vital. Se ha seleccionado a esta joven porque representa mejor la contradicción actual de un mercado de trabajo que no metaboliza la larga etapa de formación que ella ha acumulado y que incluye hasta la realización de cursos de especialización universitaria. Este alto nivel de estudios la coloca a la cabeza del resto de los parados jóvenes entrevistados, pero, con esta reconstrucción de su itinerario no se trata de describir el caso más representativo, sino el caso que destaque mejor la paradójica situación de estos jóvenes ricos en formación y pobres en empleo.

A sus 26 años, **Lola** ya casi ha olvidado cuanto tiempo lleva inscrita en el paro, desde que acabó su Licenciatura de Psicología se pregunta qué debe hacer para encontrar un trabajo. En estos tres últimos años, ha completado un Master de Recursos Humanos y ha realizado prácticas en empresas, pero esto parece que sigue sin ser suficiente en un mercado de trabajo que demanda formación, pero que parece no asimilarla. Realizó sus estudios en colegios religiosos y acabó la carrera de Psicología sin problemas, es una buena estudiante. "Viendo que no se movía la cosa", el primer año lo dedicó a dar clases a niños y a hacer encuestas para sacar un poco de dinero de bolsillo. El segundo año consultó con sus padres hacer un Master en Recursos Humanos que le permitió hacer unas prácticas de dos meses en el departamento de personal de una empresa. El tercer año ha continuado haciendo cursos de formación ocupacional de materias más o menos relacionadas con su formación. Su impaciencia va en aumento, igual que su formación. Su familia tiene buenas relaciones y ella no ha parado de buscar, incluso este último año ya aceptaría un empleo por debajo de sus capacidades, pero también le resulta difícil incluso para secretaria, pues no buscan una persona joven y licenciada que puede encontrar un empleo mejor y marcharse. Pero tampoco la quieren de psicóloga en un departamento de personal porque prefieren hombres. De entre sus compañeros de estudios solo los varones han conseguido empleos de lo suyo. A pesar de estas dificultades, ella es optimista y sabe que acabará encontrando un empleo de psicóloga, y si no es así, tampoco se agobia: "a oposiciones y ya está". Sus recursos potenciales parecen fuertes: "bueno, puedo tardar 3, 4, 5, 6 años pero vamos, no me considero incapaz de sacar unas oposiciones. Pero unas oposiciones me las plantearía, teniendo un trabajo, un trabajo que no fuese de lo mío y no me gustase, por supuesto. Entonces, aún a malas, pues bueno, yo no me cierro las puertas." Es consciente de que puede mantener esta situación por las facilidades que le da el vivir con sus padres, pero con 26 años resulta cada vez más difícil pedir dinero y además su vida personal esta suspendida: yo igual estaría ya casada si tuviese trabajo, no sé, es muy posible porque mi novio tiene un piso, tiene un trabajo, pero yo no me caso hasta que no tenga trabajo, lógicamente."

Conoce a otras amigas que también están en paro, pero a pesar de que esto puede consolar, no se habla del tema: “yo creo que es más bien para dentro, no creo que sea algo de lo que te guste hablar ni de lo que estás comentando con la gente, o sea, yo cuando estoy con amigas y cuando salgo es para pasarlo bien, para intentar olvidarme un poco, ya me agobia yo en mi casa, y no tengo porque sacarlo fuera.” El optimismo sobre sus posibilidades futuras decrece cuando tiene que enmarcar su situación concreta de paro en el contexto socioeconómico. En ese momento, la impotencia tiñe la conversación y se concreta en un retraimiento frente a un problema al que no se le puede poner solución. Ella no se siente culpable y achaca las causas de su situación a factores externos - ser mujer, la coyuntura económica, los gobernantes, “todos los que pueden sacar algo”-. Esta fragmentación de las responsabilidades desata un tono persecutorio y agudiza las contradicciones. Las amenazas son múltiples y todas atentan contra el deseo de conseguir un empleo para el que personalmente ha hecho muchos merecimientos.

La mención por parte del entrevistador de los contratos temporales y de la inseguridad laboral desencadena una angustia suplementaria, acentúa las amenazas y desvela cuál es el engranaje del miedo: “¿eso de trabajar 8 horas, irte a casa y olvidarte de todo...? No, para nada. Hombre, yo lo veo, hay que trabajar muchísimo más.[...]Y la gente, vamos, se lo toma como algo normal, volver a su casa a las 10 de la noche y cobrar menos. Eso ya es algo normal, lo raro es trabajar 8 horas e irte a tu casa y olvidarte y que te paguen bien, eso es lo raro.” Los temores al fin del empleo estable y la percepción de un nuevo modelo provocan una estampida en los razonamientos de Lola, que aleja cualquier posibilidad de afrontar el problema o de buscar una solución colectiva o, simplemente, de apuntar responsabilidades sociales concretas en el problema del desempleo. Las respuestas de Lola son:

Primero, agarrarse a lo que hay, aunque se perciba como un abuso:

“Hombre, me parecen muy mal, me parece que se están aprovechando que la gente está en paro y que la gente necesita trabajar y quiere trabajar, entonces harían cualquier cosa por trabajar. A mí ahora me dan un contrato de prácticas, cobrando 50.000 pts. y trabajando todo el día y me tiro, me tiro de la moto, vamos, es que me tiro directamente, más feliz que feliz, pero en el fondo me parece, pues eso, una canallada. Se están aprovechando de que la gente necesita trabajar, entonces sacan todas estas cosas que... que se aprovechan, pero que yo reconozco que yo sería la primera en firmar un contrato de éstos.”

Segundo, justificar los intereses de los fuertes aceptándolo como algo establecido, una situación en la que parece que no se quiere ver a quién corresponde la responsabilidad del mal. Los giros eufemísticos funcionan como frenos a este reconocimiento y se internalizan los costes

“Si yo fuera empresario también lo haría, quiero decir, yo lo que quiero es ganar dinero, mantener mi empresa, es que cada cosa está bien desde el punto de vistas del que lo hace y ya está. No tiene más vuelta de hoja, yo si fuese empresaria y pudiese contratar a gente por 30.000 pts. en vez de por 60, lo haría, lo haría porque yo quiero sacar adelante mi empresa y si lo puedo hacer así, lo haría. Y como trabajadora, bueno, me parece horrible, horrible desde el punto de vista de que sé que me están explotando, pero fenomenal, porque tengo mi trabajo. Si todo depende del punto de vista y ya está. Y hoy en día, no hay otra forma de hacer las cosas, no hay otra forma

porque si no las empresas se van a ir a pique. Eso es una medida que puede estar bien, mientras la gente sea consciente de que la están explotando, vamos. [...] Explotado, pero entre comillas,... es que suena muy mal esa palabra. [...] Explotado pero feliz. Yo estoy segura de que a mí me explotan así y soy feliz, porque tengo algo que hacer, tengo un puesto de trabajo y tengo algo de dinerillo. Ahora, supongo que mi situación cambiaría si tuviese que mantener a una familia y con esas 50 no me llegase. Ahí, ya cambiaría la cosa. Pero yo es que desde ese punto de vista ya no me puedo poner. No, porque yo problemas de dinero, así de... o cobro o me muero...no tengo. Entonces yo lo veo muy difícil ponerme desde ese punto de vista, ahí no me meto."

Tercero, comportarse de forma individualista, "como hace todo el mundo" e insensibilizarse hacia los nocivos efectos de los cambios que nos llevan a peor. Una situación peculiar la de estos jóvenes con el futuro suspendido.

"Y como cada uno va a la suya, cada vez va a ser más difícil y cada vez es peor porque cada vez vamos más a la nuestra y no se va a poder remediar, la gente no se mueve ahora para nada... por eso te he dicho que prefiero no pensarlo, ya vendrá..."

VI.2.-Los jóvenes parados con experiencia laboral: parados flexibles

El grupo de parados jóvenes que han trabajado anteriormente es de entre todos los colectivos que aquí se analizan el que presenta una mayor heterogeneidad en sus circunstancias vitales y en sus formas de enfocar la situación de desempleo. Hoy en España toda una generación se ha visto sometida a los efectos de la inestabilidad y el paro. Más allá de las coyunturas y el ciclo, la mayor parte de los jóvenes, y también la cohorte de 30-35 años, ha organizado su vida con la presencia de una intensa inestabilidad laboral, que les ha llevado a experimentar en vivo las formas contractuales precarias. A pesar de esta constante generalizada provocada por el agarrotamiento del mundo del trabajo, este grupo ha ido compaginando el paro y los trabajos temporales con la continuación de su ciclo de vida y la consecución de uniones o formas de emancipación marcadas por esta lógica de la precariedad laboral. Parte de los entrevistados, sobre todo los que están en torno a la treintena, están emparejados y tienen ya descendencia. Otros, a pesar de haber vivido experiencias de empleo, continúan residiendo en casa de sus padres y prolongando una situación de semiautonomía en la que se cuenta con ingresos, aunque insuficientes y discontinuos, y en la que está siempre presente la amenaza del paro, que supone retornar a la casilla de salida de la familia paterna y a su jurisdicción. El arco de edades de los entrevistados es dilatado y encontramos, por tanto, entre ellos una amplia variedad de condiciones de vida.

Esta diversidad de trayectorias dificulta el análisis de las entrevistas. Es evidente que perder un empleo no tiene las mismas repercusiones si se tiene la responsabilidad de mantener una familia que si se dispone de la cobertura y de la protección de vivir en un hogar con otros activos ocupados. La complejidad observada en los itinerarios requeriría un estudio monográfico de esta generación de jóvenes empantanados vitalmente debido a un mercado de trabajo flexible y propenso a la precariedad. Jóvenes parejas cuyos dos miembros comparten edad y con ello los mismos riesgos de precariedad y desempleo; o donde uno de los cónyuges mantiene un equilibrio movedizo a

base de combinar opciones laborales precarias; jóvenes que, tras haberse emancipado, retornan al domicilio familiar al toparse con el paro y no poder afrontar los gastos de alquiler; jóvenes de edades avanzadas cobijados en la vivienda familiar al tener obstruido el acceso para adquirir una propia, cubrir toda esta constelación de situaciones vitales no es una tarea fácil. Aquí nos ocuparemos más de captar las semejanzas y las vivencias comunes de este grupo de jóvenes parados con experiencia laboral que de detallar sus diferencias internas. Todos ellos comparten un rasgo que hace que este objetivo sea de interés: han trabajado en un mercado de trabajo altamente inestable, han experimentado los contratos temporales y han perdido el trabajo. Todos han tenido varios de estos empleos y por tanto una socialización laboral compartida. Nos centraremos en señalar cuáles son sus percepciones sobre las dificultades que provoca el paro, problemas económicos, vitales; sobre sus opiniones acerca de los tipos de empleo que les toca cubrir en este nuevo mercado de trabajo flexible y sobre sus expectativas para el futuro.

VI.2.1.- Cursos vitales quebrados: los rigores del paro

El desempleo complica la organización cotidiana de la vida de los parados que ya han contado con ingresos por realizar trabajos anteriormente. Todos los entrevistados manifiestan limitaciones como el tener que restringir gastos, reducir las salidas y las vacaciones, pensárselo dos veces a la hora de consumir, dosificar los ahorros procedentes de los finiquitos, o pedir ayuda a familiares o amigos. Por lo general, las situaciones no revisten una gravedad extrema, pero aquellos que tienen responsabilidades familiares viven situaciones de precariedad económica que llegan a situar sus ingresos en torno al umbral de pobreza. Datos recientes de *Eurostat* (2001) muestran cómo la tasa de pobreza de los hogares en los cuales hay una persona en paro es del 47%, cuando para el conjunto de hogares no alcanza el 20%. Este dato se complica cuando todos los componentes del hogar están sin empleo, el *Panel de Hogares* en su ciclo de 1998 elevaba a un 62% la tasa de pobreza de

estas familias. Estos datos indican claramente una conexión entre situaciones de exclusión profesional y de exclusión social.

Las vivencias concretas de los parados tal y como se expresan en las entrevistas aportan matices complementarios a estos datos. En general, los parados reconocen los ahogos económicos, pero no llegan a identificarse, ni a exteriorizar, situaciones de pobreza. Los mayores aprietos se observan en los hogares donde los dos miembros de la pareja se encuentran simultáneamente en paro y, además, hay niños que cuidar. Nuestra muestra no cubre bien estas situaciones más extremas, pero contamos con algunas entrevistas que nos permitan acercarnos a estas situaciones más problemáticas en las que las limitaciones económicas son mayores y donde cualquier gasto extra pone en peligro la precaria estabilidad de estas familias. El paro abre una carrera contra-reloj en la que hay que luchar contra los plazos de finalización de las prestaciones por desempleo y los subsidios, contra el agotamiento paulatino de los ahorros y donde la depauperación amenaza progresivamente más esferas de las prácticas cotidianas. En 1998, el *Panel de Hogares* cuenta 620.000 hogares españoles con todos sus miembros en paro, las dificultades para pagar los gastos corrientes abren nuevos y permanentes riesgos de privaciones en estas familias. Pese a que nuestra muestra no ha alcanzado estas situaciones más agudas, los indicadores de los vínculos entre el paro de larga duración y las situaciones de exclusión social son inequívocos. La siguiente cita refleja esta vivencia en la que se percibe el efecto acrecentado de las limitaciones, que se concreta en un progresivo estrechamiento de los estándares económicos, aunque las necesidades básicas no parezcan encontrarse en un peligro inminente.

“O sea nosotros estamos ganando la mitad de lo que ganábamos antes, entonces eso se nota, pero vamos, es decir, que lo podemos notar en las cosas extra...es decir, antes salías de viajes, ibas a donde te parecía y bueno, no digo sin problema de dinero, pero íbamos bien, y ahora coincidió que yo tenía un coche viejo, se me...se me estropeo, estábamos ahorrando para comprarnos un coche y vamos ahora tenemos ahí un dinero guardado que no te atreves a gastarlo para comprarte un coche porque no sabes lo que vendrá...vamos que lo notas en eso, en el lujo, el ocio, como se diga, es decir que no haces, ni vas, ni viajas, ni sales lo que salías antes ¿no? Pero vamos, de momento vivimos sin estrecheces.” (E 6)

Los casos en los que los parados jóvenes residen en el domicilio familiar de origen, los padres pueden servir de apoyo cuando sobreviene el paro. Muchos especialistas han señalado que uno de los motivos que impiden una mayor conflictividad entre los parados es que la mayoría de ellos tienen cubiertas sus necesidades inmediatas. Jóvenes dependientes de la familia de origen o mujeres cuyos cónyuges mantienen el peso económico son las situaciones más frecuentes que hemos encontrado. En estos casos, el aumento de la dependencia y la reducción de expectativas es notorio. Se abandonan prácticas económicas que se habían logrado con los ingresos que se obtenían con el empleo, pero no pelagra su integridad material.

Este grupo de parados jóvenes con experiencia laboral anterior tiene una percepción del paro mucho más concreta que los jóvenes que no han trabajado aún. Su distancia respecto a los estudios es grande y su identificación con el mundo del trabajo es preferente. Los largos periodos de paro, que los demandantes de primer empleo no medían, son para los parados con experiencia laboral un tiempo que corre en su contra y que se hace largo. Quedarse en paro despierta, así, muchas preocupaciones. Más allá de las dificultades materiales que supone, también lleva aparejados toda una serie de temores relacionados con las cualidades morales negativas que parecen connotar socialmente a los parados. El paro despierta sospechas en la sociedad y, sobre todo, entre los empresarios:

“Una vez dejas de trabajar es mucho más difícil encontrar trabajo. A parte de que luego está la cuestión de que vas a una entrevista y lo primero que te preguntan es: tú estas en el paro y como llevas tanto tiempo en el paro... y esa es la cuestión, sí, sí, es decir que suena raro que alguien lleve un año en el paro, vamos tiene que ser un inútil o un jeta que no trabaja porque no quiere.” (E 6)

Otra de las dificultades que destacan los parados es la vivencia en solitario del problema del paro. Hemos visto en otros apartados (I.5) cómo existe una fuerte tendencia a desplazar el peso del paro al ámbito de lo personal. El espacio de lo social se vacía de responsabilidades y sirve menos de amparo. Así se percibe por los parados, que sienten la lejanía y la ausencia en una sociedad que, paradójicamente, considera el desempleo como una de sus principales preocupaciones, pero que, a la vez, muestra una alta receptividad

a los discursos que etiquetan negativamente al parado. Este vive una especie de *apartheid* del paro en el cual nada parece propiciar una discusión decidida sobre la cuestión del desempleo.

“Yo creo que lo de la crisis, lo viven, a salvo que tengan familia o los hijos o los padres o los hermanos que estén en paro, hablar de la crisis yo creo que podemos hablar los que estamos, a los que les pilló, el resto, que lo leen en el periódico como una noticia, como...no sé, eso de Bosnia y tal, que en fin pasó pero no me parece a mi ¿no? y no digo que me da igual, pero...” (E. 10)

Esta percepción más intensa del paro y a la vez la impresión de un distanciamiento o impotencia social agudiza los sentimientos de angustia de estos parados respecto a otros colectivos de parados más jóvenes o ‘menos identificados’. Las vivencias depresivas se hacen más frecuentes en las entrevistas de este grupo de parados con trabajo anterior. Todos mencionan estos episodios de abatimiento, desánimo, depresiones, malestar, que se hacen más agudos cuando no pueden exteriorizarse o no se sabe donde proyectar la frustración de no tener empleo. La última cita apunta a una entidad abstracta como es el ‘Mercado’ que genera impotencia con sus interrogantes:

“La verdad es que a veces te desesperas y cuando llegas a casa y ves que no has encontrado nada pues a lo mejor lo pagas con el que encuentras primero por casa, no sé, eso sí...me he vuelto un poco más agresiva, eso sí lo he notado, estoy más gruñona, me molestan muchas cosas. Cosas que a lo mejor antes no me molestaban, pero es por eso, porque no estás desarrollando ninguna actividad y cuando ya eres una persona que puedes desarrollar una actividad y sin embargo estás quieta, no haces nada. Sí, te mueves pero no es algo fructífero, entonces pues el ánimo decae y te desesperas.”(E 9)

“Pero la tengo que animar yo porque ella lleva dos años o tres sin trabajar y está... tiene depresiones y demás, ha empezado a engordar, en fin un montón de cosas. Entonces con esa me comparo y claro, veo que es una persona que no es activa, cuando realmente si se moviese pues podría encontrar cosas. Y luego otra persona actualmente... que me puedo comparar con ella, es una compañera que lleva 5 años trabajando y ahora han cerrado la empresa y lleva 10 días en el paro y... hablé con ella y me ha comentado que es muy duro estar en casa, estar habituado a una entrada, a una salida, a un trabajo, a unos compañeros de trabajo y de repente encontrarte en casa y sin saber dónde buscar trabajo. Esa persona ahora está cubierta por el paro pero no es...tus aspiraciones. (E 9)

“Sí, muchos interrogantes y es eso, que cuanto más buscas y más entrevistas haces y ves que no puedes peor aún te sientes. Es por eso, impotencia que dices no sé ya lo que quiere el Mercado.” (E 27)

VI.2.2.- La percepción de la flexibilidad del nuevo modelo de empleo desde la posición de parado

El grupo de parados con experiencia laboral ofrece una rica perspectiva de los cambios actuales en la norma de empleo. Tienen una experiencia de primera mano en empleos altamente flexibles. La precariedad adopta múltiples formas: salarios bajos, abusos en el tiempo de trabajo, duración insignificante de los empleos, irregularidades contractuales y una amplia gama de arbitrariedades que vamos a detallar. Estos parados viven en directo la inseguridad que se ha adueñado del mercado de trabajo y la contemplan desde la lucidez añadida que les otorga su situación de paro. Experimentan las dos dimensiones interconectadas de las franjas más debilitadas del mercado de trabajo: la precariedad laboral y el desempleo. Este binomio adquiere para ellos el carácter de una realidad innegable. Estas dos primeras citas proponen una percepción general de la situación:

"Soy consciente de que ahora no hay trabajo para toda la vida y yo tengo en mente, bueno pienso que voy a tener un trabajo a lo mejor dentro de dos años, estaré o a lo mejor estoy tres meses sin tener, luego volveré... me volverán a contratar 6 meses, 5 meses, dos años, entonces... a no ser que te metas en administración, en una oposición o algo anormal... que te metas en una empresa y ya hacerte fijo que eso ya es ridículo, entonces me veo pues eso a encontrar trabajo a temporadas, o sea eso a temporadas, a lo mejor un año, meses sí, meses no, el trabajo ideal para mí pues sería pues algo realmente estable, si gano 50 que siempre gane 50."(E 9)

"Yo pienso que va a cambiar un poco, que todo eso de contratación temporal, pues que los contratos ya no van a ser tan largos sino que van a ser pues a lo mejor para dos o tres días, o sea que va a ir por medio de empresas de contratación temporal, entonces... yo eso lo pensaba, puede que el empleo se recupere y haya más empleo pero yo pienso que va a haber menos seguridad en el empleo. No sé, que vas a tener que coger lo que te salga."(E 4)

A la hora de describir más concretamente algunas de las dimensiones de las nuevas pautas del empleo, se subrayan, sobre todo, las rebajas salariales y la sumisión. Hacer trabajar más duro a los propios trabajadores es la primera norma de la competitividad actual, que se asienta sobre un *socio-dumping* que abre una carrera de empeoramiento progresivo de las condiciones de empleo en aras de la mencionada competitividad. Estas nuevas 'calamidades' son vividas por los parados con una sensibilidad negativa añadida: es duro buscar trabajo sabiendo conscientemente el empleo que les espera.

“Me imagino un trabajo parecido al que tenía, pero cobrando menos y encima...pues más no digo que más esclavizado, pero más sumiso o una cosa así.(E 6)

“Cuando encuentras un trabajo, en vez de mejorar, estás empeorando, ya a nivel de salario que te puedan pagar, de horarios, es un momento para aprovecharse, en cuanto a los empresarios me refiero. Entonces pues... cuando encuentras un trabajo ahora, ¿qué pasa? pues que no es el que deseas. Está claro que todo el mundo desea algo mejor pero hay veces que te asombras de lo que te van a pagar, de lo que vas a trabajar. Entonces qué pasa, pues que mucha gente no está motivada incluso ni para encontrar trabajo porque vas a un par de entrevistas y te dicen lo que vas a ganar. No sé, si tienes una necesidad urgente pues coges cualquier cosa. Cualquier cosa, me refiero, desde limpiar, desde cuidar críos, no sé... o trabajar en una cadena de producción. Si a lo mejor eres administrativa, en este caso, me refiero. Pero... el problema es ése de que vas a buscar trabajo, no encuentras trabajo, te ofrecen algunas calamidades, por no decir otra palabra y entonces la gente se desanima.”(E 9)

Trabajadores desechables, contingentes, de usar y tirar, sometidos a la evolución caprichosa de la coyuntura y a las necesidades de rentabilidad del sistema empresa. Como los beneficios de éstas son inflexibles a la baja, los trabajadores entran en un proceso acelerado de desvalorización. Son ellos los que encajan los costes del ajuste. En la periferia del mercado de trabajo, impera frecuentemente un darwinismo laboral en el que quien marca las leyes es el beneficio de las empresas.

“Pues estaban haciendo reducción de plantilla, yo era la última que había entrado, entonces, la primera que se fue fui yo. Y nada, por ningún motivo, desde luego.(E 7)

“Yo me veo así, trabajando una temporada sí, una temporada no, a lo mejor tienes una empresa que realmente le gustas al empresario, pero como siempre tendrá subvenciones...tendrá otro tipo de motivos para tirar a la calle a una persona que lleva más tiempo y coger a una más joven. Realmente, yo creo que esto que está pasando ahora, pasará ahora y durante mucho tiempo, entonces realmente el trabajo va a ser inestable y eso está ahí.”(E 9)

Otra de las manifestaciones frecuentes de un modelo que tiende a no fijar a los trabajadores a un empleo es la aparición de discriminaciones entre aquellos que cuentan con una posición más estable y aquellos que forman la periferia contractual flexible. Las divisiones entre estos dos colectivos desunen y particularizan los intereses. No son infrecuentes los conflictos y las divergencias. La siguiente secuencia de citas recoge bien los temores de una joven parada al narrar su anterior experiencia laboral. Su percepción de sentirse como un cuerpo extraño en la empresa a la que ha llegado a través de un empresa de trabajo temporal es el corolario de una serie de

discriminaciones que capta en cuanto a los salarios, los horarios y las responsabilidades. La presencia mediadora de la ETT institucionaliza la coacción, cortocircuita cualquier unión y disgrega toda posible comunidad de intereses entre trabajadores que quedan definidos como de diferentes empresas. Además, aunque los trabajadores jóvenes puedan escandalizarse por las arbitrariedades y las desconsideraciones que sufren, su memoria y su experiencia sobre los derechos laborales y sobre la lucha para afianzarlos les resulta distante. A veces su retraimiento es tal que ni siquiera se consideran candidatos a tener derechos de ciudadanía laboral. El miedo y las reacciones defensivas de silenciar la queja y alejarse del problema es una constante en el espacio laboral de la flexibilidad. La reacción que tiene nuestra joven entrevistada es emplearse a fondo para conseguir el empleo y demostrar su valía: el miedo a quedar fuera es el carburante de la explotación.

"Lo que te he comentado antes, pues los horarios, que yo tenía que aceptar todo, si me tocaba trabajar en domingo pues domingo y, que no, yo que sé. A lo mejor era porque era la última, pero la diferencia es eso, que a lo mejor las otras tenían un día de descanso entre semana, yo no, yo era de lunes a sábado. (E 27)

"Pues tampoco te sientes así muy integrada en el trabajo porque oyes hablar a tus compañeras de cosas que pasan en la empresa, pero claro tú no estás allí involucrada mucho. Me hablaban de cosas, pero claro no te puedes integrar igual que si te cogen ya de la empresa, porque no sé, todas lo saben: esta es la de la Empresa de Trabajo Temporal y no perteneces, y es eso, te quedas así un poco, sí, te integras pero que no es lo mismo." (E 27)

"No, es que ahora mismo por ejemplo llegaba Navidad, ellas tenían sus pagas, yo no tenía pagas porque te las incluyen en nómina, no es marginación pero te sientes como diciendo: estás en sustitución y a mí me renovaban de mes en mes, entonces tampoco es una seguridad porque yo no sabía si al mes siguiente iba a estar y me lo decían el último día. Me decían: "¡ay!, pues sí, tú vas a seguir o no vas a seguir". Entonces pues, vas así con miedo, cuando llegaban los últimos de mes, ay, me lo renuevan, no me lo renuevan, ¿me van a llamar? es eso, que vas así con inseguridad." (E 27)

"No, aparte a lo mejor pienso yo que como llegas la última pues tienes que hacer más, para demostrar que vales más para, que sí puedes encontrar, que sí te pueden contratar y ya quedarte ahí en la empresa, pero luego te das cuenta que es un trabajo temporal. Cuando acabas dicen, no, sí, lo has hecho muy bien y eso pero te queríamos para una sustitución y ya está y es eso, pues a lo mejor te sientes, como eres la última pues tienes que mostrar más tu valía y eres la que tienes que hacer las cosas; entras la última y a lo mejor por Empresa de Trabajo Temporal, tienes que limpiar esto, pues lo tienes que hacer tú." (E 27)

La fluidez es el nombre propio del nuevo modelo en gestación de paro-
empleo. El trabajo a ritmo de flexibilidad requiere que un segmento

importante de la mano de obra interiorice la rotación y la movilidad en el trabajo como ejes de la normalidad laboral actual. Los jóvenes parados personalizan esta fusión entre el paro y el empleo: son partes del mismo momento y 'van a ir casi paralelamente en su carrera profesional'. Esta movilización no es solo un recurso de reducción de costes para las empresas. El *habitus* flexible de los parados garantiza además una conformidad con el protocolo de la inestabilidad. En estos empleos de experiencia cero, las paradojas salpican la vida laboral diaria de los jóvenes parados: se les exige experiencia y tan solo encuentran empleos que no la proporcionan; se les habla de la importancia de la carrera y se les ofrece, por el contrario, un listado discontinuo e inconexo de actividades; se les demanda estar muy preparados para luego encontrar empleos en los que se prescinde de ellos a la primera de cambio. Lo importante, como declara la joven de la segunda cita, es estar siempre buscando.

"Pero también como nadie tiene la seguridad de haber encontrado el trabajo de su vida, porque sabes que en cualquier momento puedes dejar de trabajar y es algo que nos está sucediendo a la mayoría, yo no sé, yo creo que todos mis amigos han pasado por el paro, absolutamente todos y es algo que ya asumen ¿no? Ya sabes que el trabajo no es algo vitalicio como lo podían tener nuestros padres, sabes que el trabajo lo vas a tener durante un tiempo pero nadie te garantiza que lo vayas a tener toda la vida como podría pasar, pues yo que sé, con mi padre ¿no? que empezó a trabajar en una empresa y se jubiló en ella. Pues, tú ya sabes que eso contigo no va a pasar, que puedes trabajar en una empresa 3 años y no tenerte en consideración y en cualquier momento pues volver a estar en el paro, o sea que el paro es que es algo que va a ir -y aquí lo hemos comentado, por ejemplo- es algo que va a ir casi paralelamente, a no ser que las cosas se arreglen, es algo que va a ir casi paralelamente con nuestra carrera profesional. Y lo tenemos claro: o te preparas muy bien y adquieres... también tienes que tener experiencia por supuesto porque es super-importante, o bueno... o estar en el paro será... no una constante, sino que hay posibilidad de que potencialmente vuelvas a estar en el paro, cobrando, no cobrando o como sea, pero vamos, en eso coincidimos casi todos aquí, que ya sabemos todos que el trabajo como el bien de la persona vitalicio, hasta la hora de su jubilación, ha desaparecido, quiero decir, muy poca gente tiene el trabajo garantizado." (E 10)

"Aunque te contraten sólo para 3 meses, a lo mejor en el trabajo no estés muy a gusto...estás a lo mejor pendiente de otras cosas o quizá donde trabajas tienes relación con otras empresas y quizá te dan direcciones, notas y que luego a lo mejor, aunque estás trabajando allí que no estés parada, que a lo mejor, como no te encuentras a gusto o no le ves ninguna salida... pues que no te plantees estoy aquí tres meses y luego me buscaré... no, estoy aquí tres meses y a parte estoy buscando durante el tiempo que estás empleando ahí. Pero si sabes que dentro de tres meses no vas a estar porque el contrato son tres meses, pues no te plantees buscarlo después, búscalo ya también." (E 9)

Los abusos de las empresas y la consiguiente indefensión de los trabajadores no escapa a estos jóvenes parados, que en su breve etapa de trabajo ya han vivido todo tipo de triquiñuelas y trampas legales: empresas que no hacen contratos; que pagan o contratan menos horas de las que realiza el empleado, que pagan en negro; que contratan en puestos por debajo de la categoría; que pagan sueldos misérrimos; que manejan las subvenciones y los plazos de edad, despidiendo a trabajadores que no dan derecho a subvención por fomento de empleo para contratar a un nuevo empleado más joven y volver a acceder a las ayudas; que fuerzan a los trabajadores a trabajar con contratos mercantiles; que hacen firmar finiquitos en blanco a la vez que se firma el contrato laboral; que ocultan datos. Todos estos excesos han sido recogidos en las entrevistas y denotan un funcionamiento paralegal de las empresas. Boaventura de Sousa Santos (2001) ha hablado de 'fascismo contractual' para describir estas prácticas que se producen en el amplio margen de sombra legal de que gozan las empresas en el momento actual. A pesar de estos usos fraudulentos, las empresas acumulan tal cantidad de poder simbólico que aún consiguen hacer pasar por eficacia y competitividad lo que no son sino comportamientos delictivos: una forma muy particular de entender el *laissez faire* en el ámbito de lo legal.

"La impresión es que ahora están pagando por el mismo trabajo, por lo menos el nuestro, bastante menos que antes, están casi pagando la mitad de lo que pagaban, eso por un lado, porque te pagan por el mismo trabajo menos dinero, y luego pues los contratos, bueno los contratos nada porque, yo creo que había muy poca gente que tuviera contrato indefinido, poca gente, vamos te hablo, yo te hablo de lo mío de mi sector, casi todo eran contratos, por obra, contratos temporales por fomento de empleo, desde que yo estoy no ha habido nadie, nadie que hallan hecho fijo, o sea es una...un grupo de empresas que acabas los tres años en una y te dan de baja en esa, te vas al paro 15 días y te contrataban en otra, yo era de ESTAFASA, el otro año me pasaban a TIMASA y de TIMASA a TRAMPASA y así pasando a la gente, entonces te pueden despedir cuando quieran." (E 6)(nombres de empresa ficticios)

"Eso que dicen que tantos inspectores, que iban a tener controladas a las empresas, eso es mentira...vamos, porque si fuera verdad, si fuera verdad, no sé, un tío si tiene que tener una secretaria y a lo mejor un tío en recepción o un comercial o un tío de cara al público, pues sí, a lo mejor los tiene, pero los tiene sin contrato ¿sabes? si los tiene, los tiene con lo que te he dicho, con el contrato de aprendizaje, que es un chollo para ellos." (E 11)

El fin -del crecimiento y del beneficio- justifica los medios -del abuso y del atropello al derecho laboral-. Con las manos atadas, los parados se ven a

menudo preconizando más ayudas a las empresas para crear empleo y la contradicción se dispara, generando un círculo vicioso de malos empleos y arbitrariedad subvencionada y casi sin control. La frase con que el novelista Kurt Vonnegut (1980) retrataba a un potentado de uno de sus relatos se puede aplicar bien a algunos directivos de las empresas hoy más poderosas: "La cosa más importante que se enseña en Harvard es que un hombre puede obedecer todas las leyes y aún así puede ser el peor delincuente de su época".

"Es que no vamos a tener trabajo porque las empresas de publicidad hoy por hoy, las empresas de publicidad se quitan al tío de encima. Lo que hacen es contratar a uno que tiene el ordenador en su casa, entonces, le llaman por teléfono: "oye, fulano, prepárame tal cosa para tal día", dinero en negro y ya está". Y es como está funcionando." (E 11)

"O sea, la gente muchas veces nos mosqueamos, o sea, yo he visto casos de gente que ha salido de una entrevista, que estamos todos esperando en el hall y lo ha acompañado el director de la empresa hasta la puerta para que no hablase con nosotros, pues fíjate al punto al que llega ¿no? Y como nosotros conocíamos a esa persona y yo lo conocía, después que se fue volvió a entrar, bajé yo, porque le dijimos: "tú espérate abajo y cuéntanoslo porque yo no quiero perder el tiempo ¿eh?", cuando bajamos..."Ah, no, es todo un rollo, lo que quieren vender son cursillos de informática, sin contrato, sin seguridad social, sin nada, a comisión". Pues nada, irse. (E 10)

A todas las contradicciones anteriores, hay que añadir otra que consiste en que los empresarios declaran de antemano la valía de los jóvenes, su capital humano acumulado, su potencial de futuro y, posteriormente, cuando se les da un empleo, se observa a menudo una infrautilización de sus capacidades. En la cita siguiente un joven parado manifiesta con normalidad su experiencia de ser utilizado como "el chico del café". Se dibuja así un tramo de edad en el cual los jóvenes piensan que tendrán oportunidad de aprender y conseguir un mejor empleo a condición de que acepten un periodo de inserción con condiciones de empleo degradadas de 'chico para todo'. El fenómeno está muy extendido. Las empresas se aprovechan de los periodos de prácticas o de formación para utilizar esta mano de obra barata en actividades puramente laborales sin contenido formativo. El mayor problema es que nada garantiza que este purgatorio de la inserción conduzca posteriormente al joven a una mejor posición laboral. Entre estos jóvenes con experiencias laborales en las que han podido comprobar estos hechos, la sensación de aceptación y

conformidad es muy elevada: “no es algo que te asuste, es algo que es así y punto.”

(E 10)

“Además todos hemos trabajando un poco también, pues eso ¿no?...sin llegar a...no sé cómo explicártelo, a ser mucho en el trabajo, sino el chico del café, porque con veintitantos años, a no ser que ya tengas un puesto muy técnico, que es raro, generalmente aprendes así ¿no? (E 10)

La aceptación anterior se extiende a todas las esferas del marco de la flexibilidad. De manera más o menos agobiada o más o menos conforme, las vivencias de aceptación de los jóvenes son ampliamente compartidas. En todas las entrevistas, están muy presentes y se manifiestan con diferentes tonos. Las tres citas siguientes expresan una secuencia de sentimientos en la que se circula por el agobio, por la resignación o, como en la última de ellas, se reformula incluso lo negativo de la temporalidad para expresar posibles salidas beneficiosas. Es cierto que ésta es hoy una posición minoritaria, pero, a medio plazo, lo que podríamos denominar estabilidad flexible puede ir calando y llegar a ocupar cada vez mayores espacios ideológicos: nadie te garantiza ya la seguridad en el empleo y la única oferta es la de reducir las dificultades de transitar de uno a otro. Cuanto antes se acepten estas nuevas reglas, mejor preparado se estará para no ser un “desdichado”.

“¡Bueno ¿y a los 3 meses, me renovarán, no me renovarán, no me voy a meter, voy a hacer esto? y es como una especie de, de estanque en el que a veces no puedes subir, salir y te agobia, y te agobia.” (E 12)

“Es la situación en que estoy y que está mucha gente, que ve que se le termina el subsidio o que lo que te digo, no tienen otra entrada de sueldo, es que dirían: “me da igual, póngame a mí aunque sea como aprendizaje, pero quiero entrar a trabajar”, porque si no, qué van a hacer.” (E 11)

“Es que muchas veces es lo que pasa...No es malo cambiar, ¿no? si a lo mejor pasa en otros países lo de la temporalidad, pero tú sales de un sitio te metes en otro y no paras. Nosotros a lo mejor estamos habituados al chip este de meterte en una empresa, estar toda tu vida dedicada a ese nombre comercial y si te tiran y tu vida se trunca por ahí, ya eres un desdichado.(E 24)

Por ahora, esta estabilidad flexible a la que nos referíamos en el párrafo anterior no se acepta, la resignación y la aceptación mayoritarias van a menudo acompañadas de opiniones críticas y de denuncia. Los engaños se ven claramente y las expresiones con las que se verbalizan no dejan lugar a dudas “atraco a mano armada”, “jugar con las personas” -que ya habíamos recogido

en citas anteriores-. Aunque la capacidad para actuar y poder modificar estas situaciones que les dificultan su vida laboral es muy reducida, la lucidez del análisis que hacen estos jóvenes parados con experiencia anterior es notable. Este es el caso de la primera cita, que llega incluso a desvelar el misterio reciente del descenso del paro a costa de hacer multiplicar los empleos de corta duración o, como en la última cita, donde se descubre el misterio de la trampa de la experiencia: empleos que te permiten adquirir experiencia -muy dudosa- a costa de recortar derechos laborales.

"nuevas modalidades de contratos, claro, "¡ha descendido, ha descendido el desempleo!", ha descendido, pero ¿que sector ha descendido? es que hablemos claro, ha descendido, pues, haciendo contratos de aprendizaje a gente muy jovencita que le pagas muy poquito, no son verdaderos profesionales y de momento están saliendo, porque a un empresario que se le está agobiando, pagándole la seguridad social, pagando a un trabajador, si con esta persona le paga muchísimo menos y al final le va a hacer el mismo trabajo, es cuestión de tiempo, va a hacer esta modalidad de, de contratos, es que eso está claro." (E 12)

"Sí, pero eso de estar bajando el paro es irreal porque yo creo que las personas que estamos ahora mismo que estamos haciendo los cursos dicen que nos dan de baja en el INEM, que te pueden llamar para, pues si una oferta de trabajo o algo, pero que estás...entonces yo creo que si entramos en esa estadística claro que baja más el paro porque la gente que está haciendo cursos ahora, que es mucha, pues si no está ahí metida, englobada, ahí baja el paro y no sé. Y también dicen eso de más alta la Seguridad Social, pero es que ahora mismo por un, yo he tenido un contrato a lo mejor de cuatro horas y a mí ya me han dado a mí el alta de la Seguridad Social a lo mejor. Mucha gente que conozco es eso, pues de ETT, pues a lo mejor vas una tarde y ahí mismo al hacer el contrato y si no tienes Seguridad Social te lo hacen, que no significa que por darte de alta esté trabajando más gente, a lo mejor tú ya no estás trabajando cuando lo han dicho, que no son datos fiables, creo yo." (E 27)

"La empresa en sí opta a contratos así porque le va a tener más beneficios, simplemente va a poder subsistir mejor de esta manera ¿no? Entonces pues juegan y parece que juegan con vidas, juegan con personas y juegan de esa manera." (E 13)

"Ese trabajador, pues imagínate, en el caso de "Mercadonegro SA" en concreto, están tirando gente con contratos completamente normales, aparte de un sueldo normal, tienen un horario normal, pues están haciendo el mismo horario, las mismas horas, el mismo trabajo por 48.000 pts., sin derecho a paro, sin derecho a seguridad social, es tristísimo, o sea, no es un primer empleo, eso es un atraco a mano armada."(E 13)

Una preocupación concreta muy repetida entre el grupo de parados con experiencia laboral anterior está relacionada con los contratos temporales y en concreto con las restricciones de acceso a estos por edad. Los contratos de aprendizaje suelen tener limitaciones de edad que benefician a los más jóvenes y dejan descubiertos a los más mayores. Esto crea un sentimiento de

discriminación, pues los parados con experiencia laboral han transitado por estos contratos, pero se ahora se hallan en la frontera de edad o ya la han superado, con lo cual la salida del paro encuentra una nueva dificultad al no poder optar por los contratos de aprendizaje subvencionados y muy utilizados por los empresarios. La vivencia de discriminación agudiza su capacidad crítica y el tono de denuncia hacia los abusos de la temporalidad cobra un tinte de radicalidad contra las políticas de fomento de empleo, que se basan en un modelo de promociones, rebajas y saldos de fuerza de trabajo que el empresario utiliza sin ningún recato. La última cita descubre un problema mencionado repetidamente en este grupo de parados jóvenes que rondan los treinta años y que se sienten en una situación muy desventajosa para retornar al empleo. El ya de por sí hándicap de la edad se ve reforzado por una política que prima el contrato de los más jóvenes o de los mayores de 45 años, pero descuida las edades intermedias.

“Si crees que es fomentar el empleo el contrato de aprendizaje, que haya un señor hasta incluso 28 años cobrando 40.000 pts. al mes... o sea no me parecería mal en un momento dado el contrato de aprendizaje si fuera hasta los 20 años por ejemplo, si la persona que tiene contrato de aprendizaje tuviera alguna garantía de quedarse en esa empresa... pero, vamos, conoces casos de gente que está trabajando con un contrato normal y ahora se les ha ofrecido si quieren renovar, renovar con contrato de aprendizaje en la misma empresa cobrando la mitad, no creo que sea fomentar el empleo.” (E 10)

“El empresario juega con las subvenciones y eso está clarísimo. Yo tengo claro que en la primera empresa donde dejé de trabajar fue por eso, quiero decir, no importaba ya si tú tenías experiencia en tu puesto laboral, sino que simplemente íbamos cuatro a la calle, entraban cuatro nuevos porque no sé exactamente cómo estaban las subvenciones por aquel entonces ¿no? pero como fomento del primer empleo, imagino que, pues creo que rondaba las 500.000, son dos millones que se quita de encima el empresario por contratar a cuatro chavales.” (E 10)

“Y la situación es esa, y muchas veces te presentas a trabajos y te dicen bueno, que tienes 33 años y te voy a ser sincero, por lo que te contrato a ti, contrato a 4 personas, jóvenes, que a lo mejor tienen el título y todo, pero con el contrato de aprendizaje.” (E 11)

VI.2.3.-Los temores a la proletarización: un mercado de trabajo dual y selectivo

Una de los temores que flota en el ambiente de los jóvenes parados a la hora de opinar sobre las nuevas condiciones en que se desarrolla el empleo es la posibilidad de perpetuarse en los malos trabajos. Las malas condiciones de

empleo pueden incluso llegar a ser aceptadas por los jóvenes como precondición para obtener un mejor empleo posterior, o pueden ser realizados instrumentalmente para obtener dinero de bolsillo o mantenerse provisionalmente, pero los mayores temores se plantean cuando se percibe que esa situación puede perpetuarse llevándote a un estado estacionario de precariedad prolongada y sin salida.

Un horizonte de movilidad descendente estructural no es hoy en día una hipótesis disparatada. No repetiremos aquí los argumentos que ya hemos recogido sobre esta cuestión en el apartado (IV). Por otra parte, no existen aún datos que lo confirmen concluyentemente, pero si pueden encontrarse algunos indicios que confirman la parálisis de promoción social que viven los jóvenes de clases populares y, sobre todo, pueden rastrearse en sus opiniones los miedos a caer en la reclusión del trabajo descualificado de por vida, en la inestabilidad permanente de un mercado de trabajo secundario y en el desclasamiento que todo esto supone, incluso respecto a los padres. Los más preocupados por estas posibles evoluciones son aquellos que acumulan menos capital escolar. La distinción se hace evidente en las dos citas siguientes: los riesgos de permanecer en el hoyo de la precariedad se agravan si no se cuenta con una titulación que te conceda el salvoconducto hacia una mayor estabilidad e impida, como comenta el segundo entrevistado, "que te quedes en el aire". Es la contraposición entre el puesto de trabajo tradicional y el trabajillo.

"Yo pienso que la gente que tiene una titulación alta o que tiene mucha experiencia, yo pienso que esa gente puede elegir, tiene las posibilidades de elegir donde trabajar, las condiciones y tal. Pero una persona que no tiene nada, tienen que hacer lo que le salga."(E 4)

"Si tú eres enfermero o eres médico, tienes un mercado laboral que es difícil entrar, pero una vez accedes a él es longevo ¿me entiendes? es muy difícil que termine. Sin embargo, es lo contrario de lo que pasa en el no cualificado ¿no? sí, accedes a lo mejor más fácil, pero te encuentras en el aire ¿no? estás en el aire realmente, no sabes si te vas a quedar, si no te vas a quedar." (E 13)

Las amenazas de la proletarización se completan en las dos siguientes citas acompañadas de una descripción detallada de las condiciones en que se desarrollaría esta lumpenciudadanía laboral, o, como lo denomina el propio

entrevistado: "un status por debajo del que hay ya". Derechos, Seguridad Social, salarios inferiores que "ponen en peligro" al trabajador de "baja cualificación", le dejan sin opciones. El propio uso que el entrevistado de la segunda cita hace del plazo de tiempo -diez años- para vislumbrar el futuro, denota la posible perpetuación del grupo que él define como de baja cualificación.

"Haciendo exactamente lo mismo que está haciendo otra persona cualquiera y pegándote a lo mejor las palizas que te estás pegando, y hacer eso por un sueldo mísero sin derecho a absolutamente nada y con una categoría profesional o una categoría de seguridad y tal que parece que sea lo más bajo que hay, o sea, es como crear otro status por debajo del que hay ya, es un poco...además es peligroso, además es peligroso.(E 13)

"No favorecería a la gente que tiene baja cualificación en absoluto, me refiero a que está haciendo un trabajo no cualificado ¿me entiendes? y está cobrando menos dinero, no tiene ni seguridad social, no tiene paro, no tiene absolutamente nada. Y una persona con baja cualificación da lo mismo que tenga baja cualificación ahora que dentro de diez años, sigue siendo baja cualificación ¿qué opciones hay a esto? (E 10)

En relación con lo anterior, en este grupo de parados con experiencia anterior se acrecienta la rebaja de las expectativas laborales, lo que realza la imagen proletarizada de la coacción. No hay apenas posibilidades de elección y se está dispuesto a aceptar ofertas de trabajo por debajo del nivel de cualificación y sin poder imponer la menor exigencia -se llega incluso a sugerir el hecho de trabajar sin ganar dinero-. De la nula capacidad de negociación de estos parados dan una imagen las siguientes citas:

"Yo cuando acabé de estudiar quería trabajar de administrativo, lo que había estudiado, pero hoy en día, tal y como estoy, estoy planteándome coger cualquier cosa, aunque fuera de limpieza porque necesito dinero. Luego también la edad que tengo...si no me cogen ya, yo en julio cumplo ya los 25, pero estaría dispuesta a cogerlo, a no ser que tuviera que poner dinero de mi bolsillo, si tengo que desplazarme mucho y me va costar más lo que es el desplazamiento y todo y tener que poner dinero de mi bolsillo, pero vamos que lo cogería aunque sólo fuera para tener más experiencia." (E 4)

"Yo no, no pongo condiciones, es decir, que vas a un entrevista y te preguntan: ¿cuanto pretendes ganar? o así. No digo que lo que quieran, porque no es que esté bobo, pero bueno, dices: lo que sea, vamos no dices que lo que quieran de milagro, no pongo ninguna condición, si te aprietan en pagar menos de lo que estás cobrando en el paro y aún así, mientras más se acerca el final de que estás cobrando el paro, menos condiciones...menos pretensiones tienes."(E 6)

La proletarización de la franja más desestabilizada del mercado de trabajo está también relacionada con la inflación de títulos y con la sobrecualificación. La dinámica es que los empresarios contratan a personal con títulos por encima de los requerimientos del puesto y con ello restan posibilidades de que personas con menos títulos puedan ocupar dichos puestos. Esta espiral relega a los menos cualificados a los puestos marginales del mercado de trabajo, con la amenaza de prolongar la estancia o no salir del circuito de los trabajos menos valorados. El siguiente fragmento refleja una opinión repetida entre aquellos que no cuentan con los niveles de estudios altos y sienten que se encaminan a la derrota en una dinámica de inflación de títulos educativos.

"Y lo que ves frustrante, es cuando por ejemplo vas a un puesto de administrativo, que es un FP 2, que haya gente con un nivel alto de carrera, lo más normal se da contabilidad y tal, entonces que se empleen ellos como auxiliar administrativo cuando realmente esa gente tiene muchos lugares donde pueden encontrar más trabajo, tienen un campo más amplio, entonces realmente pues ellos deberían de buscar otros lugares y dejar paso a esta gente que no tienen a lo mejor esa formación a nivel universitario. Porque claro como en su postura, en su nivel tampoco lo hay pues te rebajas diez veces más...te rebajas en el sentido de que en vez de emplearte como diplomado, te contratan como auxiliar administrativo y encima estás contratando a un auxiliar pero con unos conocimientos de diplomado. Entonces ahí hay una competencia y con esa competencia pues es difícil porque tú no te has planteado hacer una carrera."(E 9)

VI.2.4.- Las nuevas representaciones del paro entre los parados con experiencia laboral

En el capítulo (IV) se describieron las nuevas pautas que definen las concepciones más recientes del paro. Allí observamos cómo las fórmulas neoliberales han penetrado en los servicios de empleo y se han extendido entre los jóvenes parados y en las representaciones colectivas. Una especie de pensamiento único aplicado a la esfera del paro predomina hoy en los discursos y en el tratamiento del paro. Con la intención de no reiterar los argumentos ya tratados en ese apartado, hemos querido detallar algunos aspectos particulares del grupo de parados que han tenido empleo anteriormente para perfilar algunos rasgos particulares que puedan complementar los análisis anteriores.

En este sentido, se confirma que en la nueva definición del desempleo se diluye progresivamente la figura de parado preceptor y buscador estático para abrirse el campo a nuevas fórmulas y definiciones que están cobrando forma ante nuestros ojos. Los titubeos de la joven que se autodefine en el primer fragmento son un buen ejemplo de este giro copernicano en la construcción social del paro. La activación de los desempleados es hoy la máxima prioridad y esta palabra -actividad- aparece repetida en la descripción de su identidad. La palabra paro parece haberse convertido en un término tabú: el parado está en casa, el desempleado busca fuera de casa, esta contraposición es muy esclarecedora sobre el sentido de la movilización del parado.

“Pues, ahora soy parada, ahora estoy activamente parada, pero bueno a nivel administrativo, no, digamos. Es que parada yo lo veo como un concepto muy deprimente y socialmente es igual; es una cosa como que estás parada eres poco reconocido y no sé. Dices parado, prefiero decir no estoy trabajando. Pero el concepto de parado, pues eso estoy haciendo cosas, estoy activa laboralmente, pero a nivel social no.” (E 24)

“Bueno, yo considero que la parada, parada, es simplemente hacer eso, estar parada, estar en casa, no hacer nada, no buscar nada, no moverte y efectivamente no vas a encontrar nada, quizá encuentres un trabajo pero...si por lo menos te mueves, te interesas por las cosas, intentas ir al ayuntamiento, al INEM, no sé... a fundaciones, te van saliendo cosas, te vas enterando de direcciones, dónde puedes acudir, entonces yo a eso no le llamo estar parada, estar desempleada, yo me estoy moviendo, actualmente estoy haciendo un cursillo y no he parado de hacer cursillos, de hecho, es que no ha habido dos meses que...no he parado, o sea que he estado haciendo cursillos, eso es debido a que yo he mandado solicitudes, por donde iba pasando y a lo mejor me han llamado a los 5 o 6 meses, pero me han ido llamando y ha sido una progresión, y yo considero que eso es no estar parada. Estoy desempleada porque no tengo trabajo pero no estoy parada porque no estoy en casa.” (E 9)

La sociedad del pleno empleo hacia la que se nos repite que nos dirigimos no será una sociedad sin paro, sino una sociedad donde el paro durará poco. Contratos breves, entradas y salidas, altas y bajas en la seguridad social, descenso del paro en las estadísticas. Los últimos años han demostrado que se destruye empleo a la misma velocidad que se crea, incluso en las mejores coyunturas siguen eliminándose un buen número de empleos.

“Yo creo que nos vamos a tener que acostumbrar, yo creo que en mi vida profesional ésta no será la única vez que esté en paro, lo tengo clarísimo. A no ser, ya te digo, bueno, nunca se puede decir ¿no? pero yo confío en que entraré a trabajar en una empresa y es muy difícil que te quedes en esa empresa mucho tiempo.” (E 10)

“Sí, sí, de lo que has hecho durante el tiempo que estás en el paro. Yo creo que para ellos es más importante que tú justifiques de alguna manera que estás dos años en el

paro pero que realmente no estás parado sino que sigues reciclándote o que estás interesado en hacer algo realmente, para ellos es más importante incluso que la experiencia que puedas haber tenido en tu anterior trabajo. Es una pregunta que te va a caer casi seguro: ¿por qué llevas dos años en el paro? y una de las preguntas va a ser seguro: ¿qué has hecho en estos dos años y por qué estás en paro, si ya tenías un trabajo, por qué has pasado a estar en paro?" (E 10)

En este contexto, conviene preparar a los parados para convertirlos en trabajadores dispuestos a aceptar los empleos que hay: de una concepción del pleno empleo en la que se trataba de crear muchos puestos de trabajo para que los cubriesen los trabajadores, estamos pasando a un modelo de pleno empleo en el que se crean trabajadores que están dispuestos a cubrir el empleo que haya. Este es el principio actual que guía las políticas de activación y movilización de los parados.

"Yo creo que la formación hoy por hoy de esto, ya no es reciclar a la gente profesionalmente, sino formarlos para que compitan, para que puedan enfrentarse a lo que es el mercado laboral, y enfrentarse con eso significa, pues eso, no haberte quedado en casa viendo la tele sino haberte movido, haber...pues eso...hecho cursos de formación. Claro, esto es una carrera de pillos, es así de claro." (E 10)

En este nuevo modelo de pleno empleo en ciernes, la preparación y el entrenamiento del parado se hace casi tan importante como la consecución de un empleo. La virtualidad de las relaciones de formación, orientación y tratamiento personalizado se hacen tan esenciales como la propia materialidad del puesto de trabajo. El marketing de los servicios de empleo destinado a la oferta de sus productos de formación y orientación se convierte en credenciales básicas para el empleo. Hacer de la búsqueda de empleo una profesión es la alegoría del empleo deseado, un sucedáneo de lo laboral:

"Esto es un poco cíclico, entonces a lo mejor igual estás en una semana o un tiempo de tres semanas que estás como muy atareada, pues ya te haces un plan: pues tengo que ir a por los folios, a..., por ejemplo yo no tengo ordenador en casa, entonces pues también te limita un poco y dices ahora cojo esto y hago toda la retahíla de los curriculums, de prepárame, de tener en algún diskette alguna..., modelos de cartas para luego nada más en un momentín cambiar algo o lo que sea y a lo mejor pues estás tres semanas, que es como muy fuerte. Luego a lo mejor pues tomas la..., estás en tu casa y todo ese tiempo haciendo cartas, luego a lo mejor estás una temporada yendo sólo a Valencia, entonces he de coger el tren todos los días, así más o menos temprano de acudir a asesorías. Te coges una zona, yo por lo menos hacía eso; me cogía una zona más o menos, mirando todo por las páginas amarillas, a lo mejor diciendo Gran Vía Marqués del Turia, calles más o menos cercanas y haciéndolo un poco así como de ruta, diciendo pues hoy voy por aquí a las Empresas de Trabajo Temporal, que es lo mismo y diciendo por aquí hay otra, otra, otra y con el curriculum rellenando lo de los trabajos." (E 24)

VI.2.5.- De profesión parado: visiones de los parados sobre el papel de los servicios de empleo

Los servicios de empleo de toda la Unión Europea han emprendido en los últimos años un proceso de renovación que marcha en paralelo de las nuevas tendencias de flexibilidad de la mano de obra en el mercado de trabajo. Hemos visto en el capítulo (IV.5.6) cómo sus nuevas pautas de funcionamiento son cada vez más permeables a la cultura de la empresa y a la nueva óptica liberal. Se trata de prestar servicios para “aumentar las oportunidades de los demandantes de empleo y ayudarles a adquirir, recuperar y mantener competencias suficientes”, crear “servicios nuevos y personalizados” que propicien las “actitudes autónomas de sus clientes”, generar “estrategias pro-activas tienen prioridad sobre las posiciones reactivas”, esto permitirá a cada parado “valorar sus oportunidades sobre el mercado de trabajo” y tener una predisposición positiva y preventiva.

La moda de la actual gestión de los servicios de colocación capta al parado desde el inicio de la inscripción y determina una evaluación del perfil del candidato a través de un tratamiento individualizado. Esto permite contar con un registro de las potencialidades del parado y contar con un pronóstico individual de sus oportunidades profesionales: competencias, formación, experiencia profesional, así como la voluntad de mejora, la motivación y las actitudes para aceptar y seguir las recomendaciones de los técnicos. Esta estrategia personalizada de búsqueda de empleo basada en esta lógica de *profiling*, de perfilar las capacidades del candidato, va acompañada de un contrato o compromiso de inserción, que ratifica un acuerdo mediante el cual las partes se comprometen a llevar a buen fin el proceso de reinserción. El demandante podrá utilizar los servicios de empleo a cambio de implicarse en este proyecto de inserción tocado por los modos contractuales y que le obligarán a implicarse, a no perder la motivación, a buscar activamente, etc. De alguna forma, los servicios de empleo conceden un crédito al desempleado en forma de servicios gratuitos que incrementan su empleabilidad y éste debe responder a esa confianza haciendo buen uso de los recursos que se han

puesto en su mano: orientación, formación, sistemas de búsqueda, ofertas de empleo. Periódicamente, se realizará un balance y una evaluación detallada de los logros del parado en una dinámica de seguimiento individualizado que revalidará o no la confianza en el parado. Este compromiso-proyecto es esencial en la arquitectura actual de los servicios de empleo.

La consigna más repetida es la de la activación, que no quiere decir otra cosa que la implicación del parado en la búsqueda activa y la disposición a aceptar los empleos 'adecuados' que se le ofrecen y sobre los que las legislaciones y los servicios de empleo tienen cada vez más control. Los nombres más recientes en la Unión Europea sobre los planes de funcionamiento de los servicios de empleo no dejan lugar a dudas del protagonismo de la activación: en Bélgica se ha puesto en marcha el "*Plan Activa*" al inicio del 2002; en esa misma fecha en Alemania ha entrado en vigor la ley "*job-aqktiv*"; en Francia, desde 1998, funciona el "*Programme d'action personnalisée pour un nouveau départ*", que tiene como base la creación de un "*project d'action personnalisée*", también denominado por los operadores del servicio de empleo francés "*feuille de route*". Parece que los términos de "*nouveau départ*" o el de "*feuille de route*" indican esa primacía de la movilidad y la activación. En España, la originalidad a la hora de buscar nombres a estos nuevos estilos de gestión no ha estado a la altura de sus homólogos europeos, pero no cabe duda de que el decreto aprobado en mayo de 2002 -el conocido decretazo- concuerda en los principios ideológicos y operativos que hoy se extienden por toda Europa. Los siguientes textos extraídos del Decreto Ley 5/2002, de 24 de mayo son inequívocos a este respecto, el desempleado debe: "Suscribir y cumplir las exigencias del compromiso de actividad. Buscar activamente empleo, participar en acciones de mejora de la ocupabilidad, que se determinen por el Servicio Público de Empleo, en su caso, dentro de un itinerario de inserción. [...] A los efectos previstos en este título, se entenderá por compromiso de actividad el que adquiera el solicitante o beneficiario de las prestaciones de buscar activamente empleo, aceptar una colocación adecuada y participar en acciones específicas de motivación, información, orientación, formación, reconversión o inserción profesional para

incrementar su ocupabilidad, así como de cumplir las restantes obligaciones previstas en este artículo.” (BOE nº125, 25.5 2002)

La prioridad de los servicios de empleo y la presión a los desempleados buscan un propósito claro: poner a trabajar al parado a toda costa: “La colocación que se ofrezca al trabajador se entenderá adecuada con independencia de la duración del trabajo, indefinida o temporal, o de la jornada de trabajo, a tiempo completo o parcial, o de la cotización, o no, por la contingencia de desempleo” (BOE nº125, 25.5 2002). Con esta presión sobre los parados no es extraño que consideren su actividad de búsqueda como un auténtico trabajo.

“Nunca estás parado porque vas buscando trabajo, que eso también es una actividad, pero mucha gente no lo entiende así.”(E 27)

“Es más difícil buscar trabajo que trabajar. El trabajo a veces cuando lo encuentras es rutinario...siempre es lo mismo, pero buscar trabajo...tú sabes lo difícil que es ir a empresas...no conoces a nadie...toda la gente con curriculums...quizá me llamen, quizá no. Entonces tomas tus apuntes de las empresas que vas y las fechas que vas por sí...no sé, si algún día llaman, en fin...luego también pues estoy pendiente de una entrevista también ahora, me llaman desde el INEM, me han llamado ya... este año prácticamente me han llamado 3 o 4 veces. Hacer entrevistas, bueno entrevistas o selección para trabajos. Ahora estoy pendiente de una y...bueno, pues a lo mejor te han declinado porque no tienes experiencia o porque eres demasiado joven, según...siempre hay cosas que te van rechazando. Por eso que considero que estoy moviéndome.”(E 9)

En los abstractos textos técnicos de los servicios de empleo no parece quedar muy claro cómo se concreta eso de la movilización y la activación, pero las afanosas jornadas de búsqueda de los parados dan una idea perfecta de qué significa buscar empleo: por moverse que no quede:

“No, es una cosa que tienes que moverte la verdad y es así y de planificarte eso de decir, pues ahora hago cartas, salgo por los polígonos, salgo por las Empresas de Trabajo Temporal, de acudir por la mañana, las oficinas tampoco te pueden atender, entonces llegas pues es para dejarte esto o el encargado y yo veo que en algunas son más receptivos pero en otras...como que llegas en un momento que no les viene bien porque tienes que ir temprano por la mañana cuando abren la puerta y no han empezado todavía el trabajo, un poco para quedar bien, con lo cual, pues día a día no puedes estar toda la mañana, entonces se me va alargando.” (E 24)

Movilización, Activación son los medios mediante los que buscar empleo se convierte en una profesión: de profesión parado. El *habitus* del parado buscador incluye su propia autoevaluación, el calcular sus capacidades y el

trazar su recorrido hacia el empleo. Los módulos de búsqueda de empleo que reciben en los cursos de formación o en las sesiones de orientación crean estas disposiciones y moldean la figura del parado buscador.

"Hombre, sé que a veces dices pues a lo mejor podía hacer esto, pues no se me había ocurrido esa idea, porque a lo mejor hablas con alguien y dice pues yo he hecho esto o lo otro, o me he presentado...entonces lo que a veces anotas y dices pues yo tengo que probar a presentarme en tal sitio así, por ejemplo en lo de ir a lo mejor por la mañana a una Gestoría o a una Oficina a primera hora de mañana pues a lo mejor en algunos Cursos de Formación u Orientación laboral, te han orientado un poco que cuando haces una candidatura espontánea como de no molestar, no incordiar, entonces tú como que te vas orientando en cosas, tipo esto de la mañana o a lo mejor no ir por la mañana, a última hora, o a la hora del almuerzo que la gente está con ganas de fumarse un cigarrillo y tú llegas allí arrasando su tiempo de descanso y esas cosas." (E 24)

Más allá de las prácticas cotidianas, la ideología de la activación va encontrando un terreno abonado en la mentalidad de los parados, que generalmente es permeable a todos los principios de los módulos de búsqueda de empleo y que acoge bien todo tipo de pauta que le pueda prometer conseguir empleo con más facilidad, y más si proviene de los técnicos de los servicios de empleo. La necesidad suplementaria de los parados de mostrar su buen comportamiento y su cumplimiento de las normas les lleva a aceptar sin mucho cuestionamiento la activación y la movilización.

"Mis compañeras concretamente, en el grupo en el que yo me encuentro, veo que no sé, les falta madurez. No se han movido o...cuando hablas, te das cuenta de que les falta movimiento...no se si me expreso. Te das cuenta de que es gente que va a lo cómodo, a lo que le dan encima, le tienen que llamar, o sea no se interesa o les da igual, en cierta manera, se conforman con lo que tienen y no tienen ningún tipo... aspiraciones sí porque todos ellos están trabajando, pero para tener aspiraciones también hay que tener otro tipo de aspiraciones, o sea buscárselo uno...piensa que nadie te llame y te entregue el trabajo. No sé, en algunas compañeras veo que no se mueven. Otras sí, hay otras que sí... han hecho cursos, están pasando entrevistas, quizá son rechazadas, pero bueno las estás pasando y te sirve de entrenamiento esa entrevista, es conocer el ambiente, lo que te rodea ... entonces cuando más lo conoces, más te puedes enfrentar a él. Me refiero sobre todo a las entrevistas porque por ahí hay cada entrevistador que te puedes echar atrás."(E 9)

Esta lógica de la activación y la movilización es curiosa en el fondo: la práctica totalidad de los desempleados consideran que, mientras que ellos sí buscan, el INEM no se mueve, no hace apenas nada para conseguir empleos. El INEM es estático mientras que el parado se mueve. La peregrinación que la parada del siguiente fragmento hace por las oficinas de empleo de su

localidad plantea bien esta contradicción. Con este tipo de orientación, que intenta desplazar las responsabilidades de la búsqueda al propio parado, los servicios de empleo bien podrían desaparecer y no se notaría mucho con esta ola de privatizaciones.

"Había momentos que no estaba haciendo ningún curso, entonces lo que hacía es ir una vez a la semana al INEM. No me recorría una oficina, me recorría las 5 que conozco. Sé que hay 6 o 7, pero bueno, yo conozco 5. Pues me iba a las cinco que conocía, entonces a veces llegabas para ver si había ofertas y claro...a lo mejor recorría las 5 y no te encontrabas ninguna oferta, entonces decías..."bueno a dónde voy más" porque aparte del INEM, dónde puedo buscar más. Pues buscas en los periódicos, te enteras de gente que a lo mejor te comenta que iban a abrir un comercio, una empresa, no sé, mil cosas. Pero que a veces te frustras porque te mueves y no desarrollas nada, no encuentras nada, no te llaman para ningún sitio, no encuentras una posible vacante...entonces a veces tienes momentos de baja. No sé...que a veces dices: "me quedo en casa y eso que salgo ganando". Pero a lo mejor te quedas en casa y al día siguiente te das cuenta que eso es más duro todavía, entonces, es que necesitas moverte aunque no encuentres." (E 9)

Desprovisto de funciones reales para encontrar empleo eficazmente, los parados captan bien las otras funciones que parece tener el INEM. La primera es la de controlar a los parados. Todos los entrevistados perciben cómo hay un trato diferencial a aquellos que perciben algún tipo de prestación, sobre ellos se descarga el celo controlador del INEM.

"O sea, ir allí, ahora que nos han mandado una carta urgente que en vez de fichar cada 3 meses tienes que ir a fichar todos los meses...o sea, por eso voy más." (E 6)

"Quizá lo haga porque como... al cobrar subsidio y tal pues lo que les interesa es controlar a esta gente, pues eso el nivel de la gente que hace estos cursos pues no sé si sabes que casi todo es gente que está cobrando el subsidio porque de una forma u otra lo tienen controlado y saben que no está trabajando en otro lugar y ya te digo, ha sido a partir de este año cuando, cuando he visto más movida por parte del INEM hacia mí. (E 9)

Una segunda función es la de ofrecer formación a diestro y siniestro. Las referencias a esta cuestión en las entrevistas es ilimitada. El cursillo es la vía única de dedicación del INEM. Los parados entrevistados reciben continuas ofertas formativas de todo tipo de centros colaboradores que tienen sus bases de datos interconectadas. La formación se ha convertido en un negocio a costa de los fondos estructurales y los servicios de empleo la otorgan a discreción. En muchas ocasiones, la formación tiene también un contenido de control: no importa el curso que realiza el parado, sino saber que está

controlado. La formación continua es otro de los pilares de la activación. La siguiente cita recoge con sentido del humor este empacho de formación que reciben los parados.

"¿Ofertas de qué, de cosas de cursillos o..? bueno yo llevo como medio año apuntado, fui a preguntar qué cursillos tenían y..."¿que cursillo quiere?", me decía la otra, "bueno, ¿que cursillos tiene?" "Usted dígame y yo le digo..." "Astronauta" "no de ese no tenemos" y ya al final sacó la lista y vimos allí en la lista qué cursillos tenían."(E 6)

Ante la ineficiencia respecto a sus finalidades de encontrar empleo, los parados reparan en otra de las funciones a la que parecen dedicarse los servicios de empleo. Se trata del entretenimiento y la distracción a los parados: "Tener ocupado al personal". Lejos de sus ilustres funciones, la formación es nuevamente la actividad que sirve para amenizar y pacificar a los desocupados.

"Yo a veces pienso que es para tener al personal ocupado, para que no dé guerra y no dé jaleo y la única forma de tener callada a la gente es darle una ocupación que no es profesional, pues cultural, entonces si haces un curso pues empleas el tiempo en ello, tienes una ida, una venida, estás ocupado, entonces es una forma de callar al personal, a veces pienso que no sirven de mucho sino simplemente para tener al personal tranquilizado, que esté ocupado, que esté haciendo algo, entonces pues eso piensas que es mejor...y sobre todo cuando tienes tantos cursillos y no tienes salida pues piensas que simplemente para eso, para tener el personal callado y que no de guerra..." (E 9)

En las relaciones entre parados y técnicos de los servicios de empleo la deshumanización y la burocracia completan una mezcla amarga para los primeros. Por lo general, viven su condición con sentimientos de malestar, vergüenza, necesidad de apoyo y en las oficinas encuentran -salvo honrosas excepciones- un tratamiento lejano y de despreocupación. Los funcionarios robotizados son una imagen frecuente, que provoca airadas quejas en las entrevistas: "parece que vayas a pedir limosna"; "te contestan y todo"; "la atención personal es un desastre"; "no saben nada, es una desorganización"; "lo de los cursillos, o sea en 4 años, lo único". Es cierto que los operadores de cara al público suelen recoger las frustraciones de los usuarios, pero en el caso del INEM, las quejas hacia sus funcionarios delatan un problema de gestión más grave, probablemente más relacionado con las funciones constituyentes de la institución.

"Luego, en la oficina del INEM donde estoy, yo por lo que escucho, por lo que escuchamos todos cuando conversamos, las oficinas del INEM no sirven para nada, mucho funcionario cobrando su buen sueldo, al mediodía se va a casa, pero nada más, no hay ninguna preocupación adicional de decir: "bueno, es que vamos a buscar trabajo, vamos a crear.." Ellos cumplen con su horario de trabajo, se van a casa y ya está, van a cobrar lo mismo ¿sabes? Nunca, nunca en mi vida, si puedo no voy. Lo que más me ha tocado las narices, eso sí y una vez se lo dije a la señorita que estaba allí, es que luego cuando ponen donde he estado trabajando yo dice: "enviado por el INEM, y digo: "pero que morro tenéis, vosotros nunca me habéis creado una oferta de trabajo, nunca".(E 11)

VI.2.6.- La flexibilidad precaria: reconstrucción de una trayectoria de paro de una joven con experiencia laboral

Ya hemos comentado que los parados con experiencia laboral anterior presentan trayectorias muy diferentes y son el grupo más heterogéneo de todos los que estamos analizando. Por ello, seleccionar un caso para poder profundizar más en los recorridos de los parados es más difícil. Es intención de este apartado elegir un caso que por sus características pueda reflejar mejor alguno de los problemas más graves del grupo o presente una situación extrema que aporte una carga de comprensión añadida. Se ha seleccionado el caso de Ana porque representa bien dos de los rasgos que más identifican a este grupo de parados con experiencias anteriores de trabajo: las vivencias de la precariedad en el empleo y los temores a la proletarización y al estancamiento en los malos empleos.

Ana cuenta apenas 22 años, pero ya ha tenido tiempo de experimentar a fondo qué es el empleo y el paro. Abandonó los estudios al acabar la EGB y eso le hizo acceder muy tempranamente al trabajo. Es hija de familia numerosa con pocos medios y, en estos casos, no hay muchas oportunidades para pensar si se desean proseguir los estudios: si no marchan bien, el paso al trabajo se impone. Antes de cumplir los 16 años empezó a cuidar niños, pero esa fue ya su primera experiencia en la que sintió el abuso, ya que sin apenas darse cuenta, además de cuidar los niños le tocaba limpiar la casa. Trabajo este último poco agradable para el poco dinero que cobraba y para el trato no muy exquisito que recibía. Compatibilizaba estas actividades ayudando por la tarde en el horno en que trabajaba su hermana. Una jornada extensa de trabajo pagada en negro y sin contrato. Finalmente, su padre le encontró el trabajo en el que ha estado tres años, antes de entrar en paro.

Comenzó a trabajar en una fábrica dedicada a la producción de molduras de PVC, generalmente para las puertas y los parachoques de automóviles. El trabajo era duro y penoso: "yo me dedicaba pues a estar en la máquina y sacar producción, lo que pasa que es que como yo estoy mala de los pulmones también, no

me gustaba mucho porque las máquinas, pues el plástico sale hirviendo y el humo que sale es tóxico y a parte de que trabajaba casi igual como un hombre porque el material me lo hacía yo, me lo ponía yo en las cargas y me pagaban menos que a un hombre que no me parece justo pero vamos, bien, es así y eso trabajaba ocho horas y me iba. Íbamos al turno, una semana de mañana, una de tarde y una de noche y tampoco me gustaba, porque tu cuerpo no se acostumbra a cada día, cada semana comer a una hora, dormir a una hora y hacer una vida cada semana."

Aparte de estos inconvenientes, la queja que más repite es lo poco que ha aprendido en ese trabajo. Si tuviese que hacer un currículum: "¿qué digo yo que se hacer?". Esta poca vinculación con el trabajo le ha ahorrado pasarlo mal cuando ha quedado en paro, aunque se quedó con un mal regusto porque "la tiraron" del trabajo a los tres años, cuando la tenían que hacer fija y, en ese momento, pasaron de ella engañándola. Le dijeron que en tres meses volverían a contratarla y no fue así.

El año que ha transcurrido en el paro se ha dado cuenta que con su bajo nivel de estudios tiene poco que hacer. Solo hay trabajos malos: "lo que más hay es para estar de cajera en algún sitio y a mí eso en realidad no me llena para el día de mañana estar trabajando de eso.". En la calle se repite que el que no trabaja es porque no quiere y ella piensa que es así, que trabajo hay, pero son empleos que, para ella con 21 años, no abren ningún futuro. Mientras no se vea forzada a cogerlos, se dedicará a hacer algún curso que pueda ofrecerle alguna oportunidad de trabajo aceptable. Después de muchos problemas económicos años atrás, la coyuntura familiar es ahora buena y puede permitirse vivir este periodo de tiempo sin trabajar en el cual, sin embargo, siente el futuro un poco suspendido por el dilema de los malos trabajos: se da cuenta que solo hay malos trabajos que no desea, pero, por otra parte, siente que su formación es insuficiente para conseguir trabajos mejores.

Su ilusión sería realizar alguna actividad relacionada con el curso de especialista en turismo que está realizando o incluso de empleada en una tienda de ropa o de cosméticos: trabajos que no son muy sacrificados y que le distancian del penoso mundo fabril que ha tenido que soportar, que rechaza abiertamente y que, como ella dice, le ha hecho perder tres años de su vida: "yo llegaba a casa y ya estaba echa polvo porque igual hacía unas balas que medían quince kilos y yo las tenía que coger con el brazo y tenía que ir a destajo, que tantas pesas tenía que hacer en un día, en ocho horas, encima en ocho horas parábamos un cuarto de hora; que en un cuarto de hora lo qué te da tiempo, a comerte un bocadillo y rápido y iba, yo que sé, nos quedábamos a hacer horas, pasábamos una calor en verano impresionante porque como las máquinas están tan calientes para deshacer el plástico y luego en invierno mucho frío [...] yo llegaba a casa y me acostaba y cuando dormía estaba trabajando, me levantaba y como si hubiera estado toda la noche trabajando y otra vez igual. Y la otra semana, a mí me gusta mucho dormir y salir por las noches, pues trabajar de noches no me gustaba nada. Y luego a la otra semana de mañana y de tarde y que he estado tres años y medio, pero ¡qué tres años y medio!"

Sus opiniones sobre la actual situación del mercado de trabajo son muy negativas: no entiende como se puede decir eso de que "España va bien" con un mundo del trabajo en el que abundan, según sus palabras, contratos de chanchullos y jugarretas. Sus experiencias hablan de una atmósfera

empresarial en la que predomina el abuso y el engaño: a su hermana, después de un año y medio de trabajo le hicieron firmar el despido voluntario diciéndole que era un contrato; a un amigo le paso lo mismo y ella misma vio como se reducía su derecho a cobrar el paro porque en la empresa en que trabajó estuvo la mayor parte de tiempo con un contrato que no daba derecho a prestaciones de desempleo. Sus posicionamientos sobre los políticos y los empresarios son una mezcla en la que se combina el pasotismo resignado y la alta tensión crítica: “y ahora quieren hacer al lado un campo de golf, harán fincas y mira, tienen la cara dura de decir que todo bien y de todo bien nada, lo que pasa es que nos engañan porque tú pones la televisión y no, realmente no te enteras de lo que pasa, porque te pones la televisión y te ponen todo moda y te ponen programas chungos de esos y tú no piensas realmente lo que está pasando.”

Su situación personal y familiar no es mala en el momento de la entrevista, el paro no es algo por lo que sienta mucha presión, cuando termine el curso de formación ocupacional que está haciendo buscará empleo y se acoplará a las ofertas que puedan salir, pero no tiene una gran predisposición para aceptar lo que venga: “¿por qué te tienes que conformar con lo que hay? pero ¿por qué nos tenemos que conformar con lo que hay? pienso yo, ¿por qué me tengo que conformar con lo que hay si hay algo que me agrada más y estoy más a gusto por qué me tengo que conformar con eso? Y eso pienso yo.” Probablemente, Ana forme parte de una generación poco preparada para aceptar un futuro de empleos malos, incluso no contando con unos estudios que puedan acentuar este rasgo. Sus mayores preocupaciones son los enchufes -que ella no tiene-; los estudios -todas sus amigas siguen estudiando- y, por último, que los trabajos que se ofrecen son más para hombres, por eso hay más mujeres en paro. Con todo, y en este mercado de trabajo precario y de ett's: “Ah, lo que se lleva ahora”, ella no renuncia a verse trabajando en un futuro próximo, es quizá lo que más claro tiene: “yo trabajar quiero trabajar, eso lo tengo claro.”

VI.3.- Mujeres paradas en edades intermedias 30-40 años: vivencias de cambio en un entorno de empleo flexible

Las mujeres comprendidas en este grupo de edad han superado la juventud y viven una situación en el paro con rasgos muy diferentes respecto a los varones en general y a las mujeres más jóvenes. Abundan entre ellas trayectorias complejas, a veces erráticas, entre el paro, el empleo y la inactividad. Entradas y salidas del mercado de trabajo, interrupciones en sus estudios, cambios en las responsabilidades familiares, dificultades de búsqueda y problemas agudos de discriminación por edad y sexo. No en vano estos grupos de mujeres alcanzan las tasas más elevadas de paro, niveles alarmantes donde la distancia respecto a los varones se ensancha más que en otras edades.

Casi todas las mujeres que componen este grupo de entrevistadas están casadas o separadas y tienen responsabilidades familiares. El peso de la estructura familiar marca determinantemente las vivencias del grupo: abandonos de trabajo o estudios, condicionantes familiares a la hora de aceptar un trabajo, contradicciones entre las obligaciones familiares y laborales, estos aspectos son específicos de este grupo y no se presentan en los otros que ya se han analizado. Como veremos a continuación, sus percepciones hacia el empleo, hacia la formación, hacia las dificultades económicas revelan experiencias vitales propias y configuran un modo particular y diferenciado de vivir el desempleo por parte de estas mujeres de edades intermedias.

VI.3.1.- ¿Cambios en los modelos de género?

En los tres últimos decenios, el equilibrio entre la complementariedad del varón “breadwinner” y la mujer “ama de casa” parece haber entrado en crisis. La confluencia de una serie de circunstancias, entre las que podrían destacarse: la inestabilidad del empleo (incluido el del “ganador de pan”), el debilitamiento del estado de bienestar, el descrédito social de la figura del ama de casa (con dedicación exclusiva o parcial), el consumismo y la

vulnerabilidad de los vínculos de pareja, han hecho necesaria y deseable la orientación hacia el trabajo retribuido de las mujeres.

El aumento de la actividad de las mujeres ha avanzado sin un marco institucional eficaz y capaz de prever y afrontar las numerosas alteraciones que traía la incorporación de las mujeres al empleo: incompatibilidades y/o desajustes entre el ámbito productivo y reproductivo -jornadas y turnos en un entorno laboral que reclama crecientemente disponibilidad-; escasez de servicios sociales que puedan ayudar a compatibilizar las responsabilidades familiares; insuficiencias manifiestas en el reparto de dichas responsabilidades entre varones y mujeres. Todos estos aspectos, centrales en los estudios de género y en los debates abiertos actualmente aparecen reflejados en nuestras entrevistas. Hasta el momento, puede decirse que los cambios respecto a las responsabilidades familiares son significativos a nivel de modelos, de representaciones simbólicas, pero mucho menos notorios en las prácticas. Sin embargo, se observa también que el conflicto profesión/familia, que se planteaba como propio de las mujeres que tenían o querían tener un trabajo retribuido comienza a plantearse también en algunos grupos de varones y tiende a aparecer como una de las principales fuentes de conflicto entre las parejas.

Elena Simón (1999) expresa, muy acertadamente, las contradicciones entre deseos y realidad familiar cuando escribe: "La institución contemporánea de la familia nuclear urbana tiene su confortable asiento en los sistemas de pacto cínico, aún suponiendo que la pareja fundadora desea en un principio establecer relaciones de tipo simétrico. Como tal institución, está en crisis y sus dificultades de definición entre la seguridad de lo conocido y el cambio hacia lo nuevo facilita la continuidad de los viejos modos de hacer, en los que priman las normas rígidas de división del trabajo y de los roles complementarios, y pretende a un tiempo funcionar como si la igualdad entre sus miembros fuera algo más que virtual. La mezcla puede ser explosiva, pues esta familia se constituye como una unidad de socorro, cuidados y cobijo, donde además se cubren las necesidades afectivas de todos los miembros y las

sexuales de las personas adultas, pero a un tiempo pretende preservar parcelas de libertad para cada uno de sus componentes y una buena parte de la cobertura de sus deseos. Es, pues, un grupo inestable, jerarquizado, permisivo, protector, en el que se producen numerosos conflictos de intereses incompatibles...La igualdad formal no se aplica en la práctica, pues ésta continúa inspirándose en la ideología de la complementariedad, de dominación-subordinación y está cargada de doble moral...y de ilusiones de libertad en las elecciones...El ser, o la realidad de lo que es, no se corresponde ni con el deber ser, o la norma, ni con el querer ser, o el deseo. Esto produce frustración o abuso”.

Las contradicciones que se proyectan en el texto de Elena Simón acerca de la doble moral y de la distancia entre los discursos formales supuestamente igualitarios y las prácticas abiertamente subordinadas y desiguales se reflejan en los relatos de nuestras paradas entrevistadas. El nuevo marco familiar en que se mueven manifiesta algo más que rescoldos de un pasado discriminatorio. La persistencia de la segregación anclada en una división sexual del trabajo plagada de prescripciones y proscipciones se hace evidente en muchas de las manifestaciones y de las prácticas cotidianas de las paradas de este grupo de edad. Estas divisiones del trabajo derivadas del género y la edad cobran realidad en las estrategias familiares de supervivencia y de movilidad social observadas en las entrevistas. Las familias generan vínculos más o menos fuertes y aportan más o menos recursos a los individuos y, en ese sentido, son fuente de diversidad y desigualdad, que se representa nítidamente entre las paradas.

VI.3.2.- Dimensiones de la persistencia de discriminaciones en la división sexual del trabajo

Las llamadas dos biografías de la mujeres españolas (Garrido, 1992) se diferencian netamente en la presencia, entre las mujeres más mayores frente a las más jóvenes, de reminiscencias de discriminación en el sistema de división sexual del trabajo. Como veremos a continuación, dicha discriminación se expresa en las múltiples etapas que marcan el proceso de

incorporación al trabajo: las fases previas de decidir trabajar y de orientar esfuerzos hacia ese objetivo, las fases inmediatamente anteriores a conseguir un empleo -como las entrevistas de trabajo- o, finalmente, cuando ya se ha obtenido un empleo y arrecian las secuelas discriminatorias vinculadas a las responsabilidades y el reparto de tareas. El fragmento siguiente es muy explícito sobre la percepción de dicha discriminación: a la pregunta del porqué de las dificultades ante el mercado de trabajo la respuesta es determinante y no deja espacio a dudas:

"Pues que estoy casada, tengo un hijo y ya pues casi, casi aunque 28 años es ser joven, ya es casi ser mayor, o sea esos tres." (E.5)

El peso de las relaciones patriarcales se hace más evidente en contextos sociales y personales concretos: los ámbitos populares más tradicionales en ciudades medianas y pequeñas con reminiscencias rurales o las situaciones de las hijas más jóvenes sobre las que recaen las mayores responsabilidades de cuidados a los padres constituyen ejemplos donde el poder patriarcal tradicional se expresa más abiertamente:

"Y decía, ¿por qué no le deja trabajar a su hija, señor Paco? ¿por qué no? Pues si ya tiene dieciséis años o diecisiete, pues déjela que haga algún cursillo y tal y que trabaje. Que no, que no y que no, no quería mi padre. Y luego me caso y me prohibieron por otro lado y digo jolín, entonces qué pasa aquí." (E. 30)

La interiorización de los efectos del patriarcalismo en los discursos de las mujeres de extracción popular se deja notar, pero, como se observa en la segunda cita, no siempre dicha interiorización está exenta de crítica que se explicita en el campo del trabajo. Tener un empleo asalariado es un mecanismo que permite negociar y renegociar, hacer más moldeables las rígidas prescripciones patriarcales:

"Pero no sé, yo pienso que las mujeres siempre nos volcamos más hacia los hijos, que los hombres. Los hombres tienen su trabajo y digamos que es lo más importante para ellos, pero la mujer, siempre, aunque tenga su trabajo, siempre piensa más en su familia." (E.1)

"Él se iba, pero la casa es cosa de mujeres y cuando ha estado parado, la cosa ha sido mía, para limpiar, pero entonces es muy agobiante tener siempre que... y más ahora que él trabaja y me tenga que.. que me lo ha dicho muchas veces "esto está sin hacer ¿por qué no lo has hecho? ¿que haces en todo el día que estás en casa? no tienes nada que hacer, pues tu obligación...", lo tienes que tener todo perfecto, pero

todo eh... y es muy aburrido, ya te digo, se está muy bien trabajando, pero es que te anima más cuando llegas a casa, organizarte todo...y las horas pasan volando y es que de la otra manera se te hace muy aburrido." (E. 16)

La familia no es la única esfera donde se destapan las prácticas discriminatorias. Las entrevistas de trabajo son un espacio exasperante para las mujeres, donde se confrontan con la cara más arbitraria e injustificada de una discriminación que funciona como un axioma:

"Sí, además es que no hace mucho en una de las entrevistas que fui."¿Estás casada?", digo sí. "¿Y tienes niños?", digo sí, tengo dos. Y no me dijo pues no porque no; pero no sé me lo dio de una..., me lo dijo de una manera que dije mira, he estado veinte años trabajando, he tenido a las dos niñas mientras he estado trabajando y no he faltado nunca en la vida a trabajar hasta que tuve un accidente, que tuve que coger la baja, que estuve casi seis meses de baja. Pero nunca había pensado que hoy en día te preguntaran si estabas casada o no, si tenías niños para ofrecerte un trabajo; no sé, es que lo veía un poco lejano ya eso." (E. 25)

VI.3.3. Paro y reparto del trabajo doméstico: desequilibrio de género

La mayor parte de los parados varones no se relaciona con el ámbito doméstico -con "la casa"- salvo como lugar de descanso y sueño reparador. No suelen aparecer en las entrevistas, incluso de varones casados jóvenes, demasiadas referencias al trabajo familiar. Las resistencias son lógicas si tenemos en cuenta que el trabajo doméstico va acompañado de una carga simbólica negativa: es un no-trabajo, no da dinero ni gloria, es cosa de mujeres, etc.. Esperar que entren voluntariamente en un espacio socialmente devaluado es esperar demasiado. Por ello, incluso varones con la identidad de "ganapan" cuestionada por las situaciones de paro prolongado se sienten poco implicados e incluso liberados de ese tipo de trabajo. Desde otra perspectiva, esa actitud revierte sobre ellos de forma negativa, con un sentimiento de tiempo perdido, de inutilidad social mucho más agudo que en el caso de las paradas que ocupan su tiempo con el trabajo no retribuido. No tener un empleo en el caso de la mayoría de los varones supone, en efecto, no realizar ningún trabajo dirigido a satisfacer necesidades de higiene, alimentación, etc. La búsqueda activa, a veces, alguna "chapucilla", los cursillos y las visitas a la oficina del "Paro" (así suelen referirse al INEM) son las actividades más frecuentes.

Por lo general, cuando la participación de los varones se produce, está limitada a una mera colaboración residual. Las dos siguientes citas son reveladoras de cómo las tareas domésticas tienen una marca negativa para los varones más tradicionales o bien no se concretan, son ocasionales, accesorias o no entran en los ritmos fuertes de las tareas substanciales del hogar. En la segunda cita, la entrevistada manifiesta que su marido ayuda, pero esto aparece dicho al inicio del largo párrafo en el cual se detalla todo el recorrido cotidiano que ella realiza durante el día y en el cual la presencia del marido no vuelve a aparecer. La colaboración, generalmente escasa y a veces meramente simbólica por parte de los varones en el hogar, también se produce entre los colectivos en paro. Esto no quita que de forma minoritaria algunos varones participen en una distribución más equitativa. Este caso es más frecuente cuando son los dos miembros de la pareja los que sufren la circunstancia del desempleo o cuando la mujer trabaja fuera de casa.

"No, pero si es que además, porque a veces de broma digo: "es que se te dan tan bien las faenas de casa -porque a veces le salen las cosas mejor que a mí- hasta en la cocina" y esto le sabe mal, se enfada conmigo, no le gusta que yo diga esa frase. Pues porque no sé si entiende que le llamo un poquito ... ¿me entiendes? sí, sí, como si, a ver si ... lo considera como un insulto, como si dijera: "pues es un poquito afeminado" o algo, pero no lo digo en el sentido ése." (E.1)

"Con este curso, de manera simultánea pues increíble porque claro ya... tengo que arreglar un poco la casa, levantar al nano y ya pues llevarlo a la guardería, de la guardería vengo aquí, se queda a comer, entonces cuando salgo de aquí, lo recojo ...son ya las 2 y pico, hago la comida, si me la he dejado un poco preparada o lo que sea ... mi marido dentro de lo que... ayuda bastante ... o viene él... según el que llega antes, recoge el nano...pues nos ponemos a preparar la comida y nada...una vez hemos comido, vuelvo a organizar todo lo que es mi casa y normalmente pues según el horario que tenga en la UNED, o me voy a las cinco, o me voy a las cuatro y voy dejando a mi hijo, cada día en un sitio determinado, en casa de mis suegros, en casa de mis padres, en casa de mi hermana y luego cuando acabo a las nueve y pico, lo recojo. Me coincide también que estaba haciendo lo de la academia aquí y en la UNED, entonces había día que me tenía que ir a la academia y cuando salía me iba a las clases del UNED, o sea que al cabo del día a las 11 o a las 12."(E.5)

VI.3.4.- Las contradicciones entre el trabajo mercantil y las responsabilidades familiares

Cuando las resistencias patriarcales más duras se suavizan y las mujeres acceden al trabajo mercantil, encontramos nuevas manifestaciones que se articulan en torno a contradicciones y desequilibrios de género que

contaminan y afectan el desarrollo laboral de las mujeres que ya tienen un puesto de trabajo. Algunas de las paradas entrevistadas han tenido por lo general experiencias laborales y en sus discursos quedan registradas las vivencias contradictorias del trabajo y la familia.

La doble jornada de las mujeres no está compuesta por dos momentos aislados: el productivo y el reproductivo. En la realidad, ambos se entremezclan y las preocupaciones de uno afectan al otro. Las cavilaciones que se reflejan en el siguiente fragmento son un buen ejemplo de cómo el trabajo doméstico o los cuidados están presentes en la jornada laboral. La doble jornada es algo más que el sumatorio de las dos cargas implícitas en ese mecanismo; es también un resto de carga mental que muchas veces se traduce en sensaciones de culpa y deuda por el incumplimiento de las obligaciones domésticas que pueden llevar a abandonar el trabajo asalariado.

"Cuando yo estaba trabajando, sí, es que veía que cada dos por tres estaba enfermo y decía: "es que no es posible, ¿qué le pasa y lo llevaba al médico..."es que hay muchos virus, es que le vamos a dar vitaminas, pues es que tal..." y entonces claro, cuando tú te vas, y a lo mejor se ha quedado ...está enfermo y te lo has dejado enfermo en casa, entonces estás trabajando y aunque estás en el trabajo, no puedes evitar el pensar, pues, que lo tienes ahí enfermo en casa y que no estás ahí con él y entonces sí que ha habido días en que, digo: "bueno, es que no lo atiendo como debería de atenderle" y entonces eso fue lo que, digamos, me decidió ...ahora como ya sé que ya está bien...(E. 1)

Por otra parte, son numerosos los casos en los que se observa la presencia de ayudas complementarias que son imprescindibles para que las mujeres puedan lanzarse al mercado de trabajo. Los parientes cercanos son un soporte muy habitual que sirve para aminorar el sentimiento de descuido que se mencionaba en el párrafo anterior. Lo más frecuente es que estos apoyos familiares provengan de la familia de la mujer, como si existiera una responsabilidad implícita de que fuera ella la encargada de buscarlas.

"Yo bastante bien porque he tenido suerte en cuanto a que hemos podido compaginar los turnos tanto mi marido como yo y sobretodo mis padres; o sea mis padres son la base principal, en cuanto no hemos podido nosotros han estado ellos para recogerlas, para llevarlas, para traerlas, entonces en ese aspecto yo tengo mucha ayuda con ellos. Pienso que si no hubiera sido por ellos desde luego no lo hubiera podido hacer." (E.25)

Para las mujeres con hijos pequeños el apoyo de la red familiar es vital; contar con una abuela que se ocupe de los niños -especialmente cuando no se puede pagar a alguien para que lo haga- supone salir a buscar empleo con menores restricciones. Las mujeres no cuentan con un ama de casa que les libere de las tareas domésticas a la hora de proponerse buscar un trabajo. Incluso cuando el cuidado puede ser compartido con el padre de la criatura porque su horario laboral se lo permite (turnos, jornada intensiva), la colaboración de la generación anterior es imprescindible.

"Es que la mujer, el problema es ése, que tienes la familia y entonces tienes que buscar a alguien que te pueda echar una mano. Siempre, pues bueno, hay personas que nunca han tenido problemas porque tienen a los padres, que bueno, pues pueden recogerlos del colegio y tenerlos en casa y entonces no hay problema, el problema viene pues cuando tienes que buscar a una persona de fuera que le tienes que pagar y si le tienes que pagar pues depende de lo que tú vayas a ganar, te compensa o no te compensa, ¿sabes? Ese es el problema que yo veo de la mujer."(E.3)

Las limitaciones más grandes las experimentan aquellas madres que, además de carecer de ayuda familiar, sólo tienen posibilidades de encontrar empleo en los servicios menos cualificados, cuyos horarios son totalmente arbitrarios e incompatibles con los escolares. En la hostelería y en las grandes superficies, incluso cuando se trata de contratos a tiempo parcial, los horarios de trabajo vienen determinados por las necesidades empresariales de aumentar la mano de obra en "horas punta": los fines de semana, a las horas de las comidas, etc., precisamente fuera del horario escolar y cuando supuestamente hay que hacer vida familiar.

"En el bar estuve trabajando hasta que me llamaron del Ayuntamiento en el momento en que llamaron a otro montón del ayuntamiento, porque era ... es que se hacía..., era la niña muy pequeña; y el sábado me hacían ir a hacer tapas también y tenía que llegar a las 7 de la mañana para empezar a hacer las tapas, y yo con la nana, como mi compañero también trabajaba, pues la niña me la tenía que llevar detrás porque el sábado no había parvulario y me la tenía que llevar al bar detrás, la dejaba arriba en la vivienda, pero sola, sin los otros niños y allí estaba, si estaba 'cagá' pues estaba 'cagá', si estaba la niña con los mocos colgando pues bueno, hasta que no salía no la miraba y te encontrabas a tu hija así, ¿me entiendes? y yo aguantando hasta que dije yo ¡no, basta, basta!, porque el bar para el trabajo que haces está muy mal pagado, y eso no ...(E.16)

Este problema se agudiza más cuando se señalan las deficiencias de los servicios sociales, insuficientes para atender las necesidades de los ajustes entre la casa y el empleo:

“Personas que la verdad, necesitan eso, pues por lo menos, que menos que paguen una guardería o chicas a domicilio o algo, hagan algo, hagan o bien ...no sé como decirlo, que hagan una empresa de canguros ¿me entiendes o no? de decir: “pues bueno, eso lo pagamos nosotros, porque tú lo que ganas a horas no te compensa el pagar un...” ¿sabes? porque está muy delicado ¿eh? es que dicen trabaja, trabaja, pero es que entre el poco trabajo que hay que esté bien y eso, ya te digo, quedan cosas que no te compensan.”(E.16)

Enlazando con esta última cita, se encuentra otra dificultad en el trabajo de las mujeres que trasluce una nueva discriminación. Se trata de los cálculos de la conveniencia de un empleo cuando los ingresos son bajos y las mujeres se plantean si les conviene trabajar. Esta es una cuestión que no se suscita en el caso de los varones por muy baja que pueda ser la paga, en cambio son las mujeres las que están sujetas a esta contabilidad que revela el carácter de ayuda de su aportación económica a la renta del hogar. Aunque no es privativo de los segmentos ocupacionales peor pagados, el hecho que comentamos se produce sobre todo en los grupos de mujeres de clases populares con ocupaciones descualificadas.

“Es que también te tengo que decir una cosa, si yo tengo que trabajar y tengo una serie de gastos, como por ejemplo, pues no sé, una persona que en un momento dado se pueda ocupar de mi hijo, porque mi marido viaja, entonces a lo mejor está una semana fuera ¿sabes? entonces claro, yo tengo que tener a una persona que me pueda ayudar, pues para llevarlo al colegio o para recogerlo por la tarde. Entonces, claro, yo ya de entrada tengo una serie de gastos. Si voy a trabajar en una empresa y voy a estar todo el día y voy a ganar 70.000 pts., a lo mejor los gastos que yo tengo no me compensan con lo que voy a cobrar”(E.1)

“Yo cualquier cosa no, porque a mí me dan un empleo en el que me den 50.000 al mes, es que no tengo ni para la guardería, como quien dice, no me soluciona, yo tengo que trabajar para vivir, pero si no me da para eso prefiero descartarlo aun que me ajuste más o menos, pero es que tampoco me ajustaría a menos porque con un sueldo mínimo a mí no me soluciona nada, al contrario, a lo mejor me produce más gastos porque yo tendría que buscar dónde dejar el niño durante unas horas, entonces qué...yo gano 50.000 y tengo que dar 60.000 y no veo a mi hijo, eso no...”(E.5)

En el cálculo de mantenerse en el empleo, las mujeres son las primeras en valorar los desajustes que el trabajo asalariado conlleva respecto a la vida familiar. Este hecho se repite frecuentemente entre las mujeres de edades intermedias con cargas familiares. Seleccionamos dos citas en las que esta cuestión se hace muy explícita y la prioridad de la familia se torna imperativa. La primera entrevistada identifica, en un significativo lapsus, su faceta familiar con su faceta humana, el trabajo asalariado perturba la vida

familiar y provoca el abandono del empleo con las consiguientes renunciadas a la propia autonomía. La segunda cita se plantea el orden de las cosas con cierta amargura y siendo consciente de que las mujeres son las que pierden, probablemente por no negociar con el marido las condiciones de una lógica que las expulsa del trabajo asalariado y las canaliza a las obligaciones familiares. En la cita, se entrevistó que estas obligaciones dejarán de ser "una cosa mía" -responsabilidad única de las mujeres- cuando se pueda plantear-hablar abiertamente otro tipo de reparto de esta responsabilidad.

"Porque los horarios eran totalmente incompatibles con una vida familiar, entonces claro, yo para mí, sopesé todo eso y pesó más mi faceta fam ... o sea, mi faceta humana, es decir, no laboral y entonces me incliné por ello y renuncié a mi seguridad." (E.3)

"Sí, sí, pero yo pienso que si he tenido que dejar de hacer una cosa antes la he dejado yo. A lo mejor es que tampoco se lo he planteado y me lo he planteado yo como una cosa mía de decir no, esto ahora no lo puedo hacer porque tengo las crías pequeñas o porque tengo que llevarlas a ellas, pero vamos, he sido la que he dejado más cosas que puede haber dejado él." (E.25)

En esta línea, incluso cuando alguien enferma o se produce una alteración en la vida familiar, el abandono del trabajo cae del lado de las mujeres. Si los trabajos no son muy cualificados, no se plantea ninguna duda al respecto.

"Siempre estaba resfriado, con problemas de garganta y todo... y entonces digo: "mira, aprovecho esto, estoy con él, a ver si yo lo cuido mejor y lo saco adelante y ya pues me busco más adelante otro trabajo" (E.1)

Más allá de las discriminaciones en las que, como hemos visto hasta ahora, se conectan trabajo y familia, también se puede seguir el rastro discriminatorio pura y llanamente en el lugar de trabajo: quedarse embarazada te deja fuera. En el caso de la siguiente entrevistada el embarazo concluye en el paro porque es aprovechado por los empresarios para ir recortando garantías. De una situación más o menos estable, la maternidad fue degradando su rango contractual y le hizo perder definitivamente posiciones en la empresa.

"Me quedé embarazada y entonces me dijeron que claro, que debido a eso pues no me iban a coger, o sea como más o menos estaban contentos conmigo, lo que pasó es que me dijeron que aguantara, que me hacían otro de tres meses, que era justo... el contrato acababa el 13 de mayo y yo di a luz el 18 de mayo, o sea que era apurarlo al máximo y una vez... me mandarían al paro, estaría los cuatro meses más o menos... y me volverían a llamar... y es verdad cumplieron la palabra, tampoco me dejaron en la estacada. En agosto prácticamente yo tenía que haber empezado y se esperaron

para que pasaran las vacaciones y en septiembre me volvieron a llamar pero entonces yo ya no accedí porque no me daban la seguridad de volver a tener un contrato fijo...porque igual volvía a estar en contratos, en inseguridad...al ser un horario parcial no ganaba mucho dinero entonces para pagar a una persona que cuide a mi hijo, y sin tener la seguridad... porque claro si tienes la seguridad de que ese trabajo es tuyo pues sacrificas un par de años, o un año, pagas aunque no ganes pero sabes que ese trabajo es para ti, pero igual al cabo de dos o tres años me vuelven a tirar entonces ya me quedé en paro.”(E.5)

Cuando no concluye como en el caso anterior, las discriminaciones se concretan en parálisis en las promociones en el trabajo y en las aspiraciones respecto al tipo de empleo que se puede obtener. Desgraciadamente, la conciliación de la vida familiar parece una demanda que proviene solo de las mujeres y que en las siguientes citas se utiliza más como un remedio a las negativas condiciones de trabajo que como un impulso positivo para compartir responsabilidades en casa y obtener un contexto de promoción del trabajo mercantil de las mujeres.

“Entonces me para más. Aparte que si son horarios comerciales y eso, para una persona que tiene familia, ya es muy molesto, yo antes cuando trabajaba tenía un horario de por las tardes, entonces para una chica así sin compromiso, era muy bien, por lo menos podía estudiar si quería o si transnochaba podía dormir, o sea ya mirándolo prácticamente... y luego, pues era un trabajo fenomenal, pero ahora aún encontrando el mismo trabajo ya sería muy duro porque si el niño empieza a escolarizarse y cuando él sale yo me meto a trabajar, claro cuando vuelvo estaría durmiendo, o sea no me vería, entonces puestos a pedir, desde luego, pido algo que se pueda compaginar mejor con lo que es la familia. (E.5)

“O por las mañanas o por las tardes, es que al ser partida, tendrías que tenerla cerca de tu casa, porque te dan a lo mejor una hora o dos para comer y no te vas ir de una punta a otra, no te da tiempo. Entonces si, si esta a la vuelta de mi casa, a la hora que quiera, porque entonces te acercas en un momento y ya está, pero de la otra punta de Valencia. jornada parcial es lo mejor.” (E.8)

La edad es otra inquietud que acongoja a las mujeres en tramos intermedios que no pueden aspirar a la creciente demanda de empleados más jóvenes. En estas citas se observa cómo la discriminación por edad es una constante en las empresas y que cada vez más se hace más asfixiante, adelantándose progresivamente los umbrales de aceptación.

“a ver si me entiendes, todos tienen derecho, pero es que ya, te discriminan a partir de 25 años o de 30 para arriba, antes era, a lo mejor, de 40 ó 45, pero es que ahora es que ya son de 30, entonces con 30 años que ya tienes un poco de experiencia, que ya te dicen, bueno tú al paro ya, como si... ya no sirves.” (E.8)

"Me llamaron para una entrevista pero tampoco, por el tema de la edad que te decía, cogieron a gente mucho más joven, diez años más joven que yo, entonces pedían lo que es el dominio del francés, que bueno yo lo tengo, un poco de experiencia en el trato con gente y todo esto y lo que me falló a mí fue la edad. A ver si me entiendes, yo ahí no puedo hacer nada, si piden gente más joven a ver qué haces". (E.22)

La discriminación por el físico se agudiza en muchos de los trabajos a los que acceden las mujeres. En muchos de estos empleos, la buena presencia es el principal requisito que se busca. Pagar la imagen tiene una lógica en ciertos casos como el de las modelos, pero sería más discutible en otros en que también se nos presenta como normal, por ejemplo en guías turísticas, azafatas de feria, dependientas, secretarias, etc. en los que podrían privilegiarse más otro tipo de competencias como los conocimientos, la eficiencia o las habilidades relacionales. La cita es de una joven que está haciendo un cursillo de azafata de congresos en el momento de la entrevista y que, como muchas jóvenes aspirantes a ese tipo de trabajos, asume la lógica empresarial:

Quieren imagen y prefieren invertir en una persona joven, bueno, más joven, que sería de veintiuno, de veintidós años, bueno de dieciocho también las cogen pero prefieren, siempre dicen que entre 21-22, es una edad más madura (...). Entonces cogen a esa gente antes que a los demás.(...) lo más normal es que a los treinta y cinco o así te vayas haciendo un poquito más fachosa. No eres ya tan joven, eres joven pero ya no eres tan joven, entonces prefieren invertir en una persona jovencita y como lo que vendes es imagen pues es lo que pasa (E.26)

Como vemos la discriminación de cara al trabajo se expresa en toda la variedad de ámbitos contemplados; sean plenamente desde la esfera doméstica, en el acceso al empleo o cuando ya se han tenido experiencias laborales. Las dimensiones de la discriminación son múltiples, no es extraño, así, que las tasas de paro de las mujeres muestren los diferenciales respecto a los varones que se producen en nuestro país, resultado palpable de la discriminación difusa y de todas las fuerzas centrífugas que tienden a expulsar o dificultar el trabajo mercantil de las mujeres.

VI.3.5.- Las resistencias actuales de las mujeres hacia los roles femeninos tradicionales

La persistencia de las discriminaciones no impide que las mujeres articulen formas de resistencia personal que van desde la autoconciencia mayor o

menor sobre los procesos de dominación que las frenan, hasta el rechazo abierto frente a los roles más recalcitrantes. Esta contestación se manifiesta más a menudo a través de la adscripción a una identidad femenina proyectada hacia el trabajo asalariado. Las experiencias relatadas muestran una disposición fuerte de las mujeres hacia la esfera del trabajo fuera de casa. El rechazo más evidente se descarga sobre el estereotipo del "ama de casa", que aparece cargado de connotaciones negativas -el "marujismo" despectivo- al menos entre las entrevistadas. La mayoría quiere construir su imagen distanciándose de esa figura (son activas buscadoras, cursillistas, estudiantes, etc.), molestas porque los demás les vean como tales.

"yo tengo mucha ilusión de trabajar, tanto para mi satisfacción personal y mantenerme activa y no encerrarme un poco en el "marujismo" eso de estar en casa y... aunque pienso que yo no soy muy así porque siempre me gusta moverme y aparte de todo el factor económico, que es obvio, y entonces si que me sabe mal." (E.5)

Percibirse o ser percibida desde fuera como ama de casa despierta temores sobre todo en aquellas mujeres que ya han tenido empleos fuera y que encajan el retorno al hogar como una degradación de status. De hecho, cuando las entrevistadas hacen referencia a las tareas domésticas insisten sobre todo en la dimensión del cuidado de los hijos -actividad que socialmente se contempla como compartida con los varones- y no tanto en el resto de quehaceres -cocinar, limpiar- que se mencionan poco en los relatos. Probablemente menos del que realmente ocupan en su realidad cotidiana. Estas mujeres viven de forma persecutoria y temerosa la posibilidad de que "te vean" como un ama de casa.

"Lo que pasa es que me ven... bueno me ven como un ama de casa pero al mismo tiempo me ven que me muevo, ¿no? que estudio, que voy aquí, que voy allá, me salió un trabajo en la feria, pues era una semana, pues estuve trabajando en la feria, ¿sabes? o sea que tampoco me veo la típica ama de casa que se queda ahí en casa a limpiar y tal, pero vamos que la imagen que tienen... pues eso de ama de casa, mucha gente cuando lo hemos hablado, que por qué yo había dejado de trabajar, a mí me han dicho que en mi lugar no habrían dejado de trabajar porque consideraban que era... para ellas que era muy importante el tener un trabajo y salir fuera de casa porque no les gusta estar en casa..." (E.1)

Las mujeres con niveles de estudios más altos y con expectativas profesionales más atractivas se ven muy poco confortadas por el sentimiento

del 'deber cumplido' en el hogar. Dedicarse al cuidado de los hijos es una tarea grata, pero va acompañada de cierto sentimiento de frustración y de expectativas frustradas.

"Eso, la primera etapa, que ya te digo, te dejas llevar, al menos yo me he dejado llevar, la recuerdo también satisfactoria yo estoy casi contenta por haberme dedicado a los niños porque tu entorno hay gente que trabaja y la gente que trabaja iba más agobiada y los chiquitos..., tenían remordimientos por los chiquitos y yo, por ejemplo eso no lo he vivido. También es cierto que cuando yo me paraba un poco y decía, es que yo fijate tengo una carrera y no he hecho nada, pues me encontraba mal porque veía que no había acabado yo de hacer lo que quería hacer y que estudiar no era sólo lo que quería hacer, sino practicarlo vamos." (E.29)

Una manera muy presente de sacudirse la imagen de los roles tradicionales es mostrar que se puede hacer "todo bien al mismo tiempo", convertirse en una "supermujer". Ya hemos transcrito anteriormente párrafos en los que las mujeres cuidan de la casa, asisten a cursos de formación e, incluso en el paro, hacen algunos trabajos sin contrato. Si bien esta respuesta puede ser el soporte de una identidad fuerte, es también una muestra de la persistencia de una distribución social de las tareas muy desigualitaria, donde el trabajo retribuido está organizado de espaldas -y a lomos- de los trabajos reproductivos. La supermujer puede disfrazar de una aparente igualdad lo que en la práctica sigue anclado en una lógica sexista que no aborda el problema de raíz. Por otra parte, el resultado nunca es satisfactorio y los versátiles estereotipos dirigidos contra las mujeres mutan conforme varía el ritmo de los nuevos tiempos de supuesta igualdad. Como escribe Elena Simón, "si haces sólo de madre eres una maruja; si te interesas sólo por tu trabajo, una egoísta o ambiciosa; si lo intentas todo, una presuntuosa; si tiras la toalla, floja y cobarde; si protestas, dura, histérica, altanera." (Simón, 1999:66).

VI.3.6.-Concepciones del trabajo de las mujeres paradas

A la hora de valorar las concepciones del trabajo de las mujeres es difícil encontrar expresiones puras, que se desliguen de su posición en la familia. Las apreciaciones hacia el trabajo asalariado están permanentemente teñidas por referencias a la casa o a las responsabilidades familiares. La propia Elena Simón ha resumido bien en la siguiente cita el "doble mensaje" que hoy se

dirige a la mayoría de las mujeres: buscar empleo y cuidar el bienestar familiar:

“Las mujeres occidentales, escolarizadas y urbanas, viven el momento de transición a la vida adulta como un conflicto vital [...] Por una parte, se les anuncia desde todas las instancias (institucionales, familiares y publicitarias) que pueden y deben ejercer sus derechos, que son capaces de todo, deben ser independientes, no han de dejarse avasallar, pueden hacerse a sí mismas desarrollando seguridad y autoestima, puesto que son “iguales” a los varones, y la sociedad por tanto les brinda igualdad de oportunidades.

Por otra parte, desde las mismas instancias se les hace un verdadero chantaje sentimental para que acepten situaciones de desigualdad manifiesta, de inferioridad o de segundo plano, se pongan en el lugar de otros, decidan ocuparse del cuidado de quienes lo necesiten, depongan sus derechos, tomen responsabilidad sobre las tareas de supervivencia, esperen y se muestren pacientes, no sean egoístas; en suma, que practiquen la ética del cuidado. [...] Lo que ocurre en estas circunstancias es un conflicto, las más de las veces implícito y que no se afronta conscientemente...por tanto se manifiesta en forma de malestar.” (Simón, 1999)

Puede que entre las mujeres más jóvenes que hemos analizado en apartados anteriores este doble mensaje esté en curso de realizarse y no sea tan explícito, pero entre las mujeres de edades intermedias, los proyectos biográficos de género y sus posibles formas de resolución, ilustran la compleja red de factores y de relaciones existentes detrás de sus opciones vitales. En estos casos, el doble mensaje se registra permanentemente entre la práctica totalidad de las mujeres entrevistadas, aunque la clase social y el nivel de estudios pueden hacer variar el eje de prioridades de cara al trabajo y diferenciar tres tipos de actitudes de las mujeres atrapadas por el mecanismo del “doble mensaje”. Entre las mujeres que desean un empleo, encontraríamos así un vector en el que se sitúan en un extremo las mujeres que priorizan el papel relacional-familiar; en el centro, las que tratan de compaginar ocupación-familia y, en el otro extremo, las volcadas hacia la

carrera profesional. Dentro de esos tres grandes grupos se dan, asimismo, situaciones diversas derivadas de los recursos disponibles, las cargas domésticas reales, el grado de colaboración masculina, etc..

Estas diferencias ligadas a los estudios y al origen social, no son incompatibles con algunos aspectos generales hacia el trabajo que se observan en todas las entrevistadas. La primera es la vinculación del trabajo asalariado con la realización y el desarrollo personal, cuestión esta que se acentúa más entre estas mujeres de edades intermedias respecto a las demás.

"Para mí, pues el trabajo es ...sí, quizás realizarte porque sales de casa, estás en contacto con gente." (E.1)

yo necesito tiempo para mí, yo no quiero ganar excesivamente dinero ¿no? es decir, quiero dedicarme a desarrollarme a mi misma. (E.3)

Salir de casa resulta imperativo, las expresiones que se captan en las entrevistas son muy significativas: la casa que se cae encima, el trabajar casi gratis con tal de salir de casa. En estos dos casos, se adivina un "salario familiar" que cubre las necesidades mínimas de la casa y que puede potenciar estas disposiciones de las mujeres a salir de casa "cueste lo que cueste".

"Se me cae encima. Estoy deseando tener cualquier excusa para irme. Ahora cuando me salió lo del curso digo jolín, es que ahora en verano, la verdad es que estos cursos, estás todo el año en casa y los ponen siempre en verano; dice, no, vete a hacer el curso que estás mejor cuando vas de cabeza y vas subiendo y bajando corriendo que..., no me gusta, no me gusta estar en casa." (E.25)

"a mí no me importaría ir a un sitio, si me pagaran el transporte" y me pagaran el almuerzo, casi gratis, sólo porque me hicieran salir de casa ¿no ves que mis hijos ya son mayores?" (E.2)

Elegir trabajos por vocación es otro de los rasgos que se enfatizan entre estas mujeres, ahora bien, esta postura se da sobre todo entre aquellas que cuentan con grados de estudio más altos y entre aquellas donde los ingresos que aporta el marido son suficientes para llevar una vida relativamente normalizada y la dependencia económica no supone ningún trauma. Es en estos casos cuando nos encontramos con las entrevistas en las que se liga el empleo con ideas de realización de proyectos personales. El siguiente fragmento corresponde a una mujer con estudios universitarios que ha tenido

algunas experiencias laborales que se han correspondido con su titulación y es muy indicativo de esta visión vocacional del trabajo:

“Yo lo que quiero es trabajar en el diseño, o sea, desarrollar esa faceta ¿no? todo lo que sea darme trabajos a ese nivel, perfecto, si no, ya los buscaré yo, quiero decir, yo no quiero ahora volverme a desviar ¿entiendes? porque ya me he desviado en muchas ocasiones, he tenido que ir por unos recovecos que hasta que he llegado ahí, o sea, ha sido interminable. Pues entonces, pienso que ya tengo 39 años y la vida es muy corta, se pasa super rápido, por lo menos mi experiencia es que se me ha pasado volando, ha sido como si fuera, o sea, yo recuerdo la niñez ahí y aquí ya mi madurez ¿no? es decir, esa juventud, aunque la viví muy bien y fuí muy feliz, muy contestataria y tal, eso lo viví muy bien, pero esa etapa ya de, desde los 24 hasta ahora se me han pasado volando, y eso para mí ha sido muy preocupante porque significa que lo que yo he hecho no ha rellenado ese espacio, ese hueco, lo anterior que hice sí, fue enriquecedor para mí, pero esa etapa ha sido una etapa para mí, muerta, entonces no quiero volver... muerta, en el sentido de que yo no la he visto nada enriquecedora, para mí no, entonces lo que me queda quiero aprovecharlo, desde luego y no quiero perder más tiempo ni andarme por las ramas, ni que ahora me ofrezcan este trabajo de tal...no, o sea, voy a procurar hacer lo que quiero hacer” (E.3)

Entre las mujeres con estudios más bajos y sobre todo cuando la necesidad económica aprieta, la vocación pierde peso y priman los malos trabajos, los abusos y la irregularidad laboral. Las mujeres con edades intermedias sufren los rigores de la flexibilidad laboral como el resto de asalariados, pero, en su caso, caso esto se complica por los desequilibrios que ésta provoca en la organización familiar. Ya hemos tratado las dimensiones de la precariedad laboral, recogeremos aquí una divertida cita en la que se liga bien precariedad y esfera doméstica:

“No nunca, el único sitio en el que haya estado asegurada yo ha sido en el Ayuntamiento, es el único sitio en el que me han asegurado, en los otros sitios no, nunca, es que además, ni decirlo ¿para qué? en los bares sobre todo, en los bares, bueno, no te aseguran ni a la de tres, que es donde más peligro tienes, yo por lo menos, donde más en peligro me he visto ha sido en los bares, ¿tú sabes el peligro que hay ahí? entre freír, salpicones de aceite, bueno, mil cosas, limpiamos con productos que, bueno, cuando sales de allí, sales como ‘colocada’, como si ... tienes la cabeza, que acabas mareada, entre lejía ...o sea... y las horas que haces, te haces más horas que la ‘Charito, porque ahí no hay horas, igual un día ‘vas destarifá’, que el lunes te estás pocas horas, pero es que viene un fin de semana y no sabes a que hora sales de allí.” (E.16)

El crecimiento en esta última década de los bajos salarios y de los trabajadores pobres está en estrecha relación con la expansión de los empleos de los servicios de baja cualificación que han ocupado las mujeres de extracción social media-baja. Las malas condiciones de estos grupos sociales

delatan una vulnerabilidad plagada de amenazas: impagos, separaciones, falta de cobertura social y, por supuesto, desempleo, sucesos que pueden conducirte a un vida por debajo de los mínimos vitales. La cita es inequívoca.

"Ya te digo, el problema somos nosotros, los que no tenemos...no estamos asegurados, como yo, ese es el problema, que hoy trabajas...mañana no, no puedes hacer cuentas de nada, no puedes hacer...yo misma lo pienso. Yo estoy con esta persona, si yo tengo una mala relación y me tuviera que separar, que me quedara con mi niña en un piso alquilado, a mi me tirarían a la calle de cuatro patadas, porque a lo mejor un mes ganaba dinero, otro mes...no tengo ni idea... No sé como dicen que una madre puede tirar adelante con una hija si se lo propone, porque no sé, a no ser que la deje sola en casa, puede ser, cierro la puerta con llave y le dejo la nevera a mano o le dejo un vaso de...come y bebe que ya vendré yo, pero...no sé. Ahora, muchas de las que teníamos el trabajo de antes, seguimos sin tenerlo." (E.16)

VI.3.7.- Vivencias creativas del paro

Frente a otros grupos que viven más uniformemente el paro, las mujeres de estas edades viven una mayor variedad de actitudes ante el paro. Mientras que la preocupación y la angustia es una constante entre los varones mayores o jóvenes con necesidades económicas, entre las mujeres el paro es visto incluso como una oportunidad para hacer cosas que no se han podido hacer hasta entonces.

Sí, él lo viviría fatal, yo no lo vivo mal porque además yo tengo la costumbre esa de estar estudiando, de estar formándome y luego poder encontrar algo que a mí me vaya bien, de hecho como lo dejé yo... pues no me arrepiento, pero él muy mal, yo no sé si lo superaría. (E.1)

Un periodo para vivir más a fondo la maternidad o para afrontar un reciclaje formativo, estos son dos de los móviles muy mencionados que convierten al paro en un periodo no tan sombrío. La vivencia del tiempo de paro como tiempo de reciclaje, aparece de forma neta en el grupo de mujeres que no pudieron estudiar en su momento o que piensan que su formación está desfasada.

La valoración de los cursos de formación que realizan se liga con esta apreciación positiva del tiempo de paro. Pese a las críticas y al conocimiento de las limitaciones de los cursos a la hora de permitir el acceso al empleo, éstos se viven como una oportunidad única para mejorar personalmente y para crecer en cuanto a aspiraciones laborales En la primera cita, los cursos

hacen “rejuvenecer” y en la segunda restañan una autoestima dañada por años de dedicación exclusiva al trabajo doméstico.

“En ese intermedio pues ... yo decidí retomar mis estudios, porque ya mis hijos los tengo casi criados y ya dije, bueno pues, me puedo permitir el volver a estudiar, y es como a rejuvenecer, para mí ha sido como volver a empezar, como la película, y entonces me metí en artes y oficios.” (E.3)

“me gusta mucho leer y tengo libros en casa y me gusta. Mi exmarido es muy machista entonces no quería, tú dónde vas a ir. Incluso ahora me dice: para qué te sirven los cursillos, no te sirven para nada. Digo yo creo que me van a servir porque por lo menos me veo yo útil, de la otra manera me veo yo la autoestima por tierra, yo me veo útil para hacerlos, porque yo sé que valgo para más que para que estar en una casa.”(E.30)

Desarrollaremos más adelante (VI.4.6) estas y otras vivencias de la formación entre las mujeres, baste aquí con adelantar que esta visión positiva que se acaba de exponer encuentra matices dependiendo de la urgencia que se tiene de conseguir un empleo, lo que resta carácter liberador a la formación y despierta las críticas hacia ella. Para concluir, cabe añadir un último aspecto que matiza la vivencia menos opresiva con que estamos viendo que las mujeres perciben el paro. Se trata del temor de la casa como encierro y del retorno definitivo al hogar, en estos casos el paro se torna una amenaza para las posibilidades de autonomía y deja de tener el fondo creativo y despreocupado que acabamos de señalar.

VI.4.- Cierres de empresa, despidos y crisis laboral: los riesgos de exclusión laboral de los parados varones mayores de 45 años

Si bien en otros múltiples aspectos que ya hemos señalado la fuerza de los estereotipos es notable y generadora de estupefacción y resignación entre los desempleados, en la cuestión relativa a los despidos causados por cierres de empresas, ajustes y crisis, la percepción de los parados afectados demuestra una gran lucidez. La casi totalidad de los casos vistos aquí explica, con mayor o menor detenimiento y profundidad de análisis, las causas y las consecuencias de estos traumáticos procesos para su vida laboral y personal. No hay que olvidar que el ingreso en el paro para este grupo de parados de edades avanzadas supone la ruptura de una larga trayectoria laboral, la pérdida del oficio hasta entonces desarrollado, la fractura de la identidad personal y la exigencia de afrontar un negro futuro o, cuanto menos, una incertidumbre de cara al futuro que no puede vivirse sino con angustia. La siguiente cita ilustra bien esta impresión de incertidumbre y desánimo que es, seguramente, el rasgo más característico de este grupo de parados mayores, amenazados de entrar en la vía muerta del paro de larga duración y de la exclusión laboral. La edad, las dificultades de ajustarse a cualquier nuevo empleo debido a lo específico de sus cualificaciones, la presión por la forzosa competición con los trabajadores más jóvenes y con formación más actualizada quedan reflejadas en el fragmento escogido:

"El problema mayor que hay es eso, pues, una persona que toda su vida ha trabajado en la misma empresa, que esa empresa ha sido sólida, ha sido competitiva y que ahora, por lo que sea, cierre, porque no, porque no ha podido soportar la crisis o porque no puede competir en estos momentos. Ese trabajador que ha estado 20 ó 25 años de su vida y que ahora se encuentra de patitas en la calle, pues entonces está verdaderamente desmoralizado, sin saber lo que hacer, porque ten en cuenta que esas personas, independientemente de la profesionalidad que tengan, se han acostumbrado a trabajar para esa empresa, y luego tiene muchísima dificultad, primero por el paro que hay y segunda, desde el poder competir, porque no estas reciclado y más si esa empresa no ha hecho cursillos de reciclaje como se están haciendo ahora, porque a parte de estos hay cursos de formación ocupacional y de reciclaje para gente que está trabajando, al mismo tiempo que para desempleados y entonces, a parte, la edad también influye bastante, se encuentra con el desánimo de decir "¿yo no volveré a trabajar? ¿yo no volveré a trabajar algún día? porque es que con lo mal que están las cosas, incluso a lo mejor ya ni trabajo." (E. 12)

La incertidumbre sobre el futuro no parece enturbiar la visión sobre el pasado que tiene este grupo de parados. La siguiente cita detalla con precisión y minuciosidad los pormenores de una de estas crisis industriales que tienen como consecuencia el cierre de una empresa. Su larga extensión está justificada por la amplitud de variables que el entrevistado incluye a la hora de exponer el proceso y por la gran riqueza explicativa que contiene la descripción:

“En Valencia había dos empresas fuertes. Bueno, yo creo que eran las únicas que había en Valencia en ese tiempo; desde ya hace ocho años que empezaron a entrar otras empresas con nuevos sistemas; la producción había cambiado en el sentido de que iba a base de ordenadores, el retoque fotográfico a base de ordenadores era más rápido. O sea, los precios bajaron, las tarifas bajaban y nuestra empresa no podía bajar claro porque la producción era más costosa, era más manual y era más costosa. Entonces ahí lo que pasó es que digamos el empresario, en este caso, pues tardó en incorporarse al nuevo sistema. Le costó, se creía que eso no iba a ir a más, porque lo vendían a un precio muy barato y estaban perdiendo dinero. No podía ser tan barato, una placa que podía costar 12000 pesetas, que lo estuvieran haciendo por 1200 o lo que sea; entonces el cambio fue brusco. Entonces mi jefe se agarró a que eso no podía aguantar mucho, aunque le dijeran que las suyas salían mejor, pero al final el mercado es el mercado. El mercado es el mercado y como ya tú no vendes un producto directo al cliente, que lo vendes a un marmolista o a una compañía de seguros, que fueron ya, las que se metieron por en medio. Las Compañías de Seguros ya no sólo te hacen el viaje del difunto, te hacen la lápida y te hacen la placa y lo que haga falta. Entonces las compañías aprietan y claro, quieren sacarlo cuanto más barato mejor y les da lo mismo la calidad. Si se estropea a los seis meses, se ha estropeado, pillan otra nueva. Y nada mi jefe aguantó, luego vio que sí, que las empresas estaban cogiendo y entonces quiso cambiar, cambió tarde y ya no pudo con...tuvo que cerrar.” (E. 33)

Esta crónica de una crisis anunciada revela una diversidad de causas que provocan los cierres en las empresas. El poder de los empresarios, la omnipotencia de los bancos o las empresas más fuertes y los cambios tecnológicos se repiten en las entrevistas. La fuerza objetiva de todas estas instituciones sume a los trabajadores afectados en la impotencia. Aunque las causas son enumeradas y relacionadas, las dinámicas que han motivado su situación de desempleo no son accesibles a su intervención y se observan mecanismos defensivos en los que se apela al destino, a la mala suerte, a la resignación, como si su situación fuera fruto de una plaga descontrolada o del azar.

“He estado veinte, casi veinte años en la misma empresa; hasta el año pasado que hicieron una reducción de plantilla y me tocó a mí.” (E. 25)

Con todo, a pesar de esta inaccesibilidad de las causas, la atribución de responsabilidades por los cierres de empresas están especificadas con gran claridad y resuenan en las siguientes tres citas, donde el empresario acaudalado, los bancos o las máquinas son señalados por los parados como principales motores de los cierres:

“Todo iría mejor pero como eso no puede ser porque siempre unos quieren ganar más que otros pues no van a poder ser nunca. El empresario si puede ganar diez no se van a quedar en cinco y el trabajador pues igual, lo que pasa es que la fuerza ya sabemos quien la tiene al final, el que paga”. [...] “nosotros sabíamos que él tenía mucho patrimonio y él podía sacar dinero porque es una empresa de muchos años y lo conocemos y sabemos pues, y además era constructor con su hermano; o sea patrimonio tiene. Lo que pasa es que claro cuando empiezan a perder dice, ¡eh!, para; aquí hay que hacer algo o resolverlo, porque a él perder o ganar 10 millones que le supuso cerrar pues no le ha costado tanto respecto al patrimonio que tiene”. (E. 33)

“Estuvimos 5 años trabajando en la empresa esta, al final tuvimos que cerrar. Tuvimos que hacer más obra de la que podíamos con una constructora que el beneficio se lo llevaba el banco, porque era una empresa pequeña y porque era mucha obra, tuvimos que cerrar.” (E. 6)

“Entonces, nos quedamos diez, pues aun sobrarían cinco: con el nuevo sistema, la verdad muy bien, muy rápido y todo pero en contrapartida es que hace falta menos personal.” (E. 33)

Si bien este tipo de manifestación es predominante, el discurso oficial sobre los cierres y la crisis desplegó durante los años ochenta toda una gama de argumentos exculpatorios para las empresas. Los medios de comunicación reprodujeron insistentemente una explicación basada en fuerzas externas, incontrolables, que determinaban el funcionamiento de las empresas. Estas aparecen, incluso, como víctimas de políticas fiscales erróneas o de mala gestión económica por parte de los gobiernos. Esta explicación neoliberal atribuye las culpas al Estado o a factores ajenos al control de las empresas, que en esa coyuntura han tomado la única salida que les quedaba: el cierre. Las citas demuestran cómo este discurso ha calado entre los trabajadores. En muchos casos, este desvío programado de su atención disculpa a las empresas -sobre todo a las pequeñas- y dirige sus quejas hacia los impuestos o la deuda del Estado. Sea cual sea el tipo de explicación empleada, las actitudes de los trabajadores de cara a la acción no dejan de ser estar sumidas en una impotencia y contradicción absolutamente paralizadoras. En último término,

el tono fatalista acaba viendo en la mala suerte el motivo de sus desgracias.

Las citas siguientes certifican todas estas consideraciones.

"Está bastante mal, no sé... empezando por las leyes que han puesto nuevas en todas las empresas, lo de los módulos y todo esto... que la mayoría han ido a la quiebra, han tenido que echar a las personas al paro, han tenido que cerrar, yo pienso que de ahí viene todo. En principio no había mucho empleo, pero bueno de un tiempo hacia aquí ha ido todo empeorando, yo pienso que las leyes que han puesto para las pequeñas empresas que han sido las que más han ido a quiebra, entonces si esas empresas han tenido trabajadores, los han tenido que mandar al paro porque han tenido que cerrar y de ahí todo." (E 7)

"Pero yo sí que le veo una implicación, que ha provocado en nuestro país una deuda económica, que ha provocado la subida de impuestos y la creación de unos impuestos, que a las empresas les ha perjudicado y ha habido que cerrar empresas, ha habido muchas empresas que han cerrado." (E 3)

"Yo tengo un cuñado casado con una hermana mía, que tiene una serrería, esto de hacer madera para las naranjas y para las frutas y todo eso, y nada más que puede trabajar 4 meses o 5 en el invierno, ahora lo tienen cerrado, no tiene faena, ahora todo el verano lo tiene que cerrar, sin embargo ahí arriba hay una serrería casi lo mismo que de mi cuñado, que está trabajando verano invierno, verano invierno, y entra gente y sale gente, y mi cuñado dice: yo he tenido que cerrar, te aprietan las tuercas y encima no tenemos marcha, porque yo...el trabajo de él es hacer cajas y llevarlas al almacén, a la naranja, como ahora no hay naranja ¿qué faena hace? no va ha estar haciendo cajas y cajas, ahí llenando el almacén de naranja de cajas si luego no sabe si lo vende. (E 15)

Otra de las manifestaciones de estas actitudes fatalistas se puede observar en los sentimientos angustiosos respecto al empleo perdido. Los parados mayores de 45 años -sobre todo en el caso de los varones- tienen experiencias muy prolongadas de empleo en la misma empresa. Las rutinas de trabajo, las amistades compartidas, la identificación con el oficio y la acumulación de destrezas profesionales son aspectos que se han forjado durante años y que de repente se frustran.

"Pues una empresa que se cierra, que se acaba, después de estar allí pues te duele también, te duele bastante. Son todos los días de ir para allá, de entrar por la misma puerta, de ver los mismos pasillos, las mismas secciones, que sales, que el almuerzo, que esto. O sea la vida de los demás y te crees que esas cosas no se van a acabar nunca y eso casi es lo que más te duele, porque aún ha pasado poco, ha pasado medio año. Pues aún piensas, los primeros días piensas me voy a trabajar y digo, ¿y dónde?" (E 33)

"Del despido, pues al principio bien, pues eso dices: bueno voy a dedicarme a otra cosa, pero luego te entra mal rollo, te entra...el primer año estuve mal, porque no sabía para donde tirar. Continúe mandando curriculums pero entonces ya no tenía la

misma edad y nadie me llamó, ni siquiera para una entrevista, entonces eso te deprime más. (E 29)

El sentimiento de duelo rememora incesantemente el empleo perdido. La vivencia del duelo produce mecanismos semejantes a los de la desaparición de una persona querida. Recuerdos, nostalgia, ánimo depresivo. Hacer el duelo del empleo implica desandar el camino de la seguridad y la estabilidad laboral, que, de golpe, han desaparecido. Implica también acumular energía y argumentos para reformular la situación de pérdida y poder buscar salidas. Implica, finalmente, renunciar a esperar.

"y me ha venido otra vez lo del trabajo de veintiún años, marca otra vez. He llamado a mi empresa, he llamado a los hijos a ver qué tal, a pedir cosas pero...he llamado para ver cómo estaban o pedir, oye, el disquete o una cosa que me dejé ahí, pero más que nada para tener un contacto a ver qué podías hacer, qué me decían. No, hemos vendido los equipos, hemos tal y cual; y ahí ya digo pues ya no hay nada que hacer. Yo quería algo, saber algo para ver si abrirán o no abrirán, pero ya han vendido los equipos y todo y ya no creo que abran. Entonces, pues sí que me causó bastante tristeza el creer que vas a volver a tu trabajo, digamos, de toda la vida, del que tú también te has ocupado y te has preocupado. Pero mira, las cosas empiezan y acaban y ya casi lo estoy olvidando"[...]

"Mi pensamiento ha retornado a la empresa de los veintiún años y me duele en el sentido, y aún estoy esperando yo, que no se volverán..., los hijos dirán pues vamos a abrir, vamos a abrir. Y aún estoy pensando digamos si van a abrir, si me llamarán." (E 33)

La reiteración refleja en este caso una pugna entre el pasado fallido y el futuro sin destino. En los casos extremos, las secuelas de la pérdida del empleo marcan una herida imborrable en la biografía de la persona que sufre el despido. La entrevista que realizamos al parado de más edad -58 años- y con muy pocos recursos formativos, encontró enormes dificultades de realización al ser una continua repetición del momento de su despido, que se había producido casi diez años antes. Las injusticias vividas en aquel traumático momento perturban el ánimo de este parado y le incapacitan para narrar sus vivencias con una mínima lógica expositiva. En la entrevista, mantenía una especie de conversación consigo mismo en la que obsesivamente revivía la injusticia de su despido. El caso del que extraemos estas citas -mucho más representativo del conjunto de desempleados mayores- muestra bien los vaivenes presentes que vive el parado, aunque no es, en ningún caso, tan extremo como el anterior. La evidente repetición

recorre aquí, en cambio, un itinerario en el que se puede deducir cierto aire creativo dirigido a 'pasar página' y a evitar caer en 'romanticismos'.

"Sí, volví un poco a pensar en aquello y en hacer llamaditas por el teléfono a ver cómo iban las cosas y me he dado cuenta de que ya, los hijos ya no van a abrir y fuera, hay que pasar página. [...]

"Entonces digo fuera de romanticismos y vamos a olvidarnos, que aquello ya ha pasado. Ya ha pasado y además no había otra salida, entonces hacerte a esa idea..." (E 33)

Una última vivencia que se destaca en la vida cotidiana, sobre todo de los parados de más edad, es la de incertidumbre y la duda. Cuando se ha trabajado un largo periodo, cualquier alternativa que no sea la de retornar al empleo se hace muy costosa de mantener. Por un lado, las limitaciones económicas y la dificultad de acoplarse a una vida sin horarios laborales empujan al parado a aceptar cualquier empleo. Por otro lado, los impedimentos para encontrar trabajo en estas edades son muy relevantes y, además, su situación reclama una puesta al día de su cualificación mediante cursillos de formación, que doten al parado de nuevos recursos para acceder a un puesto de trabajo en su misma área profesional y no aceptar un empleo cualquiera en ocupaciones lejanas a sus intereses. En la próxima cita, se aprecian las dudas y vacilaciones que este parado muestra entre coger el primer empleo que le permita tener unos ingresos a fin de mes o aprovechar la oportunidad de realizar un curso de formación ocupacional y aumentar sus oportunidades de conseguir un empleo más adecuado, aunque ello suponga continuar teniendo como única entrada económica el subsidio de desempleo.

"Voy a ver si los seis primeros meses de paro que es cuando te pagan el setenta por ciento, pues durante esos meses voy a ver, me preparo y a ver si encuentro faena enseguida de lo mío. O te planteas eso o te planteas: me pongo a trabajar ya y me olvido, entonces fue un día que estaba muy agobiado porque hay que comprarle ropa a los niños y a lo mejor ese día se plantea ese tema u otro tema económico y entonces, no podemos hacer esto, no podemos irnos de vacaciones y entonces ese día te sientes mal. Y le dije pídele una solicitud y la relleno y cuanto antes mejor, pero al día siguiente lo hablas otra vez con la mujer y esto y dices Jose, va, aún quedan los seis meses, porque ella ve que es lo que me gusta, ella también es cambiante en eso y otro día dice hay que buscar trabajo, aunque sea por las tardes, a ver si..." (E 33)

Los cierres son generalmente asépticos, narrados por los entrevistados como algo inevitable y donde todos los empresarios suelen atenerse a la

reglamentación jurídica que regula los expedientes de crisis y los despidos. Regulación que no fue capaz de frenar el proceso de cierre, pero que constituye el marco frío e inalterable en el que se produce el drama del trabajo. A pié de obra, los silencios y las miradas entre empleados y responsables de la empresa crean un juego de expectativas y deseos implícitos que acompañan todo el proceso de desmontar la empresa. En las entrevistas hemos observado algunos casos con problemas graves de arbitrariedad empresarial, sobre todo en empresas más pequeñas ubicadas en núcleos urbanos menores. Salarios sin pagar, situaciones injustas, promesas incumplidas contribuyen a enquistar la situación ya de por sí dramática y a perpetuar un conflicto que impactará más hondamente en la manera de vivir el despido por parte del parado:

“Yo era el delegado, con la empresa, y tenía que haber salido el último con la ley que hay, y me echaron en el segundo turno. Y protesté, y me dijeron que iban todos a la calle, que iban a cerrar, pero en el último turno tenía que haber salido yo y no salí, salí en el segundo, y no cobré un duro. Con la empresa, un millón doscientas mil, y luego no hay medios de cobrarlo, ni ya pienso cobrarlo, ya se fue a magistratura, se fue a cuarenta mil sitios.... en el paro no nos puso tampoco, date cuenta el problema, después de echar a la gente a la calle y cerrar, en el paro no nos puso tampoco, y por medio de juicios, por medio de abogados, por medio de problemas que tuvimos, al cabo de dos meses que estábamos en la calle sin cobrar un duro, nos pudimos poner al paro. (E 15)

VI.4.1.- El abandono sindical

La presencia espontánea de los sindicatos en las narraciones de los parados está prácticamente ausente. Su invisibilidad es profunda: no aparecen ni como responsables de la situación de paro ni como actores capaces de mejorar la situación de los desempleados. Su única presencia se observa en las conversaciones con los parados mayores de 45 años y está asociada al momento de crisis y cierre de la empresa. La impresión más extendida es que los sindicatos no se ocupan de los parados, sino solo de los ocupados. El olvido de los parados aparece expresado de forma evidente, en la siguiente cita, pero el vacío captado en el conjunto de las entrevistas es un indicador de la escasez de vínculos entre parados y sindicatos en términos generales.

“Los sindicatos deberían hacer mucha más fuerza o sea al sindicalismo le interesa el que está trabajando, el que no está trabajando se olvidan un poco de él”. (E 32)

Cuando el sindicato hace acto de presencia en las referencias de los parados es para mostrar facetas de su crisis en cuanto a representante y defensor de los derechos del trabajo. La penuria de empleo que viven los propios parados se antepone a cualquier otra consideración de índole más 'noble' relacionada con la ideología. El pragmatismo por obtener un empleo va por delante de la militancia sindical, del recuerdo de tiempos sindicales mejores y de las señas de identidad política. La preocupación por el empleo recorta en extremo las atribuciones que se pretenden del sindicato. La única expectativa es la de conseguir un trabajo y respecto a esta 'cuestión' parece que la acción sindical poco puede hacer.

"Ese sindicato de hace diez, doce años ya no existe, la cosa ya es más suave. Claro, yo soy de CC OO y aún se oyen voces, aclamando a las teorías de Marx y tal, pero está obsoleto por completo. Yo, cada vez que uno se levanta y dice algo de eso. Digo, muchacho pero, ¿tú de qué vas? Si ahora es cuestión de encontrar un trabajo." (E 33)

Las recomendaciones de este parado al sindicato en cuanto a las pautas de acción sindical que se deberían seguir son un modelo de comedimiento y de equilibrio, que traduce bien el dilema en el que los sindicatos han vivido en los últimos veinte años. Presionar sin dañar, esta directriz que recomienda el parado al sindicato insinúa un difícil cambio en la identidad sindical en el mundo laboral en general, que, sin embargo, en el ámbito del desempleo en particular parece convertirse en una cuestión de supervivencia. Las movilizaciones de antaño, que el parado de la cita seleccionada parecía incluso encabezar, dejan paso al retraimiento del punto medio, un punto que se define por no causar daño al empresario. El mismo parado apelaba a la conciencia del empresario como recurso de negociación en su antiguo empleo, este 'tocar la conciencia del empresario como persona', además de no haber sido un medio eficaz de retener el empleo, atestigua un temor y una carga de súplica, que desvela el vigor creciente de las actuales jerarquías en el trabajo y retrotrae al grado cero de las relaciones laborales.

"Si yo también he ido ahí, a manifestaciones, y delante y de lo que sea pero poco a poco te vas dando cuenta de que eso debe ir cambiando con los tiempos y no se puede presionar tanto, digamos desde un punto de o todo o nada. En el punto medio siempre está el equilibrio vamos, aunque sea una redundancia. Tienes que presionar al empresario hasta cierto punto, hasta que no, a él no le hagas daño." (E 33)

"Tocaba más que nada su conciencia, yo no iba nunca a presionar, le tocaba la conciencia como persona." (E 33)

VI.4.2.- Parados mayores de 45 años: dificultades económicas

Si el desempleo es una amenaza para la autonomía económica de cualquier persona, para los parados mayores de 45 años se convierte en un ultimátum. La gravedad de la situación puede variar en los diferentes casos que aquí se han analizado, pero en todas las entrevistas se hace referencia al estado de emergencia económica en que sitúa el paro. Los casos menos graves se encuentran cuando el otro miembro del hogar tiene empleo y con sus ingresos pueden cubrirse las necesidades conjuntas. Si, además, el parado puede acceder a las prestaciones por desempleo, los ahogos se aminoran.

"No puedes tampoco hacer las mismas cosas que hacía, porque yo entre unas cosas y otras se me ha quedado casi en la mitad de lo que estaba cobrando. Ahí sí que pienso que te adaptas un poco a lo que tienes o por lo menos intentas adaptarte a lo que tienes, pero vamos, que tampoco hasta ahora no ha sido una cosa traumática, de decir pues bueno como estoy en el paro no puedo pagar..., tampoco quisiera llegar a acabar los meses de desempleo para decir ahora no tengo ya que cobrar, ¿ahora qué hago? Por eso voy buscando otras cosas que aunque no tengan relación con lo mío, bueno, si me voy sacando un sueldo mientras que me busco una cosa que me guste más." (E 25)

Por lo general, los parados mayores tienen una vida familiar más o menos estructurada y unas necesidades económicas concretas e imprescindibles, cuando el paro se prolonga y las prestaciones se acaban, el desequilibrio en el presupuesto familiar se acentúa y las restricciones provocan la búsqueda de cualquier ingreso. En estos casos, los parados reducen sus exigencias y tienden a aceptar empleos por debajo de sus expectativas, con salarios y condiciones de trabajo que, aunque resuelven provisionalmente el apuro económico, sirven de poco para mitigar su malestar o para incrementar su potencial de empleo. En algunos casos, los parados mencionan que lo peor de su vivencia de paro fue la dificultad para aceptar la fuerte desvalorización de tener que aceptar cualquier mal empleo -lejano al merecido por méritos profesionales y formativos-, para resolver las carencias económicas. Por otra parte, distintos estudios han señalado que la aceptación de estos malos trabajos no libra al parado de las estrecheces: la devaluación salarial del parado al reincorporarse a un nuevo empleo es verificada. El nivel salarial de

los parados de larga duración no es muy diferente del de los parados recurrentes más jóvenes que interrumpen su estado de desempleo con pequeños trabajos. El recorrido de una desempleada de este grupo, con titulación superior, puede dar idea de estas trayectorias marcadas por el ritmo de la escasez económica y de la desvalorización.

“Pues me quedé en paro, o sea el trabajo de los diez años fue del ochenta y cuatro al noventa y cuatro, y estuve dos años en paro, agoté el paro, entonces empecé en el noventa y seis a incorporarme a buscar trabajos y tal, pues todos esos han sido en cinco años. En el último he estado año y medio, o sea que en cuatro años he estado desde limpiando, dando clases, atendiendo ancianos, bueno, haciendo de todo para evitar las dificultades económicas.”(E 32)

Como vemos, no ha de asociarse mecánicamente paro y pobreza. La posibilidad de encontrar un hogar por debajo del umbral de pobreza con uno de los cónyuges en paro es, por supuesto, más elevada que cuando el desempleo está ausente, pero los diferentes apoyos en los núcleos familiares reducen los efectos del paro, que solo muestra sus efectos económicos más desastrosos cuando se le agrega un acontecimiento agravante. Un accidente o una enfermedad, una separación, o la presencia de los dos cónyuges en paro acrecientan los riesgos de pobreza y es en estos casos cuando las condiciones de desempleo y pobreza encuentran fronteras más débiles y se producen graves situaciones de desprotección. Los ahorros de reserva, la demanda de ayuda a la familia o buscar trabajo ‘en lo que sea’ contiene, a duras penas, la expresión de una auténtica desesperación. Hemos encontrado esta situación en una de las entrevistadas cuyo marido se encontraba simultáneamente desempleado. Las palabras de esta parada representan a los más de 616.000 hogares españoles donde todos los componentes están en paro, tal como ilustra el *Panel de Hogares* en 1998.

“Es que ¡necesito trabajar!, o sea no es decir que..., necesito trabajar porque la situación de casa pues, es eso,: estamos los dos, estamos los dos en el paro, que dices bueno, llegará un momento que ... no sabemos lo vamos a hacer.” (E 14)

Los cálculos en busca del equilibrio del presupuesto familiar son constantes. En las entrevistas hay referencias a recortes en el consumo, limitaciones en las actividades corrientes -salidas, ocio, vacaciones-, problemas futuros con la vivienda, necesidades de los hijos. Las investigaciones basadas en datos

estadísticos han puesto de manifiesto lo que se confirma en las entrevistas realizadas: en mayor o menor grado, y dependiendo de la estructura familiar y de la duración de la prolongación del desempleo, los parados de mayores de 45 años circulan cerca del umbral de precariedad económica. La cita siguiente ejemplifica las apreturas de un matrimonio que debe limitar sus salidas de tiempo libre con amistades debido a que no pueden hacer frente a los gastos que suponen dichas salidas. Han incrementado sus visitas familiares y han reducido su ocio en compañía de amigos, llegando incluso a buscar excusas que puedan ocultar su penuria económica.

“Pues la verdad ahora estamos más con la familia. Nosotros teníamos amigos, pero ahora pues la verdad... Sí que nos llaman, pero yo que sé... si se van a cenar o se van a comer o algo, pues la verdad un día pues a lo mejor vale, según donde vayan, ¿no? pero si ya se van por ejemplo el fin de semana o..., pues mira me duele la cabeza, no puedo ir, no sé qué, no sé cuantos, porque aunque le digamos que estamos en el paro... oye pues la verdad no nos viene bien, pues, pues no seáis así que ... ellos pues también quieren que vayamos y tal, ¿no? pero... siempre ponemos una excusa para no ir y entonces pues vamos con la familia.”(E 14)

El retorno a la familia o el recogimiento en la propia casa es frecuente entre los parados. Lo que en principio es un gesto protector para el presupuesto económico y para la seguridad y protección afectiva puede volverse en contra del parado. Es cierto que la familia juega un papel importante como apoyo material y como lugar de sociabilidad, pero este lado protector puede encerrar al parado en un universo limitado incapaz de neutralizar los riesgos de desocialización que el paro entraña. En uno de los casos con que venimos ilustrando este capítulo, el matrimonio de parados oculta a los vecinos y a conocidos muchos de los duros aspectos de su situación de desempleo y crea en su entorno una visión absolutamente distorsionada de su realidad. Esta ocultación de la condición de parado responde a la lógica del honor de los grupos obreros, en la que se barajan el saber adecuarse a los aprietos, el orgullo de no quejarse y la ética de la autosubsistencia y el repudio de la condición vergonzante del no-trabajo. La segunda cita es un fragmento, casi cinematográfico, que encierra una comicidad fruto de la mutua ocultación de una condición socialmente deshonrosa como es el paro.

“También, todo el mundo lo sabe, pero yo no sé debemos de caer en gracia, porque nos dicen que somos dos príncipes. Como no nos quejamos, porque no nos quejamos

a nadie. Te digo una cosa: si yo no tengo, pues no como, pero a mi no viene a darme nadie nada, entonces ni pido, ni nada ¡oye! y entonces se creen; y luego pues tenemos un temperamento pues alegre ¿eh? entonces pues, nos dicen eso que somos los marqueses, que somos los reyes, ¡anda!, qué bien vivís pues si saben perfectamente que, vamos que estamos en paro, ¿no? o sea ya te digo lástima no me gusta tampoco dar ¿eh? ¡ojo!, porque oye, ya te digo a mi no me va a venir nadie tienes que pagar este recibo pues te lo voy a pagar yo ¿no? entonces si tengo un problema yo, he de decir bueno, si no puedo comer una cosa como otra; todavía no nos ha faltado nada ¿no? pero vamos, me refiero que con quejarme e ir siempre llorando no soluciono nada tampoco.” (E 14)

“La verdad es que algún vecino, pero no de la escalera sino que vas paseando y te encuentras a uno que vive a lo mejor en el patio de al lado ¿no? y..., son muchos años de buenos días y buenas tardes, pero..., si lo ves dos o tres veces te preguntan, o nosotros a ellos: ¿qué de vacaciones? como siempre íbamos juntos pues ¿qué de vacaciones? Pues sí, y luego conforme iba pasando el tiempo, pues les decíamos: ¡no! estamos en el paro y tal, y luego ellos igual, pensábamos que ellos estaban de vacaciones y le preguntamos ¡jolin! ¿este mes es el de vacaciones? no, estamos en el paro, pero vamos que no tenemos contacto con ellos, conocerse, pero no más.” (E 14)

VI.4.3.- La amenaza de la desmoralización

La prolongación del periodo de paro ejerce una presión sobre el estado de ánimo del parado que se ve forzado a afrontar diariamente la búsqueda de un empleo, a valorar la eficacia de sus esfuerzos y a afrontar los obstáculos que todo el proceso conlleva. La pérdida de dinamismo, la desmotivación, que a veces se traduce en un abandono de la búsqueda de empleo, el sentimiento de inutilidad social y una atmósfera fatalista son rasgos generalizados del paro de larga duración. No hay que olvidar que, en nuestra sociedad, el no cumplimiento de una actividad profesional te desubica laboralmente y te recluye en un espacio de no existencia social. Retraimiento, aislamiento, desvalorización son algunos de los conceptos con los que los especialistas han descrito la percepción subjetiva de la vivencia del paro. Son muy diversos los modos de sentir este tipo de impresiones por parte de los parados, pero pocos eluden las vivencias de angustia, culpabilización, inseguridad y degradación de las aptitudes personales.

“Sí que te afecta a nivel personal más que económico, a nivel de convivencia con quien estés sí que te afecta, a lo mejor al principio no pero en cuanto pasa un tiempo y sigues en la misma situación. A mí me afecta bastante. Llego a ponerme un poco insoportable, por no decir mucho.” (E 33)

El paro creativo es un tipo de vivencia que en las entrevistas analizadas tiene muy poca presencia. Vivir el paro como una liberación, como un momento que

permite dedicar tiempo a actividades personales creativas, tan solo se percibe entre algunos de los más jóvenes y entre alguno de los trabajadores más mayores que han trabajado durante largo tiempo y que viven el recién estrenado periodo de paro como unas vacaciones merecidas tras una larga etapa laboral. En este último caso, la conclusión de este paréntesis ocioso deja paso a las vivencias de incertidumbre y desvalorización. La identidad social negativa no augura mucho futuro a espacios creativos dentro del paro. Al contrario, la huella estigmatizante que éste impone sitúa al parado en la tensión contradictoria entre la necesidad subjetiva de salir y sacudirse el estigma y la dificultad material de hacerlo.

“Lo que pasa es que yo soy una persona que no está acostumbrada a estar en casa y entonces vale, estoy un mes, dos meses, tira. Al tercero mes ya me empiezo a rebotar y ya me empieza a entrar una mala leche que no veas y me pongo histérica, me pongo muy nerviosa, me altero un montón y cuando vas mandando currículums, mandando tal, pasando entrevistas y ves que no y que no y que no, te genera una ansiedad bastante importante, por lo menos a mí me la genera. (E 32)

“Entonces, sobre todo es la frustración de ir presentándote a sitios y sigues y sigues y en todos muy buenas palabras y en ninguno te dicen un sí, es esa sensación de qué estoy haciendo, de qué es lo que estoy haciendo mal, claro. Entonces cambias de técnica pero sigue lo mismo y al final no sabes si darte tú contra la pared o darle a alguien. (E 32)

La desvalorización se agrava cuando los recursos formativos y profesionales que ha acumulado el parado son menores y cuando la situación económica presiona. Las citas siguientes aportan dos rasgos que han sido muy analizados en los estudios clásicos sobre el desempleo. El primero de los rasgos es la autodescalificación extrema y el segundo sugiere las conexiones entre el desempleo y la salud mental: nexos que ha sido establecido a menudo en los estudios sobre los desarreglos psicológicos del parado. En estos estudios se trazan las fases por las que el parado transita desde los primeros momentos de desempleo. Inicialmente, se vive una situación de alto impacto emocional que hace imposible al parado comprender y dominar bien la situación. En ese momento, se produce también un movimiento de huida de la realidad y de minimización del cambio, como si este no se hubiera producido. En una segunda etapa, comienza a tomarse conciencia de la situación y a pensar en la necesidad de realizar ajustes en la propia vida. Este reconocimiento de la

situación depresiva se aminora cuando el parado acepta y reconoce como real su estado. El tercer periodo alcanza a aquellos que se convierten en parados de larga duración e implica, por lo general, una adaptación forzada a la condición prolongada del paro, que se acompaña por actitudes fatalistas, frustración e impresiones de inutilidad.

Es muy difícil transferir estos análisis psicológicos al conjunto de las entrevistas que aquí se han realizado. La actual complejidad de las situaciones de paro exigiría poner en marcha un complicado modelo que contemplase numerosas variables para poder trazar estas trayectorias psicosociológicas. Hoy no puede hablarse de un único tipo de paro. El de larga duración dilata sus límites y, a su vez, el de corta duración se hace más frecuente, con lo cual cada vez más parados apenas tienen tiempo de reconocerse como tales. La diversificación del paro es hoy la norma. Este desempleo plural impide identificaciones y periodizaciones simplificadoras. Por ejemplo, contrariamente a lo que las clasificaciones psicológicas argumentan acerca de la desmotivación y el desánimo en la búsqueda de empleo en el paro más prolongado, habría que decir que los parados de larga duración que hemos entrevistado presentan pautas de búsqueda intensas y ajustadas a su situación. Por el contrario, parados más jóvenes y con menor duración en el desempleo, posponen la búsqueda, dedican menores esfuerzos o rechazan trabajos considerados de baja calidad. Estos ejemplos demuestran la necesidad de un estudio concreto y actualizado de la diversa y amplia condición de parado en nuestros días.

Estos razonamientos son compatibles con la apreciación en las entrevistas analizadas de estados de ánimo que delatan vivencias angustiosas y de autodesvalorización, que se agravan en las situaciones de desempleo prolongado y cuando los recursos laborales del parado son más débiles. Manifestaciones de esta debilidad las encontramos en las siguientes citas de una parada de larga duración que comparte condición con su marido, mayor de 45 años, y probablemente afectado por las mismas angustias que vive su mujer:

“Es el decir ¡no soy nada!, no sé, o sea por supuesto la moral cada vez se te baja más ¿no? yo reconozco que soy una persona muy tranquila y me hace mucho ¿no? y dices tengo que levantarme un poquito, y ver que no pasa nada y que cuando lleguen las cosas ya lo pensaremos ¿no? y ya se lo digo muchas veces a él... a veces, oye me dice y ¿que? y ¿qué hacemos? y digo pues mira cuando llegue ya veremos, pero es fatal es muy malo.” (E 14)

“Es que le veo de verdad que él está peor y me da miedo, yo qué sé, caiga en una depresión de hambre o algo y entonces dices ya mira, lo que nos faltaba.” (E 14)

VI.4.4.- La preocupación por la edad en las mujeres mayores de 40 años

El publicitario lema de ‘qué grande es ser joven’ se revaloriza en el campo laboral. A partir de la segunda mitad de los ochenta, los empresarios encuentran ventajas en emplear una mano de obra joven, más alta y más fuerte, potencialmente más flexible, sin cargas familiares, con mayor formación y con menores demandas salariales. La economía informacional prefiere la juventud y la industria renueva su parque tecnológico a la vez que contrata a jóvenes que sustituyan a los quebrantados trabajadores mayores. Los trabajadores de edades intermedias y mayores de 45 años ven descender su cotización pues la vieja experiencia pierde valor. Por otra parte, las competencias ocultas de los jóvenes son muy apreciadas: menor conflictividad, gran maleabilidad, disponibilidad y habilidades relacionales.

En nuestras entrevistas, la edad produce una intensa preocupación, que se agudiza en el caso de los parados mayores y alcanza su cima en el caso de las mujeres mayores de 40 años. No es una preocupación privativa de estas edades, tal es la presión que se ejerce sobre este tema que incluso las mujeres de 25 años comienzan a manifestar dudas sobre su adecuación a esta exigencia de la edad. En algunas ocupaciones tradicionalmente femeninas, donde se valora más el físico, ser joven es ya un requisito eliminatorio.

Los casos de mujeres mayores de 40 con menor experiencia laboral y escasa cualificación son los que acumulan un mayor disgusto, además de carecer de estos dos requerimientos que facilitan el acceso al empleo, han perdido también este atributo natural que abre las puertas del mercado de trabajo. El sentimiento de injusticia e indignación queda reflejado en estas citas que

corresponden a una parada de 41 años con poca formación que demanda una prueba para demostrar su validez laboral:

"Ya te digo el primer impedimento que me han puesto es la edad, porque es que no me han dejado demostrar nada, y claro, a mi me tienen de prueba ¿no? y te dicen vale es que no nos gusta como estas trabajando ¡yo lo entiendo!, yo lo que no entiendo es que porque yo tenga esta edad ya me dejen fuera, sin poder demostrar algo." (E 14)

"Incluso vas a los sitios y te dicen: no yo es que quiero gente más joven y entonces dices ¡vale!. Entonces ¿la gente que tenemos esta edad qué hacemos? No sé, es que no lo sé, es que no lo sé..."(E 14)

En estos casos de las mujeres mayores de 40, se percibe la sensación de que empiezan a entrar en el terreno de la anormalidad laboral actual. La segregación de la 'edad límite' aparece incluso en los anuncios de empleo, donde se indican los grupos de edad 'marcados' para la selección de candidatos al puesto.

"Fíjate con que me dijeran bueno vamos a cogerte de prueba ya diría oye pues, ves ya no soy una inútil. Ya porque tenga esta edad ya no soy una persona normal, así dices vale, soy mayor, yo no tengo la culpa de haber nacido antes." (E 14)

"Pues mal y ahora desde luego que la edad me va a marcar muchísimo, yo eso lo tengo claro, lo tengo clarísimo, que va a ser bastante difícil porque ya en cualquier anuncio te van marcando la edad límite. (E 32)

Los requisitos por los que se contrata a los jóvenes no son ajenos a estas mujeres de más edad. En sus palabras, las ventajas de la edad se concretan en no verse lastradas por el estado civil y las cargas familiares y por mostrar actitudes más permisivas respecto a la flexibilidad y el abaratamiento de la mano de obra. Las bonificaciones y los usos de los contratos que los empresarios encuentran a la hora de contratar jóvenes son mencionados como criterios de selección hoy ya muy extendidos:

"Para muchísimos empleos es verdad buscan pues eso, una chica o un chico que tenga entre veinticinco y treinta, a ser posible que no estés casado y que no tengas cargas familiares."(E 25)

"No, además allí tú ves que las contrataciones se hacían casi siempre en base a contrato en prácticas; entonces cogían gente joven hacían contrato en prácticas y a la empresa le salía más barato." (E 29)

En los casos de mujeres con mayor experiencia laboral, se vive un fuerte asombro a su rechazo y se subrayan las desventajas que supone contratar

jóvenes que no saben manejarse. Perder este caudal de experiencia y de formación es algo que resulta difícil de comprender para estas mujeres: 'la experiencia es un grado'.

"Porque además, la experiencia es un grado y cuando te haces mayor se nota más y los chiquitos pueden saber mucho de unas cosas pero a lo mejor no saben cómo tratar esas cosas." (E 25)

Las referencias que los varones realizan a la cuestión de la edad son más escasas y es preciso rebuscar en sus entrevistas para encontrar alusiones a este tema. Para los varones, parece darse por hecho que la limitación de la edad supone para ellos un obstáculo muy difícil de superar. Los ritmos sociales predominantes que marcan el curso de vida de los trabajadores - formación/trabajo/jubilación- ofrecen una definición más asentada para los varones. En las entrevistas, parecen no tener ni siquiera que mencionar el peso del factor edad tras la pérdida del empleo y la consiguiente ruptura en su curso vital: el hecho de perder el trabajo en momentos que se acercan a la jubilación habla por sí mismo.

Si las mujeres pedían una oportunidad, una prueba para demostrar su validez laboral, los varones parecen más resignados y menos creativos a la hora de referirse a la edad. Es oportuno señalar que en las pocas referencias encontradas entre los varones, la mención de la edad va vinculada a observaciones conectadas con la familia.

"Este año nada. Dices pues vaya plan. ¡A mi no me cogen en ningún sitio con la edad que tengo!, ¡no me cogen en ningún sitio!, yo tengo tres hijos, y a los tres no les falta faena, pero es que a mi no me dan en la edad que tengo." (E 15)

"A este compañero le está costando adaptarse a eso, es que tiene cincuenta años y se ha quedado él y la mujer, para ellos sí que ha sido un palo; un palo bien, bien, que se les ha notado, incluso físicamente se les nota, anímicamente." (E 33)

VI.4.5.- Trayectorias femeninas: ritmos entrecortados entre el empleo y el paro

La situación de paro de las mujeres presenta rasgos diferentes a los que acabamos de reflejar respecto a los varones. Los recorridos laborales de éstos son continuos y solo encuentran su interrupción con el cierre de la empresa en la que habían trabajado una larga etapa. Las mujeres están sujetas a más

dificultades para asegurar una continuidad: embarazos, cuidados familiares, rupturas familiares. En el grupo de paradas mayores que hemos entrevistado, todos estos sucesos marcan sus ritmos de trabajo y de paro. Todas ellas tienen experiencias laborales, la mayoría de larga duración, aunque nunca comparable a la de los varones. Sus movimientos laborales discontinuos entre la actividad y la inactividad no se basaban, únicamente, en los ritmos biológicos, sino que han estado inscritos en el modelo social que ha generado la división sexual del trabajo del capitalismo de producción:

"Yo empecé muy jovencita a trabajar, a los 16 años. Entonces empecé en telares y estuve 5 años. Cerró la empresa. Busqué otro trabajo y estuve de dependienta en lámparas, cerraron la empresa, o sea, que tengo la negra y entonces luego ya, me casé. Entonces cuando yo me casé no era lo de..., lo de hoy digámoslo así, por que te casabas y los mismos jefes te decían que de volver a trabajar nada, que si querías trabajar, que podías seguir, pero sin asegurar ¿entiendes? Entonces en ese plan a mi no me interesaba, yo quería trabajar, pero..." (E 14)

"Sí, sí, pero yo pienso que sí he tenido que dejar de hacer una cosa, antes la he dejado de hacer yo. A lo mejor es que tampoco se lo he planteado. Me lo he planteado yo como una cosa mía de decir no, esto ahora no lo puedo hacer porque tengo las crías pequeñas o porque tengo que llevarlas a ellas, pero vamos, he sido yo la que he dejado más cosas que puede haber dejado él." (E 25)

Los restos de esta división del trabajo entre los parados mayores son bastante evidentes. Cuando sobreviene la situación de paro del marido, una de las opciones es la búsqueda de empleo de la mujer, pero se observan múltiples dificultades. Un ejemplo de éstas lo encontramos en la siguiente cita en la que una parada que no encuentra un empleo acorde a sus expectativas explica por qué no acepta un empleo de limpiar casas. El tono dubitativo y la omisión del término trabajo en todo el fragmento parecen un buen indicador de las objeciones que encuentra el trabajo fuera de casa de esas mujeres paradas mayores: se vive como en una alteración del orden normal de las cosas.

"Porque a mi marido no le viene bien, entonces el dice que mientras que haya para ir tirando que..., y yo pues para no hacerle a él también un, no sé... no sé como explicarte: a él le sentaría muy mal; porque, sí, digamos que a lo mejor es un poquito orgulloso y, y dice que no, pero no es por otra cosa, o sea, que no, no creas que es por que no quiero, no es por eso, sino porque a él yo sé que le sentaría mal y aparte que me lo ha dicho que de momento que no. Y yo pienso que de momento que no, pero que habrá un momento que sí y entonces es una bobada ¿no? o sea que ahora no, y luego sí. Pero si él así está más contento pues vale. Tampoco lo que yo voy a hacer es ponerlo más nervioso, si él se siente así mejor." (E 14)

El paso a la inactividad de las mujeres mayores paradas no es, ni mucho menos, el recorrido mayoritario. Cuando han tenido experiencias laborales significativas, la búsqueda de un nuevo empleo es la situación mayoritaria y 'se me cae la casa encima' es la frase más corriente que se encuentra en sus conversaciones. Estas ganas por salir de casa son compatibles con el hecho de que las mujeres en situación de paro encuentran un refugio en la familia con más facilidad que los varones. Por ambas partes, la dedicación a actividades domésticas y de cuidado familiar se incrementan. Para las mujeres esto no quiere decir que renuncien al trabajo, sino que en un momento de debilidad la casa sirve como refuerzo.

"De repente te ves así un poco perdida, yo me he refugiado mucho en ese aspecto; yo tengo dos crías, entonces me ha venido bien en eso de decir pues mira, este primer año me lo voy a tomar en plan más relajado de estar un poco más con mis hijas, pero como no tengo costumbre tampoco." (E 25)

VI.4.6.- El cursillo: las oportunidades de la formación

Hemos hecho referencia a menudo al lugar que actualmente ocupa la formación en la gestión del paro. Como hemos visto hasta ahora, es posible apreciar distintas percepciones de ésta dependiendo de la edad y del género. Si bien hay una constante general que atribuye a la formación un efecto casi milagroso de cara al empleo, cada grupo ajusta esta creencia a sus impresiones y aporta matices particulares. Se han especificado ya las vivencias un tanto claustrofóbicas que tiene para los jóvenes: una formación inacabable, confusa y persecutoria. Para las mujeres de edades intermedias, tratadas en el capítulo anterior, la formación resultaba ser casi una liberación: un instrumento para mejorar la autonomía y una vacuna para alejarse de los malos trabajos que tan frecuentemente parecen adjudicárseles.

Los parados de más edad presentan también rasgos distintivos y diferencias en su seno. En términos generales, y a semejanza del resto de los parados, la formación es entendida como un medio para salir del paro, pocos de los entrevistados se permiten eludir las referencias a la formación; la formación impone respeto. Pero más allá de estas actitudes acordes al tópico, podemos

encontrar una variedad de posiciones entre los parados mayores. Inicialmente, podría distinguirse el grupo de las paradas mayores con mayor cualificación. Para ellas, la formación representa, sobre todo, una posibilidad de actualizar sus conocimientos y recualificarse. Se ajustan así a esa visión extendida entre todas las mujeres de la formación entendida como un vehículo para la autonomía, la realización personal y el poder conquistar otras esferas externas al hogar. Asociar la formación ocupacional con la 'oferta cultural' -como puede apreciarse en la segunda cita-, es un indicador del tono recreativo que las mujeres más cualificadas otorgan a la formación. No solo recualifica sino que recrea.

"Sí, yo pienso que es un curso muy interesante. De hecho el que hice el año pasado, a mí durante todo el año me ha venido muy bien para hacer cositas, que a lo mejor han sido tontas, que no ha sido un contrato largo, pero bueno has tenido esas pequeñas cositas durante todos los meses que me han venido muy bien; entonces pienso que con este otro curso pues ya es mucho más completo." (E 25)

"Como por ejemplo pues hay muchas charlas en la Beneficencia o como Valencia III Milenio, había cosas interesantes. Ofertas culturales, aprovechas la oferta cultural." (E 29)

Las mujeres paradas que cuentan con niveles menores de cualificación conceden igualmente una gran importancia a la formación; es una oportunidad para encontrar empleo, pero no se le otorga una plena confianza y la impaciencia por conseguir un trabajo evidencia que la formación no es un remedio milagroso. Se trataría más bien de agotar todas las posibilidades y no poder ser acusada de no tener formación. El carácter recreativo no aparece y la formación no parece ser entendida como un fin en sí mismo, sino como un medio para conseguir trabajo. La prioridad por el empleo parece evidente en los siguientes fragmentos:

Sí, es que no lo sé, si es que ya te digo, yo he intentado hasta hacer cursillos, buscando especializarme en algo, a ver si, yo que sé llevándoles más cosas, decir mira es que hecho esto, he hecho lo otro y pueden o quieren cogerme, no lo sé, ahora si me ponen la misma pega, nada...esperar, a ver lo que pasa. (E 14)

Bien, yo lo veo bien siempre que me buscaran trabajo, por que pienso que si van a dar trabajo a gente joven, que gasten el dinero en la gente joven, en prepararla, porque que se estén gastando el dinero conmigo y luego no va a salir fruto de ello, pues así están tirando el dinero. Ya te digo si buscaran trabajo o lo intentaran por lo menos, pienso que sí, que sería bueno. (E 14)

Por su parte, los parados varones entrevistados muestran una actitud que no se percibe en los casos de las mujeres. Expresan un sentimiento de culpa y de duda que está relacionado con la incertidumbre en que les ha dejado sumidos el hecho de perder el empleo. Esta privación se produce en un momento biográfico en el que su papel de cabeza de familia se basa precisamente en aportar ingresos procedentes de una actividad laboral. 'Ampliar conocimientos' se vive como algo importante, pero produce mucha disonancia respecto al prioritario papel de tener un trabajo:

"Tengo un sentimiento de culpa porque no sé lo que debo de hacer: si ampliar mis conocimientos o ponerme a trabajar directamente, porque ya se me ha acabado a mí el tiempo de ampliar conocimientos." (E 33)

A lo largo de las entrevistas se percibe que el cursillo pasa a estructurar la vida cotidiana de los parados. Resulta ser una actividad sustitutiva que en algunos momentos parece suplir el papel regulador del trabajo: horarios, dedicación, identidad. En el caso de los parados de más edad, sus compromisos familiares son mayores y el cursillo parece tener mayor incidencia en la organización de la vida cotidiana:

"¿CÓMO TE ORGANIZAS EN UN DÍA NORMAL? ¿QUÉ SUELES HACER? Pues depende...depende de si vengo al cursillo o si no vengo al cursillo." (E 14)

Este caso no deja lugar a dudas del protagonismo del cursillo en la organización del tiempo de esta desempleada. En otras ocasiones, se trata de ajustar las actividades de formación al ritmo de vida y los compromisos familiares. La siguiente cita teje una red entre la parentela dirigida a compatibilizar la asistencia a los cursos con el cuidado de las hijas menores:

"Normalmente procuro hacer los cursos por la tarde, pero que me pille normalmente dentro de horas, de las que ellas están en clase para luego poder estar con ellas; pero luego por ejemplo el curso de valenciano me lo cambiaron y entonces lo hacía dos tardes a la semana a partir de las siete de la tarde, buscando horarios que si no estoy yo, pues que esté mi marido que las pueda..., para no tener tampoco que depender de mis padres también fuera del colegio ya." (E 25)

Pese al interés que despierta la formación, la preocupación de los parados no deja de ser la de encontrar un empleo y, aunque se valoren bien los cursos, se percibe que hay una carencia de ofertas de empleo o una falta de eficacia de

los servicios de empleo para proporcionar oportunidades. La crítica a estos últimos es inequívoca: mucho curso y poco trabajo.

“Yo es que, últimamente miro y por ejemplo lo que veo es oferta de formación para acceder a los puestos de trabajo; no oferta de trabajo, sino oferta de cursos.” (E 29)

“Para cursos, me han llamado para todos los del mundo, pero para ofrecerme un trabajo para que me presentara a una selección jamás.” (E 32)

“Yo me apunté en el paro para hacer cursillos, y es que luego no sé si es que fui al otro sitio dándole, hice también una solicitud, para hacer cursillos si me llamaban...” (E 14)

Los riesgos que se corren al hacer este uso instrumentalizado de la formación por parte de las políticas de empleo no son pocos. Primero, la formación puede banalizarse hasta tal punto que deje de interesar a los propios parados, por saturación, por falta de eficacia y de correspondencia con el empleo realmente existente. Puede también generarse una inflación de cursillos que ponga en duda su valor de cara a los empresarios, que muestran en muchas ocasiones poca confianza respecto a la calidad de la formación pública. El ‘cursillismo’, que ya hemos analizado en apartados anteriores para los jóvenes, se percibe también en este grupo de parados mayores, cuyo estado de forma en el campo de la formación presenta un estado inmejorable: parados, pero muy bien formados.

“Hice uno de pastelería también, hice otro de cocina, bueno mentira te he dicho que no me llamaron, pues me llamaron para hacer un cursillo de Alemán para camareros.” (E 14)

“Luego tengo Cursos de Formación Ocupacional, pues llevo tres años haciendo cursos y tengo: Corrector-Redactor, uno de Contabilidad, porque fue el primero y lo hice porque me pillaron, y el que estoy haciendo ahora y uno de Internet.” (E 29)

Un segundo riesgo de una política de empleo ‘virtual’, basada en la oferta masiva de formación, es la sobrecualificación y la correspondiente frustración de las expectativas de los parados, que asisten a los cursos para luego no encontrar el empleo esperado o encontrar uno que no se ajusta a los conocimientos adquiridos. Se ha tratado este importante problema en capítulos anteriores para el caso de los más jóvenes. Sin embargo, la claridad con que el fenómeno está expresado abajo por parte de esta parada mayor de 40 años, con formación universitaria, invita a extraer algunos fragmentos de

su entrevista. Esta mujer tiene una formación de base amplia que ha completado con cursillos ocupacionales. Las dificultades de encontrar un trabajo ajustado a su nivel educativo le ha llevado a aceptar empleos descualificados para cubrir sus necesidades económicas. La manifestación de su frustración es evidente:

“Fue una de las peores épocas mías a nivel de cabeza, tenía unas depresiones terribles. Para mí era terrible, levantarme a las cinco de la mañana, agarrar el mocho y ponerme a limpiar y Señor, ¿yo para qué he estudiado, Dios mío? Y bueno, aparte lo más frustrante era que dentro de esa plantilla de la empresa de limpieza habían titulados universitarios a patadas. Pero a patadas, y dices, ¿cómo es posible que gente que tiene una formación tengamos que estar así? Algo falla en algún sitio, ¿qué? no sé, porque además ten en cuenta una cosa que si un titulado universitario está haciendo de mozo de limpieza, el que no tiene preparación más que para hacer de mozo de limpieza, francamente, no sé que es lo que estará haciendo, pero lo tendrá crudo, lo tendrá muy crudo.” (E 32)

“Claro, además lo hablábamos porque éramos gente que entrábamos todos con contratos de un mes, de dos meses; y claro, ¿y tú que haces? y tú no sé que. Y bueno había un chico porque mi hermana trabajaba antes en la Facultad de Psicología y yo le conocía de haberle visto allí, digo, pues si tú estabas en la Universidad, pero aquí estoy, trabajo porque necesito trabajar y a todos nos pasaba lo mismo, decíamos, bueno, ¿cómo estamos aquí? O sea que nos parecía un poco sorprendente, pero ya te digo, que lo que más me sorprendía a mí era eso. Si resulta que para, no necesitas ninguna titulación para estar ahí, el que no tiene ninguna, ¿dónde está? ¿qué está haciendo si yo estoy ahí, no? Lo mismo pasa por ejemplo en oposiciones para bedeles, toda la gente que se presenta tiene titulación, entonces claro el que no tiene más que un Graduado Escolar lo tiene más claro que el agua, porque no va a llegar.” (E 32)

Finalmente, un tercer riesgo acompaña a esta política de empleo, donde la formación es predominante y acapara sumas de dinero muy abultadas es la presencia probada de la mala planificación y, fundamentalmente, los abusos, la pillería y la corrupción. En estos últimos años, los escándalos políticos debidos a malversación de fondos destinados a formación han sido frecuentes; la baja calidad o mezquindad de muchas de las academias y los centros colaboradores rebaja el valor de la formación y disgusta a los parados que las frecuentan. Esta institucionalización y normalización del abuso se constata flagrantemente en la siguiente cita:

“Hice un curso que me mandó el INEM dirigido a Trabajadores Sociales, que en realidad no era cierto y además aquello fue un... hicimos una protesta y todo, porque en realidad a lo que nos mandaban es a una residencia que hay en X para discapacitados y nos mandaban para que cuidáramos a los ancianos y los limpiáramos, porque en realidad la Consellería no tenía bastante gente para atenderla, porque era una chapuza como una casa. Entonces, teníamos que

desplazarnos a X desde Valencia, con lo cual teníamos que pagar el desplazamiento, aunque luego nos lo daban, a mí me lo dieron al cabo de seis meses de terminar, o sea, que muy bien." (E 32)

VI.4.7.- Expectativas de los desempleados mayores de 45 años: el nuevo mercado de trabajo entre la inestabilidad y el timo laboral

Haber tenido experiencias laborales duraderas es un rasgo que distingue a estos desempleados mayores respecto del resto de parados más jóvenes ya socializados en el nuevo estilo de contratos cortos y flexibles. Su percepción de las diferencias entre lo que podríamos llamar el viejo y el nuevo modelo de empleo es lúcida y surge espontáneamente en la mayoría de entrevistados. En poco tiempo, se ha pasado de la seguridad del 'contrato indefinido generalizado', al mundo de la 'triquiñuela permitida por ley' de los contratos temporales. La idealización de la seguridad se muestra en la siguiente cita, donde aparece también una descripción, vivida en propias carnes, del tránsito de la seguridad a la inestabilidad laboral:

"Cuando entré a trabajar allí entré, pues lo típico, entras con un mes de prueba y luego contrato indefinido automáticamente. Estuve los diez años, se cerró, no ha habido nunca una situación igual. O sea, ahora donde he estado un año o año y medio ha sido siempre a base de renovación de contratos: un contrato de un mes, un contrato de otro mes, un contrato de quince días y luego te dicen, ¡ah! pues ahora indefinido, cuando ya no queda más remedio porque ya la ley no les permite, pues ahora ya indefinido, aún así buscando todas las triquiñuelas del mundo para ver si cambiándote de puesto no sé qué, no sé cuantos, ¿no? Bueno, pues se lo permite la ley, lo malo es que se lo permite, está claro que el empresario va a buscar todos sus recursos pero es que lo malo es que se lo permitan y por supuesto he notado una diferencia terrible. Ahora es mucho más precario, pero mucho más. Incluso te digo que creo que está mucho peor pagado que antes, bueno yo, hace diez años ganaba más que ahora, que la última vez que estuve trabajando, o sea que, y se supone que el nivel de vida ha subido bastante." (E 32)

Precariedad contractual y salarios bajos son las dimensiones que más se resaltan en la cita anterior, pero no son las únicas quejas que los parados señalan: la fuerza y la arbitrariedad de los empresarios está más presente y esto concede un mayor margen a la inseguridad, que se presenta en múltiples formas, bien sea cometiendo un error que te cueste el trabajo o teniendo que aceptar cualquier empleo inestable que no te permite la menor capacidad de decisión sobre el propio tiempo: una inestabilidad programada que concede fuerza a quien la controla. La imagen de inseguridad que transmite la

metáfora de la cesta, utilizada en la siguiente cita, ilustra bien las fisuras por las que se escapan las garantías de los trabajadores.

“No sé, toda la sensación que tienes de no estar nunca seguro y, sobre todo, la sensación que tienes de que si cometo un error me pueden mandar a la calle en dos días, pero es que además estás siempre buscando el agua en una cesta, o sea, nunca te sientes seguro en absoluto, encima te sientes un poco, pues muchas gracias señor patrón porque me permite usted seguir trabajando.” (E 32)

“Y de hecho a mí ahora, no hace mucho me ofrecieron un contrato pero era dos días a la semana y de cuatro horas. O sea, tenía que estar obligatoriamente dispuesta a que si un día me dijeran en vez de cuatro, seis horas. No sé, una cosa que dices bueno, es que no tienes ningún tipo de..., yo que sé. Porque si por lo menos sabes que son dos horas todos los días, pues son dos horas todos los días y ya te buscas tú otra cosa que puedas acoplar con eso, pero no: son dos horas fijas todos los días, pero a lo mejor habrá días que serán cuatro, días que serán seis; no sé, que tienes que estar un poco a la expectativa.” (E 25)

Otra de las dimensiones de la inestabilidad, que además se acentúa en el caso de los parados, es la reducción de expectativas a la hora de aceptar un trabajo. Más presionados por la necesidad económica, los parados se muestran dispuestos a todo. El grado de presión sobre ellos alcanza límites intolerables en la siguiente cita, donde se vuelven a contrastar el viejo modelo, en el que se daban más posibilidades de elección, con el actual, en el que no hay nada a lo que ‘cogerse’ para evitar una situación injusta calificada de robo o de timo. Este amplio margen de aceptación es uno de los requisitos que el actual modelo de empleo demanda. Las condiciones las fija el empresario.

“Hoy por hoy ¿es que puedo elegir? No, a mi cualquier cosa que me saliese lo cogía. Antes a lo mejor no se hubiese cogido, no, dices no oye que me están timando. Pues a lo mejor ahora, fíjate me timarían pero diría ¿como lo necesito, lo cogería; o sea, que depende del momento en que se encuentre uno, ¿no? yo desde luego hoy por hoy lo cogería, aunque supiese ya te digo que me... oye que me están robando. Porque yo te digo una cosa, yo voy a un sitio y me dicen mira está estipulado que tienes que cobrar esto, pero yo te voy a dar un poquito menos, yo digo pues mire sí señor. Si me dice que me va a coger, ahora ya te digo me lo dice hace unos años y le digo no señor, yo para esto, para timarme usted, pues no lo cojo. Pero cualquiera se pone a elegir ahora, cuando ya no tienes yo que sé, no tienes nada, ¿a qué te coges? (E 14)

Las opiniones de los parados mayores son las que menos cuadran con el discurso oficial sobre la abundancia de empleo. Como ya se ha señalado, la selectividad del mercado de trabajo les afecta particularmente, pero, como el resto de desempleados, se amoldan a marchas forzadas al nuevo mercado de trabajo flexible. La publicidad engañosa de los nuevos contratos envueltos

en celofán no está tan clara, no cuadra, pero no se está en condiciones de rechazar el producto.

"Ahora hay como contratos muy cortos, contratos de que a lo mejor te cogen unas horas parciales. A lo mejor no hay tanta gente en lo que es la bolsa del paro pero no sé... yo creo que hay mucha gente en el paro todavía. Yo llevo dos años y medio, me he movido muchísimo y no le veo tampoco...Luego los oyes hablar y está todo tan claro, está todo tan fácil y son unos contratos fenomenales los que te están presentando que luego cuando realmente te lo ofrecen y ves lo que te están ofreciendo; parece que una cosa con la otra no te cuadra." (E 25)

Si el nuevo modelo de empleo es flexible e inestable, el nuevo modelo de paro es fluido, circular y más selectivo. Los cambios en el empleo han ido acompañados de cambios también en las manifestaciones del paro y en sus representaciones. Hoy los parados tienen menos esperanzas en encontrar un empleo que les reintegre a la dinámica de la estabilidad. Salir del paro no es fácil y además exige 'replantearse' la realidad de manera que no se depositen demasiadas expectativas en el retorno a la seguridad laboral.

"No, no, no se parecen en nada, porque además yo la primera vez que me quedé en paro, la verdad es que pues sería muy ingenua pero toda confiada en que sí, que encontraría algo pronto, no creía que era tan difícil como luego me resultó. Ahora ya, ya sé que es difícil, ahora me lo planteo de otra manera." (E 32)

En apartados anteriores, se ha afirmado que actualmente el empleo y el paro establecen interrelaciones que en el modelo de empleo estable no existían. En ese momento, el empleo y el paro se leían bien en términos de stock, como magnitudes estáticas o poco dinámicas. Hoy, en cambio, el empleo y el paro se articulan con conectores muy dinámicos como son la rotación y la movilidad laboral. Este nuevo circuito del empleo-paro se concreta en las citas de los parados, que probablemente lo perciben mejor porque se encuentran en el feudo de la movilidad, aunque esto no quiere decir que lo entiendan: estas nuevas dinámicas son una 'caja de sorpresas'.

"No lo sé, no tengo ni idea, no puedo pensar si encuentro un trabajo o si no lo encuentro; no lo sé, porque es que esto es así: hoy encuentras algo y pasado ya no lo tienes, es una caja de sorpresas". (E 32)

Otro ejemplo de la movilidad y de la circularidad del nuevo paro lo encontramos en la siguiente cita de un parado que considera que puede encontrarse trabajo con cierta facilidad, pero no el trabajo que uno desea,

sino uno con menos derechos y con más obligaciones. En el fragmento se deduce que parece que es posible elegir, siempre que no se elija querer un buen empleo.

"No, no, no, vamos a ver. Lo ven de manera muy cambiante, muy cambiante en el sentido..., bueno, yo los compañeros que he tenido yo de mi trabajo casi todos se han colocado ya, o sea que no les ha sido difícil encontrar un trabajo. También tengo compañeros que se han planteado: puedo estar unos meses en el paro y después ya me voy a dedicar a buscar o voy a intentar o voy a probar varios y el que más me guste me voy a quedar. Te lo digo porque este compañero en dos que ha estado, ha estado en dos y los ha dejado él, o sea que quiero decirte que no debe estar difícil encontrar trabajo, pero sí encontrar un trabajo que a ti te guste y esa es, pero vamos yo por lo que veo, difícil no está, no está y quejarse pues, la verdad, el compañero este se queja de lo bien que estaba y de lo que ha cambiado a nivel empresarial y de obligaciones: derechos pocos y obligaciones muchas ahora." (E 33)

Esta cita final no incorpora muchas novedades a las consideraciones anteriores, pero resume a la perfección las nuevas reglas del paro y del empleo y las conexiones entre ambos. La desempleada responde a una pregunta que se le realiza acerca de sus expectativas inmediatas. El fragmento es tan pesimista como lúcido:

"No son nada optimistas porque digamos que sí que hay más facilidad de encontrar trabajos. Son trabajos que a lo mejor no se ajustan, ni a tus conocimientos ni a tu preparación ni nada, pero claro si no te queda otro remedio lo coges, pero no tienes ninguna garantía de nada. Generalmente están muy mal pagados, incluso te estoy hablando de Auxiliar Administrativo o de lo que sea igual, ¿no? Tienes un contrato de dos meses, hay una movilidad muy grande, que eso te crea una inestabilidad a todos los niveles, ¿no? Entonces bueno, no pienso que no vaya a encontrar un trabajo, pero sí dudo mucho que encuentre uno duradero, lo dudo muchísimo porque no hay posibilidades, ni además tienes ninguna seguridad nunca, o sea yo donde estaba tenía un contrato indefinido y eso no te garantiza absolutamente nada, el despido es muy barato y el empresario se agarra eso, vamos, pero enseguida. Entonces claro, a mí cuando hablan de las tasas de paro y que hay mucho más trabajo y tal es que me entra la risa porque, pues sí claro, habrá épocas en las que haya menos, pero estamos todos con unos contratos basura, con unos sueldos mínimos y unas condiciones que en cuanto levantes la voz, te vas a la calle". (E 32)

VI.4.8.- En el límite de la exclusión: reconstrucción de una trayectoria extrema de paro en los mayores de 45 años

Los parados mayores de 45 años presentan rasgos específicos que acrecientan sus dificultades de cara al trabajo: el impedimento de la edad, la pérdida de un empleo hasta entonces estable las cargas familiares y la presión económica y, fundamentalmente, las dificultades de retornar la empleo. Este último aspecto es el más definitorio y el que más preocupa a este grupo de parados

de más edad. No solo ellos demuestran esa preocupación, sino que el resto de parados y además la aritmética de las estadísticas confirman este temor a quedarse fuera del mercado de trabajo y no poder reencontrar un empleo. Para descubrir algunos de los perfiles de esta exclusión profesional reconstruimos la trayectoria más extrema que hemos recogido en las entrevistas, de manera que puedan apreciarse con detalle las prácticas, las vivencias, las condiciones materiales y el lugar que ocupan diferentes instituciones en la vida cotidiana del parado. El itinerario de este parado no es representativo del conjunto de entrevistas que se han realizado a parados mayores de 45 años, sus problemas laborales son mucho más agudos y sus condiciones de vida muestran una gravedad superior. Reconstruir esta trayectoria persigue poder apreciar la fisonomía de la exclusión profesional extrema.

A sus 58 años, **Manuel** se asombra cuando se le pregunta por los trabajos que ha realizado a lo largo de su vida laboral. Repasar casi cuarenta y cinco años de trabajo llena su conversación de exclamaciones y recuerdos. Hijo de la Guerra Civil, comenzó a trabajar a los trece años sin haber pisado apenas la escuela, algo muy usual en aquel momento en un pueblo como el suyo: grande, pero pobre. Obrero en la construcción, en la serrería, ayudante de electricista, peón para todo. De ese largo periodo, su memoria laboral se detiene sobre todo en algunos momentos sombríos, de abusos de los patronos y de miserias laborales que salpican hasta a su hermano, con quien trabajó un periodo que no le trae buenos recuerdos. A principios de los sesenta comenzó a trabajar en la empresa en la que transcurriría la mayor parte de su vida laboral, más de 16 años. La fábrica producía cerraduras y cerró en 1980, años de crisis. Su evocación es tan precisa como la de quien recuerda su primer sueldo: "Estuve 16 años y un mes con ellos, y así me echaron a la calle a mí y a todos, el año 80, el día 12 de mayo del año 80 me echaron a la calle, sin cobrar un duro."

La quiebra de la empresa le genera un conflicto serio. El cierre es brusco y con muchos cabos sueltos: mediaciones, finiquitos que no se cobran, abogados, papeleos complicados, irregularidades contractuales que dificultan el cobro del paro, reuniones de los trabajadores despedidos, comitivas hasta el domicilio del empresario. Los momentos posteriores al cierre de la fábrica marcan la vida de Manuel. La normalidad de una carrera laboral estable no repara en las numerosas instituciones que aparecen cuando el trabajo entra en crisis: la Seguridad Social, con sus baremos de cotización para la jubilación; el INEM, con sus plazos para el cobro de las prestaciones; el Ayuntamiento que, en este caso en concreto, se convierte en un proveedor de empleo para los casos críticos -parados sin ayudas económicas o con pequeños

subsidios agrarios y, también, los del régimen general que reciben ayudas familiares-, una lista numerosa que subsiste con las peonadas que el Ayuntamiento se puede permitir y que otorga con cuentagotas, con un sistema semicaritativo no exento de conflictos y que no da abasto: "he estado trabajando para el Ayuntamiento y poco, poco, mira este año 17 días llevo trabajando y ya me han dicho que seguramente no tocaremos hasta el año que viene...eso no es plan. [...] No nos quieren, ahora quieren a la gente de la agraria, quieren a la gente de la agraria, y los de la rama general vana a la calle, porque no tenemos derecho los mismos nosotros que los otros, y encima nos dicen: ¡hay! es que vosotros estáis cobrando algo y los demás no cobran nada."

El cierre de la empresa acaba con el periodo de prosperidad laboral de Manuel: "desde los 13 años hasta los 44 que la empresa se cerró, no he parado nunca, nunca, siempre he tenido faena, me ha sobrado, y a los 44 años que tenía es cuando cerró la empresa, y ya...no he levantado nada, no he tenido trabajo en ningún sitio, digamos fijo ni contratado largo, yo he estado trabajando para el Ayuntamiento y poco." **En su vida de parado, solo ha conocido los cortos periodos de trabajo para el Ayuntamiento, las dificultades de la edad y la marca imborrable, casi traumática de su despido. Suceso este que no cesa de rememorar a lo largo de la entrevista, ensimismándose desanimadamente en cálculos sobre lo que se podría haber hecho para conseguir lo que el patrón les dejó a deber tras el cierre:** "se me pone la cosa de noche allí cuando lo veo."

A partir de la década de los ochenta, en España el régimen salarial sufre una conmoción. La crisis de la estabilidad laboral viene acompañada del paro, de nuevas figuras contractuales flexibles y de un desfallecimiento de los sistemas de protección social. Manuel simboliza bien estos procesos y las sucesivas reformas que han ido dando forma a esta nueva norma de empleo inestable le han afectado de lleno. A lo largo de su dilatado periodo de paro ha visto cómo menguaba el ya escaso subsidio de paro y no ha parado de echar cuentas sobre lo que le quedará de jubilación dentro de unos años. Sus contratos son muy cortos y con salarios bajos, lo que fijará una base reguladora que generará una pensión bajísima. El sistema contributivo actual es un mecanismo desajustado de la realidad cuando abunda la irregularidad y la inestabilidad laboral: "mira tú, con 45.000 pesetas que me da el gobierno ¿tengo que aguantar la casa?". **Estrecha renta cuando se ha trabajado desde los 13 años. La economía familiar se mantiene gracias al trabajo diario de su mujer que limpia por horas algunos chalés. Esto supone un nuevo golpe para la identidad laboral masculina tradicional:** "si yo estuviera trabajando hasta los 60 años ella no hubiese trabajado, pero las cosas son así, yo estoy enseñado de una forma que cuando me exponen estas cosas me pongo negro."

Manuel es consciente de las dificultades que plantea su edad para encontrar trabajo: "Porque es así. Uno de 30 años y yo de 58, iremos a la empresa que sea y si hay faena cogerán a ese de 30 años antes que yo, garantizado...eso está más claro que el agua. Yo estoy desengañado." **Se ha presentado a alguna entrevista que le ha mandado el INEM, pero allí ha visto cómo otros cinco aspirantes más jóvenes esperaban para entrar. Cuando el paro es abundante, la selectividad en las contrataciones se vuelve implacable. Esta impotencia produce una absoluta perplejidad a la hora de explicar por qué se ha producido esta**

situación: el gobierno tiene inicialmente la culpa de todo. Se lo pone muy difícil a los empresarios, -"les aprieta mucho las tuercas"-, les cobra muchos impuestos- y estos a su vez aprietan las tuercas a los trabajadores: "hay que coger al empresario y decir: ¡Eh! ese hombre lo coges ¡Vale!, como mínimo un año tienes que darle faena, como mínimo un año." Un año es justo el periodo que permite a Manuel cobrar seis meses el paro y esperar después la posibilidad de tener otro contrato y acumular de nuevo el número de meses que le permita volver a cobrar el paro. Con el tiempo ya se ha acostumbrado a apañárselas en esta economía asistencial del paro crónico. Su resumen es que los trabajadores son los que pagan estos vaivenes entre gobierno y empresarios: "cuando toco estos puntos del trabajo, me pongo negro y me pongo negro por el gobierno y por las empresas, por todos, que todos tienen la culpa".

Con 58 años, la jubilación está a la vuelta de la esquina. La preocupación reiterativa de Manuel es saber qué pensión le va a quedar, el mundo del trabajo se aleja para él y le deja el mal sabor del despido y de la escasez de empleo. Se atrinchera en su pequeña ayuda de la Seguridad Social y resiste los dos últimos años de asedio del paro -"pasando revista en el INEM"- hasta que llegue el auxilio de la jubilación, con una nueva identidad, aunque seguro que no con grandes mejoras económicas: "Voy cobrando poco, pero lo poco que voy cobrando tengo para comer yo por lo menos, ya no me da de comer nadie, lo jodido sería si no cobrara un duro, a ver que haría yo si no cobrara un duro, me hubiera vuelto loco, hubiera hecho una 'pasá' por ahí, porque el motivo es para eso, mira estoy cobrando una miseria, pero a mi ya no hay nadie que me diga: yo te doy de comer"

Guarda unas últimas palabras para los que repiten aquello de que 'el que no trabaja es porque no quiere', cuando él ha estado trabajando toda la vida y trabajaría de lo que fuese: "ahora hay gente que está trabajando y me dicen a mi: con la faena que hay, hombre y tú estás en casa; y digo: es que tú estás trabajando y estás cobrando y hay faena, si tú estuvieras en mi sitio ya hablaríamos. Eso me lo dicen muchos a mi, siempre me lo dice la persona que está trabajando, a que no hay ningún parado que me diga: con la faena que hay hombre y estás en casa parado." [...]claro como tu estas trabajando en tu lengua hay mucha faena, eso es lo que yo digo...hay mucha faena." Esa lengua habla el lenguaje del cliché y del estereotipo que muchos parados saben que no se ajusta a su estado.

Conclusiones

Esta tesis ha tratado de reflejar la situación actual del desempleo y su evolución en estos últimos años, una evolución marcada por cambios importantes que han incidido en las representaciones sociales y en las vivencias de los parados. En los últimos veinte años, se ha transitado de un modelo de paro masivo y duradero a un modelo que aquí hemos llamado de paro flexible, caracterizado por una reducción progresiva del número de desempleados, una estrecha interrelación entre los momentos de paro y de empleo, una disminución del componente juvenil y una fuerte concentración en el colectivo de mujeres y en las bajas cualificaciones.

Este modelo de paro flexible intensifica la recurrencia en el desempleo y multiplica las entradas y salidas de esta situación, genera con ello una gran fluidez que repercute sobre las situaciones vitales de los parados. Los datos estadísticos (cap.V) confirman estas evoluciones y sirven para describir los grandes grupos que forman el paro, y en concreto el de larga duración. Jóvenes con y sin experiencia laboral, mujeres en edades intermedias y varones mayores de 45 años son los colectivos que componen este tipo de paro que se prolonga por encima de los doce meses. Las condiciones de vida aparejadas a este problema de exclusión laboral han preocupado a las administraciones públicas y a los expertos y ha sido por ello un objeto de investigación prioritario en las dos últimas décadas.

En la tesis, se ha realizado un recorrido histórico orientado a reconstruir el surgimiento de la categoría de paro de larga duración. Categoría ésta que ha originado un aparato institucional dirigido a su tratamiento en forma de políticas de empleo, justificaciones técnicas o medición estadística. Asimismo, el volumen y la diversidad de la investigación sobre el tema ha hecho necesario dedicar un esfuerzo a sintetizar los principales debates que han rodeado la cuestión del paro de larga duración y a analizar el estado de la cuestión en cuanto a la investigación realizada en este campo.

Delimitado así el objeto de investigación y subrayado el interés por confirmar las mencionadas evoluciones del modelo de desempleo, se trataba de explorar

sus consecuencias sobre las vivencias y las prácticas cotidianas de los parados. Para ello, se realizaron las entrevistas en profundidad detalladas en el apéndice metodológico y se analizaron con la intención de descubrir los perfiles más relevantes en las condiciones de vida de los colectivos más afectados por el paro de larga duración.

Muy a grandes rasgos, el análisis de las entrevistas revela tres aspectos muy significativos para esta tesis y confirma algunas de las tendencias que se han desarrollado detalladamente en diferentes apartados.

El primero se refiere al empuje que está teniendo sobre los parados el nuevo discurso de la activación, que divulga un estereotipo de “buen parado” al que los desempleados cada vez más se hallan encadenados. Este estereotipo está adornado por la retórica de los códigos empresariales de la formación, la búsqueda responsable, la formación permanente y otros tópicos del lenguaje managerial. En los relatos de los entrevistados están muy presentes estos códigos, que estructuran sus opiniones y sus comportamientos de cara al empleo. Las instituciones de formación y los servicios de empleo transmiten este modelo en sus intervenciones sobre los desempleados.

El segundo rasgo consiste en la confirmación en las narraciones de los desempleados de un nuevo modelo de paro que se hace fuerte como tendencia en estos últimos años: el “paro flexible”. En las declaraciones de los parados se plasman cada vez más explícitamente las bases de su funcionamiento que hemos adelantado en párrafos anteriores: conexiones estrechas entre el empleo y el desempleo -sobre todo con la franja de empleo más flexible y precario-; predominio del paro recurrente -con mayor intensidad entre los jóvenes-; persistencia de una bolsa abundante de paro prolongado -que afecta a los parados mayores y a las mujeres de edades intermedias-. Este modelo de “paro flexible” está destinado a marcar el ritmo futuro en la evolución del desempleo.

El tercer rasgo de interés radica en la diversidad de experiencias y trayectorias que componen el paro. Los cuatro grupos que hemos distinguido -jóvenes demandantes de primer empleo, jóvenes con experiencia laboral

anterior, mujeres de edades intermedias 30-44 años y, por último, los parados mayores de 45 años- ofrecen perfiles y vivencias muy distintos, que se corresponden con el lugar que el trabajo ocupa en su vida y con otras variables familiares, generacionales, educativas o de género. Todas ellas configuran variedades de paro con problemas diferentes. Cada uno de los colectivos vive recorridos específicos que les hacen ocupar lugares particulares en la topografía del paro actual. A continuación, resumimos las vivencias y las prácticas más relevantes en los diferentes grupos.

Posponer el paro: jóvenes a la búsqueda del primer empleo

Entre los más jóvenes, sin experiencia laboral, las formas de inserción a la vida activa han registrado en los últimos veinte años cambios radicales. La edad media de incorporación al mercado de trabajo se ha atrasado y, en paralelo, se ha alargado la permanencia en el hogar de origen. Esto ha configurado una clase de edad que vive circunstancias propias de cara al desempleo, que se prolonga para encontrar un buen trabajo que se ajuste a los estudios realizados. La 'cuestión juvenil' despierta una gran preocupación en los ochenta. Durante los noventa y más acentuadamente en el tránsito hacia el siglo XXI, la nueva norma de empleo flexible se concreta y esto les sitúa en un lugar destacado en el marco de la flexibilidad laboral. Su necesidad de experiencia, la normalización de la temporalidad, su lejanía respecto a las anteriores pautas de estabilidad en el trabajo y su maleabilidad les facilita el acceso a los nuevos empleos inestables.

La edad de estos jóvenes que aún no cuentan con experiencia laboral y sus escasas responsabilidades familiares perfilan actitudes frente al paro bastante distintas a los parados de mayor edad. Muchos de ellos no viven el ingreso en el trabajo como urgente y, aunque provoca preocupaciones difusas, no intranquiliza excesivamente. El ocio, el consumo y las relaciones de amistad son la principal fuente de identidad de estos jóvenes. La esfera del trabajo no consolida significados identitarios fuertes. Sea porque los atractores del ocio y el consumo son más fuertes o porque las condiciones que los jóvenes prefiguran del trabajo no les hace vivirlo como un terreno atractivo. Sus

concepciones sobre lo laboral están marcadas por una fuerte visión instrumental.

La educación es otro de los espacios de referencia entre estos jóvenes. El consumo de formación ha desatado un proceso inflacionario en el que el número de alumnos en los diferentes niveles ha crecido hasta situar a España a la cabeza de los países de la OCDE. Igualmente, el valor simbólico de los títulos ha aumentado y ha provocado una fiebre formativa cuyas consecuencias a medio plazo en el valor real de los títulos académicos están por ver. Comienzan a sentirse ya algunos efectos en términos de devaluación de las 'inversiones educativas'. Con todo, pocos jóvenes dudan del valor de cambio de la formación y las esperanzas que se han depositado en ella les hace concebirla como un buen medio para conseguir el fin del empleo. Los jóvenes han interiorizado la lógica del capital humano y acumulan formación de cara a obtener un trabajo mejor. Sin embargo, a pesar de esta pujanza de la formación, las entrevistas están repletas de dudas sobre su sentido y comienzan a observarse sombras en la confianza hacia ella.

Por un lado, es exigida por las empresas para contratar, pero a la vez éstas la critican sistemáticamente por no ajustarse a sus necesidades prácticas. Paradójicamente, la formación genera muchas inseguridades que inicialmente no se preveían: inseguridad de estar bien formado, de haber elegido la especialidad acertada, de tener conocimientos prácticos y adaptados al puesto de trabajo esperado, inseguridad de tener la formación que te sitúe bien en la carrera de la competitividad. Estos temores invierten frecuentemente el semblante prometedor de la formación y lo tornan en claustrofóbico, interminable, confuso y como un sustituto del trabajo que impacienta cada vez más.

Este carácter inacabable, obsesivo, se vive con ansiedad, inseguridad y falta de satisfacción con la formación adquirida en todo el proceso educativo. El ideal actual de la formación continua, abierta, ilimitada, a lo largo de toda la vida, amenazada por la caducidad y la obsolescencia es el paradigma empresarial que impregna a la formación del nuevo discurso de la flexibilidad

y la incertidumbre. Los celos de los jóvenes se dirigen a la oferta y al consumo desmedido de formación; a su función sustitutiva del trabajo; al peregrinaje sin rumbo por su espacio porque no hay otra cosa que hacer y, finalmente, a su carácter forzado, pues los servicios de empleo obligan a los parados a realizar cursillos sin sentido.

Además de la formación, la experiencia es otra de las cuestiones que preocupan a los jóvenes buscadores de primer empleo. Al pensar en el empleo, la experiencia resulta para ellos una fuente de impotencia. En los procesos de selección, comprueban cómo la repetitiva idea de su necesidad se concreta. Aunque no siempre conscientes de los orígenes y de los efectos de la tiranía de la experiencia laboral, los jóvenes dejan entrever algunos síntomas de oposición y protesta individual respecto a los resultados concretos a que lleva su uso por parte de las empresas. Entre otros aspectos, cabe destacar el abaratamiento de la mano de obra joven 'sin experiencia' o la facilidad de aceptación de puestos de inferior categoría. Todo un sector barato y flexible de fuerza de trabajo se ha normalizado en los momentos iniciales de la inserción, prueba de ello son las innumerables formas que han brotado últimamente para canalizar este acceso: prácticas de empresa, pasantías, becas, estancias más o menos regulares en pruebas y otras formas de aprendizaje no pagado que son sufridas por los jóvenes. La experiencia se paga y los jóvenes se acostumbran con resignación a cobrar poco inicialmente para conseguir el requisito de la experiencia.

Otro aspecto destacable en estos grupos de jóvenes, sobre todo en los segmentos de mayores niveles de formación, es el aumento de sus expectativas profesionales acordes a los largos recorridos educativos cursados, lo cual les conduce a ser más exigentes respecto al tipo de trabajo que realizarán en el futuro y a prolongar el paro a la espera de un buen empleo. Los requisitos que los jóvenes piden al trabajo no han variado mucho respecto a los de los padres, las prioridades son buenos ingresos y seguridad. Las diferencias entre las dos generaciones son los niveles educativos alcanzados por los más jóvenes y lo que ha variado en estos últimos años es la posibilidad

de encontrar el empleo deseado. Los padres no encontraron tantos obstáculos aún sin un alto grado de formación, en cambio los jóvenes han visto endurecerse las condiciones de acceso al empleo incluso contando con una larga biografía educativa.

Además, el peso que añaden los componentes más subjetivos demandados al trabajo -como por ejemplo la realización personal- contribuye a posponer la aceptación de un trabajo hasta encontrar uno que 'guste hacer'. Aún con todas estas precondiciones, la sobrecualificación es muy alta en estos grupos de jóvenes cuando encuentran empleo. En los procesos de selección han podido experimentar cómo éstos están por debajo de sus capacidades educativas.

A pesar de que no han tenido experiencias laborales, la percepción de los cambios en el mundo del trabajo no es ajena a estos jóvenes buscadores de primer empleo. Un sentimiento de incertidumbre y duda está presente en sus entrevistas. El nuevo modelo laboral marcado por la inestabilidad se vive como imposible de cambiar, pero esto no provoca una impugnación al sistema, sino una preocupación por la propia suerte y por las estrategias personales para situarse lo mejor posible en un mundo laboral difícil de controlar.

La atribución de responsabilidades que causan el paro es abstracta e imprecisa. No se señalan actores culpables, generadores de procesos económico-laborales negativos. La crisis económica, la coyuntura, la competitividad son enunciados por los jóvenes como referentes abstractos del paro. En esta enumeración no están presentes los sujetos concretos o las instituciones en cuanto motores de los cambios. Estas responsabilidades atenuadas predominan y solo se producen críticas directas entre los jóvenes más mayores y ya con experiencia laboral. Las entrevistas reflejan una escasa capacidad de acción sobre el problema del desempleo y una irresponsabilidad tanto en las causas que lo generan como en las posibles soluciones, lo que lleva a la incapacidad de reacción y a la insensibilización hacia sus injustos efectos sociales. Los jóvenes tienden a silenciar el paro y a no buscar

explicaciones propias, esto les hace muy permeables a las explicaciones 'oficiales' o hegemónicas, que hacen suyas sin someterlas a grandes críticas. Esta aceptación permite racionalizar el problema sin tener que articular una explicación propia, descarga de responsabilidad y ofrece la posibilidad de eludir el sufrimiento del paro adoptando la rutina y confiando en las pautas de comportamiento que aquella ofrece.

La explicación concreta que hoy se impone coincide en gran medida con la interpretación neoliberal del desempleo. En su versión de divulgación, articula una serie de razonamientos de los cuales se deriva que el paro es un fenómeno causado por complejas dinámicas económicas, cuya solución requiere una gama de medidas socioeconómicas entre las que destaca el compromiso de los propios parados. Esta visión se apoya en una fuerte individualización para explicar el desempleo. El paro solo se resolverá si funciona este aparato técnico, económico y de implicación individual de los trabajadores potenciales que necesitan las empresas para poder cumplir su función de creación de empleo. La figura del buen parado, que acepta la explicación y se implica, es uno de los ingredientes fundamentales de este enfoque: el parado ha de esforzarse por encontrar empleo, debe aceptar el que se le ofrezca, ha de asistir a los cursos de formación y a cualquier otra medida que los técnicos consideren oportuno. La conducta individual ajustada al modelo de buen parado acredita al desempleado y le otorga un reconocimiento moral desde los cuerpos técnicos y políticos que gestionan los procesos de desempleo, además de la promesa de una mayor facilidad para encontrar empleo si cumple con las demandas que se le requieren como buen parado.

Los servicios públicos de empleo son un espacio de definición y reproducción de este estereotipo del buen parado que incluye la implicación, la intachable intención del parado hacia el trabajo, su solicitud para la formación, su iniciativa de búsqueda y disponibilidad laboral, etc. Para evaluar estos aspectos, los servicios de empleo han habilitado un tratamiento dirigido a los parados que incluye la personalización, las reuniones de orientación, los

métodos de búsqueda para incrementar las capacidades personales, el desarrollo de la iniciativa, la empleabilidad. Los jóvenes parados no se entusiasman con estos tratamientos, pero les vienen impuestos con criterios técnicos y los aceptan. En este sentido, la cuestión de mayor importancia es que este enfoque de los servicios de empleo propone una versión conveniente y única de ver las cosas que se asemeja demasiado a los códigos de la empresa privada.

Dichos códigos se filtran en la vida diaria de los parados y se están convirtiendo en un lenguaje compartido por ellos. La interiorización avanza deprisa, aunque no parece tratarse de una identificación completa. Los jóvenes asocian estos valores empresariales con el éxito y además han aprendido que una actitud empresarial puede favorecerles a la hora de encontrar un empleo. Muchos de los jóvenes entrevistados reproducen las ideas de competitividad y flexibilidad, reclaman formación e información que les dé ventajas para conseguir colocarse mejor en el mundo laboral.

Padecer el paro recurrente: jóvenes expertos en flexibilidad laboral

Los jóvenes que ya han tenido experiencias laborales presentan rasgos diferentes al grupo anterior. Las situaciones vitales -estado civil, responsabilidades familiares, edad- son muy variadas entre ellos y, por tanto, las formas de percibir el paro se acoplan a esta diversidad. Los parados con experiencia laboral sí experimentan los rigores del paro. No viven graves carencias económicas, pero sí una precariedad en los ingresos que les aleja de los estándares económicos medios. Su representación del paro es concreta: les afecta y les dificulta la vida, porque para ellos el mundo laboral es ya central. El desempleo se acompaña frecuentemente de un sentimiento angustioso y de desánimo.

Además de la amenaza del paro, conocen de primera mano la inseguridad que reina en el mercado de trabajo y la impotencia ante las rebajas salariales, la sumisión y las malas condiciones de empleo. Los temores ante este panorama laboral son muy explícitos y la flexibilidad-precariedad ahoga los pocos derechos de ciudadanía laboral que los jóvenes ven cómo se recortan. Las

actitudes defensivas les llevan a alejarse del problema como respuesta resignada. La queja personal y las salidas individuales son los comportamientos más extendidos. También lo son la asimilación y la aceptación de unas reglas del juego laboral que les exige disponibilidad y adaptación a las nuevas condiciones a condición de no quedar fuera del mercado de trabajo.

La inestabilidad laboral es actualmente el estado preponderante entre los jóvenes. El trabajo flexible se apoya en la frecuente movilidad en el empleo como axioma de la condición laboral actual. El nuevo modelo de paro flexible hace aprender a los jóvenes la necesidad de estar siempre buscando y disponibles, incluso a pesar de que nada garantiza la menor estabilidad. La flexibilidad forzada ocupa espacios ideológicos cada vez mayores. Los jóvenes captan que nadie te garantiza ya seguridad en el empleo y que solo es posible reducir las dificultades de transitar de uno a otro, con lo cual se refuerza el círculo vicioso de la flexibilidad y se amplía la tolerancia hacia ella. Hoy por hoy, este imperativo régimen de la 'flexibilidad estable' se acepta con desagrado por parte de los jóvenes, la resignación mayoritaria va a menudo acompañada de opiniones críticas y de denuncia moral.

El temor más extendido entre estos jóvenes con experiencias laborales es el de perpetuarse en la cara oscura de un mercado de trabajo dual y selectivo. Este estado estacionario o muy prolongado en los malos empleos flota en el ambiente y genera ansiedad, instaurando un mecanismo paradójico en el que aceptar un mal empleo concede una leve oportunidad al joven, pero a la vez refuerza el modelo que le domina. Consecutivamente, los jóvenes rebajan sus expectativas laborales, sufren las escasas probabilidades de elegir y acaban soportando un empleo por debajo de sus aptitudes y formación sin poder demandar sus derechos.

En la variedad de circunstancias vitales, cuando los jóvenes no tienen unas necesidades económicas inminentes se convierten en seguidores menos críticos de un modelo de flexiprecariedad que les ofrece empleos de baja calidad, pero proveedores de ingresos rápidos para 'pagarse sus cosas a base

de trabajos'. La estructura familiar corre con las necesidades básicas que mantienen la dependencia juvenil, pero la semiautonomía crece y engrasa el mercado del ocio, al que los jóvenes dirigen su dinero de bolsillo conseguido en los malos empleos de los servicios. Nuevamente, algunos autores han desvelado otra paradoja de este mercado de los trabajos: generan una espiral que comienza incrementando el dinero de los jóvenes, gastado rápidamente en los frenéticos fines de semana o en el consumo-ocio, a lo cual los jóvenes se acostumbran fácilmente y les lleva de nuevo a aceptar provisionalmente estos malos empleos, con el riesgo de pasar largos periodos en esta situación inestable y, lo que sociológicamente es más relevante, a reproducir un modelo de mano de obra barata muy presente en las primeras etapas de la inserción profesional. Para los jóvenes educativamente más preparados, esta espiral desata la sobrecualificación ya que ocupan empleos muy por debajo de sus capacidades formativas, pero para los jóvenes con recorridos educativos más cortos o con necesidades económicas apremiantes la situación es más sombría: los más cualificados 'arribatan' las salidas naturales de los descualificados y el afianzamiento de este mercado de los malos empleos amenaza prolongar la estancia de los descualificados en el circuito de estos trabajos desvalorizados.

En estrecha relación con estas dinámicas de aceptación de los empleos realmente existentes, los jóvenes parados son cada vez más reclamados para tolerar y considerar normal su inserción laboral por esa vía. Todo un aparato de gestión dispuesto por los servicios de empleo dirige al parado y divulga al resto de la sociedad una representación del desempleo basada en la necesidad de que el parado afronte personalmente su búsqueda y su destino, aceptando los empleos que se le ofrecen, por más desprestigiados que sean. La activación del parado y la búsqueda permanente -a tiempo completo- de empleo son los nuevos deberes que configuran la actual representación del buen parado, móvil, disponible y motivado, que si realmente quiere trabajar, encuentra. Esta lógica de la activación y la movilización dispara otra nueva contradicción: la práctica totalidad de los desempleados manifiestan que,

mientras que ellos no paran de buscar, el INEM no se mueve, no tiene capacidad para ofrecer empleos dignos.

Probablemente más preocupado por controlar a los parados, imponer disciplina, aminorar la estadística de parados registrados o gestionar burocráticamente la formación o los pagos de los subsidios, sea pedir demasiado que desarrolle una mediación eficaz entre los desempleados y los puestos de trabajo. Las quejas sistemáticas de los parados frente al desaguisados del INEM se repiten en las entrevistas y cada vez se hace más insostenible la deshumanización de los servicios de empleo y sus funciones implícitas de mantener entretenidos y controlados a los parados.

Paro y discriminación sexual: Mujeres en edades intermedias 30-40 años

Las mujeres de estos grupos viven una situación de paro con rasgos diferentes a los varones en general y a las mujeres más jóvenes. Predominan entre ellas trayectorias muy variadas, donde se intercalan paro, el empleo e inactividad: entradas y salidas del mercado de trabajo, interrupciones en sus estudios, cambios en las responsabilidades familiares, dificultades de búsqueda y problemas agudos de discriminación por edad y sexo. Estos grupos de mujeres alcanzan las tasas más elevadas de paro y la distancia respecto a los varones se ensancha más que en otras edades. Casi todas estas mujeres que hemos entrevistado están casadas o separadas y tienen responsabilidades familiares. Esto resulta determinante en las vivencias del grupo: abandonos de trabajo o estudios, condicionantes familiares a la hora de aceptar un trabajo, contradicciones entre las obligaciones familiares y laborales. Como veremos a continuación, sus percepciones hacia el empleo, hacia la formación, hacia las dificultades económicas revelan experiencias vitales propias y configuran un modo particular y diferenciado de vivir el desempleo.

En las tres últimas décadas, el modelo tradicional de división sexual del trabajo ha mostrado cambios relevantes que se concretan en la incorporación abundante de las mujeres a la actividad laboral. La inestabilidad del empleo, el debilitamiento del estado de bienestar, el descrédito social de la figura del ama de casa, el consumismo y la vulnerabilidad de los vínculos de pareja han

sido algunas de las tendencias que han acompañado y reforzado dicha incorporación al trabajo retribuido de las mujeres. En todo este proceso no faltan dificultades que ensombrecen su pujante presencia en el empleo: tasas de paro que duplican las de los varones; insuficiencia de servicios sociales que permitan compatibilizar empleo y responsabilidades familiares; desajustes entre la esfera productiva y reproductiva en un entorno laboral que reclama crecientemente disponibilidad y flexibilidad; desequilibrios evidentes en el reparto de responsabilidades entre varones y mujeres. Todos estos temas están presentes en las entrevistas y, provisionalmente, puede afirmarse que los cambios relativos a las representaciones familiares son visibles en los discursos, pero mucho menos notorios en las prácticas vitales, donde persisten algo más que restos de discriminación.

En este trabajo, nos hemos interesado por cómo se expresa dicha discriminación en las diferentes etapas que marcan el proceso de incorporación al empleo de las mujeres en paro: desde las fases previas de decidir trabajar, hasta las fases preliminares a conseguir un empleo -como las entrevistas de trabajo- e incluso, cuando ya se han tenido experiencias laborales, y se registran los resultados discriminatorios vinculados al desigual reparto de tareas o a las dificultades para mejorar laboralmente.

Cuando las resistencias patriarcales más duras se suavizan y las mujeres tratan de acceder o acceden al trabajo mercantil, encontramos manifestaciones muy reveladoras de los desajustes mencionados entre los discursos y la prácticas de las mujeres y de sus vivencias contradictorias entre trabajo y familia. Pueden destacarse las que resumimos a continuación. Primero, a la hora de buscar empleo o cuando ya se ha conseguido, la doble jornada de las mujeres es un hecho. El tiempo del trabajo asalariado está muy entrelazado con el tiempo y las preocupaciones de lo doméstico. La doble jornada es algo más que la suma de las dos cargas de trabajo que conlleva ese proceso, es también un suplemento de carga mental que a menudo provoca sensaciones de culpa y deuda por el descuido de las supuestas obligaciones domésticas.

Una segunda manifestación es la necesidad, casi como premisa, de ayudas complementarias para que las mujeres puedan aproximarse al mercado de trabajo. Los parientes cercanos -preferentemente las abuelas- llevan el peso de estas ayudas, que pueden dar confianza a las mujeres dispuestas a trabajar y rebajar el sentimiento de descuido que se mencionaba en el párrafo anterior. Es muy habitual que estos apoyos familiares provengan de la familia de la mujer, como si existiera un deber implícito de ser ella la responsable de buscarlas.

En tercer lugar, la presencia de empleo en los servicios poco cualificados es uno de los destinos predominantes de las paradas de estas edades. Sus horarios raramente son compatibles con los ritmos domésticos y las insuficiencias de los servicios sociales dificultan la armonización de familia y trabajo. La discriminación se agrava cuando las mujeres se ven obligadas a realizar toda una serie de cálculos acerca de la conveniencia de mantenerse en un puesto de trabajo con ingresos bajos y dedicarse íntegramente a las tareas domésticas. Esta es una circunstancia que no se presenta entre los varones, por muy bajo que sea el salario.

Una última inquietud de las mujeres de edades intermedias es la discriminación que se produce por la edad y que les impide aspirar a la creciente demanda de empleadas más jóvenes. La discriminación por edad está generalizada en las empresas, anticipándose progresivamente los umbrales de aceptación. Por añadidura, la discriminación por el físico se agudiza en muchos de los trabajos a los que acceden las mujeres. Además de estas discriminaciones, en el lugar de trabajo pueden registrarse otras muchas: algunas de nuestras entrevistadas se hallaban en desempleo al haber encontrado muchos obstáculos para seguir trabajando tras quedar embarazadas o ver frenada su promoción por motivos familiares.

A pesar de estas discriminaciones, las mujeres paradas construyen formas de resistencia a los roles más tradicionales y a las trabas que imponen los procesos de dominación. Esta contestación aparece sobre todo en el reforzamiento de una identidad femenina decididamente proyectada hacia el

trabajo asalariado. En paralelo, se observa un fuerte rechazo hacia el modelo de “ama de casa a tiempo completo”, que presenta connotaciones cada vez más despectivas para las mujeres en términos de ‘marujismo’. Estas mujeres paradas huyen de esta representación y buscan figuras más positivas: activas en búsqueda de empleo, en formación, estudiantes.

Las concepciones del trabajo que tienen estas mujeres es difícil que se desliguen de su posición en la familia. Solo entre mujeres con altos estudios y con pocas responsabilidades familiares es posible encontrar estrategias laborales puras, independientes de referencias a la casa o a la familia. Sin embargo, para la mayoría funciona un doble mensaje que siembra de contradicciones la relación de las mujeres con el trabajo. Por un lado, se les transmite que tienen derecho a un empleo y a la igualdad de oportunidades y, por otra parte, recae sobre ellas la mayor responsabilidad en la esfera doméstica y en el cuidado familiar, lo que abre numerosas contradicciones y las sitúa en inferioridad de cara al empleo.

En la polaridad que plantea esta contradicción encontramos toda una gama de posiciones de las mujeres hacia el trabajo asalariado. Desde las que se ubican en el extremo que prioriza el papel relacional-familiar, hasta las más volcadas hacia la carrera profesional. En las posiciones centrales, se instala el mayoritario grupo que trata de compaginar no sin dificultades ocupación-familia. El nivel de estudios, la procedencia social, los recursos económicos disponibles, las cargas domésticas reales, el grado de colaboración masculina determinan los lugares concretos de las mujeres en ese espacio contradictorio familia-trabajo. Aquellas con menores niveles de estudio y necesidades económicas más apremiantes han de manejarse con los empleos de peor calidad y con la mayor flexibilidad laboral que desequilibra la organización del polo familiar.

Independientemente de todos estos factores, se han observado algunos aspectos generales que se aprecian en todas las mujeres entrevistadas. La primera es la vinculación del trabajo asalariado con la realización y el desarrollo personal. La segunda es el deseo de elegir trabajos por vocación,

aunque esta posibilidad de selección del empleo varía dependiendo del nivel de estudios y de la autonomía económica. Para la mayoría, salir de casa es casi una necesidad.

Finalmente, puede añadirse que entre estas mujeres el paro es vivido de manera menos opresiva que entre los varones coetáneos. Es sentido incluso como un periodo que da la oportunidad para tener nuevas experiencias. Un momento para disfrutar la maternidad o para emprender una mejora de la formación.

Parados relegados: mayores de 45 años

En los ochenta, los cierres de empresa, los despidos y la crisis laboral se convirtió en un síntoma de la reestructuración del modelo económico y productivo en ciernes. Los parados de más edad y, sobre todo, los ocupados industriales sufrieron este tránsito traumático hacia un capitalismo presumiblemente más informacional y competitivo que reclamaba sabiduría nueva en términos de juventud y flexibilidad. Esta metamorfosis supuso la ruptura de las hasta entonces largas carreras laborales estables, la pérdida del oficio tantos años desarrollado, la fractura de la identidad obrera y la exigencia de afrontar un oscuro panorama y una incertidumbre angustiosa de cara al futuro.

En este contexto, las dificultades personales han agravado la posición de los trabajadores de más edad y han conformado un colectivo -el de los parados mayores de 45 años- que en estos años se han identificado con el paro de larga duración y la exclusión laboral. La edad, la formación desajustada a los nuevos requerimientos tecnológicos y la fijación a los viejos usos laborales han jugado en su contra en el muy selectivo mercado de trabajo de los ochenta.

A la hora de valorar el proceso que ha conducido a su despido, estos trabajadores relatan con conocimiento todo el proceso, por lo general largo y traumático. La posición ventajosa de los empresarios, la fuerza de los bancos y los cambios tecnológicos se repiten en las entrevistas como razones de los cierres de las empresas. Esta clara atribución de responsabilidades no evita la

impotencia de los trabajadores ante la incapacidad de actuar frente a estas fuerzas inaccesibles. Es más, la propia impotencia crea en ellos mecanismos de defensa que les hacen dirigir sus quejas hacia el Estado y hacia los impuestos a las empresas -sobre todo a las pequeñas- como causa principal de los despidos y acaban, así, aceptando la explicación empresarial que achaca a las cargas sociales y fiscales las dificultades que sufren las empresas. La vivencia de abandono por parte de los sindicatos estrecha aún más el horizonte: para estos trabajadores, los sindicatos solo se interesan por los ocupados y su crisis organizativa es manifiesta.

El cierre de la empresa constituye la escena fría e imperturbable en la que se produce el drama del trabajo. Las rutinas de la jornada laboral, las amistades compartidas, el conocimiento del oficio, la acumulación de destrezas profesionales son todos ellos aspectos que se han fraguado durante años y que se frustran en poco tiempo. El duelo por el empleo perdido se prolonga hasta obsesivamente, los entrevistados rememoran en sus relatos las imágenes traumáticas del cierre y el despido. Esta reiteración expresa una pugna entre el pasado fallido y el futuro sin destino. La desmoralización, la falta de dinamismo y la desmotivación influyen en el periodo inicial de paro y el sentimiento fatalista paraliza la búsqueda de empleo. En estos grupos obreros, la lógica del honor lleva a reaccionar silenciando la condición de parado, reprimiendo estoicamente la queja y repudiando la condición vergonzante del no-trabajo, lo cual inhibe la exteriorización del problema y acrecienta la angustia. Todo ello se complica cuando los parados no disponen de recursos formativos o profesionales que puedan moderar el sentimiento de inutilidad social que engendra el paro. Sin embargo, pasado este primer momento, los parados entrevistados intensifican la búsqueda de empleo.

A estas quiebras vitales, hay que añadir el bache económico que supone el desempleo para este grupo de edades avanzadas con responsabilidades familiares. Los apoyos en las familias y el recorte de actividades superfluas como las vacaciones o el ocio son un recurso frecuente para reducir los efectos del descenso en los ingresos. Con todo, las investigaciones basadas en

datos estadísticos han puesto de manifiesto lo que también se comprueba en las entrevistas realizadas: con mayor o menor intensidad, y en función de las ayudas familiares y de la duración del periodo de paro, los desempleados mayores de 45 años se acercan al umbral de precariedad económica. Por añadidura, las posibilidades de que al desempleo se le añada un suceso agravante -enfermedades o problemas familiares- crecen y esto puede empeorar la ya frágil economía del paro. La mayoría de los entrevistados tienen que asumir la intensa desvalorización que conlleva el desempleo, los empleos que encuentran son peores que los que han perdido y han de aceptarlos para paliar las dificultades económicas. Las opiniones de los parados mayores son las que menos cuadran con el discurso oficial sobre la abundancia de empleo, pero se amoldan como pueden al nuevo mercado de trabajo flexible.

En los hogares de los parados mayores de 45 años, se producen alteraciones en la división sexual del trabajo acordes con el impacto provocado por el paro. Cuando las mujeres no trabajaban se plantea su incorporación al mercado de trabajo para afrontar la crisis; las que ya trabajaban ven reforzado su papel; la organización de las tareas de la casa, aunque levemente, se reorganiza. Todo ello va acompañado de inestabilidad en las relaciones sentimentales. Cuando son los dos miembros de la pareja los que sufren el desempleo, el estado de emergencia agudiza todo lo referido anteriormente. En todo caso, hay grandes diferencias entre las mujeres y los varones en la vivencia del desempleo a esas edades. Mientras que ellos padecen en estado puro el modelo depresivo descrito en párrafos anteriores, ellas encuentran alivios y mejores expectativas. La dedicación a las actividades domésticas sin renunciar a un empleo futuro y, sobre todo, la formación, vivida como oportunidad de mejora laboral y de realización personal, son las bazas con que cuentan las mujeres para encarar más positivamente el vacío del paro.

Al cierre de estas conclusiones, la suerte está echada para el paro de larga duración. Los resultados que hemos presentado en estas páginas reflejan la

llegada de un cambiante modelo de paro más fluido que limitará la persistencia de las situaciones de desempleo. La proliferación de empleos temporales elevará la movilidad y mantendrá un paro recurrente, elevado, pero sostenible, que afectará sobre todo a los jóvenes y a los ocupados en empleos descualificados. En el paro de larga duración, quedarán estancados los colectivos que peor respondan a la selectividad del mercado de trabajo. Aquí hemos relatado algunos de estos procesos. Los últimos veinte años han sido el escenario cronológico de este tránsito de un paro masivo y duradero a un paro fluido y flexible. Este tránsito ha sido también el de un paro interpretado como un problema social alarmante a un paro en el que manda la responsabilidad individual y la capacidad de cada uno de mejorar su empleabilidad. El aire de los tiempos posmodernos también ha afectado al desempleo, a los parados se les ofrece hoy una variada gama de productos virtuales -formación, orientación, información- a la vez que se les escamotea la materialidad del puesto de trabajo que precisan. La estadística se mueve mejor que nunca en el arte de la apariencia y, en aras de la convergencia europea, pronto abandonaremos el furgón de cola del paro en Europa. Sin embargo, las encuestas de opinión siguen expresando los temores de la gente hacia el desempleo, que conocen de primera mano o que es sufrido por alguien cercano. Un paro menos dramático y alarmante, pero más insidioso y personalizado.

Anexo I. Procedimientos metodológicos

Procedimientos metodológicos: la entrevista abierta en la investigación social

La uva y el vino

Un hombre de las viñas habló, en agonía, al oído de Marcela. Antes de morir le reveló su secreto: la uva -le susurró- está hecha de vino. Marcela Pérez-Silva me lo contó, y yo pensé: si la uva está hecha de vino, quizá nosotros somos las palabras que cuentan lo que somos.

Eduardo Galeano, *El libro de los abrazos*, 1989

Dentro de la metodología sociológica, la entrevista abierta podría ser definida como un encuentro social, basado en un intercambio comunicacional entre un entrevistador y un entrevistado, que permite obtener información sobre determinadas prácticas individuales o colectivas referidas al tema de investigación que preocupa al entrevistador. Esta definición genérica encierra ya numerosas cuestiones problemáticas que nos indican que tras este procedimiento, aparentemente sencillo y espontáneo, subyacen aspectos que resaltan la complejidad de esta práctica. ¿De qué tipo de “encuentro social” se trata? ¿cómo funciona el “intercambio comunicacional” planteado? ¿qué tipo de “información” se recoge y cómo se elabora de cara al “tema de investigación”? Todos estos interrogantes hacen de la entrevista abierta una práctica compleja que obliga a razonar sobre sus límites.

Límites epistemológicos, límites en cuanto a la construcción teórica y la producción de conceptos, límites ligados a la propia práctica, por añadidura, todos ellos entrelazados. En este capítulo se pretende justificar la utilización de esta técnica de investigación en la presente tesis; señalar algunos particulares del trabajo de campo y entrar, sin excesivo detalle, a discutir alguno de los límites mencionados. Esta breve aproximación crítica a la entrevista se hace más necesaria cuando los rasgos del colectivo entrevistado agudizan dichos límites. En el caso concreto de los parados a los que se dirige la investigación, estas particularidades, a las que nos referiremos a lo largo

del capítulo, pueden influir decisivamente sobre la entrevista como procedimiento de obtención de información. La reflexión sobre cómo tratar estas dificultades añadidas y, en lo posible, cómo superarlas, cobra aquí mayor relevancia. Sin embargo, no se trata en estas páginas de proponer un sistema metodológico infalible, sino de hacer una reconstrucción parcial y a posteriori de las dificultades prácticas que se han encontrado a la hora de llevar adelante todo el proceso de entrevista.

La intención de este apartado es, así, muy modesta. Se intenta, básicamente, revelar cómo algunas de las dificultades "clásicas" de las entrevistas han afectado a la experiencia presentada en este estudio, se discuten con ello problemas que preocupan particularmente al autor a la hora de abordar la práctica de la entrevista y también se intenta que todos estos argumentos ayuden a cubrir el objetivo de este capítulo de justificación de la metodología utilizada. Combinaré la exposición de estos particulares con ejemplos ilustrativos de otras investigaciones sobre temáticas cercanas a la tratada en la tesis. Por tanto, no se persiguen aquí destinos muy ambiciosos, que revisen una por una las fases canónicas de la recogida de datos a través de las entrevistas y aporten innovaciones relevantes, o que presenten en profundidad las diferentes escuelas metodológicas en análisis de datos. Estos objetivos más ambiciosos desbordan las pretensiones y las posibilidades del autor de este trabajo, que confía en que las lecturas y consultas realizadas en manuales y otros textos especializados en metodología de la investigación evidencien lo menos posible las carencias que aquí se puedan mostrar.⁵⁰

⁵⁰ Como es bien sabido por quienes han emprendido procesos de investigación mediante entrevistas, los manuales sobre cómo realizar entrevistas en profundidad dejan, por lo general, una sensación algo decepcionante. Cuesta mucho trabajo aplicar las recetas propuestas por los diferentes autores al contexto de investigación del interesado. Lo prolijo de las convenciones enumeradas en los textos más formalistas acaba por inmovilizar y lastrar la realización de una entrevista -¿qué ocurre si el entrevistador es demasiado joven o demasiado simpático o su sexo no se corresponde con el canon de investigador-entrevistador ni con las particularidades de los entrevistados?-. Pese a todo, y mejor o peor, las entrevistas acaban saliendo, basta controlar los aspectos que puedan condicionarlas y suplir las potenciales carencias sabiendo aprovechar los recursos con los que se cuenta. Hecha esta salvedad, se reseñan a continuación los textos que han servido al autor para prepararse mejor, sin demasiados fardos, en el terreno sinuoso de las entrevistas, en su realización y en su análisis. Todos estos textos combinan equilibradamente los buenos consejos para la práctica y una postura anticonvencional fruto de la experiencia: Alonso (1998); Beaud y

1.-Las funciones de la entrevista como práctica conversacional semiabierta: indagar sobre el “mundo de relaciones” del entrevistado

En la línea de definición que hemos adelantado al inicio de este capítulo, la entrevista abierta es un procedimiento útil para obtener información de carácter pragmático acerca de cómo los sujetos “actúan y reconstruyen el sistema de representaciones sociales en sus prácticas individuales” (Alonso, 1994). En palabras de Alfonso Ortí (1989), la función más destacada de la entrevista abierta es reproducir las “coordinadas motivacionales de un sujeto típico de la clase de referencia”. La entrevista permite organizar conversacionalmente la información sobre las vivencias y las prácticas de sujetos concretos de un grupo determinado, que expresan subjetivamente juicios sobre su situación actual y futura y su trayectoria vital. Las representaciones de un determinado proceso social -en nuestro caso el paro- son actualizadas por los entrevistados y la entrevista puede recoger sus comportamientos empíricos. Ángel de Lucas (1996) señala cómo la entrevista se halla en un terreno intermedio entre el campo puro de la conducta (el hacer) y el ámbito de la lingüística (el decir): la entrevista permite profundizar en el “decir del hacer”.

En la entrevista, quedan también registradas las representaciones estereotipadas de una determinada realidad social. Las racionalizaciones de los sujetos entrevistados acerca del tema objeto de investigación dejan ver cómo sus prácticas están contaminadas por estos estereotipos, que pueden captarse en la entrevista y analizar posteriormente su significado. En nuestro caso, los discursos estereotipados sobre el paro tienen una fortísima incidencia sobre los parados. Las instituciones que gestionan y controlan sus situaciones de desempleo y los propios medios de comunicación moldean su decir y su hacer. Si bien los grupos de discusión abordarían con mucha eficacia esta tarea, las entrevistas pueden servir para cubrir una aproximación estratégica e inicial a la exploración de los significados de estos discursos más

Weber (1998); Blanchet y Gotman (1992); Bourdieu (1993); Callejo (2001); Fraser (1990); Ibáñez (1979); Lapassade (1991); Lucas y Ortí, (1995); Marinas y Santamarina (1993); Ortí (2000); Thompson (1988).

cristalizados y, a la vez, registrar las innumerables prácticas y vivencias concretas que jalonan la situación de los parados. De igual manera, aunque las historias de vida permiten ahondar más en las biografías y en la trayectoria vital de los sujetos, la entrevista abierta con intenciones retrospectivas consigue perfilar esta dimensión de itinerario, que en nuestro caso aporta una información muy significativa.

El valor heurístico de las entrevistas recoge las redes de significación de las experiencias del sujeto, por ello en la entrevista no se trata sólo de que el entrevistado describa, sino de que hable sobre lo que describe. De esta forma, se puede articular la experiencia personal en lo colectivo, tal y como Blanchet y Gotman sugieren que puede proceder la entrevista: “articular la experiencia personal, concreta, práctica, singular, situada en el tiempo y en el espacio social, y los marcos de acción colectivos en los que pueden ser comprendidas y deben ser interpretadas. Captar la traducción personal de los hechos sociales que se quieren estudiar, requiere buscar el texto conjunto de las experiencias personales y de los marcos colectivos tal y como son religados en la práctica.” (Blanchet y Gotman, 1992: 28).

Las investigaciones más recientes del neurobiólogo Daniel Siegel ofrecen, de forma imprevista, pero muy oportuna, determinados argumentos que revalorizan el papel de las entrevistas y de cualquier tipo de narración autobiográfica. En *La mente relazionale. Neurobiologia dell'esperienza interpersonale* (2001) Siegel expone cómo su concepción dinámica e interaccional del funcionamiento de la mente humana se contrapone a las concepciones naturalistas y cognitivistas tradicionales, para las que la mente es una entidad natural capaz de gestionar información, una especie de ordenador biológico con un disco duro cerebral. Por contraposición, las últimas investigaciones de Siegel plantean una explicación muy diferente: la mente es producto de las interacciones entre experiencias interpersonales y estructuras y funciones del cerebro, esto es, nos hallamos frente a una entidad social que, en palabras de Siegel “sintoniza a través de procesos de comunicación emotiva, y de interconexión con otras mentes”. Su propuesta es

interpretar el principio de continuidad y de integración de la mente humana en el marco de la capacidad propiamente humana y lingüística de construir narraciones, y en particular, narraciones autobiográficas. Al contar historias, podemos comunicar verbalmente a otros, y también a nosotros mismos contenidos ocultos o temas emocionales de nuestra memoria implícita que, de no ser así, quedarían inaccesibles a la conciencia. Este puede ser uno de los motivos de que el hecho de tener un diario o establecer comunicaciones íntimas con otras personas pueda tener profundos efectos organizativos sobre la mente: nos permiten modular nuestras emociones y dar sentido al mundo que nos rodea. La integración que surge de narraciones coherentes tiene influencia directa sobre los procesos de autorregulación. (Siegel, 2001).

En este sentido, la narración autobiográfica a través del lenguaje es la “máxima prestación cognitiva” y humanizante de nuestra mente, por esto, el intento de narrar y de comprender es constitutivo de ella. Las entrevistas son el discurso de un sujeto que no es un individuo aislado sino un “mundo de relaciones”, que se comienza a expresar ya en la relación de encuentro que provoca la entrevista. Dicho encuentro tiene una dimensión interpersonal, que dinamiza la situación y que es la condición básica de su productividad. Más allá de todas las pautas estandarizadas de realización, la entrevista tiene como elemento motor esta carga emotiva, que, además, hace a cada una diferente de las otras, con mayor o menor riqueza, y donde la búsqueda de control por parte del entrevistador no excluye el riesgo que proviene del “yo narrativo” que cobra forma en los relatos y experiencias del entrevistado. La estructura narrativa hace que en las entrevistas no encontremos un yo objetivo, una representación exacta del yo, sino este “yo narrativo” que ofrece explicaciones acerca de la realidad y confiere identidad a los datos más referenciales y objetivos. Paul Thompson destaca que: “la razón más poderosa en pro de una entrevista que discurra libremente se presenta cuando su objetivo principal no es la obtención de información o evidencias por sí misma, sino un registro “subjetivo” de cómo un hombre o una mujer contempla su vida en conjunto o una parte de la misma: Precisamente el modo en que hablan de ella, cómo la ordenan, qué enfatizan, qué omiten, las

palabras que escogen, son importantes para la comprensión de toda la entrevista.” (Thompson, 1988: 224). Maquillar la realidad, ofrecer relatos sobre nuestras vidas, mostrar una representación del yo, olvidar y recordar “selectivamente” son algunas de las fuentes de sesgo que se presentan constantemente en el contexto de la entrevista y que provienen de su propio carácter de “narración conversacional”. Además de ser imposible, pretender depurar la entrevista de estos sesgos sería, como recalca el mismo Thompson, “depurarla de vida humana”.

Con todo, la estructura dialógica de la entrevista abierta no está exenta de una serie de premisas de carácter más práctico que el investigador ha de conocer y respetar: el conocimiento del campo y del contexto en que se mueven los entrevistados; la selección de éstos; los diversos tipos de información que se pretende recoger; los instrumentos que posibilitarán esta recogida -el guión-; el tipo de directividad y el ritmo de las interacciones. Todos estos aspectos son los que, llevados a cabo con minuciosidad, permitirán hacer de la entrevista un instrumento de investigación que permita construir capacidades discursivas y producir significaciones sociales. Aquí no se van a desarrollar a fondo todos estos detalles, salvo aquellos más concretamente referidos a la presente investigación, pero sí es preciso señalar que, aunque este no sea el lugar idóneo para tratarlas, estas consideraciones de carácter más práctico, con la consiguiente inmersión reflexiva en el proceso de diseño y realización de las entrevistas, son esenciales para distanciarse de los riesgos aparejados a una práctica mecánica, de mera recopilación de datos a través de una entrevista pregunta/respuesta, que abunda en la Sociología. Este estilo estandarizado de investigación convierte al entrevistador en un distante recolector de datos, ajeno al sentido que encierra la práctica de la entrevista para el entrevistado, y a éste último, en un ejemplar humano anónimo y cosificado, víctima de la objetivación⁵¹.

⁵¹ No hay que olvidar que una de las críticas más justificadas hacia la entrevista está relacionada, precisamente, con las limitaciones de ésta a la hora de generar calidad dialógica en una práctica conversacional. Para Javier Callejo, las entrevistas abiertas son limitadas en cuanto a su posibilidad de intercambio ente entrevistado y entrevistador. El entrevistador es un receptor que solo asume el papel de emisor para que el entrevistado prosiga su trabajo

Jean-François Laé (1989) ha distinguido entre el diálogo y la conversación en la investigación social. El primero podría estar asociado a la entrevista semiestructurada, que supone una falsa reciprocidad entre entrevistador y entrevistado y una fuerte vulnerabilidad de éste último debido a su posición inferior en el cruce de palabras entre el experto y el 'bandido'. Desde su enfoque etnográfico, Laé apuesta por la conversación "desinteresada, sin acoso, en la charla ligera, esto significa rehabilitar la narración, seguir la pista del sentido, liberarse de tener que buscar la causa última" (Laé, 1989:19). Transformar al entrevistado en analizador de las prácticas sociales, esta es la única manera para él de hacer una Sociología del presente, intensamente abandonada por los sondeos y por las instituciones que solo recogen información para la gestión.

2.- Recuerdos y celos: las entrevistas abiertas en la investigación social

Muchas buenas investigaciones realizadas a través de entrevistas dedican un capítulo a describir las vicisitudes, divertidas muchas veces, que se han encontrado a lo largo del proceso de realización. Las curiosidades son muy frecuentes porque las dificultades "del directo, del cara a cara" las hacen inevitables. Más allá de los olvidos varios, las pilas a punto de gastarse o de cuando el entrevistado se presenta con acompañantes dispuestos a compartir la experiencia, se abre un campo de dificultades que aquí conviene tratar en relación con la particular recogida de información que esta tesis presenta⁵².

de emisor. "Sustancialmente, no hay alternancia de papeles. Se trata de un diálogo frustrado. Frustración que lleva a agrandar las posiciones en el proceso de comunicación y la distancia en el proceso social entre emisor y receptor". Conocer estas limitaciones de la entrevista es imprescindible, si no para evitarlas, sí para controlarlas.

⁵² Entre las diversas ciencias sociales, la Etnología y la Antropología son particularmente proclives a este tipo de preocupaciones ligadas a la praxis y a la deontología. Numerosos artículos de este tipo salpican los sumarios de la sugestiva revista *Ethnologie Française*. Igualmente, un reciente número monográfico de la *Revista de Antropología Social* nº 9/2000 puede servir como ejemplo del alto grado de preocupación que las relaciones con los informantes y las condiciones en que se desarrolla la observación plantean a la Antropología. En este mismo número, Castillo (2000), preconiza el "camino del trabajo de campo" y el retorno al terreno para lograr una Sociología que "sale a la calle, entra en las fábricas, oye el latir de los sentimientos y vivencias de las personas y se atreve a interpretar esa situación". En su artículo, en clave de desiderátum sobre las aspiraciones de la Sociología, se exploran las conexiones entre ésta y la Antropología o la literatura.

Realizar entrevistas abiertas no es un proceso sencillo. Lo que podría llamarse el diseño técnico -fijación de las cuotas de entrevistados, decisión sobre los contenidos y elaboración de una guía de entrevista, determinación previa sobre el grado de directividad en las fases de la entrevista, etc.- es relativamente sencillo y requiere sólo conocer el terreno, encontrar lugares donde captar potenciales entrevistados y seleccionar a las personas concretas mediante los procedimientos que puedan garantizar que ellas representan ese "sujeto típico de la categoría de referencia" (Ortí, 1989) que se quiere estudiar. A partir de ese momento, en los instantes previos a la entrevista y en la propia interacción con la persona entrevistada, es cuando las dificultades y complicaciones se hacen más agudas. Afortunadamente, cuando la entrevista está lanzada, se disipan los temores más inminentes, pero queda un resto de problemas y conflictos que no desaparecen fácilmente y requieren una discusión que se abordará en los siguientes epígrafes.

3.- Las dificultades de la entrevista: la intromisión

Es cierto que los manuales sobre técnicas de investigación dedican, en el capítulo dedicado a la entrevista, una buena cantidad de páginas a lo que podría interpretarse como un catálogo de instrucciones para el aspirante a entrevistador. Destinadas a reducir la inseguridad del principiante, cumplen tal vez su función, pero la mayoría de estas publicaciones olvidan un principio fundamental: ¿qué hay que hacer cuando las instrucciones aprendidas no pueden cumplirse? En muchas ocasiones, el medio en que se realizan las entrevistas es absolutamente inhóspito para los convencionalismos técnicos y se impone una adaptación que obliga a cambiar de táctica. En este sentido, las dificultades de la realización de entrevistas se omiten muy a menudo en los textos mencionados, si acaso quedan meramente enunciadas, y en definitiva cada uno ha de hacerse cargo de ellas en su propia investigación. Entre las más insidiosas encontramos: la desconfianza, el miedo al control, las dificultades lingüísticas, las distancias intelectuales y vitales entre entrevistado y entrevistador, la agresividad y la no respuesta, la violencia simbólica al recordar lugares sociales y episodios negativos, la intromisión, el

temor. Fraser (1990) habla del miedo mutuo de ambos interlocutores. Si el grado de implicación y la sensibilidad de quien investiga es grande, todos estos obstáculos pueden generar un estado de examen de conciencia continuo sobre su papel como investigador, que, como señala Loïc Wacquant (1996), puede generar angustias y bloqueos analíticos difíciles de superar. Exteriorizar todos estos gajes del oficio es conveniente para el autoanálisis y el análisis de las entrevistas.

La lista anterior podría ampliarse ya que al comenzar una entrevista se inicia la construcción de una "narración conversacional", que, como ya hemos visto, consiste en producir un discurso conversacional continuo y con una cierta línea argumental sobre un tema definido en el marco de una investigación. Este proceso de recolección de información permitirá construir el sentido social del grupo de referencia investigado (Alonso, 1994). No es un proceso simple, como podría ser el de una entrevista estructurada, ya que en la entrevista abierta se vehiculan, a través del lenguaje hablado, experiencias personales y biográficas exclusivas, que llegan, probablemente, por primera vez a la investigación social y son apropiadas e instrumentalizadas por ella.

Luis Enrique Alonso (1994) ha señalado cómo, por todo lo dicho, la entrevista abierta no se pliega bien a la facticidad. En cuanto a su definición como herramienta metodológica, es refractaria a los criterios cientifistas: no se ajusta a reglas fijas; es un proceso comunicativo irreproducible e irreductible para contrastar o falsar hipótesis y no permite la generalización. Por el contrario, la utilidad de la entrevista se encuentra, sobre todo, en la capacidad de multiplicar el potencial de interpretación de los discursos obtenidos a través de ella.

Algunas otras indicaciones nos hablan de la complejidad de la a primera vista sencilla y asequible entrevista. En un pequeño texto incluido en *La misère du monde*, Pierre Bourdieu (1993) califica la entrevista como una "relación social" que ejerce efectos sobre los resultados obtenidos y que hay que practicar para conocer sus posibles limitaciones. En este mismo sentido, Stéphane Beaud y Florence Weber (1998) hablan del sujeto entrevistado no

como un ente aislado, sino un “nudo de relaciones”, con lo que la entrevista ha de apoyarse necesariamente en la “norma de la reciprocidad”. Luis Enrique Alonso resume bien estas sugerencias empleando el término de “constructo comunicativo” basado en una dialógica conversacional. La entrevista es, así, un sistema comunicativo que se retroalimenta y en el que los dos miembros de la relación comunicativa están sujetos a dos operaciones básicas: la de transmitir información (plano referencial o de contenido) y la de relación e interacción con el otro. Estas relaciones generan un sistema de equilibrio inestable en el que se contrapesan secuencias comunicativas en una relación potencialmente conflictiva. En este “contrato comunicativo”, que se soporta en las intervenciones de los dos participantes con diferentes sentidos y lugares, son muchos los factores que pueden enturbiar su frágil equilibrio. Desde las dificultades de la directividad -el grado de intervención del entrevistador y de la interacción verbal-, hasta las tensiones y la angustia de las situaciones de confianza, pasando por toda una gama de situaciones relacionadas con la contextualización de la información íntima recibida en el marco exterior de la investigación, o con el conocimiento por parte del entrevistador de la realidad y del contexto en el que se mueve el entrevistado (Alonso, 1994).

En nuestro caso, este contexto es el de los parados de larga duración y, aunque, como se ha mostrado arriba, no se hallan, por lo general, en situaciones de deterioro social alarmantes, sí se incluyen entre las figuras que se convierten en foco de atención social, lo que podríamos llamar un “mundo aparte”, que es objeto de las miradas y comentarios del conjunto de la población y de la acción social pública. Sobre ellos se lanzan miradas compasivas o severas, son objeto de tratamiento, a veces cercano a la medicalización, cuentan con instituciones dirigidas a ellos y la gente común mantiene una escucha social sobre sus avatares. No en vano el paro ha sido, desde su aumento en la década de los ochenta, la primera preocupación de los ciudadanos españoles, solo sustituido por el terrorismo en momentos más recientes y puntuales. Esta preocupación cobra forma y se construye al conjugarse, por un lado, el alto grado de incidencia que el paro ha llegado a

tener y, por otro lado, la respuesta política y mediática que sobre él se ha producido. En otros lugares de esta tesis, se han expuesto algunas de las “sombras” que el paro y los parados proyectan y que quedan cristalizados en la “preocupación popular”: el fraude, la pereza, la inutilidad social, el fracaso o, en otro sentido, el parado como mártir, afectado, resultado de una sociedad que se desintegra.

En las entrevistas que hemos realizado a los parados, estos son interpelados en cuanto a su situación de desempleo, y a la hora de establecer con ellos la comunicación y proponerles la entrevista, flotan estas cristalizaciones negativas sobre su condición laboral, y no sería exagerado decir que se observan entre ellos reacciones de rechazo inicial a la intromisión que supone la entrevista, del estilo de “mencionar la soga en la casa del ahorcado” o “hurgar en la herida”. En el curso de la entrevista, cuando han transcurrido algunos minutos, el rozamiento es menor y la conversación es más fluida. Es muy frecuente ver cómo los parados se esfuerzan entonces por mostrar que son algo más que parados. Es muy significativo entre ellos el esfuerzo por evacuar al máximo esa figura negativa de parado definida socialmente, exponiendo otros gustos, actividades, justificaciones que indiquen que el entrevistado protagoniza su propia vida, y no la esquemática y árida existencia de un parado. Esta lucha por no ser identificado forma parte, necesariamente, del análisis previo de las entrevistas y de los textos que éstas producen. Tal vez hubiera sido más tranquilizador encontrar en los parados entrevistados un calco de las imágenes sociales que de ellos se producen: propensos al fraude y a la especulación con su subsidio, deprimidos o angustiados al borde de la desdicha social, como ese parado del que con simpatía canta el grupo *La Cabra Mecánica*, que, sedado y fatal por el paro y la crisis mundial, desea ser vegetal, “vegetal pa los restos”.

Pero esto no es así. Las variadas situaciones que hemos encontrado incluyen estas y muchas otras imágenes que podremos ver en el análisis de las entrevistas. Las facetas de alguien que se encuentra en una situación de desempleo prolongado no se agotan en sus imágenes más estereotipadas. Lo

que cuenta en los siguientes apartados es indagar sobre las dificultades que condicionan la realización práctica de las entrevistas, pues conociéndolas y discutiéndolas se alcanzará una mejor comprensión de todo el proceso.

En principio, es necesario reconocer que acudir a los parados e iniciar un contacto comunicativo con ellos dispara una serie de mecanismos defensivos - de rechazo, de autocompasión, de temor al control, de incertidumbre, entre otros-, dirigidos a sacudirse las imágenes negativas que sobre ellos se proyectan y que obstaculizan la plasmación de la materialidad de su situación

Algunos ejemplos de otras investigaciones realizadas sobre colectivos donde pueden encontrarse dificultades similares a las de los parados tratados en esta tesis, pueden ilustrar mejor esta reflexión sobre la práctica de la entrevista que abordamos en este capítulo.

Es de particular interés una investigación que por su temática puede representar un caso extremo en el que podemos calibrar el funcionamiento de diferentes obstáculos, como la fuerza de los estereotipos o las imágenes negativas sobre los personajes entrevistados, a la hora de realizar entrevistas. Se trata de las investigaciones de Patrick Bruneteaux y Corinne Lanzarini (1998) sobre lo que ellos definen como sub-proletariado urbano y que se compone de personas jóvenes en situaciones agudas de penuria y mendicidad, con los habituales daños vitales que causan en quien las sufre.

El caso es extremo porque todas las prevenciones que los autores habían supuesto a la hora de realizar las entrevistas se quedaban cortas en el momento de afrontar la realidad del medio subproletario: la entrevista abierta, con una selección del entrevistado, el establecimiento de un "contrato comunicativo" y un comienzo y un final definidos eran prácticamente imposibles de llevar a cabo. Cualquier protocolo de entrevista, medianamente riguroso, se desmontaba frente al cúmulo de dificultades que la situación desataba⁵³: "cuando organizábamos encuentros individuales o

⁵³ Más adelante (6) detallaremos los ajustes y adaptaciones que algunos autores han realizado a la práctica de la entrevista como procedimiento de recogida de información cuando sus investigados ponían fuertes resistencias o, simplemente, "no se dejaban".

colectivos con jóvenes de los barrios en gimnasios, en los bajos de los bloques o en salas de animación cultural, presentados por los animadores juveniles que trabajan con los jóvenes, nuestra llegada paralizaba a todos, provocaba un inquietante silencio, que precedía a un parloteo generalizado o a risas ahogadas que nadie explicaba cuando se le daba la palabra. La sola presencia del micrófono polarizaba la atención de todos los jóvenes (por miedo a ser reconocido, por desconfianza respecto a cualquier tipo de encuestador, por vergüenza a expresarse en “francés” oficial-culto). Muchos no asistían a las citas y, en conjunto, cuando un entrevistado se encontraba cara a cara con un entrevistador, este último se parecía a un cómico que planteaba las preguntas y daba él mismo las respuestas.” (Bruneteaux y Lanzarini, 1998:158).

Las dificultades mencionadas por estos autores no se paran aquí, el formato estándar de la entrevista tiene otros muchos problemas de fondo. Las personas entrevistadas pertenecen a un medio en el que el nomadismo dificulta el detenimiento que requiere la entrevista. El tiempo, aparentemente vacío de los subproletarios es un tiempo “vital”, un tiempo de trabajo o de supervivencia -pedir limosna o alimentarse en un comedor social- cuya interrupción es una auténtica intromisión por parte del entrevistador. El lenguaje marca distancias insalvables por muy delicada que sea la sensibilidad con que se emplee: conceptos como trayectoria o recorrido, de los que parte el investigador, tienen poco sentido allí donde no hay un proceso de acumulación, como ocurre en la vida de estas zonas apartadas de la ‘normalidad’ social.

Otra importante complicación reseñada por Bruneteaux y Lanzarini se refiere a toda la gama de respuestas defensivas o alternativas que el entrevistado pone en marcha para combatir la violencia cultural que la situación de entrevista genera. La primera es el ‘onirismo’ social: los pobres están ansiosos por “soñar” y la situación de entrevista es un medio ideal para ello. Deben además ocultar su fracaso: en este caso, el onirismo es un recurso defensivo. En este escenario de sueños, los subproletarios expresan sus deseos o

refuerzan su valía exagerando los gestos de honor y prestigio que se valoran en su medio.

La segunda es la expresión patente de violencia por parte del entrevistado, que se convierte en un recurso defensivo dirigido a romper la ansiedad que provoca el marco de la entrevista, pero que, a la vez, impide mantener un intercambio relacional. La “provocación” de los recuerdos dolorosos es respondida violentamente con rechazos, monosílabos e incluso con tonos verbales amenazantes. “Es como si estos colectivos no pudieran “entrar” en el marco de la entrevista formal más que alejándose de la interacción misma (onirismo) o aproximándose demasiado marcando fuertemente las distancias (enfrentamiento).” (Bruneteaux y Lanzarini, 1998: 161).

4.- Descubrir los estereotipos en la entrevista abierta

Uno de los problemas que se ha presentado a lo largo de la realización de nuestras entrevistas ha sido la presencia de estereotipos que los entrevistados reproducen invariable y reiteradamente. Dicha presencia es más que esperable en la mayoría de las entrevistas, sobre todo en las realizadas a personas que representan figuras fuertemente sometidas a la creación de este tipo de moldes. Cuando se solicita a un parado realizar una entrevista, el riesgo de recoger una serie de tópicos prefabricados, condensados, es grande. En su extremo, anula la utilidad de la propia entrevista, que huele a estereotipo desde el principio hasta el final. Los parados reproducen estos modelos simplificados para ajustarse a las imágenes socialmente aceptables que de ellos se construyen. La principal imagen es la del “buen parado”, el “buen buscador de empleo”, que se formula en positivo en términos de: “busco empleo activamente de muchas maneras” o “el papel de la formación es bueno para salir del paro”; “tengo que adquirir experiencia” o “hay que ayudar a los empresarios a que creen empleo”. Estas explicaciones estereotipadas eximen al parado de cualquier explicación más a fondo de la situación de paro y guían su percepción de la realidad.

Los estereotipos son generados o reforzados por una serie de relaciones y contactos institucionales más o menos formales que comporta el hecho de ser

parado. De entre estas relaciones, las más formalizadas tienen una enorme fuerza creadora y fijadora del estereotipo. Por ejemplo, los psicólogos y otros operadores profesionales divulgan la tecnología actitudinal que todo buen parado debe poseer en términos de recursos y habilidades para encontrar un empleo: motivación, autovaloración, buena disposición y presencia pulcra. Los parados reciben en sus cursos de formación ocupacional módulos de búsqueda de empleo, que incluyen como plato fuerte todo un recetario de pequeñas prácticas imprescindibles para comportarse como es debido, agradar y poder encontrar un empleo. Esta tecnología se concreta en fórmulas de estilo y etiqueta, que han de seguirse en las entrevistas de trabajo, o en una liturgia de cumplimiento obligado para alcanzar el reino del empleo -envío de currículum, asistencia regular a las oficinas de empleo, capacidad para recibir formación y disposición para aceptar los trabajos propuestos-.

En conversaciones informales con los monitores de los módulos de búsqueda de empleo, hemos podido apreciar cómo estos pequeños cursillos son generadores y transmisores de comportamientos forzados y estereotipos. La ortopedia, el sutil estilo correccional y la severidad protocolaria caracterizan a estos módulos que, sin embargo, se presentan rodeados de un atractivo que inicialmente cala en los parados. Básicamente estos cursos se pliegan a las leyes del mercado y juegan a presentar la búsqueda de empleo como un proceso en el cual buscador y empleador tratan de encontrar algo y ponen en marcha sus recursos para realizar una buena elección. El objetivo del monitor del curso es desarrollar las habilidades del parado para enfrentarse a esta lucha por conseguir empleo: seguridad, motivación, saber estar. A pesar de los eufemismos -en los que el parado se convierte en el "oferente de un servicio"-, es difícil disimular la situación de asimetría y la posición de inferioridad a la que se enfrenta el parado en una entrevista. El módulo en su totalidad se convierte en una legitimación de la desigualdad entre quien solicita empleo y quien tiene el poder de concederlo. Asimismo, las tácticas concretas propuestas constituyen un catálogo de medidas para aceptar esta desigualdad, comportarse equilibradamente y no incomodar al empleador: un auténtico manual de buena conducta para acoplarse a las reglas del juego.

En una reciente investigación sobre este tipo de módulos de técnicas de búsqueda de empleo, Sophie Divay (2001) confirma alguna de las observaciones anteriores. Ella llega a hablar de una “manipulación formal” provocada por los métodos de inspiración conductista que orientan el funcionamiento de los cursos. Su análisis de los “círculos de búsqueda de empleo”, puestos en marcha por los servicios de empleo franceses, que se inspiran para ello en experiencias americanas y canadienses, explicita los mecanismos de funcionamiento de estos círculos: el refuerzo positivo, el estilo directivo del responsable del curso, la firma de un contrato por parte del parado en el que se compromete a comportarse como un buen parado y, finalmente, los grupos de ayuda y el enfoque positivo. Todos estos procedimientos se asemejan a las terapias grupales empleadas para tratar diferentes adicciones y que, por lo general, individualizan el fenómeno que tratan. De hecho, en la investigación de Divay, los propios parados lo identifican como una terapia de grupo.

Además de los psicólogos, de los que se podría decir que tienen una presencia activa, otra figura generadora de estereotipos es el funcionario del INEM, cuya presencia es más bien pasiva y se limita a “aplicar las leyes”. Esta actitud parapolicial intenta que todos los parados se ajusten a los procedimientos y al funcionamiento pautado y reducir los casos extraordinarios: los parados poco motivados, los falsos parados o los abusos de los defraudadores potenciales. Muchos de estos procedimientos provienen de esferas superiores en las cuales los operadores del INEM no han intervenido y que aplican sin rechistar. Esto les lleva a dispensar un trato robotizado y frío que los parados aceptan mal. En la división del trabajo interna al funcionamiento de los servicios de empleo, los trabajadores cara al público del INEM también han interiorizado que la gama de soluciones propuestas por los psicólogos son adecuadas y así las presentan a los parados, canalizando a éstos hacia la orientación, la formación, las ofertas de empleo u otras formas de intervención programadas.

Estas figuras profesionales contribuyen a generar estereotipos que se manifiestan en las entrevistas como secuencias repetitivas, programadas o

predecibles, y a través de una artificialidad y acoplamiento de la historia personal a la historia "oficial": si estás en paro será porque no tienes formación, no estás motivado o no aceptas los empleos que se te proponen. Nuestros entrevistados "aprenden" mediante estos contactos institucionales qué es un parado y construyen historias aceptables acordes a esa definición. La repetitividad que hemos encontrado en nuestras entrevistas y la escasa capacidad de análisis entre los entrevistados acerca de su propia situación revelan el fuerte peso que la definición oficial de parado ejerce sobre ellos, lo que les libra y les aleja de construir una visión propia acerca de los porqués sociales del paro. Ciertamente, en las entrevistas cuesta mucho trabajo conseguir que los entrevistados se despojen del disfraz que les proporciona el INEM y remuevan el fondo de su experiencia de paro.

Por otro lado, tu presentación como experto sociólogo produce, de rebote, el que los entrevistados refuercen sus estereotipos: "¿no sé si sabré responder?" esta interrogación se presenta implícita y, muy a menudo, explícitamente a la hora de concretar la convocatoria de entrevista. Probablemente, el entrevistador es percibido como un técnico más, otro más, que pretende verificar si se es un parado como es debido. Incluso puede ser percibido como un representante delegado de las altas instancias políticas sobre el cual depositar algunas quejas o sugerencias para "mejorar el servicio".

Las cautelas por parte del entrevistador para no multiplicar todos estos efectos de estereotipo son numerosas. A veces, por más esfuerzo que se realice, el propio marco convencional de la entrevista, por muy liviano que sea, los desencadena: el parado sabe que le preguntarán determinadas cosas y tiene las respuestas medio preparadas. Cuando el entrevistador se sale del guión y pregunta a fondo, puede producir un gran desconcierto en el entrevistado, que parece no comprender nada. En términos metodológicos, resulta muy contradictorio no seguir la trayectoria de un parado preguntándole por su recorrido educativo, laboral, por sus antecedentes y su situación familiar o por sus vivencias como desempleado. Sin embargo, hay que tener en cuenta que estas preguntas son encajadas con sorpresa y con

cierta extrañeza por el parado y corremos el riesgo de que los entrevistados se ajusten a las historias ya construidas y atribuyan su situación de parado a los enchufes, al fracaso escolar, a la falta de experiencia, a la falta de formación o a la mala situación económica del país en abstracto (incluso cuando la percepción social de la economía no sea mala, para un parado la situación económica casi siempre lo es). Todos estos motivos explicativos de su situación pueden ser mencionados a la vez y mezclados por parte del entrevistado, sin discriminar, sin aplicarlos a un análisis propio de la situación personal y, por supuesto, como parapetos para no tener que realizar un análisis social a fondo de las causas del desempleo.

5.- El efecto interrogatorio: una dificultad difícilmente subsanable

La entrevista se asocia fácilmente con un procedimiento de control: entrevistas de trabajo, policiales o judiciales. Aunque más disimuladamente, las entrevistas con fines de investigación social tampoco se desprenden de esta imagen de control. En muchas ocasiones, el adjetivo social no engaña a nadie sobre el sustantivo que le precede: investigación. Así ha sido a lo largo de la historia de la Sociología: cuando los científicos sociales han descendido al terreno y han utilizado la observación o la entrevista lo han hecho, muy habitualmente, con un estilo detectivesco y con la pretensión, incluso formal, de un inspector de policía que trata de aclarar los hechos para sus superiores. El control del acatamiento de la norma y de sus desviaciones ha hecho imprescindible esta presencia real de agentes "científico-sociales" que utilizan procedimientos técnicos basados en la entrevista.

Esta asociación de la entrevista con el interrogatorio de control no es despreciable. Históricamente, toda la tradición de encuestas sociales del XIX utilizó frecuentemente este procedimiento. Los celebres y muy divulgados reportajes sociales de Jacob Riis, dedicados a los barrios bajos y plagados de lo que hoy llamaríamos amarillismo o toda una gama de informes sociales realizados por funcionarios, "ingenieros sociales" o filántropos utilizaron la entrevista como medio de estudiar las condiciones materiales y morales de los pobres. Salvo honrosas excepciones, estos informes contraponían el

autocomplaciente modo de vida burgués con el sombrío y desordenado hábitat obrero, donde una siniestra miseria generaba comportamientos difíciles de catalogar, que asustaban y preocupaban a las autoridades y a los más acomodados. Como Françoise Barret-Ducrocq ha puesto de manifiesto, el XIX aporta a las tradicionales visitas a los pobres “la entrevista individual, durante la cual el visitado interrogado es invitado a sincerarse, y el informe cotidiano que, recopilado en publicaciones mensuales o anuales, incluye historias de caso ejemplares, reflexiones de carácter ético o administrativo y análisis estadísticos referidos a las poblaciones visitadas. (Barret-Ducrocq, 1995: 32). Más allá de las buenas intenciones, la visita que se hace usual en el último tercio del XIX está marcada por las finalidades de control: los visitantes se acompañaban frecuentemente por policías, las intrusiones en los hogares no eran respetuosas con los usos de los visitados, el tono moralizador y la dominación impregnaban la relación con los ‘investigados’.

En este sentido, el poder se estructura nítidamente en la situación de entrevista. El entrevistador tiene un gran control objetivo sobre el contexto formal, invade un espacio-tiempo que no es suyo y solicita entrevistar a un individuo “representativo” para sus finalidades científicas. Los criterios de selección del entrevistado raramente son explicitados a fondo y, así, éste se enfrenta a un desconocimiento e indefensión que fácilmente despierta sus sentimientos autoacusatorios, de culpabilidad, de incumplimiento o de haber infringido alguna norma. Desde el lado del entrevistado, la sensación de anormalidad social se convierte en un desasosiego que puede pesar a lo largo de la entrevista. Si no -se preguntará el entrevistado-: ¿por qué motivo este sociólogo ha venido a entrevistarme? ¿por qué me he convertido en objeto de atención de un experto que me convoca para ser entrevistado y aparece con su instrumental básico: una mirada técnica, una batería de preguntas diagnósticas y su grabadora con “pilotitos encendidos”?

En muchos casos, este panorama es suficiente para convertir la entrevista en un diálogo de sordos, donde el entrevistado se protege, merodea por las preguntas sin concretar, engaña, pide tímidamente o abiertamente

explicaciones... Pese a todo, la entrevista se realiza. Aunque no hay certeza de que la participación sea absolutamente voluntaria, los entrevistados acceden a ella llevados por una mezcla de supeditación al papel del experto, de poder expresar sus preocupaciones o demandas y, en algunos casos, como espacio donde reivindicar un lugar social.

Los entrevistados se relacionan con el poder de formas diferentes. Algunos confiesan o se confiesan, algunos se espantan ante él, otros lo aceptan sin analizarlo y admiten las respuestas que les vienen dadas, y, los menos, reaccionan y reivindican. En la mayoría de los casos, las sospechas y las incertidumbres iniciales se disipan y es posible crear la situación de entrevista, que es particularmente ágil cuando predominan los rasgos de la confesión o la reivindicación. La atención por parte del entrevistador no puede decaer ya que las oscilaciones entre estos diferentes estados pueden producirse al tocar determinados temas en el transcurso de la entrevista.

Si hay un predominio de la confesión o de la confidencia, el riesgo de caer en la autocompasión por parte del entrevistado crece y esto puede debilitar la amplitud temática y la profundidad de la entrevista. El entrevistado se reforzará en la construcción de una imagen ideal que ofrecer al entrevistador y se perderá el lado más real de las prácticas concretas que podrían ayudar a comprender el sentido social.

Si hay un predominio de la reivindicación, el entrevistado puede derivar hacia el papel de portavoz de la queja del grupo de referencia y abandonar así la narración conversacional de sus experiencias. En esta "politización" de la entrevista, el entrevistador corre el riesgo de tener que tomar partido, de ser considerado "de los otros" o de entrar en un debate al que le lleva el entrevistado. Bourdieu (1993) ha llamado la atención sobre cómo determinados "discursos de la autenticidad" por parte de los entrevistados esconden muchas veces una resistencia a la objetivación. Pese a la utilidad que puedan tener estos intercambios, conviene no perder de vista que este contagio de lo personal -en el sentido de problemas personales- dificultará algunos de los objetivos que pueden conseguirse a través de las entrevistas

concebidas como medio de comprender las "coordenadas motivacionales de un sujeto típico de la clase de referencia" (Ortí, 1989).

Dado que estos efectos no pueden evitarse fácilmente, ni siquiera controlando bien el proceso de selección de los entrevistados, el entrevistador habrá de moverse en este terreno resbaladizo y conocer su tema de manera que pueda cubrir las brechas por las cuales puede entrar el problema personal en la entrevista⁵⁴.

En muchos lugares y entre colectivos sociales estigmatizados, la entrevista de un sociólogo es vivida como un interrogatorio. El protocolo recuerda al empleado por otros profesionales: trabajadores sociales, policías, funcionarios de las oficinas de empleo. La mirada dirigida al entrevistador está cargada por los sentimientos de temor y antipatía que despierta el sentirse controlado. Las palabras dichas, y más si son grabadas, suponen un riesgo. En nuestro caso, hablar demasiado puede poner en peligro al entrevistado y desvelar comportamientos legalmente fronterizos o fuentes de ingresos paralelas a los subsidios oficiales. Ocultar información es, por tanto, una actitud lógica desde el lugar ocupado por los entrevistados. Encontrar modos de romper la rigidez de la entrevista y acceder a niveles más profundos de información es un esfuerzo necesario por parte del sociólogo. No hay que ahorrar esfuerzos a la hora de conseguir las pistas que permitan una mejor relación con los entrevistados y esto por lo general requiere renunciar al papel de sociólogo oficial y a las comodidades que conlleva. Como veremos en el epígrafe siguiente, cierta inventiva, una relativización del ideal de entrevista y lo que Bourdieu llama "un anticientifismo esmerado" son elementos imprescindibles en el trabajo del sociólogo-entrevistador.

⁵⁴ Esta invasión de los problemas personales se concretó en nuestra investigación, por ejemplo, en reiteraciones quejumbrosas sobre un despido injusto, que ha producido una herida que queda registrada en la entrevista de forma extremadamente obsesiva y repetitiva. O también en los ya comentados posicionamientos políticos, en los que el "representante sindical" que el parado lleva dentro, satura la entrevista y "expulsa" al parado de la entrevista. O por poner un último ejemplo, en un parado con una enfermedad no muy grave que se amparaba en ella autocompasivamente: narrar los síntomas de su enfermedad le resolvía el problema de tener que ponerse a reconstruir sus vivencias del paro.

En el caso concreto de los parados que se ha entrevistado en esta tesis, las dificultades relativas al efecto interrogatorio parecen menores que en otros colectivos de los que estamos hablando que se hallan en peores condiciones. Sin embargo, no dejan de darse muchas circunstancias que tienden a acentuar las posiciones asimétricas entre entrevistado/entrevistador y el tono dramático está presente y es intenso en algunas de las entrevistas. A primera vista, los niveles de información "restringida" son menores, aunque encubrir las actividades laborales sumergidas, que se simultanean con la percepción de un subsidio, es norma común.

Estas dificultades se ven acrecentadas por un rasgo común en las entrevistas realizadas: el paro es un terreno baldío en nuestra sociedad y las narraciones de los parados reflejan esta nada social. Su única expectativa es salir del desempleo y pareciera que no hay nada que mereciera la pena ser contado. Es cierto que para la mayoría de los parados en nuestro país, las actividades que rompen la monotonía del periodo de desempleo son pocas y no muy variadas - enviar curriculums, pasar por la oficina del INEM, recibir algún aviso de entrevista y realizarla-. En nuestra investigación, como ya hemos visto, el cursar un módulo de formación es una actividad básica y reconfortante, que suspende el tiempo de paro y alivia la presión de no encontrar empleo. En todo caso, en una sociedad tan marcada por lo laboral como la nuestra, es absolutamente infrecuente que este tiempo de no-trabajo de los parados se canalice y se oriente a dedicaciones que puedan ser consideradas como creativas por los propios parados y por la sociedad.

Pese a que las dificultades vitales y el grado de exclusión de los parados que nos ocupan son menores que en otros colectivos, el síndrome del interrogatorio se manifiesta desde el inicio de la entrevista, con la consiguiente impresión de que bastantes entrevistados se reservan información, están precavidos, rígidos, no profundizan. ¿Cómo superar estas dificultades que venimos exponiendo? ¿de qué manera puede el entrevistador adaptarse para crear una relación fecunda con el entrevistado sin tener esa

impresión frecuente, cuando se acaba la entrevista, de desconectar y huir con lo grabado?

Muchas de las respuestas a estos interrogantes conviene tenerlas claras en la fase de planificación previa al proceso de entrevista, otras provienen de la experiencia y solo se consiguen captar sobre la marcha. En todo caso, es interesante reflejar brevemente a continuación algunas de las formas de concretar el deseo de que la entrevista funcione bien, de anticipar un talante que pueda desbloquear las dificultades que estamos señalando. En definitiva, de hacer explícitas algunas de las pistas en las que nos hemos inspirado para conseguir tener más garantías de vivir las entrevistas como una experiencia provechosa.

6.- Una entrevista vernacular: contra una Sociología de mercado

En una serie de ensayos recogidos en *Le travail fantôme*, Ivan Illich (1981) se propone analizar cómo la economía mercantil se impone en el ámbito de la subsistencia material y pasa a dictar las normas del funcionamiento económico, quedando partes de la economía fuera del sector monetario: la "economía fantasma". Para estudiar estos dos ámbitos de la esfera económica y analizar su significación para las personas, toma como comparación el proceso de imposición y control burocrático que posibilitó la gramática de Nebrija y la consiguiente represión del hablar vernacular. La lengua que se fija en la gramática viene a poner orden en ese hablar vernacular, popular, espontáneo, libre y sin preceptos "que perjudica a la Corona". Illich señala que el término "vernacular" proviene etimológicamente de una raíz indogermánica que significa arraigo. En latín, *vernaculum* alude a lo que ha sido producido, criado en casa frente a lo que se obtiene a través del intercambio con el exterior. En la propia Roma, se emplea este término para diferenciar el hablar vernacular, construido con palabras y giros propios, de aquel otro más cuidado y proveniente de fuera. La imposición a lo largo de la historia del lenguaje elaborado desde fuera, contenido en la gramática y enseñado como lengua materna sobre el hablar vernacular, sin preceptos, es tomado por Illich como el "paradigma de otras muchas dependencias típicas de los humanos en

esta edad de las necesidades definidas por la mercancía” (Illich, 1981: 75), dependencias siempre producidas, mantenidas y gestionadas por los profesionales al servicio del control burocrático, en este caso por vía de la gramática.

Los dos largos ensayos en los que Illich describe el desarrollo histórico de las formas de control social a través de la lengua son una buena fuente de sugerencias para el proceso de entrevista que aquí se viene analizando. Quizá sea extremadamente ambicioso e ilusorio el intento de traer a comparación los procesos que analiza Illich y aplicarlos al caso de los parados, pero apropiándonos de sus argumentos, el propósito de estudiar mediante las entrevistas el espacio “vernacular” de los parados resulta ser sugestivo. Frente a toda la gama de “gramáticas” que se imponen y se les imponen para entender el paro que sufren: ¿pueden encontrarse esferas, distinciones, apreciaciones, valores “vernaculares” entre los parados que no logre aplacar la explicación oficial del desempleo?

Podemos adelantar que hoy son pocos los espacios no colonizados por el idioma oficial que hace hablar a los parados. El silencio que podría impulsar entre ellos una esfera vernacular está sistemáticamente negado por toda esta nueva gramática de la formación, de la falta de experiencia o de tener poca empleabilidad. Sin embargo, a pesar de esta explicación abstracta, impuesta por los profesionales de la gestión del paro, nuestras entrevistas tienen como objetivo prioritario intentar captar las propias explicaciones de los parados, que tantas veces no se corresponden con aquellas otras producidas por los expertos.

Perseguir esta intención ha favorecido, además, plantear las entrevistas con un tono formal ligero, que evitase al máximo el retraimiento de los entrevistados. Las pistas propias que hemos seguido, y las que hemos tomado prestadas a otros autores, nos llevan a considerar la entrevista como una relación que provoca efectos sobre los resultados obtenidos y que hay que controlar para reducir en lo posible la violencia simbólica que puede ejercerse a través de la entrevista. En *La misère du monde*, Pierre Bourdieu (1993)

escribe algunas interesantes notas sobre la entrevista como técnica de investigación. En esa obra, se presentan decenas de entrevistas que siguen los consejos recogidos en un pequeño texto incluido en el libro que tiene como título "*Comprendre*". *La misère du monde* fue criticada en su momento por los sectores más cientifistas de la Sociología francesa debido a la presunta falta de rigor metodológico. En cambio, sus planteamientos prácticos a la hora de encarar la entrevista se acoplan bien a esa finalidad de favorecer el "ámbito vernacular" de los colectivos por él estudiados, tocados todos ellos por la *souffrance* -por los daños provocados por el capitalismo salvaje *fin de siècle*-.

Bourdieu recomienda una escucha metódica y activa, que evite el dirigismo del cuestionario y que no caiga en lo que él denomina el "laissez-faire" de la entrevista en profundidad. Entre las condiciones de una "comunicación no violenta", Bourdieu propone controlar la estructura de la entrevista a través de la familiaridad y la cercanía del entrevistador con el tema investigado: esto le permitirá comprender -ponerse en el lugar del otro- y explicar. Intentar presentar y guiar bien la entrevista, de forma que tenga sentido para el entrevistado, es básico para la comprensión.

La posición del observador no debe anularse en la entrevista con el fin de acrecentar la neutralidad. Para Bourdieu la "construcción realista" de la entrevista pasa por la denuncia activa del sentido común y de su codificación discursiva en el hablar de los entrevistados. Esta postura activa por él preconizada puede neutralizar "la ilusión espontaneista del discurso que habla de sí", en la que se supone que el entrevistado narra libre y naturalmente sus vivencias, seleccionando para el entrevistador aquellas que son producto de la realidad que le afecta. Esta postura activa puede favorecer y guiar el autoanálisis del entrevistado, lo que conducirá un mayor grado de profundidad. La posición del sociólogo en la entrevista queda enunciada en la siguiente cita en la que se explicita el lugar del sociólogo en la investigación social: "El sociólogo no puede ignorar que lo propio de su punto de vista es ser un punto de vista sobre un punto de vista. Él no puede reproducir el punto de

vista de su objeto y constituirlo como tal más que situándose en ese punto de vista tan singular (y en cierto sentido tan privilegiado) donde hay que colocarse para estar en situación de captar (en pensamiento) todos los puntos de vista posibles” (Bourdieu, 1993). El observador, en este caso, no existe fuera del sistema observado, sino que surge o resurge en el sistema mismo que observa.

Además de cuidar la interacción durante la entrevista y pensar sobre la posición del investigador, otro de los requisitos para conseguir una buena práctica de la entrevista es adaptarse y ajustar el procedimiento al colectivo estudiado. En nuestra experiencia concreta, estos ajustes no resultaban muy urgentes porque la práctica de la entrevista no encontraba una oposición irreductible por parte de los entrevistados. Dado que las entrevistas se realizaban en un centro de formación ocupacional y que todos los entrevistados eran alumnos, se ha cuidado particularmente el no interrumpir su actividad formativa, concertando anticipadamente con el profesor y con el propio alumno un horario que interfiriese lo mínimo en sus dedicaciones. Por otro lado, se ha considerado importante explicar los objetivos de la investigación que se estaba realizando, y para la que se pedía la colaboración del entrevistado. Esta explicación se realizaba en el momento previo a la entrevista, presentando brevemente el tema de nuestro estudio y comentando el tipo de información al que pretendíamos acceder -información sobre las vivencias y las prácticas de las personas en paro- y el lugar central que para ello tenía el entrevistado en la conversación. Una vez acabada la entrevista, se daba una explicación más pormenorizada del contenido del estudio, que en ocasiones daba lugar a un pequeño intercambio de puntos de vista sobre algunas de las preocupaciones más acuciantes acerca del mercado de trabajo. Las oportunidades de restituir información a los entrevistados sobre la investigación no son muchas. El diseño de investigación no incluía una fase que pudiese generar mayor participación, por lo que estas pequeñas conversaciones informales post-entrevista cobraban un particular significado simbólico de correspondencia y reciprocidad.

En otras investigaciones acerca de temas semejantes al de los parados que se tratan aquí, los ajustes que han de idearse respecto al modo de realizar la entrevista son muy importantes. Hasta el punto de llegar a traspasar sus fronteras más canónicas o a idear nuevas prácticas de recogida de información y nuevos procedimientos metodológicos. Algunos ejemplos pueden servir para dar idea de ello.

El primero puede ser el caso del estudio de Laurence Roulleau-Berger, *Le travail en friche, les mondes de la petite production urbaine* (1999) Esta investigación descubre los espacios marginados del proceso económico central y del trabajo formal y recoge las vivencias del trabajo precario de los jóvenes en un área urbana en crisis en la ciudad de Marsella. Las propias categorías creadas por esta autora -cultura de lo aleatorio, espacios intermedios, socialización transicional o competencias creativas-, dan una idea de la incertidumbre y del ambiente inestable y fluctuante de las áreas que analiza. Esta economía de “proximidad”, del “apaño” no puede estudiarse con idénticos procedimientos a los de la economía o el trabajo oficiales. Los horarios, salarios, perfiles profesionales, como variables estándar del trabajo normalizado, no se definen igual en el espacio precario de los barrios obreros en crisis que ella estudia. De hecho, Laurence Roulleau-Berger ha tenido que cuidar e intensificar el razonamiento metodológico para desarrollar procedimientos que permitiesen abordar su objeto de estudio: el mundo de la “pequeña” producción urbana. Además de dedicar un largo periodo a la observación -con la doble finalidad de crear un espacio de confianza con los futuros entrevistados y de impregnarse del contexto, pudiendo definir y describir secuencias de trabajo sobre el terreno-; tuvo, posteriormente, que retocar la concepción más convencional del enfoque biográfico para no caer en la violencia simbólica que la ilusión biográfica desencadena al ser aplicada a determinados colectivos, como son los jóvenes parados urbanos, que tienen a menudo el sentimiento de que se les suplanta su identidad por parte de los poderes públicos, construyendo un “ellos” que los objetiva y por ello “reaccionan negativamente a cualquier forma de ingerencia, de caridad o de dominación simbólica. La entrevista biográfica es así frecuentemente

percibida como una especie de desposesión institucional cuando es utilizada por los profesionales de la inserción bajo la forma de reconstrucción de itinerarios”. (Roulleau-Berger, 1999: 236).

Con esta premisa, la autora ha ensayado la realización de entrevistas biográficas cuidando dos dimensiones: el espacio y la narración de las prácticas laborales *in situ*. A los jóvenes trabajadores precarios se les ha solicitado que mostrasen los lugares donde han vivido experiencias de trabajo que quieran contar; en esas visitas, han hablado, además, de sus vivencias, conflictos, proyectos, deseos. Estos “relatos urbanos de trabajo”, tal y como son definidos por Roulleau-Berger, tienen una gran capacidad de reconstrucción de las identidades, permiten una participación menos instrumental de los informantes y aumenta la capacidad de interpretación de éstos incluso en situaciones de penalidad y desgracia social. Producir interpretaciones intelectuales sin reconocer los diferentes estratos y espacios en los que se mueven los entrevistados puede conducir a una modalidad de ceguera intelectual que deforme la realidad de las vivencias y de las identidades y, peor aún, pueda contribuir a generar un efecto de dominación cultural que cae sobre los colectivos analizados.

Estas dificultades que venimos señalando se hacen extremas en el segundo ejemplo que utilizaré para ilustrarlas y que ya se ha adelantado en el epígrafe anterior. Se trata del caso de Patrick Brunetaux y Corinne Lanzarini. En su investigación sobre el subproletariado urbano, las limitaciones formales de la entrevista alcanzan un nivel tan intenso que los autores se ven en la necesidad de adaptar su posición a las variaciones extremas del terreno. Proponen para ello el uso de lo que denominan “entrevistas informales”, que pueden ayudar a neutralizar las fuertes reticencias de sus particulares entrevistados. La entrevista se inserta aquí en el marco de un proceso general y paulatino de observación, que tiene como fruto final ese momento no planificado de conversación en la cual no se cumplen con las formalidades más académicas que suele conllevar al entrevista. Más que sobre un intercambio comunicacional pautado, las “entrevistas informales” se apoyan

en las virtudes de la “conversación popular” y de la charla espontánea de bar, en las que es más fácil entrar sin las implicaciones agresivas de la entrevista más formalizada.

En la práctica, estas “conversaciones guiadas” plantean diferentes posibilidades respecto a la posición del entrevistador: desde el entrismo total, mediante el cual se convierte en un espía sociológico del cual los entrevistados ignoran la identidad, hasta el conocimiento explícito del investigador, que, sin embargo, adopta una posición tan poco directiva que permite a los entrevistados meterse a participar. Entre estos dos polos cabe adoptar identidades en las que el papel de sociólogo-investigador queda rebajado y se atenúa la dimensión instrumental de “recogida de datos”. En la investigación que comentamos, los autores se inclinaron por una situación en la cual no se explicitaba claramente su identidad, de forma que los entrevistados no sabían si los entrevistadores eran “voluntarios”, “gente que trabajaba para la salud” o algún tipo de experto cercano. Una vez que se ha conseguido la aceptación mínima por parte de los entrevistados, la imprecisión en la definición de la identidad permite relacionarse con ellos sin solicitud formal de entrevista, conversación o interrelación de cualquier tipo. Esta ventaja táctica ha requerido un proceso largo de investigación y, durante dos años, los autores han realizado aproximaciones a estas variadas “conversaciones guiadas”, desde la confidencia en el más estricto cara a cara, hasta la conversación en lugares públicos focalizando la atención sobre una persona.

Técnicamente, las habilidades requeridas para conducir todo este tipo de entrevistas son considerables: encontrar formas de propiciar la conversación, reconducirlas hacia el tema de investigación, materializar la recogida y grabación de la información sin la ayuda de herramientas visibles, como un guión o una grabadora. Estos problemas técnicos se acentúan si consideramos las complicaciones relacionales de las situaciones de conversación: ¿qué espera el entrevistado de la relación de entrevista? ¿desde qué lugar habla?

¿cómo interpreta al entrevistador? ¿qué reacciones pueden desatarse y cómo actuar?

Como se puede ver, todas estas dificultades y bastantes más que Brunetaux y Lanzarini exponen prolijamente en su investigación, desvelan la necesidad de una atención intensificada por parte de quien afronta una investigación de tinte cualitativo con colectivos objeto de investigación que algunos han calificado, exagerando un tanto la metáfora, como "campos minados de investigación" (Bachmann, 1992).

7.- Breves observaciones sobre el análisis de las entrevistas

El proceso no concluye al desconectar la grabadora. Cuando el autor de la investigación no ha delegado ninguna fase del proceso -salvo probablemente la usual transcripción, como es nuestro caso- se presenta un momento que se rodea de cierta mística y que ha dado lugar a una abundante literatura, se trata del análisis de los datos. Las recomendaciones, prescripciones y propuestas de métodos altamente sofisticados se han multiplicado recientemente y más aún con la incorporación de aplicaciones informáticas que intentan facilitar el análisis de los discursos. El hecho es que cuando la entrevista se ha convertido en texto gracias a la transcripción, se abre una fase de elaboración e interpretación de las narraciones que encierra igualmente no pocas dificultades y entraña decisiones que condicionarán el uso que se hará de los materiales recogidos y, consiguientemente, el resultado final de la investigación.

En las entrevistas, la alta teoría no se presenta espontánea y rigurosamente expuesta por parte del entrevistado. El tono prosaico, limitado, circunstancial, local, específico de las entrevistas predomina en el momento de su primera lectura y se abre para el investigador un recorrido de organización y comprensión de los datos que permitirá poner orden y producir resultados. La metáfora de la escultura puede ilustrar muy literariamente este proceso, que generalmente adopta ciertas tonalidades artesanales. Cuenta Eduardo Galeano cómo un niño se acercó a ver trabajar a un escultor que estaba comenzando a esculpir una gran roca y días después, con la

escultura ya acabada, se acercó de nuevo y asombrado preguntó al escultor: ¿Cómo sabías que dentro de la piedra había un caballo? Tal vez la belleza literaria de esta imagen de Galeano ennoblezca en exceso el trabajo sociológico, pero el paralelismo es útil porque permite subrayar dos aspectos referidos al momento del análisis de las entrevistas: por un lado, la existencia de procedimientos técnicos que pueden aplicarse sobre los datos recogidos en bruto y facilitar un trabajo sistemático sobre ellos. Por otro lado, la necesaria intención del analista de buscar y producir sentido dentro del 'rocoso' conjunto de discursos contenidos en las entrevistas.

El enfoque cualitativo permite acceder a niveles profundos de las motivaciones y del sentido de las acciones de los actores mediante el análisis y la interpretación de sus discursos, donde se plasman sus imágenes simbólicas, sus actitudes y sus valoraciones y creencias. Alfonso Ortí (2000) concibe este análisis como un trabajo de "interpretación pragmática de los discursos simbólicos", en el cual se interrelacione el sistema de signos contenido en los discursos recogidos con las prácticas sociales de los actores de donde emanan dichos discursos. Este análisis sociológico y pragmático del discurso ha de enlazarse con "los procesos y conflictos sociales reales de la situación histórica que lo engendra y lo configura". El investigador solo puede realizar esta tarea desde su práctica concreta, abierta, multidimensional y socialmente condicionada. En esta perspectiva, el observador no existe separado del sistema observado y lo que se dice sobre las personas observadas dice tanto sobre uno como sobre ellas. El análisis de un conjunto de entrevistas debe ir más allá de los problemas personales de los entrevistados y acercarse a las formas culturales y de clase y a los condicionantes ideológicos de sus motivaciones y representaciones. En las formas de vida material, en el lugar dentro de las relaciones familiares, en la situación respecto a las relaciones de producción, de trabajo y consumo es donde el análisis de las condiciones estructurales puede fundamentar las múltiples regularidades de comportamiento y la recurrencia de los procesos que se revelan en los relatos de los entrevistados y que conforman su mundo sociosimbólico, sus representaciones y valores.

En esta línea, el trabajo sobre las entrevistas transcritas permitiría desplegar lo que Bertaux denomina la función analítica y con ello la posibilidad de esbozar tipologías, elaborar categorías y conceptos, pasar de las ideas observadas a las hipótesis y aplicar una comparación sistemática. El equilibrio entre lo inductivo y lo deductivo y sus ineludibles correspondencias es fuente de creatividad a la hora de la interpretación. Los instrumentos de los que puede valerse el análisis de datos cualitativos son variados y el ya conocido carácter de 'práctica' que las técnicas de investigación cualitativas tienen, los hace necesariamente abiertos y difícilmente estandarizables. Stephane Beaud (1998) resalta cuatro pilares para el análisis: en primer lugar, la propia transcripción, que convierte la entrevista en texto, objetiviza, crea distancia y posibilita la comunicabilidad del resultado del análisis. En segundo lugar, la lectura crítica, que lleva la información a su contexto, que indaga las alusiones y revela las contradicciones. En tercer lugar la clasificación, que formaliza y establece relaciones entre las partes. Finalmente, la interpretación, que se nutre de las anteriores y despliega su complejidad intentando mostrar las relaciones entre posiciones objetivas, prácticas y puntos de vista subjetivos. Asimismo, la interpretación puede valerse de los silencios, de los lapsus, de los malentendidos, que establecen la distancia entre las categorías del entrevistador y las de los entrevistados. Estas últimas suelen atesorar condensaciones de sentido de una gran riqueza heurística.

Analizar el contenido de los discursos incluidos en las entrevistas implica realizar una serie de operaciones que permiten cincelar el texto de la entrevista y extraer sentido, para proponer hipótesis. Se trata de una lectura encauzada por los objetivos del investigador y que conlleva la selección de partes del texto y la descomposición de éste en parcelas que encuadran temas o demarcan motivaciones. Todas estas operaciones conducen a añadir inteligibilidad al texto y a crear una interpretación.

Blanchet y Gotman (1992) utilizan la denominación de 'análisis temático' para describir una forma de trabajo con los datos guiada por la elaboración de una red de temas que se verifican en el conjunto de las entrevistas. Esta forma de

análisis produce resultados perfeccionando y completando la red inicial con nuevas unidades temáticas derivadas de ésta (temas primarios, secundarios, etc.). Esto permite descomponer la información, organizarla, separar los elementos fácticos y diferenciar los significados. Igualmente, permite crear tipologías donde se agregan los individuos en torno a un principio de coherencia. Finalmente, el análisis temático nos acerca a la teorización a través de la creación de modelos explicativos de prácticas y de representaciones.

Los procedimientos mencionados para el 'análisis temático' se asemejan a los de la ya clásica propuesta de la *Grounded Theory* (Glaser y Strauss, 1967, Chicchi, 2000), en la que se parte de un examen sistemático previo de los datos para construir progresivamente un edificio conceptual de categorías, que se amplía y completa en el transcurso de la investigación y conduce a un proceso de teorización, que aporta capacidades nuevas de comprensión de un fenómeno social. El análisis es concebido desde esta perspectiva como un proceso continuo, abierto e iterativo que hace progresar la investigación a través de la siguiente serie de operaciones en el tratamiento de los datos:

- La codificación, que supone una atenta lectura inicial en la que se extraen, sin profundizar, los códigos principales de la entrevista tal y como son emitidos por el entrevistado. La codificación es una fuente de creatividad básica para la siguiente fase.
- La categorización, que representa la conceptualización del corpus de datos. Una categoría pretende ser una forma de nombrar un determinado fenómeno con un nivel de abstracción más elevado que los anteriores códigos. La categoría comienza a reflejar la intervención del investigador en camino hacia la construcción teórica de terminología y conceptos: mejora la descripción; establece matices, gradaciones, escalas y perfecciona la comprensión del conjunto de entrevistas.
- La relación, que sirve para determinar vínculos entre las diferentes categorías y entre las diferentes características y dimensiones de éstas.

- La teorización, que se basa en las operaciones anteriores y trata de dar respuestas a la complejidad del objeto investigado mediante explicaciones, modelos causales, demostraciones y comparaciones que conduzcan a la investigación hacia un mayor potencial de comprensión.

Estos elementos del análisis temático sintetizan el tipo de procedimientos que se emplearán en la presente tesis. Nos serviremos de ellos para trabajar sobre el conjunto de treinta y cuatro entrevistas realizadas a parados de larga duración. Dedicamos el próximo apartado a señalar la conveniencia y el ajuste de la entrevista, como práctica de investigación, a nuestro objeto de estudio concreto. Igualmente, detallaremos algunas de las condiciones en que se desarrolló el trabajo de campo.

8.- El objeto de investigación: las entrevistas a parados de larga duración

Los apartados anteriores ayudan a justificar el lugar de la entrevista en la presente tesis y su elección como técnica prioritaria de la recogida de información debido a que cubría con bastantes garantías tres de los objetivos principales de esta investigación:

- Indagar en las prácticas concretas y vivencias de los parados: abarcando desde la dimensión más cotidiana de organización vital personal hasta las vivencias más relacionales con los campos institucionales que configuran sus relaciones colectivas. La articulación de la situación personal de éstos con la dimensión colectiva es un bucle interactivo real del cual se parte en esta investigación.
- Desmenuzar los discursos muy estereotipados y racionalizados sobre el paro y poder analizar sus significados. Integrar la prácticas de los parados en su universo social de referencia exige recoger el sentido de las representaciones "oficiales" de la realidad que pueden funcionar como precondiciones para sus prácticas. En este sentido, las entrevistas pueden captar, de boca de los parados, estas redes de significación y las representaciones y discursos sociales sobre su situación.

- Por último, se pretendía incorporar una dimensión retrospectiva que permitiese un acercamiento a las trayectorias educativas y laborales de los parados y a cómo ellos las interpretan. Aunque la información recogida no está dirigida a realizar un estudio biográfico exhaustivo de sus trayectorias, en esta tesis se considera fundamental esta dimensión retrospectiva para diferenciar las variadas situaciones sociodemográficas que el paro de larga duración recoge. Las entrevistas tienen pues un tono biográfico focalizado dirigido a captar, fundamentalmente, los rasgos principales de la trayectoria educativa y, en su caso, laboral.

En conjunto, esta investigación busca indagar sobre un sistema de prácticas que implica preguntarse cómo se ligan las experiencias personales con las elaboraciones ideológicas y simbólicas colectivas. Para ello las entrevistas perseguían producir discursos modales y referenciales, centrados en las concepciones de los entrevistados y, por otra parte, en la descripción de sus prácticas. Ambos aspectos son contemplados dentro de la variedad de situaciones que las variables sociodemográficas básicas marcan en el campo de estudio del paro de larga duración -edad, sexo, nivel educativo, entre otras-.

Recordamos aquí que los entrevistados forman parte de un objeto de investigación -el paro de larga duración- marcado por campos de dominación -políticas de empleo, mercado de trabajo, relaciones con instituciones de tratamiento del desempleo-, lo que los instala en una posición asimétrica respecto a figuras como técnicos, empleadores o cualquier tipo de experto, lo cual se refleja en la relación de entrevista. En nuestro caso, esta eventualidad no ha condicionado de manera sustancial el trabajo de campo, pero tampoco nos ha sido ajena.

Los parados entrevistados han sido contactados en un centro de formación que organiza cursos dentro de los programas de formación ocupacional dirigidos a los parados. El centro FOREM depende del sindicato Comisiones Obreras, pero los alumnos admitidos en los cursos no están sujetos a ningún tipo de exigencia de vinculación a la organización sindical que pudiera

constituir un sesgo para la selección de nuestros entrevistados. Las atenciones recibidas por todo el personal del centro han facilitado enormemente la tarea de recogida de información: se nos permitió acceder a un fichero de datos de los alumnos con objeto de seleccionar con precisión a los entrevistados; se nos dio libertad para el uso de espacios en los que realizar las entrevistas; se concedió permiso a los alumnos para ausentarse de las aulas, igualmente, los responsables del centro nos ofrecieron información sobre los tipos de curso y los perfiles de alumnos que correspondían a cada uno de ellos.

Hoy resulta muy frecuente que los parados reciban cursos de formación ocupacional. En muchos casos es, incluso, una exigencia para poder beneficiarse de las prestaciones por desempleo u otros servicios del INEM. El hecho de que prácticamente todos los parados que hemos entrevistado estén realizando uno de estos cursos no debería sesgar en extremo la posible extensión de nuestras conclusiones al conjunto de los parados. La selección de entrevistados se ha realizado en una variada gama de cursos con requisitos de admisión muy diferentes en cuanto a la formación previa, esto nos garantizaba una diversidad entre los seleccionados. Sin embargo, consideramos necesario mencionar que un porcentaje considerable de los parados, que coincide con las situaciones más precarias, queda fuera de los cursos de formación ocupacional y, por tanto, del alcance de nuestra investigación.

Diferentes informaciones nos permiten asegurar que aproximadamente un quinto de los parados se encuentra en lo que podríamos denominar un estadio previo a la formación. Las medidas que van destinadas a ellos no son de formación ocupacional específica sino de orientación, pequeños cursos de motivación y técnicas básicas de búsqueda de empleo o cursos de formación general. Aunque minoritarios, estos parados personifican el perfil más desfavorecido de los parados: trayectorias educativas breves, especializaciones menos valoradas, orígenes familiares más humildes, peores experiencias laborales previas, etc. Siempre que ha sido posible, hemos incluido en nuestra muestra entrevistados que, si no totalmente, sí

presentasen retazos de este tipo de perfiles más perjudicados por la segregación y exclusión profesional. Con todo, en nuestro análisis no aparecerán nítidamente los contornos de este paro más desprotegido, al cual habría que dirigir una atención más específica mediante una investigación monográfica.

Nuestra selección recoge los estratos intermedios del desempleo y, por consiguiente, las situaciones y las configuraciones de problemas más frecuentes dentro del paro. Para diseñar y fijar las cuotas de las entrevistas tuvimos en cuenta una serie de variables centrales en la determinación del desempleo y, en concreto, del de larga duración: edad, sexo, nivel de estudios, empleos anteriores y tiempo de búsqueda. Para conocer el peso y la importancia de estas variables, analizamos la composición del paro de larga duración a través de la Encuesta de Población Activa (EPA), esto nos sirvió para especificar los colectivos más afectados por situaciones prolongadas de desempleo y poder establecer unas cuotas de entrevistas ajustadas a sus perfiles de edad, sexo y otras variables.

A grandes rasgos⁵⁵, puede decirse que el paro de larga duración está compuesto por cuatro grandes grupos: el primer grupo sería el de parados jóvenes buscadores de primer empleo; el segundo estaría compuesto, igualmente, por parados jóvenes, pero que cuentan ya con experiencias laborales; el tercer grupo corresponde a mujeres entre 30-40 años, finalmente, el cuarto grupo incluye a los parados mayores de 45. El peso de los dos primeros grupos, los jóvenes, sobre el total del paro de larga duración es aproximadamente del 50%. Las mujeres de edades intermedias representan en torno a un 35% y los parados de más de cuarenta acumulan el 15% restante. Considerando todas las edades, las mujeres representan el 65% de los parados de larga duración. En cuanto a los niveles de estudio, los parados de larga duración se distribuyen de la siguiente manera: en torno a un 3% sin estudios; un 25% EGB; un 41% BUP-COU y FP1; un 15% FP2 y, finalmente un 15% con

⁵⁵ En el capítulo V se exponen con todo detalle los datos procedentes del análisis de la EPA y de los diferentes colectivos que componen el desempleo de larga duración en España.

estudios universitarios. Estos han sido los parámetros que hemos seguido para establecer las cuotas de entrevistas. En el cuadro siguiente se muestra la correspondencia entre las entrevistas realizadas y los datos de referencia de la EPA:

Asignación de cuotas de entrevistas por sexo, edad y nivel de estudios de los parados de larga duración			
	Nº entrev.	% del total de entrev.	II trim. 1998 -EPA %-
Varones	12	36%	35%
Mujeres	22	64%	65%
20-24	10	27%	20%
25-29	9	27%	19%
30-34	7	21%	16%
35-39	3	10%	14%
+ 40	5	15%	18%
sin estudios	1	3%	3%
EGB	6	21%	25%
BUP-COU-FP1	15	45%	41%
FP2	5	15%	15%
Universitarios	6	17%	15%

Como puede verse, hemos ajustado el número de entrevistas con los datos de la EPA casi en todas las variables. Únicamente nos hemos apartado de sus mediciones en el caso de las cuotas de los jóvenes. El peso de éstos en el desempleo de larga duración decrece progresivamente. La proliferación de

empleos de poca duración ha hecho más fluida la entrada y salida del paro con la consiguiente reducción de las situaciones de paro prolongado. Esto está afectando a los jóvenes más que a otros grupos de edad. Sin embargo, al mismo tiempo, se asiste a un recrudecimiento de la duración de los periodos de paro entre las mujeres de la franja de 25-29. Sobre todo, en los últimos años de esta cohorte, las paradas de larga duración están creciendo y continuarán haciéndolo en un futuro inmediato. Igualmente, los jóvenes son el colectivo que más se ve afectado por las coyunturas de empleo: cuando el empleo crece, se produce, generalmente, una gran afluencia de jóvenes al mercado de trabajo, sin embargo, cuando la crisis ralentiza la creación de empleo, estas edades sufren las consecuencias con mayor agudeza. Durante los noventa, por término medio, los jóvenes han representado aproximadamente la mitad de los parados de larga duración y en esta investigación hemos querido reducir las oscilaciones actuales manteniendo esta presencia estable de los jóvenes, aunque, ciertamente, hoy su presencia tiende a reducirse.

La muestra está basada en los segmentos del universo poblacional de los parados de larga duración definidos por la EPA. No obstante, puede decirse que no es intención obsesiva esta investigación determinar una muestra estadística perfecta, ni una representatividad que permita ampliar al conjunto de la población los resultados obtenidos, sino que más bien el objetivo es conseguir una muestra intencional que, en este caso, y como punto de partida, se sirve de la distribución estadística que proporciona una encuesta, como la EPA, sobre el universo poblacional de los parados. Las correcciones que hemos comentado en el párrafo anterior van en la dirección de alcanzar este carácter estructural de la selección de los entrevistados con vistas a conseguir un corpus representativo de los discursos sociales acerca del paro de larga duración.

El cuadro de abajo resume las entrevistas realizadas. A lo largo del texto, se utilizarán, frecuentemente, fragmentos literales extraídos de las entrevistas para ilustrar las categorías y temas objeto de investigación. La notación para

todas estas referencias textuales aparece en la primera columna (nº de entrevista). Después de cada cita en el texto, aparecerá entre corchetes el número de entrevista, el sexo, la edad y la página correspondiente al anexo en el cual se recogen las transcripciones de todas las entrevistas. Por tanto, en el momento de la lectura, cualquier información suplementaria que se desee puede obtenerse en el cuadro de abajo o en las propias entrevistas transcritas íntegramente, que se adjuntan en el anexo.

Asimismo, tras el cuadro, incluimos la guía que se ha empleado como base para organizar la recogida de información en las entrevistas.

nº entrev.	sexo	edad	e. civil	estudios	exp. laboral anterior	duración exp. labor.	tiempo paro
E1	mujer	34	C	EGB	auxiliar administrativo	12 años	3 años
E2	mujer	39	C	COU	sin exp. anterior	---	7 años
E3	mujer	38	C	COU	auxiliar clínica	15 años	3 años
E4	mujer	24	C	FP2	aux. adm	1 año	2 años
E5	mujer	28	C	COU	empleada comercio	3 años	3 años
E6	varón	33	S	Diplomado	técnico aire acondic.	5 años	2 años
E7	mujer	24	S	FP1	limpieza - cajera	6 meses	3 años
E8	mujer	29	S	FP2	aux. adm.	3 años	3 años
E9	mujer	24	S	COU	aux. adm.	6 meses	2 años
E10	varón	26	S	BUP	dependiente -aux.	3 años	4 años
E11	varón	33	C	COU	ag. censal- maquetador	3 meses	2 años
E12	varón	30	S	Diplomado	Delineante	2 años	2 años
E13	varón	27	C	EGB	Peón -limpieza	7 años	2 años
E14	mujer	41	C	EGB	empleada	6 años	7 años
E15	varón	58	C	sin estud	peón	30 años	14 años
E16	mujer	30	C	EGB	limpieza	15 años	1 año
E17	mujer	23	S	COU	sin exp. anterior	---	3 años
E18	varón	28	S	BUP	sin exp. anterior	---	9 años
E19	mujer	26	S	Licenciada	sin exp. anterior	---	4 años
E20	varón	21	S	FP1	sin exp. anterior	---	2 años
E21	varón	24	S	BUP	sin exp. anterior	---	4 años
E22	mujer	31	S	FP2	camarera, aux. adm	7 meses	11 años
E23	varón	21	S	COU	camarero, montador	1 año	1 año
E24	mujer	26	S	Diplomada	dependienta	1 año	9 meses

n° entrev.	sexo	edad	e. civil	estudios	exp. laboral anterior	duración exp. labor.	tiempo paro
E25	mujer	36	C	FP1	mont. juguet., aux.	19 años	2 años
E26	mujer	21	S	FP1	camarera, dependienta	10 meses	2 meses
E27	mujer	25	S	FP2	dependienta, camarera	7 meses	6 meses
E28	mujer	21	S	EGB	operaria PVC	3 años	1 año
E29	mujer	47	C	Licenciada	profesora, dependienta	6 años	5 años
E30	mujer	34	sep	EGB	limpieza	---	2 meses
E31	varón	25	S	FP2	sin exp. anterior	---	8 meses
E32	mujer	41	C	Diplomada	aux. adm.	10 años	1 mes
E33	varón	44	C	Fp1	técnico esmaltes	21 años	3 meses

9.- La construcción estadística del concepto de paro de larga duración: aspectos técnicos de la recogida de información cuantitativa a través de la Encuesta de Población Activa

Los mecanismos estadísticos pretenden proyectar una imagen de las tendencias que se desarrollan en una sociedad. Pero ya en esta operación producen algo más que eso: crean realidad, acreditan los cambios en curso. Las estadísticas no se explican por sí solas, como muchos otros instrumentos científicos se elaboran en un juego complejo con la realidad social, que las construye y que a la vez es construida por ellas. Este complejo juego entre los designios de los creadores de los dispositivos estadísticos y los procesos de la realidad social revela cómo el andamiaje científico de las operaciones estadísticas está basado en presupuestos no tan científicos. En la cara oculta de la elaboración estadística, se encuentran las determinaciones políticas, la gestión de las poblaciones y el poder económico.

"Población Activa", "Pleno empleo", "Paro" son categorías que ejemplifican a la perfección estas ideas. Sabemos que sus definiciones están plagadas de arbitrariedades a través de las cuales se define la población que queda dentro y fuera de sus márgenes. El caso de la exclusión de la población activa de determinados colectivos -como, por ejemplo, las amas de casa-, es un buen ejemplo de cómo emerge el poder a través de la arbitrariedad estadística. En

el caso del paro o del pleno empleo, afloran un sinfín de estas inconsistencias que pueden contribuir a engrandecer o minimizar la percepción de un fenómeno laboral.

Durante los últimos veinte años no han cesado de producirse cambios de alto impacto en el mercado de trabajo sin que se hayan alterado apenas las principales definiciones empleadas por las fuentes de información sobre el mercado de trabajo -en nuestro caso, la Encuesta de Población Activa (EPA) ha permanecido prácticamente pasiva ante las enormes transformaciones laborales que se han producido en nuestro país-. La legibilidad del mercado de trabajo es hoy difícil con las actuales estadísticas, cada vez más incapaces de captar los cambios en las situaciones de empleo, que se han diversificado y afectan a un número creciente de personas: primero, por el crecimiento de los contratos temporales; la proporción cada vez mayor de contratos de breve duración; el aumento de la jornada parcial y, segundo, por los cambios en el paro: fluidificación de este, se entra y se sale del paro con mayor facilidad; mayor relevancia del paro encubierto, debido a la creciente propensión de las mujeres a trabajar; crecimiento de la complejidad en las situaciones combinadas de paro (paro-estudios, paro-inactividad). En conjunto, puede decirse que la volatilidad del mercado de trabajo hace crecer el protagonismo de los flujos y las estadísticas lo descuidan considerablemente.

Estos hechos limitan mucho el valor de la definición de ocupación usada por la EPA que, recordamos, contabiliza como ocupados a todos aquellos que han realizado un trabajo remunerado por cuenta propia o ajena, aunque sólo haya sido de una hora, en la semana de referencia. Estamos de acuerdo en que la situación de una persona con un contrato de menos de seis meses y con una antigüedad en el puesto de trabajo de unas semanas no es la misma que la de un ocupado indefinido con más de diez años de antigüedad. Tampoco es la misma la situación de un ocupado a tiempo parcial que la de un trabajador con jornada completa. Pues bien, en la estadísticas laborales se utiliza el mismo criterio para contabilizarlos en la cifra global de empleo. La

inestabilidad, la precariedad, rasgos claves de distinción de las situaciones mencionadas, no se registran.

Pérez Infante (2000), uno de los mejores expertos de la EPA, ha hecho notar que los últimos cambios que se han realizado en esta encuesta en 1999 han servido para hacer aflorar pequeños empleos que, contabilizados como si fuesen a tiempo completo, sobrestiman la creación real de puestos de trabajo. Otra grave arbitrariedad estadística es la utilización de las cifras del INEM para fijar la cantidad de parados en España. Se trata de un tema discutido a fondo y no se puede ofrecer aquí un examen detallado, pero muchos especialistas⁵⁶ han criticado su uso por el secretismo en la elaboración de sus datos; por la arbitrariedad en la definición de los demandantes de empleo y su exclusión de las cifras y, finalmente, por la inconsistencia de algunos de sus procedimientos de medición. Lo cierto es que las cifras de paro registrado del INEM son considerablemente menores que las de la EPA y por lo tanto más televisivas. Además, su frecuencia mensual golpea los telediarios más asiduamente y todo el mundo aprende el estribillo. Es curioso: con la escasa confianza que la gente tiene sobre la eficacia del INEM, ¡qué grande es en cambio la confianza de nuestros gobernantes en sus estadísticas!

Todos estos tejemanejes estadísticos están contribuyendo a crear un grave oscurantismo en torno a las nuevas realidades de la flexibilidad y la precariedad. Las crecientes dinámicas del empleo temporal se infravaloran en las estadísticas actuales. Tal vez para apreciarlas habría que tender a lo que Robert Castel (1997) ha llamado la “estadística de una sociedad del riesgo”, que pueda medir no solo el *stock* de parados o empleados, sino las entradas y las salidas, los riesgos, las trayectorias profesionales, la incertidumbre y la inseguridad laboral...todas ellas cada vez más presentes en el mundo del empleo. En la sociedad de la información hacia la que nos encaminamos, creo que han dejado para lo último la información sobre el mercado de trabajo.

⁵⁶ Además de la ya citada referencia de Pérez Infante (2000) pueden obtenerse información precisa sobre la cuestión en Toharia (1998). Ambos comparan ambas fuentes de información y analizan los patentes desencuentros en la cuantificación del número de parados. Actualmente la EPA contabiliza cerca de un millón más de parados que los datos del INEM.

La clasificación estadística que interesa directamente a esta tesis, la de “paro de larga duración”, es otro ejemplo de definición arbitraria que crea de la nada un grupo inexistente en la realidad. “Parado de larga duración” es ante todo un artefacto estadístico y administrativo que no encuentra un referente en las vivencias concretas de los parados. Algunos de los entrevistados no sabían siquiera de la existencia de esta categoría y no eran conscientes de su identidad estadística. Las definiciones de parado de larga duración -más de doce meses en desempleo- o de muy larga duración -más de dos años- recogen, siguiendo los criterios de la EPA, a los individuos con una presencia prolongada en el desempleo. Este indicador presenta varios inconvenientes.

El primero es que el sentimiento de prolongación es relativo y contextual. Las diferentes situaciones objetivas de ampliación del periodo de paro crean una variedad de parados con vivencias diferentes que no perciben homogéneamente ese periodo de “más de doce meses”. Jóvenes, mujeres, mayores de 45 años interpretan el tiempo de forma diferente. Además, dentro de cada uno de estos grupos, las diferentes situaciones objetivas - responsabilidades y cargas familiares, formación, experiencia laboral anterior- generan a su vez nuevos segmentos con vivencias y representaciones propias de lo que supone hallarse en paro y, concretamente, en paro de larga duración. Considerando solo la edad, se hace muy evidente que cada subgrupo encaja de manera particular en su trayectoria vital este episodio de paro. Las diferencias en la vivencias de los jóvenes y los adultos nos sitúan ante formas radicalmente distantes a la hora de sentir el paro.

En continuidad con esta primera limitación, cabe añadir que otra de las dificultades del concepto que analizamos es que algunos de los grupos afectados no se sienten incluidos a pesar de cumplir con los criterios de definición, no se reconocen en el grupo de parados de larga duración. Los jóvenes, sobre todo, rechazan el etiquetaje que supone la clasificación y se amparan en su condición de hijos integrados en el hogar de origen para negar o esquivar la identidad negativa de parado de larga o muy larga duración. Las

mujeres le restan importancia apelando a su lugar en la familia y, frecuentemente, se sitúan en el lugar fronterizo que proporciona la condición de inactividad del ama de casa. De esta manera, se ponen a cubierto de lo negativo que puede resultar ser definido como parado de larga duración.

El tercer inconveniente resulta de los cambios que actualmente vive el modelo de desempleo. El paro es un fenómeno cambiante en el tiempo y, en estos últimos años, hemos transitado de un periodo en el cual las situaciones de prolongación eran frecuentes y abundantes a otro en el cual tienden a reducirse. La proliferación de empleos de breve duración rompe la antigüedad en el paro y reduce el número de desempleados que alcanzan y superan los doce meses. Sería exagerado hablar de la desaparición del paro de larga duración, pero como tendencia puede decirse que tiende a concentrarse en el grupo de parados más desaventajados y pierde presencia cuantitativa y cualitativa entre el conjunto de parados. Actualmente, antes de llegar a los doce meses, los desempleados aceptan un empleo que frena su trayectoria en el paro de larga duración.

En la fuente estadística que utilizamos en esta tesis -Encuesta de Población Activa-, estas dificultades de clasificación estadística se unen a otras de homogeneización y de calidad de los datos producidos. El Instituto Nacional de Estadística ha introducido en estos últimos tres años modificaciones relevantes en la medición de la actividad laboral. Muchos consideran que se ha producido un "apagón estadístico" que ha dificultado y alterado la información⁵⁷. El poco tiempo transcurrido desde los cambios mantiene a los

⁵⁷ Un único ejemplo de las reformas introducidas en la EPA: La búsqueda de empleo es uno de los criterios que se usan para definir al parado. Hasta 2001, se consideraba parado a quien declaraba haber buscado trabajo en los tres últimos meses. La nueva definición de parado que se implanta a partir de esa fecha incluye una reducción en el periodo de tiempo de búsqueda, que queda limitado a las cuatro semanas anteriores a la encuesta. Esta modificación en los criterios rebajó considerablemente el número de parados: 470.600 parados dejaron de ser considerados como tales por la EPA y la tasa de paro se redujo del 13,43% al 10,95%. La UE es quien recomienda este cambio, que demuestra una transformación en los criterios de búsqueda de empleo en la línea de una progresiva "activación" de los parados. Esto restringe su número y fuerza su desaparición estadística.

especialistas ocupados en homogeneizar las series y valorar el impacto de las reformas en las definiciones⁵⁸.

Afortunadamente, el uso que en esta tesis se hace de los datos de la EPA es puramente instrumental e ilustrativo. No se trata de realizar un análisis profundo o de elaborar datos para tratamientos más complejos, sino de utilizar los datos publicados por el INE para ofrecer una panorámica general del problema del paro de larga duración: los colectivos más afectados, las variables más determinantes, los periodos cronológicos más relevantes en su evolución. Nuestra aspiración es que este acercamiento permita trabajar una serie larga que se detenga en torno al año 2000 y que sirva para establecer las fases y la evolución del paro de larga duración en los últimos veinte años. A partir de este momento, el impacto de los cambios estadísticos puede tener más peso y distorsionar las conclusiones.

La utilización de la EPA nos da la posibilidad de componer un capítulo (V) en el cual se aborde un análisis sociodemográfico, esencialmente descriptivo, que trabaje con las variables y los datos publicados por el INE y cuya elaboración sencilla a través de una hoja de cálculo produzca una presentación gráfica que pueda ilustrar la evolución del paro de larga duración en nuestro país. Los datos han sido recogidos en la página web del INE y en los volúmenes trimestrales en soporte papel. Desde 1997, el INE ofrece la posibilidad de utilizar la base de datos TEMPUS, radicada en su portal, que permite una consulta de series temporales largas y de cruces entre las variables básicas de nuestro interés -tiempo de búsqueda de empleo, edad, sexo, nivel de estudios-. Más recientemente, el INE ha mejorado el acceso a través de un nuevo banco de datos -INEBASE-, que, sin embargo, aporta pocas novedades en la cantidad de información presentada.

Estas especificaciones pueden ser suficientes para exponer nuestra intención principal a la hora de utilizar los datos de esta encuesta, una intención básicamente ilustrativa. Para mayor precisión sobre las características

⁵⁸ Junto a las referencias de la nota anterior, puede consultarse más información en la propia página web del INE -www.ine.es- y en diversos números de la revista Fuentes Estadísticas (<http://www.festadisticas.es>) a la cual se puede acceder desde la propia página del INE.

técnicas de la EPA remitimos a la página web del INE, donde pueden consultarse diversas notas metodológicas sobre la encuesta o a los apartados técnicos correspondientes que pueden encontrarse en los volúmenes en papel de la EPA.

Los datos de esta encuesta nos han servido además para establecer las cuotas de las entrevistas abiertas que hemos realizado para la presente tesis. A pesar de los problemas que sufre actualmente, su precisión es más que suficiente para distinguir los grandes grupos que componen el paro de larga duración y conocer su peso en la población. Hemos adelantado en el apartado anterior todo el procedimiento mediante el cual hemos seleccionado a nuestros entrevistados. Salvo las dificultades mencionadas, consideramos que el cruce cuantitativo-cualitativo que se emplea en esta tesis no ofrece mayores problemas. El uso de la EPA se engarza bien con las entrevistas y cumple la finalidad descriptiva de aportar las dimensiones globales para abordar con mayor garantías la selección de nuestras entrevistas abiertas.

10.-Guía de entrevista

La presentación y el comienzo de la entrevista deben proporcionar al entrevistado la posibilidad de enmarcar su experiencia de paro en su biografía laboral o formativa. (insistir sobre los rasgos más característicos de cada colectivo, de cada entrevistado)

I. Historial profesional - Biografía formativa

- 1 - Niveles y experiencias de formación reglada, no reglada.
- 2 - Historial profesional: permanencia y cambio. puestos de trabajo desempeñados.
- 3 - Experiencias anteriores de paro y de PLD.

II. Experiencia actual de PLD

- 1 - Motivos de la situación de paro: Despidos, regulación, cierres, fin de contratos, retorno actividad, primer empleo...
 - 2 - Duración periodo de paro (lapsos de diferencia con respecto a la inscripción en INEM)
 - 3 - Reacciones frente al paro y cambios de actitudes.
- (¿Mayores preocupaciones tras el reconocimiento o la persistencia de la situación de paro?)

- Estados de ánimo: esperanza, desesperanza e incertidumbres. La influencia del paso del tiempo .

- Búsqueda de empleo: frecuencia, modalidades, dificultades...
- Situación económica: cambios en los niveles y fuentes de renta desde el fin del trabajo. Cambios en los niveles de consumo. Principales privaciones

4 - Uso del tiempo diario:

- actividad económica-doméstica
- actividades sociales
- actividades culturales
- frecuencias y diferencias de todas ellas respecto al periodo de trabajo

5.- Relaciones con otros parados (contactos, conversaciones, reuniones, asociacionismo) Distinciones internas entre los parados (por duración del periodo)

III. Representaciones e identidad de los parados

1.- Percepciones de la diferencia: estigmas y culpabilidad

2.- Problema social/causas sociales: representación social del paro

3- problema individual/causas personales: la experiencia propia del paro

4- La moratoria del paro: Cómo transforma las actitudes hacia el empleo futuro. Cambios en las exigencias de un nuevo empleo: el chantaje del paro

Las "nuevas identidades" del trabajo temporal (percepción de la temporalidad de los contratos actuales)

IV. Las alteraciones en el concepto de trabajo

(tras la vivencia del paro de larga duración) (menos directiva)

1.- A raíz de la experiencia de paro: variaciones en la concepción y significados del trabajo

- Trabajo y renta
- " y posición social
- " e identidad personal

2.- Mayores obstáculos para encontrar el trabajo deseado.

(mención de obstáculos concretos, para insistir en las causas y las soluciones posibles)---> profundizar en los "restos" del modelo de empleo anterior y en las previsiones del entrevistado.

3.- las condiciones de un empleo futuro: futuro personal y proyección a la sociedad. (percepción coyuntural o estructural del propio desempleo)

V.- Relaciones con los servicios públicos de empleo

1- Antigüedad de la inscripción (duración periodo de inscripción en Inem)

- pérdidas de antigüedad.
- Prestaciones y subsidios

2- Ofertas de empleo recibidas a través del Inem

3- Participación en actividades organizadas por el INEM (o Conselleria o Ayuntamiento o ONG)

- Cursos de formación
- Módulos de técnicas de búsqueda
- Otros...

4- Ayuda especializada y contacto con técnicos y orientadores

- entrevistas
- información, orientación...

5- Diferencias con otros parados en cuanto a la presencia en este tipo de intervenciones

6- Pertinencia de las medidas: valoraciones y diferenciaciones entre las existentes. Posibles mejoras

7- Asistencia a las oficinas de empleo: trato con el personal del INEM

Fases de la entrevista

Fase I: Insistir sobre el carácter biográfico y por tanto en la necesidad de recordar los momentos determinantes del recorrido del entrevistado en la familia, en la formación y, en su caso, en el trabajo. Invitando al entrevistado a esta narración sobre el pasado puede "lanzarse" la entrevista y provocar una mejor implicación.

Fase II: Esta fase pretende captar prácticas y vivencias en la situación personal de paro. Incluye aspectos objetivos (como las modalidades en la búsqueda de empleo) y otros más subjetivos, en los cuales puede costar entrar. Cubriendo todos ellos, conviene distribuir el tiempo prestando atención a todas estas modulaciones y a la inclinación del entrevistado a profundizar sobre los aspectos más subjetivos.

Esta segunda fase puede abrirse con la pregunta sobre los motivos más concretos de la situación de paro (cuando se trate de jóvenes primer empleo puede hacerse con las modalidades de búsqueda) e ir ganando progresivamente profundidad

Fase III: Tras el relato sobre la vivencia personal-concreta del paro, esta tercera fase pretendería insertar o confrontar cada una de las vivencias personales de los entrevistados con el problema global del paro y el empleo, valorando el peso de la experiencia propia y como ésta se encaja en un marco más amplio de representaciones hacia los otros parados y hacia los que tienen empleo.

El tono en esta parte de la entrevista ha de ir consiguiendo una implicación mayor de la persona entrevistada y una menor directividad por parte del entrevistador.

Podría iniciarse planteando las diferencias que más afectan a los entrevistados con respecto a los que tienen empleo y a los otros parados (de manera que se puedan distinguir posiciones en el seno de los parados y diferentes actitudes).

Fase IV: La cuarta fase pretende recoger los juicios sobre el trabajo y el empleo tras un periodo prolongado de desempleo, una vez que se ha producido y narrado la vivencia.

Iniciando con una petición de expresar los mayores obstáculos para encontrar empleo, lo ideal sería indagar en el ideal de empleo y ver los ajustes entre éste y la dinámica actual del mercado de trabajo.

Fase V: Se finaliza preguntando sobre aspectos particulares en la relación con los servicios públicos de empleo. Tras recoger la información con detalle puede plantarse una pregunta sobre la opinión respecto a las políticas de empleo y hacia el INEM.

Anexo II: Pobreza y paro en España. Rasgos históricos

Anexo II

Pobreza y paro en España: algunos rasgos históricos del caso español⁵⁹

El recorrido histórico que se ha descrito en el capítulo IV se ajusta a grandes rasgos al caso español⁶⁰. En términos generales, y salvando algunas lagunas históricas, que paralizan o ralentizan el ritmo de ajuste de España, puede decirse que hay una conexión estrecha con las grandes dinámicas que han regido la marcha de las sociedades europeas en el ámbito de la pobreza y el paro. En algunas ocasiones, que coinciden con momentos de particular esplendor o tinieblas, puede decirse, incluso, que España lidera el acercamiento a la cuestión de la mendicidad y la pobreza. Esto ocurre, fundamentalmente, con el desarrollo del Estado Moderno y se extiende durante el siglo XVI⁶¹. En ese periodo, se procede al control de la mendicidad y a la regulación de la asistencia; se crean las casas de misericordia y los albergues de pobres, que sirven como refugio, pero también como dispositivo de control del trabajo y como oficinas de colocación para los indigentes.

La doble vertiente represión/asistencia se perpetúa como en el resto de Europa y la Ilustración española reproduce debates y tratamientos similares a los que ya se habían emprendido en Francia o Inglaterra. Así, durante el XVIII, persiste la política de corrección por el trabajo y se asientan las distinciones tradicionales entre pobres válidos e inválidos, reforzándose la cruzada contra la ociosidad. La particularidad de este siglo respecto a momentos anteriores

⁵⁹ La finalidad de este apéndice es ilustrar cómo algunas dinámicas que se han estudiado en el capítulo IV se expresan en concreto en la evolución histórica de las políticas de empleo en España.

⁶⁰ Para un recorrido más detallado del que aquí se realizará puede consultarse: AA.VV. (1990) *Historia de la acción social pública en España*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid; AA.VV. (1986) *De la beneficencia al bienestar social. 4 siglos de acción social*, Siglo XXI, Madrid; Trinidad, P. (1991) *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)*, Alianza Editorial, Madrid

⁶¹ El renacimiento español ocupa un lugar principal en el debate sobre la pobreza y su tratamiento. Teólogos y humanistas influyen en toda Europa y se codean con los creadores de las grandes tendencias del momento desde el humanismo de Erasmo a los teólogos reformistas. Las obras de algunos de los principales nombres propios del XVI dan idea del esplendor alcanzado: Juan Luis Vives publica "*De subventionem de pauperum*" (1526); Domingo de Soto, "*Deliberación en la causa de los pobres*" (1545); Miguel Giginta, "*Atalaya de la Caridad*" (1586); Cristóbal Pérez de Herrera, "*Discurso del amparo de los legítimos pobres y reducción de los fingidos*" (1598).

es la intensificación de la acción social del Estado que promueve el desarrollo de Hospicios y Casas de Misericordia. Asimismo, con esta difusión de establecimientos se intenta, más allá del encierro, “una ‘conversión’ del pobre en trabajador, una inserción del vago, real o potencial -por falta de trabajo-, dentro del circuito productivo” (López, 1990). La miseria se convierte en un problema político que afecta a cuestiones relacionadas con la policía, la higiene o el desarrollo económico. A finales del XVIII, comienzan a divulgarse lentamente las ideas que servirán de base para el despliegue del Estado Liberal en el XIX. Las campañas de moralización, el ahorro, la familia, la propiedad y la lucha contra las irregularidades de conducta se difunden en España de la mano de la nueva ética burguesa. Las normativas antigremiales y las crisis cíclicas de la economía endurecen las condiciones de vida de los grupos más humildes, que no encuentran lugar en la debilitada estructura de ayuda social. Pese a la reorganización territorial e institucional que supone la Ley General de Beneficencia de 1849, los resultados son muy deficientes, pues el Estado ve muy dificultada su actuación debido a la fuerza y la dependencia de instituciones privadas y religiosas y, por otra parte, por la persistente desconfianza liberal ante el intervencionismo del Estado. Las controversias sobre su papel se extenderían hasta el final del siglo, solo en ese momento, y con el influjo de los países más industrializados y del catolicismo social, se comienzan a vencer las resistencias tradicionales y liberales.

Como en el resto de Europa, durante las últimas décadas del XIX se agudiza la preocupación por la conflictividad obrera, que proviene de las penosas condiciones de vida que impone el pauperismo de las clases trabajadoras. La crisis económica, que se generaliza en buena parte de los países industrializados en el decenio de 1870, se prolonga en España durante la década siguiente y reviste mayor gravedad debido a la enorme debilidad de los mecanismos de previsión social. La improvisación es la norma y el azote de la pobreza encuentra la anémica resistencia de un número escaso de comedores de caridad y de tiendas-asilo. La asistencia pública es cara e ineficaz y resulta enormemente insuficiente para abordar los problemas del pauperismo.

La confirmación progresiva de esta sospecha y el mencionado temor a la conflictividad obrera, relevante pese al retraso de la industrialización en España, refuerzan la posición de los partidarios de la reforma social y de la intervención del Estado en la regulación de la cuestión social. Los grupos de reformadores, intelectuales y políticos, que en los principales países europeos apuestan por los seguros sociales como modo de integración de los colectivos obreros; se extienden también en España. Su procedencia es muy diversa - liberalismo reformista; krausismo; republicanismo liberal; catolicismo social; socialismo reformista-, y se extiende entre diversos ámbitos de la vida pública y política. Conviene recordar la decisiva intervención de estos grupos en la "invención" de la categoría de parado involuntario en diferentes países europeos; en la clasificación de los *sans travail* y en la divulgación de un amplio programa de reeducación de las clases trabajadoras⁶².

⁶² Un ejemplo de la inclinación hacia las clasificaciones de los desfavorecidos de las clases populares en España es el de Concepción Arenal. A pesar de representar la visión del liberalismo conservador -poco proclive a la reforma y al intervencionismo estatal-, realiza una interesante tipología de las causas de la miseria, paso inmediatamente anterior a las clasificaciones dirigidas a definir los tipos de parado, que ya hemos visto en el anterior capítulo. La cita está extraída de las cartas que, en "*La voz de la caridad*" (1880), dirige a un ficticio interlocutor al cual instruye sobre los grandes problemas de la época:

"Te haré un pequeño cuadro, para que de un golpe de vista puedas hacerte cargo de las causas que producen la miseria.

Miseria por:

Falta de trabajo.....Por no haber qué hacer.
 Por falta de capital.
 Por emplearse el capital en especulaciones que no dan trabajo.

Imposibilidad de trabajar.....Por enfermedad.
 Por vejez.
 Por niñez.
 Por atenciones imprescindibles.

Negarse a trabajar.....Por crimen.
 Por vicio.
 Por vanidad.

Imperfección del trabajador..Por mala voluntad.
 Por ignorancia.
 Por falta de aptitud.

Mal empleo del salario..... Por crimen
 Por vicio.
 Por ligereza.

Insuficiencia de la Remuneración.....Porque es corta.

El punto que aglutina a todos ellos es el cambio en la mentalidad de influyentes capas de la burguesía orientado a impulsar una actuación del Estado a través de los Seguros Sociales y la racionalización de la beneficencia pública y la consecución de la paz mediante la regulación de las condiciones de vida de los trabajadores más débiles. Entre las realizaciones concretas de este espíritu de reforma⁶³, hay que destacar, por una parte, la creación en 1883 de la Comisión de Reformas Sociales, encargada de analizar la situación de las clases trabajadoras, sus revueltas y las alternativas de protección social. Por otra parte, hay que señalar la intensa actividad legislativa que abre el siglo XX y que cubre prácticamente todas las grandes áreas de preocupación de la cuestión social: protección a la infancia y a la mujer en el trabajo (1900); accidentes y prevención (1900); condiciones de trabajo: descanso dominical (1904); relaciones laborales: conciliación y arbitraje (1908), huelga (1909); pensiones de vejez e invalidez a través del Instituto Nacional de Previsión (1908).

A pesar del entusiasmo reformista y de la proliferación legislativa, hay un amplio acuerdo entre los historiadores acerca de lo limitado de sus logros reales y de la lentitud en el cumplimiento de objetivos. El núcleo duro del liberalismo no intervencionista y del poder de la oligarquía económica consiguieron recortar las competencias de la Comisión de Reformas Sociales, reducir su influencia a mero órgano consultivo y, finalmente, acabar con ella en 1903. Asimismo, ralentizaron el ritmo de creación y aplicación de la nueva legislación, siempre sometida a los vaivenes políticos, acumulando retraso respecto a Europa y marcada por enormes carencias desde su origen.

Por carestía.
Por muchas obligaciones.
Por lo crecido de los impuestos.”

⁶³ Acerca de los partidarios del movimiento de reforma social; el ambiente intelectual y político que lo propicia y sus logros pueden consultarse: Martínez Quinteiro (1990); Aizpuru y Rivera (1994). Sobre el papel de la Comisión de Reformas Sociales: Perez Ledesma (1986).

En este contexto, la cuestión del desempleo resulta ejemplar⁶⁴. La propia Comisión de Reformas Sociales ya alertó de la gravedad del problema a mediados de la década de 1880 e intentó aproximarse a la cantidad de parados a pesar de la inexistencia de estadísticas oficiales y de lo fragmentario de los datos de las asociaciones obreras. La prioridad concedida a otras necesidades sociales; la menor escala del problema en una España débilmente industrializada; las persistentes dificultades en la definición del fenómeno del paro; Las controversias sobre sus causas y, finalmente, los elevados riesgos financieros sobre su posible cobertura retardaron el interés por la cuestión y acumularon cierta demora respecto a otros países europeos.

Con todo, en 1910, un temprano informe acerca de los métodos adecuados para instaurar un seguro de paro es encargado a miembros del Instituto de Reformas Sociales y publicado en 1911 con el significativo título de "*Bolsas de Trabajo*". La sintonía con los debates europeos es evidente; pero el informe acaba por desconfiar de la vía de los Seguros Sociales a causa de los temores que provocaban la picaresca y el fraude de la nebulosa categoría de parado, de los recelos de los empresarios hacia el pago de las cotizaciones y del esfuerzo económico que entrañaría para el Estado.

La crisis social de 1917 desató nuevamente los temores del desorden social en España. En los años inmediatamente posteriores, se vivió más de cerca la preocupación por el desempleo. Las medidas se sucedieron: informes, conferencias y alguna iniciativa legislativa, como el Real Decreto de Seguro contra el Paro Forzoso de 1919. Se trataba de un sistema de ayudas a mutuas y sociedades obreras que no prosperó debido a dificultades en su dotación económica. La Conferencia de Washington, auspiciada por la Sociedad de Naciones en ese mismo año y el Convenio con la OIT sobre el paro forzoso en 1922 suponen la institucionalización internacional de la discusión. En 1920, se constituye el Ministerio de Trabajo y se abre una década marcada por un

⁶⁴ Si bien los estudios históricos sobre la problemática de los Seguros Sociales y la acción social en España son abundantes; sobre la cuestión del desempleo son relativamente escasos y fragmentarios. Los trabajos de Benjumea (1986) y el reciente de Arango (1999) permiten obtener información detallada sobre esta última cuestión.

desarrollo importante del derecho del trabajo y del paritarismo a la hora de pactar las condiciones de trabajo. Pese a todo, la indeterminación se instaló en conducción del problema del paro. Una vez más la falta de dotación, la dilación de los plazos, la inexistencia de estadísticas y de oficinas de colocación estancaron el Convenio con la OIT y, lo que es aún más grave, prolongaron el vacío de solidaridad estatal hacia el colectivo de parados.

El crecimiento de la población ocupada en la industria, la acción sindical y el miedo al paro provocado por la Gran Depresión, intensificaron la preocupación por el desempleo. Nada más elocuente que esas masas de parados forzosos que en 1929 representaban, en Estados Unidos, menos de un millón y que pasaron a ser 15 millones cuatro años después. La memoria de la OIT de 1933 contabilizaba treinta millones de parados en sus países asociados. A pesar de que la crisis no incidió gravemente en la economía española, durante los años de la República, se asiste a un periodo creativo en el terreno de la protección del desempleo.

La propia Constitución introduce el paro forzoso en el campo de los derechos sociales y, muy tempranamente, se pone en marcha un Decreto Ley de 1931, que meses más tarde se eleva a rango de Ley, sobre bases para el fomento y régimen de previsión contra el paro involuntario. Esta regulación instituía la Caja Nacional contra el Paro Forzoso, por medio de la cual se organizaría un sistema de seguro voluntario encomendado a asociaciones obreras mediante bonificaciones estatales. Este organismo seguía el *modelo Gante*, ya aplicado en esta ciudad belga a finales del XIX, y además de la previsión, se daba también como finalidad la colocación y el asesoramiento; la elaboración de datos estadísticos; el estudio sobre la implantación y la continuidad de los sistemas de seguros y el auxilio a los parados través de fondos de solidaridad.

La mayor dificultad de los seguros voluntarios radicaba en la muy limitada población que conseguían cubrir. Únicamente los trabajadores mejor situados se inscribían en las asociaciones y pagaban las cuotas; el resultado es que sólo un 7% de parados se beneficiaban de los subsidios que disponía la ley. La

propia Caja Nacional se consideró como un momento de transición a sistemas de seguros más amplios y orientó sus esfuerzos en este sentido.

Además de los seguros y la previsión, en 1931 y durante todo el periodo republicano se implantó y perfeccionó un servicio nacional de colocación que se concretó en la creación de la Oficina Central de Colocación Obrera. Este organismo representaba un servicio público y gratuito, del cual se podían beneficiar los parados que desearan inscribirse y que permitía mejorar el encuentro entre la oferta y la demanda de trabajo y reducir el temido paro forzoso. El registro en esta Oficina era voluntario; pero su eficacia sólo podía mejorarse si se intensificaban los sistemas de control y se aumentaba el número de ofertas y demandas registradas. Por ello se estableció la inscripción obligatoria para todos los parados que percibiesen el subsidio; la expedición de una tarjeta de parado, que era necesario fichar y renovar trimestralmente y, además, se endureció la obligación de los parados de aceptar los empleos propuestos por la Oficina.

Junto a la previsión y la colocación, la tercera de las intervenciones que se practicó en el periodo que estamos tratando fue la creación de puestos de trabajo a través de obras públicas. La gran confianza que se daba en la época hacia este tipo de fomento de empleo hizo de él un programa fuerte y se destinaron cuantiosos fondos; se idearon planes de actuación; se favoreció la escala municipal y se subvencionó, también, a las iniciativas privadas que contratasen a parados.

Tras la guerra, la situación económica, la organización productiva y el mercado de trabajo quedaron en un estado de absoluto desconcierto. El coste en vidas de la guerra, la intervención represiva posterior, el exilio y la inmigración ininterrumpida durante los cincuenta diezmaron la mano de obra en España. La autarquía vino a empeorar el escaso desarrollo industrial y a reforzar una estructura de actividad económica de predominio agrícola. Sin duda, los mayores retrasos de la sociedad española respecto al modelo de desarrollo seguido en Europa provienen de este tétrico periodo de los 40' y los

50'⁶⁵. En diferentes disciplinas es frecuente encontrar el franquismo periodizado en dos grandes momentos: el primero comprende las dos primeras décadas del régimen y el segundo transcurre entre los años 60 y la muerte del dictador. Esta división puede resultar de utilidad aquí para precisar una cronología de los hechos más importantes para el análisis del desempleo.

Así, la primera fase se caracteriza por un mercado de trabajo altamente heterogéneo, con cuotas muy elevadas de trabajo inestable, por cuenta propia y agrario y por un sistema de relaciones laborales marcado por el control y la disciplina, que engendra un Estado-militar, y por el paternalismo en la relación de los empresarios con los trabajadores. La distancia con el modelo europeo de empleo estable -integrado en el marco de un Estado de Bienestar y de un sistema de relaciones laborales-, que se pone en marcha tras la IIª Guerra mundial, es manifiesta.

En un reciente trabajo, José Babiano (1998) señala cómo entre 1939 y 1958 se pone en marcha lentamente una política de mano de obra, que sentaría las bases para el desarrollo posterior, a partir de los años sesenta, de un fordismo a la española: tardío e inacabado. Esta política pública, muy doméstica e improvisada, fue combatiendo los elementos de un modelo inestable de empleo, poco propicios al desarrollo industrial en la época, y fue cubriendo las lagunas de un mercado de trabajo y una población activa repletos de carencias. Se basaba en cuatro grandes líneas:

- La primera consistía en promover la estabilidad de la mano de obra y la formación de *mercados internos* de trabajo. A través de las Reglamentaciones Nacionales de Trabajo, se desincentivó la subcontratación de los procesos de producción y se fomentó la estructuración de la fuerza de trabajo en empresas muy integradas y jerarquizadas, con procesos productivos muy compactos. Asimismo, la legislación combatió la rotación y la estacionalidad, primando la antigüedad en el puesto de trabajo y el arraigo de la carrera laboral. Todo ello contribuía a prefigurar ciertos

⁶⁵ Respecto a los aspectos laborales de las primeras décadas del franquismo pueden consultarse: Fernández Steinko (1996) y (1999); Babiano (1993) y (1998).

criterios de gestión prefordista. La estabilidad y la seguridad en el empleo representaron, además, una contrapartida a la falta de libertad en las relaciones laborales.

- La segunda línea tenía relación con la estructura salarial. La reconstrucción española se basó en salarios muy bajos y en un régimen de seguros sociales raquítico. Estas dos insuficiencias obligaban a buscar paliativos para conseguir una población trabajadora saludable y apta para la producción. Los remedios aplicados fueron: en primer lugar, un sistema de gestión privado de la mano de obra de marcado matiz paternalista; que instauraba dispositivos de protección dentro de la empresa para asegurar una buena prestación laboral y una fuerte disponibilidad y dependencia de los trabajadores hacia los empresarios. Los economatos, la adquisición de vivienda, los comedores de empresa suplen los bajos salarios y generan cooperación y consentimiento de los trabajadores. En segundo lugar, una política de familia que mantenía a la mujer fuera del mercado de trabajo y la dirigía a hacerse cargo de las necesidades domésticas de la familia obrera y de la reproducción de la fuerza de trabajo. Familias monosalariales basadas en el ingreso directo del cabeza de familia y con una alta aportación indirecta de las mujeres a la economía familiar: este es el retrato robot de la familia trabajadora del momento.
- La tercera línea de la política de mano de obra del régimen se apoyó en la concesión a las empresas de un alto poder a la hora de aplicar la disciplina en la gestión de la fuerza de trabajo. Esta discrecionalidad se expresaba en los rigurosos reglamentos de empresa y en la eliminación de la militancia obrera que beneficiaba al régimen y a la empresa.
- La cuarta y última línea consistió en la promoción estatal de la Organización Científica del Trabajo. Los principios tayloristas casaban bien con el estilo y la disciplina militar. Otros países los habían adoptado con éxito en la preparación de la guerra y, concretamente, la Italia fascista y la Alemania nazi los integraron bien en su espíritu tecnófilo y castrense. Al frente del Ministerio de Industria, el impulsor de la OCT en España, Juan

Antonio Suanzes, aunaba las funciones de militar, ingeniero e ideólogo. En 1946, se constituyó el Instituto Nacional de Racionalización del Trabajo que garantizaba el futuro fordista aún por llegar.

La evolución del paro y de su tratamiento en estas dos primeras décadas del franquismo está muy influido por el talante político y económico del régimen. En los primeros años, el trabajo está teñido por una moralidad y un sentido patriótico tan magnificados que el paro se convierte en algo cercano a lo inconcebible. Más relacionado con la plaga roja que ha traído la penuria o con la ley de vagos y maleantes, el espacio semántico del paro no augura ningún rigor y madurez en su tratamiento como problema sociolaboral.

A pesar de la escasa confianza que cabe depositar en la exactitud de las estadísticas de la época, es atinado pensar en una tendencia a la disminución de la cifra de desempleados, que se va verificando con posterioridad a la guerra. Las cifras de la Oficina de Colocación de los sindicatos verticales contabiliza 474.800 parados en 1940; diez años después, esta cifra había descendido a 166.200 y, en 1956, en torno al final de esta primera fase del franquismo, el número de desempleados se redujo a 105.800. (cf. Babiano, 1999: 23) La reconstrucción, el exilio y la emigración explican esta evolución decreciente del desempleo⁶⁶.

Como resultado de estas tendencias, las actuaciones contra el paro fueron escasas, puntuales y marcadas por la excepcionalidad. Muchas de las instituciones del periodo republicano se suprimieron. Concretamente, la Caja Nacional contra el Paro Forzoso, que organizaba el seguro de paro voluntario

⁶⁶ En las recientes investigaciones sobre la participación de trabajadores "esclavos" utilizados por el régimen nazi, se ha verificado la existencia de entre 10.000 y 25.000 desempleados españoles que fueron "reclutados" entre 1941 y 1944 por las oficinas de la Comisión Interministerial para el Trabajo en Alemania. Estos trabajadores fueron espoleados y engañados por el franquismo que, en una campaña publicitaria atrayente les prometió "adquirir el dominio de un idioma que hablan muchos millones de hombres y además una buena formación técnica, un sueldo suficiente como para ahorrar y enviar dinero a sus familiares, así como la oportunidad de disfrutar de 'visitas a museos y bibliotecas y de la legislación social del III Reich, una de las más avanzadas de Europa', de comida 'muy abundante' y 'condimentada con sujeción a la cocina española', y todo ello sin 'que exista peligro alguno para nuestros compatriotas que trabajan en lugares muy alejados del frente y no constituyen objeto militar de ninguna clase' (Rodríguez Jiménez, 2000). Estos trabajadores formaron parte del pago de la deuda que el franquismo había contraído con el nazismo.

durante la República, quedó inhabilitada al basar su funcionamiento en la colaboración con las asociaciones obreras, prohibidas tras el final de la guerra. Los primeros años del régimen desarrollaron las Juntas Provinciales y la Junta Nacional de Paro. En lo formal, las actividades de esta última coincidían y enlazaban con los tratamientos adoptados contra el paro en otros países. Sus negociados de crisis de trabajo; paro y colocación; plan de trabajos y obras protegidas parecían reconocer, aparentemente, el paro forzoso como un fenómeno social objeto de estudio y tratamiento. Sin embargo, durante las décadas de los cuarenta y los cincuenta, las intervenciones realizadas estuvieron relacionadas con el socorro a situaciones excepcionales: industrias en crisis, catástrofes naturales, incendios, sequías, repoblación forestal, etc. Las medidas para atender a los parados consistieron en obras públicas y subvenciones de urgencia. Otras más serias y comprometidas, como los sistemas de seguro, fueron evitadas.

Durante la segunda mitad de los cincuenta, comienzan a percibirse algunas novedades que son el indicio de una actualización de la discusión sobre la intervención pública de cara al desempleo en España. El fuerte crecimiento de la producción industrial, de las grandes empresas y de los procesos de automatización plantea el problema de cómo hacer frente a los ajustes de plantilla que se van produciendo en una economía que se moderniza. El dilema consistía en abordar los ajustes o bien mediante indemnizaciones por despido, cuyo coste recaería en los empresarios, o bien a través de subsidios temporales, con una presencia mayor del Estado y costes más repartidos. La respuesta vino con la creación en 1959 del subsidio de paro por dificultades económicas; dirigido a paliar los casos de suspensión o reducción de plantillas. De alguna forma, esta medida actuó como bisagra entre los dos periodos del franquismo que aquí se analizan.

Desde los inicios de los sesenta, y en el contexto de un periodo de intenso crecimiento industrial y de apertura económica, se produjo un cambio de orientación en el tratamiento del paro. La emigración continuaba garantizando una situación de pleno empleo -con tasas que se estiman entre

3-4% en esa década y que se habrían elevado al 11% de no mediar los procesos migratorios-. El escaso paro tenía un carácter friccional y, según la opinión de los responsables políticos, poco nocivo y muy favorable para flexibilizar y racionalizar el funcionamiento de las empresas. Sin embargo, el propagandismo franquista de “ningún hogar sin lumbre, ni una familia sin pan” condujo al régimen a abrazar, un tanto tardíamente, el sistema de seguro de paro y a prestar atención a los afectados por la dinámica económica en un momento, poco comprometido, de alta prosperidad. En 1961, se aprueba la Ley de Seguro de Desempleo, un seguro obligatorio que viene a cubrir el pertinaz vacío en esta materia.

La agonía del régimen coincide, prácticamente, con el agotamiento de las expectativas ilimitadas de prosperidad. La crisis de los setenta se deja notar de forma temprana y la elevación de las cifras de paro confirman un cambio de tendencia. De 1973 a 1975, el número de parados registrados se duplica y comienzan a apreciarse las insuficiencias de la Ley de Seguro de Desempleo, que atendía la friccionalidad del paro; pero no su carácter estructural. Las sucesivas reformas durante la segunda mitad de los setenta verifican cómo el marco legal del desempleo se va quedando pequeño de cara a un paro progresivamente abundante y con rasgos cambiantes. La ampliación de la cuantía de las prestaciones, de su duración y las modificaciones en las bases de cotización certifican que el paro ha dejado de ser un fenómeno leve y ocasional y abren un periodo de abundante legislación y de novedades explícitas en la acción contra el desempleo. De entre todas ellas, destaca la creación en 1978 del Instituto Nacional de Empleo (INEM), que, fruto de la reordenación administrativa a raíz de los Pactos de la Moncloa, acumuló las funciones de: colocación; formación de los trabajadores; gestión del fomento de empleo y control de las prestaciones por desempleo.

Los años ochenta abren un periodo de reformas permanentes en el terreno del desempleo. Este se convierte en un problema de primer orden de cara a la ciudadanía. Las cifras continúan creciendo de forma cada vez más irrefrenable y desde el comienzo de la década inician un despegue que

provoca la alarma social. El aumento no es sólo cuantitativo, pues trae consigo nuevas problemáticas que van acrecentando la complejidad del fenómeno paro: el desempleo juvenil; el diferencial de paro femenino; los mayores de 45 años; los parados procedentes de la reconversión industrial⁶⁷. Además de estos colectivos, nos encontramos con dimensiones que hasta ahora el desempleo no había mostrado o que se creían desaparecidas: la recurrencia del paro, causada por la enorme temporalidad en la actual gestión de la mano de obra; el paro de larga duración; el incremento de la vulnerabilidad frente al paro en los colectivos con bajos niveles de estudio; el paro considerable, a su vez, en buen número de titulados superiores. Todos estos colectivos representan algunas de las múltiples caras del desempleo afrontadas por las políticas de fomento de empleo y los gobiernos durante estas dos últimas décadas.

Muy a grandes rasgos, los ochenta se inician con la Ley Básica de Empleo (1980), que abre el debate acerca de cómo tratar el problema de un paro que crece, se consolida e instala de forma estructural en la sociedad española. Una de las discusiones de mayor interés se produce en torno al cuestionamiento del sistema de subsidios contributivos: cada vez más se asiste a un crecimiento de los desempleados que no pueden atenerse a dicho sistema por no haber cotizado o por haber agotado su prestación. La respuesta que da la Ley Básica de Empleo refuerza el sistema contributivo y todas las prestaciones contempladas en ella han de ir vinculadas a un periodo de cotización previo. Estas evoluciones provocarían una progresiva erosión a

⁶⁷ La importancia estratégica del proceso de reconversión industrial acometido en España en la primera mitad de los ochenta ha sido puesta de relieve por Bilbao (1993). Más allá de su importancia cuantitativa, la reconversión supuso un ataque directo a la estabilidad del empleo y "la clausura de las grandes movilizaciones obreras basadas en la centralidad del trabajador especializado". En el terreno del análisis del desempleo, la reconversión significó una disgregación en el seno del colectivo de parados debido a que trajo consigo la aparición de lo que en ocasiones se ha llamado la "aristocracia del paro" o los "parados de lujo". Los trabajadores parados procedentes de sectores en reconversión consiguieron integrarse en fondos de protección por desempleo, lo que les situó en mejores circunstancias que el resto de parados. Información más detallada sobre la dinámica de la reconversión se encuentra en el propio Bilbao y en Marín Arce (1992).

finales de los ochenta de la cobertura del paro por parte del sistema contributivo.⁶⁸

En 1984, y en paralelo a una reforma del Estatuto de los Trabajadores, se aprueba la Ley de Protección por Desempleo. Estas medidas legislativas son cruciales para comprender la evolución posterior del mercado de trabajo en nuestro país. La reforma del Estatuto perseguía facilitar la flexibilidad de la mano de obra a través de la puesta en marcha de numerosas formas de contratación temporal. A partir de esa reforma, España ha resultado ser un paraíso en términos de flexibilidad para las empresas autóctonas y foráneas; que, asimismo, se han aprovechado del sistema de protección social para descargar sobre él los costes que, en términos de despidos, produce su funcionamiento flexible y desregulado. La Ley de Protección por Desempleo acomete cambios dirigidos a ajustar la normativa a un paro cada vez más incontenible. Las novedades más relevantes son: en primer lugar, la aparición de dos niveles de protección claramente diferenciados: el contributivo y el asistencial. Este último es financiado por el Estado y se plantea como complementario al primero. Se otorga como una garantía de rentas para aquellos que han agotado su prestación contributiva o para quienes no han contribuido lo suficiente para acceder a ella. Los beneficiarios forman parte de diversos colectivos desfavorecidos que entran en el marco de la protección al desempleo por la puerta de atrás del subsidio asistencial.

En segundo lugar, la Ley amplía el periodo de prestación de 18 a 24 meses. Con ello se hace eco de la creciente presencia del desempleo de larga duración. Esta ampliación va acompañada por un endurecimiento de los controles al desempleo y por una extensión, también, de las causas que pueden dar lugar a la extinción de la prestación. El estereotipo del parado que comete fraude y la necesidad de su control, se irán acrecentando a partir de la segunda mitad de los ochenta. En definitiva, los desarrollos legislativos que se han comentado se proyectan durante el resto de los ochenta en forma

⁶⁸ Para abordar con mayor detalle las llamadas políticas pasivas de empleo y, en concreto, los cambios en la protección por desempleo, puede consultarse Toharia (1996) y Arango (1999).

de ampliación del periodo de subsidio y de incorporación de colectivos que sucesivamente van acrecentar el alarmante paro.

Ni siquiera la gravedad de éste, que alcanza cotas inusitadas en 1985, fuerza una discusión más profunda sobre la cuestión. España se integra en la Comunidad Europea, se incorpora a la moda de las políticas activas y cualquier replanteamiento de los sistemas de protección por desempleo se estanca, imponiéndose un modo de afrontar el desempleo marcado por la provisionalidad, la falta de continuidad en los programas y la insistencia en medidas activas que no confirman la eficacia que se les supone. El resultado de estas evoluciones ha sido la falta de cobertura estructural para un grupo importante de los hogares más contundentemente afectados por el paro, que paulatinamente se han ido deslizando hacia la asistencia social y alejándose del ámbito de las políticas de empleo. Cerca de 2 millones de parados de larga duración en 1987, hubieran merecido un debate más hondo acerca de las soluciones al desempleo.

Los años 90 aumentaron aún más las carencias y los problemas ya mencionados. En el contexto de una ralentización y parálisis del gasto público y de una recesión que eleva las tasas de paro a niveles nunca alcanzados, se abordan sucesivas reformas laborales dirigidas, nuevamente a conseguir la cohesión económica perseguida en la era de la globalización. Tratadas en bloque, las diferentes reformas⁶⁹ suponen una intensificación de la flexibilidad y del manejo del desempleo con vistas a conseguir las finalidades económicas de la competitividad, el crecimiento, la adaptabilidad y la creación de un marco de relaciones laborales que propicien todo ello. Paso a paso, se renuevan las formas de contratación temporal y se regula el trabajo a tiempo parcial; se reconocen las Empresas de Trabajo temporal; se amplían las causas y se facilitan los trámites de despido y, finalmente, se reducen los costes de este en los nuevos contratos indefinidos. Los objetivos explícitos de

⁶⁹ El proceso de flexibilización de la fuerza de trabajo es continuado en los años noventa a través de cambios en la legislación laboral que encuentran su mayor expresión en la reformas de 1992, 1993, 1994 y 1997. Para un tratamiento más diferenciado y en detalle de sus contenidos y consecuencias pueden ser de gran ayuda los trabajos de González y Baylos (1994); Pérez Infante (1998); Bilbao (1999); Alonso y Blanco (1999)

estas actuaciones, aireados por los diferentes gobiernos, son los de crear empleo y reducir la precariedad; pero, implícitamente, las reformas han abierto el camino al modelo de explotación flexible que caracteriza a la nueva economía global y han inaugurado una etapa que algunos han calificado de retorno al siglo pasado en lo laboral (Alonso y Blanco, 1999).

Estos cambios legislativos se proyectan también en la normativa sobre desempleo. En 1992, la ley sobre Medidas Urgentes sobre Fomento de Empleo y Protección por Desempleo, más conocida como el Decretazo, endurece el acceso al nivel contributivo de protección e incrementa el número de meses necesarios para obtener una prestación. Asimismo, amplía el sistema asistencial para dar cabida a la avalancha de trabajadores que finalizan sus contratos temporales sin poder acceder al sistema contributivo. Finalmente, se reduce el escaso margen de maniobra de los parados endureciendo las sanciones contra el rechazo a ofertas de empleo o eliminando las becas por participar en cursos de formación profesional. En años sucesivos, se realizarían cambios fiscales relacionados con la prestación de desempleo, que pasará a computarse en el IRPF.

El último periodo que podemos destacar es el del surgimiento de la Estrategia Europea de Empleo (EEE), que se puso en marcha tras las cumbres europeas de Amsterdam y Luxemburgo en 1997-98, en ellas se trató monográficamente el tema del empleo y se fue concretando una estrategia para hacer frente al problema del paro. Las directrices básicas de dicha estrategia se estructuraban en cuatro principios: mejorar la capacidad de inserción profesional; desarrollar el espíritu de empresa; fomentar la capacidad de adaptación de los trabajadores y las empresas y potenciar la igualdad de oportunidades. El cumplimiento de estos objetivos se extendía a todos los países miembros, que, aunque continuaban teniendo un amplio margen de libertad para fijar su política de empleo, se comprometían a velar por los objetivos comunes a través de la creación de "Planes Nacionales de Empleo" basados en las directrices aludidas y sujetos a una supervisión por los organismos comunitarios. Con posterioridad a Luxemburgo y Amsterdam, se

han llevado a cabo cumbres y reuniones casi permanentes -Viena, 1998; Colonia, 1999; Lisboa, 2000)- en las que se han ido afinando las agendas europeas que consolidan una política de empleo común⁷⁰.

Algunos especialistas han cuestionado los resultados de estas políticas comunes y han cuestionado sus efectos. Las críticas van en la línea de mostrar que el terreno del empleo es, hoy por hoy, una "provincia" en el marco de la política económica común (Barbier, 1998). Este lugar secundario se empeora con la discrecionalidad que algunos países han conseguido imponer en el cumplimiento de los objetivos comunes, lo cual ha incorporado un grado de heterogeneidad en la aplicación de las medidas. Por último, se ha denunciado la "hechura neoliberal" de las medidas que acompañan a esta política común. Las políticas activas preconizadas en las directrices de la Estrategia Europea de Empleo incorporan una fuerte dosis de responsabilización y de culpabilización a los propios parados de su situación. Este ha de 'activarse' e incrementar su empleabilidad en un mercado de trabajo altamente selectivo ante el cual está solo. El parado ha de demostrar que se activa y que diseña un proyecto de compromiso en el empleo y, por tanto, que vale más que los otros parados. Este nuevo clima ideológico no ha ido acompañado por grandes innovaciones en el estilo de las medidas de intervención sobre el empleo. La formación y las subvenciones a la contratación siguen constituyendo el bloque hegemónico de las políticas activas. Los subsidios, pieza clave de las políticas pasivas, se devalúan. Las evoluciones futuras parecen dirigirse a un reforzamiento de esta línea de *workfare* de corte anglosajón que se intenta matizar con algunas influencias más cercanas a la tradicional cohesión social de la Unión Europea.

Referencias bibliográficas

Aglietta, M (1979) *Regulación y crisis del capitalismo*, Siglo XXI, Madrid.

Aizpuru, M., Rivera, A. (1994) *Manual de historia social del trabajo*, Siglo XXI, Madrid.

Alba, A., Álvarez, G., Pagán, R. (1999) *Parados de larga duración*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid.

⁷⁰ Una información más detallada del caso español puede encontrarse en: Fina, 2001; Cachón y Palacio, 1999; Saragossà, 2002.

Albarral, E. (1996) "Nuevos jornaleros: mensajeros, pizzeros y trabajo al detall", *La factoría*, nº1.

Alonso, L.E. (1992) "Postfordismo, fragmentación social y crisis de los nuevos movimientos sociales", *Sociología del Trabajo*, nº 16.

Alonso, L.E. (1994) "Sujeto y discurso: le lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa", en J.M. Delgado y J. Gutiérrez (coord.) *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Síntesis, Madrid.

Alonso, L.E. (1998) *La mirada cualitativa*, Fundamentos, Madrid.

Alonso, L.E. (2000) *Trabajo y posmodernidad: el empleo débil*, Fundamentos, Madrid.

Alonso, L.E. y Blanco, J. (1999) "La transformación de las bases sociales del conflicto laboral", en Miguélez, F., Prieto, C. *Las relaciones de empleo en España*, Siglo XXI, Madrid.

Alvaro Estramina, J.L. (1992) *Desempleo y bienestar psicológico*, Siglo XXI, Madrid.

Arango, J. (1999) *La protección por desempleo en España*, CES, Madrid.

Arrighi, G. (1999) *El largo siglo XX*, Akal, Madrid.

Astier, I. (1992) "Ce que chômeur veut dire", *Les Temps Modernes*, nº 554.

Auriol, D. (1993) "L'autonomisation des politiques sociales d'insertion, 1970-1990", *Revue Française des Affaires Sociales*, nº 1.

Ayala, L. (1998) "Cambio laboral y pobreza", en EDIS y otros. *Las condiciones de vida de la población pobre en España*, Madrid.

Aznar, G. (1993) *Travailler moins pour travailler tous*, Syros, Paris.

Aznar, G. (1999) *La fin des années chômage*, Syros, Paris.

Babiano, J. (1993) "Las peculiaridades del fordismo español", *Cuadernos de Relaciones Laborales*, nº 3.

Babiano, J. (1998) *Paternalismo industrial y disciplina fabril en España (1938-1958)*, CES, Madrid.

Bachmann, Ch. (1992) "Jeunes et banlieues", en Ferreol, G. *Integration et exclusion dans la société française contemporaine*, Presses Universitaires de Lille.

Badreau, S. (1998) *Chômeuse!*, L'Esprit frappeur, Paris.

Barbano, F. (a cura di) (1987) *L'ombra del lavoro*, Franco Angeli, Milano.

Barbier, J.C. (1998) "A la recherche de la politique européenne de l'emploi", en Barbier, J.C., Gautié, J. (ed.) *Les politiques de l'emploi en Europe et aux Etats Unis*, Fayard, Paris.

Barbier, J.C. (1998) "Les politiques publiques de l'emploi en perspective: pour un cadre de comparaison des politiques nationales de l'emploi", en Barbier,

- J.C., Gautié, J. (ed.) *Les politiques de l'emploi en Europe et aux Etats Unis*, Fayard, Paris.
- Barceló, A. (1998) *Economía política radical*, Síntesis, Madrid.
- Barret-Ducrocq, F. (1995) "La volonté de comprendre", en Carré, J. y Révauger, *Aux sources du Welfare*, L'Harmattan, Paris.
- Bauman, Z. (1999) *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, Gedisa, Barcelona.
- Beaud, S. (2000) "Bacheliers, ouvriers ou précaires. Dire et gérer le déclassement", en Billiard, I., Debordeaux, D., Lurol, M., *Vivre la précarité*, Éditions de l'Aube, La Tour d'Aigües.
- Beaud, S. (2002) *80% au bac...et après?* La Découverte, Paris.
- Beaud, S. y Pialoux, M. (1999) *Retour sur la condition ouvrière*, Fayard, Paris.
- Beaud, S., Weber, F. (1998) *Guide de l'enquête de terrain*, La Découverte, Paris.
- Beck, U. (1998) *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Paidós, Barcelona.
- Beigbeder, F. (2003) *El amor dura tres años*, Anagrama, Barcelona.
- Bell, D. (1973) *El advenimiento de la sociedad postindustrial*, Alianza Editorial, Madrid.
- Benjumea, P. (1986) "Desempleo: del socorro a la prestación", en AA.VV. *De la beneficencia al bienestar social*, siglo XXI, Madrid.
- Benoît-Guilbot, O., Gallie, D. (1992) *Chômeurs de longue durée*, Actes Sud, Arles.
- Berardi, F. (1994) *Lavoro Zero*, Castelvecchi, Roma.
- Bidet, J. y Texier, J. (dir.) (1995) *La crise du travail*, PUF, Paris.
- Bilbao, A. (1993) *Obreros y ciudadanos*, Trotta, Madrid.
- Bilbao, A. (1999) "La posición del trabajo y la reforma del mercado de trabajo", en Miguélez, F., Prieto, C. *Las relaciones de empleo en España*, Siglo XXI, Madrid.
- Bilbao, A. (1999) "Modelo socioeconómico y organización de las relaciones laborales", en Castillo Mendoza, C.A. *Economía, organización y trabajo*. Un enfoque sociológico, Pirámide, Madrid.
- Bilbao, A. (1999) *El empleo precario*, Los libros de la catarata, Madrid.
- Bilbao, A. (1999) *Modelos económicos y configuración de las relaciones industriales*, Ed.Talasa, Madrid.
- Blanchet, A., Gotman, A. (1992) *L'Enquête et ses méthodes: l'entretien*, Nathan, Paris.
- Bologna, S y Fumagalli, A, (a cura di) (1977) *Il lavoro autonomo di seconda generazione. Scenari del postfordismo in Italia*, Feltrinelli, Milán.

- Boltanski, L. (1982) *Les cadres*, ed. Minuit, Paris.
- Boltanski, L., Chiapello, E. (2002) *El nuevo espíritu del capitalismo*, Akal, Madrid.
- Boltanski, L., Thévenot, L. (1991) *De la justification. Les économies de la grandeur*, Gallimard, Paris.
- Bonazzi, G. (1989) *L'espulsione tutelata*, Ires Piemonte, Torino.
- Borderías, C. (2003) "La feminización de los estudios sobre el trabajo de las mujeres: España en el contexto internacional (1969-2002)", *Sociología del Trabajo*, nº 48.
- Borderías, C., Carraco, C., Alemany, C. (comp.) (1994) *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*, Icaria, Barcelona.
- Botta, P. (1991) *La lunga attesa. Lavoro, non lavoro e società nell'Italia meridionale*, Edizioni Lavoro, Roma.
- Bouffartigue, P. (1997) "Fin du travail ou crise du salariat", en Bouffartigue, P., Eckert, H. *Le travail à l'épreuve du salariat*, L'Harmattan, Paris.
- Bourdieu, P. (1988) *La distinción*, Taurus, Madrid.
- Bourdieu, P. (1993) *La misère du monde*, Seuil, Paris.
- Boyer, R (1994) "Las alternativas al fordismo. De los años 80 al siglo XXI", en Benko, G, Lipietz, A. *Las regiones que ganan*, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia.
- Boyer, R. (1992) *La teoría de la regulación*, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia.
- Braverman, H. (1978) *Trabajo y capital monopolista*, Nuestro Tiempo, Méjico.
- Bremner, R. (1993) *Desde lo más bajo. El descubrimiento de la pobreza en Estados Unidos*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid.
- Bresson, M., Autès, M. (2000) "L'insertion par l'économique, une zone intermédiaire entre salariat et non travail", *Revue Française des affaires Sociales*, 3-4, juillet-décembre 2000.
- Bridges, W. (1995) *La conquête du travail*, Village Mondial, Paris.
- Brochier, Ch. (2001) "Des jeunes corvéables. L'organisation du travail et la gestion du personnel dans un fast food", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, nº 138.
- Brunet, I. y Morell, A. (1998) *Clases, educación y trabajo*, Trotta, Madrid.
- Brunet, I., Pastor, I. (2002) "Aproximacions teòriques a la inserció laboral dels joves", *Arxius* nº 6.
- Bukowski, Ch. (1996) *La senda del perdedor*, Anagrama, Barcelona.
- Butler, R., Noisette, P. (1983) *Le logement sociale en France, 1815-1981*, La Découverte, Paris.

- Cachón, L. (ed.) (1999) *Juventudes, mercado de trabajo y políticas de empleo*, Germania, Valencia.
- Cachón, L. (1997) "Dispositivos para la inserción de los jóvenes en el mercado de trabajo en España (1975-1994)", *Cuadernos de Relaciones Laborales* nº 11.
- Cachón, L. (ed.) (2000) *Jóvenes y empleo: perspectivas comparadas*, Instituto de la Juventud-MTAS, Madrid.
- Cachón, L., Palacio, J. (1999) "Política de empleo en España desde el ingreso en la UE", en Miguélez, F., Prieto, C. *Las relaciones de empleo en España, Siglo XXI*, Madrid..
- Callejo, J. (2001) *El grupo de discusión: introducción a una práctica de investigación*, Ariel, Barcelona.
- Callejo, J. (s.f) "El diálogo como instrumento de investigación social: la doble posición dialógica de la reunión de grupo", Documento ciclostilado.
- Calza Bini, P., Pugliese, E (1992) "Disoccupazione e disoccupati. L'integrazione tra l'approccio economico e quello sociologico", en Calza Bini, P. *La disoccupazione*, Liguori, Napoli.
- Camporesi, P. (1985) *Il paese della fame*, Il Mulino, Bologna.
- Canceill, G., Huygues Despointes, H. (1999) "L'inscription à l'ANPE: itinéraires de chômeurs", *Premières Synthèses* nº 99.09 - 37.1.
- Carnoy, M. (1997) *Une flexibilité durable. Etude prospective sur le travail, la famille et la société à l'ère de l'information*, OCDE, Paris.
- Caron, F. (1997) *Les deux révolutions industrielles du XX siècle*, Albin Michel, Paris.
- Carrasco (ed.) (2001) *Tiempos, trabajos y género*, Publicaciones Universidad de Barcelona, Barcelona.
- Carrasquer, P., Torns, T. (1993) "Las mujeres en paro de larga duración en el Vallès Occidental", Working Paper, 4 Quit, Universidad Autónoma de Barcelona.
- Carré, J., Revauger, J.P. (ed.) (1995) *Aux sources du Welfare*, L'Harmattan, Paris.
- Casal, J. (1996) "Modos emergentes de transición a la vida adulta en el umbral del siglo XXI: Aproximación sucesiva, precariedad y desestructuración", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* nº 75.
- Castel, R. (1997) *Las metamorfosis de la cuestión social*, Paidós, Buenos Aires.
- Castel, R. (1998) "La fin du travail, un mythe démobilisateur", *Le Monde Diplomatique*, nº 121, septembre 1998.
- Castells, M. (1995) *La ciudad informacional*, Alianza Editorial, Madrid.
- Castells, M. (2001) "Tecnología de la información y capitalismo global", en Giddens, A. y Hutton, W. (eds.) *En el límite. La vida en el capitalismo global*, Tusquets, Barcelona.

Castells, M. (2001) *La era de la información. Vol. 1. La sociedad red*, Alianza Editorial, Madrid.

Castillo, J. (1996) *Sociología del trabajo. Un proyecto docente*, CIS, Madrid.

Cebrián, I., Garrido, L., Toharia, L. (1992) "Los parados de larga duración y la protección social", en Ministerio de Asuntos Sociales, *Política social y estado del bienestar*, Ministerio de Asuntos Sociales, Madrid.

Cerese, F., Morlicchio, E., Spanò, A. (1991) *Disoccupati e disoccupate a Napoli*, Cuen, Napoli.

Chicchi, F. (2000) "Aproccio biografico e Grounded Theory: una proposta metodologica per l'analisi delle nuove forme di debolezza sociale", *Sociologia del lavoro*, nº78-79.

Cingolani, P. (1986) *L'exil du précaire: récits de vie en marge du travail salarié*, Méridiens Klincksieck, Paris.

Clot, I., Pendariès, J.R. (1997) *Les chômeurs en mouvement(s)*, MIRE (convention de recherche 16/95).

Colectivo IOE (1989) *Estudio sobre las condiciones de trabajo de los jóvenes*, Consejo de la Juventud de España, Madrid.

Comisión Europea (2001) *Política social y de empleo de la Unión Europea en 1999-2001*, Oficina de Publicaciones Oficiales de las Comunidades Europeas, Luxemburgo.

Commissariat General du Plan (1997) *Chômage: le cas français*, La Documentation Française, Paris.

Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo Social y Asistenes Sociales (1986) *De la beneficencia al bienestar social. Cuatro siglos de acción social*, Siglo XXI, Madrid.

Coriat, B. (1982) *Del taller al cronómetro*, Siglo XXI, Madrid.

Cottureau, A. (2000) "Précarité, pluriactivité et horizons biographiques au XIX siècle en France", en Billiard, I., Debordeaux, D., Lurol, M. *Vivre la précarité*, éditions de l'Aube, La tour d'Aigües.

Coulangue, E., Fougère, D., Linsken, C. (1999) *Durées du chômage et marchés locaux du travail*, CREST-NSEE, Paris.

Cruz, R. (1990) "La frustración de un sistema unificado de seguros sociales: la República y la Guerra Civil", en AA.VV. *Historia de la acción social pública en España*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid.

Cuche, D. (dir.) (1991) *Jeunes professions, professions de jeunes*, L'Harmattan, Paris.

Daniel, Ch., Tuchsirer, C. (1999) *L'État face aux chômeurs*, Flammarion, Paris.

Davis, M. (2001) *Más allá de Blade Runner. Control urbano: la ecología del miedo*, Ed. Virus, Barcelona.

- De la Garza, E. (coord.) (2000) *Tratado latinoamericano de Sociología de Trabajo*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Declaration de mission commune des S.P.E. en Europe (2001) "Avenir des services publics de l'emploi (S.P.E.)", Observatoire européen de l'emploi, Bilan: printemps 2001.
- Decouflé, A. (1983) "Sous-prolétariat et monde du travail", *Travail et Emploi*, n° 16.
- Defouloy, E. (2001) "Les ouvrières sacrifiées de Levi Strauss", *Le Monde Diplomatique*, octobre 2001.
- Dejours, Ch. (1998) "Centralité ou déclin du travail", en Kergoat, J., Boutet, J. Jacot, H., Linhart, D. *Le monde du travail*, La Découverte, Paris.
- Dejours, Ch. (1998) *Souffrance en France*, Seuil, Paris.
- Del Bono, A (2000) "Call Centers ¿el trabajo del futuro?", *Sociología del Trabajo* n° 39.
- Demazière, D. (1992) *Le chômage en crise*, Presses Univ. de Lille, Lille.
- Demazière, D. (1995) *Le chômage de longue durée*, PUF, Paris .
- Demazière, D., Helleboid, M., Mondoloni, J. (1994) *Longue durée*, Syros, Paris.
- Demazière, D., Pignoni, M.T. (1998) *Chômeurs: du silence à la révolte*, Hachette, Paris.
- Desrodières, A., Thévenot, L. (1996) *Les catégories socio-professionnelles*, La Découverte, Paris.
- Divay, S. (2001) "Chômage, malchance et traitement social", *Ethnologie française*, n° 1.
- Donzelot, J. (1984) *L'invention du social*, Fayard, Paris.
- Donzelot, J. (dir) (1991) *Face à l'exclusion, le modèle français*, Esprit, Paris.
- Dubet, F. (1987) *La galère: jeunes en survie*, Fayard, Paris.
- Dufour, P. (1998) "Les formes de résistance politique des sans-emploi", *Lien Social et politiques-RIAC*, n° 39.
- Ebersold, S. (2001) *La naissance de l'inemployable*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes.
- Esping-Andersen, G. (1999) "Serve la deregolazione del mercato del lavoro? Occupazione e disoccupazione in America e in Europa", *Stato e Mercato*, n° 56
- Eurostat-Commission européenne (2001) *La situation social dans l'Union européenne*, Office des publications officielles des Communautés européennes, Luxembourg.
- Ewald.F. (1986) *Histoire de l'État providence*, Grasset, Paris.
- Faguer, J-P. (1982) "Jeunes à l'essai", *Dossier du Centre d'études de l'emploi*, n° 4.

- Faguer, J-P. (1983) "L'embauche des jeunes en période du chômage", *Cahier du Centre d'études de l'emploi*, n° 26.
- Faguer, J-P. (1999) "Pour une histoire de la précarité", *La lettre du Centre d'études de l'emploi*, n° 57.
- Faguer, J-P., Balazs, G. (1979) "Jeunes a tout faire et petit patronat en declin", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, n° 26-27.
- Faure-Guichard, C. (2000) *L'emploi intérimaire. Trajectoires et identités*, Presses Universitaires de Rennes.
- Fernández Durán, R. (1993) "La metrópoli como espacio de la crisis global", *Economía y Sociedad*, n° 8.
- Fernández Steinko, A (1997) *Continuidad y ruptura en la modernización industrial en España*, CES, Madrid.
- Fernández Steinko, A. (1999) "Trabajo, sociedad e individuos en la España de fin de siglo", en Miguélez, F., Prieto, C. *Las relaciones de empleo en España*, Siglo XXI, Madrid.
- Fernández Zaurín, L. (1998) *Y tú de qué trabajas*, DVD, Barcelona.
- Ferrari Bravo, L. (1980) "Il New Deal e il nuovo assetto delle istituzioni capitalistiche", en AA.VV. *Operai e Stato*, Feltrinelli, Milano.
- Ferrarotti, F. (1993) "Sobre la autonomía del método biográfico", en Marinas, J.M. y Santamarina, C (ed.) *La Historia Oral: Métodos y experiencias*. Debate, Madrid
- Fina, L. (2001) *Mercado de trabajo y políticas de empleo*, CES, Madrid.
- Fondeur, Y., Lefresne, F (1999) "Les jeunes sur le marché du travail, une comparaison européenne", *Revue de l'IREs* n° 31 - 1999/2.
- Fossier, R. (2000) *Le travail au Moyen Age*, Hachette, Paris.
- Foucault, (1976) *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, Madrid.
- Foucault, M. (1990) *La vida de los hombres infames*, La Piqueta, Madrid.
- Foudi, R. (1987) "Le devenir des chômeurs de longue durée", *Travail et Emploi* n° 36.
- Fougère, D. (2000) "La durée du chômage en France", en Fitoussi, J.P. Passet, O., Freyssinet, J. *Réduction du chômage : les réussites en Europe*, La Documentation Française.
- Fraser, R (1990) "La formación de un entrevistador", *Historia y Fuente Oral*, n° 3.
- Freeman, Ch., Soete, L. (1994) *Work for all or mass Unemployment*, Pinter Publisher, Londres.
- Freyssinet, J. (1992) "Le chômage de longue durée: diagnostics, politiques, pratiques", en Bouillaguet, P., Guitton, Ch. *Le chômage de longue durée*, Syros, Paris.

- Freyssinet, J. (1993) *Le Chômage*, La Découverte, Paris.
- Galeano, E. (1989) *El libro de los abrazos*, Siglo XXI, Madrid.
- Galeano, E. (1998) *Patatas arriba. La escuela del mundo al revés*, Siglo XXI Editores, Madrid.
- García, E. (1995) *El trampolí fàustic. Ciència, mite i poder en el desenvolupament sostenible*, Germania, Valencia
- García Blanco, J., Gutiérrez, R. (1996) "Inserción laboral y desigualdad en el mercado de trabajo: cuestiones teóricas", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* nº 75.
- García Blanco, J., Gutiérrez, R. (1989-90) "Regiones industriales en declive", *Sociología del Trabajo* nº 8.
- García de Cortazar, M. (1996) "Estructura laboral de las mujeres españolas", en García de León, M., *La Sociología de las mujeres españolas*, Barcanova, Barcelona.
- García Espejo, I. (1998) *Recursos formativos e inserción laboral de los jóvenes*, CIS-Siglo XXI, Madrid.
- García Espejo, I., Gutiérrez, R., Ibañez, M. (1999) "Inserción laboral y movilidad en el mercado de trabajo", en Cachón, L. (dir.) (2000) *Juventudes y empleos: perspectivas comparadas*, Instituto de la Juventud, Madrid.
- García Serrano, C., Garrido, L., Toharia, L. (1999) "Empleo y paro en España: algunas cuestiones candentes", en Miguélez, F. y Prieto, C., *Las relaciones de empleo en España*, Siglo XXI, Madrid.
- Garraty, J. (1979) *La disoccupazione nella storia*, Armando, Roma.
- Gautié, J. (1998) "Quel avenir pour les politiques de l'emploi", en Barbier, J.C., Gautié, J. (ed.) *Les politiques de l'emploi en Europe et aux Etats Unis*, Fayard, Paris.
- Gazier, B. (1994) *El crac del 29*, Globus, Madrid.
- Gazier, B. (1998) "Employabilité: concepts et politiques", *InfoMisep* nº 67/68.
- Gelot, D., Michel, B. (1991) "Que dévient les chômeurs de longue durée?", *Travail et Emploi* nº 50.
- Ginzburg, C. (1981) *El queso y los gusanos*, Muchnik, Barcelona.
- Glaser, B., Stauss, A. (1967) *The Discovery of Grounded Theory*, Aldine Pub, Chicago.
- Godechot, O., Hassoun, J. y Muniesa, F. (2000) "La volatilité des postes. Professionnels des marchés financiers et informatisation", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, nº 134.
- Godinot, X. (1984) *"Il faudrait pouvoir travailler tous les jours". Les travailleurs sous-prolétaires*, Institut de recherche et de formation aux relations humaines, Paris.

- Gonzalez, S. y Baylos, A. (1994) "Las medidas de reforma del mercado de trabajo", *Gaceta Sindical*, nº 128.
- Gordon, D., Edwards, R. y Reich, J.M. (1986) *Trabajo segmentado, trabajadores divididos*, Mº Trabajo y Seguridad Social, Madrid.
- Grell, P. (1987) "Pour une stratégie de recherche sur la question du chômage: recherche s'appuyant sur des récits de vie de chômeurs de Montreal", en Lalive d'Épinay, C y Sue, R. (dir.), *Chômage, marginalité et créativité*, Université de Genève.
- Grell, P. (1999) *Les jeunes face à un monde précaire Récits de vie en périphérie des grands centres. L'exemple canadien*, L'Harmattan, Paris.
- Grell, P., Wery, A. (1993) *Héros obscurs de la précarité*, L'Harmattan, Paris.
- Grignon, C. y Passeron, J.C. (1992) *Lo culto y lo popular*, La Piqueta, Madrid.
- Guittou, Ch. (1998) "Travail et ordre social. Une étude historique et juridique des politiques d'insertion par le travail", *Travail et Emploi*, nº 77.
- Hatzfeld, H., Hatzfeld, M., Ringart, N (1998) *Quand la marge est créateur*, Ed. L'aube, La Tour d'Aigües.
- Hobsbawm, E. (1987) *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Crítica, Barcelona.
- Hobsbawm, E. (1989) *La era del capitalismo*, Labor, Barcelona.
- Ibañez, J. (1979) *Más allá de la sociología*, Siglo XXI, Madrid.
- Inglehart, R. (1991) *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, CIS, Madrid.
- Kriedte, P., Medick, H., Schlumbohm, J. (1986) *Industrialización antes de la industrialización*, Crítica, Barcelona.
- Laé, J-F. (1989) *Travailler au noir*, Editions métailie, Paris.
- Lafore, R. (2000) "Les enjeux de l'insertion", *Revue Française des Affaires Sociales*, 3-4, juillet-décembre.
- Lagrée, J.CH, Lew-Fai, P. (1989) *Jeunes et chômeurs*, Presses du CNRS, Paris.
- Lapassade, G. (1991) *L'Ethnosociologie. Les sources anglo-saxonnes*, Méridiens Klincksieck, Paris.
- Laville, J.L. (1997) "La economía social replanteada a la luz de la inserción", en Defourny, J., Favreau, L., Laville, J.L. *Inserción y nueva economía social*, MTAS-Ciriec, Valencia.
- Layard, R., Nickell, S., Jackman, R. (1994) *El paro*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid.
- Lazarsfeld, P., Jahoda, M., Zeisel, H. (1996) *Los parados de Marienthal*, La Piqueta, Madrid.
- Lazzarato, M. (1994) "Il ciclo della produzione immateriale", *Derive Approdi*, nº 3-4.

- Le Goff, J. (1989) *Du silence à la parole. Droit du travail, société, Etat (1830-1989)*, Calligrammes, Paris.
- Le Goff, J.P. (1999) *La barbarie douce. La modernisation aveugle des entreprises et de l'école*, La Découverte, Paris.
- Lecerf, E. (1992) *La famine des temps modernes. Essai sur le chômeur*, L'Harmattan, Paris.
- Leclerc-Olive, M., Engrand, S. (2000) "Sortir de la précarité de l'emploi: entre routine et projet", en Billiard, I., Debordeaux, D., Lurol, M., *Vivre la précarité*, Éd. de l'Aube, La Tour d'Aigües.
- Lerma, I, La Roca, F., García, E. (eds.) (1996) *Relaciones laborales y medio ambiente*, Germanía, Valencia.
- Lipietz, A. (1997) *Elegir la audacia*, Trotta, Madrid.
- Lis, C., Soly, H. (1986) *Povertà e capitalismo nell'Europa preindustriale*, Il Mulino, Bologna.
- Lojkine, J. (dir.) (1999) *Les nouveaux rapports de classe*, PUF, Paris.
- Lollivier, S. (2000) "Récurrence du chômage dans l'insertion des jeunes: des trajectoires hétérogènes", *Économie et Statistique*, n° 334.
- London, J. (2001) *Gente del abismo (ed. orig. People of the abyss, 1904)*, El Viejo Topo.
- Lope, A., Gibert, F. (2001) "Les noves formes d'ocupació i de treball i els seus mecanismes de regulació: un anàlisi de la literatura", *Revista Catalana de Sociologia* n° 15.
- López, C. (1990) "La acción pública no estatal", en AA.VV. *Historia de la acción social pública en España*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid.
- Lucas, A., Ortí, A. (1995) "Génesis y desarrollo de la práctica del grupo de discusión: fundamentación metodológica de la investigación social cualitativa", *Investigación y Marketing*, n° 47.
- Magri, S., Topalov, Ch. (ed.) (1989) *Villes Ouvrières 1900-1950*, L'Harmattan, Paris.
- Mansfield, M., Salais, R., Whiteside, N. (1994) *Aux sources du chômage 1880-1914*, Belin, Paris.
- Marglin, S. (1987) "A che servono i padroni? Origini e funzioni della gerarchia nella produzione capitalista", en Landes, D. *A che servono i padroni?* Bollati Boringhieri, Torino.
- Marinas, J.M., Santamarina, C. (ed.) (1993) *La historia oral: métodos y experiencias*, Debate, Madrid.
- Marsden, D (1992) "Le chômage de longue durée à la rencontre de la concurrence et de la légitimité", en Bouillaguet, P., Guitton, Ch. *Le chômage de longue durée*, Syros, Paris.

- Martín Criado, E. (1998) *Producir la juventud. Crítica de la Sociología de la juventud*, Istmo, Madrid.
- Martínez Quintana, V. (1999) "Desempleados adultos de larga duración", en Tezanos, J.F.(ed.) *Tendencias en desigualdad y exclusión social*, Sistema, Madrid.
- Martínez Quinteiro, E. (1990) "El nacimiento de los Seguros Sociales", en AA.VV. *Historia de la acción social pública en España*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid.
- Maruani, M., Reynaud, E. (1993) *Sociologie de l'emploi*, La Découverte, Paris.
- Maruani, M., Rogerat, Ch., Torns, T. (dirs.) (2000) *Las nuevas fronteras de la desigualdad*, Icaria, Barcelona.
- Marx, K. (1979) *El Capital*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Masjoan, J. Troiano, H., Vivas, J. (1999) "La inserción profesional de los universitarios en Cataluña", en Cachón, L. (ed.) *Juventudes, mercado de trabajo y políticas de empleo*, 7 i mig, Valencia.
- Mauger, G. (2001) "Les politiques d'insertion: une contribution paradoxale à la déstabilisation du marché du travail", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, nº 136-37.
- Maurice, M., Sellier, F., Sylvestre, J-J. (1982) *Politique d'éducation et organisation industrielle en France et en Allemagne. Essai d'analyse sociétal*, PUF, Paris.
- Méda, D. (1998) *El trabajo, un valor en vía de desaparición*, Gedisa, Barcelona.
- Melossi, D., Pavarini, M. (1980) *Cárcel y fábrica*, Siglo XXI, Madrid.
- Merle, V. (1987) "Transformations du marché du travail et transformation de l'intervention publique", *Les Temps Modernes* nº496-7.
- Miguélez, F. (2002) "¿Por qué empeora el empleo?", *Sistema* nº 168-169
- Mingione, E (1996) "Disoccupazione giovanile e lavoro informale: esiste un modello dell'Europa meridionale", *Inchiesta*, nº 3 (luglio-settembre).
- Ministerio de Trabajo y Seguridad Social (1990) *Historia de la acción social pública en España*, Centro de Publicaciones del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid.
- Modesto Escobar, R. (1988) *La identidad social del parado*, Ministerio del Trabajo y Seguridad Social, Madrid.
- Mollat, M. (1983) *I poveri nel medioevo*, Laterza, Bari.
- Monti, A. (1998) *I braccianti*, Il Mulino, Bologna.
- Montoro, R. (1985) *La inserción en la actividad económica: empleo y paro juvenil*, Instituto de la Juventud, Madrid.
- Muller, M. (1993) *Control o colocación. Historia del servicio público de empleo francés*, Ministerio de trabajo y Seguridad Social, Madrid.

- Navarro, V. (2000) “) “¿Existe una Nueva Economía?”, *Sistema*, nº 159.
- Negri, A (1980) “John M. Keynes e la teoria capitalista dello stato nel 29”, en AA.VV. *Operai e Stato*, Feltrinelli, Milano.
- Negri, A., Hardt, M. (2002) *Imperio*, Paidós, Barcelona.
- Nicole-Drancourt, Ch. (1991) *Le labyrinthe de l'insertion*, La Documentation française, Paris.
- Nicole-Drancourt, Ch. (1994) “Mesurer l'insertion professionnelle”, *Revue Française de Sociologie*, XXXV.
- Offe, C. (1992) *La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y perspectivas de futuro*, Alianza Editorial, Madrid.
- Oriente Caputo, G. (1995) “Percorsi di disoccupazione a Napoli”, *Sociologia del Lavoro*, nº 59-60.
- Orlean, A. (1999) *Le pouvoir de la finance*, Odile Jacob, Paris.
- Ortí, A. (1989) “La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta semidirectiva y la discusión de grupo”, en García Ferrando, M., Ibañez, J., Alvira, F. *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación social*, Alianza, Madrid.
- Pahl, R.E. (1991) *Divisiones del trabajo*, Mº Trabajo y Seguridad Social, Madrid.
- Paugam, S. (1991) *La Disqualification sociale: essai sur la nouvelle pauvreté*, PUF, Paris.
- Paugam, S. (2000) *Le salaríé de la précarité. Les nouvelles formes de l'intégration professionnelle*, PUF, Paris.
- Peiró, J.M. (1989) “Desempleo juvenil y socialización para el trabajo”, en Torregrosa, J.R., Bergère, J., Alvaro, J.L. (dir), *Juventud, trabajo y desempleo*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid.
- Pérez Infante, J. I. (1998) “Reformas laborales y creación de empleo en la economía española en el contexto de la Unión Monetaria”, en Aragón, J. *Euro y Empleo*, CES, Madrid.
- Perez Ledesma, M. (1986) “La Comisión de Reformas Sociales y la cuestión social durante la Restauración”, en AA.VV. *De la beneficencia al bienestar social. Cuatro siglos de acción social*, Siglo XXI, Madrid.
- Perret, B, Roustang, G. (1993) *L'économie contre la société*, Seuil, Paris.
- Perrot, M. (1991) “Formas de habitación”, en Ariès, Ph., Duby, G. *Historia de la vida privada*. Tomo 8, Taurus, Madrid.
- Petrella, R. (1997) *El bien común. Elogio de la solidaridad*, Debate, Madrid.
- Planas, J, Masjoan, J, Casal, J., Brullet, C. (1995) *La inserción social y profesional de los jóvenes de 31 años*, ICE-UAB, Barcelona.
- Polanyi, K. (1989) *La Gran Transformación*, La Piqueta, Madrid.

- Pommier, P., Prokovas, N. (1999) "Sortir du chômage, reprendre un emploi", *Premières Synthèses* n° 99.03 - 11.1.
- Poveda, M., Santos, A. (1998) "El mercado de trabajo devastado: procesos de flexibilidad a la española", *Arxius* n° 2
- Prieto, C. (1987) "El paro de larga duración: sus causas", *Información Comercial Española*, 651, nov 1987.
- Prieto, C. (1999) "Crisis del empleo: ¿crisis del orden social?", en Miguélez, F. y Prieto, C., *Las relaciones de empleo en España, Siglo XXI*, Madrid.
- Prieto, C. (2002) "La norma social del empleo flexibilizado", *Sistema* n° 168-169
- Procacci, G. (1993) *Gouverner la misère. La question sociale en France, 1789-1848*, Seuil, Paris.
- Procacci, G. (1994) "De la mendicité a la question social", en Merrien, F. (dir.) *Face à la pauvreté*, Ed. de l'Atelier, Paris.
- Pugliese, E. (dir.) (1996) *Una disoccupazione Mediterranea*, Edizioni Libreria Dante & Descartes, Napoli.
- Reeve, Ch. (1998) "Loin de Wall Street", *Les Temps Modernes* n° 597
- Reynaud, E. (1993) "Le chômage de longue durée: la théorie et l'action", *Revue Française de Sociologie*, XXXIV-1.
- Reyneri, E. (1991) *La disoccupazione di lunga durata in Emilia-Romagna tra marginalità sociale e lavoro precario*, Osservatorio del mercato del lavoro. Regione Emilia-Romagna, Bologna.
- Reyneri, E. (1992) "Italie: longue attente à l'abri de la famille et des garanties publiques", en Benoît-Guilbot, O., Gallie, D., *Chômeurs de longue durée*, Actes Sud, Arles.
- Rodríguez Cabrero, G. (1998) "Política social y pobreza", en EDIS y otros. *Las condiciones de vida de la población pobre en España*, Madrid.
- Rodríguez Jiménez, J. (2000) "Los trabajadores españoles en la Alemania nazi", *El País*, N° 1480, 22 mayo
- Rodríguez Victoriano, M., Santos, A. (1998) "Quien tiene hambre, sueña bollos: yacimientos de empleo, precariedad laboral y ecología", *Revista de Juventud* n°41.
- Rose, J. (1998) *Les jeunes face à l'emploi*, Desclée de Brouwer, Paris.
- Rouault-Galdo, D. (1991) "Sortir du chômage: un parcours à handicaps", *Économie et Statistique*, n° 249.
- Rouleau-Berger, L., Gauthier, M. (2001) *Les jeunes et l'emploi dans les villes d'Europe et d'Amérique du Nord*, éditions de l'Aube, La Tour d'Aigües.
- Salais, R (1994) "Observations sur les fondements historiques et conventionnels du concept d'emploi dans l'économie du travail", en Erbès-Seguin, S. *L'Emploi: dissonances et défis*, L'Harmattan, Paris.

- Salais, R. (1980) "Le chômage: un phénomène de file d'attente", *Economie et Statistique* n° 123.
- Salais, R.- Baverez, N.- Reynaud, B. (1990) *La invención del paro en Francia*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid.
- Salais, R., Baverez, N. Reynaud, B. (1986) *L'invention du chômage. Histoire et transformation d'une catégorie en France des années 1880 aux années 1980*, PUF, Paris.
- Santos, B. (2002) *Reinventar a Democracia*, Gradiva Publicações, Lisboa.
- Saragossà, V. (Coord.) (2002) *Derecho del empleo*, Tirant lo Blanch, Valencia.
- Sarchielli, G., Depolo, M., Fraccaroli, F., y Colasanto, M. (1991) *Senza lavoro*, Il Mulino, Bologna.
- Sassen, S (1996) *La ville global*, Descartes, Paris.
- Seibel, C. (1998) "Le chômage de longue durée et les politiques d'emploi", en Atkinson y otros, *Pauvreté et exclusion*, La Documentation Française, Paris.
- Siegel, D. (2001) *La mente relazionale. Neurobiologia dell'esperienza interpersonale*, Cortina, Roma.
- Sierra, J. (1990) *El obrero soñado. Ensayo sobre el paternalismo industrial*, Siglo XXI, Madrid.
- Simon, E. (1999) *Democracia vital*, Narcea, Madrid.
- Supiot, A. (1999) *Au-delà de l'emploi*, Flammarion, Paris.
- Tezanos, F. (2001) *El trabajo perdido*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Therborn (1988) *¿Por qué unos países tienen más paro que otros?* Alfons el Magnànim, Valencia.
- Thompson, E.P. (1989) *La formación de la clase obrera en Inglaterra. Vol I-II*, Crítica, Barcelona.
- Thompson, P. (1988) *La voz del pasado*, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia.
- Toharia, L (1998) *El mercado de trabajo en España*, McGrawHill, Madrid.
- Toharia, L. (1992) "Espagne: modernisation du chômage", en Benoît-Guilbot, O., Gallie, D., *Chômeurs de longue durée*, Actes Sud, Arles.
- Toharia, L. (1996) "El sistema español de protección por desempleo", *Papeles de Economía Española*, n° 72.
- Topalov, Ch. (1987) "Invention du chômage et politiques sociales au début du siècle", *Les Temps Modernes* n° 496-497.
- Topalov, Ch. (1988) "Espacios, poderes, ciencias: reformas de las clases trabajadoras en el entorno del cambio de siglo", *Alfoz* n°54-55.
- Topalov, Ch. (1994) *Naissance du chomeur 1880-1910*, Albin Michel, Paris.
- Topalov, Ch. (1999) "Une révolution dans les représentations du travail", *Revue Française de Sociologie*, XL-3.

- Topalov, Ch., Magri, S. (dir.) (1990) *Villes ouvrières*, L'Harmattan, Paris.
- Torns, T. (2000) "Paro y tolerancia social de la exclusión: el caso de España", en Maruani, M., Rogerat, Ch., Torns, T. (dirs.) *Las nuevas fronteras de la desigualdad*, Icaria, Barcelona.
- Torns, T., Carrasquer, P., Romero, A. (1995) *El perfil sociolaboral del paro femenino en España*, Instituto de la Mujer, Madrid.
- Torregrosa, J.R., Bergère, J., Alvaro, J.L. (dir) (1989) *Juventud, trabajo y desempleo*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid.
- Trinidad, P. (1991) *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)*, Alianza Editorial, Madrid.
- Verret, M. (1996) *La culture ouvrière*, L'Harmattan, Paris.
- Vicario, L., Martínez, P. (1992) "La demografía de las regiones industriales en declive: la Comunidad Autónoma de Euskadi", Comunicación IVº Congreso español de Sociología.
- Viguié, F (2001) "L'Amérique, ça marche!". Notes sur une agence d'emploi privée à New York", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, nº 138.
- Villechaise, A. (2000) *Amère banlieue. Les gens des grands ensembles*, Grasset/Le Monde, Paris.
- Vonnegut, K. (1980) *Pajaro de celda*, Argos Vergara, Barcelona.
- Wacquant (2000) *Las cárceles de la miseria*, Alianza Editorial, Madrid.
- Wacquant, L. (1996) "Un mariage dans le ghetto", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, nº 113.
- Wacquant, L. (2001) *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*, Manantial, Buenos Aires.
- Wuhl, S. (1992) *Les exclus face a l'emploi*, Syros, Paris.
- Zola, E. (1994) *Germinal (ed. orig 1889)*, Ediciones B, Madrid.